

NURIA AMAT

MEMORIAS DE UNA MUJER LIBRE




NURIA AMAT
MEMORIAS DE UNA
MUJER
LIBRE

ÍNDICE

«La riqueza de la vida está hecha de recuerdos, olvidados».

CESARE PAVESE

1

¿POR QUÉ YO?

Cuidaré mucho en estas páginas de que os hagáis una idea falsa de mí. Melancólica hasta cierto punto, también puedo ser salvaje, optimista, orgásmica, divertida, tozuda, airada y voluntariosa. Cuando escribo me muevo en el género neutro. No es un enunciado de quita y pon. Lo neutro desbarata todo orden. Es una invitación a pensar. Puede que haya sido madre y padre a la vez. Amiga y amigo. Humanista siempre. Comprometida con el mundo que me ha tocado vivir. Muy sensible al dolor de los demás. Y, según dicen mis hijas y allegados, casi siempre bruja.

Si mi mente sabe más de mí de lo que yo sé conscientemente será tal vez porque pienso y leo demasiado. No lo digo yo, me lo han dicho, sin excepción, novios, amantes y parejas estables que he tenido a lo largo de mi vida. Me sorprendió oírselo decir, por primera vez, a uno de ellos, a mis dieciséis años (ya era toda una mujer. Dos primas mías se casaron a los dieciocho y fueron felices). No podéis imaginaros cuánto me estimuló escuchar lo que sin duda parecía un reproche. Y, en según qué casos, también una alabanza. Esta es mi «arma», pensé, aparte de un puente para acercarme todavía más a los libros de los autores que piensan demasiado. Los libros y la música han sido la pantalla que me ha protegido de la luz solar de la locura.

La tarjeta de la clínica donde se produjo el parto indica que nací enferma. «Dolencia neuromuscular consecuente a encefalitis de primera infancia». Es posible que esta fuera la razón de mi estancia prolongada en la clínica. Nací sin madre. No la recuerdo. No tener recuerdos fue mi primer recuerdo. Muchos años después de mi nacimiento, mi padre me pasó la ficha misteriosa. Guárdala, me dijo. Y no se habló más del asunto. Así era en casa. Secretos ocultos para que los niños no sufrieran. Indagar sobre las causas de una enfermedad como esta predecía lo peor. «En ciertas personas puede tener señales y síntomas muy graves, que incluyen cambios de personalidad, rigidez muscular, movimientos musculares involuntarios, demencia y convulsiones», leí una vez.

Mi madre muere cuando aún no he cumplido los tres años. Varios retratos de ella ocupan distintos lugares de la casa y multiplican su existencia imaginaria. Soy hija de silencios. Durante años quedo suspendida en este limbo. Ese incierto lugar entre los vivos y los muertos. Nuestra casa es mi madre. Allí vivimos los tres niños huérfanos con mi padre, que hizo de la casa una conmemoración. Y también estaba en casa Mima, la antigua sirvienta de mi abuelo

paterno. Vivió la guerra con ellos, nos dedicó su vida, cuidó de mi padre y de sus hermanos y, ya anciana, nos protegió a nosotros, los niños, con este nombre suyo inventado por la familia y que para mí significa lo más hermoso.

A los pocos días de irse mi madre, me llevan al colegio. Soy una bolsa de secretos que trasladan de un lado a otro. Y casi siempre termino por el suelo y en el rincón más castigado de la clase. Alumnas y profesoras me miran como la torpe bestezuela que de pronto invade la organización del aula. Vomito a diario. Como y vomito. Aprendí enseguida y mal que llorar multiplica el dolor y la tristeza. Soy un paquete tirado al suelo, en pañales la mayor parte del tiempo, y sucios. Siempre ando metida en alguna situación difícil. Me han colgado una etiqueta que llevaré durante muchísimos años: Nuria no tiene madre. En el antebrazo del delantal, una cinta negra. Las odio.

Soy basura, escoria para el hermano mayor, que me lanza día tras día todos los insultos del repertorio de la época. Peores eran los tirones de pelo, mordiscos, puñetazos, empujones, rugidos, patadas. Y sus intentos de quemarme los ojos con cerillas. Ni Mima, la pobre, consigue sujetarlo, y cuando lo intenta acaba poniendo en peligro tanto su vida como la mía. La veo corriendo a la casa de al lado para pedir a tía Marta: «¡Señora, ayuda, su hermano la va a matar!». El maltrato sufrido se aprecia en las fotos que mi padre conserva en el álbum dedicado a mi madre. Mi álbum-salvamento. Medio calva, con clapas en el pelo durante largo tiempo. Los ataques de ansiedad se suceden a ritmo de dos por semana. Me ahogo. Vienen después de los golpes. Lloro hasta quedarme sin respiración. Estoy segura de que terminará matándome, como dice y repite un año tras otro. Siempre de noche, aprovechando que mi padre ha salido y que Mima no tiene fuerza física suficiente para sujetarlo. Mima me cura las magulladuras con unas gasas calientes llamadas cataplasmas. Me da de beber tila, manzanilla, María Luisa. Me acuna y me ayuda a esconder heridas y moretones; los atribuye ante mi padre a caídas o juegos. Ocultar el mal es el lema de la casa.

La única felicidad de mi vida la siento cuando estoy en brazos de mi padre. También al correr, ir en bicicleta o bailar. Más adelante la literatura vendrá a ayudarme. Y aunque es demasiado pronto para que se obre el prodigio, de pequeña juego con libros que robo de la biblioteca de mi padre. Los leo en voz alta inventando las palabras y luego restituyo el volumen a su lugar original, nadie lo notará. Imito a papá cuando lee. Me escondo en cualquier rincón, a menudo en el desván, y leo en voz alta imaginando las palabras. Abro un libro, de una colección con tapas azules, y digo mi pensamiento en voz alta.

—Qué vida tan horrible viven los niños —dice Martin a Rose, que ha intentado cortarse las venas.

—Sí —asiente Rose—. Y no se lo pueden decir a nadie.

Tengo un lápiz. Tengo una libreta. Me gusta copiar palabras. Lo difícil es copiar la frase que la señorita ha escrito en el cuaderno. Mi mamá me mima. Sé que la letra m es la más bonita del abecedario. Su movimiento sigue la forma de los nudillos de mis dedos. Hasta llegar el momento en el que una piedra aplasta mi mano. Le digo a mi cerebro: sobre todo, no llores. Y escribe.

Duele, luego escribo. Si abriera la boca y empezara a hablar de todo lo que sé… Descubro ya que escribir tiene una ventaja. Las palizas y golpes del hermano mayor ya tienen donde ser contados porque papá ha descubierto lo suave de la noche que invita a salir. Mi truco consiste en escribir en cualquier papel que tenga a mano la historia completa y detallada del ataque que me ha lanzado el hermano mayor. Acto seguido dejo el correo nocturno en la mesilla de noche de mi padre como prueba de lo ocurrido. Debí de escribir un buen número de notas que denunciaban estos ataques porque mi padre, en su archivo llamado Nuria, conservó unas cuantas.

Esta es una:

> Querido papá.
>
> Me voy a escapar de casa. Todo ha empezado porque me ha quitado una libreta, entonces, mientras cenábamos, se ha burlado de mí. Me ha dicho que me va a matar y que todos nos teníamos que postrar a sus pies porque él mandaba en toda la casa. Se ha puesto a insultarme y pegarme de todas las maneras y como yo le he dicho que de mayor será un criminal, se ha puesto a reír y a cantar. Es insoportable. Me hace la vida imposible y como tú no le pegas hace todo lo que le da la gana. Lo que necesita es un látigo, tú ya lo sabes, pero no te atreves a reñirle ni a pegarle porque tienes miedo de sus golpes. Ah, se me olvidaba decírtelo, lo peor de todo es que se cree guapo. No se lo enseñes a nadie.
>
> Bueno, adiós. Te lo repito, si sigue así pegándome me voy a escapar de casa.
>
> Besos, Nuria

Y eso hice. Escapar de casa a los cinco años.

Invento recuerdos que no tengo. Me basta para inventarlos verme en una de las fotografías en blanco y negro con las que mi padre nos crucifica a veces. Me visten de blanco. O de gris claro. El luto es el disfraz de la infelicidad. La intención de mi padre es buena. Dejar constancia de nuestra existencia de hijos amados y abandonados. Coloca fotos de mis dos hermanos y mías en el álbum donde guarda las fotografías de mi madre. Ahí estamos los tres niños tristes de la historia. Hay dos testigos fidedignos y disciplinados que se ocupan de inmortalizar nuestras vidas. Uno es la cámara fotográfica de mi padre. El otro, tía Montserrat, su hermana, que nos hace de madre. Soltera y dedicada a nosotros, trata de disimular este fallo grave en la cadena familiar. Son fotos artísticas. En blanco y negro, por supuesto. La niña se pregunta si estas fotos son cromos para enviar al cielo. O a donde

quiera que ella se encuentre. La bella señora del retrato. Falso. En realidad, mi madre está en todas partes. Mi padre no puede vivir sin ella. La innombrable.

La niña sabe lo que vendrá después del retrato. Un bofetón. Un mordisco. Un empujón que la arroja contra la pared. Lo peor es cuando me golpea la cabeza. Estoy muerta. No. El color de los ojos es la prueba de que estoy viva o muerta. Si los tengo blancos es que ya me ha matado, dice el hermano mayor. Me imagino una muerte dulce, sin daño. No son las señales en mi cuerpo lo que me preocupa más. Ni quedarme calva. Leo cuentos. A las niñas desgraciadas no las quiere nadie.

Entonces tratan de separar a la niña del hermano. La llevan con sus tíos. Con una cinta negra cosida en el brazo. Me he visto años después en una película de aficionado. Para mis tíos soy la pequeña de la casa. Me quieren. Me cuidan. Estoy cantando a voz en grito con mis cinco primos una canción que acaban de enseñarme. Ahora sí que hablo. Y canto. Quien no habla no ríe. Y aprendo a reír por primera vez. Aprendo a hacer bien algo muy importante que consiste en abrir mucho la boca, desatar el nudo de mi garganta y explotar en una sonora carcajada imparable. Es tan impresionante lo que siento que quiero repetir esa carcajada todo el santo día.

Ahora tengo cuatro años. Es verano. Y no es un sueño. Conozco casi todas las palabras y cuando hablo, lo hago en castellano. Podría hacerlo en catalán, como el hermano mayor, que «tuvo la suerte de conocer y acordarse de mi madre» y hablar con ella. El hermano lo repite a menudo. Yo sí. Tú no. Así que yo hablo el otro idioma, lo hago mío. El castellano de Mima. Esta tarde los niños estamos jugando en el jardín, junto a la verja que da a la calle. Tal vez con mis otros primos, que viven en la casa de al lado. Creo que Mima, la persona que más quiero en el mundo después de mi padre, trata de vigilarnos. Se escuchan gritos. Alaridos de un hombre pidiendo socorro una y otra vez. Miramos hacia arriba, a la casa de enfrente, de donde salen los chillidos de auxilio. De la ventana más alta de la clínica psiquiátrica del doctor Fuster cuelga el cuerpo de una mujer vestida con un camisón blanco. Parece muerta. El hombre, que pide ayuda, la sostiene por los brazos haciendo grandes esfuerzos para evitar que caiga. ¿Cae? No consigo verlo. ¿Ha muerto? Su camisón blanco, eso sí lo recuerdo. Supongo que es entonces cuando apartan rápido a los niños. No la olvido. Es mi madre. No hay frontera entre su casa y la mía. La loca de la casa de enfrente, la mujer que se tira al vacío no puede ser otra que mi madre, enferma de los nervios. Todas las pruebas apuntan a ello. Al manicomio de la casa de enfrente. El engaño está afuera. La verdad vive dentro. En la biblioteca de mi padre.

Con el paso de los años he podido enterarme de quiénes fueron algunos de los habitantes temporales de la clínica. Escritores como Leopoldo María Panero, Ana María Moix —después gran amiga mía— y José Agustín Goytisolo. Un sanatorio con su *gold gotha* particular. Habría que estudiar los archivos de la clínica Fuster y conocer los entresijos internos y externos de ese centro psiquiátrico ya desaparecido, el más importante en su especialidad de 1950 a 1980.

Soy hija de un manicomio y de una biblioteca. Ciertas noches ella, la señora blanca, viene a visitarme. Aparece en la habitación con su camisón blanco, la veo, me mira, está aquí y es distinta. Su rostro no se parece tanto al de la fotografía. ¿O tal vez sí? Lleva el pelo largo como yo ahora. La melena le cae sobre los hombros, como la mía ahora. Tiene los labios gruesos, como los míos ahora. Y unos ojos enormes que me miran. ¿Es mi madre o la señora loca? He perdido el miedo. Ese desmayo, el de quien quiere y no quiere morir, el de la señora blanca, me perseguirá toda la vida. El mareo, las náuseas, los desmayos. Tía Marta, casada con tío Pepe, el hermano mayor de mi madre, la única que de vez en cuando me habla de ella, su cuñada y amiga, me cuenta que se desmayaba a menudo. Aprendo a desmayarme. A veces en broma. Para divertir a mis compañeras de colegio. Otras, en serio. Naturalmente, seré fiel lectora de novelas con protagonistas excéntricas. Escribiré sobre locas. Y personajes suicidas. Como escribirá Gilles Deleuze, que recurrió al mismo método para morir: «Al arrojarse al vacío, a las fuerzas de la gravedad, una vida intensiva permanece». Así es como consigo dar vida a la visitante nocturna.

Lo ratificaban sus retratos y fotografías dispersas por la casa. Su belleza me distanciaba de ella. Tenía algo de estrella de la gran pantalla. Mi madre era inmortal. Lo que me han contado de su personalidad es muy poca cosa. Y siempre a hurtadillas, como se hablaría de un secuestro o un asesinato. Nunca me atreví a preguntar sobre ella. Se daba por hecho que, si Dios existía, mi madre estaba con él en el cielo. Vivía en la casa y me dejaba pistas secretas de su presencia. En los momentos de dolor, soledad y de la violencia física la llamaba a voces.

También era dulce, divertida, nerviosa, obstinada a veces, presumida, seductora. Alegre pero enferma. Nadie lo sabía. Sufría desmayos. Perdía el conocimiento, solía decirse entonces. La visitaron dos de los más reconocidos médicos de Barcelona y, según me contó tía Marta, no fueron capaces de determinar la causa. El doctor Farreras Valentí, muy acreditado por su ciencia, era el preferido de la familia materna. La familia paterna optó por el doctor Alsina Bofill, presidente del Institut d'Estudis Catalans, que, entre otros méritos, tenía el de haber sido depurado de la docencia por orden del dictador

Franco. Hecho que procuraba un rango añadido para mi abuelo, Frederic Amat i Arnau, político, empresario, amigo de Francesc Cambó y miembro activo de la Lliga Regionalista de Cataluña. El enigma se resolvió demasiado tarde para que mi madre pudiese por lo menos conocer el diagnóstico. En aquella época, la ciencia española no estaba ni de lejos al nivel de la norteamericana. La causa de la muerte de mi madre fue un problema del corazón de origen genético, lo más probable: tenía los ventrículos mal conectados, un problema que ya entonces se resolvía mediante cirugía en países más avanzados que el nuestro. Las dos familias eran católicas y se lo tomaron con dolor y resignación cristiana, en una actitud corriente en aquellos años. Resignación a la que me he rebelado siempre.

De familia extensa por el lado materno, entre los Noguera Espasa era muy habitual la celebración de bautizos, nacimientos y comuniones, casi siempre en casas particulares o en un local muy conocido del Paseo de Gracia llamado Salón Rosa, un nombre acorde con el color de su decoración. En cada evento, y así fue hasta mi adolescencia, durante unos minutos iniciales las tías, primas primeras y segundas, y las amigas y conocidas de mi madre me rodeaban formando un círculo, como un coro escénico, y por su actitud se hubiera dicho, año tras año, bautizo tras bautizo, que acababan de descubrir a un ser recién venido del espacio, y aquel pequeño marciano en el que yo me convertía era observado con precisión de cirujano durante un rato, para mí una eternidad. Y a todo lo largo de aquella escena repetida y eterna todas esas mujeres, sin excepción, se ponían a llorar delante mío mientras decían y repetían la frase que ha marcado mi existencia: «Es igual que la Pilar». El descubrimiento se repetía una y otra vez, y lo comentaban entre ellas mostrando un gran asombro al tiempo que yo, de la mano de mi padre o distante de su sombra, ponía cara de «aparta de mi este cáliz», y las miraba con la misma expresión con la que el chimpancé maldice al visitante del zoo que le observa como si el animal no tuviera ojos. Según aseguraban todas a coro, la niña, es decir yo, era el vivo retrato de mi madre. Sentía pavor ante la situación y también rabia, ya que me era imposible entender como esa niña fea y huraña que era yo tuviera algo que ver con la bella mujer cuyas fotos veía a diario en las repisas y paredes de mi casa. Me impresionaba y me disgustaba la situación y, al mismo tiempo, me brindaba cierto poder. Podía favorecer que papá me quisiera más. Y por mucho que yo continúe empeñada en negarlo, mis dos hijas y mis dos nietas siempre dijeron convencidas que en la fotografía enmarcada de mi madre que tengo en casa ven mi imagen una y otra vez.

Pasa el tiempo y papá sigue taciturno y vestido de luto. Es lo primero que comentan las chicas de servicio que entran y salen de la casa,

porque con el tiempo fueron cambiando. Escucho la radio con ellas, me aprendo todas las canciones. Hasta les doy el tono andaluz del cante. Qué memoria prodigiosa tiene la niña. Y cómo baila. Suena la música (*ballet*, zapateado, rumba…) y allí estoy yo, sea donde sea, dispuesta a celebrarlo con mi cuerpo de retaco. De mayor seré bailarina, les digo. Lo prometo.

El desván, el altillo de madera situado debajo de la cubierta de la casa, es mi espacio secreto preferido. Un lugar de apariciones. Las cosas que se guardaban allí… Libros de mi padre que decidió estuvieran en el altillo. Por ejemplo, todo Conrad publicado por la editorial Juventud, con cubiertas de tela color azul oscuro. Conservo, con las cubiertas ahumadas, algunos de los pocos que lograron salvarse del incendio ocurrido allí arriba, cuando la familia seguíamos viviendo en la casa, unos pocos libros quemados de mis lecturas de entonces: Enid Blyton, Julio Verne, historias de santos, biografías ilustradas de compositores… Y un solo libro de mi madre. *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, en cuya portadilla ella (creo) había escrito su nombre y la fecha de adquisición. Mi primer gran descubrimiento fue conocer su letra. Recrearme en su escritura. A pluma. Puntiaguda. Vencida hacia la derecha. Clara.

Un tren eléctrico de mis hermanos transitaba por allí arriba en nuestra infancia. Y, sobre todo, estaba también el laboratorio fotográfico de mi padre. Cuando papá abría la puerta del desván yo siempre quería seguirle por la escalera empinada y colarme con él en el cuarto oscuro. Me quedaba extasiada con la luz roja prendida, las gavetas llenas de agua donde flotaban cartulinas blancas que papá tocaba delicadamente hasta que, como por arte de magia, aparecían de la nada unas imágenes a cuál más fantástica…, y que ni él ni yo comentábamos jamás con palabras. Mudos y pasmados los dos viendo a mi madre surgir de pronto de una palangana con agua… Prefería dejar esa resurrección en suspenso. Algunas de estas fotos acabarían ocupando los marcos de la casa donde solo figuraba ella, sin niños, sin mi padre, sin familia. Las otras fotografías de menor tamaño, en las que salían los niños, papá las encolaba en las últimas páginas del álbum de la vida de mi madre, después de aquellas en las que se les veía a los dos cuando eran novios, cuando se casaron y tuvieron hijos. Para mí, ese álbum era otro volcán de sabiduría literaria. Lleva en la portada grabado en letras de oro el nombre de ella: PILAR.

Mi vida en casa la dediqué, en parte, a investigar lo que ocultaban aquellas habitaciones, en especial todo lo que hiciera referencia a mi padre y mi madre. Nunca examiné lo que mis hermanos pudieran hacer. Cualquier huella, señal, prueba, desliz o simple visión era buena para mis pesquisas. Como en la frase mágica, que cuando menos lo esperas, lo encuentras. Eso mismo me ocurría a

mí. Y así, después de haber inspeccionado mil veces el armario de la ropa blanca, las libretas y escritos de papá —por cierto, buen encubridor para lo suyo—, un día encontré lo más inesperado.

Solía moverme por la noche. Cuando todos dormían. Y aprovechando que mi padre había salido a cenar con su grupo de amigos. En el mismo desván, en una abertura casi invisible revestida con el mismo papel que cubría parte de lo que en catalán llamamos «las golfas», descubrí esa noche una puerta. Y la abrí. En un pequeño espacio iluminado apenas por una bombilla tenue de la época, encontré un armario que me pareció enorme. Lo abrí y, oh sorpresa, allí estaban algunos de los vestidos de mi madre. Preciosos. Los unos, de seda. Otros, veraniegos. Y también sus camisones largos, a cuál más llamativo. ¿Qué hice? Lo primero, tratar de reconocer su olor. Solo allí podía encontrar el aroma de mi madre. Y enseguida decidí ponérmelos. ¿Todos? Claro que no. El descubrimiento merecía disfrutarlo a lo largo del tiempo. Había dejado de ser una niña, o eso creía entonces, y me pareció que el primero que me probé, con falda amplia y estampada, me favorecía bastante. Uno de los camisones estaba aún manchado de sangre. No entendí del todo el motivo. Abrí también el gran cajón situado en la parte inferior del armario. Hubo que tirar con fuerza. Allí estaban sus zapatos de tacón fino y grueso. Me puse los negros de raso. Me miré en el espejo del armario, deteriorado por la humedad y el tiempo. Me gusté. Guardé con sigilo el tesoro encontrado. Cerré la puerta lo mejor que supe. Y, pocos días después, cuando pensaba que nadie podía descubrir mi secreto, volví a las andadas. Repetí la expedición muchas veces. Algunos de estos vestidos, ahora solo tres o cuatro, siguen en mi armario. A partir de mis veinte años me los puse en muchas ocasiones. Mi cuerpo era exactamente de la misma talla que el de mi madre. Papá pudo verme con ellos. Tenían éxito. Eran inmortales. En una época en que salí con el diseñador de moda Antonio Miró, me preguntó dónde los había comprado. En defensa de mi intimidad, fui evasiva.

Poco después papá empezó a reponerse del duelo que lo mantuvo enfermo un tiempo y casi encerrado en casa. Una casa que, por otro lado, ha sido el hogar más abierto a los demás que he visto en mi vida. Ni siquiera en películas se ha visto nada igual. La verja del jardín, así como las puertas que daban al interior de la casa, permanecían abiertas a todas las visitas sin excepción alguna. Familia entera, amigos y conocidos, todos entraban y salían de casa después de departir con nosotros o con mi padre a la manera de los actores en un escenario, salvo que en nuestro caso no existía reloj ni excusa alguna para decirles que ya era hora de que se fueran. Con los años se sumaron a esta hospitalidad mis amigas, mis amigos y mis pretendientes sin distinciones. Allí los iba encontrando a mi llegada,

sentados en el sofá de la pérgola y hablándole a mi padre, que sabía escuchar y dar consejos, siempre con frases breves, como un santo instruido y culto. Esta forma de vivir fue uno de los mejores regalos que podía hacernos.

Mi padre era distinto al resto de los hombres. Lo dicen quienes tuvieron la suerte de conocerlo. Especial en el mejor sentido de la palabra. Con una personalidad única, tranquila, libresca, generosa, solitaria, cultivada y pródiga que lo hacía atractivo y cercano a mujeres, hombres y adolescentes por igual. Muchos domingos, siendo niños, nos llevaba al cementerio a visitar a mi madre, a rezar en silencio por ella y llevarle flores. Nunca íbamos de vacío. Llevar el ramo a paso lento a lo largo del paseo era mi cometido. Antes, al salir de misa, los niños y mi padre pasábamos por la floristería Prat para comprar el ramillete que yo eligiese e indicar al florista cómo lo quería. Luego, era yo quien lo llevaba como mejor podía hasta la tumba. Cuando dejamos la niñez se terminaron las visitas en familia, pero, aún hoy, una vez al año, acaso dos, hago ese mismo recorrido.

El cementerio de Sarriá, minúsculo y limitado, fue siempre para mí un cementerio de escritores. Empezando por mi madre, que, pese a no ser escritora (me tomé la licencia de hacerla poeta en mi novela *El país del alma*), estaba enterrada bajo una lápida grande en forma de libro, y a modo de título de cubierta cincelado en grandes letras, mi apellido, que invitaba a abrirlo y leerlo o liberarla. Un cementerio de escritores también para la poeta catalana Clementina Arderiu, que descansaba en una lápida justo al lado de la nuestra, junto al famoso poeta Carles Riba, del que papá no dejaba de hablar mientras conducía el coche de vuelta a casa. En ese cementerio terminaría otro poeta ilustre, J. V. Foix, amigo de la familia. La entrada del camposanto daba a la calle Pablo Alcover, en frente mismo de la casa de los escritores Goytisolo, Juan, José Agustín y Luis, huérfanos de su madre, Julia Gay, víctima de una bomba durante la guerra civil española, y a los que por entonces yo no conocía, si bien esa memoria mía, precursora de lo venidero, ya los tenía presentes. Sin duda, hay espacios vividos en ciertos momentos que actúan luego como señuelos de tu itinerante futuro.

Papá y tía Montserrat habían decidido, sin decírselo a los niños, apartarme en lo posible de mi hermano mayor. De ahí que, en vacaciones, verano o invierno, fuera siempre invitada a las casas de mis tíos y primos. Los tíos Amat Cabanyes, los Noguera Tusquets y los Noguera Batlló. Siempre en el mar. Por otro lado, sea porque consultaron con alguien el problema de la violencia del hermano mayor conmigo o por temor a que se produjeran peores daños, tomaron una decisión bastante más seria y responsable. Para protegerme y, al mismo tiempo, tratar de modificar en lo posible la

furia con la que me trataba —tenía aspecto de boxeador—, resolvieron llevarlo a un internado. Sentí pena por mi hermano. Por el castigo o escarmiento impuesto. Por extraño que parezca, me compadecí de él. De alguien que no te quiere ni te soporta. Los fines de semana, que entonces se limitaban al sábado por la noche y el domingo, y también en las vacaciones de verano, mi hermano podía venir a casa. Así se fueron sucediendo unos cuatro años, y cumplidos los catorce pudo salir del internado. Las peleas persistieron un tiempo, pero en aquel encierro mi hermano había aprendido algo importante en cuanto a sus tremendas agresiones. Si bien no podía reprimir la exasperación que sentía al verme, sí lograba al menos refrenar piernas y brazos para no darme nuevas palizas, pues seguía siendo preso, todavía, de una temible rabia soterrada. Los insultos, burlas y muestras de desprecio continuaron mucho tiempo hasta llegar el momento en que decidió convertirse en un extraño para sus dos hermanos. Y dejó de hablarnos. Como si no existiéramos.

En defensa del hermano mayor debo contar una anécdota ocurrida antes de que decidieran llevarlo al internado. Sucedió un domingo cualquiera, en casa del abuelo, mientras esperábamos el momento de sentarnos a la mesa. Desde su sillón orejero, estando nosotros, sus dos nietos, en pie delante de él, muy cerca de sus piernas, el uno al lado del otro, quizás después de habernos acariciado, de pronto el *avi* Frederic, con una crueldad que siempre me pareció espantosa, levantó el brazo y, señalando con la mano derecha la frente de cada uno, determinó lo siguiente:

—Tú, Nuria, deberías tener la cabeza de tu hermano. Y tú —continuó señalándolo a él con el dedo—, deberías haber tenido la inteligencia de tu hermana.

Y hablaba en serio.

La casa de Pedralbes también tiene historia. Está situada en una calle ancha y corta que lleva el nombre del abuelo de mi madre, avenida de Espasa, en recuerdo del editor José Espasa Anguera. Me gusta que mi calle y mi madre mantengan aún su nombre de enciclopedia. Mi bisabuelo tuvo una vida interesante y notable. Nacido en 1839, en un pueblo de sesenta habitantes llamado La Pobla de Cérvoles (Lérida), se fue a buscar la vida junto su hermano Pablo a Barcelona. Trabajaron primero en la demolición de las murallas de la ciudad, que será el inicio de la expansión urbana que acabó llamándose el Ensanche. Juan Antonio Espasa, nieto, al igual que mi madre, de José, el abuelo editor, contaba que, además de peón en la muralla, el abuelo iba a la plaza de toros todos los domingos y allí vendía cigarros y mecheros a los aficionados. Era un joven listo e inteligente. Y ambicioso, sin duda. Enseguida, mi bisabuelo aprendió a leer y a escribir. Empezó trabajando en una imprenta que terminó comprando. Mientras escribo

estas líneas, veo su retrato de hombre maduro que ha triunfado como editor de la gigantesca y magnífica enciclopedia que llevó su nombre, y que todos recordamos como «la Espasa». Antonio Colinas escribía sobre ella: «La enjundia y valor de esta enciclopedia —de raíz catalanísima—, ponen en evidencia cuáles son los frutos excelentes de una sociedad, de una cultura y de un país cuando se dirigen a crear solidariamente una obra bien hecha».

No es de extrañar que, tras la guerra civil, no se hablara nunca en casa de la relación de la familia con una obra tan opuesta a las ideas que dominaron el país durante la dictadura. La guerra provocó el silencio en las víctimas y en la mayoría de los que la vivieron. En mi familia, mis abuelos resolvieron olvidar el pasado; mi padre y mis tíos prefirieron callar y no nos contaron a los pequeños nada de lo vivido anteriormente. La primera vez que mi padre hizo referencia a la obra que supuso la enciclopedia fue cuando cierto alcalde de Barcelona, en los años ochenta, decidió abrir la calle que daba continuidad a la avenida de Espasa, y en lugar de conservar el nombre del tramo ya existente, decidió dar a la parte inaugurada entonces un nombre, a su parecer, más apropiado al nacionalismo catalán. Papá me comentó dolido que había escrito una carta protestando ante las autoridades pertinentes por el despropósito que suponía ese cambio, pues era la misma calle, prolongada. Estaba claro. Al renacido nacionalismo no le interesaba la historia de unos chicos de campo que dejaron el erial leridano para ir a Barcelona y ser editores.

Los Espasa crearon primero un *Novísimo diccionario de la lengua castellana*, que era ya en buena parte una enciclopedia, todavía en el siglo XIX. Pero sin dilación, fue a partir de 1905, y tras el abandono de Pablo, cuando mi bisabuelo comenzó la enciclopedia que acabaría teniendo setenta volúmenes de mil quinientas páginas cada uno (y dos de ellos fueron dobles). En 1925, para acometer el ulterior desarrollo del proyecto, se unió a Calpe, de ahí que finalmente el nombre de la enciclopedia fuera Espasa-Calpe, y el trabajo quedó culminado al comienzo de la Segunda República, y se complementó con suplementos que la actualizaban a partir de 1934.

Este espíritu precursor del bisabuelo se extendió también al sector inmobiliario. Compró un terreno en el municipio de Pedralbes, junto al célebre monasterio gótico de las monjas clarisas, fundado en 1327. Y el editor y su esposa, Mercedes Escayola, encargaron al arquitecto Enric Sagnier la construcción de una casa en ese terreno, entonces tan alejadísimo del centro de Barcelona. La casa, todavía hermosa, ha sido el escenario que me ha inspirado en dos de mis novelas. Allí vivió mi madre, allí se conocieron mis padres y, consecuencia de su amor, en el huerto anejo al edificio, el joven matrimonio hizo construir una casa adicional, la casa donde nací yo.

Por su parte, mi abuelo materno, José Noguera, provenía de Prats de Lluçanès, cerca de Vic. Astuto también él —como tantos otros catalanes que viniendo de poblaciones rurales llegaron a conformar la burguesía catalana—, se lanzó a la aventura industrial junto con su hermano Alejandro y lograron crear una pequeña fortuna. El abuelo Noguera fundó una fábrica de hilaturas, una especialidad típica de la Cataluña de la época. Luego se casó con la que sería mi abuela materna, Mercedes Espasa, hija del editor y dueño de la casa de Pedralbes, a donde iba la familia a pasar el verano. El resto del año vivían en un piso situado en la Gran Vía de Barcelona, pegado al edificio de la Editorial Espasa, inaugurado en 1866. Mis abuelos, junto con sus hijas menores, Mercedes, Asunción y Pilar (mi madre), huyeron de la ciudad durante la guerra civil, para, una vez terminada, trasladarse a la casa de Pedralbes. Los dos hijos varones, Pepe, mi padrino, y Ramón «hicieron la guerra», como se decía en aquel entonces, en el bando de los nacionales. Viene a cuento mencionar que el presidente Josep Tarradellas, que propuso la independencia de Cataluña en 1936 —ojo, solo en el caso de que Madrid cayera en manos de los franquistas—, cuando él era el *conseller en cap* de la Generalitat, vivió durante un tiempo en la casa de nuestra familia en Pedralbes, confiscada por los republicanos durante la guerra.

Pilar, mi madre, fue la benjamina con diferencia. Una vez se fueron casando sus hermanos, ella y su hermano Pepe se quedaron a vivir con su padre, viudo entonces de la abuela Mercedes. En dos novelas mías, *El país del alma* y *Amor y guerra*, traté de dar voz al dolor y la heroicidad y la violencia de aquellos desgraciados años de las dos Españas enfrentadas. Mis dos abuelas, por parte de padre y de madre, fallecieron por la misma enfermedad «sin nombre» poco tiempo después de finalizada la tragedia.

Fue en esa época, cuando tío Pepe y mi madre vivían junto con su padre en la casa grande de Pedralbes, el momento en que Freddy, mi padre, y Pilar debieron conocerse, es probable que por vecindad o por tener conocidos comunes. Nunca lo supe. A mi madre he tenido que inventármela. Y es aquí donde comienza el misterio de lo que llamaré una infancia, la mía, llena de silencios, olvidos voluntarios, reservas, sufrimiento, extrañeza y melancolía que de manera forzosa e inevitable influirá en la persona que soy y en la escritora que seguramente sigo siendo.

El que iba a ser mi padre, Frederic Amat Oliveras, alias Freddy (nombre que inventó su hermana Montserrat, siempre muy anglosajona), procedía de Sarriá, antigua y pequeña villa cercana a Barcelona que después se integraría a la ciudad.

Mis padres se enamoraron. Cosa a todas luces irrefutable porque tenemos una prueba, el álbum de fotos. Y también por la actitud de

fervoroso recuerdo que mi padre guardó de ella durante toda su vida. «Ya he cumplido mi misión», fueron las últimas palabras de mi madre antes de morir. Y su misión era dar vida a sus tres hijos. A costa de la suya, agrego. Pues de forma involuntaria el embarazo y nacimiento de sus hijos precipitó su muerte. Sus reflexiones íntimas papá me las pasaba por escrito en forma de cartas que dejaba en mi dormitorio. Conservo cientos de ellas. Papá se refería a esta entrega de mi madre ante alguna de mis ocurrencias (*estirabots*, diría él). Durante una comida en su casa junto a mis hermanos, anuncié como si tal cosa que me había colocado un DIU (dispositivo intrauterino), se sobreentiende que para evitar un embarazo en aquel momento. «De haber hecho lo mismo mamá, vosotros no existiríais», me dijo por escrito. Desahogos míos vistos como despropósitos que a menudo he ido soltando en casa a lo largo de mi vida solo por mi necesidad imperiosa de desvelar, contra el silencio o la mentira, la verdad.

Por lo que sé, mis padres tuvieron un noviazgo bastante breve. Se veían en las casas familiares de Pedralbes y Sarriá. Papá había tenido, durante la guerra, el sueño de estudiar arquitectura, pero las circunstancias se lo impidieron. Así que, animado por su padre, el ínclito *avi* Amat, se decantó por los estudios más sencillos de perito industrial. Tras el fallecimiento del padre de mi madre, y como ya estaba programada la boda de tío Pepe con tía Marta, con el fin de que mi madre no quedara sola en la torre (como denominábamos a la casa) grande de mis abuelos, mis padres se casaron. No sin antes pactar con tío Pepe (pues mi madre y él eran herederos a partes iguales de la casa de Pedralbes de los abuelos Noguera Espasa) un canje relativo a esa herencia: mientras que Pepe se quedaba con la torre de la familia, a mi madre le correspondía, en parte, una suma de dinero y, por otro lado, la cesión a su nombre del huerto de la finca. Fue allí donde mis padres dispusieron construir su casa, en el terreno correspondiente a la avenida Espasa número 1, justo delante de la clínica psiquiátrica del doctor Fuster.

El dinero que le correspondió a mi madre fue ingresado en la Banca Tusquets por la sencilla razón de que mi tía María Tusquets estaba casada con tío Ramón, el segundo hermano de mi madre. Eran los padres de mis primos Noguera, a los que tanto me gustaba ver y en cuya casa de Llavaneras yo pasaba temporadas. En aquellos tiempos era muy importante lo familiar, por contraposición a lo desconocido. ¿A dónde fue a parar ese dinero? La Banca Tusquets quebró a los pocos días y con ella se fundió todo el dinero que recibió mi madre. Los Amat, el abuelo y hermanos de mi padre, pusieron el grito en el cielo. No tanto por el dinero perdido como porque los Tusquets no hubieran avisado a tiempo del enorme riesgo a Pilar.

En la nueva casa, para papá símbolo de mi madre desaparecida,

crecimos sus traumatizados y salvajes hijos. Ella pudo verla terminada, pero no llegó nunca a vivir allí. Recién construida, mi padre le hizo una foto delante de la fachada principal, acompañada de dos de sus tres hijos. Era la foto de despedida de nosotros dos a mi madre, que murió al mes de que papá tomara aquella instantánea, el retrato tan amado como maldito con el que cierra su álbum dedicado a Pilar, que entonces tenía veintinueve años. En esa foto aparece un dato. Papá, el hombre más detallista que he conocido, escribió la fecha a lápiz, con su atractiva y personal caligrafía sobre cartulina crema. Era el 22 de septiembre de 1952.
Mi abuelo paterno, Frederic Amat i Arnau, guardaba en el pasillo de su casa los volúmenes de la enciclopedia Espasa completa. Sin embargo, lejos de parecerse al bisabuelo editor, el *avi* Frederic era, además de industrial, político, de signo conservador, católico y catalanista, al tiempo que antifranquista, pero no fanático. Lo suyo era salvar a Cataluña de la catástrofe de la guerra civil y pactar lo más posible con Franco a fin de conseguir del dictador lo mejor para los catalanes. Llegó a ser un hombre de los llamados importantes en la Barcelona republicana y también en la franquista. Sabía hablar y convencer. Fue amigo de José María de Porcioles, uno de los alcaldes que tuvo Barcelona durante la dictadura (1957-1973). Firme de convicciones y hombre resuelto, mi abuelo Frederic tenía modales británicos y era apuesto, elegante, siempre usaba sombrero y se descubría para saludar a los vecinos de Sarriá, distrito del que el *avi* fue concejal en la época de Porcioles. Se preocupaba del bienestar social y, como gustaba de pronunciar discursos en catalán, le caía *ipso facto* la multa correspondiente del gobernador franquista, ya que estaba prohibido hablar en público en un idioma que no era la lengua del Estado. De moral intachable, buen cristiano, decía que el dinero está para disfrutarlo y no para multiplicarlo. Le bastaba y sobraba con lo que su pequeña fábrica de fundición de plomo le proporcionaba. Viajaba con frecuencia a Madrid para visitar a amigos y conocidos, y entonces le gustaba que le llamaran Federico. Lo mismo ocurría cuando los veranos nos llevaba con mi tía Montserrat a pasar dos o tres semanas a Castejón de Sos, en el pirineo aragonés. Era frecuente que los catalanes usaran dos nombres distintos dependiendo de donde se encontraban y a quienes se dirigían. En Cataluña utilizaban el nombre en catalán, y en el resto de España, la traducción al castellano. Veo una breve nota biográfica en la red donde, bajo el título de «Catalans Hispanics», califican al *avi* Frederic de personaje catalanista y españolista.

Yo no quería al abuelo. Tampoco me gustaban sus caricias ni sus besos con saliva. Ni su mal humor. Y me enfrentaba a él siempre que lo veía actuar como un déspota. En su descargo admito que,

socialmente, podía llegar a ser también un tipo muy bromista. Fui la nieta rebelde que toma partido por las víctimas. Y en mi familia había unas cuantas. Al *avi*, como le llamábamos sus nietos, costaba quererlo. El mundo debía dar vueltas y postrarse a sus pies. Si en verano yo pescaba truchas en el río y él no, rabioso, me mandaba al rincón del olvido. Estaba convencido de que el hombre, por ser varón, debía tener más derechos, talento, libertad y posibilidades que las mujeres. Pese a que lo vi coquetear en su casa con la señora Marta Moragas, presidenta de la Asociación Española contra el Cáncer y figura entrañable que siempre aparecía en las notas de sociedad, el *avi* nos veía a las mujeres como hermanas de la caridad o como una especie de cautivas del jefe indio, que es como él se veía a sí mismo. Todo lo opuesto a papá, quien insistía en defender a la mujer frente al hombre. En dos ocasiones le escuché decirme: «No te parezcas a tía Montserrat». Una santa y sacrificada en la familia. Pronto fue evidente que mi vida seguía un camino totalmente opuesto al de ella.

Lo que menos soporté de niña, ni tampoco más adelante, era ver a papá sufrir en silencio por las actitudes autoritarias que su padre tenía hacia él. Me enfurecía el modo que tenía el *avi* Frederic de tratar a sus dos hijos varones, que debían mantenerse sumisos al cacique, y a los que exigía una conducta similar a la suya, empresarial, extrovertida y poderosa, que sin duda era algo que ellos dos no adoptarían jamás. Nunca transigí con el trato distante y humillante que el *avi* dispensaba a mi padre y que yo veía repetir varios domingos al año. Generalmente en la mesa, antes del almuerzo, el abuelo le pasaba a mi padre un sobre de color azul que contenía dinero. Algo que yo sabía perfectamente. Me dolía contemplar el rostro compungido y avergonzado de papá, que tomaba el sobre a hurtadillas a pesar de que todos lo advertíamos incluso si no queríamos verlo.

No se comportaba del mismo modo con su única hija, Montserrat, soltera, simpática y compasiva, y entregada siempre, se supone que por propia decisión, a cuidar de su padre como lo habría hecho la mejor de las esposas en todos los viajes, eventos sociales y eclesiásticos. Lo de eclesiásticos no es broma. Los curas vivían, dormían y convivían con la familia en casa del abuelo. Montserrat cuidaba de vestirlo, elegir el traje, la corbata, la colonia y el sombrero, al igual que el mejor lacayo con su señor. También mostraba su cariño hacia los sacerdotes y frailes. A mí, personalmente, aquellos curas me caían bien. Por su simpatía y su izquierdismo elemental. Las misas con ellos eran bastante más divertidas que las otras. Mi tía tenía el encanto del gusto perfecto, del *savoir faire*, y una capacidad infinita de salvarnos de todos los aprietos.

En las comidas semanales que celebraba la familia en casa del

abuelo, mi padre no abría la boca. Casi ni para comer. Después de la obligada comida dominical, y a sabiendas de lo que venía a continuación, yo me alejaba disparada de los brazos del abuelo en cuanto veía que él se emperraba en que me sentase en sus piernas, cosa que sí me gustaba hacer cuando quien me lo pedía era mi padre. Y lo que más detestaba del *avi*, por mucho que la tía me presionase para que aceptara, era su empeño en que me fuera a dormir con él a la hora de la siesta. Escabulléndome como un reptil, saltaba enseguida del lecho nupcial y escapaba lo más lejos posible. Tozudo como yo misma, el *avi* intentaba comprarme como fuera: «Te daré cinco pesetas si vienes conmigo». Eso era lo más degradante para mí. Porque confieso que, en alguna ocasión (al fin y al cabo, un duro era bastante dinero), llegué a aceptar el trato. No así con el otro chantaje más flagrante al que me sometía: «Te daré dos duros si hablas en catalán», me retaba.

Esta mocosa sin madre y el hermano menor habían impuesto, pese a la exigencia de la familia de Sarriá (y recuérdese que era el barrio de poetas como J. V. Foix, Josep Carner y Carles Riba), no hablar con ellos en el idioma que solo se hablaba en familia. Por otro lado, yo sí cantaba en catalán canciones navideñas. Pasábamos las tardes de domingo en el Orfeó Sarrianenc (teatro de Sarriá) viendo una y otra vez *Els Pastorets*, que me sabía de memoria y entendía a la perfección. Pero, por razones emocionales de nuestra infancia, y dado que siempre me había cuidado mi querida Mima, vallisoletana, y también por rebeldía ante la imposición, yo me resistí a hablar catalán hasta comenzar mis estudios universitarios y sentirme libre. Hay políticos separatistas muy conocidos que aún siguen hablando el castellano en familia.

La orfandad de madre marcó mi lengua materna. De los dos idiomas, catalán y castellano, que siempre se hablaron y escribieron con toda naturalidad en Barcelona, elegí el segundo y más cercano cuando por fin, muy tardíamente, abrí la boca para decir de pequeña mis primeras frases con sentido. Mima me regaló el habla en su lengua. Y así fue cómo el castellano se convirtió en la forma natural de expresarse para los dos pequeños de la casa. En mi extraño caso, para algunos, todo me incitaba a adoptar la lengua de los desplazados, libre, divertida, de palabras que invitaban a ser dichas con la boca abierta, lentas y bien pronunciadas.

Y si hablar en catalán ocurrió en mí con naturalidad nada más matricularme en la universidad, durante los últimos años del franquismo, fue porque entonces me rebelé contra la prohibición impuesta por el régimen al uso de la lengua catalana en universidades, medios de comunicación y eventos públicos. Algo después, cuando a los veintidós años ejercía como profesora de Documentación,

asignatura de la que fui pionera en impartirla en España, en la escuela de bibliotecarios, yo daba parte de las clases en el catalán prohibido por Franco.

El mismo abuelo de los ojos azules se inventó un proverbio que, según él, definía mi manera de ser. Solía repetírmelo por lo menos unas dos veces por mes, una exageración dado que nos veíamos los domingos y fiestas de guardar. El *avi* Frederic ponía voz de cura en el púlpito y, mirándome a mí y luego a todos los presentes, decía: «*La Núria, de lluny es confon amb la ginesta, pero si la toques, (uy…) punxa*». Que «dicho en cristiano», como los catalanistas de pro nos reprochaban a los que hablábamos en castellano, significaba que su nieta, si la observabas de lejos, podía llegar a confundirse con la retama (esa flor amarilla, vistosa y veraniega que crece a su aire por los bosques de toda la península y parte de África), pero si la tocabas (y al llegar aquí dejaba un espacio largo entre las dos palabras y soltaba un gemido de dolor), pinchaba. Ahora bien, yo cambiaba por completo mi manera de ser con otros seres fantásticos que me querían y aliviaban mi soledad, como Mima y tía Munda (Raimunda)… Ambas le tenían miedo o guardaban acatamiento al *avi* Frederic, y también lo respetaban como al gran patriarca al que se le rinde pleitesía. Aprendí pronto a sublevarme frente a su arbitrariedad y a defender a mi padre, que nada más verle los domingos, en cuanto entrábamos en la casa familiar de Sarriá, se convertía en otra persona. Triste, silencioso, apocado y, para las iniciadas como yo, también algo irónico. Mima, que conocía muy bien al patriarca, porque había entrado a servir en la casa nada más casarse mis abuelos, me dijo repetidas veces: «Si fueras cariñosa con tu abuelo conseguirías de él todo lo que quisieras».

Era cierto. Y nunca lo hice.

Para ser justa, debo agradecerle al abuelo que fuera tan espléndido con nosotros, sus tres nietos, que siempre tuviéramos la entrada libre en su casa, a cualquier hora, como si fuera la nuestra. Que pusiera todo cuanto estuviese a su alcance para atendernos, protegernos y tratar de conseguir que fuéramos felices. Pero el cariño ni se compra ni se vende, aprendí pronto a cantar a todo el mundo sin tapujos…, gracias a la radio, que entonces era el único método de aprender cosas variopintas. Tampoco puedo reprocharle al *avi* que, en sus últimos años de vida, fuera fiel votante del partido convergente de Jordi Pujol.

El *avi* Frederic pasó sus dos últimos años sentado en su sillón orejero y con un mal humor constante debido a su arterioesclerosis. Enfermedad que soportaba serenamente tía Montserrat, amiga íntima, por cierto, de María Pujol, «la hermana buena» del presidente Jordi, con la que guardaba cierto parecido humano, inocente y desprendido. El abuelo tuvo la suerte de morir en plena Transición española (1981),

cuando todo eran buenas noticias en una España felizmente democrática. Y no se vio obligado a conocer el gran desastre ocasionado por su candidato político.

A la abuela Antonia Oliveras Piera, su mujer, no pude conocerla. Tuvo que pasar escondida tres años junto a su marido, ocultos en otra ciudad, a fin de evitar el riesgo de ser asesinados, alejada de sus hijos y sufriendo por ellos, y eso le pasó factura. Murió pocos años después de terminada la guerra civil y con el tiempo justo de conocer a mi madre como prometida de su hijo mayor. Los Oliveras Piera eran oriundos también de Sarriá, donde siempre vivieron. Tía Raimunda (Munda), la hermana menor del clan, estaba destinada a ser maravillosa y a quedarse soltera. Al parecer había en los Oliveras Piera un gen artístico que se transmitía entre generaciones. Eran además gente dada a viajar, *roda el mon i torna al born*, aunque siempre acababan regresando al lugar de nacimiento del que nunca, en verdad, llegaron a irse del todo. Hubo entre ellos uno o dos pintores muy estimables, tengo un par de cuadros suyos en casa. La tuberculosis mató al más joven y talentoso, Antoni Oliveras, cuya muerte fue muy sentida en la familia.

Tía Munda era una mina para contar historias, una y mil veces, con variaciones al albur del abanico del recuerdo. En cada una de mis enfermedades era la primera en llegar y enseguida la tenía a mi lado contándome cuentos inventados por ella y anécdotas de su vida. «Repítelo, por favor», le decía. Y tía Munda volvía a repetir el relato variando lo justo para que yo disfrutara otra vez de la misma historia. Hacía todo lo que le pidiera. Pero nunca fui caprichosa con ella. La quería demasiado. No era agraciada y se proclamaba fea. Yo la veía hermosa. Vistió siempre de medio luto. Tenía amigas, muchas, que iban a su casa a merendar, sentarse en el jardín y hablar como descosidas. Casi siempre solía colarme entre ellas. Le encantaba que me volcase sobre su falda y sus hombros, lo que ponía algo celosa a tía Montserrat. Era mi cómplice para todo.

Tía Munda, junto con Mima (imposible separarlas por distintas que fueran) se convirtieron en las auténticas heroínas de mi infancia. Las dos, solteras. Las dos, de armas tomar. Las dos, ancianas de apariencia. Las dos, buenas. Y las dos tomaban partido por mí. Me contaban historias. Me daban dulces y pasteles. A veces, dinero. Que yo guardaba (soy buena ahorradora) para poder gastarlo en tebeos, cuentos y luego libros que compraba en la papelería Gelabert de Sarriá, en la esquina de la Plaza Mayor. Vivían juntas enfrente de la casa del abuelo. Tía Munda ejercía de compasiva. Por el contrario, Mima, que no me quería menos, se mostraba enfadada cuando creía que debía echarme otro de sus contados rapapolvos. Yo sabía cómo hacerla reír. Las dos fueron, junto conmigo y también mi padre, las

desclasadas de la familia del gran patriarca Amat. A tía Munda jamás se le ocurrió reñirme. Y fui, os lo juro, una niña respondona y una adolescente rebelde, protestona y difícil. Nunca lo fui con ellas. Las visitaba y cuidaba. Me sentía protegida. Llegaba del colegio y salía corriendo hacia Sarriá y su casa. No hacía falta llamar por teléfono. Mi literatura se nutre del charloteo con tía Munda. Entre ella y yo había un rito sagrado sobre sus historias. De tanto preguntarle e interrumpirla, aprendí cómo hacerlas inacabables. Ni que decir tiene que era la tía pobre de la familia. Y yo, ella me lo decía a escondidas, la lista y estudiosa de todo el grupo familiar. Mi abuelo y tía Monserrat se ocupaban de su manutención y ella, junto con Mima, tozuda en ejercer de sirvienta, seguía viviendo, como siempre, en la planta baja de la que había sido la casa de sus padres y abuelos.

Tía Munda tenía programados sus viajes anuales por Europa con amigas viudas o solteras de la parroquia de María Auxiliadora. Dos de sus íntimas pertenecían a familias con solera: María Negra, a la propietaria de los laboratorios fotográficos, y María Forcada de Mercader, prima de tía Raimunda, era suegra de Vittorio de Sica, tía de Ramón Mercader, el asesino de Trotsky, y madre de la actriz María Mercader, esposa de Vittorio, abuela de Gay Mercader y prima a su vez de Ramón. Menuda mescolanza.

Claro está que me hice más amiga de María Forcada de Mercader por lo muy peculiar que era en todo. Vivía en Roma. En un aledaño de la casa de su hija y Vittorio, el misterioso. En muchas ocasiones las vi cuchichear sobre él y callar nada más aparecer yo por la puerta. Le gustaba hablar de sus nietos, «los romanos», los hijos que María tuvo con Vittorio de Sica, que vivían cerca de ella, como pude comprobar años más tarde cuando fui a visitarlos. María Forcada era también abuela de los primos franceses, hijos a su vez de Luis Mercader y su esposa, Roser. Se exiliaron durante la guerra y allí se quedaron. De edad parecida a la nuestra, Gay Mercader y sus hermanos venían todas las Navidades a casa. Gay, embelesado por la música, esa vocación que lo ha llevado profesionalmente tan lejos, llegaba siempre con los discos de novedad rabiosa bajo el brazo, que oíamos excitados y que él nos comentaba en su catalán afrancesado.

La señora Forcada era presumida y parlanchina, parecía salida del mismísimo Beverly Hills, vestida de tonalidades rosa o crema, salvo que con gusto y elegancia europea, lo que contrastaba con el medio luto de tía Munda. Roma, su hija María y su yerno Vittorio eran sus temas principales de conversación, en la que yo siempre estaba atenta. Vittorio, según la señora Forcada, tenía un gran defecto. Cuando se refería a él, ella bajaba el tono de voz y fruncía el ceño. Ese punto negro secreto era que jugaba y perdía mucho dinero en los casinos. Y, por si fuera poco, el gran Vittorio tenía para su suegra

catalana y católica un problema muy embarazoso que ella no mencionaba nunca con todas las letras, porque no quería que se la oyese acusarle de bigamia. Según las leyes italianas, su primera mujer seguía siendo la única oficial y, dado que no podía divorciarse, la familia que formó con María y los dos hijos de ambos era poco menos que pecado. En una ocasión posterior, comiendo yo con todos ellos en su casa de Roma, legalizado el divorcio en Italia, y con «el contratiempo» ya solucionado, capté el trato distante, aunque educado, que el gran director y actor tenía con su suegra. Le cedieron una vivienda en el terreno donde vivían. Lo que, conociéndola a ella, fue una prueba de gran generosidad de los dueños.

Para definir a mi padre en dos líneas bastaría con decir que podría ser el autor de la *Carta al padre*, escrita por Franz Kafka, con quien guardaba cierto parecido de carácter. Especialmente, el misterio irónico de su personalidad, su melancolía, su ingenio, su sentido del humor, sus silencios, su aceptación del absurdo de la vida y, para colmo, el hecho de haber tenido que sufrir siempre la impotencia que sentía ante el autoritarismo paterno. El éxito profesional, en cualquiera de sus facetas artísticas en las que era muy destacable, no le importó nunca. Papá consideraba que había valores mucho más esenciales, como el darse a los demás sin esperar nada a cambio. Siendo todavía soltero, su aptitud artística lo llevó a montar escenografías en el teatro parroquial de Sarriá donde, como me contó en alguna ocasión (una de las escasas confesiones íntimas que me hizo), pudo conocer a una jovencísima Victoria de los Ángeles, que iniciaba entonces su carrera musical y de la que papá se enamoriscó un poco y a quien, según llegó a confesarme, la invitó a su casa de Sarriá a pasar un rato juntos. A mi padre, como a otras figuras familiares, le he ido enmascarando en algunas de mis novelas inspirándome en ciertos matices de su personalidad más o menos reales, según me dictaran texto, argumento y escenario. En este libro que tenéis delante casi todo es distinto.

Fue un hijo de la guerra. Como a muchos jóvenes de los de su generación burguesa, ser adolescente en medio de aquella tragedia marcó su personalidad. Y es comparable en este sentido a las flaquezas de temperamento, madurez avanzada y punto de vista vital e intelectual de los escritores de la Escuela de Barcelona, como Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, los hermanos Goytisolo y más, si cabe, con Josep Maria Castellet. Tocados, por no decir hundidos, por lo que representó aquel espanto. A los dieciséis años, mi padre, debido a su elevada estatura, corría el peligro de ser incorporado como soldado a la más larga y decisiva batalla de todo el conflicto bélico, la del Ebro, pues pertenecía a lo que la escritora y política anarquista Federica Montseny llamó «la Quinta del Biberón». Para evitar que fuera

reclutado, y gracias a la relación amistosa de mis abuelos con la familia Puig Planas, conocidos fabricantes de perfumes, decidieron llevarlo al sanatorio Puigdolena, situado en San Quirico de Safaja. Se trataba de un centro para enfermos de tuberculosis donde la familia Puig, los padres y los cuatro hijos varones, Antonio, Mariano, José María y Enrique, se habían refugiado para vivir allí aquellos años difíciles. Mi padre pasó de este modo el conflicto bélico junto a ellos, semiescondido con los dos hijos mayores, Antonio y Mariano Puig. Con ambos mantuvo luego una buena amistad. Antonio tuvo el detalle de regalarme los dibujos que hizo de mi padre en aquella época, en la que él mismo también dibujaba y pintaba. Así se entiende que el sanatorio sea un escenario recurrente en mi literatura. Nunca se habló en casa de esta temporada difícil. Solo Mima, la lenguaraz de la familia, me contaba que recorría «unas veces a pie y otras andando», como decía ella, los kilómetros que iban desde Barcelona hasta San Quirico de Safaja para ir a verlo y acompañarlo un rato.

Otra desgracia marcó la personalidad de mi padre. Iba por la avenida Meridiana, al volante de su coche, un pequeño Fiat Topolino, regresando de sus prácticas de soldado, cuando de pronto se le cruzó en su camino una mujer, alguien que, según me contaron voces secretas, estaba algo trastornada. No sé si ella se lanzó contra el coche o a mi padre no le dio tiempo de frenar, pero el triste resultado fue que la mujer falleció a las pocas horas. Jamás me habló mi padre del accidente, pero sé que nunca se recuperó de este suceso adverso. También supe que, tras esta desdicha, mi abuelo Frederic se ocupó de mantener a la familia de la fallecida hasta que él mismo murió.

Quienes conocieron a mi padre decían de él que era artista, arquitecto, pintor, escritor, profesor, fotógrafo, escenógrafo, decorador de interiores… Y que todo lo hacía bien. Nunca dio importancia a sus cualidades artísticas e intelectuales. En una de sus últimas cartas me escribió que enamorarse de mi madre, hacerse novio de ella, casarse y tener hijos, todo ello en apenas unos siete años, «fue la época más feliz» de su vida.

Siempre había música sonando en sus rincones de estar, música clásica, con la que me enseñaba a distinguir unas obras de otras, a entenderlas y a adivinar los nombres de los compositores e interpretes. Sinfonías, conciertos, zarzuelas, óperas… Prefería escucharlas en casa antes que presenciarlas rodeado del público del Liceo. Donde solo se iba a figurar, decía. También le gustaba la música melódica, bailable, de la época de los cuarenta o cincuenta, las canciones románticas «inolvidables» que se siguen escuchando en versiones modernas. A veces, cuando sonaban en su tocadiscos, salíamos a la terraza de la pérgola y nos marcábamos un baile o dos, al estilo de las películas en blanco y negro. No tenía vergüenza alguna de bailar con él. Y mucho

menos sola. Me instalaba en cualquier lugar de la casa. Sobre la alfombra del salón. En el recibidor. En mi dormitorio. En la terraza. Ponía mi disco de *ballet* clásico y allí lanzaba mis piruetas, *arabesques* o *foutés*, o cualquier otro paso inventado. Debió de ser porque a mis once años me planté delante de papá para anunciarle que de mayor quería ser bailarina (ni azafata, como decían algunas amigas, ni farmacéutica o violinista, como quería él) y que deseaba empezar a asistir a clases profesionales. Papá se limitó a poner ojos de medusa y a felicitarme por mis triunfos en baloncesto. Nunca le dije que sería escritora, un sueño demasiado elevado y que no quería estropear confesándolo. Un año más tarde le aseguré que me casaría con un negro. Y algo así pasó.

Aprendí a bailar incluso antes que a leer. Fue en el barrio de gitanos de la playa del Somorrostro, cuna de la magnífica Carmen Amaya. Algunos domingos papá me llevaba con él allí mientras formó parte de una organización de ayuda a este barrio de la Barceloneta, seguramente porque la pequeña fábrica que tenía, y que terminó abandonando, estaba próxima a ese suburbio, el lugar más excitante de mi infancia. Todos bailaban a lo Carmen Amaya sin llegar a su altura artística, pero acercándose. Yo, con apenas seis o siete años, me unía a los niños gitanos descalzos. A veces iba descalza también, excepto en invierno, cuando llevaba mis calcetines blancos que cantaban como un rosal en un infierno. Luego, papá, el muy ladino, se cobraba el aprendizaje cuando en sus cenas de amigos, fuera la hora que fuera, subía a mi dormitorio y me despertaba para decirme que bajara con él, yo en pijama, a la biblioteca donde estaban sus invitados, ponía la música y yo empezaba a bailar el zapateado con el desparpajo que creía tener. O acaso era cierto, como aseguraban mis hermanos y coreaba mi padre con su media sonrisa debajo del bigote, que en realidad a mí me habían dejado en casa como obsequio unas gitanas, de las muchas que pasaban a menudo por el barrio.

Hacia mis doce años papá sacó de la biblioteca otro de sus libros sorpresa y me hizo ver que nuestros apellidos nos llevaban por el lado de la estirpe judía, pueblo excelso, como decía él. Escuché por primera vez la palabra holocausto. Y me lancé de inmediato a leer el *Diario de Ana Frank*, a odiar a Hitler y a comprar en la papelería de Sarriá varias novelas de la editorial Plaza & Janés que testimoniaban asesinatos a mansalva, campos de concentración y el horror del siglo XX europeo. Por otro lado, un buen día se presentó en casa un personaje cargado de papeles y entregado a explicarnos nuestra línea genealógica a través de la búsqueda de nuestros antepasados. Y mostrándonos como prueba el escudo del virrey Amat, de Barcelona, uno de los pocos catalanes que contribuyó a la administración de Sudamérica. Manuel de Amat y Junyent, virrey del Perú, venía

acompañado de una vida novelesca que me atrapó al instante. Su famosa amante y los veinte años que pasó en América. Mi origen, mi familia, mi horizonte.

También iba con mi padre a la librería Subirana, en la calle Puertaferrisa 14, cerca de las Ramblas, una tienda clásica en su momento y hoy legendaria. Me sobrecogía y excitaba a un tiempo contemplar aquel enorme templo de libros. Papá iba curioseando los que podían interesarle de aquel «cementerio de autores». Recuerdo que mi estatura apenas sobrepasaba una cabeza los mostradores. El olor que desprendían me tenía momificada. Nos deteníamos un buen rato para hablar con el librero, Ángel Sopeña, amigo de mi padre, amable y simpático. Si estaba emocionado por algún descubrimiento libresco, papá lo comentaba conmigo. Lo suyo era recopilar libros en catalán, siempre de buena literatura. En cierto modo, una labor de resistencia ante los efectos de la censura franquista de aquellos años, que parecía que nunca fueran a terminar.

Uno de nuestros juegos bibliófilos consistía en vendarle los ojos, elegir yo por mi cuenta el libro más delgado e invisible de su biblioteca, del que solo le daba título y autor, y él, completamente a ciegas, conseguía encontrarlo. Mi padre solía leer libros en catalán. Yo, en castellano. Con los años logró tener y disfrutar de la mejor biblioteca particular de traducciones al catalán. Decía que la literatura catalana brillaba sobre todo por sus grandes traductores. Y me lo mostraba con ejemplos.

Al terminar mis estudios de bachillerato y preuniversitario, entre matricularme en Periodismo o Biblioteconomía opté para complacerlo por lo segundo, sin dejar luego de proseguir con otros estudios, incluido el Periodismo. Años antes había pasado muchas tardes de verano dedicadas a catalogar sus libros, hasta hice mi tesina sobre su biblioteca. Se trataba de un trabajo bastante soporífero. Lejos estaba entonces de saber que yo acabaría reuniendo en mi casa una gran biblioteca con miles de volúmenes de autores españoles, latinoamericanos y universales. Libros estos traducidos al castellano y muchas primeras ediciones de celebrados autores del siglo XX. Y nadie sabe lo que he disfrutado al lograrlas, hermosas, dedicadas y a buen precio.

De adolescente me seguía viendo fea. A mis hermanos les divertía humillarme criticando mi físico. Mima, de inteligencia innata, tenía una fórmula muy particular de levantar mi autoestima. Aseguraba que muchas de las mujeres que no fueron especialmente guapas de pequeñas al crecer terminaron siendo las más hermosas. «Como le pasó a tu madre, en paz descanse», añadía como coletilla.

Mi cuerpo me reclamaba energía. En gimnasia era de las dos mejores de la clase. Nos turnábamos en este privilegio Ana Puigarnau

y yo, más amigas y campeonas que rivales. Ganadoras en baloncesto y yo, bailarina a ratos; nadadora a tope y ciclista sin manos por las calles empinadas de Pedralbes en las largas y solitarias tardes de verano. Este cuerpo del que formo parte tenía su propio sentido. El movimiento físico del que siempre he hecho gala compensaba mi gran vulnerabilidad y decaimiento psíquico. Papá lo zanjaba rápido: «Para que una persona se aburra es necesario que sea burra». Por mi parte, contrarrestaba el dictamen de mi padre con el lema que acompañó toda mi niñez: «Ahora, tiene que ser ahora». Y que se transformó luego en un ejercicio de resolución y aliento que ha caracterizado mi forma de ser y de actuar.

Mi padre era muy cariñoso. Un amor en continua despedida: siempre insinuaba que se iría pronto. No le gustaba viajar. Y nunca subió a un avión. Pertenecía a la escuela de *Viaje alrededor de mi habitación*, de Xavier de Maistre, uno de sus libros de cabecera, y estaba convencido de que para saber del mundo la literatura era el mejor caleidoscopio. Que recuerde, solo hicimos un viaje solos, él y yo. De niña me llevó con él un fin de semana a Port de la Selva. Los dos en su Citroën dos caballos. El lugar era importante. Se trataba de un viaje iniciático. Y fue una premonición significativa. A este pueblo blanco de mar situado en el Alto Ampurdán habían ido mis padres a pasar unos días y, de paso, a visitar al poeta J. V. Foix. Claro que no me lo dijo entonces. Pero el álbum de fotos lo registra todo. Cantamos durante el viaje. Me enseñó canciones catalanas, de Toldrá, que aún recuerdo bien, y fragmentos de zarzuelas. Continuó saliendo conmigo durante todos los años en que viví en su casa. Íbamos a cenar, mano a mano. Me gusta pensar que era un modo de enseñarme a tratar y comportarme con los hombres. Fue el mejor maestro.

Yo pasaba muchas noches sin dormir apenas. Era entonces cuando hacía de detective. Mi padre salía a cenar y mis hermanos soñaban en sus respectivas camas sobrellevando sus particulares miedos y frustraciones. Alerta al menor ruido o sospecha de extraños visitantes en la casa, me levantaba con cautela, salía de la habitación, bajaba las escaleras de madera crujiente y comenzaba mis pesquisas. Tenía mis motivos. Ladrones o rateros campaban a sus anchas. Se habían llevado de una vez «toda la plata» del ajuar de boda de mis padres, como solía llamarse a bandejas, cubertería y demás chirimbolos repujados, la mayoría en desuso. Recuerdo bien la escena con los polis tomando huellas. Mi joyero de primera comunión desapareció un buen día en que yo estaba enferma y durmiendo en casa del abuelo. Si hubiera estado en mi casa lo habría impedido haciendo todo el ruido posible en mi bajada al salón o a la biblioteca.

A veces exploraba el escritorio y demás objetos personales de mi padre buscando alguna señal que confirmase mis sospechas.

Llamémosle presentimiento. Tanta salida nocturna suya olía a chamusquina. La señora viuda del grupo que frecuentaba… El regalo que ella me hizo de un libro para congraciarse conmigo… Miraba las libretas de papá, leía papeles, abría carteras, perseguía cartas o notas de mi madre, sobre todo de ella, atento siempre mi oído al sonido de la verja de la calle por donde él entraba a altas horas. Y entonces volvía a dejarlo todo impoluto, como si hubiera pasado un ángel, o así me lo parecía. Insistí en abrir cierta noche uno de los cajones de su mesa y en esta ocasión, sí, allí estaban las cartas. Me encontré con un pequeño montón formado por varias de ellas metidas dentro de sus respectivos sobres. Con letra de mujer, evidente. Al fin las cartas de mi madre, pensé. Y allí, de pie, en pijama, descalza, presta para salir corriendo al menor ruido exterior, me dispuse a leerlas. «Querido Freddy…». Empezábamos bien. No eran cartas largas. Sobrias y breves. Pero sobre todo precisas. «Cuando el hermano mayor tenga dieciséis años, Nuria haya cumplido los catorce (yo tenía doce en aquella aciaga noche) y el hermano menor los doce, se lo diremos». ¿Qué les diremos? ¿De qué estaba hablando? ¿Mi madre de joven era tan sabia que podía predecir el mañana? Algo no cuadraba. Aquello no eran cartas sino un plan futuro para los hijos. Tampoco encajaba la forma de la letra. La de mi madre, según estaba escrito en su único libro encontrado, era delgada y picuda. Y esta que tenía ante mis ojos, muy recta y hacia arriba. Llegué pronto al final: su nombre. Yo insistía en querer leer «Pilar». Y hasta llegué a creer que era yo la confundida. Ojeé por encima las otras. Nada importante que señalar. Un «te quiero» tal vez. El cariño o la ternura no era algo que distinguiera a la autora de las cartas. Lo sabía, aunque tampoco quería saberlo del todo. Tenía que negar como fuera a la persona que las firmaba. Al tiempo que resultaba indudable. Era ella, la amiga de mi padre, la que ya planificaba nuestras vidas.

Volví a mi cama. Lloré. Creo que mucho rato. Comprobar que no eran las cartas de mi madre me dolía más que el hecho de tener que vivir años con este secreto, el de la existencia de la suplantadora. Esperar en silencio a que llegase la noticia anunciada me parecía una canallada. Al día siguiente, en el colegio, se lo conté a mi amiga Marta Sentís. De ella podía fiarme. De nadie más. «Jura que no se lo dirás a nadie». «Lo juró». «Jura que no hablaremos nunca más de ello». «Lo juró también». Tampoco hablé jamás con nadie del asunto. Me lo reservé para la literatura, para cuando por fin fuera libre de resquemor o recelo y aparecieran de una vez las cartas de mi madre a mi padre.

A partir de aquella noche tomé, eso sí, una decisión importante: escapar de casa cuanto antes. Estudiar. Trabajar. Viajar. Ganarme lo más pronto posible la vida e independizarme. Y eso fue lo que hice.

2

GRANDES PLANES PARA VIVIR VIDAS AJENAS

A partir de los doce años el caminar de mi vida avanzaba mientras trataba de saltar la ficción adolescente, esperando cumplir los dieciséis y dejar el colegio. Las peleas con mis hermanos dejaron de ser físicamente dolorosas. Todo se resumía en gritos e insultos. Y en que hicieran lo imposible por provocarme el llanto. «Ahora Nuria va a llorar». «Mira cómo va a llorar…». Mi hermano mayor siguió dos años más en el internado. Y algo antes se decidió que Mima, demasiado mayor para soportarnos, volviera a Sarriá. A casa de tía Munda, donde siempre había vivido, y de donde solo se fue al morir mi madre, dispuesta a cuidar de nosotros. Este cambio nos tomó por sorpresa. Fue un golpe bajo para mí. Y traté de superarlo como tantos otros que sufrí durante los primeros años de mi vida. Seguía teniendo mis momentos de desesperación, vómitos, mareos, depresión, insomnio y un deseo de morir disfrazado de ensoñación o impotencia. Por raro que pueda parecer, el estudio, la lectura y cualquier tipo de ejercicio físico me servían de compensación y me permitían seguir adelante.

Una mañana, la persona que entró en nuestra habitación a despertarnos para ir al colegio fue La Señorita. Así se hacía llamar la sustituta de Mima. Su porte y su físico respondían al de las amas de llaves de una película de terror. Peinado de peluquería tintado hacia el rojizo. Tacones anchos. Falda tubo. Y maquillaje en la cara, pero no excesivo. Tenía su particular pedigrí, que los niños debíamos creer a pie juntillas. La Señorita decía que era prima (lejana), según inventó ella dándose ínfulas, del conde de Godó de aquellos años, que, por cierto, vivía en una casa en el Paseo Reina Elisenda, muy cerca de la nuestra. De ahí que nosotros, los niños, de mutuo acuerdo, la llamáramos La Condesa de las Tetas.

Tal vez lo más importante de esos años de adolescencia fue el colegio. Como estudiante siempre fui disciplinada, ansiosa y algo obsesiva. Una vez me sabía la lección, el mundo era mío, y vaya si lo sabían mis amigas. Todo servía para divertirme. Era la primera en lanzarme de cabeza al lago del colegio, antigua residencia de una familia noble, y salir del agua verde llena de algas bajo la mirada del dios Neptuno, que nos contemplaba con complicidad solemne desde lo alto, en aquella escultura que tanto imponía. También fui la única alumna del colegio en simular desmayos durante la misa diaria reglamentaria. Finalmente, la madre Teresa Inés (de apellido seglar Álvarez de Toledo) optó por escribir a mi padre, que jamás pisó el colegio, para prevenirlo y aconsejarle que me llevase a un médico.

Como mis notas eran buenas, papá, al que yo había previamente advertido de mis jugarretas escolares, pasaba página. Diversión aparte, otra prueba de lo que se calificaba en el colegio de mal comportamiento, y así constaba en las notas de conducta, era mi actitud subversiva y desobediente ante cualquier tipo de orden o proceder que me parecieran injustos, tanto por parte de las monjas como de las maestras. En varias ocasiones las escuché amenazarme: «Nuria, la próxima será la gota que derrame el vaso». Lo que significaba expulsión. Claro que yo disponía del salvoconducto de mis buenas notas en trabajo y estudios. Y jugaba con otra ventaja más. Una circunstancia que, debo decir, nunca oí que allí nadie mencionara: era la única alumna de aquel colegio de la Asunción que no tenía madre. Las monjas, en el fondo buenas personas, no podían permitirse el lujo de expulsarme.

Las materias de mi interés eran las de letras. Mi autoexigencia no me permitía sacar malas notas. En Latín y Griego era francamente buena. Adoraba el Griego. Tanto era así que a los quince años daba clases particulares de estas dos materias a Victoria, una amiga y vecina, por las que su madre me pagaba unas buenas pesetas por hora de clase. Y algo más cuando Victoria aprobaba con notable alto. Nunca tuve una buena profesora de Literatura. Tampoco importaba, porque leía libros por mi cuenta y la materia la llevaba en mi ADN. En aquellos años y en mi colegio, para llegar a ser alguien debías aprenderlo todo de memoria. Y, la verdad, yo tenía una memoria exageradamente buena. Podía repetir las biografías de los escritores franceses, y en francés, que aparecían en los libros de texto sin olvidar ni una coma. Me bastaba con leerlas dos veces. Seguramente, se dirá ahora que esta metodología de aprendizaje es imperfecta y negativa. A mí me benefició bastante. Años más tarde me dediqué a investigar cuestiones similares y explicar de qué modo, mediante un proceso de olvido y recuerdo, se adquiere el saber.

De siempre he sentido afinidad por personas llegadas de cualquier lugar distinto al mío. Tal vez porque de algún modo siempre me he sentido extranjera. Papá lo explicaba con su toque de ironía: «Esa afición por lo exótico que Nuria tiene». Mi primera gran amiga llegó de Venezuela y se llamaba Lucía Michelangeli. Creo que solo estuvo en Barcelona uno o dos cursos, ingreso y primero de bachillerato. Nos hicimos íntimas. Como gemelas. Los días festivos íbamos vestidas con la misma ropa. Hablábamos por los codos. Ella con su español cautivador y yo con mi castellano bastardo. Se fue Lucía y el curso siguiente apareció Marta Sentís. Venía de París junto con su hermana porque su padre, Carlos Sentís, reputado periodista catalán, y su madre habían residido allí. También nos hicimos íntimas. Pero no gemelas. Cada una tenía ya su particular personalidad.

Entonces, Marta hablaba tanto el castellano como el catalán con un leve acento francés. Y le gustaba leer. Ya éramos dos en la clase que compartíamos esta afición secreta. Su educación en la escuela parisina le daba ventaja. Pero no era ni fue nunca competitiva. Algunas de sus redacciones libres habían sido elegidas para ser leídas en público. También ocurrió con algunas de las mías. En esta tarea Marta y yo éramos las mejores. La madre Teresa Inés las leía en voz alta. Las mías eran íntimas y personales. Otras alumnas se sentían identificadas, lo que me incomodaba a la vez que halagaba. Allí, en estas esporádicas y alabadas lecturas, descubrí por primera vez el placer del texto, el goce de la escritura, el deseo de lenguaje, que para mí consistía en decirse a sí mismo lo no dicho. Marta no siguió el camino de la literatura para el que, en mi opinión, estaba realmente dotada. Su elección profesional y artística fue la fotografía. Y la vida. Su universidad: viajar sola, en ocasiones acompañada por Jordi Esteva, por los lugares más alejados del mundo mundial. Es valiente. Y atrevida. Compartimos un pequeño grupo de amigas del bachillerato. Y como oí decir a alguien inteligente: «Para la amistad, la frecuencia no es importante. Para el amor, sí».

Las monjas seguían mortificándome donde más dolía, en especial la madre Teresa Inés, que la tenía tomada conmigo. Era la época en que los chicos que nos gustaban y a los que gustábamos eran hermanos de las amigas de la clase. Recuerdo a los dos más atrevidos porque me enviaron sus fotos de carné a través de sus hermanas respectivas, también muy amigas las dos. Conocí debidamente a los chicos en sus casas cuando Rita Parellada, por ejemplo, me invitaba a su fiesta de adolescentes. Me llegaban de ellos más fotos y cartitas cariñosas… Todo muy divertido y casto. En materia de sexo éramos novicias, si bien yo debía de tener aspecto de muy adelantada pues «la Teresa Inés», como la llamábamos a sus espaldas, un buen día, ante tres cursos enteros de bachillerato, me gritó: «A Nuria Amat lo que le pasa es que le gustan demasiado los pantalones». Lógico, teníamos catorce años.

No sé si por mis falsos desmayos o porque no probaba bocado en el refectorio, conseguí ser alumna medio externa e ir a comer a casa. Aquel viaje de ida a casa y vuelta al colegio en los mediodías lo hacía caminando por algunas calles, pero sobre todo a través de puros descampados. El trayecto lo veía como una peligrosa aventura. Aquella zona era un territorio muy alejado del centro urbano, un lugar peligroso donde prostitutas y macarras (término cuyo significado desconocíamos por completo) se movían a su aire. Había peligro, cierto. Pero no pensaba en él. Como si suponer que pudiera pasarme algo fuera a provocar que «eso» sucediera. Y yo ni tan solo pensaba en «eso». Mucho menos en los exhibicionistas. Los llamábamos «los de la

gabardina y el paquete». Había unos cuantos que rondaban por los alrededores de colegio. Mirándonos cuando saltábamos el potro o jugábamos a baloncesto. Los teníamos fichados. He de darles miedo, me decía. Ir a la mía. Ser un lince. Poner cara de bulldog durante todo el trayecto. Al punto de que esta expresión de mal genio y aspecto amenazador se me quedó fijada a las facciones durante mucho tiempo. Y es posible que a veces aún me queden los restos. Y el sexo, como si no existiera. De sexo no se hablaba nunca en la familia.

El peligro llegó uno de esos días en que no lo esperas. Sábados y domingos por la tarde yo tenía un horario fijo de llegada a casa. Nada que saliera de lo que se esperaba de una adolescente. El domingo la casa solía estar vacía. Ocurrió en invierno. Y no más tarde de las ocho. En el tranvía de regreso se sienta a mi lado un hombre, en principio igual que los demás. De pronto, el tipo mueve su pierna izquierda hasta apoyarla en la mía, luego aprieta su muslo contra el mío. Simulo no enterarme, pero es evidente que me acorrala. Si estuviera de pie y con el tranvía lleno de gente, sería fácil escurrirme. Pero estamos sentados y quedan pocos pasajeros. La parada siguiente es la última, la mía. Noche cerrada. Las calles poco iluminadas, como era habitual en la época. Barcelona, ciudad oscura y con el mar a lo lejos, dándonos la espalda. Salté del tranvía, me puse a caminar deprisa, pero sin correr. Que no vea que le tengo miedo. Nadie en la calle. Nadie a quien pedir ayuda. El hombre sigue mis pasos a lo largo de unos cien metros, los que faltan hasta doblar la esquina de la avenida de Espasa, más sombría si cabe. Me pongo a correr. Noto que el hombre está cada vez más cerca. Corro más. Mi deseo ferviente es que mi padre esté en casa, que, si grito, él pueda oírme. Si no está, pienso, estoy perdida. Llego a la verja, esa maravillosa puerta de hierro sin llave que se abre empujando con el dedo. Estoy junto a ella cuando el hombre, su cara la recuerdo bien, me abraza por la espalda. Trato de zafarme, veo que al fondo del camino que da al garaje hay luz encendida y que la puerta que da a la pérgola parece abierta. Papá debe de estar en casa. No sé si gritar o seguir en silencio. Los brazos de la bestia se agarran a donde más le conviene. Toca mis partes. Arranca mis bragas. Seguramente llamo a mi padre, no consigo recordarlo, pero el hombre continúa maniobrando en mi cuerpo. Hasta que alcanzo a separarme un poco. Sale papá por la puerta del fondo y el hombre desaparece al instante. Me abraza. «¿Qué ha pasado?». Le cuento con detalle sin derramar una lágrima. Mi padre coge las llaves del coche. «Ven conmigo —dice—. Vamos a buscarlo». «No», digo. «Sí», dice. Subimos a su coche. Un Dauphine de color gris. Gira hacia la derecha, la vía más previsible para alguien que huye. Avanza despacio mirando a un lado y a otro. Yo también. «Papá —digo—, volvamos a casa». Sigue conduciendo lentamente hasta llegar a la cruz de Pedralbes, donde

estaba la parada de autobuses a Esplugues y a la avenida Pearson. Hay tres o cuatro personas esperando. Mi padre detiene el coche. Allí está el hombre. «Es ese», digo señalándolo. El hombre mira y permanece quieto. Temo que mi padre va a bajar del coche. ¿Y qué hará? Es incapaz de pegar a nadie, me digo. De cualquier manera, a golpes perdería. «Baja la ventanilla», dice papá. «No», digo. Pero le obedezco en parte. Y no se le ocurre otra cosa que imprecarle y amenazarle con el brazo. El hombre, impasible. La gente que espera, nos mira. Mi padre da media vuelta con el coche en dirección a casa. No volveremos a hablar del tema. Un asunto que sigue presente, una alarma activada, pero silenciosa.

Pasaron unos años, quizás dos. En la portada de todos los periódicos apareció la noticia del asesinato en su casa de Pedralbes del matrimonio Roig Recolons. Miré la foto del asesino. José Luis Cerveto, chófer y mayordomo del matrimonio. «Es él», le dije a mi padre. Pero de eso, solo de eso, no llego a estar del todo segura.

Mi idea prioritaria era acabar lo más pronto posible el colegio, terminar una carrera y largarme cuanto antes a París. Acordaos de las cartas que descubrí en el escritorio de mi padre. ¿Por qué París? Por la revolución del Mayo del 68 y por la literatura. Yo hablaba francés y esa era la ciudad de mis sueños. México y Argentina también entraban dentro de mis proyectos peregrinos. Muchos de los libros que leía estaban traducidos por escritores latinoamericanos. Entre tanto, los fines de semana se reducían a ir al cine con amigas. Desde el Spring al Publi, creo que los conocí todos. Por alguna razón, y temo que fuese por consejo de mi padre, me dio por montar a caballo. Durante mi etapa hípica se impuso la costumbre de ir a las fiestas que se organizaban en casa de aquellas amigas que tenían hermanos suficientes como para montar un guateque. Y a las que iban más chicos. Discos y música bailable. Primeros abrazos. También en mi casa organicé fiestas y empezaron a desfilar amigos míos que mi padre atendía con amabilidad. Los padres favorecían estas reuniones pensando que era hora de que sus hijas empezaran a conocer al joven que podía convertirse en el marido que esperaban para ellas. Mi padre, debo confesar, no tenía ninguna prisa por casarme. Lejos de aspirar a un compromiso formal, yo sí sentía unas ganas terribles de enamorar y enamorarme. Mientras tanto, lo importante era bailar los bailes de moda, y bailarlos con los cuatro primos Noguera en los aperitivos familiares de domingo en mi casa. El *twist*, la *yenka*, el *madison*, *rock and roll*, y pasar horas escuchando canciones en el tocadiscos, fumando cigarrillos a mansalva y tratando de ser invitada a bailar por el chico preferido de cada fiesta. Lo cierto es que comenzaba el periodo de los calentamientos mutuos, sin dejar de ser las chicas castas y vírgenes. Si el chico te gustaba, te dejabas apretar y

«bailar pegados es bailar». El perfume de su colonia o *aftershave* te quedaba impregnado en mejillas, cabello y manos durante horas. Y si el chico no te gustaba, era facilísimo soltarse de sus abrazos. Con Marta, mientras pasaba unos días en la casa de sus padres en Calella, nos habíamos escapado varias veces de noche para ir en autostop al Tiffany's, la *boîte* más glamurosa de España. Y una vez allí no nos alejábamos de la pista mientras los Rolling Stones desgranaban la letra del *I can't get no satisfaction*. En Barcelona, el Bacarrá era la discoteca donde chicos y chicas de nuestra edad teníamos que ir de todas, todas. A mí me gustaron varios chicos, no a la vez, sino por turnos. Ramón, Benito, Carlos, José María, Salvador… No recuerdo todos los nombres… Muchos más.

Fue un lapso de tiempo dulce a la vez que algo insustancial. La frivolidad no tiene por qué estar reñida con la inteligencia. Y sabía que estaba preparándome para algo mejor. Pero ¿qué? Casarme no entró nunca en mis planes. En el ambiente en el que nos movíamos las chicas de entonces, apenas había más opciones si querías, como yo, vivir un amor libre y digno de ese nombre. Y, definitivamente, quería huir de la carpetovetónica España. A París. O adonde fuera. En mis ratos libres aprovechaba para comprar *livres de poche* en algún quiosco o librería y cultivar mi francés. Elegía según me dictaba el olfato de lectora. *Climas*, de André Maurois, y *La peste*, de Albert Camus. Es como se aprende a ser un buen lector. Mirando libros. Escudriñando, como quien persigue un tesoro. Sabiendo que casi siempre lo encuentras. Empezaba a ser una gran aficionada a visitar librerías. Daba con buenos ejemplares. Tenía estantes en mi habitación donde ir colocándolos. Recuerdo la noche en que leí *Ana Karenina*. No dormí. Imposible dejar el libro.

Para entonces ya hacía tiempo que se había dado por sentado que a los trece años era lo suficientemente mayor para llevar la casa. Así que se dijo adiós a La Señorita, lo que nos liberó de una pesadilla diaria, y empezaron mis tareas de intendencia doméstica que tanto he abominado y que, sin embargo, hacía bien. Dos años más tarde me liberaron, o seguramente yo misma me libré, de la función doméstica. Se acercaba el momento de empezar mis estudios universitarios. A los quince se me permitió salir sola con un chico que me llevaba, de noche, a la discoteca de moda, donde bailábamos y aprendíamos a besarnos. Estudiaba para arquitecto. Nunca nos acostamos. Pero años después me buscó y entonces lo hicimos. El amor había desaparecido, pero el sexo no estuvo del todo mal. No fue el único. Hay hombres así, les gusta dejar bien marcado su territorio.

Lo que mi padre ignoraba, o simulaba no saber, eran mis trucos para salir con chicos. En una ocasión le conté que un jueves, al salir de colegio, cuatro amigas íbamos a cenar y luego al teatro. No sé si

pasamos por el teatro, pero sí recuerdo bien que nos fuimos a la discoteca a bailar y flirtear con los amigos. Hacia las dos de la madrugada, cuando Carlos, en su 600 de color granate, apenas enfiló la calle que nos acercaba a casa, veo a mi padre caminando de abajo arriba por la avenida Espasa, bastón en mano, supongo que para defenderse, pero también para protegerme si venían mal dadas. La agresión sexual de aquel anterior domingo siniestro lo convirtió en un hombre precavido. Al menos, hasta que yo fui mayor de edad. Eso contaba mucho entonces. Pero la imagen de mi padre en la calle esperando a su hija, nervioso como ave de corral, y con un bastón que pretendía ser amenazador, era conmovedora. Fui rápida, como siempre. Le dije a Carlos: «¡Frena!». Y paró en seco en el cruce siguiente. Papá no me vio bajar del coche, sino surgir de la nada, como una aparición, caminando calle abajo como si tal cosa. No dijo una palabra. Le daría disgustos peores. Y también alegrías.

Dejar el colegio fue una liberación no exenta de cierto desánimo, cuyas causas yo ni siquiera supe. Comprobé mi tendencia a la melancolía, a quedarme tumbada pensando sobre el amor y la nada, cavilando a propósito de mi absurda existencia. Pero, al mismo tiempo, proseguía con mi actividad física y mental, mis proyectos, mis horarios, mis llamadas, siempre con muchas cosas que hacer que me mantenían activa. Huir ante la amenaza de la depresión siempre ha sido mi objetivo primordial. Sabiendo, además, que mi padre y sus dos hermanos habían vivido con esta espada de Damocles sobre sus cabezas. «Orden, señorita. Usted, dado su caos imaginativo, lo que tiene que hacer es seguir un orden…», me insistió en las primeras sesiones el psiquiatra Mariano de la Cruz, con varios pacientes escritores.

En realidad, estoy adelantándome a lo que luego ocurrió, porque ya entonces sabía que iba a ser escritora. Pero no escribía. De vez en cuando ensuciaba páginas de un diario que nunca iba más allá de las diez hojas. Me limitaba a redactar cartas o trabajos de universidad. Nunca hablé con nadie sobre mi proyecto literario. Había leído que un gran deseo, para que se cumpla, debe mantenerse en secreto. Podía elegir entre dos carreras, Periodismo y Biblioteconomía, además de Filosofía y Letras. Las dos primeras tenían la ventaja de ser estudios de tres años y me permitirían irme a París antes. Y a mi regreso, trabajar, ganarme la vida e independizarme. No solo quería marcharme para escapar de casa, también de la Barcelona gris, mustia, pacata y lúgubre de la etapa franquista. Finalmente, como ya he dicho, opté por las bibliotecas. Digamos que ganó la literatura en la carrera de fondo de mis estudios, pero las Ciencias de la Información y Filosofía y Letras me esperaban durante el trayecto y terminaron por conquistarme.

Aquel verano de liberación personal y escolar, para mi sorpresa, me eché un novio. Fueron tres años de noviazgo semioficial que coincidieron «casualmente» con los tres años de estudios de Biblioteconomía. Estábamos casi en los setenta, y en aquel resto del mundo que yo no conocía directamente surgieron los Beatles y el movimiento *hippie*. Pero yo no me entretuve mucho en ello, estaba más centrada en actuar y pensar por mí misma que en el rollo psicodélico y la filosofía hindú. Admito que colgué de mi cuello el escudo con el eslogan amor y paz, porque era partidaria del amor libre y la contracultura.

El franquismo seguía ahí. Pero ya se hablaba de un posible final del régimen. Había policía por todas partes, por nada te llevaban al calabozo. Como nos ocurrió a un amigo y a mí a la salida de un concierto. Dos polis vestidos de paisano nos detuvieron y pasamos la noche en la comisaría de Las Ramblas. En Barcelona tuvo lugar la famosa «Capuchinada», el encierro de los estudiantes universitarios en el convento de los Capuchinos de Sarriá durante tres días, del que salieron todos expedientados, pero sin tiros. España se movía y Barcelona se situaba en la proa. Editores y escritores como Barral, Castellet o los hermanos Goytisolo, por citar solo a unos pocos, se manifestaron contra la censura en general y a favor de la libre circulación de libros. Mientras, yo empecé a frecuentar librerías que ofrecían pensamiento, compromiso político y buena literatura.

Con Benito, mi novio de entonces, descubrí detalles importantes en materia sexual. Entre otras perlas, caricias bien dadas, tocamientos a fondo y besos de los llamados de película. En cuanto a la opción de perder la virginidad, era impensable en aquel entonces, antes de los votos matrimoniales. Soporté como pude su ausencia durante el tiempo de la mili. Con cartas diarias de uno a otro lado, juras de bandera y un fastidio supino. Creo que fuimos a ver juntos una película sobre Isadora Duncan, la bailarina y coreógrafa que inventó la danza moderna. Compré, además, su biografía. Y me identifiqué con ella. Por su libertad e independencia. Su forma revolucionaria de vivir contra la cultura moralista y pacata. Entonces, cambié de idea respecto a cómo actuaría yo en el futuro. Me prometí a mí misma tener relaciones diversas e hijos con distintos hombres. «¿Por qué no?», le dije a mi novio. Dudo que me tomase en serio. Se daba por hecho que había dos clases de mujeres, nosotras y las de mal vivir. Yo pertenecería a una tercera variedad. Tuve en esa época otro de esos presentimientos que me asaltan de vez en cuando, con carácter de decisión firme. Desde el primer momento, Benito se dio cuenta de que algo no funcionaba en mí. Algo que me hacía diferente del resto de las chicas «normales» que conocíamos. Era un asunto, el de mi forma de ser, que le preocupaba, porque me lo comentaba a menudo. Aún no sé

si como alabanza o como reproche, porque daba que recapacitar el tono que empleaba cuando me decía: «Nuria, es que tú piensas demasiado». Comenzaron las discusiones y peleas de novios. Otro fastidio. Si bien me sorprendí al principio, al convertirse en una muletilla eso de «es que estás pensando todo el tiempo», me di cuenta de que llevaba razón. Tenía que convivir con esa actitud mía y seguir con mi manera de ser. Darle la vuelta a todo, preguntarme y concluir con respuestas más o menos válidas, mías o prestadas. Pensar era un modo de escribir para no pensar. Y también escribir el movimiento del pensar, pensando.

Llegó el momento de consolidar el proyecto del matrimonio. Y en ese *impasse* me convertí en la oveja que bala emitiendo ideas y, al mismo tiempo, se acerca al pasto donde la lleva el pastor. Cumplía con las funciones de la prometida que busca piso, ajuar y demás pequeñeces. Como la mayoría de compañeras de clase, pero como si nada de todo aquello fuera conmigo. Así hasta que, en el verano previo a mi entrada en la universidad para estudiar Filosofía y Letras (ojo al dato: especialidad literatura española e hispanoamericana), sucedieron muchas cosas importantes. Y todas a la vez en mi vida, que era de agitación intensa. Por un lado, mi padre cumplió con su promesa de regalarme un 600 a mis dieciocho años y, por otro, aparecieron los franceses.

Tío Pepe y tía Marta, vecinos de casa y con los que lo compartíamos casi todo, tenían un hotel en plena Costa Brava, el Santa Marta, donde también pasaban los veranos. Como otros años anteriores, mis primos me invitaron a pasar un fin de semana de julio con ellos. Y coincidió mi salida al mar del primer día con la llegada al hotel de un grupo de chicos franceses algo mayores que yo, hijos de clientes habituales. Se me acercaron enseguida y nos hicimos amigos. Que si baños en el mar, que si copas, hablar en francés, baile en la *boîte* del hotel… Michel y yo nos gustamos enseguida. Vivía en París. Era atractivo. Y leía libros. Tres grandes puntos a favor. Me regaló en aquella época (1970) una novela desconocida aún en lengua española del escritor Albert Cohen, *Belle du Seigneur*, que muchos años después sería un éxito absoluto. Buen truco para enamorarme, darme a leer este libro… Michel era judío de padre armenio, simpático, seductor, amigo del actor Jean-Paul Belmondo, al que se le parecía. En realidad, eran casi idénticos.

No podía fallar. El sábado por la noche, mientras estábamos todos en la *boîte* del hotel bailando, cada uno a su aire, levantando brazos y piernas, apareció por sorpresa mi novio con un grupo de amigos. Al verme morena y feliz bailando con otros chicos, no se le ocurrió otra cosa que tomarme del brazo y tirar de mí, con violencia manifiesta cuando notó que yo me resistía a irme. Una situación a

todas luces escandalosa que, sin embargo, primos, amigos, conserje del hotel y camareros observaban sin mover un dedo. Él quería, fuera como fuese, sacarme de allí para, decía, llevarme a su pueblo de veraneo. Y yo no pensaba irme. En aquel momento, apareció mi tío Pepe con cara de pocos amigos y reclamó a los empleados del hotel que le obligaran a soltarme. Así terminó la fiesta. Salí de la *boîte* y estuve con mis tíos llorando, no tanto por la ruptura evidente, pues yo sabía que con aquel novio nunca me casaría, como por el bochorno que me produjo la escena de celos. Era tarde para mostrarlos, porque Benito sabía que por mi parte no habría reconciliación ni vuelta atrás. Tía Marta llamó por teléfono a mi padre para explicarle lo ocurrido y, por decisión propia, él vino a la mañana siguiente a buscarme. Mis amigos franceses trataron de acercarse a mí, pero les fue imposible. Era un drama de opereta. La media sonrisa de mi padre mientras iba al volante de regreso a Barcelona lo dejaba claro. Entendí que él sentía cierta satisfacción al ver que la historia de mi noviazgo había por fin terminado. Nunca guardé rencor a aquel novio. Sé que me quiso. Luego trató de recuperarme. Se casó a su vez y murió hace algunos años. Recibí una llamada suya poco tiempo antes de su fallecimiento.

Volví de nuevo al hotel Santa Marta y Michel y yo comenzamos (creíamos que a escondidas) lo que se diría un romance. Tío Pepe tuvo conmigo un detalle extraordinario. Pocos días antes de comenzar septiembre, estando él al corriente de que Michel y yo manteníamos una correspondencia bastante asidua, me dijo que nos pagaba a su hijo Jorge, mi primo, y a mí un viaje a París. Debíamos salir inmediatamente porque, una vez terminados mis estudios, yo había encontrado un trabajo en Barcelona. Se trataba de organizar la biblioteca de la editorial que publicaba diccionarios con el sello Vox. Y por las tardes me había matriculado en la Universidad de Barcelona para estudiar Filosofía y Letras. Jorge y yo, solos, en coche, íbamos a cruzar toda Francia siguiendo una ruta que nos permitiría visitar ciudades y castillos, y llegar a Bretaña para visitar a otro amigo francés, Maurice (que también me atraía un poco, a esa edad el amor es como una atracción de feria). Pasamos en su ciudad la noche invitados por sus padres, para luego continuar a París, donde nos hospedamos en un hotel frente a las Galerías Lafayette. Íbamos a vivir en la capital de Francia una semana entera. Con Michel y su amigo Bernard haciéndonos de anfitriones, el plan era impresionante. Nos llevaron por toda la ciudad, al Sena, visitamos los barrios, monumentos y museos más representativos, disfrutamos de los mejores restaurantes y platos, paseamos por las pequeñas calles y plazuelas preferidas de Michel y descubrí un mundo nuevo. El que yo soñaba desde hacía años. Tuve París a mis pies. Y con un nuevo amor que corría a mil kilómetros por hora.

Tenía dieciocho años. Y, como era lo esperado entonces, seguía siendo virgen. Parecerá una exageración ahora. Una excentricidad. Lo sé. En España todavía no se había iniciado la revolución sexual. El régimen católico, apostólico y romano era tan estricto y represor como los polis con sus porras. Los chicos, incluido el francés Michel, no sobrepasaban conmigo esa frontera tan extraña en las mujeres que llaman el himen. Pero Michel me ilustró acerca de la existencia de otras vertientes del sexo tan fantásticas como inauditas. De este mi primer viaje a París he de referirme a una anécdota tan inverosímil que hasta me da apuro contarla. Una mañana, Bernard y Michel nos llevaron a visitar el Paláis Brongniart, conocido como el Palacio de la Bolsa de París. No recuerdo si fue antes de entrar en el edificio o creo que después cuando nuestros amigos nos comentaron que, hasta el año anterior, la entrada en la *bourse* estaba prohibida a las mujeres. En efecto, aquel gran espacio marmóreo estaba lleno de una multitud de hombres que parecían competir a ver cuál de ellos gritaba más fuerte. Avanzamos unos tres o cuatro pasos cuando, de pronto, se produjo primero un silencio en la sala tan impactante como atronador y, enseguida, casi a la vez, todo aquel hervidero de hombres, y digo que fueron todos, rompió en un aplauso cerrado y ferozmente intenso durante un largo minuto. Jorge y yo pusimos cara de pez pillado en la pecera. «Es por ti —nos explicaron nuestros guías—. Te rinden homenaje». Lo agradecí dirigiéndoles una sonrisa.

No sería así el París en el que viviría como estudiante al año siguiente. A decir verdad, fue bastante distinto. La decisión ya estaba tomada en secreto. Durante mis estudios de Biblioteconomía, se produjo cierta cosa imprevista, a saber, que la profesora Teresa Boada, la única que tenía algo de innovadora en la escuela, nos habló de pasada en clase de una materia llamada Documentación. Una disciplina tan nueva que en el mundo hispano no existía. Enseguida me lancé a hacer indagaciones. A buscar dónde, en qué rincón del mundo, se impartían esos nuevos estudios. Y resultó que era nada menos que en París, la ciudad que yo entreví que era el preludio de un deseo cumplido.

En Barcelona algo empezaba a moverse, y lo advertía en mi visita semanal a librerías. Los libros que llegaban en los barcos procedentes de América Latina, algunos de forma clandestina, sin pasar la censura, eran maná caído del cielo. Carlos Barral ya tenía consolidada su editorial. El *summum* de la edición literaria. Publicaba títulos hispánicos y extranjeros que representaban una renovación y el descubrimiento de autores. Recientemente, se había incorporado a la editorial el poeta Pere Gimferrer como asesor literario. Se estaban difundiendo en nuestra ciudad libros de los hermanos Goytisolo, de Vargas Llosa, García Márquez, Pavese, Musil… Las suyas iban a ser,

entre otras, mis obras de cabecera. Ni se me ocurría pensar que algunos de ellos serían más tarde mis amigos.

Tenía todo un año para trabajar organizando la biblioteca en la editorial Vox y, por las tardes, seguir mis cursos de Filosofía y Letras. Gracias a una amiga, conocí a Javier Servole, con quien estuve saliendo durante ese curso. Él trabajaba de ingeniero en una empresa familiar. Como a mí, le gustaba la música clásica. Estaba enamorado y quería verme el mayor tiempo posible. Vivía con su padre, viudo, que tenía en propiedad uno de los pisos del famoso edificio de La Pedrera de Gaudí, en el Paseo de Gracia. La zona más soleada del piso era para Javier. Quería casarse conmigo, pero yo trataba de alejar esa idea de su cabeza. Había leído los suficientes libros, escuchado muchas historias y visto innumerables ejemplos, y sabía demasiado bien lo que se perdía una mujer joven al contraer matrimonio. Lo perdía casi todo. Su identidad. Su independencia. Y, sobre todo, la posibilidad de completar su formación intelectual y profesional. La mujer perdía también, al fin, la virginidad. Pero yo no quería que eso fuese a costa de casarme. Así que, sin hacer caso a las propuestas matrimoniales, me dediqué a buscar dinero, a escribir a las oficinas de la Cité Universitaire de París para pedir una habitación de estudiante y solicité también el ingreso como alumna en los dos centros donde enseñaban la nueva especialidad de Documentación.

Recibí respuesta de ambos. El más importante, el Institut des Techniques de la Documentación (INTD), era y sigue siendo un instituto dependiente del Conservatoire Nationale des Arts et Métiers, en el que me matriculé como extranjera. El otro, al que asistía por las tardes, era la Union Française des Organismes de Documentation (UFOD). Al mediodía me apunté a cursos de francés intensivo en la Sorbona. Y el tiempo libre lo dediqué a entrar y salir de todas las librerías del Barrio Latino, ir al cine, pasear y hacer amigos.

La parte burocrática funcionó debidamente. Costó algo más que mi padre me diera una pequeña ayuda mensual que me permitiera vivir, aunque fuese contando cada franco como si fuera oro. El mazazo lo sufrí al llegar con mi maleta de estudiante al París de las luces. Puras sombras y tristezas, eso es lo que encontré. Algunas fueron crueles. Era finales de septiembre y me tocó huelga de metro y autobuses. Los taxis eran prohibitivos. Así que a diario iba y volvía caminando desde el Pavilion Britannique de la Ciudad Universitaria, en la Porte d’Orleans, donde me hospedaba, hasta el Barrio Latino, donde comía sola en el restaurante de estudiantes. Adelgacé cinco kilos, sufrí una crisis depresiva y hasta pensé seriamente en regresar a Barcelona. Buscaba amigos y no los encontraba. Un domingo me decidí y fui a la capilla católica de la Cité para conseguir hablar con alguien. Ni así. Por las noches llamaba a mi padre por teléfono, a

cobro revertido. Hablaba con él y lloraba. Aquí, la valiente Nuria llegó a decir a su padre: «Papá, quiero volver». Y mi padre hizo de padre ejemplar. «No, date un tiempo, espera, verás que es solo el comienzo», me dijo. Al mes, mi vida cambió. Conocí a un grupo de estudiantes españoles con los que empecé a relacionarme. También surgieron amigos que venían de otros lugares del mundo. Para todos, yo era Nuria, la catalana. Daban por hecho que una catalana en París podía ser cualquier cosa menos franquista. Mientras tanto, y durante todo el tiempo que duró mi vida parisina, mi padre me escribía a diario. En el sobre, junto a la carta, solía añadir recortes de la prensa española. Era también un buen documentalista.

En el aula del INTD me hice amiga de la chica que se sentaba a mi lado, Jeanne Matignon, separada, mayor que yo y madre de dos hijas, que me trató como una más de su familia. Otra chica francesa me preguntó, a los pocos días de conocernos, si estaba interesada en compartir con ella y otra amiga suya un piso de tres habitaciones en el 114 *rue* de Vaugirard, esquina *boulevard* Montparnasse, que al día siguiente pasó también a ser mi casa. Y poco tiempo después, precisamente la noche de mi cumpleaños, un médico argelino consiguió, aunque no con mucha habilidad, liberarme del trauma de la famosa membrana y pude tener una relación sexual completa. No guardo buen recuerdo del momento. Sin embargo, me sentó bien. Me hizo más independiente, en el sentido amplio del término.

Monsieur de Laclemandière, secretario general del UFOD, el otro instituto al que asistí, me recibió personalmente el primer día de clase. Se trataba de un hombre poco simpático, lo que no era una excepción en Francia. Pelo cano y movimientos perrunos. Como si tratara de mostrar su amabilidad, me invitó a almorzar con él dos veces en un pequeño restaurante cerca de la escuela. No hablamos apenas. Yo me mostré educada, él aburrido, pero parecía manifestar una actitud protectora hacia una joven de veintiún años recién llegada a París, la única extranjera de su curso. La tercera invitación fue poco después de las vacaciones de Navidad. Cuando regresé de Barcelona en mi Seat 600 con un amigo catalán como compañero de viaje. El director de la UFOD propuso llevarme a conocer el Palacio de Versalles. Teniendo yo mi 600 disponible, le pareció una buena idea ir en mi coche. Era una trampa. La visita al palacio no duró ni media hora porque *monsieur* de Laclemandière insistía en llevarme a un parque muy hermoso con la excusa de que quería contarme no sé qué leyenda misteriosa vinculada a su historia. Entramos en coche por un bosque, el más espeso y propicio que pudiera desear cualquier acosador. Yo al volante y él a mi derecha contándome una estúpida historia. Empezaba a oscurecer. Nos habíamos detenido en un camino de tierra. El *monsieur* decidió de repente y sin preámbulos abalanzarse sobre mí.

Y yo, impulsiva como soy, sin pensarlo un momento, puse manos al volante, encendí el motor y, aunque me costó lo suyo, salí de nuevo a la carretera. Decidí que jamás volvería a estar a solas con él. Pero Laclemandière, experto en la materia, atacó de nuevo. Una tarde, cuando caminaba por un pasillo de la escuela para irme a casa, el monstruo de pelo cano se me plantó delante, me bloqueó el paso con el cuerpo y me abrazó fuertemente contra la pared. Esta vez conseguí librarme sin necesidad de pegar dos gritos. Aunque puede que le diese alguna patada… No volví a esa escuela. Cumplí con el mes de prácticas en el Centro de Documentación de la Renault. Y desaparecí. Me dieron el título el 30 de junio de 1972. Firmado: M. de Laclemandière.

No hablé con nadie de esta doble agresión sexual salvo para prevenir a una compañera rubia con la que él empezaba a encapricharse. A esta clase de situaciones se podía enfrentar en esa época una joven sola, y además extranjera, en París. De lo que no se puede hablar, mejor te callas, era la única salida (pésima) que teníamos.

Trabajé mucho en París. Logré aprenderlo todo sobre las técnicas de documentación. Y llegué a escribir mejor el francés que el español. Tenía amigos y amigas. Íbamos al teatro, a exposiciones, conciertos y reuniones políticas. Muy de vez en cuando me acostaba con el médico argelino. Mi vena literaria seguía activa. Empecé a escribir textos cortos para algún periódico de Barcelona. No se me ocurrió otra manera de que me publicaran que mandarlos a la sección de cartas al director. Fueron mis primeros pinitos literarios. Que el tema te importe lo suficiente como para escribirlo es el abecé de la literatura. Así salieron, que yo recuerde, una carta en *Destino* y otras dos en *La Vanguardia*. Poco después, una periodista de este diario se puso en contacto conmigo para hacerme una pequeña entrevista sobre los estudios que yo cursaba, aún desconocidos y novedosos.

En las vacaciones de Semana Santa, a primeros de abril, decidí que en lugar de volver a casa iría a la maravillosa Roma con la idea de patear la ciudad y disfrutarla a tope. Mis tíos Mercader, Luis y Roser, padres de Gay, vivían en París y llamaron a su hermana María Mercader, prima de mi padre, para que me atendiera debidamente. El domingo de Pascua fui invitada a comer y a pasar el día en casa de Vittorio de Sica y su esposa catalana.

María Mercader fue una joven muy bella y con talento que rápidamente fue requerida para actuar en películas. En esta agitación fílmica conoció a Vittorio. Se enamoraron de inmediato, ella dejó el cine y fueron padres de dos hijos, Manuel y Christian. Pude comprobar en Roma que formaban una familia de lo más normal, divertida y afectuosa. Me sorprendió que en el baño de invitados

tuvieran colgado un cuadro de Miró. Pero fue el magnetismo soberbio de Vittorio de Sica, que estaba sentado a mi derecha en la cabecera de la mesa, lo que más me impactó de aquel viaje. A la par, casi, que la monumentalidad romana. La impresión que él me produjo no se me olvidará nunca. Desprendía todo lo que se supone debería tener para una mujer el hombre ideal: algo tremendamente humano, genial, compasivo, afable, simpático, comprometido con el devenir del mundo, y una naturaleza artística de genio único. El almuerzo tuvo lugar cuando acababa de terminar su película *El jardín de los Finzi Contini*. De la que habló unos minutos. Dos años más tarde Vittorio moriría, lo que dio a María mayor libertad para venir casi cada año a Barcelona. Y verse con tía Montserrat. Pocos saben que De Sica salvó la vida a más de trescientos judíos protegiéndolos como extras de rodaje bajo el resguardo de una iglesia cristiana durante la filmación de la película *La puerta del cielo*. A ratos pienso que si De Sica hubiera podido ser testigo de la Cataluña que hoy en día nos toca vivir, enferma de nacionalismo, partida en dos, con políticos corruptos, perturbados y fanáticos, no habría mantenido la boca cerrada.
Durante años simultaneé dos vidas profesionales. Una de ellas me sustentaba y me permitía seguir con la otra. Por un lado, una práctica, laboral, organizadora, docente, documentalista, directiva, universitaria… Pero también vivía otra, más secreta, vocacional, laboriosa y entregada a la actividad que desde hace muchos años ha absorbido casi todo mi tiempo, una vida de escritora, lectora, bibliómana a ratos libres, y periodista en reserva. Las librerías de París fueron mis santuarios personales y unos rincones pronto familiares donde podía darme el lujo de saludar a los escritores más queridos. Mi segunda familia, en cierto modo. Descubrí autores desconocidos en España. Me dejaba aconsejar por amigos lectores. Claro que no tenía dinero para comprar todos los títulos más apetecibles. Pero me espabilé bastante. Debo confesar con enorme vergüenza que me llevé algún que otro volumen delgado bajo el abrigo. Aquellas raterías formaban parte entonces de un pasatiempo intelectual y contracultural medio establecido entre jóvenes estudiantes, contrarios o no al sistema capitalista y conservador. Ocurría en el París posMayo del 68 y también en la Barcelona franquista. Hasta algunos libreros bajaban la vista o echaban discretas miradas de complicidad.

En la pequeña mesa de mi habitación de la *rue* de Vaugirard, bajo la reproducción del *Guernica*, de Picasso, que en la época se había convertido en el emblema de todo artista o intelectual que se preciare, había ya pergeñado algunos esquemas y borradores de lo que iba a ser mi libro sobre técnicas de acceso a la información y documentación científica, una primera obra que yo quería publicar en España. En algún momento de aquella primavera conocí a Jacques H. d'Olier,

director del Informascience del Centre de Documentation du CNRS. Tuvo la amabilidad de invitarme a comer a su casa junto con su esposa y familia. Más tarde, cuando le confesé que estaba preparando un libro sobre los sistemas de información tecnológicos, se prestó a escribir un prólogo, y así lo hizo, cosa que agradecí sobremanera. Finalmente, el libro (*Técnicas documentales y fuentes de información*) se publicó en España en 1978. Fue el inicio de una profesión que mantuve veintitrés años como primera docente en la materia y también como directora del primer centro de documentación en Barcelona.

Y, cuando menos lo esperaba, al regreso de mis vacaciones de Semana Santa en Roma, apareció Guy Gaboly, mi amor parisino. Organizábamos comidas o cenas en mi grupo de amigos, y una noche me correspondió a mí cocinar e invitar a paella en casa. Sonó el timbre y un hombre de dos metros de altura, que debía agachar la cabeza para pasar por la puerta, logró colarse y lo hizo obsequiándome al mismo tiempo con una sonrisa amplísima. Era negro. Francés. De Martinica. Catedrático de Estomatología en la École de Médicine de la Universidad de París y profesor de dos médicos valencianos, amigos de nuestro grupo, que le invitaron. Por su modo de dar el segundo paso en casa, por cómo se me acercó y me saludó aquel invitado sorpresa, se vio muy claro que había llegado con un objetivo fijo: raptarme. Guy era intenso, divertido, simpático, risueño, humano, caritativo, generoso, bailarín, romántico, triunfador y dispuesto por entero a enamorarme. Tenía un inconveniente. Era dos o tres años mayor que mi padre. Y una cualidad que anulaba ese inconveniente. Me amaba enteramente. Desde la primera hora de la mañana siguiente hasta el último día que pasé en París, Guy estuvo enviándome varios mensajes de amor a diario. Almorzaba y cenaba con él, salvo si yo tenía alguna ocupación especial. Y cuidaba de mi vida con la alegría del enamorado entregado y cauto. Muchas noches íbamos a bailar solos o con los amigos a alguno de los antros que nos gustaba frecuentar. Todo París conocía a Guy. Era raro salir a la calle y que alguien no se detuviera a saludarlo. Le gustaba cantar rancheras y boleros. Había sido amigo de Juliette Gréco y Boris Vian. Podía ser amigo de los Rothschild, a cuya residencia campestre fuimos a pescar un fin de semana, y también de un vagabundo de Montparnasse, a quien ayudaba semanalmente. Yo tenía veintidós años. Guy, cincuenta y cuatro. Apenas nos quedaban tres meses para estar juntos, pues yo debía regresar a Barcelona a finales de junio. Guy quería detener el tiempo y vivirlo a tope. Era un superviviente. Dos años antes lo habían operado de cáncer de estómago. La cicatriz le cruzaba el vientre. Era médico. Sabía a lo que estaba expuesto. Y yo era joven. Y egoísta. No quería saberlo. Fuimos felices. Nunca nos peleamos.

Me enamoré. Me dejé llevar por un amor que sabía transitorio. Aprobé los estudios. Saqué los certificados correspondientes. Y quedé embarazada. ¡*Merde*! Francia estaba a punto de despenalizar el aborto. Se trataba de una elección personal: seguir o interrumpir el embarazo. En España el aborto estaba totalmente prohibido. Y penalizado. Nadie se atrevía a hablar abiertamente sobre el tema. Salvo el movimiento feminista. Las españolas con recursos iban a Inglaterra o Francia. Solas. Pocas veces acompañadas. Teníamos y pasábamos direcciones. Todo sucedía de forma clandestina. Nadie se enteraba, salvo las que empezamos a declarar abiertamente: «Yo también he abortado».

Tomé la decisión de forma rápida y a mi entender correcta. Guy tenía grandes amigos médicos. Fue fácil. Me realizaron el aborto en el hospital Americano de París, donde antes me visitó el médico que luego me lo practicó de manera impecable. Me durmieron y desperté en la habitación de la clínica, con Guy a mi lado dándome la mano y mostrándome su cariño inmenso. No recuerdo haber sufrido ningún tipo de dolor físico ni psíquico. Suena extraño, pero es cierto. No sucedía así en la mayoría de mujeres que abortaban entonces. Ahí me di cuenta de lo importante que es no solo que la intervención sea segura, legalizada y limpia, sino que alguien querido te acompañe hasta el final. Al día siguiente estaba en casa y quince días después, a primeros de julio, regresaba a Barcelona en mi Seat 600 lleno hasta los topes y con un cachorro de color miel que Guy me había regalado. Recuerdo que, cerca ya de Barcelona, me dormí al volante. Fue un instante, un aviso serio, y a partir de ahí aprendí a cuidarme de que esto nunca volviera a ocurrir. Al llegar a casa, algo antes de la medianoche, papá y parte de la familia me esperaban para darme una sorpresa. Con pancartas de bienvenida. Y diversas exquisiteces que él sabía que me gustaban. Me sentí querida y feliz.

Guy, aquel verano, vino tres o cuatro veces a Barcelona. Se hospedaba en un hotel cercano. En la primera visita cometí la imprudencia de traerlo a casa (la mágica casa abierta a todos) y presentárselo a mi padre. Creo que almorzamos juntos en el comedor. Y, por si no fuera bastante, lo llevé al hotel de mis tíos en la Costa Brava a pasar el día. Imaginaos a un Harry Belafonte, el músico y actor norteamericano, pero algo más alto y sonriente. Si bien Guy tenía un aspecto que no permitía adivinar su verdadera edad. Si habéis visto la película de Stanley Kramer *Adivina quién viene a cenar esta noche*, podéis haceros una idea del efecto que causaba Guy, el mismo que en la película provoca el bello y negro a rabiar Sidney Poitier. Ambos igualmente encorbatados, muy formales. Por suerte, papá era más moderno que el conservador y racista personaje que interpreta en la película Spencer Tracy. Jamás se me ocurrió decirle a mi padre que Guy me llevaba treinta y dos años. A su lado, papá

parecía bastante mayor. Un incesto de libro, debió de pensar. Pero fue educado y, en lo posible, amable. Esa misma noche, estando yo en cama, papá entró en mi habitación y con el cigarrillo en su mano derecha empezó a caminar de un lado a otro mientras me lanzaba una seria advertencia sobre mi estrambótico comportamiento. Este amor parisino tenía fecha de caducidad. Lo sabía Guy mejor que yo. Volví a París unos días y tuvimos una conversación sobre nosotros. Le propuse que a partir de ese momento fuéramos solo eso, amigos, y la palabra sonó absurda. Y, tal como él se temía en silencio, murió dos años después, de la enfermedad que había seguido haciendo mella en su cuerpo.

Mucho antes de irme a París conseguí que, en el antiguo cuarto de Mima, mi padre me ayudase a montar un estudio con biblioteca. Era mi estudio. Allí leía, recibía a los amigos, trabajaba y escuchaba música. Nada más regresar me contrataron para empezar en octubre a dar clases de Documentación en la Escuela de Bibliología, mientras seguía mis estudios universitarios de Filosofía y Letras en horario nocturno. Decidí centrarme en la literatura hispanoamericana. Era la gran literatura del momento. Tras un año en París, yo traía conmigo una mochila cargada de ideas y pensamientos renovados e izquierdosos, lo que ayudó a acercarme a un grupo de amigos políticamente comprometidos. Varios de ellos eran ingenieros, en especial J. A. Parpal y Jordi Parés, introducidos ambos en el activismo antifranquista, y muy interesados por la técnica y la tecnología revolucionarias de acceso a la información que yo había aprendido. Gracias a ellos, y a mi insistencia en la necesidad de implantarlas aquí, el Colegio de Ingenieros de Barcelona me encargó que preparase un proyecto para fundar en su hermosa biblioteca un Centro de Documentación de Ingeniería, al que llamé CEDIN.

Todo funcionaba a mi favor, hasta que un ingeniero aburrido y bellaco medró para que le concedieran la dirección del CEDIN, es decir, para ocupar mi sitio pese a no tener ni idea de lo que el trabajo significaba. El golpe bajo e inesperado me dejó hecha un desastre. Este revés, junto a mis progresos en los estudios literarios y a un desengaño amoroso que se coló entre medias, fue mi gran oportunidad de dar un pequeño-gran paso hacia la escritura.

Tenía veintitrés años y cobraba mensualmente un sueldo que me permitía alquilar un pequeño apartamento para vivir a mi aire. Lo encontré en Sarriá, no lejos de la casa de mi padre, a dos metros de donde vivía el poeta J. V. Foix y casi al lado de donde se instalaron a vivir los escritores García Márquez y Vargas Llosa. Benditos ellos, los autores latinoamericanos bajo el manto de la gran Carmen Balcells, que seguía y seguiría cocinando por detrás el gran *boom* latinoamericano que había comenzado a florecer en los años sesenta

en Europa gracias, en parte, a la creación de la revista *Libre*, en la que críticos literarios y escritores en el exilio españoles y latinoamericanos, entre los que estaban Juan Goytisolo y Jorge Semprún, se unían para la internalización de la lengua, la creación literaria y la reivindicación política. Antes del auge explosivo de los editores españoles, para leer a Cortázar, García Márquez, Fuentes, Borges, Donoso, Onetti, Rulfo, María Luisa Bombal, Clarice Lispector o Elena Garro había que aplaudir la llegada de esos barcos que traían a Barcelona lo que para lectores como yo representaba un tesoro intelectual. La censura franquista impedía publicar según qué autores, como queda claro en las memorias que escribieron Carlos Barral, Josep Maria Castellet y Jaime Salinas. Librerías barcelonesas como Cinc D'Oros, Viceversa, Áncora y Delfín, y Documenta exponían la excelente literatura internacional traducida por buenos profesionales, muchos de ellos autores a su vez magníficos como Cortázar o Borges. Todos esos libros, o la mejor selección de ellos, los fui comprando entonces. Siendo una catalana que escribía en ese español que yo llamaba «de la periferia», me sentía más próxima de la innovación estilística de los escritores latinoamericanos como Rulfo, Onetti o Lispector.

Era una escritora oculta. Más bien de textos al margen porque me permitían distanciar mi voz de la realidad presente. Con todo mi respeto por Kafka o Pavese, o la misma Woolf, y no digamos Anaïs Nin, que solo me interesaba a medias, nunca me sedujo la idea de vomitar mi vida sobre una hoja en blanco. Prefería hurgar en mi pasado y rescatar en él ciertas voces que siempre me parecieron más reales que las personas existentes.

Además de un nuevo apartamento, tenía un nuevo amor. Era un pintor figurativo, realista. Imitar a Velázquez era su gran reto. Y lo hacía bien. Se llamaba Alberto y era hermano de Luis Carroggio, dueño de la librería Viceversa, muy cercana a la Diagonal. Lo conocí en una reunión de amigos, nos pusimos a hablar y le gusté casi de inmediato. Se encendió el amor. Lo único que me faltaba era tiempo para dormir. Alberto quería verme a diario. Yo también. Por las noches. Después de trabajar toda la jornada y de mi clase de baile a las ocho, cenábamos juntos en pequeños restaurantes. Hablábamos sobre lecturas o arte pictórico. Reíamos. Escuchábamos música. Y nos amábamos todo el tiempo en mi apartamento de Sarriá. Me pedía que posara para sus retratos al óleo. Y yo lo hacía durante horas, sin moverme, y por amor.

Pasó el tiempo y no me sentía feliz con mi relación. Quería a Alberto, pero me dolían sus exigencias, a veces posesivas, otras, estrambóticas. Dudaba de que fuera un buen compañero de viaje. Y no estoy segura de que hubiera llevado bien mi vida de escritora. De la

que, por otro lado, me resistía a hablar, también con él. Como siempre, por no gafar ese sueño tan mío. En lugares en los que no me siento cómoda, tiendo al mutismo más absoluto. Aquellas vacaciones de Semana Santa decidí irme a Cambridge a estudiar inglés. Sola, claro.

Entretanto, antes o después de esta escapada inútil, sucedieron hechos importantes en mi entorno. Una noche, volviendo a casa en coche y cuando solo pensaba en irme a dormir, me estaba esperando en la calle la persona que trabajaba para mi padre. Me avisó de que se lo habían llevado a urgencias del hospital San Pablo. Allá fui de inmediato. Un infarto de corazón, dijeron. Estaba en la UVI y apenas lo podíamos ver por un ventanuco por donde alcancé a divisar su cara y su desasosiego. Me abracé a mi hermano menor. Lloramos. Allí nos quedamos, en el pasillo helado, esperando noticias. Papá superó el infarto. De vuelta a casa, mi ocupación diaria era tomarle la tensión y vigilar sus comidas. Sus copas de coñac. Sus cigarrillos. Siempre fue un gran fumador. Y lo seguiría siendo. Los médicos recomendaban no provocarle estrés. Su grupo de amigos venía a visitarlo con frecuencia. Lo querían. Lo necesitaban. Mi padre se hacía querer. Bebían. Papá también. Costaba aceptar que mi padre era alcohólico. Conocía todas las artimañas que permiten disimularlo a la perfección. Yo estaba al corriente y a la vez lo negaba todo el tiempo. Tampoco sirvió de nada llamar su atención al respecto. Mi padre había cumplido su misión. Quería morir. Lo tengo escrito de su puño y letra.

«Tu felicidad es y será la mía», me escribió también en estas fechas, en una cartulina blanca donde dibujó una especie de crucifijo, como si fuera un recordatorio fúnebre. Pocos días después del infarto sucedió otro desastre. Volví a quedarme embarazada. A pesar de que en esta ocasión iba preparada, pues un ginecólogo atrevido me había colocado un DIU. Una gran novedad para la época. Pero a pesar de las precauciones, ocurrió. No consigo retener el momento en que le di la noticia a Alberto. Recuerdo su reacción de absoluta impasibilidad. Su grave reserva. Su cobardía. Se trataba a todas luces de un embarazo no deseado. En principio, ninguno de los dos lo quería. Yo sabía lo que tenía que hacer. En ningún momento sentí su apoyo. Y mucho menos, su amor. Ni tan siquiera escuché su opinión positiva o negativa ante la posibilidad de ser padre, opción a la que yo, como saben quienes me conocen, ni le obligué ni le hubiera obligado en ningún momento. Tomó el papel de verdugo y me cedió el de víctima. Tuve que espabilarme sola. Y en silencio. Fue doloroso y difícil de sobrellevar. Mi ginecólogo de Barcelona, como era de esperar en aquella época, se abstuvo de colaborar en la solución. Con palabras y consejos, me reconfortó lo más que pudo. No me sirvieron. Una opción era Londres. La otra, París. Es decir, pedir de nuevo ayuda a mi amigo y examante

Guy. Me revolvía la idea de enfrentarlo de nuevo a este problema. Me mordí la lengua varias veces antes de llamarle. Finalmente, lo hice. Hay hombres buenos que, cuando se trata de mujeres que han amado, son generosos. Guy fue uno de ellos. En cuestiones de amor acostumbro a encontrarme con otra clase de personas. Hombres que menosprecian a su pareja, carentes de voluntad o capacidad para reconocer las necesidades emotivas de las personas que están a su lado. Por lo visto, mi manera de ser me convierte en carne de cañón para esta clase de tipos, lo cual se suma al maltrato sufrido en la infancia, que favoreció en mí una tendencia a reformar al hombre desvalido en apariencia, o al perverso y desviado por la misma naturaleza. Guy tenía cualidades de rey mago. Lo quería también por eso.

Volvió a operarme el médico de París amigo de Guy, esta vez en un hospital público en el que compartí habitación con otras dos mujeres. Guy vino a buscarme al aeropuerto y me dejó ante la puerta del hospital elegido. Estaba serio y triste a la vez. Apenas hablamos. Yo me sentía desolada y con ganas de morirme. Nada que ver con el año anterior. Una vez en la habitación estuve llorando toda la tarde y la noche siguiente a la intervención. Tan desconsolado debió de ser mi llanto que las dos compañeras de cuarto, viendo que era extranjera y suponiendo mal que no hablaba francés, comentaban asustadas y comprensivas mi situación, aun sin conocer cuál era exactamente. El mismo domingo por la noche tomé el vuelo de vuelta a Barcelona. Aterricé con un agujero en el pecho. Físicamente me encontraba bien. Por dentro, estaba hecha un guiñapo. La ruptura con Alberto, mejor dicho, la humillación por la que me hizo pasar, me atormentaba tanto o más que el embarazo no deseado. No he olvidado las palabras que, estando en su consulta y refiriéndose a Alberto, me dijo mi ginecólogo, Manuel Carreras, en Barcelona: «Para esta persona, tú estás estigmatizada». Marcada por la ignominia, como una esclava violada, aventuré yo. «Olvídalo para siempre», remató él. Y eso traté de hacer y conseguir, hasta el momento en que escribo estas palabras.

Pero moralmente seguía enferma. Con unos deseos de morirme que conocía demasiado bien. Me vi asaltada por varios frentes abiertos imposibles de dominar. Fue la época de mi gran crisis. En aquella situación solo veía un túnel negro y sin salida. Disimulaba delante de mi padre, que parecía haber superado el infarto sufrido, cuando de pronto sufrió otro accidente. Un ictus cerebral. De nuevo hospital. Por favor, que mi padre no muera, gritaba muda por los pasillos. Logró superarlo. Venía una logopeda a casa para ayudarle a vocalizar palabras y mejoró bastante rápido. Aparentemente, no se le notaba ninguna señal del grave accidente. Conducía. Recuperó su vida normal. Había prohibiciones médicas que, por supuesto, él seguía sin

cumplir. Transcurrió el verano. Ni recuerdo cómo lo pasé ni qué hice en esas vacaciones. Supongo que escribía porque me quedan manuscritos de la época, que mandaré a la papelera. Fumaba, leía y escribía. Daba mis cursos de Documentación. Trabajaba en mi centro de ingenieros todas las tardes y continuaba con mis clases nocturnas de literatura en la universidad. Me faltaba un año para graduarme en Filología Hispánica. Leía y escribía en castellano. En la lengua de mi no madre. Pero seguía arrastrándome por los suelos. No consigo recordar a quiénes veía entonces. Me refiero a amigas y amigos. Los más cercanos. Muchas horas las pasaba encerrada en mi pequeño apartamento, lo que tampoco ayudaba a mi grave estado depresivo. El último ataque de papá me había desmoronado aún más. Solo tenía cincuenta y tres años recién cumplidos. Me informé sobre algún centro de ayuda para alcohólicos y le sugerí con gran tiento que lo probara. Se negó en redondo. Tomé, entonces, la gran decisión. Ir al psiquiatra. Y la segunda decisión: ir al psiquiatra para ayudar a mi padre. Y todavía me arriesgué más: traté de encontrar a un psiquiatra de escritores. Suponiendo que hubiera uno. Buscando y preguntando, gracias a Enrique Sales, amigo y librero, descubrí a un especialista que reunía todas esas condiciones, ampliadas con la de ser también crítico taurino. Era, como dije antes, Mariano de la Cruz. Me encontré con un hombre de cierta edad, con aspecto de abuelo, vestimenta de una seriedad mortecina y que apenas me miraba a los ojos.

«*Bones tardes, senyoreta*», me saludó sentado a la mesa de su despacho de la calle Aribau. Quedé sorprendida por la formalidad cursilona del trato. Nunca se apeó de ese régimen de cortesía anticuado y gélido que mantenía conmigo, por lo menos durante el tiempo que duró el tratamiento. En lugar de quedarme paralizada ante la distancia que don Mariano deseaba imponerme, su actitud consiguió el efecto contrario. Me envalentoné. Seguro lloré un poco. No lo recuerdo bien. Pero, en cambio, no olvidaré jamás que, de buenas a primeras, le solté a qué iba yo allí: «Tiene que ayudarme a curar a mi padre», dije. No soy Dios, debió de pensar el tío. Se abstuvo de abrir la boca. «Mi padre bebe y bebe mucho», seguí. (Sí, lo reconozco. La palabra alcohólico me resulta aún casi imposible de pronunciar). Me referí al ictus cerebral y al infarto de miocardio y a la urgente necesidad de que papá aceptara asistir a un centro de rehabilitación. Volví a llorar. Apenas me contestó. Creo que forcé aquella situación y don Mariano dejó alguna puerta abierta sobre el tema. Ninguna dirección ni teléfono. Ningún «puedo ayudarte», o recomendarme algún libro; ningún argumento efectivo salió de sus labios. Ni de su puro. Los fumaba o entretenía en su boca mientras atendía a sus pacientes, escritores o no. Por lo visto le daba igual, mi padre, yo y todo lo demás. Ignoraba entonces, aunque estuviera a

punto de enterarme, que el reconocido psiquiatra era a su vez un santo bebedor. Y menos sabía aún que el centro de desintoxicación de escritores alcohólicos, como por ejemplo aquel en el que estuvo el poeta Leopoldo Panero, para no decir más y evitar pasar como la chismosa del tema, lo teníamos justo enfrente de nuestra propia casa. A mi padre le hubiera bastado con cruzar la calle y entrar por la puerta de la clínica del doctor Fuster.

Hubo un silencio larguísimo. Diez minutos como poco. «¿Estoy loca?», le solté sin más. Puso cara de no saber por qué decía eso. De siempre me ha parecido que soy una persona distinta a los demás. Tengo mis opiniones, le dije, y las defiendo. No le avisé de que había leído a Freud, a Jung, un poco de Lacan. No todavía. Debió de notar mi cultura afrancesada. París imprimía carácter en aquel entonces. «Está deprimida», soltó él. Era una afirmación. Siempre de usted. Como en tiempos de mis abuelos. Le resumí en cuatro líneas las razones causantes de mi estado actual. Trabajo incluido. Desbordada por la responsabilidad, la imposición machista de algunos ingenieros y la lucha de poder en mi trabajo. Callé algo importante. Lo más vital. El quid de la cuestión. Mi gran secreto. «Quiero ser escritora». Yo misma me impresioné al soltar esa frase. «Por encima de todo quiero ser escritora». Lo más difícil. Eso reconocí en la siguiente sesión. Dije lo que era o quería ser. Ahora es fácil. Ahora todos somos escritores. Entonces, escribir literatura era un trabajo elevado. Ajeno a toda profesión. Vocacional. Sagrado. Accesible solo a mentes y personas especiales. Nacidas para ello. Poetas del verso sin dinero. Había algo de suicida en esta pretensión. Como también sabía que el cambio debía ser drástico. No le confesé nada de eso a don Mariano en aquella primera tarde. Me ordenó ir a verle tres días después. Fue duro conmigo. Me recetó unas pastillas antidepresivas. Empecé a tomarlas. Funcionó.

Imposible imaginar que estas visitas al psiquiatra fueran exitosas cuando en la segunda don Mariano se quedó dormido, con puro y todo, nada más sentarme frente a él y lanzarme a hablar tal y como ya tenía preparado. Conté banalidades esperando que despertase un poco. Medio abrió los ojos. Entonces lancé mi flecha:

—Quiero ser escritora, por eso estoy aquí, entre otras cosas.

Así se lo dije.

—¿Qué se lo impide?

—Nada. La tristeza, creo, el miedo a no servir para ello. No me interesa ser escritora para aparecer en el mundillo de las letras. Quiero serlo porque sé que tengo algo que decir. Algo que debe ser dicho. Y decirlo a mi modo. Pero me falta la fuerza suficiente, tal vez un guía que me abra camino. Me veo como si estuviera ante un precipicio dispuesta a lanzarme al vacío.

Silencio largo. Lo rompió el psiquiatra.

—Usted tiene experiencia de escritura. Ha leído mucho. Eso es importante.

Algo le había contado yo sobre mis cartas publicadas en periódicos y revistas, y las otras más privadas.

—Láncese de lleno. Tráigame algo escrito por usted —añadió a modo de propina.

Fue lo mejor que podía decirme aquella tarde. El psiquiatra haciendo de lector justiciero ni que fuera unos minutos muy contados.

Días atrás yo había escrito un texto en forma de relato dedicado a mi sobrina Ruth. Lo llevé a imprimir y pasé copias a parte de la familia. Por lo visto, gustó bastante. Lo que interpreté como un mal augurio. ¿Qué familia bendice lo que escribe sobre ellos una espía del clan? Me atreví a llevárselo al siguiente día. Durante esa sesión, lo poco que habló conmigo fue para referirse a mi baja autoestima.

—Eso la paraliza, señorita. —Dale con señorita. Yo tenía veintitrés años—. Y le impide lograr metas y deseos. Probar cosas nuevas. Le sobra modestia. Lo primero a tener en cuenta para escribir en serio es perder la vergüenza. Y le falta egocentrismo —concluyó.

Busqué todas las definiciones de esta palabra en el diccionario. Así que debía valorarme más. Por otro lado, me negaba a ser ese tipo de escritora pedante y vanidosa, como una estrella de cine.

Fue en la siguiente visita cuando el doctor me comentó mi texto. Le había gustado.

—Déjelo todo y escriba —ordenó el maestro.

Quedé muerta de sorpresa ante el impacto producido por sus palabras. Para entonces, ya había dejado mi trabajo en el CEDIN, o estaba a punto de hacerlo. Tenía algunos ahorrillos para vivir un año. Y el psiquiatra siguió dándome órdenes. Todas las mañanas yo debía dar un largo paseo. Tratar de abrir mi mente y ver la realidad.

—Una vida ordenada, señorita, organizada, sin prisas. Déjese llevar por los acontecimientos en lugar de precipitarlos desfavorablemente. Debe vivir la vida tal y como es y no como usted se la imagina. Cíñase pues a la realidad y escriba. Ahora tiene la oportunidad. Puede hacer lo que le apetezca. Escriba.

Y eso hacía yo. Escribía. Las pastillas hacían su efecto. Le pedí reducir la dosis.

—Soy un psiquiatra —dijo también—, no un psicoanalista que cura con palabras.

Unos diez meses en total duró el tratamiento, en los que nuestras sesiones pasaron a convertirse casi siempre en una conversación sobre libros. Mi tema preferido, al principio, fue imbuirle de las ideas de Laing y la antipsiquiatría. Trataba de convencerle de que los enfermos mentales debían vivir en casas, como todo el mundo, en lugar de en

manicomios. Como en verdad sucede en muchos casos pese a las reservas del doctor Mariano de la Cruz. Tan convencida estaba yo de mi argumento como él en su actitud, que consistía en negarse a entrar en batalla conmigo. Superé la fase de emular al psiquiatra. Él se limitaba a escucharme. Le confiaba mis razonamientos y reflexiones sobre vida y literatura: «Un escritor que no piensa por sí mismo, mejor que se dedique a otra cosa». «Son los brujos de la tribu», me respondió en esta ocasión. «No. Su conciencia», anoté yo. Sonrió.

Y me despidió con esta frase mágica:

—A partir de mañana, tome la mitad del comprimido diario.

Otro día, partiendo del libro *El segundo sexo*, le hablé de mi visión personal sobre el movimiento feminista.

—Creo, doctor Mente, que si nunca me he planteado si soy feminista es porque me he comportado como tal desde mi nacimiento. Mis hermanos tenían tantos privilegios como yo y, si no era el caso, protestaba y me los tomaba. Jugué bien al fútbol, a indios y soldados… Nunca con muñecas, lo siento. Ahora bien, si me pregunta si mis hermanos son feministas, por supuesto le diré que no. Si la pregunta es respecto a mi padre, le diría que sí. «A ti te exijo más porque eres mujer», me decía él en ocasiones.

No creo que mi psiquiatra de entonces tuviera nube alguna de feminista. En realidad, se parecía a un Norman Mailer de la psiquiatría. El escritor que apuñaló a su mujer con un cortaplumas y que entre otras virtudes se distinguía por llamar «señorita escritora» a Susan Sontag, para comprobar cómo esta, con su ácida y lúcida inteligencia, le escupía, no sin ironía, a la cara. Mi psiquiatra y yo teníamos también momentos de ironía.

—Así que usted es una feminista *avant la lettre*.

—*Exactement* —respondí en francés—. Y sin etiquetas.

El tío era divertido. Y me encantaba provocarle.

Desde siempre consideré que la capacidad de la mujer era equiparable al hombre o superior a él en muchos casos y que sus derechos debían ser iguales. Si bien, al mismo tiempo, advertía la necesidad de distinguirnos. La uniformidad me exasperaba. En todos los sentidos. La machista, por supuesto y, en ocasiones, la feminista. En lo personal sentía que mantenía los dos géneros. Actuaba y pensaba como hombre y como mujer. No había, en verdad, grandes diferencias salvo que desde el punto de vista sexual me gustaban ellos. Me llevaba mejor con amigas mayores que yo y con cierto tipo de hombres. Pero ¿escribían igual hombres y mujeres? ¿Había un lenguaje literario específicamente femenino? A tratar de responder a esta inquietud me dediqué algún tiempo. No era un tema para resolver con el Doctor Psiquiatra.

Salí revolucionada de aquellas sesiones. No solo superé la

depresión, sentí que mi yo auténtico había salido de su cáscara. Escribía con voluntad de publicar. Algo muy distinto y necesariamente diferente a escribir por escribir. Volví a mi ser de carácter alegre y sociable. Con ganas de polemizar sobre cualquier tema cultural o político. Todos vivíamos como escritores, muchos sin serlo. La literatura como forma de vida. Perseguíamos libros. Los robábamos solo alguna vez a las tantas de la noche en la librería, maravillosa, por cierto, del Drugstore del Paseo de Gracia. Mi amiga Ángeles Álvarez, emparentada con los dueños, lo sabía y admitía en secreto. Los libros seguían siendo mis tablas de surfeo mental y afectivo. Me acompañaban. Los necesitaba para vivir y aprender a escribir mejor.

A mi padre le planteaba todo esto un problema nuevo. No entendía cómo era capaz de abandonar mi trabajo, tan novedoso, por otro lado, y el buen sueldo correspondiente en el centro de documentación que yo había creado, aquella profesión mía de la que él se sentía tan orgulloso, para dedicarme a no hacer nada. Sus palabras, sus reproches, siempre por escrito, fueron insistentes.

«A no hacer nada, no, papá. A escribir. ¿Te parece poco? Además, sigo dando clases», respondía yo. Mantuve el que sería durante muchos años mi contacto docente con la universidad. Esto le tranquilizaba. Tendría algo de qué comer.

Los años setenta fueron mi segunda universidad. Éramos el antipoder por antonomasia. Advierto que a veces jugaba a ser muy crítica con todo. Y sin llegar a ser una protagonista total de la contracultura, me sentí ácrata y libertaria. Mis temas predilectos eran lograr el paso rápido a una transición democrática, la política contra Franco, la ecología, la utopía, el desencanto, la fiesta, el amor libre, la vida y, por encima de todo, la literatura.

Mis amigos del Colegio de Ingenieros, Parpal y Parés, me pidieron que entrara a formar parte de la Asamblea de Cataluña, que reunía a gran parte del antifranquismo catalán. Participaba en ella cualquier movimiento a favor de la democracia, llámense partidos políticos, sindicatos, grupos profesionales, universitarios, movimientos vecinales, grupos confesionales cristianos, asambleas comarcales… Y a la vez todos unidos en nombre de una sola causa, derrotar la dictadura. Nada que ver con la actual oleada independentista antidemocrática. Aquel movimiento surgió en una asamblea de intelectuales reunida en diciembre de 1970 en el Monasterio de Montserrat como forma de protesta contra el proceso de Burgos. A partir de ahí nació la Asamblea de Cataluña, cuyo lema, «*Llibertat, amnistia, estatut de autonomia*», se universalizó. Nos reuníamos clandestinamente en diversos lugares de Barcelona, sobre todo en parroquias de la periferia, generalmente los sábados o domingos por la mañana. El «enlace» nos avisaba personalmente y nos proporcionaba

el santo y seña de entrada. Entonces, y así siguió durante los mejores años, yo era simpatizante socialista. Cincuenta años después de aquella asamblea no puedo evitar preguntarme con cierta amargura y tristeza por la aparición de ese pringue o desastre al que nos han conducido unos pocos catalanes que, por motivos diversos (corrupción, sectarismo, resentimiento o sentimentalismo añejo), han conseguido dividir Cataluña en dos bandos contrarios y enemistados, rompiendo la convivencia ciudadana y la concordia, incluso en las familias.

La universidad de aquellos años que precedieron y siguieron a la muerte del dictador, y a la que regresé en horario nocturno para terminar Filosofía y Letras, fue un mágico respiradero de luz mental y energía creativa. Mi último curso, 1974-1975, resultó ser muy importante para mí también en lo personal. Como era de esperar, en las clases de Literatura Hispanoamericana (así se llamaba) del último año, de forma natural me fui integrando en el grupo de estudiantes latinoamericanos. Todos, como yo misma, poetas o novelistas en ciernes. Totalmente imbuidos del hambre de literatura y también de sed de tomar a grandes tragos la vida cada día. Por las noches entrábamos y salíamos de locales del Barrio Chino o el Raval como Zeleste, Barcelona de Noche y otros garitos. Tomábamos copas. Charlábamos. Bailábamos. Íbamos a conciertos. En uno de ellos, la policía, de paisano, cargó contra nosotros. Un amigo y yo terminamos pasando la noche en la comisaría de la calle Conde del Asalto. Uno de los compañeros de entonces fue el poeta Andrés Sánchez Robayna, a quien seguí viendo y que luego compartió actividades literarias con Juan Goytisolo. A todos nos unían objetivos comunes. Éramos antisistema antes de que surgiera ese concepto.

Unos meses me dio por echar las cartas del tarot a quien se ofreciera. Gratis, por supuesto. Disfrutaba, porque me permitía entrar en la intimidad de las personas que iba conociendo. Siempre me sorprendía hasta qué punto acertaba en mis intuiciones sobre la vida de los que se prestaban a ese juego. Tanto es así que los amigos y, especialmente, las amigas de mi padre esperaban mi llegada a casa para que les echara las cartas, hasta que, como juego que era, terminé cansándome.

No tenía novio ni quería tenerlo. Uno o dos amigos de fatigas eran a la vez amantes esporádicos. Con uno de ellos, el puertorriqueño Rafael Esparza, decidimos, de la noche a la mañana, ir a París y conocer personalmente a Alfredo Bryce Echenique. Enrique Sales, amigo y dueño de la librería Trilce, era a su vez amigo muy cercano del escritor peruano, autor de la célebre novela *Un mundo para Julius*, publicada en Barral Editores. Enrique me dio una carta que yo debía entregarle en mano. Sin llamada telefónica previa. Y eso hicimos

Rafael y yo el primer día de nuestra llegada. Ni recuerdo dónde dormimos. Tal vez en casa de una amiga mía. Lo que sí recuerdo fue el primer encuentro con el escritor en su apartamento de la *rue* Amyot, 8 bis, *2ème gauche*. Seis de la tarde de un día otoñal. Llamamos a la puerta, sin previo aviso. Nos abrió el mismo Bryce en persona. Me presenté. «Soy amiga de Enrique Sales y me alegra tener la oportunidad de poder entregarte esta carta de parte suya». Efectivamente, le tuteé. Cosa mal vista en Francia. Pero no en España. Nos hizo pasar muy amablemente y nos pidió que tomáramos asiento mientras él ocupaba su sitio preferido, el sillón Voltaire que luego transformaría en novela, junto a la chimenea del pequeño saloncito donde nos recibía. A partir de ese momento, mantuve con Alfredo Bryce una amistad que duró años. Gracias a aquel asalto a la autoridad literaria que solo he cometido con él. Cosas de juventud, imagino. Es el único escritor al que me he acercado sin ser requerida. Era joven. Solo por el gusto de conocerlo.

De regreso a Barcelona, a donde Alfredo Bryce iría a recalar años más tarde, me atreví a hacer algo realmente inadecuado: molestar a un escritor famoso para pedirle que te lea. Le mandé una carta. Y, en el sobre, cometiendo un atrevimiento imperdonable, adjunté dos escritos míos. Bryce me respondió casi de colega a colega. Y más inaudito aun fue que, en su carta del 12 de marzo de 1975, hiciera algunos comentarios críticos sobre mis textos. Una breve y lúcida lección de literatura. Merece que incluya aquí algunas de sus frases:

> El primero de tus textos (mi preferido) fue como un golpe de mar en la cara, algo refrescante, donde el propio estilo va creando la obra y obrando sensualmente en estas frases tan largas y de ritmo largamente placentero. La presencia del mar no es un elemento cultural sino una suerte de complemento de alguien que escribe más con la piel que con el cerebro, más con los nervios que con las referencias culturales…

El segundo de mis textos le gustó menos y así lo expresó:

> No deja de tener, por momentos, el mismo encanto, pero creo que falla cuando busca introducir una historia en la propia «y personal» tendencia a la escritura. La sensualidad es la misma, a veces, pero estás tratando de probar que es verosímil, con lo cual pierde el encanto y gratuidad del primero, tan sensual y tan natural que de no ser porque cada palabra encarna en la siguiente, casi podría ser lúdico.

Hice caso a Alfredo Bryce. Aprendí a eliminar a mansalva y, sobre todo, a reescribir, que es la mejor manera de escribir en serio. El primer texto, el que le había gustado más, se publicó en la revista literaria *Camp de l'Arpa*. Otro texto mío salió en la revista contracultural *Ajoblanco* en abril del mismo año.

Tres meses antes de este encuentro con Alfredo, la noche en que despedíamos el año 1974 para recibir el nuevo 1975, conocí a Pepe Ribas, creador de la revista *Ajoblanco*, «hacedor de furias poéticas y

estrafalarias ideas». José María Riera, amigo con quien yo salía a ratos por aquella época, me llevó en su coche a pasar la Nochevieja a casa de Ana Castellar, alma de *Ajoblanco*, en una rectoría situada en pleno Ampurdán. Recuerdo llegar allí con un tono anímico bastante apagado. Nunca me gustó esa fiesta que solo pretende celebrar que el tiempo existe en ese embuste patético. Días atrás, la madre de José María me había invitado a comer en su casa para plantearme una proposición demasiado decente. Era una mujer de una belleza especial que José María sin duda había heredado. «Cásate con mi hijo», me soltó casi sin darme tiempo a beber el primer sorbo de vino que tenía delante. La propuesta, siendo categórica, la expresó con gracia petitoria, de falsa mendiga satisfecha. Sentí dolor de tripas. Opté por sonreír un poco. Y en el mismo segundo me desembaracé de la petición. Lo último que podía imaginar entonces era casarme. Nada más lejos de mis propósitos. Y mucho menos con José María, por quien sentía cariño (entre nosotros, fue el primer chico del que me enamoré a los quince años), pero nada más. Un amor blanco que de alguna manera siguió siéndolo a lo largo de su vida, demasiado corta. Porque, a su pesar, le gustaba yo, pero todavía más los hombres.

Así que los últimos invitados llegamos a la casa de Ana Casteller en Fontclara cuando todavía no habían sonado las campanadas de rigor. Cedo la palabra a Pepe para que cuente nuestro encuentro. Tiene su gracia:

> La recuerdo con unos tejanos ceñidos y una blusa blanca sin sostén. Me pareció una gacela. Iba acompañada del tipo que había estampado su coche contra la puerta de la universidad, el mismo que me había dado calabazas. Fui hasta ella imitando los contoneos de Mick Jagger, le di un beso de bienvenida y me puse a bailar como un poseso, subiendo y bajando con los brazos abiertos a su alrededor.

Tomamos las uvas y nos hicimos amigos. Quedamos para vernos días más tarde en mi apartamento y, como Pepe escribió en su diario:

> El 8 de enero subí de tres en tres los peldaños de una pequeña escalera. Nuria abrió la puerta, me tendió ambas manos, me dio un beso en la mejilla y me encontré en una habitación pulcra y *hippiosa* presidida por una mesa con papeles bien ordenados bajo una estantería llena de libros. Una montaña de almohadones indios hacía de sofá en el rincón opuesto a la puerta. Al hablarme de la novela que estaba escribiendo y que iba a titular *Cuerpo* se puso rígida. A trompicones nos contamos la vida y un montón de sueños. Nuria pretendía ser literata. Me apasioné.

Recuerdo haberle comentado a Pepe la originalidad del primer estilo de escritura de *Ajoblanco*, tan antirretórico, espontáneo, libertario, ágil, vivo, apasionado, irónico, generoso y muy contundente. Alto y claro. Pepe insistió en que quería publicar un relato mío. De acuerdo, le dije. Lo escribí encendida por la idea de quien se sabe querida por una audiencia imaginada pero existente. Y en el mes de abril, en el número 5 de *Ajoblanco*, apareció el que sería

mi primer relato publicado en una revista: «Anacronismo cromático o erotismo decadente».

Y ese mismo mes de abril de escritora en ciernes pareció que los hados de aquel tarot aburrido se habían confabulado para ofrecerme el mejor regalo.

Conocí al escritor Óscar Collazos.

3

EL HOMBRE ENAMORADO

El año 1975 fue de veras estimulante. El dictador Franco estaba en las últimas. Las huelgas estudiantiles se sucedían de manera constante. Aquello era un «viva la Pepa». Uno de esos días sin clase, Ramona Violant llegó acompañada de un escritor colombiano que iba a impartir, nos dijo ella, una magnífica lección de literatura. Bueno, dijeron mis hombros. Pero allí estaba el escritor. Óscar Collazos, se llamaba. Atractivo, joven, misterioso. Casualmente, dos días antes yo había ojeado y comprado un libro suyo de relatos titulado *A golpes* en la librería Viceversa. Vi su foto, sí, y leí una biografía breve. Sonaba bien. En clase de mi último curso de carrera solía colocarme en las primeras filas. En aquella conferencia magistral de comienzo de la primavera me senté hacia la mitad del aula, que estaba a rebosar. Debíamos de ser unos doscientos estudiantes. El conferenciante se lanzó a hablar de lo suyo. Metódico, claro, inteligente, instruido, sabio. Y, también, algo fatuo, muy seguro de sí mismo. Yo miré a mi compañera de la izquierda. Se llamaba Rosa. En un momento de la charla me giré hacia ella y, de repente, le dije: «A este escritor voy a conocerlo». Tuve una corazonada, como se diría en una novela antigua.

Pasaron días con sus noches. Era finales de marzo o comienzos de abril del año 1975, insisto en la fecha porque Barcelona y el resto de España estábamos felizmente revolucionados. Serían las diez u once de la noche, y me encontraba en el Café de la Ópera con Rafael Esparza y otros colegas de nuestro grupo de estudiantes, instalados en la segunda mesa entrando por la puerta que daba a la Rambla. En ningún momento, ni antes ni después de escuchar su conferencia, nos habíamos referido al escritor colombiano, cuando de pronto se abrió la puerta de vidrio y apareció Óscar. Nos mira. Me mira. Se acerca y se sienta a mi lado. Y ya no volvimos a separarnos.

Fuimos con el grupo a tomar una copa al Tabú. A la salida caminamos un poco más. Y hablamos. Es posible que fuéramos a mi estudio. O a su pequeña casa de alquiler en Valldoreix. Tal vez no fue en la primera noche. Sino al día siguiente. No puedo recordarlo con exactitud. Me niego a inventarlo. Pero sí recuerdo cómo iba vestida. Tejanos azules, la pelliza de cuero y botas vaqueras. Y nuestras risas, el parloteo y la seguridad recíproca de que se estaba construyendo una historia. Todo se mezcla, se suma y posterga, como hace el amor con los recuerdos felices. Nos enamoramos. Me enamoró su forma de hablar, su inteligencia, su vida antes que sus ojos, su piel, su rostro

personalísimo a la vez que hermoso. Me acuerdo del disco de Roberta Flack que me regaló horas después de conocernos y que oíamos una y otra vez: *The First Time Ever I Saw Your Face*. Todavía hoy no puedo evitar emocionarme cuando lo escucho. Hablábamos todo el tiempo y de todo. De nuestras vidas, de literatura, de política. Del amor. De nuestro amor. Que era grande y enigmático. De nuestra vida juntos. Escribiendo. Viajando. Eso haríamos de inmediato. De nuestros deseos y proyectos. De mi familia, de la suya, de mi padre. De Cuba, donde él vivió dos años como director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas, punto de encuentro para intelectuales latinoamericanos de izquierdas. De libros. De sus libros. De mis tanteos de escritora. Enseguida me pidió «leerlo todo» para luego darme sus opiniones y comentarios, cosa que hizo con devoción maestra y escrupulosa.

Su cabeza lectora era una enciclopedia viva. Posteriormente he conocido a otros escritores, célebres algunos de ellos. Óscar estaba a la misma altura intelectual y erudita. Puedo asegurar que conocía la literatura del mundo. Aparte, claro, de la latinoamericana y española. Tal vez sabía demasiado, como el título de un libro que nos gustaba a ambos. Su memoria era prodigiosa. Ninguna cita, autor o referencia le era ajena. Óscar fue, debo confesarlo, mi mejor universidad.

Llegó a Barcelona en 1973, después de haber pasado por París, Estocolmo y Cuba. Tenía treinta y un años. Barcelona en aquel entonces, y seguiría siéndolo, era el *gold gotha* del *boom* latinoamericano gracias a sus arriesgados y creativos editores, a los muchos escritores que vivían en la ciudad y a la agente Carmen Balcells, madrina por así decir de este espectacular movimiento que revolucionó la literatura en el mundo. Como diría José Donoso, «la novela hispanoamericana comenzó a hablar un idioma internacional». Un vergel nuestra ciudad, que atraía a todo escritor de lengua hispana. También por sus condiciones de vida y la proximidad a otros escritores con quienes compartir tertulias o exilios.

Al poco de conocer a Óscar, mi primo Jorge se casaba en el hotel de sus padres, mis tíos. Toda mi familia estaba invitada a la boda. Llegué con mi Renault 5, sola, pero con Óscar en el corazón y en la mirada. El mar delante. Mis feromonas volaban. La amiga de mi padre, con la que yo mantenía por entonces muy buena relación, también había sido invitada al evento. Fue la primera persona que encontré nada más entrar en la pequeña ermita de Santa Cristina. Me coloqué a su lado. Y casi sin pensarlo, le solté lo siguiente: «¡La próxima boda —dije con claridad tajante— será la mía!».

Parecía broma, pero no lo era del todo. Óscar y yo habíamos hecho planes: pasaríamos la vida juntos. Primero en Barcelona, donde yo debía terminar el manuscrito de mi novela en marcha. Luego, muy

pronto, en América Latina, en un viaje con o sin retorno. Tal vez fui yo la que más insistió en esa fuga a la otra orilla. Pero ¿casarnos? Creíamos poco en papeles y burocracia. A mi vecina en aquella ceremonia del casamiento, un lince para esos tejemanejes, la noticia le transmutó el semblante. Su cuerpo emanaba felicidad. Sus ojos brillaban. Su boca se transformó en un buzón que absorbía aquella primicia que le encantaría hacer circular: ya mismo. Pocos minutos más tarde, se conocía entre parte de los invitados al banquete, incluido papá. Una noticia que, por cierto, no se tomaron muy en serio. Novio a la vista, debió de pensar mi padre. Y fue a partir de ese instante cuando se inició el preludio de lo que iba a ser una debacle familiar y doméstica. Lo escribo con tristeza.

No pasaron ni veinticuatro horas de este momento cuando, estando Óscar y yo en mi apartamento, a eso de la una de la madrugada, sin previa llamada telefónica, sonó el timbre de la puerta. Era ella. De improviso y de incógnito. «Que no lo sepa tu padre». Fue lo primero que nos anunció. Mala señal. Nos sentamos los tres en los grandes cojines que yo tenía distribuidos sobre la moqueta gris y que cumplían mal que bien la función de asientos. No sé si soltó un par de lágrimas, llorar no era propio de ella. Pero sí llevaba preparada toda la batería de argumentos. Quería darnos lástima y así convencernos. Lo dijo rápido y claro. Fumando, todos fumábamos como carreteros.

—Os pido, por favor, Nuria y Óscar, que os caséis. Hazlo por tu padre —dijo sin mirarme a los ojos. Hizo otra pausa y luego entró directamente en materia—. Porque si tú no te casas —precisó— tu padre no se casará nunca.

(Se sobreentiende: no se casaría nunca con ella).

De pronto me vi convertida en moneda de cambio. Yo estaba emancipada. Papá podía hacer lo que él quisiera. Yo tenía mi propio apartamento, cosa que a mi padre seguía sin gustarle. Como necesitaba verme en casa, yo iba y dormía a veces allí. Pero, por lo visto, no era suficiente. Di la vuelta a los reproches y saqué mi sentido práctico. Siempre pensando en la felicidad de mi padre, al que yo adoraba. Había sufrido un infarto y un ictus. Y desde entonces, desde «el accidente», como lo llamaba él, habíamos vivido escenas realmente tristes. Ver llorar a mi padre me afligía y angustiaba. El hermano mayor se había casado, el segundo estaba haciendo la mili y yo, aunque iba a casa a veces, estaba medio desaparecida. Papá sufría. Bebía. Le había propuesto de nuevo buscar ayuda psicológica. Se negó en redondo. Pintar y sobre todo escribir eran sus ocupaciones favoritas. Pero en esa época había dejado tanto la lectura como la pintura. Si antes se pasaba la vida leyendo, ahora era raro verlo concentrado un buen rato en un libro. Si en algo tenía razón la amiga de mi padre era precisamente en que necesitaba compañía. Y, sin

duda, tenía que ser ella.

Había que darse prisa. Primero, presentar a Óscar a mi padre. Sin miramientos. Llevarlo conmigo a casa. Papá respondió a la sorpresa de mi inminente matrimonio, y naturalmente lo hizo por escrito. Una carta suya fechada el sábado 12 de abril de 1975 muestra que debí darle la noticia de mi boda uno o dos días antes. Pudo conocer a Óscar en persona y se vieron en dos ocasiones. En su carta trata de hacerme recapacitar sobre la decisión tomada. Y enumera los inconvenientes de «tamaña» aventura. El olor a tragedia familiar ya tiene lugar debido a un posible matrimonio de la hija con un extranjero, ante el que manifiesta su desacuerdo el padre Lear. Y mientras el coro entona voces y silencios, los tres personajes intercambian palabras y máscaras a la espera del sufrimiento o la catarsis final. Óscar y yo, cada uno por su cuenta, respondimos a esta carta de mi padre. «En todo caso, nuestra decisión está tomada y sería deseable que, al menos de parte tuya, la sensatez no produjese una ruptura que tanto de parte mía como de Nuria sería bastante desagradable, inoportuna e injusta», le decía Óscar en la suya.

Pusimos fecha para la boda. El día 26 de junio de 1975. Sería por la Iglesia católica. En la parroquia de María Reina, próxima a nuestra casa. En esta última se celebraría la cena. Todo en orden. Creíamos en el amor y en nuestra vida compartida. ¿Hasta que la muerte nos separe? No éramos tan ilusos. Habíamos pensado también en la posibilidad de tener hijos. Salió mi enorme sentido práctico. La España franquista no había legalizado el divorcio, y a eso debíamos atenernos: la ley no se volvería a aprobar (la hubo durante la Segunda República) hasta el año 1981. ¿Quién lo podía asegurar entonces? Prevenir es de sabios. Le comenté a Óscar que, si le parecía bien, podíamos pedir cita a un notario y firmar un documento en el que dejásemos constancia de que nos casábamos por una fuerza mayor familiar. Era un recurso que algunas parejas, pocas, utilizaban en la época por si hubiera caso de anulación por la Iglesia, soberana y capaz tanto de atar como de desunir.

Tras el cruce de cartas, en una ocasión papá me llamó por teléfono a altas horas de la madrugada musitando palabras inconexas e implorándome por amor… no se lograba entender realmente el qué: el llanto impedía que hablara con la coherencia de su discurso habitual. Esta llamada me dejó derrotada y Óscar, que estaba a mi lado, quedó muy preocupado. Horas después, papá me pidió disculpas en otra carta. En su posdata decía: «Por favor, no me escribas. No me escribáis. Guardadlo para cuando estéis de viaje. ¿No se te ha ocurrido alguna vez que yo también tengo unas ansias enormes de cariño? Del tuyo».

Al otro día, de forma serena y amorosa, sentados los dos en su

biblioteca, papá me propuso lo siguiente:

—¿Por qué no os quedáis Óscar y tú a vivir aquí, en la torre? En la planta baja, si preferís, y yo arriba, o como mejor os convenga…

Me quedé asombrada. No quería casarse. Consciente yo de que dependía de un sí o un no que cambiaría totalmente mi vida. Nuestra vida. Y la suya. Así era como lo veía entonces. Pensé en mí. Fui egoísta. Solo en el sentido de una hija adulta que desea huir de la responsabilidad de tener que cuidar y acompañar a un padre de cincuenta años, al que quería y sigo queriendo. Pensé también en él. De forma objetiva, claro. Si yo me quedaba en la casa, por independientes que fueran una y otra planta, mi padre evitaba de forma clara y decidida toda posibilidad de casarse con su amiga. ¿Por qué no me di cuenta, imbécil de mí? Papá me pedía ayuda.

—No, papá, me es imposible —dije sin mirarle a los ojos—. No puedo.

Sus ojos, de nuevo en lágrimas. Imposible resarcirme de aquel momento.

Y hubo más. Y también más cartas. En especial, de mi padre. Cartas de un amor intenso que me es difícil calificar. De amor grandioso, posesivo y del que él mismo, en alguna ocasión, se culpabilizaba. «Tienes un padre nefasto. Por tu bien, es mejor que te olvides de mí. De quererme (te quiero más que nunca). Solo te pido, por favor, que me soportes un poco más, niña mía…».

Me sobrecoge el hecho de destapar esta intimidad amorosa entre mi padre y yo. Pero tampoco puedo ignorar aquí uno de los hechos más importantes de mi vida, tan dependiente de la suya. Es una manera de comprender la personalidad de un hombre, viudo en esencia, desamparado por la muerte de un amor, mi madre, a la que nunca dejó de amar. Era claro que yo, su hija, tan parecida físicamente a mi madre y tan distinta en su forma de pensar y actuar, pasé a ocupar casi por entero el corazón de mi padre. Cuando murió mi madre, quiso morir con ella. Y de algún modo lo hizo. Al desaparecer yo de su lado, al amar a otro hombre, un escritor, con el que iba a casarme, mi padre sentía la muerte cada vez más cerca.

De una manera muy sutil, se distanció de mí temporalmente, con una mezcla de reproche y despecho por haberle dejado solo. En cierto sentido, abandonado de nuevo. Mientras escribo tengo muy presente su pudor enorme y excesivo ante cualquier indiscreción familiar. Temía que nuestra vida se hiciera pública debido a la voz reveladora de su hija querida. Y tener a una escritora en la familia, al tiempo que le enorgullecía, también le asustaba. De ahí su consejo de que escribiera como Dickens. Dando por supuesto que el autor inglés, en sus célebres y testimoniales novelas, se distanciaba de su escenario familiar y personal. Al mismo tiempo, yo también le preguntaba por

qué entonces escribía y exponía él todos sus sentimientos y los míos en la infinidad de cartas que narraban con detalle de enciclopedia todo lo que ocurría en nuestras vidas. Sobre todo, cuando descubrí más tarde que papá también escribía cartas que nunca llegó a mandarme. Tres en una noche. Y que guardaba debidamente en carpetas con rótulos específicos para que su hija escritora pudiera leerlas todas y, en consecuencia, desvelarlas algún día. Unas cartas escritas sin atreverse a obtener jamás una respuesta mía, pero dirigidas a mí. Sencillamente, porque mi padre las escribía para descargar su dolor, y temía que mis palabras de respuesta pudieran encenderlo de nuevo, cuando lo que necesitaba era buscar algún alivio para un amor que a veces creía no correspondido. Todo ello sucedió en unos treinta días que fueron realmente penosos para ambos.

Óscar, el supuesto rival, al mismo tiempo que mi padre escribía la carta que siguió a las pocas horas de la llamada intempestiva, decidió escribirle otra carta en verdad algo severa en la que, lejos de ser cruel, como le dijo, «trato de exponerte con mi mayor respeto mis preocupaciones». Contribuyó a ellas un almuerzo mano a mano con el hermano mayor en un restaurante al que me invitó para advertirme de que no debía de ninguna de las maneras casarme con Óscar. No consigo recordar todo lo que llegó a decirme en aquel almuerzo tenebroso y de opereta. En resumen, un catálogo de groserías racistas: Óscar era un advenedizo, un malparido extranjero y un interesado en fortunas.

Sobre el último punto, ¿no estaba el hermano mayor hablando de sí mismo?, me aventuré con Óscar a pensar. Con todo, ofendido, Óscar decidió escribir a mi padre otra carta razonable en algunos puntos, pero algo insolente en otros. El torneo de los dos gladiadores en pleno clímax.

La boda se celebró el 26 de junio. La cena se organizó en el jardín de casa. Ayudé a mi padre en la preparación. En los detalles, flores incluidas, él era un maestro. Mi vestido era blanco y escotado. Mi padre estaba feliz de llevarme al altar. Leí unas palabras dedicadas a Óscar. Mis amigos estaban todos. De aquí y de allá. Por parte de Óscar, los imprescindibles. El escritor chileno Mauricio Wacquez, amigo de Óscar de la época en La Habana, junto con Elayne Phillips, mi amiga inglesa, actuaron como testigos. Y para acompañar al recién casado llegaron de Madrid el pintor Antonio Saura y su mujer cubana, Mercedes. La pintura que nos regalaron, dedicada por el artista amigo, la tengo aún colgada en el cabezal de mi dormitorio. Fue una boda moderna. *Décontracté*. Sin etiqueta. Lo pasamos en grande. Hubo baile hasta el amanecer. Solo una persona mostró su enfado la noche entera, que para él fue breve. Mi abuelo Frederic.

Ese mismo día por la mañana, papá escribió a Óscar una carta de

final feliz. Y comienzo de una nueva historia: «Hoy quiero que pienses que, en vuestra boda, estás rodeado de gente que te quiere ya. No estás solo. Estás con Nuria (eso es lo importante), ella está contigo. Yo, y más personas de las que crees, están con vosotros. Mil veces llevo escritas las palabras “muchas felicidades”. Hoy las quisiera suprimir todas para decirlas por primera y legítima vez», decía.

Dejé mi apartamento de la calle Gresolet, en Sarriá. Nos fuimos a vivir a un piso algo mayor situado a pocos metros de mi estudio anterior y que pertenecía a mi tía Montserrat. Pagábamos religiosamente un alquiler mensual con el sueldo que ganaba Óscar, quien, requerido por el poeta y crítico de arte José Corredor Matheos, fue contratado como redactor del *Diccionario Enciclopédico Abreviado* de la Editorial Espasa-Calpe. Casualidad, de nuevo, que el bisabuelo Espasa reapareciera así en mi vida. Nuestra casa se había convertido de pronto en una oficina donde el trabajo consistía en escribir. Mi mesa estaba situada en un extremo y en el otro, la mesa de Óscar. Cada uno ocupado en sus propios manuscritos. El de mi novela en marcha contaba con muchas páginas de la primera versión y mi intención era terminarlo en unos meses, porque el verano siguiente teníamos programado viajar a América Latina. Óscar por su lado estaba trabajando en su siguiente novela, titulada *Memoria compartida*.

En cierto modo era un animal literario. A las bravas podía ser capaz de escribir un libro en un mes. Me admiraba su facilidad. Todo lo que yo tenía de lenta y osada escribiendo, él lo tenía de resuelto y vertiginoso. Nuestra vida durante este año previo al viaje a Colombia consistió en escribir, leer, hablar (mucho de literatura), ver amigos y hacer el amor. Ese verano fuimos a pasar unos días a Cuenca invitados por Antonio Saura y Mercedes. Había encontrado el título para mi novela. Se llamará *Cuerpo*, resolví ya decidida. Encajaba con el texto y con un lenguaje insólito también para mí, de frases largas, y que veía distinto a otras obras o por lo menos era personal. Muy físico, en cierto modo. En agosto-septiembre de ese verano llegó una buena noticia. Se publicó mi primer relato en *Camp de l’Arpa*, dirigida por el crítico Juan Ramón Masoliver y editada por el poeta José Batlló. Era una revista literaria de las más importantes de entonces. Envié mi texto al albur, titulado «Locura de sus propias notas», y fue elegido para salir en el número correspondiente al verano. Debo reconocer que me alegré mucho. O bastante. En eso, suelo ser discreta.

Óscar y yo salíamos a menudo. De noche veíamos a los amigos en cenas y encuentros espontáneos. Íbamos a las mejores inauguraciones de pintura y presentaciones de libros. Politiqueábamos. Parrandeábamos. Nosotros y la compañía que frecuentábamos éramos bohemios y subversivos. La mayoría, escritores. Mauricio Wacquez, Cristina Peri Rossi y Ricardo Cano Gaviria ya formaban parte, como

quien dice, de nuestra familia «expatriada». Los grandes del *boom* vivían con sus familias, retirados, escribiendo. Nunca se nos ocurrió acercarnos a ellos ni siquiera para conocerlos. Además, el carácter de Óscar, correcto pero con mucho desenfado, era opuesto a la adulación gratuita, a tratar de ser simpático y conseguir algo con ello. Solía, entonces, acaso como defensa propia, tomar la actitud inversa, más consecuencia de la timidez que otra cosa. Por lo demás, Cataluña, como escribió mi padre, era tierra de capillitas. Nunca un creador extranjero sería incluido entre los grandes artistas catalanes del momento como Casals, Dalí, Miró… Nunca los extranjeros podrían ser aceptados aquí con el merecimiento que les correspondía. Solo la muerte podía salvarlos del ostracismo.

Me caía bien Josep Maria Castellet. Formaba parte del grupo de escritores e intelectuales catalanes de la generación de los cincuenta que escribían en castellano, y alguno de ellos ya entonces también en catalán, como era su caso. De todos los escritores de ese grupo que se llamó la Escuela de Barcelona, solo Castellet mantenía con Óscar una cierta amistad. Formó parte del jurado del premio Barral de novela, del que Óscar fue finalista. Y me lo presentó en una exposición en la galería de las hermanas Pecanins, catalanas en el exilio mexicano. Estuvo simpático y cariñoso conmigo. Actitud que nunca varió en las ocasiones en que pudimos vernos. Su madre era mexicana, me recordó Óscar. «Se le nota», le respondí. Siempre yo a favor de los mestizajes, de las mezcolanzas de culturas, de las mujeres, de la democracia y el bilingüismo. El futuro casi a la vuelta de la esquina.

Castellet llevaba su mochila de sabio e intelectual. Otra cualidad encomiable fue su compromiso social con la cultura y con la política tanto española como catalana. Se quejaba de que la política le hacía perder tiempo de escritura y lectura. Pero siguió en ella hasta el final de sus días. Y su labor como escritor y crítico literario fue magistral. Se convirtió en promotor de la literatura catalana escrita en castellano y, sobre todo a partir de 1962, principalmente de la literatura escrita en catalán, en su editorial Edicions 62.

Óscar se refería a menudo a su primer libro publicado, *Notas sobre literatura española contemporánea* (Laye, 1955). Un libro de Castellet de lectura obligada, sobre todo hoy porque permite entender que un país con dos culturas y sin nacionalismos identitarios puede dar y dio una literatura excepcional.

El Óscar que yo conocí soportó con dignidad el hecho de ser un latinoamericano y no pertenecer, en los años setenta y ochenta, al círculo de Vargas Llosa-Gabo. Ni él ni otros muchos lograron integrarse en la ciudad, porque la propia Barcelona los mantuvo marginados. Una actitud endogámica que ya me inquietaba entonces y contra la que traté de luchar sin éxito. Fue Castellet, una vez más, el

único y acaso el primero en hablar claro sobre la desafortunada discriminación que, en los sesenta, setenta y ochenta, soportaron los autores de la otra orilla en Cataluña. Trataron de resolver este conflicto con merecido éxito editores como Jorge Herralde, Esther Tusquets, Mario Muchnik (argentino) y Beatriz de Moura (brasileña). Y, por supuesto, Carmen Balcells, que consiguió que varios autores suyos alcanzaran un relieve universal e inmortal. Ahora bien, ¿lograron estos importantes autores latinoamericanos que ella representaba integrarse en la ciudad de Barcelona mientras vivieron en ella? En parte lo consiguieron tal vez Vargas Llosa y Alfredo Bryce, pero no tanto García Márquez ni Pepe Donoso, el creador del término «*boom* latinoamericano». Acaso mucho mejor el filósofo y escritor argentino Enrique Lynch, el poeta y crítico literario Aurelio Major, la crítica literaria Nora Catelli y los novelistas mexicanos Jordi Soler y Rodrigo Fresán. Y clama al cielo el ostracismo que siguieron padeciendo la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi (en 2007 despedida de su trabajo en la emisora Catalunya Radio por no hablar en catalán), el chileno Mauricio Wacquez y muchos otros.

Nunca se llevó a cabo una tertulia literaria encargada por Castellet que de haber existido estoy segura habría podido dar visibilidad y apoyo a los escritores no tocados por la estrella Carmen Balcells. De seguir vivo, el propio Castellet, que criticó el ensimismamiento de la cultura catalana, se sentiría más dolido ante los peligrosos nacionalismos y populismos que están conduciendo a nuestro pequeño país al decaimiento y, con él, a la Barcelona que fue durante muchos años capital de la cultura europea gracias precisamente a personas de su talla intelectual.

En el invierno de 1975, mientras seguía en la aventura de terminar mi primera novela, se me ocurrió que Castellet podía ser la persona perfecta para pedirle que leyera mi manuscrito. Lo llamé por teléfono y nos vimos en su despacho de la editorial. En esta ocasión intercambiamos apenas unas palabras. Muy amable, recibió mi texto, me aseguró que pensaba leerlo y que me daría su opinión lectora. Pasado un tiempo más que prudente, volvimos a encontrarnos en su despacho. Y me dijo cuáles eran sus impresiones. La novela le había gustado mucho. Por cómo estaba escrita. Por su estilo tan particular y diferente. Pero… Castellet, con su sonrisa inefable, me recordó que en ese momento él publicaba solo libros en lengua catalana. Y me dijo que, por supuesto, editaría mi manuscrito si yo lo reescribía en catalán, o lo traducía a este idioma. Fue un jarro de agua fría. En un segundo se me pasaron por la cabeza algunos nombres de escritores a los que yo admiraba. ¿Se verían capaces de trasladar su lenguaje personal a otro idioma? Pensé en el gran Samuel Beckett, que se pasó tranquilamente del inglés de su Irlanda maldita al francés más puro y

personal, y tan olímpicamente. En su caso, por una elección personal, emotiva y política. En aquel momento lo vi claro. Mi realidad, aquella en la que yo quería permanecer, era esencialmente la de una novelista catalana que escribe en castellano. No quería yo sentirme como esos políticos que, por interés, cambian de un día para otro de chaqueta. Castellet, con su rostro quijotesco, adoptó una expresión guasona y se me quedó observando un buen rato. La ironía era otra de sus cualidades.

—Gracias —le dije—. Tengo muy en cuenta tus palabras y comentarios, viniendo de un editor y crítico literario como tú, pero me parece que no puedo. Sería como traicionarme a mí misma.

Pausa significativa mientras seguía él manteniendo su sonrisa. Con toda naturalidad me atreví a decirle:

—Imagino que otros escritores catalanes lo han hecho…

Asintió. Pero salió rápido en mi apoyo:

—Se me ocurre otra forma de ayudarte. —Se había puesto en pie, apoyado en su mesa—. Puedes llamar a Josep Vergés, el editor y dueño de la editorial Destino. Dile que lo haces de mi parte, y le llevas la novela.

Hacia allá me fui tras conseguir una cita con el creador del premio Nadal, el editor que publicaba la obra de Josep Pla. Le conocía y lo tenía muy presente porque, desde pequeña, lo veía pasar a diario conduciendo su coche por la avenida Espasa, justo delante de mi casa, que se encontraba muy cerca de la suya.

Me recibió en su pequeño despacho de la editorial con la amabilidad justa y comedida de las personas importantes e impacientes. No se lo dije, pero había estado en su casa años atrás, cuando mantuve fugazmente amistad con su hija Ana, con ocasión de una fiesta de tarde con amigos. Vergés se lanzó a hablar de mi familia, de la belleza de mi madre, con la que coincidía en la misa de domingo en el Monasterio de Pedralbes, de la tristeza por su fallecimiento, tan joven, aquella muerte tan inesperada, mi padre viudo… Mientras hablaba, yo me limitaba a asentir sin dejar de pensar que nunca publicaría un manuscrito como el que yo le estaba entregando, las hojas que en ese momento sostenía en sus manos… Una novela que hablaba o, mejor dicho, ficcionaba parte de mi vida y de la vida de mis padres. Tengo un vago recuerdo de lo siguiente. Me suena que volví a su despacho para que me diera una respuesta. Simpático no era el señor Vergés. Mismo lugar, mismos personajes, luz soleada del mediodía. La suerte estaba echada: fuera malo o bueno el original mecanografiado (el mismo que le gustó a Javier Marías, según me diría él mismo un año más tarde), aquel artefacto llamado *Cuerpo* no podía salir adelante bajo la tutela de un editor que, por importante y cualificado que fuera, era conocido por su moral catequística y su

talante conservador. No se explayó en explicaciones ni circunloquios. Mantuvo un cierto tono malhumorado los diez minutos que duró el segundo encuentro y dejó entrever sin miramientos que, independiente de la calidad de mi libro, él no podía publicarlo.

Hubo una tercera opción. Ana Dexeus, editora de Grijalbo y amiga, por entonces, de algunos escritores como Félix de Azúa o Julio Ortega, y a la que yo conocía desde los quince años, me pidió leer mi manuscrito. En el mundo de aquella Barcelona de entonces, la cultura y el arte estaban en alza y la ciudad se preparaba para las primeras elecciones democráticas. Leído el texto, me llamó para cenar en su casa en compañía de su marido, Antonio Negra. Allá fuimos Óscar y yo sin demasiadas expectativas, pero la sorpresa estaba servida antes de la cena. Ana, a quien le agradeceré siempre su entusiasmo, me esperaba con mi manuscrito en sus manos y pronunciaba palabras de exaltación sobre el mismo. Estaba encantada con lo que había leído. Volvimos a la realidad cuando nos explicó lo que quería hacer con la novela:

—Ya sabemos que no será posible publicarla en España. La censura va a hacerle una criba categórica.

¿Llevaba razón o no tanta?, nos preguntábamos Óscar y yo. Franco había muerto pocos meses atrás, pero los funcionarios de la censura eran aún gente del régimen totalitario y nacional-católico. Sin duda, Ana estaría mejor informada que nosotros.

—Tengo experiencia y sé cómo actuar en estos casos. He hablado con Juan Grijalbo —el editor y fundador de la empresa editora— y hemos decidido publicarla en México y traerla a España.

La excitación profesional con la que hablaba Ana consiguió contagiarnos y nos alegró la noche. Juan Grijalbo, a quien conocí después en diversos encuentros con él y su esposa, Dina, era un catalán que exiliado en México terminada la guerra civil, como tantos otros republicanos, regresó a Barcelona a finales de los años sesenta. Según sé, en España le abrieron los brazos por haber sido un comunista bondadoso, simpático (lo puedo corroborar), que tuvo gestos caritativos hacia la Iglesia, nada propios de lo que se esperaba de un rojo. Su editorial era importante entre otras cosas por haber publicado, además de libros marxistas, *best sellers* de autores importantes, entre ellos la novela *El padrino*, de Mario Puzo, y la primera traducción de *Lolita*, de Nabokov, al castellano.

Cuando yo ya no sabía si reír o a llorar de emoción, que es lo que me sucede siempre ante una grandísima noticia, Ana, recuperando de nuevo mi manuscrito, que yo había guardado en una bolsa, me pidió un favor.

—Nuria, antes de enviar la novela a México, me gustaría pedirte una cosa. Permíteme que la lea antes mi padre. Le encantará. Ya

sabes, es un buen lector. Le he hablado del libro y me ha pedido que se lo deje unos días.

(¿Era una trampa?, pienso ahora).

Dedicó, luego, unos minutos a contarnos la relación que mantenía con su padre. Era la hija preferida del doctor José María Dexeus, muy conocido en Barcelona por haber fundado junto con su padre y su hermano Santiago la clínica Dexeus, una leyenda en la ginecología de la época. Hasta los hijos de Mario y Patricia Vargas Llosa habían nacido de las manos del padre de Ana. Rápida como suele ser, ella me desveló en parte la relación muy esencial y dependiente que existía entre padre e hija. Sin duda había encontrado una afinidad entre su vida personal y la historia que contaba mi novela.

Me quedé algo sorprendida, dubitativa. No sabía aún cómo reaccionar cuando Ana insistió:

—Vuelvo a pedirte, por favor, que me autorices a prestar este manuscrito a mi padre.

—Por supuesto —respondí. Pero lo que pensé fue otra cosa. ¿Voy a cometer otro error de los míos? Sí, también se me pasó por la cabeza.

Ana lo agradeció sobremanera y nos despedimos, tan contentos.

Pasó un tiempo. Y justo entonces mi padre, durante una comida en casa con sus tres hijos, nos anunció su próxima boda. Fue sublime la reacción del hermano mayor: «¿Con quién te casas, papá?». Una manera obvia de negar lo evidente. La boda fue discreta. Por la Iglesia. No podía ser de otro modo. Después de la ceremonia hubo cena familiar en el apartamento de la novia, a la que asistieron cuñados y hermanos e hijos de los contrayentes, así como una representación del grupo fiel de amigos íntimos (no podría asegurar que mi abuelo llegase a ir). Tras la boda, los novios se instalarían en la casa de mi padre, en calidad de usufructuario de mi madre y de nuestra propiedad. Mejor, pensé para mí. Me daba la libertad de ir a ver a papá cuando quisiera. Como sabéis, Óscar y yo estábamos totalmente a favor de esa boda. Yo deseaba la felicidad de mi padre y, por encima de todo, que no estuviera solo.

Ana Dexeus no daba señal alguna ni dijo nada de mi novela. Al mismo tiempo, yo había notado en papá cierta reserva en su trato conmigo. Los miércoles era el día programado para la comida familiar. Nos juntábamos las hijas de la mujer de mi padre, con las que me llevaba bien, y nosotros. Todos felices. Y todos sonrientes. Mi padre, no tanto. ¿Quién me descubrió la mala nueva? La madrasta. Con aquella sonrisa impertérrita suya con la que solía dar las noticias punzantes. Por lo visto, el doctor Dexeus leyó el manuscrito palabra tras palabra. Lo que tiene mérito. Claro que su hija Ana le había

puesto en antecedentes, no tanto del contenido como de quién era su autora. Una mañana, la esposa de mi padre fue a su visita ginecológica periódica con el doctor Dexeus y, en algún momento, parece que el doctor le dijo: «He leído algo tremendo escrito por la hija de tu marido». Por lo que me llegó a través de Ana, dijo exactamente estas palabras. Ella quiso enseguida saber qué era lo que había leído y causado tamaña impresión. El doctor respondió: «Tú no sales bien parada. Digamos, que te deja mal. Peor que mal». Ella exigió: «Déjame leerlo, José María».

A partir de ahí, se me ocurren varias hipótesis. Primera: el manuscrito va a la casa de mi padre. Fotocopiado o no. Mi padre y la madrastra, juntos o por separado, leen el texto. Ella se enfurece. Mi padre se aflige. Segunda hipótesis: José María Dexeus asiente a la petición de su paciente y le pasa el manuscrito. Ella, en algún lugar de la clínica, hace una lectura rápida. Luego llega a su casa y se desahoga con mi padre.

La publicación de mi primera novela, *Cuerpo*, quedó varada en un muelle perdido entre Barcelona y México. Nunca llegaría a buen puerto. Hundida, como barco enemigo. Sumergida en el cajón de los desastres. No importa. Habrá otra novela. Hubo otra. *La intimidad*. Esta sí tuvo consecuencias notables.

Llegó la fecha de nuestro viaje a América Latina. Aterrizamos primero en México D. F. Es el único billete que habíamos comprado, pues pensábamos viajar improvisando. Sabíamos que queríamos cruzar Centroamérica hasta llegar a Colombia. Sin residencia fija y confiándonos, como decía Óscar, en sus amistades. Y en los pesos y dólares que cobraría por dar conferencias. Tenía razón. Así fue nuestro año en América. En Ciudad de México vivimos alojados en casa de Pepe, joven empresario catalán de joyería, amigo de mi primo Moncho Rosés, y que tuvo la enorme gentileza de acogernos. De allá saltamos a Guatemala, El Salvador, Costa Rica y así viajando hacia el sur hasta finalmente llegar a Colombia, donde teníamos pensado quedarnos el máximo de tiempo posible. Visitar a la familia de Óscar, recorrer los lugares donde vivió sus primeros años. El Chocó, las ciudades principales. En todo momento teníamos pensado no parar de escribir.

Teníamos ahorrada una pequeña cantidad de dinero para cubrir los gastos del comienzo. Luego, la suerte proveería. Además, conseguí realquilar nuestro piso a unos conocidos. E ingresé antes de partir algo de dinero en mi cuenta: por mis clases, por los *royalties* del manual de documentación, el primer libro sobre este tema que se publicaba en lengua española, y también por lo que gané escribiendo informes de lectura que me encargaba un argentino conocido de Óscar, alguien de su época cubana, llamado Ricardo Rodrigo. Siendo este amigo del Che Guevara, estaba en busca y captura en su país, y en otros, por haber

sido dirigente de la lucha armada. En Barcelona crecería como editor y se acabaría convirtiendo en un magnate del negocio.

Aquel año lo bauticé como mi segunda universidad. O, por ser justa y sincera: en América Latina nací otra vez como escritora. Hubo quien dijo que la literatura latinoamericana era un invento de Carmen Balcells. Otra falsedad. En España, la competitividad de los escritores es feroz. Y solo faltó que surgiera el fenómeno del *boom* y toda la corriente internacional que rodeó el movimiento. Más cierta envidia, posiblemente. Pánico al ver la posible sombra de esa literatura sobre la española.

Óscar se llevó consigo a aquel viaje por América su pequeña máquina de escribir. Yo iba de vacío, pero dispuesta a iniciar otra novela durante el viaje, y decidimos que compraríamos la mía en el puerto libre de San Andrés, en Colombia. Inicialmente, me conformé con poner una libreta en mi equipaje. La etiqueté con el nombre de «Viaje a América Latina-Julio 1976». El mismo día de partida, el 11 de julio, comienzo mi diario: «Llevamos doce horas en el avión. Travesía tranquila. Problemas en Madrid para conseguir visado…». De este diario de viaje, único que tengo escrito, me serviré ahora para ir refiriendo el periplo y los encuentros, las sorpresas y peripecias del recorrido.

«A mi llegada a México, el D. F. me sorprende sobremanera. Caos, multitud y autos, todo se atropella y amontona en esta ciudad. Llueve y hace frío. Pero nada más llegar al hotel, después de llamar a Pepe, el amigo de Moncho que insistió en hospedarnos, nos lanzamos a la calle en busca de librerías en la Zona Rosa».

En mi relación con Óscar surgían pequeños altibajos. Casi siempre debido a la fatiga que provocaba tanto movimiento. Necesitábamos, pero no disponíamos, de algún tiempo para estar solos y tranquilos. En mi libreta, reflejo esas tensiones: «Discutimos y peleamos como hermanos consentidos. Óscar es igual que un niño cuando le atrapa la neura de la identidad. En esos momentos no pienso otra cosa que en dejarle. Irme. Por un lado, me obsesiona la idea de que algún día nuestra vida en común tendrá que acabar sin remedio. Y por otro, me aferro al alentador pronóstico de que envejeceremos juntos». Y en otro momento anoto: «Siesta larga. Despertar de amor». Y, algo más allá, le reprocho su conducta orgullosa: «Se muestra incapaz de concederme algo de razón, de disculparse, de sentirse limitado, humano, al fin. Incapaz, quizá también, de amarme…».

Pepe nos llevó a cenar a casa de doña Lola Olmedo, en Xoximilco. La señora era una institución en México. Vivía en una casa admirable repleta de obras de arte tan espectaculares como ella misma. Muchos cuadros de Diego Rivera ocupaban las paredes de una

parte enorme del salón, y en otras vi unos cuantos lienzos de Frida Kahlo. Doña Lola fue musa, amante y después amiga íntima de Diego Rivera hasta el fallecimiento del pintor. Fue su modelo para veintiséis desnudos. Diego le pidió matrimonio, ella lo rechazó. A cambio, Diego dejó a Dolores Olmedo la administración de los derechos de todas sus obras, textos y documentos. Tenía ciento veintiocho obras de Rivera y veintiséis de Frida Kahlo. Ahora, la casa es el Museo Dolores Olmedo.

A primeros de agosto dejamos México rumbo a Guatemala. Cada vez que llegábamos a una nueva ciudad nuestra primera ocupación consistía en encontrar hospedaje. Una prima de la familia Amat, Amelia de la Fuente, valenciana (sus padres se avinieron a esconder a mis abuelos durante la guerra civil), casada ahora con un guatemalteco, se ocupó de ir a recogernos y llevarnos a un hotel. Me sigue sorprendiendo la generosidad de los latinoamericanos. En todas partes, nos abrían las puertas y compartían las casas, los autos y las amistades. Qué distinto a Europa, le comenté a Óscar. Me dio la razón y aprovechó para lanzar una crítica severa a la tacañería catalana.

De ahí saltamos a El Salvador, donde vivimos en la casa de Ítalo Fernández y su esposa, Silvia. Con habitación preparada, así como el programa de conferencias de Óscar. Una charla cada día. No le importa. Gran orador, le gusta hablar en público. Literatura y política suelen ser los temas de conversación. Observo, callo y aprendo. Tierra de figuras masculinas. Las mujeres hablan menos. Esto me impacienta. Y cuando tomo la palabra es, muchas veces, para señalar esas diferencias. En América Latina, especialmente en los países que estuvimos visitando, persistía el machismo, incluso en los medios calificados de intelectuales. Y corrió la voz de mi actitud polémica, feminista. Critiqué que las mujeres lo aguantaran sin rechistar. No todas, claro.

«Advierto que Óscar no es el mismo —se lee en mi diario—. Su popularidad, y los amigos formando coro a su alrededor, refuerzan un individualismo insoportable. Espero que sea pasajero. Llega la primera crisis. Sola en el dormitorio, me pregunto por qué acepté ir a la fiesta de Edmundo Font, loco y neurótico, que quiso agasajarnos con una tormenta alcohólica. Óscar alcanzó una fase muy avanzada de la ebriedad, que era la norma en casa del anfitrión. Borrachos todos, se metieron en un coche y me dejaron tirada a las tres de la madrugada. Un poeta, el único sobrio, me acompañó a donde nos alojábamos. Compruebo que el alcohol deforma todo cuanto quiero de Óscar. Decido volver a España sola. Llamo a Iberia y pregunto horario y precio de los vuelos».

Rendidos, por fin, nos disculpamos mutuamente. Llega la calma una vez aterrizamos en San José de Costa Rica y nos hospedamos en casa de Sergio Ramírez y su esposa, Tulita, donde pasaremos tres

semanas largas. Nos acercan a sus vidas como si formásemos parte de su familia. Hablamos de literatura por los codos con los escritores que van llegando a la casa: Marilio Arqueta, el pintor Morales y, especialmente, el poeta Carlos Martínez Rivas, un trovador inverosímil, asombroso, difícil de adjetivar. Autodestructivo, corrosivo consigo mismo. Considerado el mayor poeta nicaragüense, a la altura de un Rubén Darío.

«Por el momento, América Latina es un puerto vedado para todo escritor español», anoto también en mi diario. Justo cuando está entrando Óscar en el dormitorio: «De estas páginas va a salir un libro tuyo», declara muy convencido. Yo no estoy tan segura. Me ofusco tratando de encontrar el tono narrativo. No soy escritora de diarios. Necesito para mi escritura que haya distancia, y el día a día no suele darla. Sergio me presta su máquina de escribir y su despacho. Es como si me dieran un par de muletas, por fin. Parece que se acerca el momento de la primera frase. Llevo en mi equipaje unas pocas páginas escritas. No me gustan, pero suenan a preludio: estoy preparada para algo. Antes, aterrizaremos en la isla de San Andrés, donde compramos, como estaba previsto, mi máquina de escribir. Una Remington portátil de color azul. Llueve todos los días. Aguaceros inmensos. Ni pensar en ir a la playa. Encerrados en la habitación de hotel, me acerco a una pequeña mesa, instalo mi máquina y escribo lo que serán las primeras frases de una novela corta que acabaría publicando con el título de *Pan de boda*. Me dejo llevar por ellas. Esas frases incitan a contar la historia que finalmente escribo. Una novela-poema, la llamaron también. La historia de un matrimonio que es también el relato de la mujer que trata de ensalzarlo y romperlo a un tiempo.

Y llegó aquel día feliz en el hotel de San Andrés, cuando me dije: «Ya te tengo, ya te sigo…». Ese día puse punto final al diario de viaje de donde he ido despojando algunas frases. Y empecé la novela. ¿Cuándo voy a terminarla?, me pregunté. O mejor: ¿cuándo podré escribirla? Necesito para ello una vida ordenada. Soy metódica. Incapaz de escribir en aviones, como, por ejemplo, podía hacerlo Carlos Fuentes. No lo conseguí en casa de Poncho Rentería, gran amigo todavía hoy, que nos ofreció su apartamento el mes y medio que estuvimos en Bogotá. Tampoco en Medellín, en casa del escritor Manuel Mejía Vallejo, donde nos encontramos con otros escritores amigos de Óscar. Ni lo logré en la ciudad de Cali, donde vivían la madre, viuda, y los hermanos de Óscar.

Al poco de llegar a Medellín, Óscar llamó por teléfono a su madre, Cornelia Camacho. Nos habíamos estado escribiendo y tenía ganas enormes de conocerla en persona. Nena, así llamábamos todos a su madre, nada más ponerse al teléfono le dijo a Óscar que su hermana Edith había fallecido. ¿Cómo puede ser? Se resistía a creerlo.

Un aborto mal llevado, le suspiró Nena por el auricular. Seguimos en la habitación el resto de la tarde hasta la mañana siguiente. Ya teníamos los billetes de avión para Cali. Nos esperaban Nena y cuatro de sus hijos: Tono, Néstor, Elisabeth y Poncho. En total eran diez, más una hija del padre ya fallecido. Vivían en una pequeña casa humilde situada en un suburbio deprimido y desangelado llamado Yumbo.

La pobreza era visible, «una pobreza digna» (frase que Óscar utilizaba a menudo para hablar de sus orígenes), salvada por la distinción natural de Nena, la bondad en persona y entregada siempre a ayudar al otro. Tenía la piel morena. Era alta, delgada y vestía de luto. Sorpresas de la genética: de los diez hermanos, la mitad eran rubios con ojos azules (gen del padre) y el resto parecidos a la madre, Óscar entre ellos, algo mulatos y ojos color café. Fueron llegando de a poco algunos de los hermanos.

Fuera de la casa, porque parecía que la brisa de la tarde apaciguaba el bochorno, conversaban los hermanos sobre Bahía de Solano, el lugar a donde Óscar quería llevarme cuanto antes. Hablaron de sus tíos, Ana y Pacho, que nos recibirían allí. Nos dejaban un lugar donde instalarnos y quedarnos largo tiempo y trabajar en nuestros respectivos libros. En plena selva del Chocó, el departamento más olvidado de Colombia. Donde nació Óscar y pasó parte de su infancia.

La tristeza por el fallecimiento de Edith estuvo planeando en la atmósfera durante las horas que permanecimos en la casa. Óscar se sentía agobiado. Encerrado en sí mismo. Mala señal. Así que nos despedimos de Nena para vernos al día siguiente o al otro. Resulta difícil concretar fechas con un colombiano. Nada más despedirnos me acerqué a Óscar para decirle algo que ya tenía decidido: «Tenemos que comprar una casa a tu madre en otro lugar menos desesperanzado». Óscar asintió. Y añadí: «Tengo ahorradas sesenta mil pesetas. Y esto será lo primero que hagamos desde España nada más llegar a casa».

En Cali, Óscar debía encontrarse con los amigos de siempre: escritores, periodistas, artistas y bohemios. Nos acercamos al periódico *El Espectador*. García Márquez había sido corresponsal en Europa de este periódico, en el que seguía colaborando con sus relatos y crónicas. En esta visita al periódico me metí por las buenas en una conversación improvisada de los colaboradores de *El Espectador* a propósito de Gabo. Me había sorprendido, en Bogotá y otras partes, oír a algunos colombianos, demasiados a mi entender, hablando mal de García Márquez como escritor. Les pregunté sorprendida que cómo era posible que denigrasen al mejor escritor colombiano del momento. «La envidia, el infierno de los colombianos», afirmó Óscar. «Muy especialmente cuando te enfrentas a un fenómeno como el de García Márquez», añadí. Los compañeros del periódico asintieron. Uno de

ellos me propuso que escribiera un artículo mostrando los argumentos «tan interesantes», me dijo, que yo exponía. Y se comprometió a publicarlo. Respondí que lo haría encantada cuando terminase el libro que estaba escribiendo. Tardé un año en enviar ese artículo, que titulé «Al margen de *El otoño del patriarca*» y que se publicó en el *magazine* dominical del 2 de enero de 1977.

Antes de irnos pasamos por una librería admirable del centro de Cali. Compré dos novelas de Faulkner. Aproveché para cortarme el pelo en la peluquería de la antigua novia de Óscar. No soy celosa. Y llamé por teléfono a mi padre para avisarle que llegaríamos pronto a Bahía Solano, desde donde no habría manera de comunicarnos salvo que sucediera algo muy importante o urgente.

Así que los meses siguientes estuvimos viviendo en El Valle, un poblado selvático bastante alejado de Bahía Solano, y a unos cuarenta y cinco minutos caminando de El Almejal. Nos alojaron en una cabaña de madera que nos ofreció el tío Pacho. Era humilde y solitaria, en realidad un barracón junto al Pacífico. Nuestro vecindario lo formaban la enorme selva virgen, una playa con cientos de tortugas, una cascada de agua algo más allá que nos servía de ducha, unos indígenas llamados cholos, ballenas en la lejanía, escasez de alimentos… Pero contábamos con nuestras piernas para caminar a diario al poblado donde tío Pacho y tía Ana nos invitaban a comer y del que regresábamos antes de que subiera la marea. Todos estos ingredientes serían, sin yo pretenderlo, los impulsores primordiales de mi obra en marcha. Allí pude por fin empezar y terminar la novela *Pan de boda*.

En Bahía Solano, la noche de nuestra llegada, recuerdo la visión casi celestial de la abuela de Óscar, también blanca como yo, pero ella nívea como la leche y con la memoria perdida… Sorprendente el televisor encendido de la casa de tío Pacho, que solo mostraba rayas borrosas porque fallaba la señal, y que sin embargo parte del poblado se sentaba a mirar durante horas… También la cantina del borracho Melquíades, las historias de las muertes causadas por el paludismo, el mar impenetrable salvo la breve orilla que llegaba a dos metros de la cabaña de El Almejal donde vivíamos, la compañía de los murciélagos que cuando dormíamos planeaban sobre mi cabeza… La culebra rebozada que me encubrieron de pollo… La joven y única vecina, a quien regalé uno de mis vestidos y que ella llevó durante todo el tiempo que estuvimos allí… La pobreza de la población negra del lugar, el arroz como único alimento… Y, sobre todo, nuestra vida en la cabaña mínima, desprovista de todo menos de cama, con la pequeña ventana de nuestro dormitorio frente al mar.

Lo primero que hice al llegar fue instalar mi oficina. Era como en una acampada: apenas un cajón de madera que me servía de asiento y otro más elevado, de los que se usan para trastear refrescos, que me

sirvió de mesa sobre la que dispuse de forma beatífica mi máquina de escribir portátil. Solía escribir por las mañanas. Óscar hacía lo mismo en el único cuarto libre, situado junto a la selva. Echo de menos aquel cotidiano repiqueteo de las teclas de las dos máquinas. Me acostumbré a escucharlo y me servía casi de estímulo creativo. Y sobre todo me acostumbré al mar, a las olas impenitentes de ese mar aparentemente manso, pero muy bravo, capaz de tumbarte en un segundo.

Durante las tardes leíamos los libros que habíamos sido capaces de llevar en el escueto equipaje o comentábamos nuestras respectivas lecturas. Al caer la noche nos despedíamos de las letras, encendíamos la lámpara de queroseno y nos reservábamos para el amor. Según qué noches nos acercábamos al poblado, hablábamos con algunos de los seres que surgían de entre la negrura y entrábamos en la cantina donde Óscar bebía aguardiente con Melquíades y dos o tres parroquianos más, algunos a punto ya de caer al barro de los cenicientos.

El abuso de la bebida por parte de Óscar yo lo soportaba mal. No es del todo cierto que el exceso de alcohol contagie paz y alegría. Lo que he visto en algunos bebedores ha sido lo contrario. Un cambio de comportamiento que a menudo les convierte en seres agresivos y provocadores. Me cuesta referirme a esta circunstancia, que, como sabéis, toca una intimidad personal aún no superada. Mi padre bebía de una forma callada y peligrosa para su salud. Pero nunca el alcohol le condujo a que llegara a alterarse su carácter, de natural pacífico y dadivoso. El caso de Óscar era distinto. No bebía cuando trabajaba. Era solo un bebedor social, por así decirlo, que perdía el oremus cuando tocaba emborracharse con los amigos, ir de rumba y olvidar toda noción del tiempo, de la realidad y de mí. Una de sus novelas preferidas era *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. Justamente el nombre que el también escritor Carlos Barral, otro gran bebedor gallardo y cultivado, puso a su primer nieto, que ahora es editor y amigo. El bebedor no soporta la compañía de una pareja sobria. Y yo me había apuntado a la liga antialcohólica. El paso de los años me ha ido relajando en este sentido y en muchos otros. La tolerancia, que nunca fue mi fuerte, es ahora mi asignatura preferida. Sin embargo, debo reconocer que el alcohol y sus efectos en nuestra relación amorosa fue la razón fundamental de que me fuera apartando de Óscar.

Tocaba volver a España. A lo largo del viaje por América, cruzamos de continuo una correspondencia entre papá y nosotros (había empezado a llamar «hijo» a Óscar). Contaba yo en las mías la vida aventurera y viajera que llevábamos. Óscar me hizo un espléndido regalo llamado Colombia. Un país al que ya pertenezco y que incluyo como parte esencial de mi biografía.

Salimos del Chocó para aterrizar en Bogotá, donde el espléndido amigo Poncho Rentería nos tenía reservada «nuestra» habitación en su magnífico apartamento. Llegué con diez kilos menos, físicamente averiada, con vómitos y náuseas que no remitieron en todo el largo viaje. Me diagnosticaron amebiasis, unos parásitos intestinales que no me abandonaron cuando llegué a Bogotá. Así que lo primero que hice fue visitar a un especialista que me obsequió con una gran cantidad de cajas de antibióticos que debía administrarme durante solo quince días.

De nuevo dedicamos todo el tiempo a visitar a los amigos, pintores, escritores, periodistas y arquitectos, y a pasarlo bien en las reuniones, rumbas y festejos en sus casas siempre abiertas. En los años setenta, el contraste social en Colombia era colosal y escandaloso. Nada que ver la clase alta, la burguesía culta, dirigente o frívola, con la pobreza estrepitosa de los desfavorecidos. Recuerdo en cualquier ciudad estar comiendo nosotros en una terraza y al mismo tiempo ir repartiendo comida a los chiquillos abandonados, los gamines, que nos rodeaban de continuo.

Ya habíamos comprado el pasaje de regreso a Barcelona para una fecha cercana a la Navidad, no sin antes haber hablado con Óscar sobre la posibilidad de quedarnos a vivir en Colombia, aun sabiendo que al año siguiente deberíamos estar en Berlín (a Óscar le habían concedido la beca anual de la Berliner Kumstlerprogramm de la DAAD, 1976-1977). No olvido lo que le dije: «Si tenemos que vivir aquí, para ser mínimamente coherentes y responsables deberíamos militar en el M-19», el movimiento guerrillero insurgente nacido en los setenta cuyo objetivo primordial era instaurar el socialismo democrático de izquierdas en Colombia.

Pasada la Navidad en Barcelona, viajamos a Berlín Occidental, cuando el Muro dividía por completo la parte este de la oeste. Nos asignaron un pequeño apartamento en una calle céntrica y agradable. Berlín, entonces, era una ciudad tranquila. De una vitalidad estudiada. Y artística. Aunque también algo contenida y castigada. Nos sorprendió el control ciudadano. No conocíamos a nuestros vecinos del edificio o barrio y, sin embargo, era claro que ellos lo sabían casi todo de nosotros. Nuestro aspecto bohemio en aquel tiempo (yo vestida algo *hippie* con tejanos, ponchos y melena, y Óscar con su fisonomía claramente «étnica»), en según qué ambientes, marcaba una manera de ser.

Como era nuestra costumbre, nada más llegar a la que sería nuestra vivienda nos distribuimos los lugares de trabajo. Óscar solía elegir un cuarto tipo despacho donde pudiera encerrarse. A mí nunca me importó tener mi mesa en la sala de estar. En Berlín la situé frente a una gran ventana que daba a una plaza tranquila. Bárbara era la

persona que se ocupaba de asistir y solucionar problemas a los becarios invitados por la prestigiosa organización académica DAAD. El grupo principal lo formaban latinoamericanos elegidos por la oleada de dictaduras que en los años setenta asoló América Latina. En 1973 había tenido lugar el golpe de Estado de Pinochet en Chile, y Antonio Skármeta, amigo de Óscar y ganador del premio Casa de las Américas en 1969, también estaba en Berlín junto con su familia. Nos veíamos con frecuencia con ellos y con otros amigos americanos y alemanes. Estos últimos se mostraban siempre generosos y agradables.

Me chocó que muchos berlineses hablasen español, pero me sorprendió más comprobar cierta actitud de culpa de algunos hacia nosotros, los extranjeros étnicos. Revelaban un comportamiento inusitado, excesivamente amable, que nos hacía sentir algo incómodos. Como si tuvieran que pedirnos perdón por el genocidio nazi, pues se sentían cómplices generacionales del verdugo.

Lo cierto es que los horrores del pasado no se habían superado del todo. Ni habían desaparecido ciertas actitudes xenófobas que produjeron aquella gran tragedia del nacionalsocialismo, como tuvimos ocasión de comprobar muy pronto. A los dos meses de llegar a Berlín, mi hermano menor vino a pasar un fin de semana con nosotros. Tengo la impresión de que papá, sabio entre los sabios, sospechando que quizás su hija andaba baja de tono vital, debió animarle y decirle que se fijara bien en mí. Lo llevamos por los rincones y edificios más emblemáticos de la ciudad y el domingo al mediodía, cuando paseábamos por el parque de Charlottenburg, nos sentamos en un cafetín donde servían comidas a la espera de que algún camarero viniera a atendernos. La espera se hizo eterna, una hora en total. Nos extrañó sobremanera que otros clientes llegados después de nosotros fueran atendidos y disfrutaran ya de sus pedidos. Finalmente, conseguimos pedir cada uno un plato. El ambiente no era nada grato, pero nosotros seguimos charlando ajenos a lo que pudiera estar sucediendo en el local. Por fin nos dimos cuenta de que, en una mesa colindante a la nuestra, cuatro tipos corpulentos y de expresión dura nos miraban con insistencia y visible enemistad. Hasta que ocurrió algo mucho peor: dos de ellos, usando el cuchillo de comer, se llevaron el filo de la hoja al cuello, con clara amenaza de degollarnos. Y hubo otro que repentinamente descargó un golpe muy violento sobre la mesa. Quedaba claro que no les gustábamos en absoluto y avisaban de que estaban decididos a hacernos daño. Nadie en el local levantó una sola voz ni mostró intención alguna de protegernos. En ese momento se acercó el camarero con los tres platos de comida y, en cuanto los puso en la mesa, aquellos tipos fornidos, sin duda alguna neonazis, se levantaron al unísono y se nos acercaron evidentemente dispuestos a golpearnos. Las amenazas no eran en vano. Por alguna

razón, y porque resultaba obvio que nosotros éramos extranjeros no rubios, no pensaban tolerar nuestra presencia. Viendo que las cosas se complicaban, salimos, piernas para que os quiero, sin pagar, sin comer y con el alma en vilo. Nos detuvimos cuatro manzanas más allá. No nos siguieron.

Nuestra amiga Stella, la secretaria de la embajada española en Berlín Este, nos llevó a la otra parte, a la ciudad gris y desolada, pasando por el Check-Point Charlie, e incluso una vez nos quedamos a dormir en un hotel. También viajamos a la Praga mágica y oscura. El resto del tiempo lo dedicamos a la escritura. Óscar andaba metido en una nueva novela. En Berlín escribí mi artículo sobre el libro de García Márquez *El otoño del patriarca*, recién publicado en España. Gabo había decidido dejar Barcelona (1974) debido, según él mismo manifestó, a la reciente ejecución de Puig Antich ordenada por el régimen de Franco. Su última novela trataba de una historia sobre un dictador y hubo en España quienes pensaban que se refería al nuestro. Abandonó su casa de Sarriá junto a su esposa, Mercedes, y sus hijos para instalarse no en Colombia, sino en México, donde esperaban vivir con cierta tranquilidad, tanto él como su familia.

Yo había terminado *Pan de boda*. Cuando se publicó la novela hubo quienes la tildaron de feminista y contracultural… Hablando abiertamente de sexo y del matrimonio, sin caer en el maniqueísmo. Pero apuntando maneras en las contradicciones propias de las jóvenes mujeres de entonces. Extraordinarias y vanguardistas a la vez que complacientes. En este sentido, la académica y crítica literaria Susanna Regazzoni escribió:

> Con *Pan de boda*, la autora inaugura un camino literario innovador. Este texto realiza la desmitificación del «final feliz» con boda, según la visión rebelde de los años setenta. Su estilo se define por su musicalidad y por su búsqueda vanguardista de las palabras… Este joven personaje reflexiona durante un momento de duermevela sobre su matrimonio con Roberto; la relación, después de tres años, acaba destrozada, a pesar de que la protagonista narradora esté embarazada de siete meses… La mujer regresa al pasado, al día de la boda, a los presagios de ruptura y separación.

¿Estaba escribiendo mi propia vida? Claro que no. Ninguna intención autobiográfica. A mi modo de ver, en este libro escribí sobre una pareja que se casa sabiendo de antemano que esa historia tendrá un infeliz final. La novela era ácida a la vez que irónica. Y Óscar fue el primero y único lector del manuscrito cuando terminé la primera versión; el mejor examinador y también el más amado. Le había gustado. Y sus comentarios sobre una posible afinidad mía con la narradora fueron más bien jocosos.

Por esa época, años 1975-1976, también Óscar escribió y terminó su novela titulada nada menos que *Memoria compartida*, donde contaba la historia de un matrimonio ya anciano no bien avenido que

era además una metáfora de la problemática colombiana. ¿Fue como consecuencia de haber leído el manuscrito de *Pan de boda*? Los dos habíamos escrito novelas sobre matrimonios difíciles o desdichados. No llegamos a hablar previa o directamente sobre ello. Respetábamos al máximo nuestros procesos de escritura. Bien cierto era que estábamos como quien dice en viaje de novios y, bajo aquel diluvio continuado de la selva, yo me dediqué a predecir o prologar lo que podía llegar a suceder en un futuro inmediato. Siendo también verdad que, con el manuscrito de su mujer terminado y Óscar muy satisfecho de aquella etapa berlinesa de su vida, a punto de empezar la primavera advertí que se mostraba distante conmigo, como si estuviéramos en una crisis de la que era difícil indicar en qué consistía. Su carácter reservado en exceso hacía más complicada la comprensión mutua. Durante todo el tiempo que llevábamos juntos, habíamos intercambiado confidencias e intimidades sin cortapisas. Tu vida. Mi vida. En algún momento surgió la idea de tener un hijo, él mismo lo escribió en alguna de las cartas que intercambió con mi padre, y lo dejamos como una ilusión posible. En Berlín sentí que era el momento de llevarlo a cabo. Por primera vez en mi vida sentía el deseo de ser madre y tener un hijo de Óscar. Un deseo que era auténtico y meditado. Parte de ese estado de crisis lo expuse en la carta que escribí a mi padre en aquellos dificultosos días:

> Desde que llegamos a Alemania, Óscar ha ido gradualmente distanciándose de mí. Digamos que este alejamiento coincidió con mis deseos de tener un hijo. Si no se cumplieron antes fue por los proyectos que ambos queríamos llevar a cabo. Ahora, cuando mi ilusión podría ser realidad, resulta que Óscar no quiere tener un hijo. No da más razón que esta afirmación, añadida a un temor de darme un hijo cuando, como él dice, no ve seguridad en su relación conmigo. Asegura quererme a pesar de todo. Mientras tanto, encuentra lógico que yo lo acompañe en su confusión de estar bien conmigo unas veces y otras serle indiferente…

La carta, que conservo y he copiado en parte, en un momento de lucidez decidí no enviarla. Cosa rara en mí, por otro lado. Algunos traspiés me han llevado a escribir y enviar algunas cartas «terminantes», fruto de un arranque de ira y dolor, a personas que seguramente lo merecían, aunque no con tanta crudeza y fatalidad. En situaciones peligrosas me comporto como loba herida que desconfía hasta de su sombra imaginando que tinieblas malignas mascullan a mis espaldas malas acciones en mi contra. He tenido que trabajar mucho mi capacidad para la tolerancia. No soy rencorosa. Pero sí categórica cuando se trata de poner puntos finales a ciertos episodios de mi vida, pues solo así puedo recomenzar algo nuevo. Lo recomiendo especialmente, porque crea auténticos renacimientos.

La carta a mi padre quedó finalmente archivada en mi carpeta de «escritos basura». Si bien era acorde a la realidad del momento en

Berlín. Algunas noches me iba a dormir a un colchón de la sala de estar. Mi cuerpo se desmoronaba. Opté por hablar con Óscar y contarle mi necesidad de regresar a Barcelona: «No de forma definitiva», le dije. Esta distancia, que no distanciamiento, nos ayudaría a comprender lo bueno y malo de nuestra convivencia. ¿Lo amaba menos? Debía admitir que así era, porque sin duda es mi forma de reaccionar cuando no me siento querida.

Mi coche, un Renault 5, seguía en Berlín. Poco antes de Semana Santa decidimos que Óscar me acompañaría hasta París, donde nos quedaríamos una semana en casa de un amigo mío. Luego Óscar volvería en tren y yo seguiría sola en coche hasta Barcelona. Lo resolvimos casi de un día para otro. No recuerdo si me llevé todas mis cosas. Sí me consta que se esfumó de pronto mi estado depresivo de las últimas semanas. Por otro lado, aparecieron muy bien impresos en *Papeles de Son Armadans*, la revista fundada por Camilo José Cela en Mallorca, dos relatos míos, «Una prolongación» y «Soy todos los cuentos». Habían publicado en esa revista desde Cernuda hasta Jaime Gil de Biedma. Buena compañía.

La llegada al París de las cigüeñas también nos reservaba una sorpresa. Mi cuerpo flaco había adquirido formas extrañas. Mi amiga Marta Sentís, entonces casualmente en París, me tomó varias fotos mientras me daba un baño espumoso en la bañera del amigo francés que nos había dejado su apartamento. Por aquellas fechas yo tomaba la píldora anticonceptiva, pero también vomitaba de vez en cuando, porque el tratamiento con antibióticos que me dieron en Colombia, como supe después, no había llegado a curar del todo la amebiasis. En París decidí, por mi cuenta, ir a una farmacia y hacerme la prueba de embarazo. En efecto: estaba embarazada. ¿De cuánto? Difícil saberlo. ¿Mes y medio? La alegría fue inmensa. No solo para mí. Óscar, ya en Berlín, se mostró contento cuando le di la noticia por teléfono. Me recuerdo paseando sola por el Barrio Latino, feliz y entusiasmada con la noticia. En unas galerías de la *rue* de Rennes con *boulevard* Saint-Germain compré un vestido veraniego de falda amplia. Y libros, siempre libros, en La Hune. En aquellos días podía ser capaz de comerme el mundo, empezando por una *crêpe au chocolat*, que no fue una sola, sino varias. Marta aprovechó mi regreso a España y se vino conmigo en coche. Yo solo pensaba en el momento de llegar a casa de mi padre y darle la noticia. Él se emocionó mucho. Nada hubiera podido hacerle más feliz que saber que yo iba a tener un hijo. La noticia de mi embarazo tuvo estupendas consecuencias. Entre ellas, provocó un efecto de renovación en nuestra vida de pareja. Disipó dudas, temores y afrentas. Acaso más en Óscar que en mí, como se demuestra en casi todas nuestras cartas. Guardo de él una correspondencia larga y muy hermosa. Llena de amor y literatura.

En una carta de abril me hablaba de «una soledad tremenda». Y seguía así:

> ¿Te puedo decir que la confirmación de tu embarazo me produjo una ternura y una alegría sin límites, que quizá ahora gozo mejor? Aquellos días en París fueron tranquilizantes y por mi parte se lograron despejar nubarrones… No somos los primeros en experimentar estas tensiones, y son incontables las parejas que sobreviven más allá de ellas, una vez superadas estas previsibles estaciones del amor. En realidad, tener un hijo tuyo ha sido siempre mi deseo y ahora que es un *fait accompli*, espero, el deseo se me hace más grande, casi protuberante.

Siguieron las cartas de amor, además de llamadas telefónicas, las suficientes para no pasarnos del presupuesto. Entonces eran carísimas. ¿Y qué decía yo en las cartas que le escribía? Se supone que estaban repletas también de amor y contradicciones. Lo supongo porque Óscar lo comentaba en las suyas. Hacia el 20 de abril me preguntó cuándo podríamos vernos. Descartamos que yo fuese a Berlín unos días, y finalmente decidimos que Óscar viajase a Barcelona una semana. Como decía él: amor de lejos, amor de pendejos.

Y de vuelta a Berlín escribe: «Esta semana que pasamos juntos…, una de las que mayor ternura y regocijo me han proporcionado a tu lado». El 14 de junio me anuncia que ya tiene el billete de avión para Gerona, a donde iré a buscarlo en coche. Tenemos pensado ir unos días a Menorca. Y, efectivamente, estuvimos en Fornells y luego, siguiendo el nuevo plan, regresaremos los dos a Berlín. En mi caso, no por mucho tiempo. La barriga tiene forma de sandía, mi hijo o hija se mueve. Aprendo a comunicarme con la nueva vida que llevo dentro. Tenemos decidido que nazca en Barcelona.

4

CUANDO LAS ROSAS ARDÍAN

Durante el embarazo mi vida fue sumamente ajetreada. No escribí apenas, pero sí tuve mucha actividad política. La escritura quedó interrumpida hasta después del parto. Supongo por aquello de que dos creatividades juntas se repelen mutuamente. Era el año 1977, tan significativo en España. El 15 de junio fueron las primeras elecciones libres, una especie de milagro después de la larga dictadura franquista. Ganó Unión de Centro Democrático, el partido de Adolfo Suárez, que fue un buen presidente de centro derecha. El PSOE quedó como la segunda fuerza más votada. Y yo estaba allí.

Al poco de mi llegada a Barcelona, en el mes de abril, me «apunté» a trabajar para el Partit dels Socialistes-Congrés, fundado en 1976 por Joan Reventós, que se presentaba a las elecciones generales en coalición con la Federación Socialista Catalana del PSOE. Esta coalición se convertiría un año más tarde en el Partit dels Socialistes de Catalunya PSC-PSOE. Lluís Reverter, que captaba a posibles militantes del Partido Socialista, con Felipe González a la cabeza, me propuso que me adhiriese. Era amigo mío del barrio. Nos veíamos a menudo. Casi siempre hablábamos de política. Organizó en Sarriá un grupo que se reunía varias veces al mes en un pequeño local de la calle Cercado de San Francisco, situado precisamente frente a la portería de mi casa. Del grupo recuerdo a Jordi Parpal y Consol Maqueda. Eran casi todos mayores que yo, como el mismo Lluís. Nuestro cometido consistía en preparar las elecciones generales en nuestro distrito. Dos meses para organizarlo todo: carteles, papeletas, mesas, reuniones con personalidades del barrio como Maurici Serrahima, Joan Reventós y Núria Pompeia, entre otros.

Yo no quería moverme de Barcelona hasta pasadas las elecciones democráticas. Mi cuerpo mantenía un embarazo espléndido. Hacía gimnasia y, como ocurre en algunas embarazadas, flotaba en serotonina. Me recuerdo caminando por el barrio de Sarriá sonriendo a diestro y siniestro y deteniéndome a charlar con todo aquel que quisiera escucharme. Mi cometido durante la campaña consistió en situarme en la plaza de Sarriá y calles colindantes, junto a los tenderetes socialistas, para conversar con vecinos y paseantes e ir repartiendo pasquines de propaganda. Mi uniforme de campaña consistía en un vestido negro hasta los pies, comprado en Formentera, una bolsa de rafia, melena hasta el hombro, alpargatas y una barriga incipiente como bandera. De esa guisa me presenté un mediodía en casa de Mima, en la calle Mayor, como solía hacer a menudo, para

verla, darle unos besos y sentarme un rato a charlar con ella, que entonces vivía sola, ocupando todavía su lugar de antigua trabajadora doméstica. Esa actitud me dolía y no podía dejar de reprochárselo. No me hacía ni caso. Tía Munda había fallecido hacía pocos meses y yo trataba de no dejar pasar una semana sin acercarme a visitar a mi querida Mima. Un día cercano a las elecciones, ella, que era la santa bondad y mansedumbre por naturaleza, nada más verme me lanzó una perorata furiosa inolvidable. Enfadada, Mima era peor que yo, que ya es decir.

—*Com se t'acut*, madre de Dios bendito —dijo mirándome a los ojos muy alterada y mezclando sin parar catalán y castellano—, pasear así, vestida de indigente, por Sarriá, *devant* de la parroquia, nada menos, y repartiendo octavillas de los rojos. Los rojos —repitió—. *En quin cap s'ha t'ha ficat una bestiesa aixi*. Si tu tía y tu madre te vieran… *Quina vergonya*. Deberías haber vivido la guerra, y ya verías. *S'et tindria que caure la cara de vergonya…*

—Mima —le dije yo bromeando—, los tiempos han cambiado.

Traté de abrazarla, darle un beso… Me rehuyó. Y siguió con la riña:

—¿Sabes cómo lo he sabido? Por todo Sarriá van diciendo a qué se dedica ahora la nieta del señor Amat. Dicen que se ha cambiado de bando. Todos lo comentan: en el mercado, en la pastelería, en la iglesia… Todos hablan. *Tothom!!*

Ante el parloteo, yo había conseguido entrar en la casa y abrazar a Mima como me gustaba hacer cada vez que iba a visitarla.

—He recibido una carta del ayuntamiento, me piden que presida la mesa electoral el día de las elecciones. Te tocará votar, Mima.

Esta noticia le gustó. Se le pasó el enfado. Era sensible a las caricias y a mí me encantaba dárselas. Sobre todo cuando me decía: «No me besuquees tanto, que soy muy vieja». Mientras yo insistía en comerla a besos.

Mima hizo sus cábalas y se tranquilizó. Cuando alguien del barrio le comentase algo sobre la propaganda política que la nieta del señor Amat estaba repartiendo por las calles, ella respondería muy ufana: «Claro, la han elegido para presidir la mesa electoral el día de las elecciones».

Óscar desde Berlín me ponía al día de sus actividades: una conferencia sobre Cuba, algún programa de televisión, alguna lectura de la novela que está escribiendo, la petición de que interviniera en un homenaje al Che… «No sé —decía—. No quiero hacer el juego a los grupos que se disputan el monopolio de la izquierda, y estos maoístas, a pesar de ser muy simpáticos, no me producen mucha confianza». En mis cartas me centré en dos temas. Mi recelo por lo que provocó mi fuga de Berlín y mi actividad de cara a las elecciones. «Mi amor, veo por tu

carta que el gusano de las contradicciones repta a menudo dentro de ti —me respondía él—. No sé qué daría para darte a entender que todo cuanto soy ahora y cuanto seré en adelante está tan ligado a ti…».

Sobre los comicios generales inminentes, me mostraba más entusiasta. Vislumbraba, y así se lo escribí, que la transición democrática sería bastante más rápida de lo que a él le parecía. Se esperaba que ganase quien ganó, Adolfo Suárez. Pero la sorpresa fue el gran resultado del PSOE, liderado por Felipe González, que se convirtió en el primer partido de la oposición. La celebración fue inmensa.

Nuestras vacaciones de ese año transcurrieron felices en una cala de Menorca donde intimamos mucho con Concha Serra Ramoneda (que sería gran amiga mía hasta hoy, y entonces recién separada de Alfonso Vilallonga, hermano del escritor y también aristócrata José Luis) y con su pareja, el periodista Antonio Álvarez-Solís, director de la revista *Interviú* y próximo al Partido Comunista. Óscar regresó a Berlín a mediados de agosto y yo tomé el avión la primera semana de septiembre para reunirme con él. Mi barriga era preocupante, pero de momento no tuve problema en el viaje. Con nuestro Volkswagen escarabajo de segunda mano nos desplazábamos fácilmente.

Berlín me reservaba una maravillosa experiencia. Lo curioso fue que tuve menos conciencia de su importancia cuando la estaba viviendo que luego, en años posteriores. Óscar había conocido a un actor norteamericano de teatro llamado Rick Cluchey que llegó a Europa con su mujer, Teresita, puertorriqueña, de más o menos mi edad. Tenían un hijo de unos tres años. Los dos habían congeniado poco antes de que Óscar viajase de vacaciones a Menorca, así que, cuando llegué a Berlín a primeros de septiembre, lo primero que hizo Óscar fue llevarme una tarde a casa de sus nuevos amigos.

La primera información que tuve de Rick, y así es como me gusta contarla, fue escueta y contundente. En 1954 ingresó en prisión por robo a mano armada. Había llegado a herir, accidentalmente, a su víctima. Y fue condenado a cadena perpetua, que empezó a cumplir en la prisión de San Quintín, en San Francisco. En 1957 un grupo de teatro de la ciudad representó para los presos la obra *Esperando a Godot,* de Samuel Beckett. Rick quedó fulminado por la obra y su autor: veía en ella, y en sus personajes, el reflejo exacto de la vida de los presos en la cárcel. A partir de aquel momento Rick se pone las pilas, contacta con el director de la obra, inaugura el Taller de Teatro de San Quintín, logra que trabajen con él muchos presos, y eso fue lo que, a la larga, le permitió salir de la cárcel en pocos años, instalarse por un tiempo en Berlín y, lo más importante, hacerse amigo y colaborador de Beckett. Es más, fue Beckett en persona, según me contó Óscar, quien le facilitó la salida tras la conmutación de la pena.

Nada más verle en el umbral del apartamento, Rick me pareció un hombre simpático, amable y cariñoso. Cabello rizado, tatuajes, gesticulador y sonriente. Su mujer, Teresita, era guapa, generosa, natural y divertida. Al cabo de una hora ya éramos amigos. «Aquí están en su casa —dijo—. Vengan cuando quieran». Los dos eran así, y esa actitud tan poco alemana me gustaba sobremanera. Pero la sensación de encontrarme en el escenario de una maravillosa obra de teatro la completó otra circunstancia. Y es que advertí que había otra persona más en el apartamento, por otro lado, bastante grande y espacioso. Se trataba de Samuel Beckett. Sam, como le llamaban Rick y Teresita. Lo tuteaban como si fuese uno más de la familia, a la que aquel día habían añadido a otros dos miembros, Óscar y yo. Así que allí rondaba un fantasma llamado Sam. Dijeron que estaba en la casa, pero no aparecía por ningún lado. Acababa de llegar a Berlín para dirigir la obra *Última cinta de Krapp*, con Rick como único actor. Sam se alojaba en un estudio de la Akademie der Künste, aunque pasaba el día con la pareja de americanos. Rick había trabajado ya con Beckett en el Schiller Theater, en su puesta en escena del *Godot* en 1975. Esta vez el escritor iba a quedarse un mes o dos en Berlín.

Conocía a Beckett como lectora. Una razón de orden personal me acercaba al autor y a su obra. Su devoción por la locura y por quienes la padecían era algo que me interesaba sobremanera, esa fascinación suya por la zona fronteriza entre la razón y la demencia. Me enteré más tarde de que su casa familiar, en Dublín, estaba próxima a un psiquiátrico, como la casa de mi familia. Pero aquella tarde de finales de agosto de 1977 lo que me impresionó fue esa presencia suya que se notaba y no se veía.

La primera visita a la pareja Cluchey estaba siendo maravillosa. Eran ya casi las siete de la tarde y Sam seguía sin aparecer. De repente, Teresita se levanta, me indica que vaya con ella y me conduce muda, sigilosa, por un corto pasillo que lleva a una puerta entreabierta. Parece un decorado. Un haz de luz sale del interior y dentro alcanzo a ver la espalda de un sillón orejero, y emergiendo por encima del respaldo, apoyada en él, la cabeza inolvidable de Beckett. A los lados, sus brazos largos y nerviosos. No parecía estar durmiendo. Permanecía solo y en silencio. Por lo que supimos luego, podía pasar así la tarde entera. Tuve años después un amor austriaco, también escritor, que hacía lo mismo. Es posible que estuviera trabajando mentalmente o meditando. Mientras Beckett permanecía impávido, unos metros más allá, nosotros, en otro cuarto, estábamos hablando en español, por supuesto, levantando la voz, riendo y bromeando.

El hijo de aquella pareja se llamaba Louis Beckett Cluchey. Le habían adjudicado el dormitorio más amplio de la casa y lo tenía literalmente atestado de juguetes, allí no había forma de dar un paso.

Y si el crío era simpático, esa primera tarde, tanto Óscar como yo nos llevamos la impresión de que Sam (enseguida fue Sam para todos) era un hombre reservado y arisco. También coincidimos en que nuestros nuevos amigos, Teresita y Rick, eran un derroche de simpatía y persuasión. Divertidos y geniales. Con naturalidad, insistían en que volviéramos a su casa al día siguiente. Todos los días. Y, con la misma confianza que nos mostraban, nosotros aceptamos, naturalmente. Por las tardes nos dejábamos caer por casa de los Cluchey. Eran muy parlanchines, nos contaban historias de sus vidas. Rick se había divorciado en dos ocasiones. No estaban casados y era obvio que se amaban. Acabarían viviendo veinte años juntos. Es más, Teresita García Sauro y creo que también el hijo, Louis Beckett, terminarían trabajando en el Taller Teatral San Quintín, dirigido por Rick, siempre representando a Beckett.

Mientras conversábamos ocurría a veces algo extraño. Se oía que la puerta del apartamento se abría y después se cerraba. Nada más. No lográbamos ver si alguien se iba o llegaba. Aquella libertad para entrar y salir del piso me recordaba la casa de mi padre. A veces vi, a través del resquicio abierto de la puerta, que Sam seguía sentado en la misma habitación del día anterior. Otro día entreví que le acompañaba una mujer vestida de rojo, de unos cincuenta años y bastante hermosa, que permanecía en pie junto a la cortina de la ventana. Como un cuadro de Edward Hopper. Cabello oscuro, media melena y labios rojos. Por discreción, no pregunté quién era. Una amiga, una amante, una actriz, una colaboradora. ¡Qué más daba! Lo importante era Beckett. Hoy puedo deducir que se trataba de una de las residentes en el edificio de la Akademie der Künste, donde vivía Beckett, una periodista israelí llamada Mira Avrech, morena y atractiva, y de la que se sospecha fue su amante. No volví a verla.

Durante otra de nuestras visitas, al caer la tarde, Rick puso un mantel en la mesa con unos vasos y una botella de vino tinto. Y de improviso surgió Beckett de la nada, con sus hombros encogidos, su figura alta y delgada, sin gafas, el cabello entrecano y disparado hacia arriba, y con su rostro enjuto de director de orquesta. Atractivo. Debo decirlo. Muy atractivo. Elegante de maneras. Tímido y agradable, saludó al pequeño grupo de cuatro personas sin reparar en la conversación que Óscar y Rick mantenían en aquel momento. Cerca de mi barriga de embarazada discreta, Beckett fumaba un cigarrillo que sostenía con la mano izquierda. Recuerdo que se pasó el cigarrillo a la mano derecha. No puedo asegurar, en cambio, si fui la primera en hablar, tal vez sí; debí de decir algo que no fue ni de lejos lo que pensaba. Pensaba en un relato suyo titulado *Primer amor*, que había leído el día antes, y en aquella frase que decía: «No entendía a las mujeres de esa época. Sigo sin entenderlas, a decir verdad. Tampoco a

los hombres. Tampoco a los animales. Lo que sí entiendo, lo cual no quiere decir mucho, son mis dolores. Pienso en ellos todos los días». Pero esa tarde de nuestro primer encuentro con él no parecía en absoluto que no me entendiera. Después de haber espiado sus silencios, lo había imaginado más taciturno que hosco. Me dio una agradable sorpresa. Se puso a conversar conmigo como si me conociera de antes. De asuntos tan banales que no consigo recordar más que una sola cosa: que le solté, o seguramente le dijeron, que yo también era escritora. «Sí, Sam, escritora sin libro publicado», le dije. Y añadí: «¿Cómo se entiende?».

Eso le gustó. Sonrió. Era simpático. Bebía vino. No demasiado hablador. Tampoco yo lo era en aquel entonces. Le seguí la broma. Reímos un rato. Me miraba directamente a los ojos. Algo en lo que me fijo siempre. Y sin hacer caso alguno a mi barriga de embarazada. Le caí bien. Es cierto que él podía parecer distante con cierto tipo de personas. En una ocasión confesó a alguien muy cercano que él era «todo sentimiento». Y yo lo creo. Precisamente, esa era la razón de su aparente seriedad de carácter, en ocasiones antipático. Pero esa antipatía no era otra cosa (lo sé de buena tinta) que una máscara o defensa para no romper en gritos o lágrimas.

Hablamos en francés. Esto lo recuerdo perfectamente. El resto de la conversación se me escapa ahora y mentiría si dijera que le hablé de su obra ni de nada parecido. Tal vez había una atmósfera de entendimiento común del dolor, puede que eso nos permitiera conectar. Además, Irlanda y Cataluña son parecidas, por católicas y nacionalistas. En ambos países la religión adormece familias, matrimonios, sexo. Al mismo tiempo que comparten también, paradójicamente, la afición por manicomios, cementerios, suicidios, locos, padres y madres…

Al otro día quedamos en vernos por la mañana durante el ensayo en el teatro de la Akademie der Künste, donde Rick interpretaba a Krapp, el actor único de *La última cinta*, dirigido por el mismo Beckett. Allí estábamos los de siempre. Rick en escena. Teresita, Óscar y yo sentados en las butacas centrales de la quinta fila. Y Sam, que iba apareciendo y desapareciendo, primero por un lado, luego por otro. Teatro a oscuras. Allí estaba con sus lentes de montura diáfana, cigarrillo encendido y sus manos y brazos de director gobernando los ensayos.

Su sentido musical es visible en la dirección. Repite palabras como si fuesen notas musicales, parece que le esté diciendo a Rick cuándo tiene que enfatizar o atenuar ciertas frases o vocablos. Se acerca a donde estoy. Se queda medio apoyado en un brazo de la butaca. «¿Qué te parece?», me pregunta. Ha hecho un pequeño cambio en las pantomimas que le pide a Rick que ejecute. ¿Qué puedo

decirle? ¡Perfecto! Cambio la frase: «*I like it*», le respondo. Que me tuviera en cuenta y me pidiera la opinión sobre cualquier asunto seguía pareciéndome algo asombroso. Y yo me preguntaba sobre ello. ¿Le conmovía especialmente que estuviera embarazada de seis meses? ¿O simplemente había descubierto quién era yo?

Debo asumir que mi estado de gestación de una vida que estaba creciendo en mi interior y que me enriquecía con dosis de comicidad a mansalva había producido que mi carácter se mostrara de repente más abierto, que manifestara una alegría especial, de la que yo disfrutaba a tope. Veía el cariño que Sam —fue él quien no permitía que lo llamásemos de otro modo— mostraba por Louis, el hijo pequeño de los Cluchey, un sentimiento que, según me dijeron más tarde, siguió manifestando por el niño conforme iba haciéndose mayor. Su actitud era, por el contrario, de frialdad distante hacia las personas que no le interesaban como, por ejemplo, algunas de medios literarios o curiosos que llegaban a la casa de los Cluchey con la sola idea de ver a Beckett.

Finalmente, conseguí comprender que esa cinta transparente que nos unía a Beckett y a mí era consecuencia de que en Sam se produjera «la coexistencia en muy alto grado de nobleza y modestia, de lucidez y bondad», según palabras de su primer editor, a la vez que amigo, Jérôme Lindon. En esos días de Berlín también pude descubrir su sentido del humor. Parecía extraño que mientras pedíamos un refresco en el bar de la Akademie der Künste, hubiera ocasión para las risas, a menudo y por cualquier motivo. Desde comentarios jocosos sobre algo que ocurría en el escenario hasta frases que me pedía traducirle y decirle en español. Hablar de literatura no era para nada una de sus preferencias. Beckett mismo era literatura pura. ¿Que por qué ahora dedicaba tanto tiempo a escribir teatro y dirigirlo personalmente, con el enorme trabajo que ello significaba, y no volvía a la novela? Su respuesta casi se ha convertido en un clásico: «Porque la novela ha muerto». Aseguraba que sus libros narrativos no eran estrictamente novelas. A otro colega del teatro que le insistía sobre si había vuelto a escribir, le respondió amablemente: «No, no, es muy doloroso, muy difícil». Ante la expresión interrogativa de su interlocutor, prosiguió: «Se vuelve cada vez más difícil escribir un renglón que sea honesto».

No pude asistir al estreno del *Krapp* dirigido por Beckett. Mi barriga, a finales de septiembre, tenía ya un tamaño considerable, en forma de pepino gigantesco. Mi hijo o hija (todavía no era posible averiguar el sexo antes del parto) debía nacer en Barcelona.

En mis cartas de entonces a Óscar, que seguía en Berlín, le hablaba de mi necesidad de conseguir un trabajo de mañanas, con un salario digno. En mi estado parecía una temeridad acercarme a quien fuera para reclamar un contrato laboral. Pero conseguí una entrevista

con un vicerrector de la Universidad de Barcelona. Eran momentos de grandes cambios. Y un día, a mediados de octubre, me puse un abrigo-capa de color gris con el que creía disimular la hija (o hijo) que llevaba dentro, y para allá me fui. Recuerdo haberme sentado al otro lado de una mesa de roble realmente aparatosa. Me encontré con una buena persona, lo que no es fácil en según qué ambientes, dispuesta a proporcionarme un trabajo de mañanas en la biblioteca de Filosofía y Letras. No se habló para nada de mi embarazo. Ni tampoco se me ocurrió comentar los días en que debería estar de baja cuando llegase el momento del parto. Estábamos estrenando democracia. Renovábamos todo el tiempo. Hacía unos meses se había celebrado la primera manifestación gay (entonces se decía «homosexual») a favor de las lesbianas, e incluso hicieron una foto de las organizadoras en el balcón del ayuntamiento. Quedamos en que empezaría a trabajar a primeros del mes de enero. Mi hija, según los cálculos de mi ginecólogo, Manuel Carreras, tenía que nacer a finales de noviembre. Todo cuadraba.

Habíamos previsto un parto con anestesia local, la epidural, para evitar los últimos dolores de las contracciones. Tenía la ropa del bebé lavada y preparada. La cuna prestada, limpia y dispuesta. Había leído los libros imprescindibles, pero creía más en mi instinto. Mis tías me habían tejido jerséis hechos a mano de distintos colores. Yo seguía la tendencia contracultural y feminista. Así que mi niña (o niño) estrenaría la vida en el exterior cubriendo su cuerpecito de banderas múltiples. Tres días antes del nacimiento aterrizó Óscar en Barcelona y llegó realmente enfermo. ¿Qué tenía? No se acertó con ningún diagnóstico. Le dolía el estómago. El cuerpo. Es posible que incluso tuviera fiebre. Pasaba el rato echado en cama. No lo habíamos visto enfermo antes, así que ese malestar nos sorprendió a todos. Mi padre y su mujer nos ofrecieron vivir estos días previos al parto en su casa. Y nos fuimos a la avenida de Espasa y ocupamos la antigua habitación de mis hermanos. Óscar apenas se movió de la cama. Se nos ocurrió pensar que el proceso final de alumbramiento le podía afectar desde otras esferas. Acaso sus raíces chocoanas. Compruebo hoy que la enciclopedia internauta llama a esta reacción psicosomática síndrome de Couvade. Me preocupaba mucho que no pudiera estar conmigo en el momento del nacimiento tal y como teníamos planeado. Por las contracciones dolorosas del preparto, no recuerdo cómo llegamos a la clínica Sagrada Familia Óscar y yo, de madrugada. Hasta el mediodía no nació, ante nuestros ojos bien abiertos y con una emoción indescriptible, nuestra hija Laia. Óscar y yo con lágrimas y abrazados recibimos a la niña en el mismo momento del parto. Papá fue el primero en llegar a conocer a su nieta y no olvidaré su rostro muy emocionado y feliz.

Recuerdo la felicidad que experimenté durante esas semanas, un estado que en realidad se prolongó al menos los dos años siguientes viendo crecer a mi hija. He hablado a menudo, en sesiones psicoanalíticas, y seguro que en alguno de mis libros, de la dicotomía que siempre he sentido o sufrido por sentirme hija a la vez que madre, y que se debe a mi propia y peculiar orfandad. Es decir, como si en mí, de forma no consciente, convivieran dos personas: yo como madre y yo como hija herida por la incapacidad de tener recuerdos de la que fue mi madre, esa otra madre de la que era su viva réplica. En lo que yo puedo observar, vista aquella experiencia de maternidad primera, sé que entonces comencé a vivir una riqueza personal extraordinaria.

Óscar regresó a Berlín para cumplir con las obligaciones contraídas con la DAAD, que terminarían al finalizar el año o a comienzos del siguiente. En cuanto a mí, debía incorporarme al nuevo trabajo de mañanas en la biblioteca universitaria. Tuve que llevar a Laia a una guardería al lado de casa, donde se quedaba hasta las dos de la tarde, momento en el que iba puntualmente a recogerla. Las tardes las dedicaba a Laia y a escribir mientras ella dormía. Cuando salía de noche, mi hija iba conmigo, cosa poco habitual en la época. Me la llevaba a las reuniones de la revista *Ajoblanco,* con Pepe Ribas, Helena Valentí, Ana Díaz-Plaja, Alberto Cardín y algunos amigos más, para preparar una nueva revista literaria que se llamaría *La Bañera*. Pecábamos de idealismo y revolución vital, y buscábamos romper moldes. Lo que molaba (casi da risa reconocerlo) era criticar al grupo de artistas e intelectuales de la llamada Gauche Divine barcelonesa, que solía encontrarse en la inolvidable discoteca Bocaccio, donde, no por casualidad, también nos movíamos nosotros. Ana Díaz-Plaja y yo nos hicimos muy amigas. Compartíamos parecidas inquietudes literarias y nos veíamos con muchísima frecuencia. Ella quería a Laia. Tenía, además, la buena voluntad de estar dispuesta a leer mis manuscritos, que, además, resultó que le gustaban. Y también tuvo la paciencia de escribir, a mano o máquina, sus opiniones. Una tarde en la que estaba leyendo el original de mi novela *Cuerpo* en la casa de sus padres en Cadaqués, su padre, Guillermo Díaz-Plaja, el reconocido escritor, crítico y académico, echó un vistazo o leyó por encima algunas páginas del manuscrito y le comentó a su hija: «Este libro de tu amiga no está nada mal».

Fue ella quien me presentó a Federico Jiménez Losantos, el hoy famoso periodista, locutor y escritor, y a su amigo inseparable, Alberto Cardín, ensayista y antropólogo asturiano, y que, como dice la profana y santa Wikipedia, y en esto acierta de pleno, era «uno de los activistas homosexuales españoles más importantes de la Transición». Cuando nos juntábamos parecíamos los cuatro mosqueteros. Inconformistas. Felices y llenos de inquietudes, cultivados; mentes

libres, clarividentes y apasionadas de la lectura. Alberto y Federico habían fundado la revista de pensamiento *Diwan*, que publicaba artículos de política, filosofía, literatura y psicoanálisis, y también poesía, y que fue considerada por el diario *El País* como la revista más importante, abierta y viva del momento, a finales de los años setenta. Charlábamos con ellos, sobre todo, de cultura y política. Añoro aquellos encuentros, tan llenos de intensidad histórica. Federico había militado, durante el franquismo y de forma clandestina, naturalmente, en Bandera Roja y el Partido Socialista Unificado de Cataluña. Cuando nos hicimos amigos y él vivía aún en Barcelona, militaba en el Partido Socialista Aragonés (nació y estudió en Aragón), mientras que yo lo hacía en el Partido Socialista de Cataluña (PSC). Ya entonces éramos críticos con lo nuestro. Estábamos por el debate de ideas. Aunque para mí lo principal era encontrar una voz como novelista. No nos vendíamos a nadie ni a nada. Una moralidad propia de la libertad intelectual y sexual del momento. Ellos eran hombres y nosotras mujeres. Y compartíamos la conciencia de que esta circunstancia suponía una diferencia implícita también en el mundo literario en el que nos movíamos. Con relación a la militancia política, también éramos críticos. Tiempo después, en 1980, con las elecciones autonómicas, Federico se pasó al Partido Socialista de Andalucía. Para ir variando luego de preferencias políticas. Había ganado Jordi Pujol la Presidencia de la Generalitat y ya entonces presentíamos, como nos anticipó el gran presidente Josep Tarradellas, que se acercaba el advenimiento de una dictadura blanca en Cataluña. Y así fue como ocurrió.

En cuanto a mi militancia en el Partido Socialista de Cataluña, sucedió algo relevante. En una de las reuniones que manteníamos con nuestro grupo de afiliados del Distrito Sarriá-San Gervasi, tras ganar los socialistas, en 1977, la alcaldía de Barcelona en las primeras elecciones municipales democráticas, se nos pidió a todos que mencionáramos el puesto de trabajo en el ayuntamiento donde pudiéramos ser más eficaces, por formación y profesión. Me quedé pasmada. Y respondí que prefería pensármelo. Es cierto que para mí la política era una actividad que yo sentía unida a mi pedigrí de ciudadana de mundo. Pero de ninguna manera había participado en política para obtener un *modus vivendi*. Todos los del grupo consiguieron cargos importantes en el ayuntamiento y fuera de él. El que llegó más lejos, pues acabó siendo secretario general de Coordinación de la Presidencia del Gobierno español durante años, fue Lluís Reverter. A los pocos días me presenté en la sede del PSC y de forma amistosa (ningún asomo de rencor) abandoné voluntariamente mi militancia. ¿Razones? Dije no tenerlas. Con toda seguridad, lo consulté previamente con Óscar, pero no recuerdo su opinión. Por lo

general, no solía tomar partido ante mis decisiones. Nuestra dependencia tenía más que ver con la literatura. Muy distintos uno del otro. Pero de parecido arrebato vocacional.

Mi vida hubiera sido muy diferente de haber accedido a participar en aquel juego del 77. Con los años he ido aprendiendo muchas cosas, demasiadas, sobre la manipulación, falsedad, narcisismo, interés y ambición que existe en la profesión política. Y vuelvo a comprobarlo hoy, viendo el devenir de lo público: desde el separatismo catalán hasta el espectáculo que ofrecen otros gobiernos, igualmente envenenados por corrientes fanáticas y populistas, que se venden al mejor postor y dedicados a dividir a sus ciudadanos en dos mitades enemigas.

Comencé a publicar artículos en revistas literarias de entonces. Llevaban títulos como «Clarice Lispector o la armonía secreta de la desarmonía» (*La Bañera*, 1979), o «La erótica del lenguaje en Alejandra Pizarnik y Monique Wittig» (*Nueva Estafeta*, 1979). Y, por supuesto, avancé hasta terminar la corrección del manuscrito de mi novela *Pan de boda*. Coincidía toda esta actividad literaria con mi activismo esporádico en el movimiento feminista de Cataluña. Las primeras Jornadas Catalanas de la Mujer, que se celebraron en 1976, «rompieron el silencio después de muchos años de dictadura», como comentó la prensa. En esa época se creaban los primeros espacios femeninos y el más notorio fue La Sal Bar-Biblioteca de Mujeres (1977-1980), de donde salió el proyecto de la editorial femenina La Sal-Edicions de les Dones, fundado por Mari Chordà. Cuando nos conocimos ella estaba en proceso de edición de *La bolchevique enamorada*, de Alejandra Kolontai, y *La Celina (Les stances à Sophie)*, de Christiane Rochefort. Los medios económicos de la editora de La Sal eran realmente escasos, por no decir que nulos, pero el entusiasmo y los objetivos eran maravillosos. Mari Chordà me dijo que quería leer el manuscrito de *Pan de boda* y a las pocas horas de haberlo recibido llamó a casa por teléfono para decirme que le gustaba muchísimo y quería publicarlo. Recibí la noticia con gran alegría. Pero esta buena nueva traería cola.

Siempre soñé con tener un buen editor, entregado, sabio, protector, y mantenerlo de por vida. Había enviado una segunda copia de mi manuscrito a un editor que admiraba y al que conocía personalmente: Jorge Herralde. No me llamará, pensé. Pero me llamó. Y lo hizo veinticuatro horas después de que yo hubiese aceptado la propuesta de La Sal-Edicions de les Dones.

«Nuria, me ha gustado tu libro y quisiera publicarlo», me dijo Jorge, con estas o parecidas palabras. No podía desear nada mejor que escuchar la propuesta que un editor como él acababa de hacerme. Creo que respondí algo así: «Gracias, Jorge. Me ilusiona mucho lo que

dices». Cuando lo que me salía de dentro era preguntarle: «¿Cuándo nos vemos?». Apenas dejamos tiempo para nada más en aquella llamada. En cualquier caso, fui yo quien dijo con cierta pena: «Jorge, no puedo, me es imposible publicar la novela contigo. Ayer me comprometí con La Sal-Edicions de Les Dones».

Fue así como entregué mi primera novela publicada a la cortísima vida de una editorial casi recién nacida y que además ya estaba a punto de agonizar. Alegar que yo era joven, rebelde y libertaria no es suficiente excusa. ¿Fue un error? ¿Editar en Anagrama habría cambiado mi vida de escritora? Seguro que habría tenido una recepción mucho más amplia. ¿Mis libros habrían sido mejores? No estoy tan segura. Vida y lecturas me han enseñado lo perjudicial que puede llegar a ser que un novelista tenga éxito siendo joven. He visto caer a varios. La escritura narrativa es parecida a una relación amorosa. Los primeros fuegos y ardores de juventud pueden entusiasmar como lo que son. Pasiones que contagian. Y producen envidia. Pero se dispersan rápidamente. Fuegos artificiales. Que, en ocasiones, llegan a ser espléndidos, eternos e irrepetibles. Viene, luego, la tarea más difícil de mantener con firmeza la mano que mueve la pluma, no tanto el momento del oficio como el de la serenidad, el conseguir que la tarea te sorprenda, la trama te atrape, la voz te venga dada.

A pesar de lo ocurrido, seguí frecuentando a Jorge y Lali Herralde. Nos veíamos en cenas con amigos comunes, presentaciones, fiestas literarias, las de invitación numerosa y las más privadas en su casa, también en la mía de la calle Clos de Sant Francesc, especialmente por Nochebuena. Nunca nos volvimos a referir al tema. Nunca me lo perdonó.

La novela *Pan de boda* se publicó en 1979 y el evento de presentación se celebró naturalmente en La Sal Bar de Barcelona. Habló de mi novela Ana Díaz-Plaja, autora del prólogo, con la sorpresa por parte de las mujeres allá reunidas de que por vez primera hubo también hombres que decidieron ir al acto de presentación.

El libro tuvo más repercusión crítica de la esperada. Salieron seis reseñas en prensa, todas notables. Una de ellas la firmaba Susana Regazzoni, profesora de la Universidad de Venecia. Otra, María José Obiol en *El País*. Era un libro rompedor en el sentido social, moral y literario. Ya se manifestaba en sus páginas mi interés por encontrar una voz narrativa propia. Lo cierto es que, mirando hacia atrás, mi novela era algo escandalosa para la época. Ahora que tengo más años de los que mi padre tenía al morir, me da cierta pena pensar lo que pudo representar su lectura para un hombre tan íntegro como era él. Nunca he tenido pudor cuando escribo. Ni sensación de tener que callarme por mor de la compostura. La literatura no existiría si el

autor o autora tuvieran que guardar recato y secreto de confesión. Mi relato titulado «Una prolongación», que se publicó en la revista *Son Armadans*, también era procaz y sexualmente atrevido. Suele pasar con los escritos de primera hornada, cuando el lenguaje depende más de los sentidos, del cuerpo, que del cerebro.

Pan de boda tuvo también su presentación en Madrid, y allí habló de mi novela Rosa Montero, a quien pude conocer gracias a esta circunstancia, y en esos días comenzó mi amistad con ella. Entre el público, me honraron con su presencia Rosa Chacel y Clara Janés. Sí, en efecto. El mundo iba de mujeres. Y, por primera vez en la renacida España, las mujeres llevábamos la voz cantante. Que los medios nos hicieran caso era otra cosa. Pero nos movíamos y hacíamos ruido, junto con los entonces «mal llamados» homosexuales o lesbianas. El tema de la liberación sexual era candente y se advertía en reuniones y cenas en Barcelona o en las casas que algunos amigos nuestros tenían en el Ampurdán, como Ana Castellar, Nuria Pompeia y Salvador Pániker, Luis Racionero y tantos más.

Por ser la primera editorial feminista española, nos invitaron también a presentar el libro en Valencia. Hacia allá nos dirigimos con mi coche Ana Díaz-Plaja, Mireia Bofill y yo. Tres peleonas natas y bastante simpáticas. Todo fue bien hasta que, por la noche, tras la cena prolongada y divertida, regresamos al hotel, en la plaza del Ayuntamiento. Las tres «feministas», después de pasar por recepción, subimos a la habitación de tres camas que compartíamos. El hotel era viejo y rancio. Apenas una luz mortecina colgaba del techo en forma de bombilla. Todavía no nos habíamos cambiado de ropa para acostarnos cuando escuchamos voces intimidatorias, guarras, groseras y ruidosas en el pasillo, justo al otro lado de la puerta de nuestro cuarto, exigiendo entrar y amenazando con que, si no les abríamos, tirarían la puerta. Parecía haber tres o más bestias enganchados a ella. A los gritos se añadieron puñetazos contra la delgada madera, que parecía ir cediendo. Descolgué el teléfono, probé de hablar con la centralita, pero nadie contestó la llamada. De repente, a las tres amigas a la vez se nos ocurrió la brillante y única idea que podía salvarnos. Miramos el enorme armario de madera de tres puertas que teníamos delante de las tres camas. En un instante nos lanzamos a él y conseguimos moverlo. Primero solo unas pocas baldosas y, acto seguido, demostrando una fuerza hercúlea que ni nosotras sospechábamos tener, lo desplazamos hasta colocarlo delante de la puerta maldita. Nos habíamos salvado por los pelos. Estuvimos a punto de ser víctimas de una agresión o abuso. Si esto hubiese pasado hoy en día, habríamos dado cuenta a la policía de inmediato. En aquellos momentos ni se nos pasó por la cabeza. Pocas horas después otro torpedeo, ahora monstruoso y endiabladamente fuerte, hizo que

nos levantáramos las tres de un salto. El armario seguía en su sitio. Abrimos el balcón que daba a la plaza del Ayuntamiento, pues el estruendo parecía venir de allí. Para las tres amigas, fue la primera vez que presenciamos una *mascletá* valenciana.

Óscar y yo llevábamos una vida de padres dedicados a nuestra hija, que con dos años estaba preciosa. Bibí Escalas, querida amiga, decía de ella que se parecía a Mick Jagger, pero en guapo. Veíamos a los amigos, casi todos escritores y varios de ellos latinoamericanos, que solían presentarse por casa sin previo aviso, más todos aquellos que circunstancialmente llegaban a la ciudad y que siempre acababan recalando allí. Cocinábamos para ellos y cuando tocaba salir, llamábamos a una canguro.

Pero el amor que Óscar me había manifestado en sus cartas, durante el embarazo y parte del primer año de vida de Laia, cuando él seguía viviendo en Berlín (una hermosa colección de cartas), una vez instalado ya en Barcelona se había ido evaporando. 1979 fue un año crítico e intenso en todos los sentidos. Yo me veía sobrecargada por las obligaciones domésticas, y eso pesó lo suyo. Es posible también que la maternidad, que había llevado a solas, hubiera afectado a nuestra relación. Era bastante crédula entonces y ni tan siquiera me preguntaba si Óscar podía tener líos con alguna pelandusca. Hoy no pondría la mano en el fuego. Discutíamos con cierta frecuencia. Y muchas veces me dejaba escritas hermosas notas de reconciliación: «Te amo. Intentemos matar el fantasma doméstico», decía una. Y otra: «Mi amor: intenta ser más objetiva, por favor. No creo que haya nada terrible. Sí. Soy frío. Pero nada más. Lo que llamas ternura me es casi imposible, pero te amo de verdad. No suframos».

Porque sufríamos. Y también ahora duele, si bien de otro modo, cuando recuerdo aquel amor tan completo. Los dos éramos escritores: para ambos, vivir y escribir significaban la misma cosa. Este objetivo literario compartido siguió siendo punto de unión. Nuestra hija estaba por encima de nuestras neuras particulares, pero yo empecé a pensar que podríamos quererla mejor estando separados y a la vez juntos. Eran peleas y discusiones que, vistas con la experiencia que dicen dan los años, se habrían podido solucionar fácilmente. Óscar era orgulloso y duro de carácter. Yo, temperamental. Laia siempre fue prioritaria en nuestras vidas. Y nuestras vidas de entonces, en la misma casa, empezaban a hacerse insoportables. En dos ocasiones se fugó en la tarde y no apareció hasta el día siguiente. Y yo nunca fui el reposo del guerrero ni mujer que soporta fórmulas irracionales de abandono. ¿Era Óscar machista? No lo fue a posta, racionalmente. Diría incluso que en aquel entonces casi tenía afanes feministas. Y por mi parte, no siendo rencorosa, reaccionaba de forma categórica al dolor sufrido. Lo llamo mi coraza de supervivencia, que se inició a partir del maltrato

reiterado siendo niña. Y, por supuesto, sumado a la desaparición de mi madre, que siempre he sentido como el más injusto de los abandonos.

Óscar bebía demasiado. Era un padre casi ejemplar. Pero verlo muy pasado de copas me enfermaba. Estoy convencida de que ese fue uno de los motivos por los que tomé la decisión de separarnos. Lo hice queriéndolo mucho y sabiendo, como explica la correspondencia larga que intercambiamos, que el amor que él sentía por mí seguía siendo grande. Al principio, pensó que tal vez se trataba de una pequeña crisis y no puso objeciones. Le propuse ayudarle a buscar un apartamento. Cerca de casa. Podía venir cuando quisiera. Y seguir siendo el padre que era. Adoraba a nuestra hija. En aquella época, cuando Laia tenía dos o tres años apenas, le escribió dos textos muy hermosos.

Se acabaron produciendo esos días peligrosos que siguen a toda ruptura amorosa, momentos en los que odio y rencor se instalan bajo el caparazón de los sentimientos ruines. Seguro que nos gritamos en algún momento. Y es más cierto aún que sufrimos mucho. Más él que yo. Yo era la egoísta que permanecía en la casa y él, el desfavorecido emigrante que debía empezar de cero para encontrar la suya. ¿No lo había yo previsto en mi novela *Pan de boda*?, me dije más adelante. Incluso lo comentamos en tiempos muy posteriores. Y luego llegó algo que para los dos era «lo importante» a propósito de las pertenencias. Mis libros y tus libros. Que inundaban, mejor dicho, tapizaban las paredes del piso que habíamos compartido. No quise estar allí el día en que vino a llevarse los suyos. Alguno que se dejó por descuido lo conservo hasta hoy, firmado con su nombre. Pero se llevó también los libros suyos, quiero decir, los de su autoría: los ejemplares que me había regalado y dedicado personalmente. Como queriendo borrar de un plumazo su existencia en mi vida. O así lo interpretó mi espíritu bibliómano. Tan duro fue el impacto de aquel golpe por la espalda que poco tiempo después escribí un relato dedicado a este tema. El daño visible de este gesto lo reparó mi hermano menor. Un día subió de su apartamento al mío cargado con los ejemplares de su obra que Óscar le había regalado, también a él.

Los daños emocionales que nos hicimos los dos durante la ruptura quedaron pronto sanados porque, en verdad, seguíamos queriéndonos. Y escribiéndonos cartas. Óscar y yo decidimos de mutuo acuerdo que por el momento no contaríamos a mi padre nuestra separación. Creímos más conveniente hacerlo al final de las vacaciones de agosto. Y decírselo de modo que pudiera evitarle cualquier disgusto. Yo iba de vez en cuando a comer a su casa y llevaba también a mi hija, a la que papá adoraba. En aquella época aún podía ir a ver a mi padre por sorpresa sin que su mujer pusiera ningún obstáculo. Aquel verano yo tenía mucho trabajo. Debía escribir

mi tesina de Filología, sobre la vida y la literatura de Juan Rulfo. Quería sacármela de encima. Por otro lado, avanzaba mi nueva novela. Así que mi casa parecía una oficina. Acababa de separarme y tenía una hija preciosa. Óscar venía a diario a buscarla y me ayudaba en todo lo posible. Barcelona estaba a cuarenta grados al inicio de agosto y resolví ir una semana a la borda que mi padre tenía en el Pirineo de Huesca, próxima a Castejón de Sos. De niños solíamos ir allí de acampada, junto al río. Pensaba darle una sorpresa llamándole antes por teléfono. Óscar vendría un par de días más tarde y se quedaría hasta el siguiente fin de semana. Estas fueron las vacaciones que planificamos aquel año.

Subí en mi coche con la niña en la parte de atrás del Renault 5, donde le fabriqué una especie de cuna portátil. La sorpresa fue encontrar a mi padre solo en la casa. Su mujer se había ido esa misma mañana. Cariñoso como solía serlo siempre conmigo, y con la presencia de su nieta Laia todavía más, vi que estaba triste, al menos algo ofuscado. ¿Qué había sucedido? Me enteré pronto, porque en la familia Amat los silencios hablan por sí solos. Y había ocurrido lo siguiente. Cuando ella supo que íbamos a la casa de su marido, su casa, decidió regresar sola a Barcelona. Mi padre no soportaba los enfados, más bien los sufría a tal punto que le afectaban físicamente, y aún llevaba peor la sola idea de que yo tuviera que ser testigo de su estado. De manera que decidió regresar también él a Barcelona. Así que, llegado Óscar la mañana siguiente, nos quedamos los tres solos, a la espera de que la tormenta amainara.

A las pocas semanas, la noticia de nuestra separación se la conté por carta a mi padre. Él se encargaría de contárselo, naturalmente que a media voz, al resto de la familia. Que a su vez harían mutis por el foro, como así ocurrió. Los reveses familiares se hablaban en susurros, como si no existieran. No sé si él ya lo había sospechado. Su respuesta fue magnífica: me envió un *bouquet* de flores naturales con una amorosa nota.

Llevaba una temporada algo preocupado. Nunca fue un hombre de dinero. Ni le gustaba pelear para ganarlo ni sabía cómo hacerlo. Me comentó entonces su interés por alquilar la torre de la avenida Espasa, porque de ese modo obtendría unos ingresos extra. Tenía prisa por arrendarla, tras haber previamente acordado con su nueva mujer e hijas que irían a vivir al piso de ella, que a su vez pertenecía al primer marido de su esposa. Estaba en el barrio de San Gervasio y disponía de suficiente espacio para albergar su biblioteca. Pero supe que le estaba resultado difícil encontrar un inquilino para la torre. Cuando me lo dijo, respondí que me dejara a mí, yo me ocuparía. Y en dos minutos lo resolví. Llamé a mi amigo Jorge Costa. Era abogado y trabajaba en temas de inmobiliaria. A la semana siguiente, la casa tenía nuevos

arrendatarios que pagaban un buen alquiler, lo que permitía a mi padre vivir con cierta tranquilidad.

Si bien esta casa había significado mucho para nosotros, pues de algún modo siempre flotaba en ella el aliento de mi madre, me pareció que alquilarla era una buena idea. También hubiese aceptado que quisiese venderla. Pero papá, insistió siempre, de palabra y por escrito, que debía ser un patrimonio para nosotros, y nos advertía sobre la necesidad de, en su momento, saber administrarlo. Y así fue como sucedió. La casa de Pedralbes ha sido personaje y/o escenario de algunos de mis libros. Todavía hoy suelo pasar por delante cuando voy de camino hacia mi actual casa. Tuve ocasiones para ir a visitarla, pero nunca he querido volver a entrar en el jardín. Mis hermanos y yo la vendimos hace ya muchos años.

A Óscar lo veía casi a diario. Se ocupaba de ir a recoger a Laia al colegio y en ocasiones se la llevaba a su casa o a pasear por el barrio de Sarriá, donde los dos vivíamos. Las cosas estaban calmadas entre nosotros y manteníamos una buena relación. Éramos amigos, y muy especiales, y cómplices sobre todo lo relativo a nuestra hija y también a la literatura. Él tenía sus amoríos, y yo los míos. Compartíamos algunos amigos. Muchas noches nos encontrábamos en lugares que él y yo frecuentábamos, como el inolvidable bar del Astoria. Me encantaba estar con Laia, acostarla y luego salir a la calle, a vivir el mundo. A los cuatro y cinco años, mi hija me contemplaba extasiada mientras veía cómo me arreglaba en el cuarto de baño. «Quiero casarme contigo», me dijo en una ocasión. Era bella en todos los sentidos. Y siempre fue lo primero en mi vida. Conseguí que una estudiante se quedara de vez en cuando a dormir en casa por un precio acordado entre ambas, y yo entonces podía salir. Y así entré de lleno en el desfogue de los ochenta. En la Movida de Madrid y en la no tan vistosa, aunque sí vibrante, de Barcelona. Mis amigos más cercanos, aquellos con los que yo salía de parranda nocturna, eran en su mayoría gays. Entre ellos podía ser yo misma. Mujer, colega y amante en algunos contados casos.

Hubo quienes se enamoraron. Con otros tuve una historia amorosa.

5

ESCRIBE MUCHO Y LEE MUCHO

Aquel otoño de 1980 empezó con buen pie. Tenía treinta años. La edad, decían, de comerse el mundo. Óscar seguía ocupándose de ir a buscar a Laia al colegio y llevarla de paseo al parque o a la plaza para que jugase con otros niños. Tiempo que yo aprovechaba para encerrarme y escribir. Tres horas diarias, cada tarde, que casi siempre fueron sagradas. Las mañanas las dedicaba a la enseñanza. En mi dormitorio me esperaban siempre los tres o cuatro libros que leía a diario. Tenía bien aprendida la lección de los autores norteamericanos. Escribe mucho y lee mucho. Lo que contribuía a mantener ordenada mi cabeza. Y algunas noches me encontraba con amigos en cualquiera de los bares que entonces estaban de moda. Cada semana se abría uno nuevo. Uno de mis grupos era el que estaba centrado en torno a Pepe Ribas, que conocía, por decirlo rápido, «el todo Barcelona». Me sentía una más del grupo. Y de ese modo me trataban. Un poco como la musa. Nos divertía ir a bares gays y romper barreras. Una noche venturosa fue la de mi encuentro con Jorge Costa y Pedro Meyerhoff, este último entregado a la pintura, arte en el que ha llegado a consagrarse. Jorge, fulminante en elegir y fraguar buenas amistades, lograba cautivar a todos gracias a su simpatía y al intercambio de confidencias. Nos hicimos íntimos. A él es a quien recurro casi para cualquier cosa. Buena o mala. Encuentra la mejor respuesta para todo. Por fortuna, aprendí a asesorarme y así evité por lo general cometer grandes errores, de esos que hacen historia…

Frecuentábamos tres o cuatro espacios, que ya han quedado todos sepultados por el tiempo. Tampoco nosotros, los de la vida nocturna de aquel entonces, somos los mismos. Aunque yo sigo fiel a dar a la amistad una gran importancia. El lugar donde nos solíamos encontrar era el Astoria (su nombre completo era Club Astoria), un bar de aire añejo y entrañable, recargado en tonos marrones y granates, y situado en el entresuelo de lo que fue el cine con el mismo nombre. Allí nos veíamos con amigos, conocidos y «gente nueva», como nos gustaba llamarlos. Cada uno se dejaba caer a la hora que mejor le convenía. Tomábamos copas, reíamos, charlábamos y fumábamos como carreteros. Los más habituales del club, a los que me añadía, eran Enrique Vila-Matas, Gonzalo Herralde, Paula Massot, Sergio Vila-Sanjuán, Cristina Fernández Cubas, Carlos Trías… Óscar solía aparecer de vez en cuando. También venían otros escritores de visita a la ciudad. Demasiado alcohol, *of course*. Tenía mi propia estrategia para mantenerme contenta, pero sobria. Una única Coca-Cola con ginebra

me bastaba para toda la noche. Muchas veces terminábamos en Bocaccio (lugar histórico), en casa de cualquiera de nosotros o en alguna de las otras discotecas de moda.

Otro grupo lo dirigía Mauricio Wacquez con su pareja, Francesc. Eran cenas que improvisaban en su casa con amigos y amigas que venían a visitarlo. Solíamos hablar de escritores y libros. Debatir, alegre o polémicamente. Gracias a Mauricio, muy efusivo en las discusiones, y especialmente devoto de Borges, conseguí entrar por la puerta grande en el universo borgiano, disfrutar de la singularidad de sus ficciones y el ingenio de su prosa y poesía.

Yo tenía mis amoríos. Muchos menos de los que parecía aparentar o me atribuían. He sido selectiva también en este sentido. En esos años, mi atracción por hombres gays o bisexuales era mutua. Tenían unas condiciones sensitivas, emocionales y eróticas más atractivas, por lo general, que las de los hombres heteros, aunque estos también podían seducirme, y en ocasiones yo correspondía. A decir verdad, muy al estilo del «aquí te pillo, aquí te mato». Estos últimos, salvo contadas excepciones, desconocían el cuerpo femenino. Mientras que los primeros sabían cómo tratar a una mujer. Acariciarla, complacerla y llegar al clímax. Éramos complementarios. Es posible, como me dicen tanto Jorge como algunos amigos que me conocen bien, que yo tenga un cerebro de mujer seductora, tierna y divertida. Pero que ese mismo cerebro esté muy bien avenido con otro lado de mi personalidad donde aparecen cualidades que solían ser atribuidas entonces al sexo opuesto. Me refiero a mi determinación, valentía, atrevimiento, autonomía, severidad, aspectos que de alguna manera puedo haber adquirido como respuesta al hecho de haber crecido en casa rodeada solo de hombres, con los que he tenido que lidiar, gracias a lo que fui adquiriendo una fortaleza especial.

Me gustaba bailar tanto o más que hacer el amor. El baile fue mi salvavidas emocional. Ni que decir tiene que seguía recibiendo clases de *ballet* clásico. El baile es algo natural en mi vida. Nunca sentí vergüenza de salir al ruedo. En una terraza de la plaza de toros Monumental me arranqué una noche por rumbas. Otra ocasión memorable fue cuando con Pepe Ribas y Miguel Bosé terminamos en un *afterhours* de la Meridiana. Apenas quedaba un alma. El lugar estaba oscuro como la noche, salvo la pequeña pista de baile a la que Miguel me llevó en volandas. Una vez en el centro, bajo el foco, bailamos juntos y solos una inmensidad de tiempo que pasó volando. Nos hicimos amigos y nos seguimos queriendo en la distancia. Otra noche gloriosa, casi todo lo bueno y lo malo sucedía de noche, Pepe Ribas y yo entramos en El Sol de Madrid, muy de moda. Allí, en una pista vacía, estaba sentado Elías Querejeta con su novia de entonces. Pepe y yo, nada más entrar, nos fuimos directos a la pista y nos

marcamos un baile que duró media hora. Se nos unieron muchos. Según Pepe, fue la primera vez en que alguien bailó en El Sol.

Por esas fechas, la Asociación Nacional de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, situada en la Biblioteca Nacional de Madrid, me pidió que ingresara como miembro de la junta. Dije que sí. Lo que significaba un viaje mensual de ida y vuelta a Madrid. Coincidió esa propuesta con que acababa de conocer a Valentín Zapata, pintor y amigo de la galerista Juana Mordó. Pepe Ribas acababa de mudarse a la capital, atraído por la cultura alternativa, la noche madrileña, los festivales de música y la posibilidad de participar en el momento de inflexión que vivía la nueva sociedad democrática. Valentín y yo nos enamoriscamos. Hasta entonces, según contaba él, solo se había acostado con hombres. Era alto, moreno, atractivo, atento y, en cierto sentido, un rey mago. Vivía en el centro de Madrid, en un apartamento grande y vistoso. Nadie sabía de dónde sacaba la pasta para pagarlo.

Hacía poco que se había estrenado la primera película de Almodóvar, *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*. Coincidíamos con algunas de sus actrices y actores. Dos de ellas eran vecinas de Valentín. Llamaban a la casa sin avisar, entraban y se movían por allí a su aire. Éramos contraculturales, lo que no implicaba necesariamente que fuéramos triviales. Mi vida intelectual y profesional se mantenía indemne.

Mientras duró esa relación, fuimos felices. Al final lo metieron en la cárcel de Figueres unos días, a donde fui a visitarlo. La película que viví con Valentín duró el tiempo necesario, nueve meses tal vez, para que a partir de su final comenzase yo a escribir la que sería mi segunda novela: *Narciso y Armonía*. El verano siguiente a la ruptura fue agitado. A través de Gonzalo Herralde y Enrique Vila-Matas, en una de nuestras noches *bocaccianas*, conocí a Toni Miró, el diseñador de moda. Nos gustamos. Y Toni, que era hombre decidido, enseguida me propuso planes para los siguientes días, y noches. En ese tiempo me había dado por ponerme un par de vestidos de mi madre que, por un azar nada sospechoso, me iban como anillo al dedo. No tuve que tocarles ni un pespunte. Recuerdo especialmente uno de seda azul noche con topos blancos y cuello barco. Papá no podía evitar sentirse conmovido cuando me veía así. Yo los llevaba con toda naturalidad. Sin dejar de ser yo misma. Toni se entusiasmó con uno de ellos. Era pasada la medianoche. Estábamos en su piso de la Rambla de Cataluña. Bajamos a la calle y me abrió su tienda de moda. Con las luces aparecieron los percheros de ropa de mujer. «Elige lo que quieras», me dijo retorciendo los labios en un gesto divertido, muy típico suyo. Le di las gracias, pero opté por no quedarme con nada. Estuvimos viéndonos durante tres o cuatro meses. Recuerdo que

dormíamos juntos la noche en la que Felipe González ganó las elecciones generales de 1982 por mayoría absoluta. Lo celebramos.

Aquel mismo verano, cuando yo estaba metida de lleno en mi nueva novela, Mauricio Wacquez me invitó a pasar un fin de semana en su casa de Calaceite. Vino a buscarme en su 600 de color granate, y hacia Teruel nos fuimos. Después de hacerme de cicerone del paisaje y de lo que él llamaba «mi pueblo», cenamos en la fonda con él y con el escritor chileno José (Pepe) Donoso. Él y su esposa, María Pilar, y la hija de ambos, Pilarcita, tenían una casa vecina a la de mi amigo. A Pepe lo había conocido meses antes cuando el mismo Mauricio me llevó a Sitges, donde vivía el escritor con su familia. Ya entonces, por las confidencias de un amigo común de Óscar y mío, nos habían llegado noticias sobre los gustos sexuales secretos de Pepe, que ese amigo había experimentado en persona. Pero ni Óscar ni yo quisimos darles pábulo.

Pepe, que siempre tuvo apariencia de monje celestial, no solo formaba parte del grupo del *boom* latinoamericano, sino que él mismo había escrito *Historia personal del boom*, que dio nombre al movimiento literario más significativo de la segunda mitad del siglo XX y lo consagró así para la historia. Yo había leído con gusto dos novelas suyas, *El obsceno pájaro de la noche* y *El lugar sin límites*, que contaba la impresionante historia de un travestí. El sábado por la mañana Pepe apareció en casa de Mauricio vestido con una túnica blanca, una especie de chilaba de algodón que le cubría por entero, aunque sin capucha. Y con la barba blanca de siempre, tan característica. No se movió de allí durante el resto del día. Estuvimos los tres hablando por los codos, sobre todo de libros, de sexo y de literatura. Pepe estaba obsesionado por *Casa de campo*, la obra que estaba escribiendo entonces. También estuvo hablándonos con entusiasmo de la última novela de William Styron, *La decisión de Sophie,* que recién terminaba de leer en inglés. Dedicó un buen tiempo al *Cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, una de mis reliquias librescas. Debatir sobre autores y lecturas con Mauricio y Pepe se convirtió en un combate de esgrima. Podía durar horas y todos disfrutábamos como espadachines místicos. Esa vez en Calaceite a Donoso le dio por decir y repetir todo el tiempo que yo me parecía a Justine, personaje que da título a la primera novela del cuarteto de Durrell. Y así me llamó en varias ocasiones. En nuestra conversación a tres alguien sacó la cita de Durrell: «Con una mujer así solo se pueden hacer tres cosas… Quererla, sufrirla o hacer literatura». «¿Y con dos hombres como vosotros? —pregunté—. Dedicar la tarde a ver una película como *El gatopardo»,* dije. Y eso fue lo que hicimos.

Aquella noche dormí con Mauricio. Acostarme con él, en aquella ocasión, no estaba de ningún modo previsto, era un tributo al cariño

que nos teníamos. Una celebración de la risa con la que condimentamos nuestro divertido encuentro. El domingo lo pasamos con María Pilar y Pilarcita. Fuimos a bañarnos al río y allí comenzó una cálida amistad que perduró mucho tiempo, hasta que él se nos fue. Siempre el tiempo y sus limitaciones. La muerte impregnará, lo quiera yo o no, demasiadas páginas de este libro mío obstinado en contar la vida, también con sus historias ocultas bajo el palio astronómico de los que nos vamos yendo.
Ahora que hablo de un panorama silvestre, debo centrarme, aunque sea brevemente, en situar Cabanellas en mi historia. Con Laia, de apenas cuatro años, tuve la oportunidad de comprar en ese pueblo diminuto del Alto Ampurdán una vieja rectoría del siglo XVII, fecha que aparecía grababa en una piedra del corral situado en la planta baja. La iglesia románica del siglo XI daba al huerto de la casa, así como el pequeño cementerio adosado al ábside y a la tapia de mi jardín, similar a la imagen de la residencia de las hermanas Brontë, solo que desde la casa de mi antiguo clérigo se disfrutaba de una vista espectacular a campos de maíz y trigo que se prolongaba hasta el mar azul, allá a lo lejos, como un cuadro. El precio, incluso para aquella época, sonaba económico. Tenía el dinero justo, unas treinta mil pesetas, para la paga y señal, y el resto, que suponía añadir un cero más a esa cantidad, me lo regaló mi tía.

Allí éramos felices mi hija Laia y yo, entonces sola y con la energía suficiente para transformar aquel sencillo habitáculo en un paraíso. El huerto y un poco de jardín, cavar, plantar, podar… me ocupaban la mitad del día. El resto lo dedicaba a leer, escuchar música y escribir. Laia tenía amiguitos, los apenas tres o cuatro niños que vivían en el solitario pueblo, e iba de un lado a otro con plena libertad de movimiento entre perros, animales de granja, excursiones y bicicleta. Le encantaba el lugar y que pasáramos allí las vacaciones. El regreso a Barcelona a finales de verano la entristecía. Era también una casa abierta para recibir amigos. La energía de la que disponía entonces me permitía conseguirlo casi todo. Y disfrutar incluso de la vida solitaria. Amigos y conocidos aparecían a destiempo. No había teléfono y no podían avisarme. Pero durante diez años las visitas se sucedieron todos los veranos. Acompañados por Pepe Ribas, llegaron Lucía Bosé y Luis Racionero. A Lucía la conocí en Madrid y nos seguimos encontrando de forma ocasional. Escoltados por Arcadi Espada, vinieron Albert Boadella y su mujer, Pilar. Gonzalo Herralde y su amiga de entonces, la actriz Charo López, durmieron en casa dos noches. Además de otros muchos amigos.

La soledad en el campo, cuando es buscada, tiene su fruto. Ese asilvestramiento beneficia ánimo y espíritu. Escribí mucho allí. En ocasiones, especialmente en invierno, pasaba los días sin hablar con

nadie. Laia se quedaba algún fin de semana con su padre. Y yo con mis libros, mi huerto, mi jardín y mis escritos. También preparaba mis clases. Me despertaba a diario con el canto bullicioso de las golondrinas que anidaban bajo el alero y me dormía con el deambular bajo las tejas de los ratoncillos silvestres. Teresa, con su boca atiborrada de historias de la guerra y mano de campesina ilustrada, era mi vecina y mi gran interlocutora. Sus relatos me servirían muchos años después en mi novela *Amor y guerra*, donde sitúo el final de la contienda española en una ciudad que quedó atrozmente devastada.

La escritura es una actividad solitaria. Siempre mejorable si tienes un lector o lectora ideal que crea en ti y en tu obra, pues eso ayuda sobremanera a alcanzar la mejor de tus metas. Sin embargo, en Cabanellas, sola, a mis treinta años escribí una novela de trescientas páginas que fue directa a la papelera. No me gustó. Los manuscritos fallidos son una realidad que muchos autores ocultan. Pero aprendí algo mejor, que la voz de la escritura aparece por sorpresa. Sin forzarla. Basta con reconocerla y atreverse a conducirla. Y todavía algo mejor. Que es el estilo el que hace el contenido.

En aquella vida bastante ermitaña que mantuve casi diez años, desde los treinta hasta los cuarenta, me explayé en adoptar parejas ideales. Ellos me apadrinaron y protegieron. Eran grandes y sublimes. Vivían en mi biblioteca, cada año más crecida en calidad y contenido, y se llamaban Kafka, Woolf, Borges, Bernhard, Ajmatova… y un muy extenso plantel. Esta es la idea que tengo de patria celestial. Así logré escribir la que sería mi tercera obra publicada: *El ladrón de libros*. Y otras dos más: *Todos somos Kafka* y *Viajar es muy difícil*. Entremedio, pasaron otras felicidades y desgracias.

En el mes de octubre de 1980 emprendí mi viaje a la Universidad de Pittsburg, en Estados Unidos, invitada por John Galvin, decano de la School of Library and Information Science. El programa de la Comisión Fullbright me había concedido, ante mi gran sorpresa, una beca para pasar un mes completo en el departamento de Tecnología de esa universidad. Se me abría la posibilidad de aprender a moverme *online* por las bases de datos americanas.

Poco después de mi regreso, empezaba 1981 y me hallaba terminando la primera versión de la que sería mi siguiente novela publicada. Una tarde en la que mi hija y la estudiante que la cuidaba jugaban delante del televisor, vi, sin dar crédito a mis ojos, la irrupción en el Congreso de los Diputados de un guardia civil armado con pistola, acompañado de otros tipos con uniforme verde dispuestos a disparar al primero que no obedeciera las órdenes del jefe del levantamiento. Estábamos contemplando en vivo y en directo el intento de golpe de Estado del 23-F.

Enseguida llamé por teléfono a Óscar. Si había que salir de

España, él tenía que ser el primero. Las cartas que le llegaban de Cuba venían abiertas, metidas en otro sobre y censuradas. Aquel día yo tenía en casa a un escritor austriaco con el que estuve saliendo un tiempo. Decidí ir a poner gasolina al coche. ¿Dónde? Las gasolineras estaban cerradas, pero me acordé de que en un garaje cercano disponían de un surtidor de gasolina. Entré y vi a unos amigos que estaban allí con la misma intención que yo. Irnos de España. Llené el depósito. Las calles de Barcelona permanecían desiertas de coches, de almas y de ruido. «Parece una película de Orson Welles», le dije a mi querido escritor austriaco. De vuelta a casa, vimos por televisión que el rey Juan Carlos estaba hablando, tratando de tranquilizar al país. Ese gesto nos dio un respiro. «*Tots tranquils*», cantó Jordi Pujol, que por aquel entonces era presidente de la Generalitat. Pocos le creímos. Dormimos mal aquella noche. Y peor dormiríamos treinta años más tarde cuando él y algunos de sus incondicionales urdieron en Cataluña aquel invento de la Declaración Unilateral de la República Catalana.

Tras el golpe político sucedieron en mi vida otras desgracias personales, algunas tristes y despiadadas. Murió el *avi* Frederic. Al cabo de apenas un mes, falleció Mima. Como si se hubieran puesto de acuerdo. Ahí sí que me dio duro. Cuando se recuerda a los que se van, la ausencia sigue angustiando. Para aliviarme leo libros. Libros que me hablen sobre poéticas de resurrecciones. Estas lecturas operan como los rezos que los devotos dedican a sus dioses. En cambio, eso de «por fin vivirá tranquilo junto a Dios» nunca lo he aceptado. Más sensato me parece: «El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos», que rezó Borges.

Aún tenía que sucederme un hecho más doloroso. A primeros del mes de junio de 1981 (año en el que se confirmaron los primeros casos de sida en España) papá sufrió un segundo ictus cerebral. Lo llevamos a la clínica. Esta vez había perdido el habla por completo. Tampoco podía levantarse de la cama. Trataba de comunicarse conmigo escribiendo en una libreta que yo le sostenía al alcance de su mano. Le ponía tan de mal humor aquella impotencia que opté por hablarle y preguntarle tratando de adivinar lo que podía estar pensando. Le llevaba flores. Le contaba anécdotas que pudieran interesarle. Le gustaba que le hablara de mí y de Laia. La llevé a su lado. Al verla junto a la cama, papá se quitó la medalla y la cadena del cuello y se la puso en la manita. Un regalo. De despedida. No pensé ni por un momento en que iba a morir. Lo sabes y te resistes a saberlo. Le visité a diario. Me quedaba a dormir algunas noches. En la habitación de la clínica había un pequeño televisor colgado de la pared. Una de esas tardes soleadas, cuando era casi verano, prendí el televisor. La casualidad quiso que una gran orquesta hiciera sonar el inicio de la obertura del *Tannhäuser*, de Richard Wagner, que, junto

con *Tristán e Isolda*, era una de las piezas musicales que más conmovían a mi padre. La primera parte es un canto fúnebre, de amor y compasión. Él rompió a llorar. Ahí nos quedamos juntos con el sonido de la música, las lágrimas, la belleza y perpetuidad del momento.

Decidieron llevarlo a casa. A la casa de la mujer de mi padre. Ponerlo en una de las dos camas del dormitorio y esperar su final. Yo vigilaba que no sufriera. Mi padre no solía quejarse nunca. Soportaba el dolor callando. El doctor Alsina Bofill, médico de la familia, venía a diario a visitarlo. Vino también a primera hora de la mañana del día final. Yo había dormido en la cama vecina aquella noche. Y ya no me moví de su lado. Permanecí de pie tomándole de la mano todo el rato. Papá tenía el rostro vuelto hacia mí y no cesaba de mirarme a los ojos. Con su mirada me decía, claramente, que no me apartase de su lado. Era como si quisiera hablarme. Y le hablé. Comencé a hablarle sin parar, perdida la noción del tiempo, y así seguí unas dos o tres horas sin interrupción alguna. Le estaba ayudando a morir. Mi mano en la suya. Él podía sentir el tacto de mi piel. Salía mi voz distinta en tono y ritmo a la habitual. No era mi voz de siempre. Yo era otra. No tenía ni la menor conciencia del pensar antes de hablar; mis frases fluían diáfanas, con la claridad necesaria para la capacidad de comprensión de papá que, con sus ojos bien abiertos, mostraba que seguía mis palabras, las perseguía. Parecía que le tranquilizara todo lo que le estaba diciendo. Noté que así era. Le hablé, fuera de mí y conmigo, de todo lo que él deseaba oír. Como si estuviéramos los dos solos, cuando no era cierto. Poco a poco el dormitorio se había llenado de familia. En un mundo aparte del nuestro, viendo y escuchando, por lo que supe después, todo mi monólogo-conversación. Mi padre era un hombre muy querido. Mis primos, algunos tíos, mis hermanos, su mujer, que se había quedado al otro lado de la cama… Yo solo le veía a él mientras que él solo se fijaba en mí, con una mirada que me decía quédate aquí, sigue, no te vayas. Yo sabía qué cosas necesitaba escuchar. Le hablé de Dios, de mi madre, de nosotros, sus hijos, de cómo nos había dedicado su vida. Descolgué de la pared una cruz de cerámica que le había regalado con mis hermanos al cumplir papá los cuarenta años. Con ella en una mano, con su Dios, ese Dios que él trató de compartir siempre con nosotros, surgió de mis labios una oración dedicada a aquella vida suya que él había vivido por y para sus hijos. Es posible que estos estados de éxtasis fueran los que transportaban a escritores como Teresa de Ávila, Marcel Proust o William Faulkner, que también contaron experiencias parecidas. En un momento dado, oí cómo la cabeza de papá (no su respiración, sino su cabeza) comenzó a emitir ruidos similares a chasquidos frecuentes, como de ejes corroídos. Fue cosa de minutos. Sentí que se aflojaba su

mano en mi mano y un último chasquido, un crac. Y contemplé la muerte. Su muerte, a los cincuenta y siete años.

Ayudar a morir a mi padre ha sido el acto más hermoso de toda mi vida. En ocasiones me he preguntado si quería más a mi padre o a mi madre, la desconocida. El cariño a mi padre fue y sigue siendo más físico, corpóreo. Otros dirían que más verdadero. La devoción a mi madre pasa irremediablemente a través del apego a mi padre. Y no es una devoción menor. Sino equiparable, en el sentido metafísico. Su amor por mi madre y el amor que les unió —un sentimiento intensísimo que él me transmitió a diario y me contó por escrito—, me une a ella de modo inalterable.

A las pocas horas de su fallecimiento entré en su biblioteca, situada ahora en la casa de la segunda esposa. Abrí dos cajones de su escritorio, los mismos que yo había rastreado de adolescente buscando cartas o huellas de mi madre. Enseguida encontré un sobre abultado con mi nombre escrito en rojo. Era de tamaño mediano, de peso estimable y estaba lacrado. Me lo metí en el bolso. Contenía cartas manuscritas dirigidas a mí que nunca llegó a entregarme y seis o siete testamentos redactados en distintas fechas. Pasaré de largo sobre esto último. En cuanto a las cartas, tengo una maleta llena de ellas, las he leído en ocasiones diversas. También para este libro.

Al mes de haberse ido mi padre, el hermano menor me dijo, de pasada y como quien no quiere la cosa, lo siguiente:

—Ah, Nuria, por cierto, en una reunión que tuvimos en casa de la mujer de papá, ella sacó de no sé dónde un montón de cartas de mamá dirigidas a nuestro padre…

Viendo mi expresión de felicidad, las cartas de mi madre al fin, como si yo estuviese oyendo la mejor noticia que podía darme, mi hermano se quedó callado a la espera de…

—¿Dónde están? —pregunté mosqueada.

Otro silencio del hermano, que permanecía sentado en la salita de la casa del abuelo.

—¿Y por qué no me lo dijiste en su momento? Podías haberme llamado, por ejemplo. Habría ido de inmediato.

—Porque los tres consideramos que era mejor deshacerse de ellas —dijo prepotente.

El tesoro que perseguí toda mi vida acababa de aparecer y las tres víboras (los dos hermanos y la madrastra) lo habían echado a la basura sin siquiera preguntar a la hija. La única de todos ellos que merecía leerlas.

Estallé. Y fuera de mí, grité:

—Tú estás enfermo o eres un imbécil —creo que llegué a decirle—. ¿Y sin leerlas?

Yo estaba furiosa.

—Ella —dijo refiriéndose a la mujer de mi padre— sugirió que era el deseo de papá.

—Serás tonto. Si alguien no quiere dejar papeles a la posteridad, lo primero que hace es destruirlos. Y papá, como sabes bien, vivía fundamentalmente de cartas. Burra de mí —solté rabiosa, como si mis palabras pudieran recomponer el desastre—. ¡Y el deseo de Kafka, joder! —añadí—. Imagina si sus cartas y manuscritos los hubieran encontrado unos resentidos como vosotros…

Para entonces yo estaba dando vueltas de uno al otro lado de la salita de la casa ahora de tía Montserrat.

—Ni tú ni tu hermano sois dignos de vuestros padres —solté a pleno pulmón con palabras enfáticas de cura desde su púlpito. La rabia me impedía seguir hablando. En otro siglo, los hubiera matado.

El drama estaba siendo escenificado en casa de mi tía, donde solíamos comer los viernes. Ella tampoco soportaba a esa señora secuestradora de almas. Ya éramos dos. Ella, silenciosa. Yo, atormentada. Y diciendo a gritos lo indignada que estaba. Mi tía, acostumbrada a nuestras peleas, permanecía muda mientras nos escuchaba. De alguna manera, sus silencios fomentaban los privilegios machistas que concedía a mis hermanos. Me quería y me dio más de lo esperado, pero los prefería a ellos. No me importaba.

Meses más tarde, me espetó mi tía delante de mis hermanos:

—Tú tienes la culpa. Tú mataste a tu padre.

Grandes los trágicos griegos con sus inmortales versos. Ella se refería a mi decisión de no ir a vivir con él en la casa de la avenida de Espasa, como papá me propuso cuando me casé con Óscar.

—De haberlo hecho, tu padre no se hubiera casado —precisó tía Montserrat para argumentar esa afirmación despiadada. Aunque en eso tenía toda la razón.

En aquella ocasión salí de su casa llorando a lágrima viva y dando un portazo. Y llamé a Jorge, mi amigo, mi confidente. Luego mi tía se arrepintió de lo que dijo ese día infausto. Hicimos las paces. A veces conviene lanzar dardos para matar a las culebras que nos corroen por dentro.

Frente al daño que me causó el hermano menor, anunciando el incendio, no hay palabras. Todavía hoy sigo dándole vueltas a la gran putada que me hicieron destruyendo la correspondencia de mi madre que papá había decidido conservar. No hay argumento alguno con el que justificar la quema de las cartas de una madre muerta, desconocida por sus hijos y al mismo tiempo amada, la mujer a la que sus tres hijos, a su manera distinta cada uno, habíamos adorado y extrañado.

Sí. ¡Había un motivo para esa infamia! Uno solo… Los celos y la envidia les habían carcomido sus tripas. Que la iniciativa fuera, según

dijeron, de la mujer de mi padre no justifica el incendio. La maldad existe, se contagia y es ahí donde nace. En los celos. He vivido otras situaciones perversas, y en estas páginas daré cuenta de ellas. Son pocas. Lo haré, sobre todo, para desquitarme.

Comprobé de inmediato que el compincheo de mis hermanos solo tenía un sentido. Hacerme daño. Donde más duele. ¿Por qué? ¿Por haber sido la preferida del padre, del rey Lear? No lo he perdonado. Sobre todo, a ella no la quiero perdonar. Solo he tenido que sufrir a lo largo de mi vida que me hicieran dos faenas graves y que no perdonaré nunca. Y la segunda tendrá un móvil parecido a la primera, esta que acabo de contar.

La noche que siguió a la muerte de mi padre llamé a Óscar y le pedí que viniera a dormir conmigo. No hicimos el amor. Hablamos. Me hizo compañía. Durante este duelo, mi vida se transformó por un tiempo. Como si hubiera dos personas en una. La buena y la mala. La diurna, de vida ordenada y laboriosa. Y la noctámbula, que me inducía a salir sola o con amigos, a vestirme de negro con aires de mujer fatal y a conquistar hombres. Eros y Tánatos. La suma de dos instintos que surgían con mucha fuerza en mí y que durante mi duelo se sucedían, según fueran los momentos. Un deseo de abandonar la vida yendo camino de la tumba erótica. Durante aquellos dos meses no me sentía capaz de racionalizar mis pulsiones. Simplemente, lo quería hacer y lo hacía. Disfrutar del abrazo de un hombre, que apenas conocía, a manera de narcótico para mi noche insomne. Como si al follar me entregara a la muerte. Y al tiempo, escapara del duelo y enmascarase el dolor. La discoteca Bocaccio era el lugar que más frecuenté entonces. Hubo ocasiones en las que llegaba allí en compañía de un amigo, bajaba a la pista de baile, subía luego por la escalera trasera y salía a los pocos minutos con otro que me gustaba más. Sin necesidad de alcohol o drogas. Que por otro lado nunca me interesaron. Ese proceder nocturno me recordaba un documental sobre el apareamiento de las ballenas, en el que vi cómo la hembra reta a los machos que la siguen a consumir sus fuerzas hasta llegar a ella, que es quien decide finalmente con cuál desea la cópula. Acto seguido, la ballena huía. Como ellas actué yo.

Por fin, esta etapa cesó. De acuerdo con que la libertad sexual estaba en boga. Y de moda. Y que el sexo era una forma de conocer a alguien. Pero lo cierto es que nunca he disfrutado de este comportamiento.

Una de las noches del siguiente invierno, Mauricio Wacquez me invitó a cenar con la superagente literaria Carmen Balcells. ¿De quién fue la idea? Sospecho que de Carmen. Los tres solos, dijo. Nadie más. Y lo que ella decía iba a misa. Dirigía todas las operaciones. Su energía movía montañas. Quedamos en un pequeño restaurante de Sarriá,

cerca de mi casa, a cuatro pasos de donde vivieron las familias García Márquez y Vargas Llosa. La cena fue divertida, campechana, alegre. Mauricio derrochó risas y sabia elocuencia. Carmen, a quien yo apenas conocía en la intimidad, prodigó seducción, poder, esplendidez e inteligencia. Tenía una risa capaz de contagiar al mismo Fidel Castro. Todos encantados de cumplir sus órdenes y deseos. También es verdad que su genio iba a la par que su entusiasmo y que, si te tocaba el papel de víctima, estabas perdido. Nada de eso se manifestó aquella noche.

Fue una cena extraordinaria en más de un sentido. En realidad, y sé que no exagero, para mí, una escritora con poca obra todavía, era como si se me hubiera aparecido la diosa Atenea en persona. Lo grave es que no alcancé a darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Mi mente podía ser fantasiosa, vale, pero mis pies solían estar siempre pisando tierra firme, anclándome a mi carácter realista. Terminada la cena optamos por seguir la noche en plan fiesta y los dos me propusieron tomarnos la copa en mi casa. Hacia allá fuimos caminando. Nos sentamos en la sala de estar donde tenía mi biblioteca y seguimos con la agradable charla. Carmen sentada en una de las dos únicas butacas confortables; en la otra, Mauricio, y yo medio echada en un canapé hecho a base de un colchón y respaldos. Fue una velada de tono festivo y alegre. Sí, pasaron las horas y allá seguíamos hablando de todo un poco, salvo de lo más trascendental, hasta que escuché una de esas frases de quitar el sueño, dignas de una película de Billy Wilder.

Carmen me miró directamente y dijo:

—A partir de ahora yo soy tu madre.

No creáis que fue un sueño. Lo cierto es que me costó dormir, con lo poco que ya dormía entonces. A una hora juiciosa de la mañana, llamaron al timbre de mi puerta y apareció un mensajero con un espectacular ramo de rosas amarillas. Acompañado de una tarjeta cariñosa en la que, entre otras palabras dulces, Carmen me escribía: «*Feia molt temps que no m´agradava tant passar una vetllada amb amics!!!*». Le contesté dándole las gracias y añadiendo a mi nota el manuscrito de mi última novela, *Narciso y Armonía*, tal como ella me había pedido.

Pasadas dos o tres semanas, Carmen me llamó por teléfono para anunciarme que Carlos Barral, «el editor de moda, el más internacional, ha leído tu novela, le ha gustado y quiere verte». A mí él me caía bien. Yo sabía por la prensa que Barral había puesto punto y final a Barral Editores y había comenzado a colaborar en Argos-Vergara, donde publicaría novelas en una nueva colección que se llamó la Bibliotheca del Fénice. De Barral se recordaba entonces el gran error, finalmente incierto, de haberse negado a publicar *Cien años de soledad*. Algo que podía explicar la escasa o nula integración de los

escritores latinoamericanos en Barcelona, como escribió el editor Jaime Salinas refiriéndose a su colega Carlos, de quien mencionó «el enorme desprecio que él tenía por la literatura hispanoamericana; decía que los latinoamericanos eran monos subidos en cocoteros». Algo tremendo, cierto.

Llegué puntual a la cita con Barral. Eran las doce del mediodía. Me había cruzado con el mítico editor en diferentes lugares de Barcelona, pero esta sería la primera ocasión en que intercambiaríamos unas palabras. Traté de ocultar mi timidez y nerviosismo cuando me invitó a sentarme frente a su mesa de despacho. Él sonrió, levantando el rostro, y comenzó a hablarme sobre la impresión que le había causado mi novela. Le gustaba. Y admiraba, dijo, las primeras páginas. La novela en sí. Y cómo estaba escrita. Y, tras asegurarme que estaba dispuesto a publicar el libro, añadió a lo que había sido un monólogo una recomendación: «Las últimas páginas son algo flojas y deberías corregirlas», dijo. Seguramente tenía razón. Me gustan los editores que hacen de editor y entran en el libro como mecánico en cochera.

Carmen debería haberme acompañado en ese momento, justo cuando iba a inmolarme viva por segunda vez, y por un motivo muy parecido, con otro editor. Ante su propuesta, que le agradezco mucho, voy y le digo, con voz de caballo trotador, que llega demasiado tarde, porque ya he confirmado que esa novela la publicará en su nueva editorial Pepe Ribas, el director de la revista *Ajoblanco*, que quiere que este libro sea su primera apuesta. El gran Carlos Barral miró a ese mosquito en el que yo acababa de convertirme con evidentes ganas de hacerlo desaparecer de un manotazo. Me escapé de allí sin tiempo siquiera de darle las gracias por aquel encuentro. Un encuentro que quedará en mi memoria como la mancha de azufre que deja patente que ahí se produjo otra espectacular fogata con petardos incluidos. Pero una aprende de sus fallos y a renacer de sus cenizas. Carlos nunca me guardó rencor.

Tres horas después fue Carmen quien me llamó con voz de león devorando presa para gritarme, con toda la razón del mundo, que quién me creía que era yo para decirle NO a Carlos Barral, el mejor editor de los editores; cómo me atrevía a negarme a que él publicara esta novela porque iba a entregársela a un editor que nadie conocía y que por lo tanto la tiraría a los tiburones, tal como por supuesto ocurrió. Y terminó sentenciando a modo de despedida que, por lo que a ella se refería, yo quedaba expulsada de la agencia. No dijo para siempre. Y colgó. De nuevo abandonada, ahora por una agente inmortal, la Mamá Grande, la madre adoptiva. Me refugié a esperar que la tempestad amainase y pudiera seguir escribiendo como antes, o incluso mejor que antes.

No recuerdo si hablé de ello con Fanny Schultz, mi psicoanalista durante unos años, o con algún otro terapeuta circunstancial. Pero sí leí entonces, en palabras de otro huérfano, una respuesta capaz de explicar mi situación: «No obedezco bien. De joven, no tuve padre». Los novelistas suelen acertar cuando se trata de desentrañar las causas de nuestra conducta atávica. También sé de muchos editores literarios que se han sentido con derecho a echar de su casa a un autor y retirarle su protección en el momento en que lo han considerado oportuno. Lleno de contradicciones es este oficio de editar o ser editado. Mi segunda aspiración, después de escribir, es tener un editor o editora (llamémoslo también agente) para toda la vida, como esperas que te dure un padre o una madre. Mis libros los escribí mejor cuando existía esta figura protectora.

Admito que el título de mi novela, *Narciso y Armonía,* es de juzgado de guardia. La presentamos en Madrid, a bombo y platillo, en el edificio de la Fundación La Caixa. Con Fernando Savater como introductor de dos novelas que se publicaron juntas (la segunda era *Urraca*, de Lourdes Ortiz). Vinieron bastantes escritores que yo no conocía aún, como Javier Marías, Luis Antonio de Villena, Vicente Molina Foix y otros, y luego algunos se apuntaron a tomar unas tapas en el Café Gijón. Fue entonces cuando Javier me comentó que había tenido ocasión de leer mi primer manuscrito, *Cuerpo,* y le había gustado. Una amabilidad de su parte que agradezco. Las estrellas del evento fueron sin duda Lucía Bosé y su hijo Miguel. Digamos que todo funcionó muy bien. Y la novela tuvo algunos lectores apasionados, de los que llegan a lo largo de los años. Lo que vino después fue tal y como predijo Carmen. El proyecto de Pepe Ribas en tanto que editor literario terminó rápido y en silencio.

En lugar de tirarme de los pelos, me concentré en la escritura del que sería mi siguiente libro y, a la par, en un trabajo importante de investigación. Nora Vela, colega de la universidad y doctora, me dio un consejo útil. Me animó a escribir mi tesis. Y a ingresar en los cursos de doctorado de la Facultad de Periodismo de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Me matriculé enseguida. Además de mis clases de Documentación y acceso *online* a la información, unos días en el laboratorio y otros en el aula, había añadido al programa una asignatura nueva: Cultura y Nuevas Tecnologías. Tema que me apasionaba, y premonitorio en aquel momento, dado que el ordenador doméstico no había llegado a España. Fueron cinco años de intensa búsqueda y lectura de libros y artículos, de tomar notas, desarrollar ideas y escribir los resultados de mis investigaciones. Todo gracias a lo que leí de autores tanto europeos como americanos. Llamé a este periodo «Vivir en Estado de Tesis». Y lo hice sola, sin poder compartir mis preocupaciones ni mis resultados con colegas en España. Al mismo

tiempo, debo decir, escribía otra novela. Rara, en este caso. Diferente. Era algo parecido a llevar una doble vida secreta e intensa. Tesis doctoral y literatura pura. Disfruté mucho en esta situación de *impasse* vital e intelectual. Todavía me cuesta entender cómo llegué a conseguir mi propósito. Seguía cumpliendo a rajatabla con mi trabajo de profesora, cuidando de mi hija Laia, escribiendo relatos, viendo a amigos y teniendo un par de historias amorosas más o menos importantes. He tratado de separar hombres y trabajo con bastante buen resultado a fuerza de creer que la falta de una cosa compensaba la otra. Y salvo en situaciones cruciales, melancolía, duelo, ansiedad, desamor, inseguridad o simple y llano hartazgo, he conseguido hacerlo bien. Había noches en que la misma persona que había estado entregada durante varios días a la tarea de trabajar con los codos en la mesa para demostrar sugerentes hipótesis y conclusiones, o descartar otras, podía ponerse unos tacones y llegar como tantas veces en otras épocas a Bocaccio para encontrarme allí con amigos y parecer que estaba recién salida de *El jardín de las delicias*.

Cada Navidad, pensando en Laia, tiraba la casa por la ventana. La decoraba con grandes muñecos hechos de felpa, papel o cerámica, cuanto artilugio mi hija deseara, porque necesitaba hacerla feliz. Mi preciosa Laia me acompañaba muchísimo y yo también a ella. A mi padre lo recordaba siempre y, como los creyentes con sus dioses, aún sigo hablando con él como la cosa más natural del mundo. A veces en silencio y otras en voz alta, pocas palabras y siempre cuando estoy a solas, no vayan a tomarme por majareta, como un Hamlet en horas bajas. La frase más recurrente de esos momentos es tan simple que puede dar risa: «¡Papá, ayúdame!». Lo increíble es que suele funcionar, tal vez por el empeño que pongo en que así sea. Para compensar el equilibrio santoral, alguna vez pronuncio otra jaculatoria profana (nunca en voz alta) y digo: «¡Mamá, ayúdame, hazlo posible, por favor!».

Muy temprano me acostumbré a hablar con muertos. En ese periodo de mi vida, escribir literatura era una devoción, además de una desviación de otras habilidades, pues me entregué a poner negro sobre blanco esa charla o conversación que yo solía mantener en silencio con los amigos y colegas del más allá. Me refiero a los autores de libros ya fallecidos del pasado o el presente. Fue mi gran hallazgo de la década de los ochenta.

Tardé cinco años en terminar la tesis con un título que gustó desde el principio, y admito que era algo pretencioso: «De la información al saber». Y debo decir que disfruté en el trabajo. Fui muy capaz de trabajar horas interminables. Dormía poco. Y, durante estos años, también escribí lo mío, literatura pura y dura, salpicada de la ironía necesaria. Porque fue la época de los relatos sobre devotos de

bibliotecas, amantes y enemigos librescos, y que recopilé en *El ladrón de libros*. Años después, sin que yo lo advirtiese, aparecieron en el mundo dos o tres novelas con el mismo título.

En los casi diez años que siguieron a mi separación comenzó a asomar de nuevo mi tendencia a la depresión. Algo que siempre ha estado ahí, un aviso que suena como cantos de sirena de una Ulises, que soy yo, con tapones de cera en los oídos para no escucharla. Salvo que, como todo navegante indómito, he debido enfrentarme a ella con los recursos necesarios. El llanto imparable que surge sin venir a cuento es una advertencia. No sabéis lo sano que es llorar. Si el asunto se queda ahí, si no supera la lágrima, suelo encontrar remedios. Lo peligroso es oír que mi mente vuelve a soltar de nuevo la cantilena sin palabras: me quiero morir. Sí, exacto, el lector recordará aquella misma vocecita que sufría de niña bajo la bota del hermano, seguida de ataques de ansiedad (de los que nadie tenía idea de qué se trataban o hacían por no saber). El duelo o fracaso derivados de la separación de Óscar, sumado al estrés de trabajo y, sobre todo, al fallecimiento de mi padre… Qué se yo. Pero la cuestión es que en dos ocasiones llegué a contemplar dos maneras distintas de desaparecer. La primera usando pastillas, pues en aquella época era facilísimo conseguirlas. La otra, provocando un accidente mientras conducía mi coche por la carretera de la Rabassada. No llegué a hacerlo ni a probarlo. Mi hija Laia, todo amor, a la que quería como a nadie en el mundo, me mantenía firmemente agarrada a la vida. Pensar en dejarla sin madre me bastaba para ver con claridad la putada que podía suponer acatar aquel mal agüero. Creedme, en casi todo suelo ser excesiva, unos minutos escasos.

Fue a mitad de los años ochenta, con mi hija Laia de siete años, cuando empecé una historia de amor con Ramón, ingeniero informático, joven como yo, con el pelo casi totalmente blanco, amable, pero también un tanto desorientado. Su aspecto de científico loco le servía de anzuelo. Ojos claros y atractivo. Vivía con su madre, algo que sorprendía y detalle que, en lugar de importarme, me beneficiaba. No tenía horarios fijos. Algunas noches debía quedarse trabajando hasta casi el amanecer por culpa de los ordenadores de entonces, que debía alimentar con tarjetas si no quería verlos morir de inanición. De vez en cuando me decía que por gusto o para aliviar ese estrés fumaba porros. Dadme un hombre más o menos normal. Lo agradecería.

En verano, estando con Laia y Ramón en Cabanellas, recibí una llamada (ya habían llegado al pueblo la línea telefónica y el agua corriente) del amigo Alberto Cardín. Me contó que estaba preocupado porque, a su regreso a Barcelona tras un viaje a Egipto, empezó a encontrarse mal, con unas diarreas impresionantes, y parecía que los

médicos no sabían diagnosticar su causa. No era el primer caso de alguien próximo a mí que sufría de una enfermedad rara. Un amigo mío de Granada acababa de morir de un probable cáncer o «enfermedad sin nombre». Así comenzaba la historia trágica que se nos venía encima. Un año antes leí que se habían confirmado ochenta y tres casos de sida en España desde 1981. Y, de forma pausada, se empezó a hablar de mortalidad. Y también se decía que no había razón para alarmarse, pero sí, por supuesto, que era necesario protegerse. Muchos (inconscientes-ignorantes) aún no lo hicimos. Los casos de infección «atacaban», y por tanto marginaban y etiquetaban, a un sector de la población: los homosexuales. Es decir, a gente de nuestra edad y más jóvenes. O sea, a todos. Muy preocupada, pensé y comenté luego con Ramón que Alberto podía haber sido infectado. Y efectivamente así sucedió. Con Cardín yo había compartido la edición de artículos en la revista *La Bañera*, y muchas conversaciones de libros y de amigos. Me atraía la dualidad de su carácter. Podía ser a la vez fiero y compasivo. Se encerró en su mundo profético. Y siguió escribiendo. Y publicando. Como escribió su amigo Manuel Delgado, «tenía cuarenta y cuatro años y ha muerto en ese exilio interior y voluntario en el que se refugian los lúcidos». Fue el primero.

Mi historia con Ramón duró dos años. Y fue terminándose sola, como si el humo y la ceniza, yo que para entonces había dejado de fumar, lo fueran apartando de mí con cierta tristeza, pero sin lágrimas. Es posible también que mis antenas juiciosas (ya las he mencionado) me estuvieran avisando de «algo recóndito» de lo que daré debida cuenta más adelante. La última vez que dormí con él me contagió ladillas.

Una neumonía brutal, por la que terminé postrada en cama de hospital con vías puestas, había sido el primer detonante de mi ruptura con Ramón. En horas bajas, cuando tocas fondo, surge un choque emocional que te ayuda a pensar y actuar con inteligencia. Suele ser mi caso. La neumonía me aportó un regalo: la amistad con Mercedes Casanovas, agente literaria, y con su marido, escritor argentino, Enrique Lynch. Mercedes estaba en la clínica y sufriendo algo parecido en la pleura. Así fue como empezamos a hablar por teléfono, a vernos, y muy pronto a hacernos grandes amigas, y lo mismo con Enrique. Como dice ahora Laia: «Son como tu familia». En casa de ellos, donde iba a menudo, conocí a los brasileños Gilda Oswaldo Cruz y su pareja de entonces, el dibujante Cassio Loredano, simpáticos, divertidos, inteligentes, que se unieron a nosotros de tal modo que acabamos formando algo parecido a una comunidad de vecinos. Si no nos hablábamos o veíamos a diario es que algo grave estaba ocurriendo. Como por ejemplo un partido de fútbol entre Brasil y Argentina. Por aquellas fechas, Alfredo Bryce, con quien había

perdido contacto, llegó a Barcelona. Buscaba instalarse aquí un tiempo. Jorge y Lali Herralde me invitaron a cenar con él y darle así la bienvenida, y por su lado Mauricio Wacquez, de quien era también muy amigo, le dejó su apartamento en Infanta Carlota. Allí ocurrirá la escena de los gatos que Alfredo ha contado en su libro de memorias y en la que aparezco. No sale, sin embargo, el porro que nos ofrecieron en Bocaccio, que nos fumamos los dos y quedamos transpuestos.

Mi tesis iba avanzando y el manuscrito de *El ladrón de libros* estaba a punto de quedar terminado en su tercera versión. Era un libro casi más extraño que yo. Todo iba cuadrando como un puzle para que en el momento en el que Mercedes aceptó representarme como agente, entraran en nuestro radio de relaciones sociales el editor argentino Mario Muchnik y su mujer, Nicole, periodista y casi más argentina que francesa. Mercedes había hecho llegar a Mario el manuscrito de mi nuevo libro y, al mismo tiempo, Alfredo me había invitado a cenar con ellos en su apartamento prestado. No creo que fuera pura coincidencia. Ah… Se me olvidaba lo más importante: me había roto la tibia y el peroné de la pierna izquierda y caminaba con muletas.

Mario era un gran editor instalado desde 1978 en Barcelona, donde tenía su propia editorial, Muchnik Editores, en cuyo catálogo había autores muy admirados por mí y reconocidos internacionalmente como Italo Calvino, Susan Sontag, Primo Levi, Augusto Monterroso, Juan Carlos Onetti, George Steiner… Por supuesto, había editado varios libros de Elías Canetti, al que descubrió para la lengua española. Cuando en 1981 le concedieron el merecidísimo premio Nobel a Canetti, recuerdo haber ido a la fiesta que los Muchnik celebraron en su editorial o, tal vez, en el apartamento del cineasta Ricardo Muñoz Suay. Pero la amistad con Mario vino después, en la cena a la que nos invitó Bryce. Y ya no sé qué fue primero, si esa gran amistad o la decisión de Mario de editar *El ladrón de libros*. A día de hoy, diría con casi total seguridad que ambas cosas llegaron juntas.

Volví a sentirme feliz. Lo que en mí siempre coincide con el hecho de que estoy empezando a escribir otro libro o me he enamorado en serio. Y Laia a mi lado, en casa o saliendo a jugar con sus amigos del pueblo de Cabanellas. A los cinco años aquella niña maravillosa era tan independiente como si tuviera diez. Ahora es una madre estupenda que vive en Londres desde hace veinte años. Me río por dentro viendo cómo educa a sus hijas, esas niñas que tanto me recuerdan a su madre cuando tenía su edad. Laia había aprendido lo que significaba tener unos padres escritores a los que veía juntos casi a diario. Pero también nos recriminaba nuestra obsesión común, y más de una vez nos suplicó que le hiciéramos un favor a todas luces imposible: «¡Por favor, no habléis más de literatura!».

A los siete años más o menos, y no sé si por un enfado conmigo, decidió que quería ir a vivir con su padre. Traté de convencerla de varias maneras de que no lo hiciera, pero ella insistía. «De acuerdo —le dije—, vamos a llamarlo por teléfono y se lo preguntamos. ¿Te parece?». Sí, dijo, abriendo los ojos como si acabara de caer del cielo el mismísimo ET. Descolgué el teléfono sin advertir de antemano a Óscar lo que Laia quería pedirle. «Te paso con ella», le dije. Al minuto Óscar la había convencido de que cambiara de idea. Pero siguió como siempre, viendo a Laia todos los días, hasta que se fue de Barcelona.

En verano, durante una cena en casa de mi amigo Eduardo Arruga, que tenía la enorme paciencia de escuchar mis amores y desamores de la misma manera que yo atendía al contarme los suyos, me presentó a Juli, arquitecto con el que le unía buena amistad. Hay hombres inaplazables y esos suelen ser los que me gustan. Enseguida me llamó para cenar juntos, y de ahí pasamos a vernos un día sí y otro también. Mi intención con él era que fuéramos amigos; tenía dos hijos y estaba divorciado. Le gustaba pintar y lo hacía bien. Tenía una cualidad algo parecida a la de mi padre: lo que tocaban sus manos con pretensión artística lo transformaba en algo hermoso. En todo lo demás, se parecían tan poco que eran literalmente opuestos.

El fin de semana después de conocernos decidimos ir a mi rectoría de Cabanellas con Pepe Ribas, que entonces salía con una amiga, y con Fernando Merelo, que vivía con una mujer llamada Isabel. Juli nos acompañó y, por supuesto, también vino Laia. Fernando, médico de profesión, había traído una pastilla de éxtasis con intención de que todos probáramos un poco. Era justo el momento en que esta droga sintética, un alucinógeno festivo, comenzaba a ponerse de moda, y ya hacía furor en las discotecas. Mi cuerpo nunca se ha mostrado predispuesto al alcohol ni a las drogas, descontando algún que otro acercamiento cuando alguien fuma un porro en reunión. Supongo que yo rechazo mentalmente cualquier tipo de dependencia psicotrópica o de naturalezas similar. En Colombia, años setenta, con Óscar habíamos llegado a ver jarrones de cristal repletos de polvo blanco en algunas de las casas particulares a las que éramos invitados. Nunca me tentó probarlo. En el caso del éxtasis de aquel fin de semana, aunque no las tenía todas conmigo, cuando estábamos sentados en el jardín y apenas comenzaba la puesta de sol, y Fernando se disponía a prepararla, les dije a mis amigos:

—¿No creará adicción, Fernando?

—Para nada —dijo él.

Y puso sonrisa de emoticón. Sabía muy bien de qué iba la cosa.

—¿Ni tampoco reacciones extrañas? —insistí—. Piensa que estoy con Laia…

—No, qué va —nos aseguró.

Había puesto un poco de agua en varias tazas de café y diluyó la sustancia blanca en cantidades tan mínimas que ni se veían apenas. Nos la bebimos de un sorbo. En ese mismo momento, las seis de la tarde más o menos, apareció el incendio. Ese, de verdad. La casa está orientada hacia Rosas, con el mar que se va abriendo en la ancha bahía, rodeado de montes de pinos y encinas que se le ofrecen como si fuesen una cuna. Allí donde se produce la fusión del Mediterráneo de la Costa Brava con la montaña de los Pirineos, en cuestión de segundos, se produjo la transformación de las vistas panorámicas de siempre en el escenario dantesco donde comenzó a arder en la lejanía, y con furia desatada, un incendio tan visible que nuestros ojos eran capaces de ver la altura de las llamas y el inmenso humo que les servía de sombrero. El olor a fuego nos llegaba con la cadencia del viento. Sentados en la hierba, apenas nos movíamos. Permanecimos mirando atónitos y embelesados aquella escena propia de una ópera wagneriana. El efecto del alucinógeno, sin duda, ya lo teníamos en el cuerpo. Todo se magnificó. Laia, que no paraba de jugar y corretear con sus amiguitos del pueblo, entraba y salía de la casa. Ajena al espectáculo del mundo ardiente, pero al parecer picada por la curiosidad ante nuestro extraño comportamiento. «¿Por qué os reís tanto?», quiso saber. Juli me tomó la mano. Luego, me sentó en sus rodillas. Todo era perfecto. Algo después nos fuimos a dormir. Juli en mi habitación, yo en el cuarto de Laia, en otra cama. Al poco rato, abrió la puerta y me pidió que saliera. Nos abrazamos. Nos besamos. Parecía imposible separarnos el uno del otro. Literalmente. Nadie en la tierra podía estar más enamorado de lo que nosotros estuvimos aquella noche. Así lo comentamos al día siguiente cuando, serenos y tranquilos una vez aplacado el incendio, nos pusimos a desayunar. La experiencia de la noche quedaba como un recuerdo bastante vivo, pero apagado. «Es la droga del amor», dijo Fernando.

Lo fue, pues a Juli y a mí, y al resto de los que tuvimos esa experiencia increíble, nos costaba un gran esfuerzo dejar de mirar y acariciar a nuestra pareja. Todo era amor ardiente hasta que llegaron las brasas del final del verano. El efecto éxtasis había finalmente muerto por completo, y empezó aquel muchacho a utilizar la mentira y la broma para atacar al prójimo, la crítica constante a los demás, y una inequívoca malignidad en su trato conmigo. Era incapaz de asumir errores, estaba convencido de ser el mejor de los hombres. ¡Vaya!

Y, sin saber cómo, a finales de agosto quedé embarazada. Me sentía feliz. Quería otro hijo. Y comencé a advertir los síntomas. Laia se mostró ilusionada, aunque habría preferido que el hermano o hermana fuera de su padre. Cosa inaudita, también me sentía sola. Juli se tomó más o menos bien la noticia de que volvería a ser padre.

A finales de septiembre comenzó a visitar pisos de alquiler para irnos a vivir juntos. Empecé a inquietarme. Ya éramos mayores para jugar al te quiero-no te quiero un día tras otro. Llegué a preguntarle si disfrutaba viéndome llorar. La hinchazón en la barriga era algo visible, al menos para mí. A mitad de octubre sentí como si ese volumen se hubiera desinflado. Mi cuerpo habla, y yo le escucho. Fui rápido a visitar a la doctora y radióloga Elisabeth Domenech, que me estiró en la camilla con intención diáfana de ver el embrión flotando (por cierto, fui yo sola). Presentía el fracaso. A veces me escucho diciéndome: «Joder, qué día encontraré a un hombre bueno y responsable».

La doctora, tan seria como eficiente en su trabajo, coloca el manubrio helado en mi vientre y comienza la exploración. Siempre, en estos momentos, suelo pedir al techo, a la puerta o a la pared de enfrente: «Por favor, que todo vaya bien». No parece hoy que tenga que ser así; el rostro de la doctora transpira más gravedad que un día corriente. Llevo años observándola examinar mis entrañas y jamás la he visto mover su mano arriba y abajo, una y otra vez, tan insistente, ni dedicar tanto rato al frote de Aladino y su lámpara maravillosa. En el fondo ya sé lo que pasa, e insisto en no querer saberlo. «No está», dice, como quien no quiere la cosa, como si con mi billete de lotería en su mano no me hubiera tocado el premio por un número. Por si no he escuchado bien, vuelve a repetirlo: «El embrión se ha ido».

Costaba explicar algo tan sencillo a Juli, a mi hija Laia, a mi familia, a amigos… Recurrí a la frase «solucionatodo»: «Lo he perdido». Y que anunciaba que, como aquello estaba allí y ahora ya no estaba, tocaba hacerme un legrado uterino. Léase: operación quirúrgica que consiste en raspar la superficie de ciertos tejidos, en este caso del útero, para eliminar todo resto de sustancias adheridas. Evité la palabra aborto, pues significa frustración, dolor, fallo, FRACASO. Al primero que no le sentó nada bien la cosa fue a Juli. El llamado padre. Lejos de ponerse en mi lugar, de darme un abrazo diciendo «no te preocupes, lo superaremos»…, comenzó a marcar distancias conmigo tratando de que me sintiera culpable.

La noche antes de la operación, Laia vino a dormir a mi cama. Siete años solamente y comprendía mejor que nadie lo que me estaba pasando. Sus ojos azules, caídos del cielo de un Mendel distraído, buscaban dar luz a mi tristeza en un intercambio de papeles madre-hija que se mantendrá a lo largo de nuestras vidas. He olvidado quién me acompañó a la clínica la mañana siguiente. Recuerdo con todo detalle la habitación en la que desperté completamente sola. Un cuchitril sin luz, un lugar que más parecía un despacho de oficinista jubilado.

La ruptura con Juli trajo cola durante un tiempo. Mi capacidad

de resistencia buscaba reducir los daños colaterales como si se tratase del finiquito de un contrato a vida o muerte. Vi con claridad que Juli pertenecía al grupo de personas para las que el amor, lejos de ser intercambio recíproco y compasivo, resulta ser, como descubrimos siempre demasiado tarde, cámara de tortura para una de las partes. Imposible mantener una amistad con Juli, por mucho que él intentase seguir viéndome. «Mantente lejos», me aconsejaban amigos que lo conocían bien. «¿Sabes a cuántas les ha hecho lo mismo?». Me daban la lista. De nuevo se repetía la historia que me llevó al primer psiquiatra, Mariano de la Cruz. Perdía el amor y el hijo que esperaba, y me transformaba en una culpable sin causa. El dolor fue tan rabioso que decidí un buen día acercarme a la sección de necrológicas de *La Vanguardia* a notificar su muerte. Antes, comenté a Jorge, Eduardo y Pedro, mis amigos, la gran idea. Ni se te ocurra, clamaron cada uno por separado, como si de pronto me hubiera vuelto loca. Lo que no dejaba de ser a medias cierto. Terminamos por tomar una copa en el Astoria y convertir en un divertimento aquella fantasía mía. «Que va en serio», les dije todavía esa noche.

Opté por volver a mi psicoanalista, Fanny Schulz. Argentina, judía y, según aseguraban los entendidos, la mejor analista que había en Barcelona. Una mujer grande de sonrisa cálida, apariencia poderosa a la vez que sencilla. Inspiraba tranquilidad. Y saber. Regresé a ella echa un mar de lágrimas. Como paciente, alternaba diván y silla de despacho. Traté de no vaciarle mi vida entera, salvo lo indispensable (evitar como fuera volver a mis antiguos monólogos con el psiquiatra De la Cruz). Me centré en el presente y en el futuro inmediato, confiando en su ayuda para curar frustraciones y lograr que se cumplieran mis deseos más esenciales, que en mi caso se resumían en escribir (la escritura me libera de los pesares diarios) y en tener un hijo. El resto seguía funcionando más o menos. Mis clases, la tesis en la que ya estaba por fin avanzando al galope, mi hija, mi relación con Óscar y con los amigos. Pero la vena literaria estaba en aquella época bloqueada. Conozco bien la importancia de mi estado de ánimo para que la escritura funcione. La depresión es en mi caso enemiga de todo asomo de creatividad. Superarla es difícil. De nuevo, mi lucha por esquivarla y salir de ella. Sabiendo al mismo tiempo que escribir es, para mí, una forma de aliviar la angustia. Tal vez la única, aparte del amor con la persona que amas y te ama. Además, le digo a Fanny (y lo repito una y otra vez en cada sesión): «Quiero tener un hijo, y tiene que ser ahora». Le cuento mi plan. Sin hombre a la vista va a ser difícil.

Mi ginecólogo insiste en que, si deseo tener otro hijo, debo aplicarme a ello. Tengo treinta y cinco años. No debo esperar a que llegue el hombre soñado. En la visita a mi ginecólogo le comento las

noticias que he leído sobre la posibilidad de recurrir a la reproducción asistida. El primer bebé probeta de España, tras la primera fecundación *in vitro*, realizada por la doctora Anna Veiga, acababa de nacer en Barcelona (1984). Yo había leído que la inseminación artificial consistía en inyectar en la vagina de la mujer espermatozoides de un hombre que podía ser la pareja de la interfecta o un donante anónimo. «Estoy dispuesta a llevarlo a cabo», le digo. El proceso se realizaba en secreto. Y así fue en mi caso, hasta hoy, que lo revelo en estas páginas, también a los más próximos. Me recomendaron un doctor que tenía una pequeña clínica y parecía conseguir buenos resultados. Allá me fui al siguiente mes, pero no sola. Me acompañaba Óscar.

Lo reflexioné a conciencia y pensé en otras posibilidades de quedar embarazada antes de comenzar con las aún confusas técnicas artificiales. Sobre todo, porque mi relación con Óscar seguía siendo buena. Éramos mucho más que amigos. Estábamos separados, lo que no quería decir que no siguiéramos queriéndonos. Óscar me escribía en hojas mensajeras: «Nuria, te amo. Tratemos de ser justos». Mi propio egoísmo, unido a mi deseo de volver a ser madre, me llevaron al atrevimiento de proponerle a Óscar que tuviéramos otro hijo juntos. Y decirle algo todavía más insólito (imprudente, sería la palabra justa), llevarlo a cabo mediante inseminación artificial con la ayuda del doctor X. Óscar aceptó de buen grado la idea de darme otro hijo, pero se negaba a usar como intermediario «el artificio de una técnica».

Hicimos el amor, lo recuerdo bien, una tarde a una hora en la que Laia estaba en el colegio. Por la mañana me ocupé de comprobar mi temperatura y asegurarme de que estaba ovulando. No recuerdo cuántas veces más hicimos el amor. Sí sé que siempre fue en casa y en mi cama, la misma de cuando estábamos juntos. El sol no tuvo reparo alguno en iluminar la escena, saturada de luminosidad ilusoria. Al terminar, reímos como adolescentes, más atareados en desdramatizar la jugarreta que le estábamos haciendo a la vida que en vivir la experiencia. Cuidé bien de no moverme demasiado, para que aquello llegara a buen puerto. Pero ni por esas.

No funcionó ninguna de las intentonas. Entonces, tuve los arrestos necesarios para proponer a Óscar otra posibilidad, más natural, le dije, que la artificial, pese a que esta última seguía rondando por mi cabeza. En mis pesquisas leí que los sumerios, en el año 3500 antes de Cristo, además de inventar la escritura, dato importante, habían ingeniado una técnica muy primaria de inseminación artificial que utilizaban con ovejas y caballos. Yo misma la había visto llevar a cabo en las vacas de Cabanellas cuando venía el veterinario a inyectarles una cánula repleta de semen vacuno. ¿Estaba tocada del ala? Es posible. ¿Lo estaba también Óscar al aceptar mi

propósito? De perdidos al río, sería la explicación más consistente de nuestra yincana. Compré en la farmacia dos jeringas y en una de ellas Óscar trajo a casa su regalito. Ni así hubo suerte.

«No queda otra», le dije a Óscar. Mi frustración era también la suya y los dos éramos muy empecinados (palabra que él usaba a menudo). Terminó aceptando sin problemas. Allá llegamos los dos como una pareja más de las dos o tres que se hallaban sentadas en la pequeña salita, aguardando turno de visita. Esta escena se repetiría dos veces. En las siguientes, Óscar llevaría consigo el kit de plástico donde había colocado su semen. Y quedamos una vez y otra a la espera del resultado. Negativo en ambas. Aquí sí que nos dijimos el uno al otro: ¡ya basta!

Aunque yo seguía en mis trece. Ahora en secreto absoluto. Cada año que pasaba suponía una reducción de mis opciones de cumplir el deseo de ser madre otra vez. ¿Acaso no aparecían otros hombres en mi vida? Los hubo, sí. Y les comenté, por supuesto, que no iba protegida. Indagué el modo de llegar al Dr. Pedro Barri, quien, según me aseguraban, conseguía embarazos casi al primer intento. En la visita inicial se mostró amigable. Decidido. Me temo que fui una de las primeras mujeres solas (sin pareja) que por su cuenta y riesgo decidía ser madre con el semen de un donante anónimo. Comenzamos con los papeles y protocolos previos a la inseminación y establecimos un calendario para llevarlas a cabo. Tras cada intento había que esperar resultados. Yo pasaba el tiempo mirando al cielo prometido. Y vigilando señales en mis entrañas. Me preguntaba, sin fiarme del todo, qué material genético era el de los donantes que yo permitía que anidara en mi útero. No sé ahora, pero en aquellos años las mujeres que nos atrevíamos a optar por la reproducción asistida debíamos pasar por un vía crucis psíquico y anímico que soportábamos en silencio absoluto. Nunca hablábamos entre nosotras en las salitas de espera, nos mirábamos de reojo estudiando la historia emotiva que cada una debía de llevar encima. Nuestro grado de vulnerabilidad, que era elevado, lo guardábamos en el bolso, que solíamos mover con displicencia.

Pero sí hubo pronto una nueva gestación literaria. Gracias a que la literatura volvía a fluir de nuevo, dejé descansar a mi psicoanalista. Estaba enfrascada en unos relatos con la idea de reunirlos en un volumen. Poco a poco se fue cimentando el que iba a ser otro de mis libros especiales. Llevaría por título el mismo del relato que lo culmina: *Amor breve*. Algunos de ellos surgieron de historias de amor en aquellos años ochenta. Sé que uno debe analizarse a sí mismo y a su propia literatura con cierta ironía, pero con sarcasmo amistoso. Detalle que me permite ser vengativa, pero no del todo maligna. Y me decido a poner al descubierto una anécdota del relato «Amor breve».

El personaje de ese cuento es nada menos que Samuel Beckett, con quien la protagonista mantiene una corta y extraña historia de amor. Al poco de publicarse este libro, en uno de los clásicos almuerzos multitudinarios, alegres y festivos que Oriol Regás (fundador de las dos discotecas de Barcelona más simbólicas: Bocaccio y Up and Down) había organizado en el restaurante Tropical, el propio Oriol me llamó en un aparte para decirme con sonrisa cómplice que la historia que me había inventado con Beckett le gustaba mucho. Y me felicitaba por ello. Cómo iba yo a estropear su alegría lectora y responderle que no era inventada sino real como la vida misma. Este encuentro con Oriol me sirvió de mucho. Acababa de descubrir la metaliteratura sin darme cuenta. Y exploté la fórmula.

En esas fechas, la bonanza de la Transición española empezó a tambalearse en Cataluña debido a corruptelas de su presidente, Jordi Pujol. Además, emprendió nuevas políticas nacionalistas, es decir, ensimismadas y fanáticas, empezando en 1983 con la Ley de Normalización Lingüística y Protección de la Lengua Catalana, que en 1998 se transformó en una política de inmersión lingüística del catalán en las escuelas, en detrimento del castellano, que era también la lengua de Cataluña. Y que nadie se llame a engaño. Digo todo esto y puedo también decir en mi descargo que, a los veintidós años, cuando el país soportaba aún la dictadura franquista, fui de los primeros profesores en dar clases en catalán, siempre y cuando pudieran entenderme todos los alumnos sin excepción alguna. De lo contrario pasaba de inmediato al castellano. De 1994 en adelante comencé a moverme junto con personas contrarias como yo a la política despótica de Pujol y a escribir artículos en defensa de la libertad de elegir o utilizar una u otra lengua sin diferencias ni imposiciones de ningún tipo.

Pero tiempo antes ya nos llevamos un enfado en toda regla cuando en 1984 estalló el escándalo de la Banca Catalana, el banco particular del presidente Jordi Pujol, mediante el cual quien era el amo y señor de todo dividía y repartía entre los suyos y sus comisionados. La Fiscalía General del Estado presentó una querella criminal contra Pujol por su implicación en los sucios manejos de aquel banco.

Con espíritu ecuánime y conciliador me presenté el viernes a comer a casa de mi tía Montserrat, día en que reunía a mis dos hermanos y a mí con la buenísima intención de pasar unos ratos en amor y compañía. Aquellas comidas solían terminar como el rosario de la aurora. Y nada más empezar ya eran un infierno de gritos, discusiones y lágrimas. Ella era devota absoluta del Jordi de las calzas verdes, al punto de que, para referirse a él, y lo hacía a cada rato, le bastaba y sobraba con utilizar la sola y sagrada palabra «*president*»,

con un deje de devoción divina que (lo digo en serio) me enternecía.

—¡Por fin, ya lo han descubierto! —solté en la mesa, como anunciando una gran noticia jubilosa—. Sí, al ladrón de bancos —precisé.

Los tres pusieron cara de no entender el idioma en el que yo hablaba. Movieron la cabeza como tratando de dominar un tic. Me separé del plato y junté mis manos en señal de rezo. La has pifiado, me dije. El *president* Pujol ya había transmitido a todos los catalanes adeptos de la secta la consigna mágica que transformaba el robo en martirio: «Esto [se refería a la querella criminal] es un ataque de España contra Cataluña». Y en no más de cinco minutos convocó una de esas manifestaciones patrióticas que da miedo verlas. En aquella ocasión, delante del Palau de la Generalitat. Su fuerte indio. Mi tía no se desplazó a la otra punta de Barcelona para asistir a la convocatoria. No era necesario. Sabía como nadie mover sus redes antes de que se inventaran las de nuestra telemática época. Tampoco el hermano mayor, que era (y sigue siendo) el más forofo pujolista e independentista, e ídem activista de los que en el mundo han sido, estuvo aquel día entre los miles de manifestantes concentrados en la plaza de marras para escuchar el discurso incendiario del presi: «El Gobierno central [decir «español» les daba arcadas] ha hecho una jugada indigna; a partir de ahora, de ética y moral hablaremos nosotros, no ellos».

Yo quedé como una ingrata con «mi pueblo». Porque volvió a salir la cantilena odiosa del «salvar al pueblo», el *Volksgemeinschaft*, citada por Pujol y no menos peligrosa. «Te pareces a Cambó», me dijo mi tía con agravio. ¿Por sus relaciones con intelectuales españoles y catalanes a la vez? ¿Por preferir sumar a restar? Ni Cambó se salvaba de la quema intolerante de algunos catalanes.

Óscar decidió regresar a Colombia. El país de su literatura. Por una razón comprensible y dolorosa, en especial para nuestra hija Laia, que en ese momento tenía diez años. No creo que la política catalanista fuera la razón principal, pero contribuyó en parte. Él lo necesitaba para impulsar su carrera de escritor. Una carrera que aquí, por el rechazo a los extranjeros, salvo aquellos que eran avalados por Carmen Balcells, no había conseguido ni conseguiría nunca desarrollar con toda su amplitud, como lo probaba el periplo de otros colegas suyos que llegaron y tuvieron también que irse. En aquellos meses yo mantenía una aventura amorosa con un amigo de Pasqual Maragall, alcalde entonces de Barcelona. Es posible que esta relación con alguien que era además amigo de los amigos de Óscar diera el pistoletazo de salida. Nada más dejar Óscar su apartamento para regresar a Colombia, fue mi enamorado quien lo alquiló de inmediato. Eso me pareció demasiado. Y ahí cavó, para mí, su tumba.

Entre que Óscar tomó la decisión de irse y la partida pasaron pocas semanas. Creo que ya había comprado el billete cuando nos lo dijo. Laia, siempre tan digna, adorable y buena, apenas mostró su tristeza. El día en que su padre marchó a Colombia, no fue al colegio. «Me encuentro mal». Le puse el termómetro y tenía fiebre. Pasó tres o cuatro días así y pese al tratamiento que yo le daba para una posible gripe, no le bajaba ni una décima. Consultaba al pediatra y me insistía en que la niña estaba sana. Ya habían pasado veinte días cuando en la calle encontré a un amigo. Era psiquiatra. Me vio desesperada. Le pedí si podía subir a casa un momento y de camino le conté lo que me estaba pasando. Y enseguida me dijo: «Tengo una idea. Vamos a probar una cosa. Entra en su cuarto y le pones el termómetro. Te sientas en su cama y no te muevas hasta que hayan pasado cinco minutos». Así se terminó la fiebre. A partir de ese momento mi energía estaría dedicada a hacerla feliz. Había perdido días de colegio, de modo que busqué y encontré a María, una chica joven sevillana, maravillosa y divertida, que había venido con su familia a Barcelona y vivía a dos pasos de casa. Mientras María no empezase la universidad, podía venir diariamente a jugar con Laia, ayudarla en los deberes, pasear, bailar y organizar con ella todas las diversiones que se les ocurriesen. A Laia le encantó María. Habíamos superado un obstáculo.

Pasados unos meses, Marta Navarro, esposa del reconocido pintor Luis Marsans y madre de sus hijos (ambos amigos, de los que me doblaban la edad, y a quienes frecuentaba juntos o por separado), me llamó para sugerirme que a su hija Alicia, que entonces tenía unos dieciséis años, le iría bien pasar noches en mi casa como canguro y estar al cuidado de Laia. Me encantó su propuesta. A los dos días Alicia Marsans (hoy pintora) empezó a formar parte de nuestra familia.

Es curioso el modo en que conocí a Marta y a su marido. Cenando en un restaurante próximo a Santa María del Mar, vi unos dibujos y pinturas inspirados en la obra de Marcel Proust. Me entusiasmaron, pregunté por su autor, quise saber si las vendían y pedí el precio de una pintura. Era la primera vez que compraba un cuadro. Luis Marsans vivía en Barcelona y me pusieron en contacto con él. Quedamos para cenar y de inmediato nos hicimos amigos entrañables. Me gustaban tanto él y su trabajo que le ayudé a que el periodista y escritor Sergio Vila-Sanjuan le hiciese un gran reportaje en *La Vanguardia*, donde entonces yo colaboraba alguna que otra vez en las páginas de Cultura.

Marta, su mujer, medio maga, exótica de maneras y asombrosa en su forma de ser, de vestir y de concebir la vida (podría ser nuestra Patti Smith), era un espectáculo cuando la veías pasear por nuestro barrio de Sarriá. Otro día, una llamada suya tuvo también una gran

influencia positiva en mi vida. Ella estaba al corriente de mi empeño en poner punto y final a mi tesis de doctorado y la circunstancia le vino al pelo para contarme que la noche anterior, en una fiesta, conoció a un hombre que había organizado el encuentro para celebrar precisamente que acababa de lograr su doctorado en Arquitectura.

—Es un tipo inteligente y guapo. Le he pedido la copia de su tesis. ¿La quieres?

Tras decir eso, dejó un silencio prolongado. Luego añadió:

—Además, acaba de dejar a una chica que no le convenía. Es un hombre para ti.

—¿Qué dices? —dije, y repetí riéndome—. ¿Qué dices?

—Lo digo en serio, y tan en serio que hasta le hablé de ti.

—Ah, muy bien. A lo mejor es un pardillo que solo quiere líos.

Pero me lanzó su nombre antes de despedirse.

Semanas más tarde, Televisión Española se puso en contacto conmigo para invitarme a participar en un programa de la tarde sobre amenidad y cultura. Viajé a Madrid en un vuelo de mañana para regresar a Barcelona al terminar el programa. En la sala de espera del aeropuerto de Madrid, antes de salir hacia el avión, se me acercó el arquitecto de marras. Yo sabía quién era, se trataba de una persona conocida en Barcelona. Es más, me lo solía encontrar cenando solo en el restaurante Flash, que todos frecuentábamos. Siempre le pescaba mirándome. Como un espía a cara descubierta. Esta vez, sin embargo, no quiso perder la ocasión de acercarse.

—*Sóc en Jordi Garcés*.

Camino al avión seguimos hablando. De sus obras como arquitecto y de las mías como escritora. Se las arregló con astucia para sentarse a mi lado y viajamos juntos. Entrado en confianza, me comentó que había leído «el piropo», «las piernas más bonitas del mundo», que me había dedicado el escritor Juan Marsé en *La Vanguardia*. Arrugó la nariz. «Por despecho —tercié yo enseguida— y porque no hice caso a sus insinuaciones. Es un resentido». El avión despegaba. La simpatía de mi vecino no era una de sus cualidades, pero me resultó agradable el trato, también el hecho de que poseyera una gran cultura y que, como decía Marta, fuese bastante atractivo. Sacó a relucir que estaba separado de su mujer desde hacía dos años. Importante carné de presentación que marcaba su libertad de movimientos. «Más o menos como yo», le dije. Y nos despedimos hasta más ver.

El 24 de noviembre de 1988 se celebró por fin la lectura de mi tesis doctoral en la Facultad de Ciencias de la Información de la UAB, que fue finalmente calificada de *apta cum laude* por un tribunal constituido por el filósofo Eugenio Trías, el catedrático de Comunicación Miquel de Moragas y el científico Jorge Wagensberg.

Era extraño en mí, pero ese día no me sentí nerviosa. Llevaba bien preparada la defensa, el trabajo era innovador y me repetía a mí misma: lo que tenga que ser, será. Mi tía y algunos amigos estuvieron entre el público. Me sentía contenta. Esta tesis iba a ser madre reproductora de tres vástagos librescos. El ensayo *De la información al saber*, publicado gracias a la recomendación de Román Gubern; *El libro mudo*, que publicará Mario Muchnik, y *El ladrón de libros*, que se había adelantado en su publicación al parto doctoral. Aquella noche lo celebré con los amigos en una cena en casa de los Muchnik. Jordi era uno de los invitados a la lectura de mi tesis. No vino. A última hora del día me llamó para felicitarme y se disculpó con alguna excusa.

6

TODOS LOS ÁRBOLES PARECEN HOMBRES

Si bien Jordi no vino aquella mañana tan importante para mí, sí recibí muy pronto una nota suya en la que me felicitaba de forma algo rocambolesca por *El ladrón de libros*. Le había gustado. Pasado un tiempo me llamó para invitarme a un concierto de piano en el Palau de la Música. Me había localizado en la secretaría del edificio de las Ramblas donde yo daba clases. Fuimos. Después del concierto, una cena ligera. Me dio la impresión de que no era un hombre acostumbrado a salir con mujeres. O tímido en exceso. Cada uno pagó lo suyo. Invitaciones similares, a conciertos de música clásica, se fueron sucediendo, unas cuatro o cinco veces. Acepté solo en dos ocasiones. Compraba en platea los mismos dos asientos a los que solía ir con su padre. Eso era algo que teníamos en común: su padre, el conocido poeta catalán Tomás Garcés, había estado relacionado un tiempo con el mío. Papá admiraba a aquel poeta que le había escrito una hermosa y sentida carta de pésame por el fallecimiento de su esposa, mi madre. Solían felicitarse mutuamente las Navidades. Jordi, dejando largos intervalos, también me llamaba para pedirme que le acompañase a alguna cena en casa de amigos suyos. Cuando el ambiente general era algo hostil, yo solía irme terminada la cena. Nunca soporté la actitud que toman ciertos comensales respecto al nuevo, eso de ¿quién es esa intrusa que se cuela en nuestra mesa? Él parecía no inmutarse. Exponía actitud flemática.

La historia con Jordi continuó, por extraña que fuese, en circunstancias para mí importantes. Por ejemplo, tuvo que pasar casi un año de flirteo para que mi cuerpo se convenciera de mi deseo de abrazarle. Él seguía llamándome para pedirme que saliéramos, aunque no era muy insistente. Si se trataba de una cena a dos (nos gustaban las noches para relajarse y socializar), nada más terminar el postre me atacaban las ganas de escapar de inmediato. Era lo que solía hacer. Su indolencia ante casi todo, salvo para su trabajo, me hacía sospechar que había alguna rareza en su personalidad. Tengo la seguridad de que le enseñé a reír y a divertirse. Costaba arrancarle frases y verdades. Y eso que soy hábil a la hora de sondear vidas privadas.

Hubo una cena, él y yo solos, en la que el cortejo subió varios decibelios, las feromonas se agitaron y al fin conseguí que Jordi soltara algunas migajas de su intimidad. ¿La tenía? Porque yo empezaba a dudarlo. Sabía que era un hombre casado y separado, padre de dos hijas, reconocido arquitecto, buen lector (dato que le subió varios puntos) y como amante, para mi sorpresa, estaba en la

categoría de los que las matan callando. En este acercamiento inicial no me gustó que presumiera de conquistas, algo que se consideraba muy progre en la época. Invitó a una de sus aventuras a su casa vacía y a su cama de matrimonio. Las dos proezas me parecieron un poco alarmantes. Supe también que hasta cumplir los dieciocho años no se decidió a salir solo de la casa de sus padres. De niño no tuvo amigos. Dato chocante que no traté de analizar. El día en que lo dijo, ante mi extrañeza, añadió: «Tampoco ahora es que tenga muchos». Cuando comenzó a revelarme algo de su intimidad bajo su máscara de resistencia, mi opinión de él mejoró varios puntos. Empezó a gustarme. Éramos dos personas libres y nos atraíamos. Acabada la cena, fuimos a su apartamento y ahí empezó una historia de amor y desamor que marcaría mi vida. Es verdad que hoy en día algunos hombres, en cuestiones de sexo, han aprendido a hacer feliz a una mujer. De buenas a primeras le solté que yo no llevaba protección. Hizo caso omiso, aunque insistí en que podíamos vernos en otro momento. Estuvimos haciendo el amor un rato largo. Como colofón, nos quedamos abrazados hablando de nuestras experiencias amorosas anteriores.

Y nos enamoramos. O, dicho de otro modo, pusimos nuestro amor en un cubo de horchata fría de verano y nos lo bebimos de un trago, sin respirar apenas. Jordi jugaba a más y me pidió que nos casáramos. «No creo en el matrimonio», le respondí. Volvió a repetirlo en otras dos o tres ocasiones, sin añadir el más mínimo entusiasmo en el tono de su declaración. Y pronto descubrí cuál era su lacra emocional. Podía prometer cualquier cosa, pero pretender que luego cumpliera con su palabra era imposible. Y su sensibilidad de arquitecto, ¿dónde la guardaba? Ya la encontraré, pensé. Una de las frases que repetía a menudo, como si hubiera descubierto el secreto de la felicidad, era: «Lo que quiero en la vida es salir en los periódicos». Como esta otra frase, más temible, que también repetía: «No me hables nunca de moral. Esa palabra me da asco».

Creo que me deseó como se desea un loado premio, una interlocutora de por vida o una mujer que podía con casi todo. Entre otras cosas, para tratar de recomponer su descompensada vida interior. Y exterior. La única frase de amor que me escribió algo más tarde tuve que dictársela. Increíble, ¿no? Con Jordi me arremangué y me dije: Nuria, si quieres que esta historia funcione vas a tener que trabajar duro. En mi programa inmediato entraba sanear su autismo emocional, pero aparqué mi plan cuando me di cuenta de que era todo huesos y se le iba poniendo cada vez más morada la piel del rostro.

Antes de iniciar la historia con Jordi, ya tenía en proyecto cambiarme de piso. Lo propuso en realidad mi tía Montserrat. Una tarde vino a mi casa, vio los demasiados libros, se asombró también de lo alta que

estaba Laia y soltó a bocajarro lo que tenía ya perfectamente decidido: «Aquí no cabéis. Vendes este piso, quiero decir, lo vendo yo —en realidad era suyo—, y con el dinero te compras otro que sea un poco más grande».

Te quiero, tía, gracias por pensar en mí, debería haberle dicho sin más miramientos. Pero confesar amor a viva voz nos costaba a los Amat. Toda palabra de cariño auténtico se nos quedaba atravesada en el garrote vil de la garganta.

Por eso, cuando empecé a salir con Jordi, ya casi tenía un nuevo piso cerca de Sarriá, en la calle Rosario, con terraza amplia que daba justo enfrente de la casa del escritor, erudito y académico Martí de Riquer.

Mi vida parecía un tren de feria. Mi condición de activista, que me induce a tratar de arreglar el mundo, se resumía entonces en organizar una tertulia de mujeres. Nos reuníamos de forma periódica, ya no recuerdo si una o dos veces por mes, para cenar juntas en un restaurante de Sarriá. En la primera convocatoria no fuimos más de seis. Desde siempre tuve amigas que eran diez o veinte años mayores que yo, y con las que salía e intercambiaba confidencias y tentaciones futuras. Me llevo bien con la gente mayor. Es algo mutuo. Saben escuchar sin competir. ¿Son como madres, hermanas…? Puede que sí, solo en parte. Y me gratifican con un aliento de sabiduría y experiencia incansable. Acaso perpetuan a esa madre que tuve y no pude conocer. A la segunda convocatoria se sumaron muchas amigas más. Y a la tercera y siguientes llegamos a ser una mesa de más de treinta. Y de varias nacionalidades. En su mayoría éramos escritoras, editoras, alguna médica, ilustradora, pianista… Mientras comíamos y bebíamos vino, no parábamos de hablar. Y de discutir mucho y fuerte en algunos casos, como ocurrió con la guerra del Golfo o la de los Balcanes. De forma improvisada, poníamos temas sobre la mesa y los atacábamos con furia, dábamos opiniones o llegábamos a reír hasta babear en la servilleta. Mientras duró la heroicidad, unos siete años, fue un gran éxito para casi todas.

Aunque los primeros meses con Jordi fueron estimulantes, ocurrían situaciones que me crearon suspicacias. Un fin de semana, estando él y yo solos en su casita de Selva de Mar, tuvimos una siesta larga de amor, pero Jordi tenía previsto que llegaran tres arquitectos amigos suyos a verle y pasar la tarde. Al oír que ya llegaban, nos vestimos en un segundo. Cuando iba a salir con él, Jordi me pidió que no me moviera del cuarto. Y allí estuve, encerrada, dos horas. Por suerte, con un libro. Siempre llevo encima alguno de los que estoy leyendo. Además, sus hijas me seguían mirando con resquemor. No les ayudaba que sus padres llevaran la situación sin saber conferirle normalidad. Laia, en cambio, se mostró más dulce y receptiva, incluso cuando se

produjo un cambio rotundo en nuestras vidas. Poco después viviríamos ella y yo con Jordi, en su apartamento. La idea era que solo fuese mientras hacían pequeñas obras en el mío. Laia, según supe más tarde, sufrió lógicos altibajos durante esa temporada. Yo no perdía ocasión de decirle que la quería más que a nadie y que era para mí la persona más importante del mundo. Lo que era cierto.

El plan de tener otro hijo seguía en pie y en ocasiones lo hablaba con él, que asentía. Y no ponía ningún problema en cuanto a las precauciones obvias. Es más, me acompañó en una visita a mi ginecólogo para ver cómo contribuir a mejorar las posibilidades, como quien revisa el coche antes de un largo viaje. Me hartaba de tomar vitaminas A y E, convencida de que acelerarían la unión del espermatozoide con su óvulo. O mantenía el semen el máximo de tiempo posible en mi vagina para mejorar las opciones. Remedios de la doctora en casa. Fue en ese momento del enamoramiento cuando empecé a inquietarme por la salud de Jordi. Era un saco de huesos. Alto y delgado como un poste de luz. Tenía diarreas diarias. El color de la cara había pasado de un moreno natural a morado y avinagrado. Le insistí en que fuéramos a visitar a un especialista. Pregunté por el mejor y pedí hora. No fue nada claro en su diagnóstico. Salimos de la consulta con la misma impresión de ignorancia de la entrada. Jordi volvió a su despacho. Y yo a mi mesa de escritura. Pero nada más llegar a casa sonó el teléfono. En línea estaba el mismo doctor al que habíamos acudido minutos antes.

—Mire —soltó en tono de aviso—, prefiero dirigirme a usted porque lo que voy a decirle no es nada agradable… —Se produjo un silencio lleno de suspense—. Hay una posibilidad muy elevada de que su marido tenga cáncer.

Empecé a temblar. La noticia me descompuso. Y me disgustó sobremanera el modo en que lo dijo aquel médico. De momento, opté por callar y actuar.

El nuevo especialista al que fuimos casi de inmediato, al terminar la visita con Jordi, le habló de tres posibles enfermedades. Ninguna de gravedad.

—Si bien yo apuesto, te lo digo claramente, por la que parece más probable: la enfermedad celíaca. —Dicho esto, su rostro cambió de expresión para adoptar una actitud más grave—. Es un asunto serio, menos mal que lo vamos a diagnosticar pronto. Si hubieras seguido dos años sin cuidarte, posiblemente habrías muerto.

Durante el puente de Todos los Santos nos fuimos a pasar cuatro días a París. Nos alojamos en el hotel Aiglon, nuestra ventana daba al cementerio de Montparnasse. Fue en esta habitación de hotel donde me quedé embarazada. Resultó fácil saberlo. Porque en el regreso en coche a Barcelona Jordi tuvo que detenerse en plena autopista unas

cuatro o cinco veces, y en cada una de las paradas dejé la huella de mi paso y de mi estado: un vómito tras otro. Me reía sola pensando que había engendrado una hija en Berlín y la siguiente en París. Estaba muy contenta con la noticia, pero muy sola al celebrarlo. Me hice la punción llamada amniocentesis para saber si había alguna anomalía en el feto. El resultado fue negativo, y además nos informaron de que era una niña. Me sentí muy feliz. Jordi mostró una pequeña sonrisa. Ya era mucho. Dio la impresión de que estaba contento. Volví a repetirle que no se viera obligado a ejercer de padre. Volvió a sacar su sonrisa cuchillo, cuyo significado siempre era difícil de entender. Era en esos momentos cuando me venían ganas de agarrarle por los hombros y zarandearlo como a una marioneta.

Días antes de que nos dieran el resultado, le conté a Fanny Schulz (a la que ni con pareja fija había dejado de ir) mi último sueño. Estoy paseando con Virginia Woolf por algún lugar verde y campestre mientras le comento que estoy embarazada de una hija. Esto viene a cuento aquí no por la historia en sí (en mis sueños suelen visitarme escritores muertos), sino porque, embarazada de dos meses, volvía a visitar a Fanny, y eso significaba que empezaban los problemas de verdad. Se trataba ahora de cómo gestionar mi relación de pareja con un hombre «extraño». «Parece de piedra», decía yo. Alguien que no respondía de forma natural y generosa a lo que se espera en el inicio del amor entre dos personas.

Sus hijas, iluminadas por una madre llena de amargura, se dedican a interponer un muro en nuestra relación. Más bien, la someten a un continuado torpedeo. Castigan a su padre siempre que pueden. Y él se queda de brazos cruzados, aceptando la sanción como el malo de la clase. Es obvio que desean nuestra ruptura. Hasta cierto punto, puedo entenderlo. Ahora ha surgido la amenaza de una posible hermana que está creciendo en mi vientre. Soy optimista, voluntariosa y pienso que podremos superarlo. Organizo estrategias positivas frente a toda clase de situaciones maliciosas. Fanny me ayuda.

Pero hay más. Vendido mi apartamento en pleno inicio del embarazo, me toca arreglar la nueva casa. Se supone que Jordi, siendo arquitecto, es el experto. Me quedo alucinada cuando se niega en banda a ayudarme en NADA. No es cuestión de dinero. No le he pedido un solo duro. No es mi estilo. Vuelvo al diván: «No vamos bien, Fanny». Y mi psicoanalista asiente. «Creo que voy a dejarle. No toca llorar, Fanny —le digo—, llevo una vida dentro y no quiero dañarla en ningún sentido». Pero lloro. Ocurre, además, que Laia y yo vivimos este compás de espera en el apartamento de Jordi.

Mi hija, que pronto cumplirá doce años, parece llevar más o menos bien la situación de tránsito que estamos viviendo. Pero solo lo parece. Está lejos de ser cierto. Había viajado en dos o tres ocasiones a

Colombia para ver a su padre. Y siempre sola. Es fuerte, buena e inteligente. Ahora, con la aparición de Jordi, toma una resolución. Quiere irse a vivir a Bogotá. No hay quien le quite esa idea de la cabeza. Óscar no está ni económica ni emocionalmente preparado para criar y educar allí a su hija. La quiere. Es evidente por sus cartas. Y la añora. Se lo digo a Laia con buenas palabras. Ella insiste. Ni pensarlo, me digo yo, decidida a todo para evitarlo y aconsejarla bien. Laia y yo resolvemos consultarlo con una tercera persona. Se trata de una psicóloga especializada en adolescentes, que enseguida nos gusta a las dos. Y así lo comentamos después de la primera visita. Me esfumo en las siguientes. No ha costado demasiado convencerla sobre los inconvenientes de su propósito. Le gusta esa analista. Y se lleva estupendamente con ella.

(A partir de aquí, lectora y lector, deben saber que hablaré de mis hijas lo menos posible. Solo lo haré cuando lo que les ocurra interfiera directamente en mi vida como madre. Sus vidas son las vidas de ellas).

Tengo prisa por terminar las obras de reforma del piso e irnos a casa. Laia y yo, las dos solas, y la niña que llevo dentro. Lo tengo asumido. Y me siento aliviada con solo pensarlo. Jordi me contó en su día que la moda entre los arquitectos de la Gauche Divine era compartir dos o tres familias al mismo tiempo.

—Así sucedía con la madre de mis hijas —precisa. Me río a carcajadas. Lo dice en serio.

—Tú verás —le digo.

No me pasa por la cabeza obligarle a nada. Mi única aspiración en el amor es que me quieran y deseen libremente. Tampoco le pido que se comporte como padre de mi hija. Empiezo a sospechar que detesta cualquier referencia a lo familiar y doméstico.

Jordi tomaba sin dar. Delante de otros, se atribuía mis triunfos, por pequeños que fueran. Utilizaba como propias mis ideas, mis lecturas, mis éxitos en interiorismo. Hasta aquí me divertía. No tanto cuando trataba de hacerlo con mis afectos, mis amigos. «Eres un vampiro», le decía en broma. Sin ser consciente, entonces, de qué enorme y terrible verdad expresaban mis palabras. Por su culpa (debo decirlo, y me quedo corta) no tuve un embarazo feliz.

No conseguí que viviéramos cada uno en su propia casa. Jordi se fue metiendo en la mía poco a poco. Que si unos calcetines por aquí, un pijama, un abrigo por allá, y al fin su cuerpo entero. Aun así, durante años no perdí la esperanza de tener un hombre al lado que se ocupase de mí una cuarta parte de lo que yo cuidaba de él.

Nuestra vida social era muy activa. Salíamos casi todas las noches. (Perdona, Laia, por lo que tuviste que aguantar, y gracias por la paciencia). Ver a gente y que lo vieran (lo que incluye lucir a su pareja ante el personal) eran las prioridades en su vida. Debo

reconocer que su convencimiento de que yo era una buena escritora (entonces solo había publicado dos libros y medio) me compensaba en parte. Me daba seguridad, y así me tenía enganchada como una presa en el pico del pájaro. Y él lo sabía.

Una tarde, mientras hacía la siesta, recibí una llamada. Era la voz de Ramón, aquel ingeniero informático con quien salí dos años después de separarme de Óscar. Me hablaba al oído, con voz de una despedida. Y yo hice todo lo posible por ser la amiga que ayuda a soportar la enfermedad letal que estaba padeciendo. Hoy sabría mejor cómo hablarle. Acabo de escribir esta frase y me entra la duda. No sé si fui yo quien decidió llamarle después de que mi cuñada Carmina me contase que Ramón tenía el sida. Enfermedad proscrita. Y yo estaba embarazada. Me tranquilicé cuando, por mi ginecólogo, supe que la prueba del VIH la hacía de forma automática a todas sus pacientes. En ese momento, casi en los noventa, ya habíamos puesto nombre al virus que se llevaría a amigos, amigas, familiares, amantes y examantes míos, como Valentín, José María, Mauricio, Ramón, Francesc… Entonces había cuatro modos de referirse a ella: no llamarla de ninguna manera, decir el VIH, el cáncer rosa o el virus del seropositivo. Que te diagnosticaran sida en aquellos años era prepararte para morir. La enfermedad condenó a Ramón a recorrer en su caso un camino lento y durísimo de sobrellevar: su cuerpo se iba encogiendo e inmovilizando de forma cruel e indecorosa. No llegué a verlo después de su llamada. Y yo, por aquellos años, acostándome con hombres a la buena de Dios para ver si así quedaba embarazada.

Jordi observaba todo el jaleo del nuevo piso desde las alturas celestiales. ¿Te gusta? ¿No crees que ha quedado bonito? Daba igual lo que le preguntara. Él, quieto como una estatua de sal. Mi amor seguía vivo, aunque el embarazo me hubiera transformado en una bola blandengue, pero también tenía un límite. En una de nuestras cenas le aclaré de nuevo que no había ninguna necesidad de seguir viviendo juntos. Pero Jordi había comenzado a instalarse en casa. Y al cabo de un mes rescindió el contrato de su apartamento. Algunas de sus pertenencias fueron directamente a su despacho de arquitecto, que era como su segunda casa. Yo no me podía quejar, tenía mi zona para escribir en una esquina del salón. Jordi fue, debo reconocer, la pareja que mejor respetó mi espacio de escritura. A veces estaba leyendo por allí, y era como si no estuviera.

Una vez por semana invitábamos a amigos a cenar en casa. Algunos eran arquitectos. Que me gustaba mezclar con otros más de mi ambiente, como músicos, artistas, escritores o personas relacionadas con el libro y la política. El arreglo final del apartamento parecía gustar mucho. De hecho, una revista de *La Vanguardia* publicó unas páginas con fotos de los interiores. Los invitados, sin excepción

(salvo mis cinco amigos íntimos), creían que todo cuanto tenían a la vista era obra de «mi arquitecto» y le felicitaban por ello. Algunos hacían preguntas sobre aspectos decorativos concretos, y Jordi, inmutable, lejos de responder que él no tenía absolutamente nada que ver con nada, hacía algún comentario o asentía. ¿Me alabó o comentó siquiera alguna vez alguna otra cosa de las que yo hacía bien en la vida, aparte de escribir? Que yo recuerde, nunca. Mi autoestima iba en declive, pero no acertaba a vislumbrar que su apoyo a mi dedicación a la escritura era lo que me mantenía enganchada a su sombra.

La fecha del parto estaba al caer, primeros días de julio. El nombre de nuestra hija lo decidió su padre: Bruna. Nos gustaba. Entonces era un nombre original en España. Luego, se puso de moda. Yo, que navegaba a pie por la ciudad como peonza sin rumbo, me puse de parto el tres de julio, al mediodía. La fecha del nacimiento de Kafka. Nadie en la casa. Jordi ilocalizable. Recordad: no existían los móviles. Dejé el recado a un joven arquitecto de su despacho, que me pareció que más o menos entendía mi mensaje. «¿Necesitas que vaya yo?», se ofreció, el pobre. Llamé a mi amiga Gilda, llegó enseguida en un taxi y nos fuimos a la clínica Quirón. Jordi apareció por fin a tiempo de ver nacer a nuestra hija.

Con Bruna en los brazos parecía un padre feliz. Vinieron a verme la tía y algunos amigos. Del hermano mayor solo me llegó lo que andaba diciendo: «Mi hermana acaba de parir un hijo sin estar casada». Malo. Malo. Laia, de trece años, había elegido irse de colonias veraniegas. Fanny me ayudó a entenderlo: «Para ella representáis la imagen de la sagrada familia ideal, papá, mamá y bebé, en la que se siente fuera del retrato». Habíamos entrado en la era de las primeras, segundas y terceras familias desestructuradas en las que se combinaban padres e hijos de distintos cónyuges, y resultaba difícil maniobrar todo el andamiaje que rodeaba la cueva del nacimiento. Me recuerdo tratando de dar el pecho a mi hija mientras unos violines invisibles tocaban un concierto confuso que auguraba problemas. A medida que Bruna succionaba, y lo hacía como una experta, su piel se iba volviendo amarilla. Sufría ictericia. El pediatra de turno me anunció de buenas a primeras que la recién nacida debía quedarse unos días en la incubadora y ser alimentada con leche artificial. Por tanto, debíamos regresar a casa sin la niña. La felicidad del nacimiento se diluyó en un mar de lágrimas. ¿Qué le impedía a Jordi abrazarme? ¿No veía que yo lo necesitaba? La única explicación que logré que me diese fue el escaso cariño que él y todos sus hermanos recibieron de sus padres. Difícil de entender en una familia de siete hijos que reza unida… y que, por tanto, como dice la Iglesia, permanece unida.

Al otro día salí sola de la clínica mientras la pequeña Bruna se

quedaba en la incubadora. Jordi me había anunciado, sin dar pie a réplica de ninguna clase por mi parte, que debía viajar sin falta al Colegio de Arquitectos de Galicia para dar una conferencia y que se quedaría a pasar allí todo el fin de semana. Puse cara de ofendida. Mi escasa energía me impidió darle una patada en los huevos. Me reprochó entonces (hacerse la víctima era su juego favorito) que dos semanas atrás había tenido que cancelar un viaje a Suiza por si nacía la niña. Como si yo tuviera la culpa. Que te den por el culo, pensé. Me dieron ganas de vomitar, y es lo que hice aquel día y los dos siguientes. Recién parida. Sin mi hija. Con las tetas a reventar. Sola en casa. Y hecha un harapo… Fanny me dirá luego que esta excursión de Jordi había sido del todo inapropiada.

Porque este hecho afectó seriamente a mi relación con él.

Por fortuna, tengo amigas. Nicole Muchnik se presentó sin previo aviso la noche de mi llegada a casa con un pastel y un ramo de flores. Mi hija Laia fue la segunda en entrar por la puerta. A decir verdad, me había quedado acostada, sin energía ni ánimos para nada. Solo me levanté de la cama en el momento en que me avisaron de la clínica de que habían sacado a Bruna de la incubadora y podía ir a buscarla. Me acompañó Laia, feliz de verme y decidida de antemano a quedarse conmigo todo el fin de semana hasta el momento de ir a rescatar a su hermana.

Mi cuerpo había tomado nota de esta mala experiencia en relación a Jordi. Dormíamos juntos, pero íntimamente separados. Dicen que la vida sexual de la pareja cambia cuando ha tenido hijos. Es posible. En cuanto al respeto por la libertad individual y de movimiento de cada uno de nosotros dos, nuestra vida no varió apenas. Optamos por llevar a Bruna a todas partes. Su padre presumía de hija. Íbamos a ver exposiciones, a fiestas de amigos, y cenas mano a mano, él y yo, con ella en brazos. No he visto a ninguna bebé tan viajera y tan buena. La tenía conmigo incluso cuando escribía. Pero mi cuerpo seguía tomando nota. Las hijas de Jordi tampoco ayudaban. La mayor se negó a ser la madrina de bautizo con la excusa de que lo había sido antes del hijo de una prima suya. Aquella ceremonia, más que un bautizo, tuvo aire de entierro.

A la pasividad de mi pareja se sumaban sus críticas negativas de cuanto yo llevaba a cabo, en lo personal y lo doméstico. Solo me salvaba de los reproches por la vida social, exitosa, y por mi actividad literaria. Le molestaba disfrutar de la rectoría de Cabanellas, de los animales de granja y la vida a campo abierto que mis hijas gozaban a tope. Con intención de que cambiase de actitud, le propuse vender o alquilar mi casa y mudarnos al Paseo de Gracia, donde siempre me decía que era el sitio en el que le gustaría vivir. Buscar incluso un espacio más grande, y así podríamos tener otra habitación para que

sus hijas pudieran venir con nosotros cuando quisieran.

Ni por asomo, dijo su mirada. Se atrincheró en el silencio, como un espantapájaros.

Su incapacidad para compartir con nosotras una vida agradable me hizo considerar muy seriamente la idea de separarnos. Lo había hablado a fondo con Fanny. Y se lo propuse a él en varias ocasiones. También se negó en redondo. Tenía arte para esas protestas sin necesidad de pronunciar palabra. «Es como un bacalao», decía de él Mercedes Casanovas. La constante pelea con su primera familia, una auténtica guerra, me resultaba insoportable. No tanto por las hijas como por la pésima actuación de su exmujer y la del propio Jordi en todo lo relacionado con ellas. Me propuse ayudarlo y seguí intentándolo mientras vivimos juntos, un montón de años. Con Jordi no tuve éxito. Al principio de nacer Bruna, vino conmigo a visitar a Fanny y luego lo invité (o mejor, le chantajeé) hasta conseguir que él tuviera su propio psicoanalista, uno que ella le recomendó. Duró un mes. No sé quién falló, si el especialista o el paciente.

En ese periodo ocurrió algo que me estremeció, por el peligro que comportaba. Los libros que ocupaban los anaqueles del dormitorio estaban vivos. O los desplazaba yo, o se movían solos. Cada día iba creciendo la cantidad de volúmenes de aquella estancia, que más parecía biblioteca que alcoba. De vez en cuando, de forma súbita e inesperada, caía un libro de algún lado. Yo solía reírme diciendo, medio en broma, que era cosa del algún espíritu travieso llamado autor, que mandaba sus señales: «Leedme». Algo extraño debía de pasar allí. En lo más alto de las librerías, tocando el techo, quedaba algún que otro estante vacío. Una noche, antes de la cena, y porque me llamó Jordi, entré en la habitación. Él me miró y señaló hacia arriba. Y al seguir su indicación vi a mi hija Bruna, de solo cuatro meses, encajada en el estante más alto, a unos tres metros y medio del suelo. Estaba tumbada a lo largo, como un muñeco, despierta o dormida, qué importaba, con su pijama de dibujos animados, moviendo sus piernecitas y sin que nada ni nadie la sujetara ni pudiera sostenerla. Su padre, mientras esperaba mi llegada, había localizado mi cámara y, en lugar de rescatar a la niña, se dedicaba a sacar fotos de ese, según él, divertido instante. No podía creerlo. Sigo sin creérmelo. Acerqué la escalera móvil para subir de inmediato y bajarla.

—¿Estás loco? —dije fuera de mí—. ¿Quieres matarla?

Jordi seguía riendo.

Era un inconsciente (cuántas veces he tenido que oír este calificativo para describir una conducta que seguramente habría que llamar perversa).

En otra ocasión, a los veinte días de nacer Bruna, nos instalamos

los tres (es posible que Laia estuviera invitada en casa de una amiga) en Cabanellas para pasar el resto del verano. Nos acompañó una mujer recién llegada de Honduras, decía que enfermera, que contraté para ayudarme con la niña. Apenas instalados, Jordi me animó a preparar el equipaje para irnos unos días al sur de Francia, en concreto a Saint Paul de Vence, él y yo solos. Bruna podía quedarse con su cuidadora, dijo. ¿Con una desconocida de la que no sabemos nada?, pensé. Y lo peor de todo fue que, a pesar de mis prevenciones, terminé aceptando el proyecto, aun sin estar en absoluto de acuerdo. Por amor, por su presión seductora. Por estupidez mía, más bien. Dejémonos de tonterías: por obedecer a un chalado. Y a Francia nos fuimos. Por cierto, aquella desconocida, antes de irnos, me dijo que sabía conducir. Así que le dejamos las llaves del Seat Panda de Jordi, por si le hacía falta en alguna emergencia.

Fue el peor viaje que he hecho en mi vida. Yo, sufriendo, callada, y pensando todo el tiempo no tanto en la luz inspiradora de tanta maravilla pictórica que nos rodeaba, sino en si lograría arreglárselas aquella desconocida que dejé al cuidado de mi hija de un mes cuando, por ejemplo, tuviera que ir al colmado, a siete kilómetros de la casa, en un coche extraño. Hasta que la mañana del tercer día dije: «Basta, Jordi, nos vamos a casa ahora mismo». Y eso hicimos, volver de inmediato y de un tirón, porque de aquel día no recuerdo otra cosa que la carretera, yo al volante en dirección Cabanellas para encontrarnos primero a Bruna, tranquila en su capazo, y luego a la pobre desconocida mirando sin saber qué cara poner porque como me temía, o intuí por la gracia del espíritu materno, sí se había ido un día al pueblo en el Panda de Jordi y había tenido un accidente, por fortuna sin la niña, pero habiéndola dejado sola en su capazo. ¿Cuánto tiempo? No sabemos.

El verano siguiente tuve un sueño extraordinario. De nuevo estábamos pasando las vacaciones en Cabanellas. Por alguna razón, un determinado jueves del mes de agosto debíamos volver a Barcelona una noche y regresar el día siguiente, viernes en la tarde. Entonces contaba en casa con una persona que se ocupaba de las niñas. Ningún problema en este sentido. La noche del jueves, durmiendo en nuestra cama de Barcelona y pasadas las tres de la madrugada, me despierto angustiada, enciendo la luz de la mesilla de noche y zarandeo a Jordi de forma instintiva e insistente hasta despertarlo. Algo que no había hecho jamás. Él se vuelve hacia mí mientras le digo sobresaltada:

—He soñado que Laia ha tenido un accidente de coche… Pero no ha muerto.

—Vale, vale… —responde quitándole importancia a la pesadilla.

Nos olvidamos por completo de aquel sueño terrible y llegamos a Cabanellas a última hora de la tarde del viernes. Laia, de catorce años,

se había integrado en un grupo de amigos del pueblo vecino de Lladó. Se lo pasaba tan bien que cada dos por tres me reclamaba que nos quedásemos a vivir allí para siempre. En pleno campo. Esa noche de nuestra llegada me avisó de que iría a dormir a casa de una amiga. Nos acostamos pronto. A las once, para ser exacta. Lo que sucedió a partir de ahí lo veo hoy con una nitidez pasmosa: era mi cuerpo el que parecía ocuparse de mí, y no a la inversa. Me quedé sentada en la cama con la luz de mi mesilla de noche prendida. Sin libro. Sin nada en las manos. Sin pensamiento alguno. Sin futuro. Sin recuerdos. Sin reloj. Quieta como un molde. Jordi a mi lado, durmiendo a pierna suelta. Perdí, incluso, la conciencia de cuál era mi estado, que no se me ocurriría calificar de insomnio. Corrían las horas sin darme cuenta (esta frase parece robada de un bolero) y seguía sentada, con la luz encendida, sin ni tan solo cambiar de posición. Cerca de las cuatro de la madrugada sonó el teléfono. Me levanto de un salto, salgo de la habitación y escucho, aún en trance:

—Somos la policía de Bañolas. ¿Es usted la madre de Laia Collazos?

—Sí —acierto a decir…

Me interrumpió el policía:

—Tiene que venir ahora. A Bañolas. Vaya directamente al hospital… Su hija ha tenido un accidente de coche.

¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo está? ¿Con quién?

Y, ¿ha muerto? Es la pregunta que una madre es incapaz de pronunciar. El policía y yo hablábamos a ritmo de disparos de metralleta.

—¿Qué le ha pasado?

—Un agujero en la cabeza. —Hace una pausa, duda. Por fin añade—: Ah, no. Es la otra chica.

Cuelgo.

—¡Vamos!

Jordi está a mi lado. Nos ponemos lo primero que encontramos. Dejamos a Bruna al cuidado de Teresa, la vecina de Cabanellas, y salimos como dos fantasmas que acaban de emerger del infierno. Sin hablar. ¡Por favor, por favor, papá, por favor, ayúdala, es Laia, mi hija, tu nieta! Ruego al cielo o donde sea que mi padre habite. Noche cerrada. La carretera es estrecha y llena de curvas. Conduce Jordi. Cuento los segundos. Por favor. No sé cómo hemos llegado ni a dónde. Estamos en un lugar ignoto donde hay ambulancias y faros luminosos de los coches de la policía iluminando la escena de un *thriller*. Ni idea de dónde estaba el hospital. Hemos llegado por arte de birlibirloque.

La secuencia es rápida. Instantánea. Me suben a la ambulancia y me colocan frente a Laia, tendida en la camilla. Está viva. Y llora. Yo estoy feliz. Llora, dice ella, porque me ha mentido. Yo río porque está

viva. La cara ensangrentada. Su cuerpo, no sé. Pero está viva. Le abrazo tan fuerte como puedo.

—Hay que llevarlos al hospital de Gerona —ordena alguien.

Los accidentados son cuatro, incluido el chico de dieciocho años que conducía el coche. Ella iba detrás con otro amigo. Sin cinturón de seguridad, chocaron contra la rotonda cimentada que acababan de poner en la entrada de Bañolas. Esas rotondas criminales. Se había puesto de moda colocar unos parapetos de cemento gris en todas las encrucijadas.

Vamos al hospital. Rotura del brazo. Cortes en la cara. Fuerte contusión cervical y otras consecuencias que no saben especificar. Se queda dos días y en otra ambulancia regreso con ella a Barcelona.

En algún momento, no mucho después, con Jordi y con Laia, comenté el sueño premonitorio. Es una situación que no puedo controlar ni dirigir. Se trata de una impresión que viene de forma intuitiva o clarividente y que anuncia el hecho en sí o que me alerta en el mismo momento en que está sucediendo. Me ocurre solo en situaciones regidas por el azar, nunca buscadas. Y cuento la experiencia solo cuando tengo testigos que puedan confirmarla.

«Eres bruja, mamá», siguen diciendo mis hijas.

Falleció la madre de Jordi. No la conocía ni había tenido oportunidad ni deseo expreso de ir a su casa. Sus padres ignoraban que su hijo tenía ahora otra familia. En cambio, me llevaba bien con algunos de sus hermanos. A estas alturas Jordi ya estaba divorciado de su ex. Por mi condición de nueva mujer, compañera, madre de su hija, amante, llamadlo como queráis, de Jordi, yo parecía no tener derecho a formar parte de aquella familia. Ni a que los padres, ya mayores, supieran que su hijo les había dado una nueva nieta. El hecho en sí no me afectaba en lo más mínimo.

Siendo Tomás Garcés un poeta catalán muy conocido en Cataluña, la noticia de la muerte de su mujer sin duda iba a salir en los periódicos. De vuelta a casa, Jordi, más exasperado que triste, me contó cómo tuvo que exigir a sus hermanos que en la esquela se incluyera mi nombre al lado del suyo. No se terminaba de fiar y decidió por su cuenta y riesgo ir personalmente a la oficina donde se redactaban las esquelas. Sus hermanos me habían suprimido. Pero él arregló el entuerto.

Regresé a la escritura cuando Bruna cumplió los dos meses. Mi cuerpo había sufrido una metamorfosis inesperada. Más vital y enérgico. Como si hubiera hecho una limpieza de sangre y me hubiera dado un vigor inesperado también para las letras. Y esa energía se mantendrá igual de potente con las novelas posteriores. La década de los noventa fue la más fructífera de mi vida literaria. No recuerdo qué imagen, pulsión o idea me vino a la cabeza que me permitió dar con la

voz de mi nuevo libro, *Todos somos Kafka*. El recuerdo se desvanece cuando más insisto en buscarlo. Es posible que fuera fruto de un sueño mío en el que apareció Kafka, que transmutado en literatura asoma en el primer capítulo de la novela. No olvidaré nunca lo mucho que disfruté escribiéndola. Fue un goce especial. El posible lector cobró para mí un papel de colaborador. Rompí la barrera del enorme respeto y admiración que siempre me habían inspirado algunos de los grandes escritores de mis lecturas favoritas y les fui invitando a participar en hechos significativos de mi novela como si de miembros de mi familia se trataran. Siempre he sentido la novela como una gran forma de arte. Una actividad tan mental como espiritual. Un hecho de cuya importancia, cuando la escribía, no era consciente. Cada palabra de aquel libro me trasfería a otras palabras más sorprendentes y luminosas que yo, relatora, transcribía. Dijeron luego que esta novela se adelantó a su tiempo. Una vez publicada, en una reunión en casa de Claudio López Lamadrid, se me acercó Enrique Vila-Matas para reprocharme que cómo se me ocurría escribir una novela en la que los personajes eran escritores.

Se publicó en 1993, con Mario Muchnik como editor. También Mario, en 1990, había publicado una colección de relatos titulada *Monstruos*, que presentamos conjuntamente con Ismael Kadaré en Madrid y en Barcelona. La novela *Todos somos Kafka* tuvo una recepción inesperada entre escritores. Eduardo Mendoza, Claudio Magris, Carlos Fuentes, Rosa Montero, Ana María Moix, el poeta José María Valverde y la crítica literaria Nora Catelli escribieron sobre aquel libro.

Y llega el año fatídico de 1994. Acaso el más doloroso. Mi hija Laia tiene quince años, es buena alumna y una adolescente que muestra los cambios emocionales de esa etapa. A comienzos de verano empieza a tener fiebre y tos, parece el virus gripal. En agosto su estado se complica y el doctor a donde me dirijo le diagnostica una neumonía. Pasamos un mes en Cabanellas. Laia está siendo medicada y permanece en cama. Pero yo me inquieto y empiezo a sospechar que algo va mal. Volvemos a Barcelona y pido cita urgente a uno de los neumólogos más reconocidos de la ciudad, que recibe en la clínica Quirón.

Tía Montserrat es amiga del médico especialista y seguramente le pidió que me engañase lo justo y me hablase utilizando medias palabras. El especialista nos reenvía al mejor cirujano, recién llegado de la clínica Mayo, de Rochester, Estados Unidos. Se trata del doctor Laureano Molins.

Enseguida va al grano.

—Habrá que operarte, Laia, de un pequeño tumor en el pulmón. Será rápido. No te darás ni cuenta.

Ella se lo cree. Yo finjo que también me lo creo.

En algún momento del siguiente día Laureano y yo hablamos por teléfono. Se trata de un tumor carcinoide, me comenta como de pasada. El apellido de ese bulto me suena a tumor poco grave. Como si no tuviera importancia. Acto seguido me pregunta por su padre.

—Está en Colombia —aclaro.

—Tiene que venir —contesta.

Llamo a Óscar de inmediato. Como si esa impulsividad mía pudiera contribuir a resolver mejor el problema.

—Compraré tu billete de ida y vuelta —le propongo.

Óscar contesta que va a pensarlo y que me llamará de vuelta.

La respuesta es un NO como una catedral.

Laia no se enterará de esta llamada hasta más adelante. Su padre se había casado meses atrás con una tal Patricia Pava (el apellido ya es para salir corriendo), pero esa mujer, además de no soportar a Laia, la hija de su marido, ni querer verla, según supe más tarde por una carta tremendamente triste de Óscar sobre este último punto, lo amenazó con divorciarse de inmediato si hacía este viaje a Barcelona. Óscar cedió al chantaje, no vino. La misma Pava, inmunda, que un día, presa de un ataque de celos, quemó todas mis cartas dirigidas a Óscar y todos mis libros. También según me contó Óscar tiempo después. ¿A qué os suena esta quema de textos peligrosos? Al rencor y celos de seres indecentes. El matrimonio duró siete meses. Óscar no tardó ni diez días en dejarla y divorciarse inmediatamente. Yo la hubiera matado, metafóricamente. ¿Qué tendrán mis cartas si las malignas las destruyen para no dejar pruebas de la verdad? Me pregunto si no será este un motivo más que me lleva a escribir este libro.

Debía concentrarme en mi hija. Imposible abandonarme al dolor ni al miedo. Operaban a Laia a las cuatro de la tarde. Me sorprendió y agradó mucho ver aparecer a tantos amigos que venían a acompañarme. Jorge, Mercedes, Pedro, Concha, tía Montserrat, por supuesto, Jordi… Se quedaron conmigo varias horas. No puedo recordarlos a todos. Y les agradezco lo que hicieron por nosotras. Dos horas más en quirófano de las previstas. «La operación ha ido muy bien», me dijo entusiasta Laureano al salir del quirófano. Añadió no sé qué de unos ganglios linfáticos también extirpados. A mi hija le quedaba un pulmón y medio, agregó, satisfecho por el resultado quirúrgico. Ningún problema, me aseguró. Todo normal. Como cualquier otra persona, ya verás. Me dio un informe que guardé sin mirarlo. Y una pauta para las visitas posteriores. Quería quedarme únicamente con las palabras de Laureano, y que nuestras vidas pudieran seguir su curso normal de paz y tranquilidad.

Esta operación a Laia, según el ahora muy reconocido doctor Laureano Molins, se hizo famosa en los congresos del mundo entero

por la edad de la paciente. Pocos meses después de la intervención, cenando en casa Santiago Dexeus, Santi me preguntó sobre el diagnóstico clínico que había provocado la operación. Tumor carcinoide en un pulmón, le dije sin más. Eran las palabras que había usado el doctor Molins. Con la mirada fija en su plato, comentó:

—Ah…, sí, cáncer.

—No —le contesté yo tan tranquila.

Laia se encuentra estupendamente. Vive en Londres con Marcelo, su marido, y mis dos nietas, Alexandra y Frida. Es feliz y trabaja demasiado, como suele decirle su madre. Hará cosa de quince días me mandó un *whatsapp* en el que me preguntaba si yo conservaba el informe y las radiografías previas a la operación. Le dije que sí. Acto seguido llamó por teléfono para explicarme que, en todos estos años, cada vez que iba al médico, le preguntaban exactamente de qué la habían operado. Me pidió que la ayudara a encontrar a Laureano Molins. Le facilité el nombre de la clínica donde él pasa consulta ahora. Se las ingenió para localizarlo, le escribió un *email* muy simpático y al día siguiente tenía su cariñosa respuesta en la que el doctor adjuntaba en PDF el informe completo, «que tenemos bien guardado», le dijo. Quedaron en verse pronto. El informe es tan claro y detallado que da grima. Laia volvió a llamarme, más sorprendida que asustada:

—Mamá, ¿tú has leído en el informe médico que yo tenía cáncer con metástasis a un ganglio linfático biliar…?

—No estaba muy segura de qué era lo que tenías —le digo—. Si lo sabía, me negué a saberlo. No miento.

Y era cierto. No llegué a enterarme del todo.

En 1991 había estallado la guerra de los Balcanes, con la abolición de la autonomía de Kosovo por parte de los serbios de Yugoslavia, la reacción independentista de aquella región y las subsiguientes declaraciones de soberanía de Croacia y Eslovenia, a las que seguirían las de otras repúblicas yugoslavas. Voces como separatismo, conflicto multiétnico, imposición étnica y lingüística, fascismo, nacionalismo, declaración unilateral de independencia… me llegaban como una amenaza velada. Los efectos de la dictadura blanca del presidente Pujol empezaron a ser vistos con su auténtica gravedad. Los conflictos y guerras provocados por otros nacionalismos europeos hacían que advirtiésemos de otra manera cuanto estaba sucediendo ya entonces en Cataluña.

Esta guerra me afectó de un modo especial e intenso. Mario y Nicole Muchnik, que se habían trasladado a vivir a Madrid (fueron los primeros exiliados de Cataluña entre mis amigos barceloneses), organizaron en el Círculo de Bellas Artes un seminario de apoyo a Sarajevo al que fui invitada. Otro escritor venido de fuera aquel día

fue el bosnio-croata Predrag Matvejevic, a quien conocí en esa ocasión mientras nos hospedábamos en la Residencia de Estudiantes. Terminadas nuestras respectivas conferencias, fuimos invitados a cenar por Mario y Nicole en el restaurante La Chata. Predrag, de carácter apasionado y pensamiento impecable, nos informó sobre el conflicto bélico y su activismo de exiliado permanente. Después de la cena, él y yo estuvimos charlando dos horas largas en el jardín de la Residencia. Esa charla la transcribí de forma novelada en mi último libro, *El sanatorio* (2016).

Los párrafos que anteceden merecen una aclaración. De regreso a Barcelona tuve una percepción clara de lo que nos aguardaba en Cataluña, algo que aún nadie, que yo supiera, había escrito o comentado. Se lo dije a Jordi:

—Me temo, o más bien empiezo a creer firmemente, que muchos de los conflictos de la guerra balcánica los tenemos aquí, en Cataluña.

—Es posible —respondió.

Esta guerra creó una gran división de opiniones entre nuestros amigos, familiares y conocidos. Unos estaban a favor de los serbios. Por lo general, los que habían apoyado, acaso por romanticismo, las ideas comunistas y nacionalistas. Otros, de manera incuestionable, se ponían a favor de las víctimas bosnias. Yo estaba entre ellos y el tiempo vino a darnos la razón. En mi tertulia de mujeres, esta fractura se hizo patente. Muchas de nosotras, la mayor parte excomunistas, se decantaban por los nacionalistas serbios, hasta que la evidencia los dejó al descubierto.

Dolida por los conflictos bélicos, por el contagio de esas ideas xenófobas, me puse a escribir el libro *Viajar es muy difícil* (Muchnik, 1995). La novela trata en teoría de un viaje por una Europa enferma, y en la práctica, de un aviso a los viajeros europeos sobre el peligro de un continente amenazado de nuevo por los nacionalismos. Quien se acerque a este libro «extraño» (después del mío se escribieron muchos viajes literarios sin moverse de casa) verá cuánta visión del peligro, a la vez que ironía, hay en sus páginas. Cuánto de premonición de lo que sucederá después en Cataluña y Europa.

Por estas fechas irrumpieron de lleno en mi vida de escritora los artículos de prensa que empecé a publicar de forma algo esporádica en periódicos como *La Vanguardia*, *El Mundo* y *El País*. El primero, el que rompía el fuego, se publicó en 1992 con el título «Viajar es muy difícil» (*La Vanguardia*). Refiriéndome a escritores exiliados como Nabokov, Kundera, Canetti…, entraba de lleno en la doble ventaja del escritor bilingüe, en la conciencia de la patria idiomática perdida o confiscada, como ya entonces, por culpa del pujolismo nacionalista. Empezaba a ser el caso de los escritores catalanes que escribíamos en español y en algún caso también en catalán. En otro momento escribí:

«Privado de su lengua real (el castellano para los catalanes), el escritor se instala como huésped permanente de un idioma utópico y desde allí escribe, desde un estado en que ya da igual en la lengua en la cual se exprese porque, a decir verdad, toda la literatura moderna está escrita en la lengua de destierro».
En los años con Jordi tras el nacimiento de nuestra hija, mi libido estaba concentrada en ser madre y en mis escritos. Tampoco Jordi invitaba a ser amado. Fanny Schulz volvió a recomendarme que me tapara los oídos ante su actitud distante y desapegada. No siempre lo lograba. Su frialdad y fariseísmo me consumían y conseguían desesperarme. Discutíamos con frecuencia. En esa época nos veíamos a menudo con Eduardo Mendoza y Ana, su mujer, con los Dexeus, con la actriz Rosa Novell, el fotógrafo Leopoldo Pomés, Arcadi Espada… Y con los amigos escritores o arquitectos de cualquier país que iban llegando a la Barcelona postolímpica. Creo que teníamos fama de pareja feliz. A Jorge Costa, con quien siempre tuve una amistad basada en la confianza mutua, le contaba mis penas, entre ellas mi decisión de separarme. Su consejo siempre fue que no lo hiciera. También él llegó a creer que formábamos una pareja exitosa. La persona más clarividente acerca del verdadero conflicto fue nuestra hija Bruna. No puedo olvidar un movimiento espontáneo que llegó a hacer solo en muy pocas ocasiones, pero que estaba cargado de significado. Consistía en juntar la mano de su padre con la mía. Nuestra hija no podía soportar la falta de demostraciones de cariño de su padre para conmigo. Tampoco yo lo soportaba, aunque mi piel, más dura, me permitía aguantarlo.

Tanto Jordi como yo trabajábamos a fondo, lo que no impedía ni mucho menos que tuviéramos una vida social activa. Y, para decir las cosas como son, una vida sexual pasiva. Llegó a resultarme imposible acostarme y hacer el amor con alguien tan emocionalmente destructivo. Incapaz de compasión. Solo pensaba en él y en sus necesidades egoístas. En una ocasión llegué a decirle: «Eres un arquitecto que, en la vida diaria, en lugar de construir, destruyes». Le hizo gracia. Más gracia, si cabe, que siguiera llamándole vampiro, sin saber yo entonces que esta expresión era la utilizada por los especialistas para nombrar ciertas conductas sociópatas.

En otra de nuestras cenas frecuentes con amigos tuvimos como invitado a un joven arquitecto suizo, exalumno de Jordi, llamado Pierre Bouvier. En algún momento de la conversación, no recuerdo el tema, se me ocurrió decir que George Steiner (del que nadie de la mesa había hecho referencia alguna) era el único escritor y pensador vivo que yo deseaba conocer. Por la lucidez de su pensamiento visionario. La sorpresa fue la respuesta inmediata de Pierre.

—Ningún problema. Yo te lo presento y cenamos juntos.

Levanté el brazo y reí, me lo había tomado a broma. Él puso cara de gato incrédulo.

—Hablo en serio. Es íntimo amigo de mi padre. Sobre todo, lo había sido de mi madre, que falleció hace un año. Venid a Ginebra y organizamos una cena.

Aquello iba tan en serio que pusimos fecha aprovechando una de las visitas de Jordi a la Escuela de Arquitectura de Lausana, donde solía dar conferencias. El encuentro y cena con Steiner lo narré con el título de «La Europa herida de George Steiner» en el libro de ensayos literarios y apuntes íntimos que titulé *Letra herida*. Esta expresión es la traducción casi literal de *lletraferit* («herido de literatura»), una voz catalana muy bien hallada y notable.

Nevaba en Ginebra cuando llamamos al timbre de la casa del doctor Claude Bouvier, situada en lo alto de la ciudad vieja. Él hermano a su vez del escritor Nicolas Bouvier. Aunque era propietario de un castillo en Boursin, Le Chateau Le Rosey, prefería vivir solo en este apartamento. Él mismo nos abrió la puerta y, con la ayuda de su hijo Pierre, se ocupó de atender la mesa. Steiner le hablaba con el mayor cariño y confianza. El escritor me contó historias de su vida durante la Segunda Guerra Mundial en París, su ciudad de nacimiento, y dedicamos un tiempo grande a comentar libros y lecturas. Claude permitía que fuera su amigo quien dirigiera el coloquio y, mientras nuestro anfitrión de la noche cortaba el pollo para George, este nos iba comentando:

—Ginebra es el proyecto de Europa. Pero sin el resultado esperado. Como tampoco Europa obtiene el resultado que todos esperábamos.

Apuntemos que esta escena ocurría en 1996.

—Europa está acabada —confirmó Steiner—. En Europa, el hombre no ama al hombre.

Su sonrisa algo cínica se mantuvo como un resplandor de felicidad. En otro momento, anfitrión e invitado nos aseguraron que no hacía falta esperar, pues la guerra ya estaba ocurriendo en Europa. Y al rato, el sabio Steiner añadió:

—Mis hijos decidieron en su día que no querían vivir aquí. De cada diez físicos formados en Inglaterra, siete se van a América.

Yo me preguntaba cuál de los dos amigos era más irónico. Sin duda, Claude era de lejos el más desolado. George no dejaba un segundo de prestarle atención. También estuvimos hablando de la capacidad profética de algunos escritores.

—Es raro —dijo Steiner, que conocía bien el don premonitorio de cierta literatura—, ningún escritor ha sabido prever la caída de la Unión Soviética. Tal vez sea este uno de los grandes hechos históricos que la literatura no acertó a anunciar antes de que se produjera.

Tarde ya para la noche suiza, el ensayista se despidió de nosotros con afecto para, después, acercarse a su amigo y apoyando su única mano útil en el hombro de Claude, murmuró audiblemente:

—*Surtout, Claude, n´est fait pas des bêtises* (sobre todo, Claude, no hagas estupideces).

A la mañana siguiente, desde el aeropuerto, llamé a Claude Bouvier para agradecerle su invitación e insistir en lo felices que nos haría recibirle en nuestra casa de Barcelona, ciudad que conocía y a donde había ido con su esposa. Unas semanas más tarde, Pierre, su hijo, se puso en contacto conmigo. «Mi padre ha muerto», dijo por teléfono. «Lo siento», respondí agobiada. Silencio de segundos. Cuando acto seguido escuché esta frase: «Se ha disparado un tiro en la sien. Ayer lo encontré muerto en el suelo de la cocina. Suicidio por amor. *C´est tout*».

Barcelona empezó a estar de moda gracias al éxito de los Juegos Olímpicos del 92, que dieron pie a que Pasqual Maragall impulsara la arquitectura y el nuevo urbanismo, el lavado de las fachadas, el Eixample y el aire de progreso cultural que ya se respiraba. Mientras tanto, los episodios de nacionalismo catalanista lanzaban abono en el sembrado. Viene al caso la anécdota siguiente.

Cenábamos un verano algunos amigos, apenas un grupo de ocho reunidos en casa de Marienza, la esposa del pintor Jorge Castillo, en pleno Ampurdán. Compartíamos mesa con Oriol Bohigas, su pareja, Beth Galí, Luisa Castro y su marido de entonces, el filósofo catalán Xavier Rubert de Ventós, que estaba sentado a mi derecha. Salió a la conversación la política catalana cuando Xavier, para sorpresa de todos, saltó con que él no era nacionalista, sino independentista. Un adepto total a la independencia de Cataluña de España, dijo como gran descubrimiento. Fue la primera vez que yo escuchaba este desatino. Salté rápido, tomándome a guasa lo que decía.

Él cambió de expresión.

—Lo digo en serio —afirmó—. Es la única manera de salvar a este país.

—¿Salvar? —apostillé, como si mi amigo y vecino de mesa hubiera perdido un tornillo—. ¿Más nacionalismo inoculado en vena por el capitoste Pujol?

—No, no —exclamó Xavier Rubert, levantando ahora los brazos como si invocara al papa de la iglesia reparadora—. Yo no soy nacionalista. Soy independentista.

—¿Y cómo se come tu tesis? —pregunté lanzando así mi apuesta fuerte en la partida de póker de la mesa.

—Yo no creo en la identidad. Por eso hay que separarse de España —replicó él.

Aquello sonaba a desvarío y no debido al vino tinto.

—Me hice independentista cuando fui tratado como un forastero en Madrid —dijo, como si eso lo explicara todo.

Xavier Rubert de Ventós había sido diputado en el Congreso por el PSOE y luego en el Parlamento europeo. Era archisabido que aquella experiencia terminó como el rosario de la aurora.

—Suena a venganza, Xavier —le dije con retintín.

—En absoluto. Además, cuando Cataluña sea independiente aquí se hablará y escribirá perfectamente en las dos lenguas.

Quería decir en catalán y castellano. Volví a reírme. Me parecía tan desmesurado su argumento que mi cabeza pensaba «vivir para verlo». Los demás comensales nos dejaban debatir sin abrir la boca. Pero lo grave fue lo que llegó después. Los amigos conocíamos la amistad de toda la vida entre Pasqual Maragall y Rubert de Ventós.

—Es más, Pasqual —candidato entonces (1999) a presidente de la Generalitat, cargo que llegó a conseguir (2003)— suele venir a casa después de cenar y trato de convencerlo como puedo de mis argumentos.

—Espero que tengamos la suerte de que no le hayas contagiado —dije medio en broma.

Por respeto a los demás, todos atónitos para mi sorpresa, dejamos zanjado el tema.

De regreso a casa, en el coche, le comenté a Jordi mi preocupación por las tretas del amigo que ahora se había declarado independentista. En especial, por el hecho de que estuviera intentando adoctrinar a su íntimo Maragall.

—No le hagas caso, no pasará nada.

Que se fije bien el lector en esta frase. La he oído repetir cientos de veces, y luego pasó lo que pasó. Por muchas señales de peligro que hubiera por el camino, nadie pudo imaginarlo.

Barcelona seguía siendo admirada y visitada como una de las primeras ciudades culturales y turísticas. De continuo venían de fuera escritores y artistas a vernos. Jordi solía decir que él y yo formábamos «un buen equipo». Me sentaba peor que me dijera que a una mujer hay que admirarla más que amarla. Le había robado la frase a José Antonio Samaranch (de quien todo el mundo recordará: «*A la ville de… Barcelona*), cuando en una ocasión se refirió así a la relación que mantenía con su esposa, María Teresa Salisachs, mientras él vivía con su amante. Dando por supuesto que el amor era un ripio de zarzuela.

¿Por qué no te separas? Era la pregunta del millón que se hacía mi otro yo día sí y día también. «Tú siempre quisiste separarte», todavía dice Jordi para justificar algún movimiento de su baraja de naipes. Había respuestas para esa pregunta. En primer lugar, Jordi se negaba a hacerlo. Le funcionaba el papel de víctima. No de mí, sino de sí mismo. Intelectual y socialmente éramos la pareja perfecta. Es un

buen lector. Y un arquitecto de prestigio. También parecía disfrutar de mis éxitos de escritora. Si nunca tenía ayuda de su parte para mis asuntos personales y domésticos, no ocurría lo mismo en casi todo lo que se refería a mi vida literaria. Por mi parte, seguía el proceso de sus obras arquitectónicas y, sobre plano, le hacía comentarios. Lo cuidaba por dentro y fuera. Me refiero a su salud y energía creativa. Mejoró conmigo su forma de hablar en público y, sobre todo, de intervenir en la conversación de otros. En relación con mis hijas, Laia había ingresado en la universidad y dirigía sus estudios hacia la ingeniería tecnológica, especialidad en la que ha llegado a ser una gran profesional. Bruna, más pequeña entonces, estaba siempre con nosotros. Nos gustaba ir con ella a todas partes: cine, exposiciones, viajes, cenas. Le encantaba dormir conmigo. Y también que su hermana cuidase de ella. Las dos se quieren mucho. Debo reconocer que la diferencia de edad (se llevan trece años) me hizo pensar en que mi relación con ellas, y aún más la de ellas conmigo, era como de dos hijas únicas. No las vi pelear nunca.

Había terminado el manuscrito de mi siguiente novela, *La intimidad*, cuando en una conversación de sobremesa Eduardo Mendoza me echó un cable.

—No puede ser —expresión que utiliza a menudo con brote de sonrisa y mano alzada— que tu relación con Carmen [Balcells] siga interrumpida.

Los dos conocíamos el motivo. Mi negativa a publicar con el editor Carlos Barral. Y la verdad, para ser justa, era todo lo contrario. En una carta de Carmen que he encontrado en mi archivo de correspondencia con ella compruebo que no estaba enfadada en absoluto.

—Asumo que metí la pata, Eduardo.

—Vamos a ver qué hago —me respondió él.

Y supe pronto el resultado de su iniciativa. Una tarde me llamó Carmen por teléfono. En su mejor estilo, complaciente y expansivo, de soberana con derecho a mandar y templar, fue directa al grano. Divertida y sarcástica. Simulando echar la culpa a Eduardo de tener que hacerme un favor del cual ella iba a ser la primera privilegiada, volvió de inmediato a abrirme las puertas de su casa y de su marido, Luis Palomares. Le gustaban los hombres guapos e inteligentes, y se mostró más que encantada al conocer a Jordi. Una buena pieza para acompañar a una escritora como yo, vino a decirme. En su opinión, sus autores no solo debíamos tener una pareja, sino también mantener la relación de manera perdurable, porque de ese equilibrio dependía la escritura. Claro que con sus más y sus menos, con permiso de ciertas libertades individuales, es decir, en las que cabía todo menos separarse. He sido testigo de regañinas de Carmen a algún que otro

escritor fugado de la casa familiar, «perdido» en los brazos de otra mujer. Y he visto cómo conseguía «la más grande» que el tal autor volviera al redil doméstico, ni que fuera por el bien de la literatura.

Taxativa y eficaz como era, me pidió que le diera la fecha y hora de mi nacimiento. A los pocos días volvió a llamarme felicísima (su risa era contagiosa, no así su mala leche, cuando la tenía) porque su astróloga italiana, Maddalena Magliano, ahora ya fallecida, obedeciendo a la consulta de Carmen sobre «mi destino literario», le había enviado mi carta astral. Su alegría por el resultado era tal que, quiso leerme por teléfono, entre otras perlas que os ahorro, algunas de las frases más vistosas: «Es una mujer de éxito seguro». «Nuria me parece una escritora muy interesante. Sabe conciliar una imaginación muy fuerte, una visión compleja de la vida, con una capacidad de trabajo intensa y bien planificada».

Ahora me tocaba la parte triste y difícil del cambio que debía llevar a cabo. La de dejar a una agente como Mercedes Casanovas, de incuestionable profesionalidad, que se había ocupado de gestionarme cinco libros con Muchnik. Llamé por teléfono a Mercedes y con la naturalidad y cariño que siempre le he tenido le comenté lo que estaba ocurriendo con Carmen y el presentimiento de que este cambio podía ser favorable para mí como escritora. «¿Qué piensas?», creo que le dije. Y, como quien se pide permiso a sí mismo para realizar algo importante, añadí: «Déjame probar». No se molestó. Lo que llegaría después, cuando firmé el contrato de mi siguiente libro, casi eclipsó la peripecia del cambio. Y Mercedes y yo seguimos siendo amigas y cómplices.

Carmen Balcells era una anfitriona excelente. Las comidas en su casa tenían asientos contados, de modo que nunca sumaran trece. Recuerdo una llamada urgente suya para ir a un almuerzo en el que yo sería la decimocuarta comensal. Ella ocupaba la cabecera de mesa y dirigía con perfección soberbia todas las operaciones sociales y alimenticias. Y es que el plantel en sí era nutritivo, en todos los sentidos, desde confortar al alicaído hasta promocionar al fracasado o bendecir al triunfador. La risa, el humor y la esplendidez eran siempre los invitados de honor. Nunca olvidaba lanzar flores y galanterías públicas a quien ella decidía. En varias ocasiones participé en esos festines de buena comida y conversación, y grandes halagos. También podía lanzar contra cualquiera de sus pupilos frescuras inusitadas. Sus dardos eran finos como púas. La gracia estaba en saber recibir el ataque con donaire. Y esta no es una cualidad que caracterice a los literatos. En los primeros años, yo solía coincidir con escritores como Manolo Vázquez Montalbán, Alfredo Bryce, Eduardo Mendoza, la escritora brasileña Nélida Piñón o Isabel Allende, de quien Carmen también era íntima. Casi siempre participaba algún editor o editora

significativo, junto con Luis Palomares, su marido. En un almuerzo con el gran seductor Anthony Quinn (imposible olvidar su *Zorba, el griego*), su joven esposa Katy y el hijo de ambos, fui invitada de improviso por Carmen para ayudar al actor y director a escribir el guion de una película. Suena a *boutade*. Lo acepto. Esta era otra de las cualidades de Carmen. Hacer magia con los destinos de las vidas.

Otra variable eran las cenas-cóctel, con mayor número de convidados y en las que éramos libres de movernos y conversar con quien nos apeteciera, siempre bajo la mirada perspicaz de la anfitriona, que no perdía detalle. En una de ellas se comentó en susurros que la agente estaba mosqueada porque José Donoso, que era el invitado de honor, se había servido de Carmen, bajo el nombre ficticio de Nuria Monclús, para crear el personaje de su novela *El jardín de al lado*. Aquella noche Pepe me habló de la novela que acababa de escribir, *Donde van a morir los elefantes,* un título que me pareció de lo más revelador. Quedé con los Donoso en vernos el siguiente sábado para un almuerzo en casa, al que sumé a otros amigos. Les gustó Jordi. En verdad, Pepe, preocupado siempre por mi vida sentimental, dijo en voz alta que los escritores, es decir, nosotros los pringados, para funcionar bien en la vida deberíamos emparejarnos con alguien de nuestra tribu. No en vano su último libro, que se publicó póstumamente, lo tituló *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*.

Pepe llegó sentado en una silla de ruedas. Debo indicar que había viajado enfermo a Barcelona. Tuvieron que llevarle de urgencia al hospital Clínico. A media voz me dijeron en el hospital que sufría una enfermedad hepática grave, la misma que poco después lo llevaría a la muerte en su casa de Santiago de Chile. Y dos años más tarde, se llevó a Pilar, con la que yo hablaba a menudo por teléfono. Pilarcita, la hija de ambos, después de leer los diarios, las cartas íntimas de su padre y escribir un libro tan triste como hermoso y bien escrito, *Correr el tupido velo*, en el que cuenta la vida de sus padres, sus peleas y odios, la intelectualización de su adopción y la tardíamente descubierta homosexualidad paterna, se suicidó en 2011 a los cuarenta y cuatro años de edad.

Mauricio Wacquez y Francesc no llegaron a conocer la tragedia de la hija de su amigo, a la que tanto quisieron y cuidaron. Pero aún pudieron llorar la muerte de Pepe. En 1996 los dos habían sido alcanzados por el virus del sida. Hasta el último día guardaron en secreto su enfermedad. Mientras tanto, se refugiaron a esperar el final en su casa de Calaceite. Llegué a intuir lo que sucedía por el cambio de conducta de Mauricio, siempre temperamental, cuando me encontré con él en dos ocasiones de visita en Barcelona. Las risas y las bromas de siempre que nos veíamos no faltaron, pero en cuentagotas.

También noté el cariño. Y una gran tristeza de despedida que no supe ver entonces. Murió en Calaceite en septiembre del año 2000. Francesc, su pareja, le siguió dos días más tarde.

7

LA INTIMIDAD Y SUS METÁFORAS

Volví a cambiar de vivienda. Mi biblioteca se iba haciendo considerable. Mis hijas necesitaban más espacio. Una noche, cenando con el arquitecto Óscar Tusquets, salió a colación el grupo de treinta casas adosadas que estaba terminando en la vertiente mar de la sierra de Collserola. Mis antenas, prestas a acechar «lo inesperado esperado», saltaron sobre su proyecto. ¿Podemos verlas?

Nada más entrar y ver yo la doble altura del garaje de una de esas casas, resultado de la pendiente de la montaña en la que se alineaban el resto de las otras, concluí: «Es esta. Aquí pondré mi biblioteca». Vendí mi piso. Pedí una hipoteca nada exagerada y me quedé con la casa donde todavía sigo viviendo y donde mantengo una biblioteca viva y atractiva para cualquier devoto de los libros. Que a Jordi tampoco le gustase esta casa y dedicase años a criticarla, ya no me molestó tanto como antaño. Pese a que salió publicada en varias revistas y fue elegida por Dolce & Gabbana para una sesión de fotos con el famoso futbolista Messi, él siguió reprobándola. Otra de sus vilezas consistía en opinar por sistema lo contrario de lo que yo pensaba en lo referente a la educación de Bruna. Y delante de ella, además. Y esa conducta, ya es sabido, tiene repercusiones odiosas.

Terminado el manuscrito de *La intimidad*, se lo hice llegar a Carmen Balcells que, al recibirlo y tras darle una primera lectura, me llamó para felicitarme y mostrar su entusiasmo. Llegó el momento de negociar con los dos editores a los que ella inicialmente tenía previsto ofrecer este libro. En primer lugar, a Mario Muchnik, de cuyos problemas en Anaya, el gran grupo donde se integraba ahora su sello personal, Carmen estaba perfectamente al corriente. Y también a Juan Cruz, editor de Alfaguara en aquel momento. En mi archivo guardo copia de toda la correspondencia de aquella movida. Mario contó su versión particular de los hechos en un libro suyo en el que me dedicó un capítulo. Por mi parte, decidí no referirme a este episodio en concreto por el cariño que les tenía a Nicole y a él, a quienes aún consideraba amigos. En esta historia mía no puedo dejar de contar lo que yo viví y cómo lo viví.

Veintiséis de julio de 1996. Primera carta de Carmen a Mario en la que le comunica que asume la representación de Nuria Amat. Termina un párrafo con: «Yo no te quisiera quitar esta novela». En el siguiente párrafo se refiere al posible problema relativo a la situación de Mario en Anaya. Y viene a decirle de forma respetuosa, pero con claridad rotunda, que eso podría ser una contrariedad porque si es

cierto, le dice, que «piensas dejar esa editorial», no debería darte «el libro de Nuria». En efecto, como ella se temía, pocos meses después Mario Muchnik dejó el Grupo Anaya por finalización de contrato.

Veintiséis de julio. El mismo día Carmen escribe a Juan Cruz. Acompañando a su carta una copia de *La intimidad* y pidiéndole una lectura personal porque «deseo para Nuria Amat un salto cualitativo definitivo». Le dice lo fantástico que sería para mí publicar en Alfaguara.

Cinco de agosto. Carmen me escribe una carta en la que me anuncia que Mario la llamó nada más recibir la suya para decirle que entendía todos los argumentos de Carmen y que tenía grandes expectativas para mi lanzamiento.

Veinticinco de septiembre. Carta de Carmen dirigida a mí en la que cuenta anécdotas personales, me cita para vernos, me da ánimos y me asegura que todo saldrá bien. Refiriéndose a Mario Muchnik, dice que está esperando su oferta, pero que aún «no ha acabado de formalizarla a pesar de que tuve con él una larga conversación». Mario era propenso a escurrir el bulto cuando le convenía y, en lo que a mi concierne, tergiversando la historia de la edición de este libro tal como le convino.

Veinticuatro de octubre. Carta de Carmen a Mario en la que, «con mucha pena», le comunica que ha decidido dar la novela a Alfaguara. Detalla el motivo por el que ha tomado esta decisión. «Muy sencillo. Juan Cruz le hará una presentación a todo meter…». Mario, excelente a la hora de elegir autores y publicar sus libros, no era potente en sus promociones, salvo en casos como Canetti y Cortázar, por ejemplo. Sigo con la carta de Carmen en la que, por compensarle de la pérdida de una autora a la que había ido publicando, propuso a Mario que editara un libro mío «que tiene un título precioso». Se refería a *Letra herida*. Termina despidiéndose, asumiendo ella misma la responsabilidad de todo, y añadiendo: «Con sentimiento de culpa que no es bueno ni para mi edad ni para mi corazón».

Veintiocho de octubre. Parece que hubo una llamada telefónica entre ellos a la que siguió otra carta de Carmen. Me envió la copia sin terminar, para estar al corriente de mi opinión. En la llamada, Carmen debió de escuchar muchos reproches de Mario, que se mostró muy molesto. También le recriminó a la agente que hubiese actuado por dinero, lo que Carmen niega (y le doy la razón). Entre esta última carta y la siguiente, recibí dos llamadas telefónicas de Mario, agitado, disgustado y echándome la culpa por haber fichado con otro editor. Me dijo que Nicole, su mujer, se ha ido de casa.

Treinta de octubre. A Carmen y a mí nos llegó por separado una carta tremenda de Mario. Nos atacaba a las bravas. «Estáis locas», escribe a modo de epígrafe. Por lo visto ha hecho una oferta a

Carmen, que según Mario se ha negado incluso a negociar. Luego niega la mayor con respecto a la llamada de angustia que me dejó en el contestador y la desaparición momentánea de Nicole. Contraria a la opinión de Carmen, que siempre ha dicho que el agente no debe ni puede ser amiga de sus autores, Mario escribe que «mezclar amistad y profesión es lo único que me mantiene vivo en la tierra». En este punto, le doy a Mario toda la razón.

Doce de noviembre. Me llegó otra carta de Mario respondiendo a una mía en la que le contestaba de forma suave al tono colérico que mostraba en las suyas. No contento con el resentimiento, agregó en esta un tono despectivo… Produce náuseas con solo leerla. Recuerda la carta de despecho de un enamorado. Rotas las relaciones por su parte, Mario Muchnik me dedicó un capítulo en uno de sus últimos libros. Se explayó hablando en mi contra, y lo entiendo. Me fui con otro. Y fui a mejor. Y no porque él fuera peor. Sobre todo, me fui porque su dirección en la editorial estaba en las últimas. Al poco tiempo el Grupo Anaya nombró a una nueva directora editorial.

Parte del mundo literario es vengativo. Cuando los editores nos abandonan o rechazan nuestros libros, no les ponemos pleitos por hacerlo. La industria del libro, en muchos casos, queda asociada al ajetreo del toma y daca, las componendas, el dinero, las felicitaciones, e incluso amor, odio, envidia, bancarrota, a veces canjes, ilusión, intentos suicidas…, aspectos todos muy propios de los grandes casinos de juego.

Pasaron dos o tres años cuando una tarde Jordi y yo nos encontramos casualmente con Mario en una presentación de un libro o algo similar. Nada más llegar, se me acercó con lo que parecía el cariño de siempre. De forma espontánea resolvimos cenar los tres en el restaurante Giardinetto, al que parecía que estuviéramos abonados, nosotros y media Barcelona libresca. Fue una cena dulce y entrañable. Mario lloró. No con amargura. De felicidad de estar juntos. Allá donde estés, gracias, Mario.

Cuando se publicó mi novela (1997), vivía con mis dos hijas y Jordi en el piso de la calle Rosario. Llevábamos una vida cómoda, ordenada y socialmente exitosa. Seguía de profesora en la universidad, pese a que esta institución ya estaba contagiada de graves síntomas nacionalistas que perjudicaban sobre todo a la propia universidad. Mis tardes eran sagradas y siempre cumplía con mis horas de escritura. Hacía cierto tiempo que había terminado mi análisis con Fanny Schulz. Detalle de cierta importancia en la novela, pues en su trama la locura ocupa un plano relevante.

Juan Cruz, que terminó siendo el editor del libro, solía enviarme faxes entusiastas y colmados de afecto. En Alfaguara pusieron todo el cuidado en la publicación. En Barcelona, Eduardo Mendoza y Rosa

Novell aceptaron presentar la novela en la librería Crisol, con gran afluencia de público. Juan Antonio Masoliver se ocupó de reseñarla en *La Vanguardia* y a partir de ahí fueron apareciendo otras reseñas en diversos medios. En Madrid llevó la presentación Javier Rioyo, junto con Juan Cruz y Rosa Regás. Tan graciosa ella con sus posibles competidoras, abrió la boca solo para decir, en negativo, que en mi novela nunca aparecía nadie sentado alrededor de una mesa comiendo y cenando, lo que, para ella, era una indicación de calidad sospechosa del libro. No era para nada esta la opinión de Henry James ni tampoco la de Virginia Woolf en su logrado intento de convertir la novela en obra de arte, pues no en vano la Woolf escribió: «La novela tiene que apartarse de la mesa de té», es decir, de la copia del detalle externo, para indagar en hechos ocultos de la conciencia. Pero fue una velada magnífica. En primera fila estaba sentado Eduardo Haro Tecglen, mi primer y mejor admirador literario, la persona que, sin conocerme, años atrás y para sorpresa mía, dedicó una columna en *Babelia* a elogiar dos de mis libros y mi forma personal de escritura. Muchos pensaron que me lo había ligado. Ni siquiera lo conocía.

A los pocos días me invitó Carmen Balcells a comer con ella y sus invitados en un reservado del restaurante Botafumeiro de Barcelona. Era una cena en homenaje al escritor mexicano Carlos Fuentes y a su mujer, la periodista Silvia Lemus. Inundando el reservado de risas, agasajos y toda clase de *delicatessen*, nos sentábamos, además de Carmen, Jordi y yo, su marido Luis Palomares, con Juan Cruz y Leticia y Luis Feduchi. Allí estuvimos en la mesa un rato largo esperando la llegada de los Fuentes, que fue de verdad sonada como un do de pecho mexicano.

La demora de los principales invitados se daba por hecha. Pero nadie pudo prever un retraso tan colosal y divertido como el que se produjo en aquella ocasión porque a esas horas, casi las once de la noche, según tuvieron el detalle de confesar en una llamada telefónica, seguían en Madrid. Carmen, a su vez, se mostraba tan contenta o más del disparate mientras no paraba de charlar con ellos a través del móvil, como si estuvieran a la vuelta de la esquina. De hecho, los Fuentes se encontraban cenando con el expresidente de México José López Portillo (ah, claro…, pusimos cara de decir los convidados), con quien Carmen también conferenció unos minutos. Incluso me parece recordar que además platicó con Felipe González. Nos lo descubrió Silvia Lemus en una segunda llamada, todavía desde Madrid, cuando avisó de que venían de corrido. En avión, claro. «Ningún problema», les dijo Carmen. Y «aquí estaremos. Esperándolos».

Advertí que después de colgar y abandonar aquel «ustedeo» mexicano, llamó al *maître* y a dos o tres camareros más y pidió la cena

ya mismo, un banquete opíparo, como no podía ser de otro modo, que comenzaron a servirnos acompañado de más botellas de vino con que esponjarlo. Seguimos conversando alegremente las siguientes dos o tres horas, y nos tomamos los tres platos de rigor. Los novatos como Jordi y yo imaginábamos que jamás llegarían los Fuentes. Terminado el postre, serían ya las doce y media o más bien la una de la madrugada, la gran agente literaria volvió a llamar a la tropa de camareros, que acudió complacida ante aquella señora espléndida en propinas, y, con dotes de autoridad principesca, Carmen extendió litúrgicamente los brazos sobre el altar de la mesa y dio una orden: «Les ruego, por favor, que vuelvan a poner la mesa como si aquí no hubiera pasado nada».

Y eso hizo de inmediato todo el personal. Mariachis incluidos. En escasos minutos recuperamos la espléndida imagen de una blanca mesa dispuesta para un banquete, con las flores centrales renovadas. Perfecta. Como si allí nadie hubiese probado bocado. Hasta que, por fin, llegaron de verdad los Fuentes. ¡Y cómo llegaron! Aparecieron rodeados de tres mariachis de comparsa rasgando guitarras, y en medio, el mismísimo Carlos Fuentes cantando el corrido adecuado al momento: «Yo sé bien que estoy afuera…, pero sigo siendo el rey…», seguido de la bella Silvia. Aquello fue la repanocha. Todos felices volvimos a cenar, los tres platos de nuevo, sin advertir, faltaría más, a los anfitriones nuestro gran divertimento.

Nos hicimos amigos de inmediato. Suele pasarme. La afinidad es una atracción misteriosa e imperativa que obliga a estrechar lazos. Juan Cruz encendió la traca final al sugerirme que, a la mañana siguiente, dejara un ejemplar de *La intimidad* en el hotel donde se hospedaban Carlos y Silvia. «Dedicado», subrayó. Lo hice. No sin cierto escepticismo. El sabio Jordi me aconsejaba no regalar mis libros pues, según él, basta con hacerlo para que nadie los lea. Pero Carlos lo leyó. Y luego también lo hizo Silvia. Y les gustó. Y hablaron de la novela. Y Carlos siguió leyéndome con una generosidad impagable y escribió sobre mis libros reseñas espléndidas. En el siguiente viaje, Silvia me hizo una hermosa entrevista para el Canal 22 de México. Y a esa siguieron otras. Y luego fue el crítico peruano Julio Ortega quien vino a Barcelona y me llamó para vernos, y escribió una reseña estupenda sobre el libro. Que tuvo gran repercusión. Al año siguiente, me invitó a la Universidad de Brown a dar una conferencia junto con Carlos Fuentes. Todo nos servía de excusa para volver a vernos, donde fuera, Barcelona, México, Londres, París, y hablar de literatura, cine, política, amigos comunes o de la vida misma. Me atendieron siempre como una más de la familia, hasta que se fue Carlos, para dejarnos huérfanos de sus palabras y su afecto.

En todo lo bueno surgen también oscuridades. Al tiempo que

ocurría la relevante recepción de la novela en Barcelona, me llegó una larga carta del hermano menor dirigida a mí y con copia, según decía, a toda la familia, tíos, primos, la viuda de mi padre, tía Montserrat (éramos una extensa familia), en la que me dejaba a la altura del betún. A mí y al libro. Entre otras perlas escribió: «No eres una hija digna de tu padre». Por supuesto, se trataba de un ataque en toda regla, pero ¿de qué se estaba defendiendo? ¿De su intimidad? Ni recuerdo que estuviera en mis páginas. Tener una escritora en la familia no es plato de buen gusto para mentes púdicas. Y recelosas. Y más cuando la novela en cuestión disfruta de muchos y buenos lectores. Mi contestación fue muy concisa: «Debes de estar pasando por un mal momento personal. Que sepas que te quiero».

Hubo otra carta hermosa que enmendó la maldad de esa.

9 de diciembre de 2001.

Estimada Nuria.

Como dices en uno de tus libros, las novelas, o algunas de ellas, pueden ser «cometas anunciadores del pasado oculto y de un más sorprendido futuro». Hace algunos años, durante un viaje en tren, empecé a leer *La intimidad*. La novela me interesaba no solo por su extraordinaria calidad literaria, sino porque además trataba un tema que en ese momento me resultaba particularmente cercano. Ese día volvía de visitar a mi madre, que estaba desde hacía poco tiempo en una residencia. Tuve que cerrar el libro cuando llegué a una página en que te refieres directamente a ella. Solo una escritora «letraherida» podía ser capaz de intuir y revelar en unas líneas lo que le ocurría a mi madre y que para tanta gente resulta inexplicable.

Un cariñoso saludo,

Marta Cerezales Laforet

Marta y yo nos hicimos amigas y nos vimos en varias ocasiones. Tratamos de seguir manteniendo nuestra amistad pese a la distancia. Resulta cuanto menos extraño, aunque para mí sea maravilloso, que hayan sido los hijos de la escritora Carmen Laforet, dos de ellos escritores, Silvia y Agustín Cerezales, quienes, por esta novela en concreto, me hayan comparado con su madre.

La intimidad fue el puente mágico que me introdujo en América Latina. Señaló un antes y un después en mi vida literaria. No por un supuesto éxito de ventas. Sino por la repercusión sin estruendos, pero sí muy notable dada la buena opinión que mereció entre ciertos críticos y escritores reconocidos. Me llegaron nuevos lectores y buenas amistades colombianas, mexicanas, venezolanas, argentinas, peruanas, que sigo conservando en lo posible, además de algún que otro amor perdido en el trasiego. Conocí a grandes maestros que tuvieron la amabilidad de leerme y tratarme como amiga. Gracias a *La intimidad* salté por segunda vez el charco. La primera ya la he contado. Sucedió a mis veinticinco años acompañando a Óscar. En 1998 aterricé en Caracas, invitada a la feria del libro junto con otros escritores españoles, para después saltar a México, Argentina, Perú y Bogotá en

varias ocasiones. Pero el recuerdo de Venezuela, de Antonio López Ortega, Nela Ochoa, Ana Teresa Torres y de los amigos que tanto me obsequiaron al conocerme permanece intacto, y con más razón después de la desgracia que ha sufrido ese país dañado en lo más profundo por dos presidentes bolivarianos llamados Chávez y Maduro, autoritarios y déspotas.

Seguía corriendo el año 1997. Una tarde de septiembre, mientras estaba sentada a la mesa en la que escribo ahora, sonó el teléfono de casa. Una voz entre tímida y perentoria me preguntó:

—¿Eres Nuria?

—Sí —dije.

—Soy Juan Goytisolo.

Era él, sin duda. Reconocí su voz retraída y diáfana de haberle seguido en los medios. Cuando quería algo, Juan iba rápido al asunto:

—Te llamo porque he leído tu novela *La intimidad*. Me ha gustado mucho [tal vez dijo: interesado] y quiero conocerte.

—Claro, Juan. Gracias por tus palabras —debí responder.

Hoy, experimentada en su proceder telefónico (Juan detestaba los artilugios tecnológicos y escribía a mano), sé lo especial que fue esa llamada para él. Sin darme apenas tiempo de agradecer sus palabras, todavía añadió algo más:

—¿Te parece quedar esta tarde a las siete en el Viena?

Eran las cinco.

—Sí, por supuesto, allí estaré.

Cualquier otra petición de reunión la hubiese aplazado. Pero no esta de Juan Goytisolo. Corrí a las Ramblas. Incrédula aún, por el camino iba buscando motivos para este encuentro. Había leído sus libros, admiraba su escritura a la par que la valentía de sus artículos de opinión y sus declaraciones en la prensa. Era uno de mis maestros. Compartíamos referencias comunes. Habíamos crecido en el mismo barrio de Sarriá. Catalanes que escribíamos naturalmente en castellano. Juan con mayor firmeza y una gran voz literaria. Rebeldes con causa. También heterodoxos, cada uno a su modo.

Ahí, en las Ramblas, fue donde nos encontramos aquella tarde. Su «territorio» cuando venía a Barcelona. El Barrio Chino. El Raval. El hotel Oriente. No le hablases de otro. El único espacio donde se sentía en casa y feliz. Viajaba a menudo a Barcelona. Para ver a Carmen Balcells, intervenir en actos literarios o para visitas médicas. Por él, no se habría movido de Marrakech. Le gustaban las frases bien escritas. Le disgustaban los aprovechados. Nos habíamos sentado en sendos taburetes de la barra del bar y nos lanzamos a hablar desde el primer momento como si fuéramos viejos amigos. Llevaba algo en mente. En efecto, aprovechó el primer encuentro para invitarme a viajar a Nueva York y participar con él, el siguiente abril, en unas jornadas sobre la

cultura española bajo el título «Contracorrientes».

Durante el vuelo a Nueva York dediqué un rato a repasar mi intervención, que titulé «La literatura desterrada». Lo cito porque ya en 1997, e incluso antes, yo había manifestado reiteradamente en artículos publicados en la prensa mi desacuerdo con la imposición de una sola lengua en Cataluña, la catalana, en detrimento de la castellana, tan nuestra como la otra. A Goytisolo le sorprendió muy gratamente mi charla. Al parecer, también había interesado al público de la sala, que en su gran mayoría no me conocía. Vi a Juan emocionado, sentado en primera fila, cuando se levantó para aplaudir y agradecer mi intervención. Me consta que apreciaba en mí esta vena independiente de la opinión general y, al mismo tiempo, mi activismo como delatora de patrañas políticas. Seguirá Juan apareciendo en estas páginas porque nuestra amistad continuó siendo muy estrecha y se fue renovando durante los siguientes años.

Aquellos días en Nueva York, en los que recién nos conocíamos, Juan mantuvo conmigo un trato cálido y confidencial. El lector conoce, porque Juan cuidó bien de no ocultarlo en sus escritos, su opción sexual y erótica. Le gustaban los hombres, pero «¡cuidado!», como me advirtió chistoso en Nueva York, «¡no todo tipo de hombres!». Elegía muy bien. Le dio por contármelo en una de las noches de regreso al hotel, mientras pasábamos despacio cerca del río. Venía a cuento porque en el festejo que puso fin a las jornadas, Juan, la figura principal del evento, fue seguido a todas partes por una fila muy larga de jóvenes hermosos, de identidades múltiples, que esperaban la dedicatoria de un libro suyo, o, a falta de ejemplar, su firma en cualquier papel, y los había que lo invitaban a dar alguna señal de acercamiento más íntimo. Esa noche, estaba él en medio de la turba cuando le veo levantar la cabeza, mirarme con aquella complicidad de sus expresivos ojos y decirme sin palabras: «¡Huyamos, salgamos de aquí cuanto antes!».

Y ya en la calle, con su voz grave y socarrona de chico malo, riendo con ganas, me confesó: «Todos esos muchachos tan vistosos no tienen idea de que a mí solo me gustan los árabes y, además, que tengan aspecto de camionero». Doy fe de que era así. He conocido a los más importantes en su vida. En Marrakech, cuando iba a visitarlo a su casa. En Barcelona, cuando venía con alguno de ellos. Por lo menos conozco a tres que formaban parte de su tribu familiar. Dos vivían en su casa. Sobre todo, le importaban los tres hijos de sus amantes (pues estos estaban casados a su vez con mujeres), a los que cuidó y quiso como propios. Larsen, un exmilitar marroquí, su último amigo íntimo, vivía con su esposa cerca de la Medina. Tenía una hija. Una tarde me llevó a casa de esa familia y fuimos los cinco a ver las cigüeñas que se posaban en las torres con sus crías. De vuelta a casa de Juan, con la

niña de unos doce años cogida de su mano, después de despedirnos de ella, le dije:

—Juan, ¿ofreces a la niña las mismas posibilidades de estudios que a los tres chicos que tienes en casa?

—Tienes razón —me dijo—. A partir de ahora cuidaré de eso.

Si me preguntan cómo era el Juan familiar e íntimo, debo avanzar que se mostraba afable, molesto a veces cuando le tomaban fotos, salvo si era con amigos o personas queridas, gran conversador, sarcástico si convenía y divertido en múltiples ocasiones. Pícaro en sus comentarios sobre situaciones, personas, libros… Cargado de humor inteligente, contaba chismes sobre otras personas, generalmente escritores, sin ningún tipo de reparo. En raras ocasiones me hablaba de su familia. De Julia Gay, su madre, guardaba un retrato en el pequeño estudio-biblioteca de su casa. Estando con él allí, grabé imágenes con mi teléfono de ese lugar mágico.

Compartíamos parecida conducta disidente contra todo tipo de autoritarismos. Donde yo arremetía contra el machismo hispano en la vida y en las letras, Juan embestía contra el racismo. Uno de sus temas favoritos era escribir y hablar en contra de la religión católica y de la España rancia e inculta que conoció bien. Poseía gran erudición literaria y crítica de la literatura española. También era el más osado en sus opiniones. Cuando hablaba árabe, se transformaba en un árabe. Su recio castellano, tan propio de su personalidad, recordaba a épocas anteriores y futuras. Me gustaba escucharlo. Le contrariaban las personas presuntuosas. Acerca de sí mismo, tenía una actitud modesta. Le escuché decir en más de una ocasión: «Cuando me dan un premio sospecho de mí mismo; cuando me declaran persona *non grata*, sé que tengo razón».

Me hablaba a menudo de Monique Lange. Su amor. Su mujer. Ella en París. Él en Marrakech. No llegué a conocerla. Murió de improviso el año anterior a nuestro encuentro. No olvido el día, fortuito, en que desde la agencia Balcells, cuando yo telefoneé por algún tema personal, me comentaron que Juan no paraba de llorar mientras hablaba con Carmen por teléfono. El dolor que sufría por la muerte de su única mujer pude compartirlo en parte. Estaba desolado. Las lágrimas por Monique. Los libros de Monique. Toda la felicidad y apoyo profesional que ella le había dado. Yo había leído dos de sus libros antes de conocer a Juan. Me gustaron. Se lo dije. Fue la única vez en su vida en que me pidió algo: que si podía escribir una reseña para *El País* sobre un libro de Monique. Lo hice encantada. En cambio, Juan, además de escribir sobre mis libros de *motu proprio*, se prestaba a presentármelos. También le confié algunos de mis asuntos con hombres. «Se supera rápido. Lo que no es para ti, déjalo caer cuanto antes», me aconsejaba.

Monique lo era todo para Juan. Ella estaba al corriente de que su pareja tenía una doble vida. Nunca dejó de escribirlo en sus libros. La vida de Juan cambió después de su muerte. Fue cuando decidió crear en Marrakech su propia familia junto a sus amantes y los hijos de ellos, aunque las madres respectivas permanecieron invisibles; creo que nunca me encontré con ninguna de ellas en su hermosa casa de la Medina. Aquella tribu que formaban todos le devolvió la alegría.

Juan murió en su ciudad querida, pero no fue como lo tenía previsto: rápido y fácil.

Dos meses después de fallecer él, una persona amiga de ambos, en una cena a dos, y mientras hablábamos de Juan, me preguntó a bocajarro:

—¿Tú te has acostado con Juan?

Y, ante mi expresión alucinada, siguió:

—Seguro que Juan fue tu amante.

Negué en rotundo, con breve carcajada incluida, pensando que Juan, de haber podido escucharnos, se hubiera partido de risa conmigo. La pregunta se prestaba a un silencio cómplice. Apenas me entero nunca de lo que de mí se comenta a mis espaldas. Los rumores vuelan y, por lo general, aterrizan en el lugar equivocado. Y ahí se pueden quedar, pudriéndose hasta la posteridad. Me han colgado varios amantes escritores. Todos buenos amigos míos, y célebres. Además de Juan Goytisolo, los bulos añadieron a la lista a Eduardo Mendoza, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Eduardo Haro Tecglen… Seguro que olvido otros. A los que cito aquí, que me perdonen. Si hablo de eso es porque en España no se admite que un autor reconocido pueda escribir o decir bellas palabras sobre mi obra literaria a no ser que haya gato encerrado por en medio. Los chismes sobre mis supuestos amoríos no me quitan el sueño, aunque sean tan mal intencionados. Tampoco gustó a algunos que Goytisolo, preguntado por una periodista de *El País* (noviembre de 2009) por autoras actuales de importancia, respondiera: «La mejor novelista del momento es Nuria Amat, aunque es boicoteada por una especie de paternalismo machista».

Un día de septiembre de 1999 almorcé con Susan Sontag en Barcelona. El culpable de este acertado cruce de destinos fue Juan Cruz, al que, como periodista, editor y amigo, se le atribuyen cualidades de brujo de la tribu. Sabe a quién debe juntar con cada quién, y cuál es el momento de hacerlo. Entonces yo era su autora, y Alfaguara también publicaba en español a Susan Sontag. Juan supo captar que podría haber entre nosotras cierta afinidad.

«En el Botafumeiro. A las catorce horas», dijo terminante.

Yo admiraba a Susan. Era lectora fiel de su obra y seguía sus opiniones en prensa. En mi biblioteca tengo dos estantes con sus

libros. Una de las veces en que su hijo, el escritor y politólogo David Rieff, vino a cenar a casa, los estuvo mirando con satisfacción. Carlos Fuentes decía de ella: «El cerebro más rápido e intransigente que me ha cabido conocer». Ya la había visto, de lejos, una vez. Desde el patio de butacas, en el seminario que en Nueva York rendía honores a Juan Goytisolo.

Siempre ayudó a descubrir a nuevos autores, de los que destacaba el talento y la voz. Su autoridad era tal que una recomendación suya conseguía que tal o cual escritor desconocido pasara, gracias a sus comentarios, a convertirse en un autor notable. Entre otros, es lo que hizo por W. G. Sebald, Joseph Brodsky, Danilo Kiss, Elisabeth Hardwick, Juan Rulfo… y bastantes más. En varias ocasiones he escrito artículos preguntándome si el mundo de lengua hispana, con su machismo intelectual aún vigente, habría podido aceptar a una escritora independiente, luchadora, trabajadora, valiente, bisexual, clarividente como ella. Tengo serias dudas…

El almuerzo fue en un pequeño reservado. Al llegar, la primera sorpresa consistió en encontrarme «solo» a Susan, acompañada por Juan Cruz, otra persona de la editorial Alfaguara y un hombre relativamente joven, más o menos de mi edad, serio de apariencia, tímido, con una hermosa y voluble mata de cabello blanco que llamaba la atención y cuyo nombre no llegué a entender. No pude apenas fijarme en él ya que Susan centraba la conversación. Como dijo alguien, ella «exigía ser vista y oída». Era como una jugadora de *ping-pong* que lanzaba a su contrincante dardos de inteligencia en lugar de pelotas… Me desafió: quiso saber, ya que tanto me gustaba Kafka, qué pensaba yo de las opiniones de ese autor sobre la mujer. A ver qué respondes, parecía decir, desafiante y juguetona. Le respondí con un revés que no era solo defensivo. Ella contestó rápido. Hablaba deprisa. Saltábamos de un tema a otro. ¡Ostras!, pensé, padece de la misma superaceleración (en psicología: fluidez verbal) que yo. Solo conversábamos nosotras dos. Y hubo momentos en que dio rienda suelta a su famosa capacidad seductora, como luego me comentó Juan. Nunca escondió su atracción por uno y otro sexo.

Hablamos de la tragedia de todas las guerras, por supuesto. De la temporada que pasó en Sarajevo durante la peor crisis de la ciudad sitiada. Del penoso debate barcelonés en el mundo de la cultura sobre de qué lado se estaba en la guerra de Bosnia… Me sublevaba, le dije, ver a personas de izquierdas que defendían el nacionalismo serbio frente a los bosnio-croatas. Para comentarle luego que en Cataluña cabía la posibilidad de que estallara un conflicto parecido al balcánico en relación con el resto de España. Racismo, adoctrinamiento y demás desatinos empezaban a ser imitados por ciertos autoritarios catalanes.

La afinidad de nuestros gustos literarios llegó a impresionarme.

Era un volcán de afectos, ideas y opiniones críticas. El muchacho atractivo del flequillo blanco permanecía mudo, pero seguía pareciéndome interesante. Pensé: le tiene prohibido hablar. La energía de Sontag lo abarcaba todo, no dejaba espacio para nada ni nadie más. Nuestro callado contertulio, según supe por fin, era David Rieff, el único hijo de Susan. Juan Cruz me lo aclaró tan pronto se terminó la comida. A las siete de la tarde, ese mismo día, Susan daba una conferencia a la que asistí sentada al lado de David. La oportunidad de trabar amistad con él solo llegó años más tarde, en 2014, cuando, por razones de asfixia personal, viví un par de meses en Nueva York. Susan había fallecido. Y David era y sigue siendo un autor de relevancia internacional. Ensayista genuino. Gran politólogo, además de garante de la obra de su madre. Un gran amigo común, Aurelio Major, poeta, crítico a su vez y traductor de la familia Sontag, nos puso en contacto. Cené con David en el Soho, cerca de su casa, y desde entonces aprovechamos para vernos cada vez que coincidimos en una ciudad. Es un amigo leal y generoso.
En el verano de 1998 fui con Jordi y mis dos hijas a La Habana. Coincidió que en casa de Carmen Balcells tuve la oportunidad de conocer al escritor cubano Senel Paz, autor del relato que dio origen a la película *Fresa y chocolate*. Senel y su esposa me animaron a emprender el viaje. Y yo sentía mucha curiosidad por visitar la ciudad en la que Óscar había sido director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas (1968-1969), llamada simplemente «Casa» por adeptos y simpatizantes. Fuimos los cuatro y, como no podía ser de otro modo, nos hospedamos en el hotel Nacional. Solía ocurrirme en viajes trasatlánticos que, debido a los ataques de ansiedad que yo padecía en esa época, llegase enferma y sin medicamentos. Eso pasó en el viaje de ida. Enseguida me arrepentí de haber llevado a mis hijas de vacaciones a un país de, por así decir, extrañas formas de confortabilidad, en especial duro para Bruna, que tenía apenas siete años. La movilidad era complicada, el calor atroz y la alimentación, limitada y difícil. El médico que nos servía de guía, gracias a la intervención de una amiga común, nos llevaba allá donde quisiéramos. Debíamos recurrir a restaurantes clandestinos llamados «paladares». Mi amigo Ion de la Riva, consejero cultural de la Embajada de España en Cuba, nos contó con detalle hasta qué punto era investigado, en su propia casa, por las personas que trabajaban para él, supuestamente de confianza. Senel Paz nos citó en otro «paladar» bajo la premisa de que nuestra comunicación no podía ser telefónica. Los teléfonos estaban pinchados y quién sabe si no teníamos micrófonos en el dormitorio. Senel me pasó papelillos escritos por debajo de la puerta para concretar lugar y hora. Debíamos llegar en secreto. Así que al médico que hacía de chófer (su salario no

les daba para vivir a él y su familia) le pedimos que nos dejara a cierta distancia del sitio donde teníamos la cita.

Nos sentíamos espiados, como casi todos los extranjeros que allí aterrizaban, incluido algún que otro catalán que aparecía en la isla tratando de encontrar mujeres de compañía o incluso una esposa. Nos dimos de frente, en mitad de sus pesquisas o conquistas, con un par de conocidos de Barcelona, algo avergonzados al vernos.

Visitamos la Habana vieja y la zona vecina, muy hermosa, situada frente al malecón, entonces en proceso de restauración. Entramos en algunas viviendas, donde la miseria digna que yo conocí en El Chocó, en Colombia, encontraba su réplica, pero muy multiplicada. Por supuesto, cumplimos con la visita a la casa del poeta Lezama Lima, y dedicamos toda una mañana al mercado del libro viejo en la Plaza de Armas.

También nos bañamos en el Caribe, fuimos al cabaret Tropicana, a tomar copas en la Bodeguita, a bailar salsa en un barucho a trasmano y entablar conversaciones con desconocidos hasta el amanecer. Una tarde me presenté en Casa de las Américas, cuya sede estaba cerca del hotel, y pregunté a la compañera de la recepción por la posibilidad de ver a Roberto Fernández Retamar, presidente de esa célebre institución en aquel momento y desde hacía muchos años. Algunos se referían a él como el comisario político de la cultura de la dictadura. Se había peleado con Cabrera Infante, al que tachó de «contrarrevolucionario visceral»; con Neruda por haberse referido a él como «el sargento Retamar», y con Vargas Llosa por haber criticado la invasión soviética de Checoslovaquia, por el caso Padilla y por unos cuantos asuntos más. Se me ocurrió ir a verle por su relación con los años en que Óscar fue director de la «Casa».

No me recibió. Es posible, claro, que estuviera ausente ese día, como dijo la recepcionista después de una llamada telefónica. Mi pedigrí era, cuando menos, sospechoso. Entre mis amigos también había muchos de los llamados disidentes, como Juan Goytisolo, Carlos Fuentes y el propio Mario Vargas.

En este sentido, viví otra experiencia latinoamericana difícil y sentida. En el mes de octubre del 2013, en la Venezuela de Maduro, tuve el honor (eso sí) de recibir la Orden Alejo de Zuloaga, que me otorgaron con generosidad las autoridades de la Universidad Carabobo de Valencia, en la región central venezolana. El nombramiento de esa orden traía consigo el encargo de pronunciar el discurso de apertura de la feria del libro, distinción que en convocatorias anteriores habían tenido escritores como Fernando Savater, Carlos Monsiváis, Antonio Gamoneda, Sergio Ramírez, Julio Ortega o Antonio Skármeta, entre otros.

Aquel año parecía que los escritores españoles aún podían visitar

Venezuela sin temor a represalias durante su estancia en ese país. Al año siguiente, nadie quería ir. Resultaba peligroso hacer la menor crítica de la dictadura de Maduro (¡casi rima!) y de las secuelas siniestras que el régimen provocaba en toda la población. Me avisaron. Las reglas eran estrictas. Los anfitriones, para protegerme, me tenían prohibido poner un pie en la ciudad a no ser que fuese camino de la feria del libro. Si por algún motivo pisaba la acera, se colocaban a mi alrededor una decena de personas.

Al día siguiente, en el hotel, propiedad de un español que a estas alturas debe de haber huido del país, no me quedé callada. En las entrevistas me despaché a gusto con los periodistas hablando en contra del sistema monocolor autoritario y a favor de la ayuda internacional para evitar el sufrimiento de la población venezolana. Hasta aquí todo bien. El acto más bochornoso ocurrió el 14 de octubre, la fecha de mi regreso a España. Unas seis personas me acompañaron al aeropuerto para tomar el vuelo de Avianca que, con escala en Bogotá, debía llevarme a Barcelona. Salimos del hotel unas cinco horas antes del vuelo. «¿No es demasiado pronto?», pregunté. «Mejor prevenir que curar», respondieron con sonrisas mis acompañantes. Había mucho movimiento en el *checking* de la terminal. Un ambiente bastante agitado. Cuando iba a colocar mi maleta en la cinta de los equipajes, sentí un gran empujón. Me pareció que se trataba solo de alguien que había tropezado conmigo. Pero recibí un fuerte golpe. Caí al suelo y mi cabeza dio contra el canto de la cinta transportadora. Vi la cara y figura del responsable de mi caída. Un policía de piel oscura, grueso, brazos musculosos, hombros anchos de boxeador y vestido con uniforme de camuflaje. Pensé que había sido un descuido de aquel poli, que estaba ahí, mirándome fijamente, y que ni pidió disculpas.

Poco después, sentada en la sala de espera, a punto de embarcar y con un libro en mano, escucho decir mi nombre por los altavoces. Reclamada por la policía del aeropuerto, me conducen a un cuartucho infecto, tipo zulo, donde un perro lobo nada amistoso me hizo los honores al llegar. Quedé encerrada. Que me van a acusar de narcotraficante, lo tengo claro. Seguro que pusieron droga en mi maleta. Mis papeles están en orden. «Soy invitada especial de la feria del libro», le digo a un policía que está evidentemente vigilándome. El perro, inmutable, sigue ahí. Pienso para mí que en algún momento me sacarán del agujero. No siento miedo. Más bien trato de llevar la situación con deportividad. De lo que estoy segura es de que voy a perder mi vuelo. Al rato aparece el tipo de aspecto fiero y uniforme de camuflaje, el mismo que me atropelló con toda intención y me tiró al suelo. Alguien le acerca mi maleta. El perro lobo no se inmuta. Mueve la cola. Si no hay droga, estoy salvada. Ahora bien, ¿por qué el poli

fiero lleva un machete en la mano izquierda? ¿Por qué deja que asome el filo y no se desprende del arma blanca en ningún momento? Abre la maleta sin soltar el machete. Comienza el registro del equipaje. Lento hasta la extenuación. El siniestro personaje suelta algunas palabras y advierto que se trata de un cubano. Arranca el forro interior de la maleta. El registro fracasa, pero no se inmuta. Prosigue la exploración con minuciosidad quirúrgica. Saca cada objeto personal que contiene la maleta. Los observa con detenimiento. Si es un zapato, lo explora. Si es el par de botas, termina rompiéndoles el tacón. Olisquea como un perro lo que va examinando. Se detiene con descaro en mis prendas íntimas. Una a una. Su enorme nariz las va repasando con parsimonia. No me inmuto. Es un acoso en toda regla. Busca amedrentarme. Mantengo una actitud tranquila. Llega el turno de los libros. Son varios. Como siempre, cargo conmigo los que puedo. El agente sonríe como un oso. Ahora sí disfruta. Parece haber encontrado el tesoro que buscaba mientras hojea el primero de los ejemplares. Sin otro motivo que asustarme, rompe el catálogo que me había regalado el galerista colombiano Luis Ángel Parra. Rasga luego, con la misma intención, el lomo de un libro infantil de la poeta Yolanda Pantín, que había comprado para mi nieta. Sin soltar el machete. Pasan minutos que acaban siendo horas. De pronto el agente se topa con una cajita de tabaquitos, que huele y rehuele, con insistencia, hasta que yo, asqueada, tal vez inquieta, se los ofrezco como una manera de salir del acoso. Toma sin reparo la cajetilla y se la guarda en el bolsillo. Con saña. Hasta que me permite salir.

Por fin aterrizo en Bogotá, donde hago escala, con la duda sobre qué habrá sido de mi maleta. Noto un temblor de rabia en el cuerpo que me lleva a escribir dos notas y contar lo ocurrido. Una de ellas va dirigida al escritor y amigo Antonio López Ortega, mi anfitrión, que reaccionará con verdadera furia y publicará un artículo titulado «El hombre de los tabaquitos». El otro es un correo urgente que dirijo al canciller de Cultura de la República Bolivariana de Venezuela, Enrique Hernández-D-Jesús (el nombre se las trae). Le explico con detalle la situación de acoso violento que he sufrido en el aeropuerto de Caracas, y aprovecho para lanzar a continuación una crítica directa y airada contra lo que está sucediendo en su país, cuyo gobierno autoritario, al estilo soviético, consiente o alienta que se produzcan hechos como los que le he contado. El canciller de Cultura (tiene bemoles) me responde a vuelta de correo diciendo solamente que la semana anterior detuvieron a una narcotraficante española.

8

CIENCIA DE LA ANSIEDAD

Las cosas ya empezaron a ponerse feas en Cataluña cuando, en los años ochenta, le pegaron un tiro al amigo Federico Jiménez Losantos, entonces profesor de instituto, por haberse atrevido a firmar el Manifiesto por la Igualdad de Derechos Lingüísticos en Cataluña. El profesor se exilió en Madrid, y a él se sumaron catorce mil profesores y maestros expulsados de casa por no hablar catalán. «No nos fuimos por cobardía, sino por impotencia», dijeron. El muro idiomático siguió creciendo con la campaña de una publicidad a mansalva que pretendía excluir la lengua española en la enseñanza por lo que llamaron «normalización lingüística». El honorable Jordi Pujol inventó junto con sus adláteres el Programa 2000 (que sería el inicio del llamado *procés*), una estrategia diseñada en 1990 para implantar el nacionalismo y el adoctrinamiento en la escuela y en todos los ámbitos catalanes. La estrategia de la recatalanización, llegó a decirse. Basta con comprobar cuáles eran los principios étnicos, así como una supuesta historia de Cataluña completamente ficticia, que el muy honorable y sus ideólogos han predicado desde entonces con una machacona insistencia.

En abril de 1997 surgió en Barcelona el primer manifiesto del Foro Babel, una agrupación lanzada por escritores e intelectuales de distintas profesiones en protesta contra las políticas de «normalización» lingüística impulsadas por la Generalitat de Cataluña. Y en defensa del bilingüismo que ha caracterizado siempre la riqueza cultural de nuestro territorio. Entre sus firmantes, provenientes del sector del Partido Socialista de Cataluña no nacionalista, estaban Francesc de Carreras, Juan Marsé, Victoria Camps, Félix de Azúa, Eduardo Mendoza y otros catalanes relevantes. La escritora y amiga Ana María Moix, además de enviarme el texto del Manifiesto Babel, me había llamado por teléfono y, por supuesto, acepté sumar mi firma y la de Jordi, que también se prestó. Fuimos castigados por ello. A Jordi, la Generalitat le denegó un proyecto arquitectónico, y se lo justificaron así: «Haber puesto su firma en el manifiesto». En estas fechas, en un artículo publicado en *El País* bajo el título «¿Qué lengua pertenece a quién?», escribí una crítica incisiva contra la imposición de una lengua única por parte del Gobierno catalán al tiempo que reivindicaba mi lengua de escritora. Publicado en junio de 1997, tuvo consecuencias inmediatas. Una carta del *conseller* de Cultura de la Generalitat, Joan María Pujals, dirigida a mí bendecía la belleza del texto, felicitándome, bien es verdad que lo agradezco, y echándome a

la vez un rapapolvo por no escribir también en catalán y seguir escribiendo en castellano.

La cosa no terminó aquí. En realidad, acababa de empezar. En noviembre de 1997, el poeta Narcís Comadira publicó un artículo, basado en una conferencia anterior, donde afirmaba de manera rotunda que «lo natural» en Cataluña es hablar y escribir en catalán. Dejando así de lado a una mayoría de la población catalana, a la que tildaba de gente antinatural, artificial, falsa, ficticia y algunas lindezas más. Mi respuesta fue rápida: otro artículo («Lo natural», *El País*, 1997), tan irónico como riguroso, en el que declaro que los castellanohablantes no somos en absoluto accidentales en contraste con «el natural» catalán, sino que «lo natural es escribir en catalán, en castellano o en marcianito, que es el idioma propio de los seres esencialmente extraterrestres. Es decir, los omnímodas que se alimentan de aire, rabia y resentimiento».

Esta, digámosle, polémica provocó un relativo ruido en Cataluña. Un grupo, en el que se encontraban Félix de Azúa, José Agustín Goytisolo, Antoni Puigverd y Manuel Vázquez Montalbán, entre otros muchos, defendió que no debe haber lenguas maltratadas y que el español es casi más natural que el catalán.

Unos meses antes, en respuesta a la crisis que se palpaba en la universidad española, inmovilista, contagiada en Cataluña por el nacionalismo y la falta de renovación en todos los sentidos, y que se parecía cada vez más a una fábrica de funcionariado docente, publiqué otro artículo: «Un cuento universitario» (*El País*, 1997). En verano de 1998 se me ocurrió convocar a varios profesores de las distintas facultades o escuelas técnicas de la Universidad de Barcelona con la intención de organizar la redacción de un manifiesto colectivo. Llamé a una reunión en la biblioteca de mi casa a Rafael Argullol, Félix de Azúa, Eugenio Trías, Xavier Rubert de Ventós, Luis Izquierdo… Después de tres o cuatro encuentros en mi casa, redactamos un manifiesto al que se sumaron, entre otros (no dispongo hoy de la lista) los escritores Juan Goytisolo y Javier Marías. Hubo respuesta de los medios, en especial de *El País* con un artículo titulado «El rector de la UB asume parte del manifiesto de intelectuales ante la universidad».

Nuestro escrito subrayaba que el inmovilismo y la jerarquización funcionarial frenaba la renovación de los equipos docentes, además de poner trabas a los profesores contratados. Y lo más grave: «Esta esclerosis se acentúa por la tendencia a la endogamia propiciada por la actual normativa de selección del profesorado». Añadía que «los firmantes consideran que la situación actual es similar a la que se vivía en el régimen de la dictadura de Franco…».

Y lo insólito fue que los redactores de aquel manifiesto, lejos de

sentirnos satisfechos, fuimos posteriormente dejando poco a poco nuestro trabajo de profesores en esta universidad. Por la ley de que, si no te sumas a la secta nacionalista, te despiden o te practican *mobbing* laboral. Empezábamos a ver lo que se nos venía encima. Y nos quedamos cortos. Hoy en día, casi la mayoría de los órganos rectores de las universidades de Cataluña son independentistas o simpatizan con el Gobierno catalán, que reivindica la independencia.

En mi vida personal aquel podría parecer un periodo infértil, pero no lo fue en modo alguno. Vivíamos en la nueva casa de Collserola. Mi estudio formaba parte de la sala de estar. Jordi pasaba el día en su despacho y llegaba sobre la hora de la cena. Solía sentarse a la mesa situada en el extremo opuesto de donde estaba la mía, frente a la ventana grande. Habitualmente era yo quien se ocupaba de plantear los temas de conversación, fuesen serios o triviales. Que lo pasábamos bien era algo evidente. Teníamos fama de formar un buen tándem. Estar juntos nos funcionaba. Al mismo tiempo, sin embargo, recuerdo haberle confesado e insistido en que nuestra relación era pura hipocresía. «Parecemos dos jugadores de ajedrez», le reprochaba a veces, de tan frío e insensible como se mostraba siempre. Los dos frente al tablero, calculando la jugada. Juntos y distantes. Yo tenía que asumir la responsabilidad de plantear los aspectos conflictivos de nuestra relación. ¿Amorosa? No. Dejémoslo en «de pareja». Jordi callaba, simulaba escuchar. «Ni siquiera nos tocamos —le lancé un día —. ¿Te has preguntado por qué?». No hubo respuesta. Saqué a relucir, de nuevo, la posibilidad de separarnos. A veces, ante su silencio rotundo, me altero. Otras veces, callo y paso página. Tengo genio. Estallo, pero se me pasa rápido. A Jordi le embisten ataques de ira. Cuando se pone así, da miedo. Me grita él. Le grito yo. Mis hijas no pueden soportarlo. Laia se enfrenta a él y le avisa: «A mi madre no le hables así». Bruna se lanza a mis brazos.

Fue entonces cuando comienzan mis ataques de pánico. No me siento capaz de entender qué es lo que los provoca, ni qué son. Una noche me levanto de la cama (no sonámbula) para ir al baño y, nada más entrar, caigo y quedo tendida en el suelo. Cuando recobro el conocimiento, Jordi me ayuda a llegar a la cama. Llama al médico de urgencias del seguro. No queda claro el origen de mi desmayo. De todos modos, me prescribe Trankimazin, y a descansar se ha dicho. La segunda vez fue más escandalosa. Volvemos del cine. Nada más entrar al garaje y pasar a la biblioteca me derrumbo, siento que me estoy muriendo. Caigo al suelo. ¿Dos minutos sin sentido? Parece que lo peor ha pasado. Menos mal. En otra ocasión, ocurre algo nuevo. Siento un fuerte dolor en el brazo derecho. Me desmayo. Caigo al suelo. Llega Laia, subimos de nuevo al coche, nos vamos a las urgencias de la clínica Teknon. Tiemblo todo el rato. Sin parar. En la

camilla, ya en el hospital, siguen los temblores. Son tan fuertes que voy a caerme en cualquier momento. He tenido suerte con el doctor. Después de las pruebas de rigor, descarta lo que yo temía que pudiera ser algo muy grave.

—¿Qué es, entonces? —quiero saber.

—Un ataque de pánico. ¿Es la primera vez?

Digo que no con la cabeza.

Pero sí es la primera vez que escucho esta palabra referida a mí.

Casi sin darme cuenta, me coloca un diazepan en la lengua. A los pocos minutos, se disipan los temblores.

—Deberías ver a un psiquiatra —dice.

Suelo obedecer a los médicos. Como Vicky y Santiago Dexeus son amigos muy cercanos, y los frecuentamos a menudo, se lo cuento a Vicky, que me aconseja visitar al doctor José Ángel Bueno. Tengo buenas amigas. Con las que compartir confidencias. Todas me dan consejos. Alguna dice que mis ataques de ansiedad son un efecto de la menopausia. Sufro. Yo me inclino a echarle la culpa a una vida de pareja claustrofóbica sin amor, sin cariño, insatisfecha. Tardo un día en decidirme a concertar la visita.

Estoy sentada frente al doctor Bueno, al que tuteo de entrada. Nos conocemos de vernos en festejos de amigos comunes. Nada que ver con Mariano de la Cruz. Va de hombre serio. Es más sugestivo y tranquilo. Sabe muy bien cómo utilizar la sonrisa en una conversación. Ahora el ambiente trasluce una atmosfera soleada y fría. Le hablo lo justo. Mi relación con Jordi. Mi trabajo de escritora. Mis bloqueos. Mi época de castidad, de la que me quejo. Si bien, por otro lado, me beneficia para escribir. Mis viajes en avión al otro continente empastillada al máximo y, aun así, accidentados. Náuseas, vómitos imparables, algún desmayo… Opina que tengo que medicarme. Estoy de acuerdo. Se me gastaron las palabras en divanes de psicoanalistas. Me receta una variante del Prozac y un ansiolítico, diarios. Le he hablado de «mi bloqueo», pero juraría que en el momento de esa visita ya había empezado a escribir mi siguiente novela, *El país del alma*. Tenía incluso la cita inicial, un verso de Emily Dickinson que parecía escrito para mi libro: *I felt a funeral in my brain* (sentí un funeral en mi cerebro). Perfecto para la situación en la que me encuentro. El psiquiatra se limita a decir que voy a ponerme a escribir como nunca. Se muestra tan seguro que termino por creérmelo. Es extraño, pero es ahora cuando me doy cuenta de que ni a él ni a Mariano de la Cruz, a quien acudí a los veintitrés años, ni tampoco a mi querida Fanny Schulz hice mención alguna del maltrato sufrido cuando niña y adolescente. De haberlo hecho, ¿me hubiera ahorrado sesiones y sinsabores? Todavía me parece más extraño que no lo hubieran descubierto interpretando mis sonoros silencios. Tal vez por instinto

de subsistencia, había decidido guardarlo con llave con la idea de que allí se acabara pudriendo. Tampoco me extendí en contar mi conflicto de pareja. Y a José Ángel Bueno eso no pareció importarle demasiado. Como si no existiera. No somos conscientes de que un fantasma puede hacer daño al corazón humano.

El punto de partida de *El país del alma* son las fotografías del álbum de fotos que papá dedicó a mi madre después de su muerte. Aquel álbum encuadernado en piel oscura, en cuya cubierta hizo grabar en letras doradas el nombre de la innombrable: PILAR. Es la piedra filosofal del argumento y pócima que da vida a los personajes de esa novela, de su historia imaginada. Un álbum guardado por mi padre como oro en paño. Y sin intención de que pudiera ser utilizado para otra función que no fuera la de alimentar el recuerdo de sus añorados hijos. Pero sirvió para que yo pudiese perpetuar una memoria robada.

Habían pasado casi diez años de la muerte de papá. Ni se me pasó por la cabeza la idea de utilizar las fotos para un libro hasta el momento en que comencé a escribir lo que luego fueron las primeras páginas de la primera versión. Escribir esa novela me proporcionaba una energía insólita que animaba al texto a avanzar por sí mismo. Y eso era debido, seguramente, a que las fotografías siempre fueron para mí una señal que me indicaba el camino hacia la muerte. Recuerdo que cuando tenía impresa una de las últimas versiones y me dedicaba a corregirla a mano, una mañana, sin venir a cuento, tuve la idea (puede que la intuición) de que debía acercarme a ver a tía Montserrat a una hora, nueve y media de la mañana, en la que nunca me presentaba en su casa de la calle Mayor de Sarriá. Dos años atrás, a instancias mías, mi tía había ido a la consulta de uno de los neumólogos más reconocidos de la ciudad. Montserrat sufría un enfisema pulmonar bastante avanzado.

Esa mañana la encontré todavía en cama y quejosa. «No se encuentra bien», dijo Agustina, su asistente doméstica. Me las llevé a la clínica Teknon, el lugar a donde íbamos a caer cuando había alguna urgencia médica. Mi tía no quería ir, pero cedió al cabo de una hora. Llevé conmigo el manuscrito de *El país del alma* con intención de ocupar mi tiempo allí en caso de que la espera fuese larga. Veo a mi tía sentada aún en la silla de ruedas, con solo sesenta años, respirando mal, como pez agotando oxígeno fuera del agua. Me veo a mí, sentada frente a ella, trabajando en el manuscrito de mi novela, corrigiendo con un bolígrafo, y me culpo de nuevo por hacerlo. Precisamente eran aquellas páginas en las que retrato con fidelidad y detalle escenas de su casa y de sus vidas. Estuvo ingresada unos días, acaso algo más de una semana. Parecía ir a peor. Cuando me acercaba a ella, me pedía que le hiciera masajes en la espalda, estigma que yo conocía bien pues

el dolor de espalda es un mal que sufrimos los inquietos. Murió tranquila y convencida de la existencia de otra vida en el más allá donde encontraría en el cielo a sus seres queridos. Su fe en Dios movía montañas.

Cada uno la lloró a su manera. En sus últimos tiempos, cuando estábamos solas, aprovechaba alguna ocasión para decirme lo que quería dejarme en el testamento. «No has de dejarme nada, tía», le respondía con sinceridad. Sin embargo, aquí sí hubo un conflicto grande y absurdo al mismo tiempo, del que traté de mantenerme al margen. Mi tía había dejado una carta manuscrita dirigida a nosotros tres, y no recuerdo si también a tío Tony, su hermano, explicando el motivo de su decisión de dejar en herencia la casa de los abuelos en la calle Mayor de Sarriá (la misma donde se escenifican bastantes escenas de la novela que yo estaba terminando) al hermano mayor, justificándolo en que de los tres era el único que seguía casado. Yo vivía con Jordi, pero sin lazos de unión civil ni cristiana. Y mi otro hermano iba por libre y sin que pudiera preverse, de momento, ningún cercano o futuro matrimonio. Así las cosas, la condición que ponía mi tía para adoptar esta medida testamentaria era que él, su sobrino mayor, «el serio de la familia» (era conocida en Barcelona la vida disipada que llevó siempre, aunque por supuesto a escondidas de nuestra tía), viviera con su esposa y sus hijas allí y mantuviera la casa tal cual se la dejaba en herencia. La gran encerrona se desveló el día después de que se leyera y aceptara el testamento ante notario, cuando el hermano mayor anunció que se divorciaba de su mujer. Ella y mis dos sobrinas queridas dejaron el piso que les había regalado la tía, y las tres se fueron a vivir por su cuenta mientras que su padre, «el serio de la familia», se aparejaba con la última novia secreta o la amante que tuviera en aquel momento.

A veces, amigos y conocidos me preguntan sobre la razón de que el hermano mayor decidiera (y de eso hace muchos años) dejar de hablarse con los dos hermanos menores. Pues bien, no fue ese el motivo directo de su enemistad manifiesta, al menos, conmigo. Sí, ya sé, tener una escritora en la familia es un peligro en potencia. Y creedme que lo siento. Porque, en verdad, sucedió lo siguiente. Mis dos sobrinas estaban al final de la adolescencia cuando su padre se separó de su madre, pocas semanas después de morir mi tía, y él dejó de verlas y hablarles durante años. Yo las veía sufrir por este motivo. No pude soportarlo y un día llamé al hermano mayor por teléfono con objeto de hacerle entrar en razón. Con voz suave, aunque insistente, le pedí que, por favor, siguiera manteniendo con ellas la relación propia de un padre con sus hijas. Ahí fue cuando me colgó el teléfono. Hasta hoy, cuando ambos ya somos abuelos: sigue sin hablarme. Cuando me tropiezo con él en alguna ocasión, y han sido varias, pues Barcelona es

pequeña para los pocos barceloneses que quedamos, no puedo evitar mirarle y sonreír, tal vez de forma involuntaria. Pero es que la situación me parece cómica. Y hace tiempo que dejó de hacerme daño. Después de varias versiones, tenía la novela *El país del alma* terminada. Las dos primeras lecturas las hicieron Jordi y, poco después, Carmen Balcells. El primero se la leyó en un fin de semana. Lo recuerdo sentado a su mesa, no lejos de la mía, sin apenas levantar los ojos de la página. Al terminarla, desapareció unos minutos y regresó con tres esplendidas rosas de color rojo. Tenía relación con el final del libro. Logré emocionarlo. Y él conmoverme con el regalo. El efecto que el manuscrito produjo en Carmen fue más notorio, a la vez que maravilloso.

Lo primero que me dijo por teléfono, fue que *El país del alma* iba para premio. En honor a la verdad, fue lo segundo que me dijo. Antes, y nada más terminar de leerla, sin haberme telefoneado todavía, me escribió la carta más extraordinaria que un escritor puede recibir de su agente (16 de diciembre de 1998). Rezumaba verdad, placer de lectura y sabiduría crítica. «La novela es con distancia y sin ningún tipo de posibilidad comparativa lo mejor que has escrito nunca. Tiene una entidad extraordinaria y dos aciertos singulares, que son el lenguaje y el punto de vista. Al mismo tiempo debo felicitarte calurosamente porque parece casi imposible que se pueda escribir un libro como este con la edad que tú tienes». Y proseguía: «La novela está sobrada de méritos para ganar el premio Alfaguara o cualquier otro premio. El libro ya está presentado. Ahora haremos todo lo posible para que recibas este galardón, que sería magnífico e interesante para tu carrera. […] Este libro es un hito extraordinario en tu escritura. Es como si hubieras tomado todos los ingredientes que aparecen en todas tus novelas, los hubieses puesto en una coctelera y hubieras sintetizado en ella todas tus experiencias de vida en un grado de suma perfección».

Obedeciendo órdenes, envié el manuscrito de *El país del alma* a Juan Cruz, el editor de Alfaguara, con un *email* fechado el 18 de octubre de 1998 en el que traté de resumir mi novela. Luego pasó lo que pasó. Y me dolió. Ahora, tantos años después, hasta me parece gracioso, de verdad. El premio se lo dieron a otro escritor. Conozco los intríngulis del caso y las maniobras. La versión en apariencia más creíble era que tenía a mi favor, por lo que parece y aseguraba Carmen, los votos en el jurado de Eduardo Mendoza y Jorge Edwards. En contra, los de Fernando Trueba y Rosa Regás, con la que Carmen había maniobrado. Carmen no conocía aún la antipatía sin fundamento que Regás sentía por mí y por grandes editores de Barcelona, con los que por lo visto hubo una fricción importante.

Dio la casualidad de que un amigo de Madrid, cuyo nombre

prefiero guardar para mí, estaba cerca de la mesa en la que el editor Juan Cruz, Rosa Regás y no recuerdo quién más planificaron la estrategia de la votación, y pudo oírlo todo. Fue el primer aviso que me llegó. La segunda aclaración sobre lo ocurrido me vino de parte de Jorge Edwards, al que entonces conocía solo como escritor. Terminada la rueda de prensa tras anunciarse el ganador del premio, me telefoneó por sorpresa a casa. En una llamada rápida y contundente, certificó el comportamiento de Regás y otras incidencias que prefiero dejar a biógrafos futuros.

Fue un disgusto que lloré a mares. Sola. Con Bruna. Con Jordi. Con Prozac. Y acompañada a las pocas horas por Carmen, a quien fui a ver a su casa, y la encontré llorando a su vez y despotricando a más no poder contra los culpables. Había que ver a Carmen cuando se ponía brava y dolida. Hasta que se nos pasó a las dos. A ella antes que a mí. Sobre todo, al comprobar que mis santeros personales no me habían ayudado.

Algo importante gané en compensación. *El país del alma* es la novela mía que más ha gustado a críticos y editores literarios.

9

NADAR HACIA AMÉRICA

Si es cierto que hay periodos más fecundos que otros en la vida de un novelista, en mi caso los primeros años del siglo XXI y los últimos del anterior fueron los más productivos. Narrativa aparte, me atreví con el teatro, la poesía, la edición y el ensayo. Las invitaciones a América Latina fueron muchas. Jordi atribuía mi suerte literaria a nuestra vida en común. Nuestra pareja seguía sin ir bien, o no mejor que otras de las que solíamos frecuentar. En aquellos años hubo separaciones entre nuestras amistades. Por no decir que hubo separaciones en la mayoría de los que formaban el grupo de los más íntimos. Jordi no quería dejarme de ninguna de las maneras. ¿Me engañaba él? Lo más seguro. ¿Le engañaba yo? Hasta el momento, yo lo había hecho siempre de un modo meramente platónico. Le acusaba de haber hundido nuestra historia amorosa.

Mientras escribía *El país del alma* dejé de tomar los antidepresivos que me recetó el doctor Bueno. Había superado otra gran crisis que temía que también fuese literaria. No habían desaparecido del todo los ataques de ansiedad y similares provocados, además, por la fluoxetina, el antidepresivo, que me ocasionaba náuseas y vómitos constantes, el origen de los cuales yo desconocía entonces. Durante años, mi medicación fue un pez que se mordía la cola. A más pastillas, más ataques. A más ataques, más pastillas. A más escritura, menos estados depresivos.

En ese estadio de desazón estaba yo cuando Basilio Baltasar, entonces editor de Seix Barral y entusiasmado, como decía él, de haber editado *El país del alma*, me solía llamar por teléfono para darme ánimos e incitarme a comenzar otro libro. Y eso hice, aceptar el desafío. El impulso me lo dio la realidad del grave conflicto bélico que sufría Colombia, este país que tan fundamental ha sido en mi vida. Y ahí estaba un editor vigilante como Basilio. Un perfil comparable, al menos solo en aquel momento, a la figura del Virgilio como maestro y guía en la *Divina comedia*. Carmen Balcells, en tanto que agente, tenía para mí esa misma función. Era una gran experta en escritores, conocía a fondo «la especie» literaria y sabía cómo tratarnos. Y te daba consejos, que no órdenes. Olió en mí las desavenencias con Jordi. Y me aconsejó: «Hazme caso, ni se te ocurra separarte. Por el bien de la literatura, por supuesto». Ella sabía como nadie cuáles eran las parejas de su «cuadra» que no debían divorciarse, pues, según ella, era mejor para el éxito de su trabajo que mantuvieran la misma compañía durante muchísimos años. Porque la soledad, como también

el «mucho amor», ella opinaba que no beneficiaba a la obra literaria.

Soy practicante del amor, con atracción física, lo que implica con respecto al otro una exigencia grande de ser correspondida. Creo en el amor y estoy convencida de que es lo único por lo que vale la pena vivir. O dejar por el amor la vida y, si conviene, la escritura, como tantas veces ha ocurrido. Todo se aprende tarde. Inclusive el amor. Ahora sé cómo amar y a quién. Los hombres que he amado (tampoco han sido tantos), incluido el que era mi pareja al comenzar este libro, estaban convencidos, cada uno a su modo, y con estas palabras lo decían, que yo los amaba por su parecido con mi padre. No lo creo. Como dice Cioran: «En el fondo amamos para defendernos del vacío de la existencia». Es cierto que así amó mi padre. Así consiguió romper este iceberg de hielo que yo aparento ser.

Las Navidades de 1999 deberían ser borradas de la historia. En los días previos a estas fechas, mi hija Bruna se queja de dolores intensos de cabeza. Lo atribuyo a una gripe o algún virus similar. Está haciendo frío en Barcelona. La llevo a urgencias y le recetan algún medicamento ligero. Pasan dos días. Bruna se queja y llora de dolor. Por la mañana la llevamos de nuevo a las urgencias de la clínica Dexeus, decididos a no salir de allí sin un parte médico serio sobre la enfermedad que sufre. Dos doctores deciden hacerle una resonancia magnética cerebral. Estoy a su lado, y desde ahí puedo ver, o así me parece ahora, la gran imagen de la resonancia. Y distingo algo inquietante. Miro a los médicos. Los doctores tras el cristal tienen una expresión grave. Jordi está en el pasillo cuando salgo. Han encontrado un tumor en el cerebro de mi hija. Este es el diagnóstico. Las lágrimas de aquel momento brotan de nuevo ahora que lo escribo. Mi hija pequeña no me verá llorar. Es mi propósito. También el de su padre. El día pasa rápido. Bruna está en una habitación y nos han citado un grupo de doctores reunidos para estudiar si deben operarla. Tres de los cinco han decidido hacerlo. ¿De qué?, pregunto. La resonancia muestra un tumor, pero nadie puede decirme qué hay dentro de ese monstruo. Jordi y yo lloramos abrazados en el pasillo. Entra un hombre disfrazado de Papá Noel a verla. Los médicos esperan nuestro consentimiento. Somos incapaces de tomar una decisión tan grave. Una niña de diez años. Nos aseguran que el cirujano es de los mejores. Sigo sin verlo claro. Pasamos la noche en la clínica. Dos noches. Yo a su lado. Bruna parece no darse cuenta de lo que está ocurriendo a su alrededor. Pero lo sabe. No siente ningún dolor. Parece totalmente restablecida. Tengo una intuición bendita, de esas que me vienen a veces, y decido llamar al doctor Manuel Carreras. Mi ginecólogo, sí. Pero el médico con mejor ojo clínico que jamás he conocido. Es un cabezón de la medicina. Y, de paso, también de la literatura. Le resumo la situación de Bruna, el resultado de la resonancia cerebral y

la opinión de los médicos de la clínica Dexeus. Creo que estoy llorando. Le leo el parte médico.

—¿Tiene fiebre?

—Ya no, nada.

—¿Se encuentra bien del todo?

—Sí.

Me pide el nombre de los doctores.

Y de repente me ordena:

—Sácala enseguida de la clínica. —Su tono es tajante—. No es nada grave. Un quiste de nacimiento, seguro. Sin importancia.

En resumen: el diagnóstico médico final es que Bruna tiene una inflamación aguda de los senos paranasales con absceso, aparición de pus, fiebre y dolores de cabeza. En suma: sinusitis.

Entre tanto, me informé de dónde podía encontrar una perrita recién nacida para regalar, como sorpresa, a mi hija, tan amante de los animales. Conseguí una schnauzer mini de cuatro semanas. Bruna se emocionó nada más verla. La llamamos Perla. Estuvo queriéndola y cuidándola hasta que nos dejó tras haber vivido con nosotras durante dieciséis años.

Ese mismo verano, mientras pasábamos las vacaciones en la playa, se me ocurrió buscar un terreno que estuviera bien de precio para, con el tiempo, construir una casa frente al mar que tanto amo. Tal vez porque el mar ha sido visto como alegoría de la muerte y también como metáfora de la propia aventura literaria.

Lo que trato de conseguir llega casi sin buscarlo. Un amigo, para quien Jordi había construido unos apartamentos, nos recomienda un vendedor de terrenos en las calas cerca de Palafrugell. Ese verano me ronda la cabeza un pensamiento antiguo. Y secreto. Jordi será el arquitecto. Ahora le daré la oportunidad de ser él quien haga una casa para mí. Ya no podrá maldecir los espacios en los que he ido viviendo y decorando. Me pongo en contacto con el vendedor y al cabo de una hora vamos a visitar dos o tres solares. Me quedo estupefacta cuando llegamos al segundo. Un espacio con rocas espectaculares, un barranco verdoso a la izquierda, pinos en abundancia y el mar a nuestros pies. Un mar que está tan cerca como para verlo en primer plano y escuchar su sonido, pero también lo bastante lejos como para no tener que soportar la invasión de gente extraña. Es un pequeño acantilado. Miro a Jordi. Pone cara de pocos amigos. Escucho la cifra que pronuncia el vendedor. Veinte millones de pesetas. Unos ciento cincuenta mil euros de ahora por todo el terreno de roca granítica, rosada y basáltica, y una ladera con pendiente que se puede transformar en grandes bancales verdes. No dispongo de dinero ni para negociar la paga y señal. Pienso en amigas queridas y me decido por Concha Serra. Me lo ofrece al instante. El tiempo de pedir yo una hipoteca. Detrás de

nuestro terreno el vendedor nos ha enseñado otro, también aislado, si cabe más rocoso, con vistas al mar, en el que se pueden construir tres casas y que venden a un precio irrisorio.

—Jordi —le digo una y otra vez—, cómpralo tú, pide una hipoteca, como hago yo, y levantas tres casas. ¿Te das cuenta del negocio que podría ser para ti y lo importante que sería para el paisaje?

Antes habíamos criticado el desastre urbanístico del lugar.

—Ni pensarlo —dice.

A los pocos días enseñamos a algunos amigos el terreno frente al mar. Recuerdo a los arquitectos Oriol Bohigas y Beth Galí caminando entre las rocas.

—La vista es muy hermosa, sin duda, pero es un nido de águilas —dice Oriol. Y mira a Jordi como retándole. A ver cómo te sales de esto.

Poco después vienen Ricardo Bofill y Marta Vilallonga. Celebran con aplausos el lugar y la posibilidad de un buen proyecto. Serán los primeros amigos, a los que luego seguirán muchos otros, que más entusiasmo mostraron y continuaron manifestando por el resultado. Espectacular, me dirá Ricardo cuando vea la casa terminada. Ni pensar aún en edificar nada.

Pero surge otro proyecto, este literario, que me encarga el editor Antonio Paricio cuando me pide que dirija personalmente una colección para su editorial, Ediciones Omega. Soy gran lectora de memorias. La posibilidad de ser editora por un tiempo me ilusiona sobremanera. Se me ocurre una idea que llevo en mente como deseo imaginario. Propongo a Antonio una colección de biografías de escritores célebres del mundo hispano, ya fallecidos, bajo el título genérico de «Vidas literarias». Pero que sean biografías escritas por autores prestigiosos en nuestra lengua. Acepta mi propuesta. La idea me entusiasma. Y se me nota.

Muchos de esos autores cumplieron. Otros, con excesiva rapidez en terminar el texto. Eduardo Mendoza se atrevió con Pío Baroja; Fernando Savater, con Borges (acabo de leer en las memorias de Fernando que se siente muy orgulloso de su libro); Cristina Peri Rossi, con Julio Cortázar; Eduardo Haro Tecglen, con Lope de Vega; Arcadi Espada, con Josep Pla…

La colección fue motivo de anécdotas como la polémica que provocó la opinión de Cristina Peri Rossi, muy amiga de Julio Cortázar, sobre su certeza de que el virus del sida, debido a una transfusión sanguínea, fue la causa de su fallecimiento. Acaso el hecho más festivo que se produjo fue la presentación de varios de los primeros títulos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, donde me acompañó Eduardo Haro Tecglen. Además de verter elogios

inteligentes sobre aquellos libros, tuvo la divertida ocurrencia de añadir que yo era, sin duda, la mujer con la que se casaría. A esas alturas ya éramos amigos. Tuve la suerte de despedirme de él pocos meses antes de su fallecimiento gracias a esa especie de intuición que me llevó a Madrid solo para verlo de nuevo y tomarnos una copa en el bar del Palace.

El relato más arriesgado por lo que se refiere a mi trabajo de editora surgió cuando llamé al escritor mexicano Carlos Fuentes, amigo con el que tenía mucha confianza y ya estaba al tanto de mi colección, con la intención esta vez de proponerle escribir la biografía de Juan Rulfo. Seguro que habría resultado un libro revolucionario y distinto. Pero con la perspicacia que le era propia, muy seriamente y con un deseo disfrazado de orden, me retó a que fuera yo, y nadie más, dada mi devoción y conocimiento del escritor mexicano, quien la escribiera. Y para mi gran asombro, terminada mi siguiente novela, eso fue lo que hice un año más tarde. Una tarea intensa y gustosa que me demoró más de dos años. Y, según dijeron, fue una biografía inédita y primera sobre el escritor universal.

Entretanto, seguía corrigiendo el manuscrito de mi «novela colombiana», como me gustaba llamarla para mí misma dado el argumento y escenario de la historia. La escribí sin haber vuelto a poner un pie en Colombia desde mi viaje con Óscar a los veinticinco años. Ahora en Barcelona, me encontraba mil años después escribiendo sobre el conflicto que sufría el país en la actualidad. Sin consultar a nadie, y con la información mínima que entonces nos llegaba, abordé el desafío.

Fue también una época de viajes transatlánticos. De visitar nuevamente librerías de viejo donde hallar joyas literarias en primera edición. Y de conocer o reencontrar amigos. Aparte de los Fuentes y de Juan Goytisolo, a los que seguía viendo en sus visitas frecuentes a Barcelona (el imán Carmen Balcells). En esos momentos tuve la suerte de tener cerca de mí a Fernando Vallejo, Julio Ortega, Ángeles Mastretta, Paloma Villegas (editora de Era), Juan Villoro, Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, Roberto Juarroz, Elena Poniatowska, Jorge Edwards, Matilde Sánchez (¡cuánto nos hemos reído tú y yo juntas, Matisan!)… Tuve la inmensa fortuna también de ser invitada en tres ocasiones a participar en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL) gracias a la amabilidad de su presidente, Raúl Padilla López, y a la de sus impecables colaboradores. Allí fueron presentando mis libros escritores a los que admiro. Viajé a los institutos Cervantes de Nueva York, Roma y El Cairo, y agradecí y acepté con gran entusiasmo la invitación de la Universidad de Lima, que me llegó firmada por el profesor Jorge Cornejo Polar, para participar en un encuentro internacional que reunía a cuarenta y seis

escritoras de Europa y América Latina bajo el lema «La mujer en la literatura. Perspectivas para el nuevo milenio». En ese congreso de Lima estábamos desde la rumana Herta Müller, años más tarde premio Nobel, hasta las colombianas Laura Restrepo y Piedad Bonet, pasando por las colegas de «España para la conquista» (así nos llamaron en un artículo a Rosa Montero, Almudena Grandes y a mí).

Al día siguiente de mi llegada participé en una de las mesas de debate en el gran anfiteatro de la universidad. La sala estaba llena a rebosar. Cuando me dieron la palabra dejé a un lado el guion de mi conferencia y de buenas a primeras me presenté como la descendiente del famoso virrey Amat (catalán para más señas) y de su no menos famosa amante mestiza limeña, La Perricholi, lo que en apariencia casaba con mi imagen de piel morena veraniega, y también con mi apellido. Seguí diciendo que, con estos antecedentes familiares, yo había sido conquistada a mi vez por las culturas y literaturas latinoamericanas, que llevaba en mis genes… No es fácil recordar todo lo que llegué a decir en esos minutos de espontaneidad mientras el público reía con ganas escuchándome contar aquel cuento improvisado. Ahí comprobé lo importante que es en cualquier evento literario utilizar tu sentido del humor para conectar con el auditorio. Aparte de esas audiencias, solo las personas que he querido y he conocido en la intimidad, en especial amigos, amigas y amantes, han podido descubrir que poseo esta arma secreta del humor, que surge, para gran sorpresa de todos ellos, cuando menos se lo esperan.

Por esas fechas, en primavera, salió publicada, también en Seix Barral, mi novela *Reina de América*. El editor fue, esta vez, Adolfo García Ortega, a quien envié el manuscrito tras haber intercambiado con él algún comentario acerca del contenido. Nunca hablo de lo que estoy escribiendo porque descubrí hace años que perjudica, al menos en mi caso, el buen desarrollo de mi tarea. Y de igual manera que el pintor o el músico esconden su obra hasta que la dan por terminada, lo mismo sucede conmigo cuando escribo. En especial, así fue con esta novela secreta por el riesgo que implicaba la propia aventura que había supuesto emprenderla y escribirla. Yo sabía que mi novela colombiana funcionaba, pero ¿era «verdadera»? En esta ocasión, como quien lanza una botella al mar, la envié al editor, que enseguida me dio una respuesta muy positiva. Carmen, a través de Carina Pons, se ocupó del contrato. Y muy pronto se publicó el libro. ¿Quién podía presentarlo? Alguien, es posible que fuera el mismo editor, me habló de la persona que era cónsul de Colombia en Barcelona, María Jimena Duzán, periodista muy reconocida como supe al encontrarme con ella, y que estaba aquí con su familia por razones políticas. Por desgracia solía ser frecuente en las familias colombianas, durante los largos años de la guerra, que por defender la paz y la resistencia en su país fueran

castigadas con secuestros y asesinatos. Así ocurrió con la valiente periodista Silvia Duzán, hermana de María Jimena. Esta me llamó tan pronto leyó el libro para decirme que contase con ella para todo. Nos hicimos amigas, incluso antes de haber cruzado dos palabras, y seguimos siéndolo. Una parte del examen estaba aprobado con un notable alto. Pero en esos momentos no tenía ni idea del alboroto positivo que *Reina de América* estaba a punto de provocar en los ambientes literarios de Colombia. Antes tuve la respuesta entusiasta y emotiva de Óscar, que leyó mi libro en cuanto le llegó. Y me llamó luego por teléfono para felicitarme «por esa extraordinaria y tensa historia de amor entre un escritor y periodista colombiano y una joven catalana que vuelve a recuperar los hilos sueltos de su pasión».

Viajé de nuevo a Colombia durante los últimos días de abril y comienzos de mayo de 2003 invitada por la Feria del Libro del Bogotá con motivo de la publicación de *Reina de América*. Laia aprovechó este viaje para venir a pasar unos días conmigo. Y con su padre. Con solo poner el pie en la capital ya me sentí como abeja reina en su colmena. Los amigos me recibieron con una alegría inusitada, y me vi rodeada de música, rumbas hasta el amanecer, baile sin fin, flores y cariño, con esa hospitalidad que tan bien practican los colombianos con las personas queridas. Leyendo la prensa colombiana, me llamaron mucho la atención los artículos literarios y también políticos, siempre inteligentes, que sobre el conflicto de su país firmaba el escritor y novelista William Ospina. Hablé a mi editor para que estableciera contacto con él y le pidiera que, si le apetecía, me acompañase en la presentación de *Reina de América* en la Feria del Libro de Bogotá. Y a los pocos días allí estaba él, sentado a mi lado, con esa barba que le caracteriza y una coleta que no sé si sigue llevando. William hizo una hermosa presentación que poco después se publicó en forma de artículo en la revista *Cromos*. Yo me quedé atónita escuchándole pronunciar aquellos elogios que me lanzaba en cada frase. «¿Cómo hace una escritora catalana para escribir una de las más intensas novelas latinoamericanas de los últimos tiempos? Quiero decir algo a lo que no estoy obligado como presentador, sino que es fruto de mi convicción: esta novela es un prodigio de creación literaria». *Reina de América* ha sido, de todos mis libros, el que ha viajado más lejos y más veces por todo el mundo. La novela más traducida.

En otra ocasión fui a México invitada a la cena de despedida del presidente mexicano Ernesto Zedillo, en la residencia Los Pinos. Estuvieron presentes varios presidentes hispanoamericanos, entre ellos, Felipe González. Allí estaba también su secretaria, Pilar Navarro, que fue amiga muy querida desde que la conocí en Madrid en una presentación de una novela de la escritora Ángeles Mastretta hasta su fallecimiento tan inesperado como doloroso. Pese a la tragedia que

supuso el haber perdido a un hijo en un accidente, Piluca ha sido la amiga más sonriente, generosa, inteligente y optimista que he podido tener. Hablábamos por teléfono de forma constante. Tratábamos de vernos en su casa de Madrid o en la mía de Barcelona. Nos contábamos una a otra nuestras vidas enteras, amores, lecturas y fatalidades. Era un diez dándome consejos. Yo, que los necesito tanto… Y lo más difícil: siempre conseguía que sus amigas acabaran también siendo las mías. Era íntima de Gabriel García Márquez y su mujer, Mercedes Barcha, los Gabos. También compartía con ella la comida de Navidad en casa. Estos almuerzos, que antes se teñían de melancolía, se convirtieron en encuentros divertidos en los que la conversación nunca quería nadie que terminase. Volé a Madrid a despedirme de Piluca después de las últimas Navidades que pasó en Barcelona, en casa de su hermana, cuando la encontré muy desmejorada por el cáncer. Ella sabía, yo sabía, sus amigos también sabían. Pero en ningún momento se habló de despedida.

Al año siguiente volví a la FIL de Guadalajara, donde me encontré de nuevo con Silvia y Carlos Fuentes. Nos hospedábamos en el mismo hotel, el Quinta Real. En aquella ocasión, además de otros escritores y algún político cubano, estaban también los Gabos. Creo que fue la primera vez que intercambié algunas palabras con ellos. Raúl Padilla, presidente de la FIL, me dio siempre la oportunidad de presentar varios libros en la feria. Los Fuentes insistían en que también Jordi me acompañase en alguna ocasión. Y allá fuimos los dos. El avión a Guadalajara llegó con tanto retraso que optamos por ir directos a la cena multitudinaria organizada por el Fondo de Cultura Económica en honor a García Márquez.

Y ahora merece la pena que cuente el motivo de mi siguiente invitación a la FIL. Corría mayo del año 2004. Una tarde me llama Raúl Padilla por teléfono desde México para recordarme, como sabíamos, que Cataluña era el país invitado ese año. Quiso hablar conmigo con la intención de mostrarme su desconcierto pues, desde hacía meses, estaban tratando de contactar con los responsables de cultura de los principales organismos de Cataluña, la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona, sin que al parecer nadie les hiciera caso. Como la FIL se celebra a primeros de noviembre, había que trabajar a marchas forzadas. Dada la premura y debido a esa falta de comunicación con los entes oficiales, Raúl me pidió que le ayudara a solucionar el problema. Le dije que lo haría, naturalmente. En realidad, no las tenía todas conmigo. Jordi y yo éramos amigos del entonces presidente de la Generalitat, Pasqual Maragall. Solíamos vernos en casa de Margarita Obiols y Albert Broggi. Allí jugábamos a *ping-pong*, a ver quién era el ganador de los dos. Divertido, cariñoso y simpático como era Pasqual en la intimidad, se tomaba las partidas

con mucho humor. Nada más despedirme de Raúl Padilla, llamé por teléfono a Margarita y tras explicarle la importancia de la FIL de Guadalajara, y la preocupación que me había expresado su presidente, añadí la vergüenza que suponía el silencio de la Generalitat ante el hecho de que Cataluña fuera el país invitado de honor de aquel año a la más importante feria del libro de toda América Latina. Con Margarita, preocupada como yo por el silencio catalán, acordamos organizar una reunión con la consejera de Cultura, que entonces era Caterina Mieras, y con algunas personas del Institut Ramon Llull. Al cabo de dos días nos vimos con todos ellos en el Palau de la Generalitat, y pareció que el tema estaba resuelto. Raúl Padilla quedó muy contento y me anunció que tenía pensado venir en septiembre a Barcelona. Quiso saber si podríamos vernos y le dije que por descontado: «Haré una cena en mi casa en tu honor».

Por alguna razón, aquel verano, en los primeros días del mes de septiembre, coincidieron en Barcelona bastantes escritores amigos. Los barceloneses todavía podíamos presumir un poco de capital europea, aunque algunos presentíamos que eso se terminaría en los años venideros debido al intento separatista, que ya comenzaba su periodo de cocción. Pocos recordaban que, seis años atrás, Mario Vargas Llosa, en una conferencia en el Palau de la Virreina, había acusado a la ciudad de ser más provinciana y menos universal, por efecto del nacionalismo, que a principios de los años setenta, cuando él y su familia se instalaron a vivir en mi barrio de Sarriá.

Aprovechando la presencia de todos aquellos visitantes programé una cena en casa, presidida por Carmen Balcells. Puse a su lado a Juan Goytisolo, y a mi derecha a Pasqual Maragall y Diana Garrigosa, su esposa, cerca de Carlos Fuentes, que estaba frente a Pasqual y Raúl Padilla, y a Nélida Piñón y Silvia Fuentes junto a Jordi, Margarita y Albert… Creo que olvido a alguien, la mesa era larga.

Gracias a estos movimientos, en noviembre de 2004 Pasqual Maragall acabó viajando a Guadalajara para participar en la inauguración de la edición de la FIL, con Cataluña, finalmente, presente en el evento como país invitado. La cena sirvió también para que todo el mundo charlara y disfrutara. Terminando el primer plato, Pasqual, que en estas situaciones podía ser muy guasón, me preguntó al oído si podía encender la televisión para ver el fútbol. Un partido del Barcelona que los aficionados debían de considerar importante. Así que aproveché un momento que iba a la cocina y conecté el aparato, que no era grande. Nadie se dio cuenta, o fingieron no advertirlo. Ninguno miraba, salvo Pasqual, que no perdía ripio de la pantalla. E iba comentando las jugadas a los comensales que preguntaban. Fue chistoso.

Antes de irse le propuse, con dos o tres apoyos, entre ellos el de

su mujer, fundar una casa del escritor en Barcelona. «Sí, muy buena idea», dijo. No era mi primera iniciativa en este sentido. Años atrás, en un artículo sugerí convertir Barcelona en una ciudad literaria. Mi propuesta quedó arrinconada. Lo que Pasqual Maragall no olvidó, cinco meses después, en una famosa intervención suya en el Parlamento catalán, fue denunciar el asunto del 3 por ciento: acusó a Artur Mas de que su partido, Convergència Democrática de Cataluya, había cobrado comisiones por las concesiones de obra pública durante el mandato de Pujol, y también con Mas como jefe de Gobierno. Esta denuncia fue un hito que marcó un punto de referencia histórica. La afrenta quedó en tablas, pues en un pleno extraordinario Maragall accedió a retirar sus palabras a cambio de avanzar en el proyecto de reforma del Estatuto de Cataluña que, bajo la aprobación del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, nos metieron con calzador para minar aún más la libertad, la democracia y la concordia en Cataluña. El siguiente paso fue, como es sabido, pretender que Cataluña se independizara de España.

Peter Bush, mi traductor en lengua inglesa, se estuvo moviendo con la idea de encontrar a un editor norteamericano dispuesto a publicar alguna de mis novelas en inglés, y logró su objetivo con *Reina de América*. Y, para mi alegría, quien quiso publicar esa traducción fue nada menos que el editor, librero y poeta Lawrence Ferlinghetti, en su célebre sello editor City Ligths. Todo un carácter mi nuevo editor. Suelen comparar su vida con la de un personaje de Dickens o un héroe de una gran novela norteamericana. De niño vivió en un orfanato de Francia, pasó a estudiar Periodismo en la Universidad de Columbia, en Nueva York, durante la Segunda Guerra Mundial fue oficial de las tropas norteamericanas y participó en el desembarco en Normandía, y algo después obtuvo un doctorado en la Sorbona, para terminar fundando en 1953 City Lights, la librería mítica de San Francisco, que abría hasta medianoche, incluidos fines de semana, y por la que pasaban a diario los no menos famosos y amigos poetas beats como Ginsberg, Kerouac, Burroughs y Corso. Me entusiasma la frase con la que mi nuevo editor explicaba el porqué de la creación de su librería, en la que vivió hasta cumplir ciento un años: «Solo quería un sitio tranquilo que me permitiera sentarme en la trastienda a leer». Y así estaba, leyendo en la trastienda de su librería el día que le conocí.

Peter y yo viajamos a San Francisco para la presentación del libro. La traducción de Peter era magnífica. Impecable en todo sentido, salvo el título (*Queen Cocaine*) que puso tras consultarme y darle yo una rápida aprobación, aunque en realidad nunca me ha gustado. En la librería nos esperaba, sin ceremonia alguna, en su trastienda, el último gran poeta beatnik. Ferlinghetti, el mismo hombre sin edad, delgado, ágil, sonriente, tal y como aparece en las

fotografías. El artista sensible, comprometido y profundo que había sido siempre. Conversamos sobre la novela, que había leído con interés. Colombia, junto a México, eran sus preferidas entre las repúblicas de Latinoamérica. Durante la presentación en la librería, Ferlinghetti se sentó a mi lado en un taburete tan bajo como dos tomos de la enciclopedia Espasa uno encima del otro, y desde allí estuvo charlando conmigo, contando su lectura de mi libro y debatiendo con las personas participativas y entusiastas que asistieron a la velada. Y mientras tanto, se estaba fumando un porro. Debo dejar constancia aquí de que *Queen Cocaine* quedó entre las diez novelas finalistas del premio literario Internacional IMPAC Dublin 2007.

Por su parte, Marika Gedin, amiga y traductora sueca, consiguió que *Reina de América* fuera mi primera novela publicada en Suecia. Debo ser una *rara avis* de escritora porque han sido los traductores, antes que los editores, los que lucharon por encontrar a un editor para mis libros en sus respectivas lenguas. Se organizó la presentación en Estocolmo, nada menos que en el edificio de la embajada española, donde también estuve alojada gracias al embajador, Javier Garrigues. Tuvimos un público selecto de escritores, sobre todo. La novela tuvo en Suecia una recepción que me sigue pareciendo asombrosa e inesperada.

Pasados unos meses de la publicación de mi libro, recibí una llamada de Marika en la que me anunciaba que su padre, acompañado por el escritor y miembro de la Academia Sueca Per Wästberg, con Anita, su esposa en aquel momento, y ella misma, iban a venir a Barcelona. Y querían conocerme. Sugerí organizar en casa una cena con amigos escritores de la ciudad y ella me dijo que no, que preferían estar solo conmigo y Jordi.

Se presentaron tan amistosos como suelen ser los nórdicos. Antes de subir a cenar visitaron mi biblioteca, que según Per Wästberg, como me dijo hace un año, ha merecido una mención en sus memorias. Cuando me sugirió que le mostrara mis libros publicados, habló muy entusiasmado de *Reina de América*. Y me pidió luego que le diera un par de novelas mías para llevarlas a la biblioteca de la Academia.

La charla derivó a compartir nuestras diversas opiniones sobre autores españoles. Me comentó que el año en que Cela ganó el Nobel, había entrado también en liza Carmen Laforet. Quiso interesarse por un par de escritores españoles recientes. Suelo hablar bien de mis colegas. Le mencioné a otros dos. Al día siguiente quedamos para acompañarlos al Museo Picasso, cuya sede en sendos palacios góticos fue diseñada y reformada por Jordi. Me llamó la atención, no tanto en aquel mismo momento, sino al cabo de un tiempo, que Wästberg me preguntara, como sin venir a cuento, por Mario Vargas Llosa, de quien

él dijo que era un gran escritor con el que mantenía buena relación. Y, curiosamente, añadió en cierto momento que yo debía tratar de hacerme amiga de Mario. Y de Gabo. Me hizo gracia que lo dijera. Y por un tiempo me pregunté a qué venía esta recomendación.

Tiempo después de este encuentro, cuando el destino y la literatura hicieron que acabara trabando amistad tanto con Mario como con Gabo, por este orden (y se entiende que por separado), volví a recordar «ese encargo» cuando fui nuevamente invitada por el profesor y amigo Jorge Cornejo Polar a un nuevo encuentro internacional de escritores en la Universidad de Lima. Éramos cincuenta y cinco, de los que recuerdo a Blanca Varela, Carlos Monsiváis, César Aira, Antonio Gamoneda… Yo debía desarrollar una ponencia en torno al tema de «¿Por qué se escribe?», que había luego que debatir con el público. Mario Vargas Llosa fue ese año el invitado principal, a la vez que anfitrión, y leyó al gran público algunas páginas de su novela en marcha, *La fiesta del chivo*.

El vuelo a Perú trajo cola. Entre los escasos invitados españoles se encontraba la Regás. No sé si debido a su presencia, pues no se dignó a saludarme (y eso que de joven fue muy amiga de mi tía Montserrat en aquellos veranos en el balneario de Vallfogona), o por mi predisposición a los ataques de ansiedad, sobre todo en vuelos transoceánicos, o más seguro que debido a la suma de ambas circunstancias, de nada me sirvieron las píldoras tranquilizantes. Empezaron los vómitos imparables, que acabaron además produciéndome una grave deshidratación. En este viaje los tres españoles íbamos en clase preferente. Yo tenía ventanilla y a mi derecha iba sentado Juan Luis Panero, el mayor de la saga poética, que no paró de beber un *whisky* tras otro y charlar conmigo hasta que empezaron los vómitos, que no pararon ni durante el aterrizaje. Una vez en tierra no podía ni levantarme del asiento. Finalmente, se me llevaron al coche no sé cómo. Y a todas estas, la Regás, sentada al estilo señorita Rottenmeier, sin levantar un dedo ni hacer comentario alguno, a un palmo de la cabeza de la damnificada.

Llegada al hotel Antigua Miraflores, fui directa a mi habitación, a la ducha y a la cama. A la mañana siguiente me arrastré como pude al desayuno. Entretanto, me llamó Jordi para decirme que su exmujer había fallecido después de una larga enfermedad, de la que ya estábamos informados. Y añadió algo que a él le pareció gracioso y que sin duda era cierto: «Siempre que muere alguien de mi familia, tú estás de viaje».

En el desayuno, ya medio repuesta, Jorge Edwards se me acercó muy amable y me preguntó cómo me encontraba. Dije que mejor, y aunque mi rostro delataba que estaba mintiendo, Jorge sonrió y comentó:

—Estupendo, Nuria, porque esta noche Patricia y Mario nos invitan a cenar a su casa.

No era una de mis mejores noches, pero fui con Jorge y agradecí la invitación. La casa estaba en un bonito edificio, frente al mar. Tuve tiempo de visitar fugazmente la biblioteca de Mario, acompañada de Patricia. Una mujer admirable en todos los sentidos. No solo por ser colaboradora de Mario. Tenía el don de la amistad y, como amiga, la seguiré queriendo. Nos volvimos a encontrar en los siguientes días y compartimos mesa con Mario en la cena de clausura. A la Regás no volví a verla.

Mi relación con Jordi iba a peor. Se comportaba como un zombi, que no oye, no siente, no habla ni comprende. No soy capaz de recordar cuantísimas veces le dije, muy seriamente, que debíamos separarnos. Quería separarme por protegerme a mí misma, pero tenía muy en cuenta a Bruna y me decía una y otra vez que era mejor esperar antes de hacerlo definitivamente. No quería repetir con ella lo que hice a Laia, pues entonces me separé de forma precipitada de su padre. O eso creí mucho tiempo. Y admito que era una manera de pensar totalmente errónea. Bruna también sufrió. Tenía a su padre en casa, eso sí, pero como si fuera un extraño. Fue la más perjudicada. Solo pude darme cuenta mucho más tarde.

De ahí el origen de los ataques que yo seguía soportando, y no solo en los vuelos largos. Uno de ellos, quizás más rocambolesco que otros, ocurrió en el restaurante Neichel de Barcelona. Carmen Balcells había organizado una cena en honor a Mario y Patricia, y compartían mesa principal con ellos la infanta Cristina y su marido, el entonces duque de Palma, Iñaki Urdangarin. A mi izquierda tenía a un desconocido, pero pronto nos presentamos e iniciamos conversación. Se trataba de Carlos García Revenga, profesor y mentor de las infantas. De hecho, dada la comunicación mediante signos faciales que Cristina mantuvo con él durante la cena, me pareció que era un amigo más cercano. Entonces nadie sabía que mi amable vecino actuaba como tesorero (2004-2009) del Instituto Noos, presidido por Urdangarin. Ni mucho menos se podía conjeturar el entramado organizado a fin de desviar dinero público hacia las empresas satélites con las que ellos se forraban.

Vi que la infanta Cristina echaba una mirada a García Revenga. Le indicaba que quería irse. Aproveché para ir un momento al servicio. Era un baño reducido. Lo recuerdo porque, nada más entrar y cerrar la puerta, caí al suelo de golpe. Llevaba esa noche mi vestido negro, largo y estrecho. No sé cuánto tiempo estuve allí. Llamaron a la puerta y volví en mí. Cuando me senté a la mesa, estaban todos a punto de levantarse, y en ese momento le dije a Jordi que me había desmayado en el baño. No hubo respuesta. Ojos que no ven, corazón

que no siente. ¿Por qué tuve el ataque de pánico allí, en ese preciso momento? Creo saber las causas de todo aquello que me pasaba con frecuencia en esa época, y las explicaré a su debido tiempo. Avanzo que, según dicen los especialistas, esos episodios repetidos son debidos a una situación de estrés o miedo que una no puede controlar. Ni saber.

Fuimos a despedirnos de los Vargas Llosa. Jordi les estrechó la mano por primera vez. Ese día, Patricia, la mujer de Mario, al poco de llegar a la cena, con expresión dolorida me había revelado que su padre estaba muy grave y que debía viajar la mañana siguiente a Lima donde, en efecto, falleció. Se disculpó por no poder venir a una cena que yo había organizado en casa, pero me dijo al despedirse: «Mario sí irá». Y vino. Y vimos mi biblioteca. Eduardo Mendoza y Ana Solé, su mujer, nos acompañaron. Mario nos habló de *Travesuras de la niña mala,* que acababa de publicar. Y de política conversamos también un buen rato. Se fue algo antes de la medianoche, como ha sido siempre su costumbre.

Me seguía preguntando si mis ataques de ansiedad o pánico (los consideran sinónimos) eran debido a mis frágiles estados anímicos, ¿propios de la escritura o de la situación de estrés emocional que vivía en casa? Decidí creer la primera opción. Nadie me daba una respuesta fiable. Y yo misma no indagué en profundidad sobre el problema.

Una noche, cenando con Peter Bush, le comenté una vez más mis bloqueos como escritora, mis dudas sobre lo próximo que iba a escribir. La conversación derivó hacia mi decaimiento moral y se me ocurrió decirle que aquel malestar me llevó a sentirme «muy próxima a Emily Dickinson», y a aquel verso que puse como cita al comienzo de *El país del alma*. También le dije a Peter que había leído muchos poemas de Dickinson, pero no tanto como me hubiera gustado porque las traducciones al español no eran muy buenas. Y al oírme me interrumpió un segundo:

—¿Por qué no la traduces?

Abrí los ojos como platos.

—¡Claro, por qué no! —dije. Y enseguida, arrepintiéndome—: ¿Tú crees? Mi inglés es penoso. Aunque tengo a mi favor la sospecha de que si la gran poeta no está bien traducida al español es por las grandes dificultades que entraña su forma de escribir, tan sintética y también tan profunda.

Hasta Borges había sido crítico con la versión en español que prologó en el libro traducido por su amiga Silvina Ocampo.

Fui a las librerías que frecuento y me hice con todos los libros y revistas que tuvieran sobre Dickinson. Debo advertir que hoy, en español, el surtido de traducciones ya es amplísimo. Como si se hubiera abierto la botella del elixir Emily, tras aparecer mis primeras

versiones, otros libros versionando a la poeta de Amherst fueron surgiendo de forma milagrosa.
Cuando descubrí que Emily sufría, según dicen, ataques de ansiedad, que, por cierto, aparecen en sus versos, me acerqué muchísimo más a ella, hasta que llegué a abrigar la ilusión de estar escribiendo juntas. Era como escribir los poemas en español a dos manos. Cuando tenía unos cuantos más o menos resueltos, les ponía un título, apropiado y breve, y los pasaba al ordenador para releerlos y corregirlos una vez impresos. Así fui avanzando en la tarea de ir descubriendo sus significados ocultos, y dar con la resolución del enigma final de cada poema, siempre incógnito, siempre con interpretaciones múltiples, con su representación del amor, de la muerte, del paisaje, de la vida. Su familia. Su locura. Las excusas para encubrir la verdad. Todo ello me originaba un placer diferente al que siento cuando escribo novelas. Espero que no se entienda frívolamente, pero era como jugar, en serio.

¿Qué iba a hacer yo con estos poemas? No recuerdo habérmelo planteado siquiera. Ocurrió que, en aquellos años, 2004-2005, veía con alguna frecuencia a Carlos Ortega, poeta y crítico, que fue director de la Biblioteca Nacional de Madrid. Me contó, de pronto, que iba a dirigir una nueva colección de poesía para la Editorial Losada. En uno de sus viajes a Barcelona le llevé, muerta de vergüenza, el manuscrito. Yendo al grano: le gustaron y quiso publicarlos. Así que volví de nuevo a corregirlos y leer con mi editor en voz alta casi todos. Muchos de ellos eran de amor y de una sensualidad sublime. Y muy pronto Carlos acabó publicando el libro, con el título de *Amor infiel. Emily Dickinson por Nuria Amat*. Nos pareció una fórmula bastante leal de presentar sus-mis poemas.

Carol Maier, escritora norteamericana, traductora de la gran filósofa María Zambrano, de Rosa Chacel y Severo Sarduy, entre otros, los leyó, emocionada, y quiso conocerme. Me pidió permiso para traducir/versionar mis poemas transgresores, o algunos de ellos, al inglés. Y los hizo viajar por Estados Unidos junto a sus artículos sobre mi experiencia poética. Uno de ellos: «*Love Unfaithful but True. Reflections on Amor Infiel. Emily Dickinson by Nuria Amat*», fue publicado en el *Emily Dickinson Journal* (Vol. XVIII, n. 2, 2009). Además, fui invitada a numerosos eventos en Estados Unidos: de Nueva York a California, de Buffalo a Michigan… A Dallas viajé acompañada por Carol y Peter. Y también visité Amherst, la ciudad de Emily Dickinson. Una vez publicado mi libro, de forma natural, seguramente necesaria, seguí versionando más poemas suyos que fui archivando en una carpeta especial. Por el placer de hacerlo.

Al tiempo que asumía esa tarea poética, seguía escribiendo la biografía de Juan Rulfo. No pude desoír a Carlos Fuentes y, tal como él sugirió, acepté el reto de lanzarme a relatar la vida del escritor

mexicano para la colección «Vidas literarias», que yo dirigía. Visto desde la distancia, lo más difícil del desafío era la poca información que podías encontrar sobre el autor de esa impactante novela llamada *Pedro Páramo*, el libro que otro inmenso escritor posterior a él, Gabriel García Márquez, se había aprendido de memoria. Me permití descubrir algún que otro homenaje del colombiano a su lectura rulfiana.

Por lo que a mi escritura se refiere, la lectura de Rulfo había cambiado mi modo de entender y hacer literatura. Sabía de su temperamento reservado, de pocas palabras, solitario, autor de solo dos libros, pero ambos fundamentales en la literatura hispánica y universal. No le gustaba a Rulfo hablar de él y cuando se convirtió en un escritor afamado y tuvo que hacerlo, se divirtió mintiendo, fabulando a veces su historia. La información sobre la vida del escritor, fallecido en 1986, me llegó como por milagro gracias a un joven mexicano llamado Roberto García Bonilla, que también veneraba a Rulfo, y que llevaba tiempo haciendo fotocopias de todo lo que encontraba sobre el escritor, además de estar preparando una cronología.

Mi propósito casi primordial en este libro consistía en averiguar cómo y por cuáles diferentes motivaciones biográficas y literarias Rulfo había conseguido escribir su obra. Saboreé cosas como el descubrimiento de las vicisitudes de su infancia, las influencias que tuvo en su familia, las características de su lugar de nacimiento, de su tierra, la personalidad de amigos y colegas, sus aficiones personales, los libros leídos, por ejemplo, las *Crónicas de Hernán Cortés*. «Siempre cubierto de libros», como dice su hijo, el cineasta Juan Carlos Rulfo. También descubrí algunas de sus fuentes, muy concretas, como la novela *La amortajada* (1938), de la autora chilena María Luisa Bombal.

Terminé mi *Juan Rulfo. El arte del silencio*, que me llevó mucho tiempo y que salió un volumen más largo de lo esperado. Ahora quedaba la parte de los derechos teniendo presente que su familia era muy estricta en vigilar cualquier referencia o reproducción de su obra. Conseguí una cita con Clara Rulfo, su viuda. Fue en Ciudad de México. No hubo acuerdo porque exigían entrometerse dentro de mi texto. Finalmente, el libro se publicó: *Juan Rulfo. El arte del silencio.* La presentación sería durante la Feria del Libro de Guadalajara. Tenía que participar, por supuesto, quien me había ayudado a encontrar fuentes para documentarme sobre aquel escritor tan poco proclive a dejar rastro: Roberto García Bonilla. Generoso hasta el final, quiso estar en la mesa de presentación del evento. Pero, además, decidió hablar con alguien de la familia. En octubre de 2003 recibí un *email* de Roberto dándome la mejor noticia posible: «Pablo Rulfo acepta

presentar tu libro en la FIL». Ya os podéis imaginar lo que significó esta inesperada sorpresa. Mi amigo había conseguido que el segundo hijo de Rulfo, el pintor y diseñador gráfico, me concediera el honor y el placer de presentar mi libro sobre su padre. Pero la felicidad todavía fue más grande si cabe cuando, media hora antes del acto y mientras me encontraba con Roberto en la sala donde iba a celebrarse, se me acercó Pablo Rulfo y, muy emocionado, me abrazó fuerte y me dio las gracias por el libro, que tanto le había conmovido. Tenía los ojos húmedos.

Si me lees ahora, ¡gracias de nuevo, Pablo!

De vuelta a Barcelona, los poemas de la Dickinson estaban esperándome cada tarde a la misma hora. Un encuentro, por decirlo así, que en un momento dado traicioné por otro: escribir mis propios poemas. En alguna ocasión llegué a preguntarme si tamaña inclinación no era una manera de sublimar mi deseo sexual, transformado ahora, una vez publicado mi libro *Amor infiel* (2003), en ese afán poético. Un amor platónico que viví y estimulé mientras escribía seguro que se estaba liberando ahí.

El poema lo permite todo. Hablar sin dobleces fuera del poema. Sin miedos. Ni disimulos, reservas, encubrimientos, ficciones. La verdad es el arma contundente y lúcida del poeta. La conciencia individual, social o colectiva. Habla a favor o en contra del amor, de la naturaleza, de la guerra, de la vida y la muerte.

Algo sucedía en mi casa. Dispongo de un pequeño estudio en la sala de estar. Durante ese periodo, sin conciencia razonada de lo que estaba haciendo, me fui despojando de todos los muebles, incluida mi mesa de trabajo, que vendí mucho antes de lo que yo esperaba a través de internet. En un mes dejé el salón totalmente vacío, salvo dos tumbonas de tela y madera, y mi mesa nueva, blanca y minimalista. Pinté toda la casa de color blanco y seguí escribiendo. Nadie en casa me preguntó por el motivo de un cambio tan radical. ¿Vivir sin muebles? Mientras tanto, comencé a escribir mis poemas. Fue tan natural y tan poco sorprendente para mí el paso de una tarea a otra que no podría concretar el momento exacto en el que se produjo. Sí, por el contrario, tengo muy presente cómo viví yo durante este periodo de tiempo al que llegué sin proponérmelo, como en un estado de arrebato, de transformación. Debió de durar un par de años. ¿Cómo? La forma más sencilla (aunque compleja) de describirlo es decir que el poema vivía conmigo. No quiero dar imagen de espiritualidad mística. Simplemente, aparecía un verso en mi cabeza y yo lo seguía, o bien era ese verso el que me perseguía adonde fuera. Todo me llegaba de forma inesperada, solo porque durante esa época yo vivía en un espacio que se podría llamar «estado poético». Lo vivía así, sin preguntarme por nada de lo que me estaba ocurriendo. La

recuerdo como una etapa de desaparición del mundo, de sus tareas del día a día, que sin embargo seguía desarrollando; una etapa de desdoblamiento y de bienestar anímico. Era consciente de estar viviendo aquellas dos vidas en una sola existencia. Y cuando escribía, mi yo se abstraía de estar forzando el lenguaje. El lenguaje poético estaba aquí, conmigo, me llegaba, y era mi vida. Y lo fue mientras lo fue. Hasta un punto final, que vino solo. Tal como llegó, desapareció. ¿Antes o después de publicar los poemas? No lo sé. Por grande que fuera el deseo de seguir, cuando aquella fuerza poética que me dominaba se fue, no hubo modo de recuperarla. Lo escribió la poeta rusa Marina Tsvetáyeva en una carta dirigida a Boris Pasternak: «Con la poesía, querido amigo, como en el amor: no hay separación hasta que te abandona». ¡Qué grande la rusa!

Quien sienta curiosidad de mis avatares emotivos de aquel periodo podrá leer el libro que bajo el título de *Poemas impuros* (Bruguera, 2008) publicó Ana María Moix, escritora y también editora en esa época.

10

EL CORAZÓN DEL QUE AMA

Mi compromiso social y político no fue buscado ni surgió de pronto, como por efecto de una moda o un encantamiento. Estuvo en mi condición natural de vida y, con mayor intención, en el ambiente lector e intelectual en el que me he formado. Vivo esta circunstancia con honestidad y agrado, por cuanto me acerca a los grandes maestros, aunque solo sea porque intento, como ellos, pensar el mundo. Y valoro estar incluida dentro de la cultura literaria que, en sus novedosas y diversas sensibilidades, estimula «a ver más, oír más, sentir más». Es una etiqueta, la de intelectual, que suele ser tomada con menosprecio debido a la frivolidad que hoy domina en parte a esta sociedad líquida en la que vivimos. De pérdida de valores esenciales. De populismo mutilador de ideas. De una premura vital y mental vertiginosa, sujeta a cambios abruptos e inverosímiles que impiden establecer vínculos humanos y pensantes. Con varios políticos incapaces, carentes en su mayoría tanto de un auténtico bagaje cultural como de capacidad de raciocinio básico.

Es muy posible que haya sido víctima de una discriminación negativa, de recelos profesionales o de otra índole, producto del sexismo, y también se me ha criticado o arrinconado por defender determinadas posiciones políticas. De toda discriminación me he protegido en los libros. Soy una mujer que ha hecho siempre lo que ha querido, pero que siempre ha tenido en cuenta el dolor del otro. O la injusticia que padece el otro. Y que ha luchado contra ella. He ganado y he perdido. Soy peleona y protestona. En algún momento, por saturación o estrés, pierdo los papeles. Me gustaría, claro que sí, vivir una vida de novela en la que el amor invadiera cada una de mis páginas. Pero soy realista. Racional. Hombres y mujeres me han castigado por igual. Soy rápida y resuelta cuando llega la hora de pasar página. Y tan vulnerable que necesito el auxilio del cariño, de la amistad, del consuelo. No veo hombres preparados para reconocer esta personalidad dulce a la vez que rigurosa. Me sublevan la deslealtad y el engaño. Estas actitudes son el motivo por el que he roto relaciones importantes. Con este libro, lo admito, me gustaría recuperar las esenciales. Y provocar otras nuevas y fructíferas.

La escritura me ha permitido revelar cuanto he considerado injusto. Nunca he tenido miedo a decir la verdad ni a defender los derechos individuales y sociales. He hablado a favor de la igualdad de género real y sin etiquetas frívolas ni puritanas, y he dado mi opinión, dura y contundente en ocasiones, acerca de toda clase de sistemas

políticos autoritarios que me siguen recordando tiempos terribles del pasado.

Con motivo de un evento literario, «Lecciones y maestros», organizado por la Fundación Santillana y la UIMP (Santillana del Mar, 2009) en la que, entre múltiples y conocidos escritores del mundo hispano, Ángeles Mastretta era la maestra elegida para ser estudiada, tuve el honor de que me invitaran a glosar la obra de esa escritora mexicana. En mi conferencia disparé con bala. Hablé, claro, de Ángeles, única escritora en ganar el premio Rómulo Gallegos, pero sobre todo aproveché mi intervención para criticar la anomalía, tan presente en el mundo hispano, por la que escritoras de igual o mayor calidad literaria que los escritores quedan siempre situadas en un peldaño inferior, precisamente por ser excelentes y rivalizar literariamente con los varones. Me serví de la ya mencionada *Historia personal del boom*, de mi querido José Donoso, para demostrar que cuando se trataba de celebrar el éxito de este fenómeno literario de repercusión internacional, se eligiera solo a hombres. Y en mi conferencia quise constatar unas notables ausencias. «No había nada de María Luisa Bombal, Elena Garro, Clarice Lispector o Cristina Peri Rossi, por dar cuatro ejemplos de novelistas insólitas y cosmopolitas, y ciertamente novedosas». Esta conferencia mía, transformada en artículo, se publicó en la revista *Claves* (2009) bajo el título (mordaz) de «Maestras de escritores».

Otro artículo mío en *El País*, su título «Kafka en Frankfurt», tuvo como objetivo directo manifestar un agravio doloroso y absurdo. La Feria del Libro de Frankfurt, en 2007, había elegido a Cataluña como país invitado. Unos meses antes de su inauguración, Josep Bargalló, *conseller en Cap* (algo así como vicepresidente) del Gobierno de la Generalitat, dijo que se negaba a invitar a la feria a los autores catalanes que escribíamos en castellano. Esta irregularidad sonó a los escritores y al mundo de la cultura en general como un disparate, si bien es verdad que los afectados nos lo tomamos como una estupidez que, sobre todo, les dejaba retratados a ellos. En mi artículo escribí, al comienzo: «Franz Kafka, nacido en Praga, que hablaba y escribía en checo en la intimidad, y había elegido el idioma alemán como lengua literaria, ¿era entonces un escritor checo o un escritor alemán?». Y el artículo terminaba descubriendo lo que representaría para la historia que al Kafka catalán/castellano o checo/alemán se le hubiese negado su presencia a la Feria del Libro de Frankfurt, es decir, su mera existencia, porque los mandos patrióticos hubiesen dado la orden de negar a todos los checos que escribían en alemán el derecho a ser checos. Una barbaridad, sin duda. ¿Y a qué nos recuerda esto?

Los políticos nacionalistas son marrulleros. La famosa feria del libro suele celebrarse a mediados de octubre. Quince días antes, recibí

una llamada telefónica de la secretaria del *conseller en Cap*. Quería preguntarme si tendría inconveniente en verme con Bargalló. ¿Pensaba que yo me iba a negar o me invitaba, en realidad, a no aceptar esa propuesta? Respondí que, por supuesto, iría encantada. Lo que hice fue llamar a dos amigos escritores catalanes/españoles suponiendo que podrían haber sido otros de los llamados por el consejero de la Generalitat. Seguro, pensé (y no me equivocaba), que el reclamo era para invitarnos a la fiesta inaugural de la feria. Eduardo Mendoza me confirmó que había recibido la misma llamada, y que también la recibieron Javier Cercas y Carlos Ruiz Zafón. Todos, aunque cada uno de forma individual, habíamos decidido no aceptar la invitación que a última hora nos hacía el anfitrión, como representante del Gobierno de la Generalitat, el mismo que se había pasado seis pueblos negando nuestra identidad de catalanes e impidiendo nuestra presencia en Frankfurt.

La llamada apremiante de Bargalló era para invitarme a un almuerzo en un hotel de Vía Layetana. Allí me encontré también con Enrique de Heriz y Esther Tusquets. Con las orejas gachas y el ceño fruncido nos estaba invitando, muy tardíamente y con toda la cara, a participar en el evento literario del que habíamos sido excluidos por él mismo, de acuerdo con sus razones de nacionalismo enfermizo. *Inter nos*, cada uno por su lado, pensamos que este brusco cambio se debía a que la presidencia de la feria le había dado un tirón de orejas por la eliminación tan notoria de autores que, siendo tan catalanes, como Kafka era checo, escribíamos es español. Gracias, pero no iremos, fue la respuesta de los tres. No recuerdo qué excusa dieron mis colegas. Acaso ninguna.

Al terminar el almuerzo solté, en el tono más afable que pude, a fin de que el mismísimo vicepresidente de la Generalitat y uno de los líderes de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) se enterase bien, que no éramos monos de feria alguna. E, ingenua de mí, añadí que si, como él decía (mentía), le interesaba mucho la cultura bilingüe catalana, yo le proponía a la vuelta de Frankfurt que nos reuniera a todos los escritores catalanes, en una lengua u otra, o en ambas lenguas, sin división xenófoba, como signo ejemplar de que todos éramos catalanes, sin clases ni carné, como siempre hemos sido. «Por supuesto —respondió el muy tunante—. Lo haré».

Y ahí nos despedimos. Sin imaginar que nos tenía preparada una nueva emboscada. Dos días después del almuerzo todos los medios catalanistas y españoles publicaron «la gran mentira». En palabras de Bargalló, nosotros, los escritores catalanes vetados por él y su Gobierno, «agradecieron la invitación, aseguraron que no estaban marginados, pero declinaron estar en el programa para ceder todo el protagonismo a los autores en catalán en Frankfurt». ¿Se habrá visto

mentira más hipócrita? Así, a base de engaños, falsas verdades, trampas, sectarismo y dinero a raudales venido del mismo infierno han consolidado la Cataluña empobrecida que hoy vivimos. Hasta Pasqual Maragall hizo ver que se creía la patraña. Y cuando, invitado él mismo a la Feria de Frankfurt, los periodistas le preguntaron sobre nosotros, «los vetados» por no ser puros catalanes, quiso salir por la tangente y les dijo: «Se les ha invitado y no han querido venir, ¿verdad? ¿Por qué no han querido venir?», se preguntaba Pasqual Maragall como presidente de un gobierno de coalición de izquierdas nacionalista.

La idea que entonces se sacaron de la manga fue la creación de un nuevo estatuto de autonomía que pretendía ampliar el autogobierno y que convertiría a Cataluña en la autonomía con más derechos de Europa. Ahí comenzó el estallido inicialmente ralentizado de la bomba separatista, que han fomentado los políticos de Cataluña y que ha ido cautivando y conquistando, pero no exclusivamente, a la parte más rural de su población, más predispuesta a sufrir el engaño y la manipulación, el desagravio y el sentimentalismo.

En 2002 gané el premio Ciudad de Barcelona, otorgado por el ayuntamiento, por mi novela *Reina de América*. La decisión la tomó un jurado que presidía el académico Francisco Rico, con quien entablé amistad a partir de entonces. En la fiesta que se organizó para entregarme el premio, que recibí de manos del alcalde Joan Clos en la sala de actos del Ayuntamiento de Barcelona, en mis palabras de agradecimiento dejé bien claro que, nacida yo durante la dictadura franquista, nunca pensé que treinta años más tarde tendría que repetir las palabras del poeta: «La literatura es un arma cargada de futuro», y publicar acto seguido en *El País* otro artículo titulado «El circo patriótico». Él respondía a una ideología centrada en transformar la lengua catalana en el mismísimo credo nacionalista, utilizando métodos que ya había estudiado y advertido el lingüista Victor Klemperer sobre la lengua alemana en su muy recomendable libro *La lengua del Tercer Reich*. En nuestro caso, catalanizando en los medios, aún más si cabe, la lengua catalana, aplicando un léxico familiar y rural. Y cómo, mediante esta operación en el campo lingüístico, habían conseguido contaminar de independentismo a una gran parte de Cataluña.

Asumo que mi escrito era duro y enérgico. Pero decía la verdad. El periodista Josep Cuní, director entonces del programa *Els matins de TV3*, la misma mañana de la publicación de este artículo, me invitó a su espacio. Nadie, ni la reñidora Pilar Rahola, pudo rebatir mi argumento de crítica al catalanismo radical fundamentado en las tesis de Klemperer sobre la lengua alemana durante el nazismo y después. Y fue debido a otro artículo cuando reaparecí en la televisión pública

catalana, en el mismo programa de Josep Cuní, pero esta vez para participar en una sección conducida por la periodista Lidia Heredia. Ella me había propuesto debatir cara a cara con un escritor catalán sobre una hipótesis aceptada como artículo de fe por los nacionalistas, a saber, que los escritores catalanes que escribimos en castellano no somos, por supuesto, escritores catalanes, sino que debemos ser considerados escritores españoles. Les molestaba sobremanera que, cuando éramos invitados por países de todo el mundo, siempre fuésemos presentados como escritores catalanes, tal como me ocurría asiduamente a mí, fuera donde fuese. «¿Es catalán un escritor que escribe en castellano?», preguntaban para plantear el debate, y mi contrincante y la periodista se lanzaban sonrisitas dándose por vencedores antes de empezar sobre esta teoría falsa y segregacionista. Ni tiempo hubo para el enfrentamiento. Porque a las primeras de cambio rebatí el argumento que califiqué de racista con un ejemplo diáfano: «Por la misma regla de tres que plantean ustedes —dije—, el escritor argentino Jorge Luis Borges, que escribe en español o castellano, no sería un escritor argentino sino un escritor español, de acuerdo con la ley de este proceso kafkiano en el que nos han metido».

Como mis contrincantes no terminaban de querer entender la prueba concluyente que les había presentado de tan clavados que estaban en su catecismo extremista, proseguí con el ejemplo del escritor colombiano Gabriel García Márquez, que según esa extraña lógica sin lógica que ellos defendían y aplicaban al catalán y a los escritores catalanes en lengua castellana, debía pasar a ser considerado como escritor español. Y así, sucesivamente. Por cierto, se partió de risa Gabo cuando más adelante le conté esta anécdota. El debate acabó enseguida y no me dio tiempo a poner más ejemplos de mayor interés si cabe, pues también existen numerosos escritores catalanes que escriben no en una sola, sino en las dos lenguas de este país bilingüe. Les habría sonado a chino.

No es fácil vivir aquí como escritor o escritora. Cataluña tiene fama histórica de expulsar o silenciar a sus artistas y creadores. Salvo cuando ya se fueron al otro mundo. Y no siempre. Lo que parece una forma de venganza. Ahora, en el otoño de 2020, el fanatismo independentista y antisistema ha llegado a un extremismo disparatado incendiando nuestras calles y carreteras e inflamando de violencia las universidades. Algunos políticos separatistas, apoyados por catalanes obedientes a sus consignas, declaran a voz en grito que los catalanes demócratas de siempre y constitucionalistas, que somos millones, una amplia mayoría, deberíamos irnos de Cataluña cuanto antes. Muchos se fueron, entre ellos docentes a mansalva como respuesta a la obligación de hablar y estudiar en catalán, por no mencionar lo que

han hecho ya las cinco mil empresas y bancos importantes catalanes que decidieron instalarse en cualquier otro lugar de España tan pronto como comprobaron que los de aquí querían arruinarlos. «Empobrecer Cataluña para hacer daño a España», gritó uno de los políticos incendiarios. Algunos de los nuestros ya se atreven a calificar este gobierno de racista y autoritario.

Por estas y otras razones veréis que voy convirtiéndome en una ermitaña. En las actuales circunstancias he regresado a buscar amparo en mi biblioteca, ese reducto situado en el garaje de mi casa, que, si bien hasta ahora era solo espejo universal de mis preferencias literarias y librescas, recientemente tiene también funciones de escondrijo y exilio. Este desarraigo en la patria de mis libros coincidió, además, con mi definitiva crisis de pareja.

La afición de coleccionar «solo» libros que pudieran interesarme surgió sin pretenderlo. Primero trataba de conseguir uno, luego otro y otro del mismo autor, y más tarde se añadían aquellos libros que mencionaba el autor elegido o los que él o ella había traducido, o regalado con su firma. Todas las pistas eran buenas para mi caza y captura de primeras ediciones del siglo XX de la literatura hispanoamericana, española incluida, y algunas europeas. Aparecían más y más libros de mi interés como si cayeran en mis manos por descuido, cuando en verdad era yo la que los perseguía y movía mis pies y mis antenas, como quien no quiere la cosa, hasta dar con ellos. Alguno que otro tenía las hojas cerradas, o algo estropeadas por el uso. Auténticas maravillas conseguirlos y, además, a un precio económico. Otras veces demasiado alto y debía usar todas mis gracias para el regateo. O saber esperar. *Rallies* de Dakar tuve que hacer para obtener algunos. Debo confesar el placer que sentí al encontrar otra primera edición de Borges, o el primer libro de Vargas Llosa (aquellos relatos publicados en Barcelona, en 1958), varias primeras obras de Pizarnik, y todas esas numerosísimas reliquias que ahora me acompañan. Decid un autor estimable y os contestaré, sí, lo tengo. Recuerdo a Gabo, una noche en casa, cuando viendo sus libros y estampándoles su dedicatoria no podía creerse que yo me hubiera hecho con el ejemplar auténtico de la primera edición de sus *Cien años de soledad*. Y en el que me escribió en portada: «Y sin cien años de soledad de los amigos que tanto queremos a Nuria, desde siempre y para siempre… Gabo».

Pocos saben a dónde van a parar, cómo y en qué lugar terminan las buenas bibliotecas personales. Yo sí. Una pena. Casi todas quedan dispersas como restos de un naufragio, al menos en España, cuando en verdad estas bibliotecas de escritores constituyen el auténtico carné de identidad de su obra. Ya presentí y escribí, muchos años atrás, que las bibliotecas personales, como predijo George Steiner, terminarán por

desaparecer o serán lo que hoy entendemos por archivos de legajos. De ahí que mi doble vida de coleccionista del libro impreso debió de formar parte de mí con el propósito de ejercer una labor de resistencia. A modo de sacerdotisa del templo libresco, atesoré reliquias, huellas de algo que fue y dejó de ser, consciente de que la humanidad caminaba hacia un futuro transhumano y robótico, como aventuran los científicos.

Mi biblioteca tuvo la suerte de tener otra biblioteca en régimen de ocupante selecto. Como de adopción filial. Era la de Tomás Garcés, padre de Jordi, considerado gran poeta catalán, identificado con la poesía neopopulista de Federico García Lorca y Rafael Alberti, y con quien tuve la suerte de poder mantener en sus últimos años de vida una relación muy cercana.

Sus hijos decidieron que la biblioteca Garcés debía estar situada a la vista y en un lugar digno y protegido. Lo que en mi argot significa: una biblioteca viva. Me preguntaron si yo podía alojarla junto a la mía, y mi respuesta fue afirmativa. La doble altura del garaje lo permitía casi todo. Jordi encargó más estanterías y finalmente la trajimos e instalamos en casa. Conservo la imagen de Jordi, feliz y entretenido en esta ocasión, mirando, ojeando y colocando uno a uno todos los libros en los estantes, tarea que le ocupó muchas tardes y fines de semana.

A comienzos del año 2000 llegó el momento de empezar a construir la casa del mar. Proyecto que nació con la compra, mediante hipoteca, del terreno. No pude iniciar las obras hasta unos tres o cuatro años más tarde gracias, precisamente, al dinero que me correspondió por la venta de la casa de mis padres. Esa fue, desde el primer momento, la casa del desamor. En primer lugar, porque Jordi estuvo resistiéndose a aceptar mi encargo, que para mí tenía que ser una ilusión compartida. Se demoró mucho en la tarea de hacer los planos, inventado excusas o, como era habitual en él, aplazando al infinito cualquier petición que viniese de mí (que no fuera algún evento social o literario). El talante despectivo y retorcido de Jordi quedó al descubierto por completo en este proyecto.

Un buen día se presentó en casa con los planos. Nos pusimos manos a la obra porque mi opinión práctica y estética como cliente era necesaria. Después de tantos años juntos, conocía muy bien su modo de trabajar. Discutí poco con él en esta fase, aunque desestimamos dos de los primeros planos. Al fin trajo a casa una maqueta, poco distinta de la definitiva, y me gustó mucho. Las formas arquitectónicas eran minimalistas, muy apropiadas a una casa que estaría situada encima de la pura roca. Comenzó la obra, y ahí sí tuve que convertirme en absoluta colaboradora. Lo mío era trabajar sobre el terreno. Una vez a la semana Jordi y yo hacíamos la visita conjunta.

No había día en que no le hiciera cambiar elementos, aberturas, alturas y demás para mejorar la estética o el espacio. Recuerdo entrar en la obra y ver que los dormitorios parecían celdas de convento. Allí mismo, con los albañiles, me puse a levantar la primera hilera de ladrillos que situaban las paredes de las habitaciones de la planta baja, que terminaron siendo solamente dos. Las ventanas, orientadas al mar, producían la impresión de celdas de castigo. Supe utilizar mis estrategias para no herirlo. Jordi había previsto una terraza de obra, de dos o tres metros de largo, lo que significaba tapar la vista del mar por completo cuando estuviéramos sentados en el interior. Ahora, son precisamente estos espacios con esas vistas tal vez los mejores de la casa, junto con el patio interior, que es un gran acierto de Jordi. También yo debía ocuparme de todos los materiales. Buscar y encontrar los que consideraba los mejores para la casa. Por ejemplo, Jordi proponía suelos de mármol blanco. Dije que no. Parecería un tanatorio. Elegí unas piezas grandes de mármol italiano travertino, con aguas entre arenosas y blancas, y que marcan una de las características diferenciales de la casa. Yo había decidido no utilizar madera, ni en el exterior ni en el interior. Por razones de lugar. El mar se ceba con ella y el estilo arquitectónico de Jordi pedía más aluminio y acero inoxidable. Mi punto de vista, en cuanto a materiales, era producir un efecto barco. Por supuesto, me ocupé también yo sola de todos los baños, las luces y de la cocina abierta que ocupa un lugar muy exclusivo en la casa. Me dio mucho trabajo diseñar un jardín vertical en los puntos donde el terreno caía como un precipicio. Toda la decoración también corrió de mi cuenta. Jordi no soporta este apartado. Y el toque final consistía en resolver el problema de cómo pintar los muros exteriores. Las paredes del interior eran de color blanco. ¿Y en el exterior? Jordi insistía en el blanco. Pasó un tiempo cuando se me hizo la luz. Color plata, dije. Plata de barco, insistí, para que arquitecto, constructor y pintor me entendieran. Plata de pez recién salido del mar.

No se me olvida el día, único, en que, al llegar a la casa, aún sin terminar, fui tocada por esa alucinación que provoca una obra de arte cuando es particularmente hermosa y que deriva en una especie de orgasmo mental o, por decirlo de un modo más prosaico, una intensificación del ritmo cardíaco que llega a ocasionar temblores y lágrimas. Lo llamo «síndrome del Partenón», porque fue allí la primera vez que lo sentí a los veinte años, en Atenas, cuando me topé, como quien dice, con aquella monstruosidad de belleza. Ocurre solo cuando lo hermoso te asalta por sorpresa. Freud lo decía de otro modo: «Tanta belleza enferma».

Bruna tenía ya dieciséis años. Sí, era el momento de separarnos. Jordi se negaba de plano. Me reprochaba que lo había utilizado para

construir la casa. Una casa que se ha convertido, según críticos y estudiosos, en una de sus mejores obras, si no la mejor. En 2007 fue una de las elegidas para la Exposición Internacional de Arquitectura, con ciento cincuenta edificios del siglo XX seleccionados en todo el mundo. «*A building selected for the International Architecture Exhibition: 150 Buildings on the cusp of their time. Paris: City of Architecture and Heritage. September 2007*». Fue una gran exposición que tuvo lugar en el Grand Palais de París. A cuya inauguración, por supuesto, fuimos invitados.

Yo sufría. No solo de desamor, sino del maltrato emocional que llevaba padeciendo. Bruna nunca quería acompañarnos. Nuestra hija había descubierto que su padre tenía una amante. O varias. Ya no sabemos. Ni nos importa. Se lo contó a Laia y ambas decidieron de mutuo acuerdo no decirme nada. A mí no me hubiera importado. Un hombre infiel o desleal lo será por sistema. Claro que dejarlo en evidencia me habría facilitado antes la separación. No dormíamos juntos. Y no compartir el sueño equivale a no compartir la vida. Ni se me pasaba por la cabeza investigar sobre la suya. Mis amoríos se limitaban a eso, a devaneos secretos. Los prefería platónicos. Más intensos y me obviaban problemas. Amistades íntimas. Encontraba en ellos lo que Jordi nunca ha sabido darme. Amor. Cariño. Complicidad. Risas. Nunca me involucré con nadie para evitar un problema mayor. Y seguíamos teniendo fama de ser una pareja feliz. Alguno de sus amigos, como Frankie Sert, sigue insistiendo aún en que estamos hechos el uno para el otro.

En 2005 Jordi cumplía sesenta años y se me ocurrió prepararle una fiesta sorpresa. Me puse en marcha. Lo primero que hice fue encontrar la posibilidad de celebrarla en el Pabellón Mies Van der Rohe, ya que Jordi veneraba a este grandísimo arquitecto. Por aquel entonces el edificio no solía alquilarse. Llamé por teléfono a un amigo de ambos que formaba parte de la fundación del pabellón. Aceptó, y le pedí la máxima confidencialidad. Sería el 22 de junio. Preparé la lista de invitados. Nuestras hijas respectivas, una parte de mi familia y todos nuestros amigos cercanos, entre los que por parte de Jordi destacaban los arquitectos y, por la mía, los amigos de toda la vida, además de escritores y conocidos del mundo literario. Entre cien y ciento cincuenta personas, me parece recordar.

Dos meses antes de esta celebración había tenido la suerte de iniciar mi amistad con los García Márquez. Fue cuando Gabo y Mercedes decidieron pasar una temporada en Barcelona. Carmen Balcells, la mejor amiga de los García Márquez, me invitó a uno de los encuentros de bienvenida a su llegada. Se trataba de un almuerzo en un restaurante. Éramos solo ocho o nueve personas. La mesa era alargada, y Gabo y Mercedes estaban en el centro, uno frente al otro;

Carmen a su derecha y yo a la derecha de Leticia, íntima de los Gabos, junto con su esposo, Luis. En un momento dado, y no recuerdo el motivo, Leticia se levantó y mientras lo hacía, con su mirada, a veces unos ojos valen más que mil palabras, me dio la siguiente discreta y cariñosa orden: «Siéntate aquí». Y eso fue lo que hice, ocupar su silla. Ella volvió a sentarse, pero en la silla que yo ocupaba. Quedé al lado de Gabo. Mercedes entabló conversación conmigo en una actitud de lo más cordial. Más tarde, como fichas del parchís, todos fuimos intercambiando palabras y risas y más palabras. También con mi vecino escritor salieron temas en común. Colombia fue uno de ellos. Nuestros hijos. Los amigos que todos conocíamos, los chismes que hacen de toda conversación un simpático y divertido patio de vecinos. Su verbosidad inteligente era como si alguien te leyera al oído un libro suyo. Decir que tenía el don de la palabra suena a muy sabido. Gabo era la palabra en movimiento. Carmen intervenía poco. Lo dejaba hablar y también callar. Gabo podía ser silencioso. Y al rato, el más divertido. Las preguntas que me dirigía Mercedes eran más prácticas. Y maternales. Al despedirnos, intercambiamos los números de teléfono.

A los dos días, los Feduchi nos invitaron a un almuerzo con los García Márquez en su casa. Allí Gabo cantó rancheras hasta el anochecer. Seguimos la parranda en una cena del restaurante Roig Rubí. «No te lo pierdas, verás que todas mis novelas están repletas de boleros», reía Gabo. A la semana siguiente los invité a los cuatro a una cena en casa. Así es como funciona en América Latina. Así es como funciono yo. Y así debería ser en todos lados. Si los amigos se quieren, tienen que verse casi todo el rato. Y como se quieren, cuesta separarse. Carmen se excusó por algún motivo. Y la velada a seis fue de las más intensas y agudas que he tenido. Vieron mi biblioteca, en la que Gabo, divertido, curioseó. Muy cariñoso con Bruna, le dedicó la novela que él prefería de entre todos sus libros: *El amor en los tiempos del cólera*. Laia no podía ser menos, y le dejó otro cariñoso mensaje en la novela del dictador-patriarca. Durante la cena, lo siento, hablamos de libros. Más bien fue Gabo el que empezó a contar anécdotas de sus autores preferidos. Me habló de cuando conoció a Coetzee (ganador también del Nobel) con motivo de algún evento literario suyo en el que intervino el autor sudafricano. Me habló de Fidel Castro. De cómo a veces permitía que Gabo le hiciera comentarios políticos, y otras veces no. Le contamos nuestro viaje a Cuba. Bajé a la biblioteca a buscar algunos libros que salían a la conversación. En algunos momentos él y yo hicimos apartes. Y en toda la noche hubo risas. En el disco duro de mi ordenador yo tenía entonces vídeos de grandes conciertos de música y películas muy buenas. Subimos todos a mi estudio y senté a Gabo frente a mi terminal a ver y a escuchar a Vladimir Horowitz en

su interpretación del concierto para piano número 5 de Beethoven.

Como decía, y por retomar el hilo de la fiesta sorpresa por el sesenta cumpleaños de Jordi, mis nuevos amigos, los Gabos y los Feduchi, también estaban entre los invitados. Al igual que Carmen Balcells. Y Carlos y Silvia Fuentes que, casualidad o no, estaban en Barcelona. Carmen iba diciendo que en la fiesta no faltaba nadie. Y en voz muy alta, bromeando, como siempre hacía cuando se sentía contenta, requería esa noche a la audiencia de invitados: «¡Quiero el *mailing* de Nuria Amat…! ¡Qué alguien me pase su lista de contactos!». Hubo políticos, pintores, arquitectos, escritores, fotógrafos, médicos, periodistas… Todos amigos cercanos. Un abanico social y artístico que, con toda seguridad, tenía que cautivar a Jordi. De mi padre aprendí que fiestas y regalos sorpresa se organizan pensando en lo que más puede dejar fascinado a la persona a quien quieres agasajar.

En esa época yo andaba trabajando en una nueva novela que, por ser histórica, exigía más trabajo de documentación que las anteriores. Digamos que iba a ser mi única novela realista. Y centrada, por azar, en la guerra civil española. Me metí en este berenjenal de forma inesperada. Siempre empiezo a escribir algo nuevo a partir de una frase, un sonido, una imagen, una lectura… En este caso ocurrió cuando volví a ver por televisión el documental *Asaltar los cielos*, de Javier Rioyo, centrado en el asesinato de León Trotsky. Tenía que averiguar fuera como fuese el motivo por el cual un burgués catalán llamado Ramón Mercader, primo segundo de mi padre, y conocido ya entonces como agente catalán de la NKVD soviética, había asesinado a uno de los líderes de la revolución rusa. Situé mi novela en un periodo muy concreto: los tres años de la guerra civil, 1936-1939. Con Ramón Mercader y Caridad, su madre, como dos personajes principales junto con otros dos no menos esenciales en la novela, por ser los protagonistas de la historia de amor y guerra entre una republicana, Valentina, y un poeta de familia conservadora llamado Arnau. En este segundo plano narrativo aparecía la Cataluña dividida en dos bandos enfrentados, con sus fanatismos nacionalistas y anarquistas en vivo, y todo el dolor que esta guerra fratricida causó a los españoles, como si la paz no pudiera llegar jamás, un enfrentamiento que vuelve a aparecer hoy bajo la bota independentista. Admito que la comparación puede dar miedo. El mismo espanto que sentí el 4 de noviembre de 2019, durante una visita a la ciudad de Barcelona de los Reyes y sus hijas, viendo a la turba separatista enfrentarse a los invitados, insultando y dando golpes como el que sufrió el candidato del Partido Popular a la alcaldía de la ciudad, Josep Bou. Entre las amenazas de muerte que este político había recibido, una decía: «Nos veremos en la Rabassada». Es decir, uno de los lugares apartados (es la carretera que sube al Tibidabo) en los que los «revolucionarios»

asesinaban a todo aquel que fuera objeto de la mínima delación, sospecha o venganza. En esta carretera, precisamente, se inicia mi novela, en una escena en la que Ramón Mercader, joven y miliciano, seduce a Valentina, una anarquista del Movimiento de Mujeres Libres.
Los escritores, por lo general, no solemos negarnos a realizar viajes de trabajo. Dado que mi horario de escritura no obedece a calendarios ni a días festivos, viajar por motivos literarios me sirve para descansar la mente y el espíritu. Volvieron a invitarme a Colombia, para hablar sobre *Reina de América* en la Feria del Libro del Pacífico, que se celebraba en Cali del 10 al 20 de octubre de 2008. Se trataba de un viaje excepcional y muy exclusivo para mí porque Óscar sería el presentador de mi novela colombiana en Cali y también en la ciudad de Buenaventura, que yo no conocía aún, allí donde él vivió toda su adolescencia. Además, se sumaba un factor que hacía más apasionante la visita. Nos acompañaría nuestra hija Laia, que viajaría sola desde Londres, donde vivía con Marcelo y mi nieta Alexandra, entonces de tres años. Padre e hija llegarían dos días más tarde.

La ciudad de Buenaventura se encuentra a tres horas en coche de Cali. Las conecta una ruta serpenteante en la que, debido al posible peligro de ser atacados, no era recomendable que viajásemos con una niña tan pequeña. Marcelo llegó solo para una noche y dejó a Alexandra en nuestro hotel de Cali con una canguro que nos aseguraron era de máxima confianza. Durante la visita, Laia y yo nos tachamos varias veces de irresponsables. «No pasará nada», la tranquilizaba. Cuando en realidad estaba más ansiosa que ella. En el taxi-jeep que nos conducía a Buenaventura, por caminos que atravesaban la selva, venía también Jimena, la nueva esposa de Óscar. Cierta inquietud soterrada se nos adivinaba a todos en el rostro. El silencio de Óscar, por lo general hablador, era muy expresivo. Y hago un aparte aquí para contar que en 2004, cuando él estaba viviendo en Bogotá, hubo una amenaza muy seria que afectaba a su seguridad. Con fotos de dos escritores, los dos señalados por los paramilitares: Óscar y Harold Tenorio. Las amenazas eran tan serias que la fundación iberoamericana del Pen Club Internacional instó al Gobierno de Colombia a brindarles protección. Gracias a esa gestión, Óscar y Jimena se fueron a vivir a Cartagena de Indias.

Nos lo contó camino de Buenaventura, donde la guerra, los narcos, la guerrilla y los paramilitares imponían la ley. La ciudad nos sorprendió por su aspecto de irrealidad. Es mágica. Bella porque sí. Poética. El Pacífico ofrece a esta urbe portuaria, blanca como la luz, una espléndida bahía donde se encontraba el hotel en el que estábamos alojados, el Estación, de líneas neoclásicas, construido en 1925 frente al mar, blanco como la nieve y de una belleza intemporal que sobrecoge. Un hotel en donde han pernoctado Carlos Gardel, Celia

Cruz, Marc Anthony… Situado en la parte noble de una ciudad en la que el índice de pobreza es del 80 por ciento y en la que tan solo caminar por una calle equivocada puede provocar que te secuestren y te desmiembren.

En 2014, Human Rights Watch dijo que Buenaventura era el territorio más peligroso de Colombia. Obviaré detalles macabros que el lector puede encontrar en las redes. En nuestra visita apenas pudimos movernos. Salvo si alguien nos acompañaba. Pero no se nos permitió adentrarnos en las calles donde Óscar vivió su adolescencia e iba a la escuela pública.

Por la tarde nos llevaron a la Universidad de Buenaventura para la presentación de la novela. Nos condujeron a un pabellón abierto al monte. No se diría, pero era un aula universitaria. Filas de alumnos sentados y a la espera de nuestra llegada. Rostros muy parecidos a los muchachos y muchachas que veía a diario cuando vivimos en Bahía Solano. Los estudiantes se animaron a hablar conmigo. Recuerdo a uno de ellos no solo por su testimonio, que expuso en voz alta. Sentado en una de esas sillas en las que el brazo derecho sirve de pupitre, alzó la voz. Me temí que fuese para increparme, pero sus palabras aproximadas, según me dicta mi recuerdo, fueron estas: «He de creerme que usted lleva más de treinta años sin venir acá, y lo creo. Pero entonces usted, maestra, tiene poderes. Todas las desdichas que usted cuenta en la novela las tenemos acá, las sufrimos en nuestras calles, bosques, en nuestras familias, donde los fallecidos se multiplican sin tregua. ¡Cómo puede describir lo que nos sucede a diario si usted no lo ha vivido! Cualquiera diría, maestra, que está viviendo en nuestras casas el mismo dolor que aquí padecemos».

Testimonios espontáneos y sinceros como estos me llevaron esos días al borde de las lágrimas. A un paso de donde nos hallábamos esa tarde comenzaba la selva y la tragedia. Uno de los sucesos desconcertantes que me ocurrieron en mi primera visita al Chocó, esa temporada con Óscar en Bahía Solano, fue darme cuenta del ínfimo valor que los chocoanos que conocí daban a la muerte. Como si el hecho de morir tuviera la misma intrascendencia que los vivos damos a la vida. Morir les parecía tan normal como respirar. Uno se moría de hambre, de malaria, de falta de medicamentos, de miseria. Pero entonces la guerra fratricida no había empezado aún. Me refería a los años setenta, una época tranquila y de relativa paz en Colombia.

Seguidamente después de Colombia, volví a subir al avión para viajar a Ciudad de México. Pues el 11 de noviembre de este mismo año de 2008 Carlos Fuentes celebraba su ochenta cumpleaños y fui invitada al homenaje. Encabezaba los actos y festejos el presidente de México, Felipe Calderón. Que nos agasajó con un almuerzo para todos los invitados. Nada menos que ciento cuarenta escritores de

veinticinco países distintos. En su mayoría amigos de Carlos y Silvia. Muchos, entre ellos Juan Goytisolo, nos hospedamos en el mismo hotel, el Sheraton. Todo perfectamente preparado para celebrar el aniversario de Carlos. En uno de los primeros *emails* que recibí de Luis Felipe Lomeli, uno de los organizadores del homenaje, dejaba muy claro lo siguiente: «Es deseo del propio Carlos Fuentes que no se hable sobre él ni sobre su obra en los coloquios». Me pareció todo un detalle que demuestra por sí solo la calidad humana e intelectual de Carlos.

Siempre se mostró realmente cercano conmigo. Desde Barcelona yo podía llamar un día a Silvia y otro a Carlos para saludarles o preguntarles cualquier cosa. O porque no queríamos dejar pasar un tiempo sin hablarnos. Su físico de actor de cine mexicano, atractivo, galante, diplomático y de simpatía cordial, ha podido confundir a quienes no lo conocieron. En la intimidad de una cena, en presencia de Silvia, su esposa «güera», a la que él adoraba, se atrevía a contarnos alguno de los amoríos famosos que tuvo antes de Silvia. Ella misma lo testificaba. Recuerdo oírle contar que la mítica y apasionada Jean Seberg (protagonista de *À bout de souffle* y, seguidamente, *Bonjour tristesse*) durante una fiesta en Nueva York sedujo a Carlos, recién divorciado de la actriz Rita Macedo. «Era brillante, inteligente y muy vulnerable», dijo de ella. Y en la mesa del restaurante Siete Puertas de Barcelona, siempre sonriendo, confesó que había tenido un romance de poca duración con ella. Una historia la de Seberg tan digna de recordar como triste y solitaria. Murió a los cuarenta años, de sobredosis o suicidio. Hay dudas sobre ello.

El almuerzo de inauguración de la fiesta de cumpleaños se celebró un día soleado en el castillo de Chapultepec. En la mesa principal, además de Carlos y Silvia, estaban el presidente de México, el expresidente de Chile Ricardo Lagos y el expresidente del Gobierno español Felipe González. Junto a los políticos, situados algo en las alturas, apenas a cinco o seis metros de nuestra mesa, se encontraba la escritora Nadine Gordiner, cuya trayectoria literaria celebró Carlos en su discurso, al tiempo que elogiaba su lucha contra el racismo en Sudáfrica. Y lo mismo hizo con Gabriel García Márquez, como ella premio Nobel de Literatura, sentado con él en la mesa de honor. Creo que nos conmovió a todos, y a mí especialmente, cuando dijo, hablando de su amistad y vocación común: «Somos camaradas desde hace más de cuarenta años, cuando en el césped de un jardín de San Ángel (debía de ser en el jardín de los Gabos) renunciamos a toda ocupación que interrumpiera nuestra vocación: escribir novelas, creer en la literatura, darle forma verbal a lo no dicho…». Y al terminar, le dio un emotivo abrazo a su amigo, que hizo aplaudir a todos los comensales.

Aquel viaje estuvo lleno de grandes sorpresas. Una a señalar fue

la presentación de mi libro *Deja que la vida llueva sobre mí* en la Universidad Claustro Sor Juana, una de las mejores universidades de México. Invitada por la rectora Carmen López-Portillo y la vicerrectora, la escritora Sandra Lorenzano, a la que conocía de un viaje anterior a la capital. El evento, presentado por la escritora Ángeles Mastretta, tuvo lugar el día siguiente a mi llegada. Yo sabía, por intercambio de *mails*, que Miguel Bosé estaría esos días en México, y lo invité a la presentación. Luego, por teléfono, me avisó del retraso de su avión, que le impedía acudir, pero le pedí que se acercara a la hora de la cena. Fue una pena que no estuviera en el evento del Claustro, pues coincidía la fecha con la celebración de la fiesta de los muertos. La sala estaba engalanada con una decoración tan singular como hermosa: velas, flores, vestidos, calaveras, aromas, frutas y todo lo que os podéis imaginar que se hace en México para celebrar esa fecha tan especial y única.

Sandra Lorenzano y su pareja se ocuparon de organizar una cena de mujeres, de profesiones varias, y estaban muy emocionadas por el anuncio de que Miguel Bosé iba a venir. Debíamos de ser una quincena de personas. A cuál más divertida y dicharachera. Miguel llegó puntual. Tan cariñoso conmigo como siempre. Me cuesta entender una amistad entrañable que no vaya acompañada de roces, caricias, palabras de cariño y apretones entre los amigos que se quieren. Miguel, esa noche, estaba guapo a más no poder. Y como además es un seductor de narices, toda la mesa se puso en pie. Y fue de lo más festiva.

Previsora y tozuda como suelo ser con lo que me interesa, antes de ir a la celebración del ochenta aniversario de Carlos Fuentes, me puse en contacto con algún amigo de México, es muy posible que fuera Roberto García Bonilla u otra persona amable, para preguntar si se les ocurría dónde podría encontrar un ejemplar de la primera edición de *Pedro Páramo* a un precio asequible. Me aconsejaron ir a una librería de viejo situada en el centro histórico de la ciudad. Fui en taxi inmediatamente y, en efecto, disponían de un único ejemplar de aquella primera edición soñada. Me pidieron el equivalente a mil euros por el libro. Dudé. Nunca había pagado tanto por un libro. Llamé con mi móvil a Jordi desde la librería. En aquel momento él se encontraba en Barcelona cenando en casa de Beth Galí y Oriol Bohigas. Por suerte, mientras hablábamos, pude escuchar los gritos de nuestros amigos animándome a comprarlo. Tuve que ir a tres bancos y usar la misma tarjeta en todos, pero no el mismo día. Solo así iban a darme la cantidad del coste del ejemplar, que me traje de vuelta.

En este mismo viaje tenía concertada otra cita importante. Llamé antes a Claudio López Lamadrid, amigo y editor de Random House, para pedirle el teléfono de José Ramón Garmabella, periodista

mexicano con quien hablé desde Barcelona para concertar el encuentro. Garmabella era el autor del libro *El grito de Trotsky. Ramón Mercader, el asesino de un mito*. Me encontraba en plena redacción de *Amor y guerra* y Ramón y su madre, Caridad Mercader (de soltera, del Río), eran dos de los cuatro personajes principales. Localizar en aquel entonces, catorce años atrás, información sobre el asesino de Trotsky, sobre sus motivos y sobre el escenario del crimen, era una tarea más laboriosa incluso que dar con una primera edición accesible de la novela de Rulfo.

Me impresionó cierta dificultad que el periodista mexicano mostraba al hablar, debida a la botella de oxígeno que necesitaba para respirar en todo momento. Me interesaron las anécdotas que me contó sobre Ramón. Los motivos del crimen, los veinte años en la prisión mexicana de Lecumberri, entre otras historias. No era mi intención en absoluto escribir una biografía de Mercader. Lo que pretendía era crear una novela histórica contando sus años en España, concretamente en Cataluña, durante la guerra civil, y la historia de su madre, Caridad Mercader. Y a esta tarea estuve entregada durante tres largos años. Después de publicar el libro, como suele ocurrirme, me vi sumergida bajo un aluvión de datos históricos y familiares secretos de los Mercader, y también muchos detalles hasta entonces desconocidos acerca de los agentes estalinistas cuya intervención fue esencial para que Mercader cometiera ese crimen legendario. Sobre ellos me han pedido dar algunas charlas en ocasiones varias.

En la primavera de 2006, dos o tres años después de que Mario y Patricia Vargas Llosa me invitasen a cenar en su casa de Barranco, en Lima, junto a Jorge Edwards, recibí una llamada telefónica. Era una voz masculina. Tras presentarse por su nombre, entre amable y tímido, me preguntó si me importaría participar como invitada en el Congreso Internacional Mario Vargas Llosa que debía celebrarse en Estocolmo a primeros del mes de mayo. Añadiendo que contaría con la presencia del escritor. Antes de despedirnos, agregó que Mario le había dicho que me expresara de su parte que estaría encantado si aceptaba acompañarle en esas jornadas. Serían cuatro o cinco días, el programa era extenso. Incluía una comida de recepción en la Embajada de España para Mario, su esposa Patricia, participantes e invitados. Me ilusionaba particularmente regresar al lugar en que fui invitada por el embajador Javier Garrigues con motivo de la presentación de *Reina de América*.

Por la noche le comenté a Jordi la invitación. Le pregunté si le gustaría acompañarme. Dijo que sí. Y quedamos en que él llegaría el día en que me tocase hablar y volveríamos juntos. Le atraía la idea. Es cierto que la mayoría de las veces viajaba sola. El trato que me ofrecían era excelente. Por lo general, mejor que si iba acompañada de

mi pareja. Y Jordi lo sabía.

El último día me correspondió dar mi charla: «Vargas Llosa y los otros», a propósito de los ensayos literarios del escritor sobre los escritores que admira y a los que dedicó un libro para profundizar sobre cada uno de ellos: Flaubert, García Márquez, Arguedas, Onetti, Victor Hugo… Entre tanto, la organización del Congreso Internacional sobre la obra de Mario Vargas Llosa cuidó de que invitados, participantes, incluido el autor y su esposa, pudiéramos disfrutar de una fiesta en la Embajada española en su honor además de un crucero de día en barco por las mejores y más bellas partes del archipiélago de Estocolmo.

11

SEGUIR SIENDO HUMANA

El distanciamiento con Jordi se había transformado en una realidad sin cambios contra la que no merecía la pena batallar. Muy pronto descubriría cuáles de nuestras amistades iban a ser auténticas o falsas. Como en el juego de naipes.

En la Costa Brava teníamos un grupo de amigos, algunos extranjeros, con los que compartíamos mesa y risas. En las cenas en casa me gustaba mezclar los que se conocían con los que no. Nunca estuve a favor de organizar comidas de parejas. En mi condición natural de celestina de desamparados, rompía siempre la regla «social» e invitaba a amigos o amigas que pudieran dar más juego al encuentro. Bastantes de ellos se divorciaban o separaban. Mercedes Casanovas, Enrique Lynch, Eduardo Mendoza, Óscar Tusquets, Antonio Paricio… En esos momentos yo era la primera en abrirles la puerta de casa. Los más frecuentes, Vicky y Santiago Dexeus, con los que yo mantenía un trato familiar. Vicky, a la que quería como a una hermana, llevaba años superando un cáncer con una generosidad y optimismo inimitables. Por los Dexeus empecé a conocer más de cerca a Ricardo Bofill y Marta Vilallonga. Habíamos coincidido en celebraciones varias, esas fiestas en donde apenas puedes decirte hola y adiós. Aunque con él compartí alguna mesa en las comidas y cenas del Ampurdán, como, por ejemplo, en casa del director de cine Pere Portabella y Anie, su mujer. Era famoso y celebrado el *suquet* que organizaban cada agosto, con la presencia de políticos, arquitectos y escritores de poder y peso. En más de una ocasión me senté junto a Santiago Carrillo, que charlaba por los codos. Elisenda Nadal y Jesús Ulled también formaban parte de mis afectos. Lo mismo ocurría con Nené Martín y su marido de entonces, Salvador. Todo eso fue esfumándose con la división de Cataluña y sus ciudadanos en dos bandos enfrentados e irreconciliables por culpa del independentismo. Familias y parejas rotas. Amigos tratados como enemigos. Turba callejera en guerra.

A partir de cierto momento la amistad por parte de Eduardo Mendoza se resintió un poco. Y que atribuyo, sobre todo, a las malas lenguas. De por sí, envidiosas. Por el contrario, en Ricardo Bofill encontré un amigo entregado para toda la vida. Puedo comprender por qué se termina un amor. Pero no logro entender la ruptura de una amistad profunda, de esas que, al menos, creo recíprocas. También es verdad que, en el caso de Eduardo Mendoza, hubo un problema que Carmen Balcells y yo preferimos olvidar, cuando se falló el premio

Alfaguara al que yo me había presentado y no obtuve, como antes he mencionado. En ese jurado, Eduardo era el presidente. Pasé dos tardes con Carmen en su zona secreta, donde colgaba muy visible la foto de Fidel Castro, y en donde se habló de ese tema con la intimidad adecuada. Carmen insistió en repetir una frase que me dijo a menudo: «Los verdaderos amigos se cuentan con los dedos de una mano». Y yo le respondía: «El amigo de verdad es el que sigue aquí cuando los demás se han ido». A Carmen le gustaba ir al fondo de su preocupación. «Dime, Nuria, ¿quiénes consideras que son tus amigos?». Mencioné algunos de los nombres citados más arriba. Cuando saqué a relucir a Eduardo, a quien ella quería mucho, puso cara de interrogante.

Están también los amigos que han surgido de pronto y logran hacerte creer que son verdaderos. Suelo ser tan cretina que a menudo me dejo convencer por sus intereses y artimañas. Con Vicky Dexeus sucedía todo lo contrario. En los momentos más difíciles de su enfermedad hacíamos planes casi todos los días. Esta dedicación absoluta hacia un amigo o amiga en dificultades de salud volví a revivirla más tarde con Gabo, algo enfermo entonces, y Mercedes en su casa de México, donde pasé una semana larga. Y en estos años recientes lo mismo he tratado de hacer con Enrique Lynch, sufriente de un cáncer y luchador como nadie en vencerlo. En el caso de Gabo, durante mis días en México, en un viaje mío de promoción, cada día, y es literal, se organizaba, siguiendo directrices de la periodista Fernanda Familiar, esa sí, amiga con mayúsculas, una cena, un almuerzo con los Gabos en las casas respectivas de sus amigos, o donde fuera. La cuestión era tenerlos acompañados, para verlos felices. El amor a un amigo y de un amigo no queda solo en bonitas palabras. Ha de ser recíproco. Lo que el sabio Montaigne entendía por *mutuus amor*. Y, en el caso de los Gabos, lo que viví a lo largo de toda una semana fue una explosión de cariño y apego mutuo reales, sin intereses. Algo que en la vida no sueles encontrar, por mucho que a veces lo veas en el cine.

Tal vez exista la amistad perfecta, perdurable en el tiempo. Lo hablé no hace mucho con Enrique Lynch, cuando, al referirme a mis opiniones al respecto, dijo: «La amistad es el amor sin sexo». Es posible que Platón, Alcibíades o Sócrates no estuviesen de acuerdo con este lema. Sí lo aceptaba el filósofo Montaigne y también lo han creído algunos escritores de épocas más recientes. Y yo misma. Me pregunto a menudo por qué motivo no he logrado mantener una fraterna amistad con los amores importantes, salvo con Óscar. Tampoco me atrevo a decir que ha sido el hombre al que más he amado. No hago clasificaciones de este tipo. Por lo que a mí se refiere, el dolor de la ruptura, el fracaso mismo de la relación amorosa, pese a la

responsabilidad que pueda atañerme personalmente, o la que tenga el otro, es más poderoso en la balanza que una posible amistad con la persona amada, más fuerte también que la complicidad en los sentimientos, el sentido de humor común. El sufrimiento tiene memoria. Y, para ser sincera del todo, yo, que no soy rencorosa, no puedo aceptar el daño infligido por traición del otro. Seguramente por temor al abandono, efecto de mi orfandad y que me empuja siempre a abandonar primero antes que sentirme abandonada.

Así que, volviendo a eso de que la amistad es un amor sin sexo, podría decirse más bien que el amor es una amistad sin futuro. Siendo la amistad algo esencial en mi vida, al tiempo, desconfío de ella. La amistad es egoísta. Lo compruebo a diario. Soy recelosa. Bastantes de mis amigos, de los que ahora ya han envejecido y viven encerrados en sus celdas de pareja, van a lo suyo. Lo digo con toda sinceridad; así es, salvo excepciones. Se reúnen también en parejas, en actitudes casi sectarias. Si ellos son miedosos, ellas son celosas. Y en cuanto a las viejas amigas con las que me encuentro de forma esporádica, tienen en común una frase que me resisto a compartir: «De los hombres ya no quiero saber nada». La sueltan con alegría y optimismo. Todas han estado casadas o emparejadas, claro. Y los conocen bien. «No valen la pena». Tampoco seré yo quien les lleve la contraria. Sigo considerando el amor como un componente fundamental en mi vida. Y porque me gusta la compañía del hombre. El goce compartido es una felicidad para cuerpo y mente.

Bien distinto es el mundo amistoso de mis dos hijas. El de Bruna me recuerda mucho al de la serie *Friends*, salvo que ella y su marido, Gon, tienen casi doscientos amigos, que se ven con frecuencia y con los que comparten alegría y cariño mutuo constatable. Laia, por su lado, mayor y más calmada en este sentido, junto con Marcelo, su marido, cuenta con un conjunto amplio de amigos fieles, por lo general son padres jóvenes como ellos y con hijos de edades parecidas. Mis dos hijas trabajan demasiadas horas, con un sentido de la responsabilidad que, creo, han heredado en parte de mí. Y el tiempo libre se lo comen y beben a raudales, quieren disfrutarlo. Ahora bien, si tengo que hablar del amigo por excelencia, debo volver a mi padre. Dispuesto siempre a escuchar las miserias y alegrías del prójimo sin estar jamás pendiente del tiempo que le exigía esta atención. Fue así como me di cuenta de que la gente, lo que más quiere del otro es ser escuchada.

Los cuatro o cinco hombres a los que he amado de verdad, cada uno en su estilo y muy opuestos entre sí, me han comentado en alguna ocasión que creían parecerse a mi padre. Lo gracioso es que, salvo Óscar, no pudieron conocer a papá en persona. Responderles con una sonrisa cómplice era un modo sincero de aceptar lo que decían,

porque, en verdad, siendo distintos a él en casi todo, también en cada uno de ellos había algún rasgo de conducta y peculiaridades que me lo recordaban.

No heredé de mi padre su paciencia de confesor, pero sí mi predisposición a escuchar y atender deseos o necesidades de los amigos. Me satisface alegrarlos. Ser buena amiga no es solo dar tu apoyo en momentos difíciles, también supone compartir con ellos sus alegrías personales.

Se me podría reprobar la relativa ausencia de amigas escritoras. Me habría encantado tener más. Por alguna razón, la literatura entendida como una competición de voces en la que has de saber moverte con acierto es algo que he sentido de forma más patente por parte de las escritoras. Alguna responsabilidad por este distanciamiento también debería reprocharme. He disfrutado, en épocas, de amigas escritoras como Rosa Montero, Ángeles Mastretta, Cristina Peri Rossi. Luego, la vida nos ha ido alejando. En encuentros ocasionales me acerqué amistosamente a poetas como Olvido García Valdés o Chantal Maillard. No sucedió así con Ana María Moix y Ana Becciú, con las que he mantenido una amistad imperecedera. Acaso porque con ellas he compartido una manera semejante de vivir y entender la literatura.

Fui y sigo siendo amiga querida de las esposas y compañeras de escritores latinoamericanos como García Márquez, Vargas Llosa, José Donoso, Carlos Fuentes. Por este orden, Mercedes Barcha, Patricia Llosa, Pilar Serrano y Silvia Lemus, periodista a su vez, han formado parte de mi vida de un modo tan entrañable que no puedo sino agradecer. Cada una de ellas, con su personalidad característica, son magníficas personas. Buenas amigas en todos los sentidos de la palabra. Y debo decir, también, que han sido excelentes compañeras de trabajo de sus maridos escritores. Cada una con un grado singular de poder decisorio. Con personalidad propia, nada silenciada. Y procurando rodear de seguridad, protección y alegría a sus compañeros de vida. Era visible el deseo de todas ellas de que yo compartiera sus vidas. Una disposición afectiva que no he visto en las parejas de mis amigos escritores españoles. Estos encuentran fácilmente amigas dispuestas a favorecer sus intereses profesionales y hacerlo a la perfección. Deberíamos preguntarnos cuál es el motivo de que la mayoría de agentes literarios sean mujeres. Y tampoco he conocido autora alguna cuya pareja varón se ocupe de darle el apoyo profesional que todo artista necesita. Mis colegas hombres trabajan, y llevan toda la razón, por conseguir compañeras que sean aliadas a su causa, y con suerte, la promuevan. Nosotras, en cambio, vamos solas por la vida y por la literatura, tengamos pareja o no.

La amistad se encuentra casi siempre de forma inesperada. A

diferencia del amor, en el que el poder de seducción de uno puede conquistar y fascinar al otro, la amistad es cosa de dos. En contra de lo que pueda parecer, casi nunca surge debido a alguna coincidencia de caracteres. Lo que no implica grandes diferencias ni falta de afinidades. Tengo para mí que la amistad íntima se da con personas, hombres y mujeres, que son distintos de nosotros y no solo en algún que otro aspecto. Suele ocurrir que el otro posea cierta peculiaridad que a ti te falta. Y eso ayuda a escarbar contingencias comunes, como si esa unión fuese el acoplamiento de dos energías dispares y por ello necesarias. Todo lector que se haya acercado un poco a la obra de Franz Kafka sabrá hasta qué punto fue importante para ambos la amistad entre el escritor y su amigo Max Brod, sin el cual, como es sabido y bendecido, la obra de Kafka no hubiera existido para el mundo. Esta relación, única, generosa e íntima, ha proyectado una idea falsa sobre el parecido entre Brod y Kafka cuando, en verdad, sus conductas y gustos eran completamente distintos, por no decir que opuestos. Si a Brod le entusiasmaba la música, y de hecho componía a ratos, Kafka no podía soportar lo que le parecía ruido. Brod era apasionado y no había cosa que le gustase más que dar e intercambiar placer con las mujeres. Kafka era ascético por naturaleza y aquellos enamoramientos suyos, tan hermosos e incomparables, tal como los expresa en su literatura, en la vida real dejaban mucho que desear. Era incapaz, según sus propias palabras, de igualar las pasiones eróticas de Brod en su vida y su literatura.

Mientras sus contemporáneos ensalzaban a Brod como el mejor escritor, él escribía sobre Kafka y decía de él que, con toda seguridad, «es el más grande escritor de nuestro tiempo». Por su lado, Kafka, que leía algunos borradores de Brod, escribió en su diario: «Max y yo debemos de ser completamente diferentes. Pese a lo mucho que admiro su obra». Y le escribe al amigo: «Como siempre, Max, eres bueno conmigo mucho más allá de lo que merezco». Ni la envidia ni el menor asomo de rivalidad aparece en esta relación de amistad íntegra entre los dos escritores. En mi lista de deseos, tener un Max Brod en mi vida sería uno de los principales, por no decir el primero.

Que la amistad a la que me refiero es una forma extraña de amor se comprueba de modo impresionante en la que mantuvieron en el siglo XVI dos grandes escritores franceses como Michel de Montaigne y Étienne de La Boétie. Y qué radical fue la conducta del filósofo Montaigne cuando, postrado su mejor amigo, La Boétie, en su lecho a la espera de la inevitable muerte (como cuenta Jean-Luc Hennig en su libro *La amistad extrema*) decide ir a acompañarlo durante el tránsito. Entra en el dormitorio, aparta a la viuda y queda sentado cerca de su lecho, y le hace compañía todos los días, hasta escuchar cómo pronuncia sus últimas palabras. De ese modo se entiende mejor la cita

de Kafka cuando escribe: «El viejo amigo que se casa ya no es amigo».

Hay una razón de peso que me ha llevado a escribir estas páginas que dedico a la amistad, como es el recuerdo y la nostalgia que siento por los amigos y amigas que se fueron y por los que ahora también escribo. El duelo por la pérdida de un amigo, aunque no se suele comentar, no deja de ser tan doloroso como puede ser el que provoca la muerte de un familiar muy querido. Siendo yo quinceañera, mi abuelo Frederic, de temperamento arrogante y sociable, dio muestras de un cambio de conducta muy notable que me extrañó sobremanera. De cuerpo grande e imponente, pasó en cuestión de días a encogerse e ir menguando en su sillón orejero. Su mal humor era visible. «¿Qué le pasa al *avi*? —pregunté a mi tía—. ¿Está enfermo?». No, me respondió. Está triste porque ha muerto su amigo Leach, o su amigo Recasens, o su compañero Valentí… Y así, semana tras semana, mes a mes. Dejó de hablar con la bravura propia de su carácter, porque era verdad que sus amigos iban desapareciendo a una velocidad que, a mí, que estaba en plena ebullición de sinergias juveniles, me parecía exagerada. Mi abuelo estaba de duelo perpetuo y acaso lo estuviera antes de hora por sí mismo.

Durante los últimos veinte años, desde que cuatro amigas mías muy queridas tuvieron el valor de quitarse la vida a causa de la soledad, enfermedad, desamor, depresión o trastorno similar, he ido asumiendo el duelo de la forma que más efectiva me resulta: escribiendo. Al poco de publicar mi libro de poemas, escribí un libro raro, uno que yo llamo «mi libro japonés», de duelo múltiple, por mis amigas y por el final definitivo de la relación con mi pareja. *Deja que la vida llueva sobre mí*, fue su título.

Hay otros duelos tan duros de sobrellevar como el amoroso. Todos los duelos suman. Y suma ese específico al que te enfrentan tus exparejas cuando dilatan sus vidas y, acaso por ello, por seguir vivas, parecen menos olvidadas. Se supera el trauma, a veces. Tanto más cuando otro amor llega a restañar la herida y ocupar el hueco que la pareja anterior había dejado. No sucede igual con los amigos o amantes que se fueron para no volver. La imposible recuperación del tiempo perdido que dejan suele producir en mí un extrañamiento sincero de aquel amor que, de pronto, se convirtió en culpa o castigo.

Hacia finales del mes de julio del año 2010 recibí una llamada de Carmen Balcells. Nos invitaba a una comida en su casa de Santa Fe de Cervera (Lérida) donde celebraríamos juntos su ochenta cumpleaños. «Nada especial», me previno. Y añadió: «Seremos pocos». Carmen tenía la virtud, al menos para mí, de que todas sus invitaciones me ilusionasen. Era una anfitriona inmejorable. Se sentía en su salsa. Su casa, sus hombres, su comida (de la cocinera), sus vestidos, sus risas, sus amigos.

El 9 de agosto Jordi y yo estábamos de vacaciones en la costa. Sobre las diez de la mañana salimos en coche dirección a Lérida y, aunque nos perdimos un poco, por fin alcanzamos a ver de nuevo el pueblo de Santa Fe con el castillo medieval dominando el conjunto de casas, entre ellas la de Carmen, y campos, viñas y prados alrededor, preciosos y dignos de una fotografía de paisaje rural de estío. Llegamos a la hora del aperitivo en el jardín, donde unos mariachis vestidos para la ocasión cantaban las «Mañanitas del feliz cumpleaños». Le llevé a Carmen dos macetones repletos de gardenias blancas y aromáticas para la zona nueva recién inaugurada de la casa *pairal* que tanta ilusión le hacía decorar y donde quería pasar temporadas en familia. Recuerdo que todo era blanco en aquel espacio invadido por familiares y amigos, pocos y memorables: el suelo, la luz, los toldos, el vestido de Carmen, las cortinas, mi vestido, la camisa de Mario Vargas Llosa, la de Carlos Fuentes, la de Luis Izquierdo, la de su hermano Joan, los manteles, las gardenias, la vestimenta de los niños que correteaban por allí, hijos de Morgana Vargas y de su hermano Álvaro… Nos conectábamos como suspendidos todos en un limbo blanco, recién salidos de la película *Las vírgenes suicidas*, de Sofía Coppola. Un almuerzo familiar en toda regla. Sentados, los mayores, en una mesa larga encabezada por Carmen y en el otro extremo por su marido, Luis Palomares, con camisa negra, y el hijo de ambos, Luis Miguel, que hoy dirige la agencia, con camisa roja. Brindamos innumerables veces por ella. Todo iba tan bien, tan entrañable entre nosotros, que una indudable aprensión saltaba por los platos. Carmen sopló la vela, como si pidiera un deseo, y de inmediato miró a Mario. Tan cierto es que la grabación de vídeo puede atestiguarlo. Mario, sentado a la derecha de Carmen, se levantó para dedicarle unas palabras, justas y agradecidas por haber sido ella la única responsable de situar a los autores y a la literatura hispana en el lugar justo y elevado que se merecían. Carlos se levantó a su vez para centrar sus palabras en la amistad. Con su voz de maestro de maestros, nos dio una lección de cariño y literatura. Nélida apuntó el mimo, la ironía y belleza del cálido tono brasileño con el que glosó la persona de su gran amiga. Y me llegó el turno. Siguiendo ejemplo de mis predecesores, me puse en pie y hablé de mí para Carmen y a todos sobre Carmen. A diferencia de cumpleaños anteriores, la noté algo triste. Soltó chispas sublimes sobre los pocos amigos que estábamos con ella este día. «Estáis los que tenéis que estar», dijo conmovida. Hubo copas y sonrisas. El escenario seguía siendo blanco. Y ambarino el mantel. Blancas las velas, el cabello de Carmen, la nata de los postres, las sonrisas. No hubo larga sobremesa. Un adiós rápido y afable, de todos nosotros. De despedida aciaga. Recuerdo el silencio en el coche de regreso a casa.

Dos meses después de aquella celebración, Mario Vargas Llosa obtenía el premio Nobel de Literatura. Puedo suponer que nadie tenía ni remota idea de que iba a producirse semejante acontecimiento. Ninguno de los que estábamos en la mesa. Ni la astróloga que Carmen hubiese podido consultar en aquel periodo. Y de ese día también recordé aquella mirada tan enigmática con la que Carmen presagiaba triunfos y desastres.

Menos podía imaginar que me invitarían a Estocolmo en diciembre para acompañar a Mario en los eventos de recepción en la entrega del Nobel. Y que Luis Palomares sería el primero de los allí reunidos en dejarnos para siempre, justo por aquellas fechas. Tampoco podía imaginar que al año siguiente me darían el premio Ramon Llull 2011 de las Letras Catalanas, un galardón que coincidió con mi separación definitiva de Jordi, pese al interés y esfuerzo que hizo Carmen hasta el final por evitar mi decisión. Y en 2012, nuestro querido Carlos Fuentes nos abandonaría de improviso, dejándome incrédula, tan lleno de salud y energía le habíamos visto siempre.

A comienzos de 2013 cometí, en relación con Carmen, un hecho imperdonable. En 2014 me enamoraría otra vez, coincidiendo casi con el adiós definitivo de Gabo en Ciudad de México. Fue también el año en el que Mario, enamorado de Isabel Preysler, se separaría de su mujer Patricia, amiga entregada a todos y por quien yo sentía y siento especial estima. Un año peligroso en todos los sentidos. Por razones políticas y algunas más me fui a vivir a Madrid, donde terminaría mi última novela, ya en 2015-2016. Y estando allí, una mañana de septiembre, mientras atendía una entrevista de televisión del programa *Imprescindibles* para hablar de la escritora Carmen Laforet, terminada la filmación nos enteramos de golpe, por la directora del programa, que tenía cita minutos más tarde con Carmen Balcells con la intención expresa de intervenir también en el documental dedicado a Laforet, de que la Mamá Grande, agente de la autora, había fallecido de repente esa misma mañana.

Todo esto ocurrió en cinco años exactos. La velocidad del tiempo la indican los hechos inesperados que, a su vez, necesitan de palabras apresuradas para ser contados con la urgencia que el dolor precisa para no olvidarlos. El último cumpleaños de Carmen fue, sin duda, una despedida de toda una época confortable de afecto y buena literatura. Y de mucho más.

Regreso de nuevo al verano de 2010. A mediados de septiembre me llama Miguel Bosé desde Madrid, con su voz vehemente y contagiosa, que utiliza cuando le urge algo, y me propone comer juntos al día siguiente en Barcelona. Cuento con un almuerzo habitual a dos cuando, nada más llegar al lugar de la cita, El Palauet de Gracia de la familia Cerqueda, aparte de Miguel me encuentro con otras personas

más. «Amigos, muy amigos», dice Miguel. Me lanza dos galanterías cariñosas y me los presenta. Van enseguida al grano. El doctor Buenaventura Clotet, director de la Fundación Lucha contra el Sida, ha venido acompañado de Anna Fresquet, su esposa. También está Jorge Cerqueda, amigo de Miguel. Recordé que el año anterior Miguel me había invitado a un concierto en el Palau de la Música para recaudar dinero por esa misma causa. En ese almuerzo, Miguel me entra sin rodeos.

«Nuria, para este año tenemos pensado llevar a cabo otro proyecto, grande, enorme, de ayuda a la causa». Se detiene, abre los brazos. Prosigue: «Vamos a organizar una cena de gala, sonada donde las haya, en la que queremos recibir a la gran burguesía de Barcelona, entera (subraya), y, por favor, tú tienes que ayudarnos. Hay que acumular todo el dinero posible. Galas como esta se van a celebrar el mismo día en Nueva York y Londres. El 1 de diciembre. Día Mundial de la Lucha contra el Sida».

A Miguel lo profesional no le impide, doy fe de ello, ser cariñoso. Siempre lo es conmigo. Le escucho. Sonrío. Tengo papel y bolígrafo. Pienso. El resto calla. Miguel me apremia de nuevo, falta poco tiempo, hay que actuar ya si queremos reunir de verdad al todo Barcelona. Tiene que ser ya mismo. En eso somos iguales. ¡Ahora, tiene que ser ahora! Para lo bueno y lo menos bueno.

Levanto la vista, los miro y digo:

—Se me ocurre ya mismo hacer una lista de mujeres de la alta burguesía barcelonesa, famosas o profesionales o ambas cosas a la vez, que tengan una media de cuarenta o cincuenta años. Eso dará resultados.

Voy dando nombres y apellidos mientras los sigo apuntando en el papel que tengo delante. También les digo que debemos añadir a mujeres casadas con maridos de renombre. Sobre todo cuando escucho que habrá mesas principales de empresas o entidades que costarán diez mil. Sentarse en alguna de las otras mesas costará seiscientos euros a cada invitado.

—Lo veo viable, aunque sea tan a corto plazo —sigo diciendo—. Sobre todo, y te miro a ti, Miguel, el éxito estará garantizado si tú, dentro de una o dos semanas, regresas a Barcelona y organizamos aquí un encuentro tuyo con todas ellas.

Le gusta mi idea. Alguien nos recuerda que para estas cosas es necesario conseguir permisos.

—Conozco a una persona que podría hacerlo muy bien. Tiene una empresa de comunicación, y —vuelvo a mirar a Miguel a los ojos — creo que Lucía, tu madre, ha trabajado alguna vez con ella. Se llama Mahala Alzamora.

Éramos, entonces, amigas muy próximas. En su momento conocí

a su pareja, Mario Rotllán, gran profesional, estupenda persona y amigo de sus amigos. Puse un entusiasmo sincero al decir su nombre en la reunión, el mismo que ella, entonces, mostraba hacia mí. Sugerí llamarla en ese mismo momento. Estando Miguel ahí, no dudé de que vendría. Y así fue. A los diez minutos estaba llamando a la puerta. Con el diseño inicial del proyecto que le presentamos ya establecido, Mahala asentía. Lo importante era que cada una de las mujeres a las que íbamos a convocar y pedir ayuda se sintiera importante, implicada. Alguien apuntó que podríamos llamarlas «madrinas». No me gustó el nombre, pero podía tener gancho. Decidimos también cuál sería la fecha de ese encuentro de Miguel con las mujeres seleccionadas, las que debían ser colaboradoras de la gala. Entre Mahala y yo facilitamos el contacto con cada una de ellas.

A finales de septiembre vinieron al almuerzo con Miguel Bosé. Eran, en principio, unas veinte mujeres y amigas dispuestas a ayudarnos, que pondrían todo su empeño y sus contactos a fin de sacar adelante con éxito la primera gala contra el sida que se celebró en España. Mahala creó un chat con los correos de las reunidas y nos comunicábamos a diario. Empresarios y empresas de Cataluña, incluidos los bancos, fueron convencidos por esta marabunta de mujeres dispuestas a colaborar. Hubo un momento de peligro cuando cuatro de las más cercanas a mí se quejaron de que Mahala les pedía nombre y teléfono de los directivos de empresas o instituciones o medios que ellas nos habían sugerido como posibles apoyos a la causa. Quería ponerse personalmente en contacto con ellos. Algunas madrinas protestaban en mi *email* o teléfono y me decían textualmente: «No podemos pasar datos personales a una agencia de comunicación». Lo frenamos. Pausa. Olvidemos el cotilleo que todo eso generó.

El 10 de diciembre de 2010, Mario Vargas Llosa recibía el premio Nobel de Literatura de manos del rey Carlos Gustavo de Suecia. En esta ocasión, el director del Instituto Cervantes de Estocolmo, Joan Álvarez, se puso en contacto conmigo para invitarme a dar la última conferencia sobre Vargas Llosa la tarde del día 8 de diciembre, antes de la cena que la editorial sueca de Mario, Nordest, iba a organizar en honor a su autor premiado. La titulé «Vargas Llosa o el Caballero de Literaria Figura».

Empecé comparando las llegadas en barco de Cervantes y Vargas Llosa a Barcelona, y añadí datos interesantes que los asemejan. Los dos son entusiastas lectores de novelas de caballerías, y los dos deciden crear imágenes literarias de sí mismos bajo el disfraz de caballeros andantes. La Barcelona de Cervantes en 1600 era famosa por ser «albergue de extranjeros, hospital de pobres, patria de valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes

amistades, y en sitio y en belleza, única».

Nuestro segundo caballero, Vargas Llosa, no se quedaba corto en piropear nuestra ciudad:

> Barcelona fue durante muchos años la capital de la literatura hispanoamericana, no solo porque muchos escritores de América Latina vinieron a vivir aquí, o pasaban temporadas en Barcelona, sino porque fue en esta ciudad, a través de editoriales de Barcelona, a través de algunas personas que promovieron la literatura hispanoamericana en España y en el mundo, que esta literatura alcanzó derecho de ciudadanía en España, en la propia América Latina, donde en cierta manera hasta entonces era una literatura bastante marginal. Y de Barcelona salió a conquistar también otras lenguas, otros países. Son unos años que es imposible no recordar con una tremenda nostalgia, porque en esos años se produjo, desafortunadamente solo en un periodo corto, una conjunción en todo el mundo de la lengua española y en la que lectores y escritores intercambiaban experiencias, se enriquecían mutuamente mediante un muy intenso intercambio cultural y editorial.

Mientras pudimos, disfrutamos de esta Barcelona plural y bilingüe que hizo de varios lectores buenos escritores. Pero la Barcelona que hizo escritor a Mario, según sus propias palabras, ya había dejado de ser la misma cuando en 1997, en una charla en el Palau de la Virreina, ante un público del que yo formaba parte, aseguró: «Que una ciudad tan poco provinciana, tan rica intelectual y artísticamente y con tanta vocación de modernidad, cobije la aberración del nacionalismo, me parece inconcebible».

Por mi parte, aún en Estocolmo, añadí:

> La España de don Quijote no tiene fronteras y es un mundo plural abigarrado de incontables patrias. Me temo que la Barcelona nacionalista de hoy habría recibido con reservas, mejor dicho, hubiera dificultado la entrada al Caballero de la Triste Figura, crispada frente al bilingüismo que felizmente caracteriza a la literatura catalana, y con una libertad de pensamiento sin barreras que molesta a los devotos del pensamiento único.

Acerté, pero me quedé corta. En junio de 2018 fue noticia vergonzosa y antidemocrática que una banda de estudiantes independentistas de distintos grupos, con permiso del rector (es así, les autorizó) boicotearan un acto de homenaje a Miguel de Cervantes en el aula magna de la Universidad de Barcelona. Una universidad de la que he sido profesora y testigo de la manipulación nacionalista.

Mientras, la otra Barcelona, la de una mayoría de gente común, que no ha sido invadida por artificieros del mal, se muestra encantada de seguir abriendo sus puertas a caballeros y damas andantes de todos los países y fronteras.

Al terminar la charla, en una Estocolmo de calles blancas de nieve virgen, se me acercó Juan Cruz mientras yo aún estaba en el estrado para decirme: «Patricia [la mujer de Mario] ha llamado para que te vengas conmigo a la cena». Subimos a un taxi que nos dejó frente a un pequeño edificio que parecía el escenario de un cuento de

Navidad. Había pocos invitados, un espacio no muy grande, con unas seis o siete mesas no demasiado largas, perfectas para la conversación, ordenadas y adornadas con elegancia discreta y cálida. La atmósfera era íntima. Estaba la familia entera de Mario, algunos amigos llegados del Perú, como Rosi, su secretaria de toda la vida, varios escritores suecos y Peter Landelius, traductor de Mario, dos miembros de la Academia y el secretario de la misma. Estuve con ellos, en la mesa de Mario y Patricia. El secretario de la Academia Sueca me invitó a asistir al día siguiente al discurso de Mario ante la Academia, en el que elogiaría la lectura, la libertad de Barcelona durante la Transición española, a su esposa Patricia, y cargaría contra el nacionalismo. Tuve que declinar la invitación porque a la misma hora Marika Gedin, traductora sueca de mis obras, tenía organizada una pequeña reunión en su casa con mi editor en aquel país.

Mi vuelo de regreso estaba programado para las seis de la tarde del otro día. Corría por los *whatsapps* del cotilleo la noticia lamentable y funesta: Luis Palomares, el marido y amigo de Carmen Balcells, acababa de morir. En el aeropuerto, en cuanto entré en el avión, vi en primera fila a Carmen. De pronto recordé que yo conocía la triste noticia que a ella aún no le había sido notificada. Carmen me pidió que me sentara a su lado. Yo tenía asiento de turista así que la maga de los magos se las arregló en un minuto para colocarme a su derecha. La situación no era fácil. Más bien terrible. Aunque en ese momento tuve menos conciencia que ahora, cuando me dispongo a contarlo aquí, cosa que me cuesta, lo admito, un gran esfuerzo. Carmen empezó comentando brevemente que estaba adelantando un día su regreso a Barcelona porque Luis no se sentía bien. Le propuse acompañarla a su casa al llegar. Se negó a aceptarlo. «Vendrán a buscarme», dijo. Y pasamos a otra cosa. Fue, por así decir, una charla, más bien un monólogo de Carmen, en la que la oyente conoce la situación trágica de su interlocutora que, a su vez, ignora la verdad, que no sabe que lo terrible ya ha sucedido. Mientras que quien conoce la noticia no debe hablar. En suma, durante las dos horas o más que duró nuestro vuelo, la catástrofe planeaba sobre nuestras cabezas. Me limité a escuchar sus palabras y a responder a sus preguntas, que solían dar en el blanco. El tono que ambas manteníamos era, dada la situación, más bien destructivo. Me resultó imposible desviarlo a otro nivel menos doloroso. En ocasiones, se me da bien frivolizar. Por un lado, su autor «más querido» acababa de recibir el Nobel. Por otro, su marido de toda la vida, padre de su único hijo, había muerto. Cuánta, cuánta muerte. A Carmen le dio por hablarme casi todo el viaje sobre la agencia. La escuchaba, se me da bien, sin atreverme a opinar. No era el momento. Pero, como me suele ocurrir con las personas en las que confío, creí a pies juntillas todo lo que me reveló. Llegó a decir

nada menos que esto: «Que lo sepas. Yo nunca admitiré que te lo he dicho, pero la agencia es un desastre».

¿Lo pensaba o pretendía creerlo? Repitió esa frase dos o tres veces. No quería dar crédito y me limité a pensar que estaba exagerando. Y siguió hablando de las personas que allí trabajaban, asuntos y personas que no eran en modo alguno de mi incumbencia. Estuve escuchándola atónita y sin intervenir para nada en su diatriba. Hasta que, de repente, me dijo, o más bien me ordenó: «Sigue mi consejo y deja la agencia cuanto antes». En otras palabras, antes de que todo se vaya al carajo.

Pero la agencia podía esperar. Antes dejé a Jordi. El detonante no fue una decisión imprevista por mi parte. Tampoco la provocó el que hubiera otra mujer en su vida, o varias, o ninguna. La falta de amor era evidente.

Quienes me conocen saben que habría sido más oportuno salir por piernas muy pronto, como lo intenté sin éxito. Es decir, que no hubiera durado ni un año con él de haberse convertido en un obstáculo para mi escritura. Jordi, al que no le falta inteligencia, jugaba con esta baza, que sacaba a relucir al menor comentario sobre una posible separación: «Si me dejas, no escribirás más». Una amenaza terrible, pues esa era la clave que le había permitido controlarme y que le funcionó durante veinte años. «Sin mí no serás nadie», venía a decirme. A la vez que su gran capacidad como manipulador le llevaba a seguir asegurando que yo era la mejor escritora del mundo.

Descargaba mis penas con mi amigo Jorge Costa, que me sugería seguir adelante. Todos los matrimonios son iguales, me decía. Bastaba con mirar a mi alrededor. Mis terapeutas, a los que me acercaba a confesarme, y fueron cuatro o cinco en veinte años de vida de pareja, se limitaban a escuchar mis soliloquios. Sin intervenir ni darse cuenta de cuál era el fondo del problema. Hasta que surgieron dos factores casi simultáneos que hicieron que todo cambiara. ¿Otro hombre? ¿Otro amor? No. Habría sido una manera feliz de terminar con el mal negocio, pero no recurrí a esta estrategia como causa de ruptura o escape.

Una noche quedamos para cenar en el restaurante La Paloma con mis amigos Jorge y María Antonia, y con Graciela Antón y Javier Herrero. La conversación fluyó de la forma acostumbrada. Una botella de vino para seis. A la salida, Graciela y yo íbamos unos pasos por delante cuando oímos unos gritos desaforados. Era Jordi chillándole a Javier. Las dos pensamos que estaban bromeando, pero enseguida comprobé que Jordi iba en serio. Le recriminaba a Javier, y lo seguía haciendo a gritos, en la calle, que estaba loco, que no tenía derecho a encargar a su hermano arquitecto el proyecto de la casa familiar, puesto que él mismo, Jordi, había empezado a dibujar algunos bocetos

con ese fin. Se refería a la casa llamada Las Carolinas, o Casa Vicens, la primera residencia de Gaudí en Barcelona, donde habían vivido los hermanos Herrero con sus padres, ya fallecidos, y que ahora buscaban remodelar y reutilizar de alguna manera… Javier iba poniendo cara de ahí te las compongas, pero la violencia con la que Jordi expresaba su furia iba en aumento. Agarró a Javier del brazo y le decía: «Te voy a hundir. No vas a poder hacer nada en esa casa. Ya me ocuparé yo de que no te den ningún permiso en el ayuntamiento…».

Yo estaba pasmada, a la vez que muy disgustada, no tanto por la escena violenta fuera de toda medida, y eso que yo conocía bien los extremos a los que Jordi podía llegar, sino porque esta vez se había atrevido a ejercer esa violencia fuera de la intimidad doméstica. Nuestros amigos se escabulleron enseguida, mientras que yo, muda y avergonzada, volvía en coche a casa.

Aquella madrugada fue determinante. Mis amigos de toda la vida habían sido testigos, además de objeto directo, de una furia inaudita y sin sentido de Jordi, *il Cavalieri*, que yo conocía perfectamente. Ellos ni tan solo podían imaginar lo que yo había tenido que ver y soportar. Jorge en concreto me advirtió de que cuanto antes dejase a Jordi, mejor para mí. Estaban asustados.

Por debajo de esta anécdota subyacía un problema serio. Nuestra hija Bruna vivía con nosotros. Tenía veinte años. Pasaré de la forma lo más delicada posible por aspectos de su vida, que es realmente suya. En momentos del pasado, mientras comíamos ella y yo en casa, y hablando de su próximo ingreso en la universidad, me había hecho comentarios del estilo de este: «Mamá, no sé si lo que voy a decirte le gustará a papá». Le sonreí: «Dímelo, no esperes». Había decidido estudiar Arquitectura. Yo me alegré muchísimo. Conozco la vena artística de mi hija. Me sorprendió mucho la inquietud que ella manifestaba ante la posible reacción de su padre. «A tu padre le gustará saberlo», le aseguré. Sin embargo, las dos recordábamos la insistencia de Jordi en declarar: «No quiero que ninguna hija mía sea arquitecta». Nunca averigüé el motivo en concreto de esta actitud tan negativa. Ni tampoco quise saber de dónde procedía. Ahora tengo mis sospechas. El desafío de Bruna tenía mérito. Había estudiado ciencias y se pasó a tecnología. Terminó el primer curso de Arquitectura y aprobó Proyectos, la asignatura más difícil. Aquel año fue algunas tardes al despacho de Jordi para hacer prácticas. En apariencia todo iba bien. Aunque noté que le disgustaba o aburría ir allí y me costaba entender el motivo. En verano nos dijo que dejaba Arquitectura para comenzar estudios universitarios de comunicación y audiovisuales. Su sentido de la responsabilidad profesional siempre ha sido óptimo, así que no me preocupé demasiado por las decisiones que iba tomando en relación con sus estudios. Pero sí empecé a inquietarme por sus

cambios de ánimo. Venía de lejos. Había descubierto ciertos mensajes preocupantes en el teléfono de su padre y, por lo que me contó años más tarde, Bruna se lo comentó a su hermana Laia. Por lo visto, Jordi estaba liado con colegas suyas, alguna de su despacho, o quién sabe, a las que posiblemente se tiraba. Bruna es una mujer fuerte, sabia, valiente y responsable, sus compañeros y los directivos de los sitios donde ha trabajado siempre la han valorado y tenido en gran estima. Cuando intuyó que yo quería separarme, decidió soltarlo. Estábamos en mi habitación.

—Mamá, D. tiene un lío con papá desde hace años —me dijo.

Sentí hasta qué punto le hacía bien desvelarme el secreto de la infidelidad de su padre, un asunto que la había tenido mortificada algunos años. Le resultó un alivio poder compartirlo conmigo. ¿Qué iba a hacer yo al respecto? En verdad, casi me alegré de saberlo. Tenía una excusa perfecta. Presumo de ser una mujer libre y que respeta tanto su libertad como la libertad del otro.

—Le hablaré esta noche con calma, no pasa nada. A tu padre siempre le ha gustado ir de progre —le dije a Bruna.

Jordi me había contado con detalle las historias que había tenido con amigas y amantes mientras vivió con su primera mujer. Según decía, era lo que se practicaba entonces. Así que yo daba por supuesto que, con su forma de pensar supuestamente progresista, incluso en estos momentos conflictivos de nuestra relación, podría resolver el problema. Y con mayor razón cuando era su hija adolescente la que cinco años atrás había hecho el descubrimiento. Lo arreglaremos como buenos amigos, pensé.

Para que Bruna no pudiera escucharnos y para evitar que sufriera, después de la cena bajé con Jordi a la biblioteca. Le conté tal cual lo que había pasado. «No te preocupes —agregué en una pausa— para mí esta historia, u otros líos que tengas o hayas tenido, no suponen ningún problema». Me escuchaba impávido. Mudo. Como estatua bíblica. Daban ganas de sacudirle los hombros. Darle una patada en el culo. Convertirlo en persona. Añadí un detalle que, en realidad, era la esencia del problema, la clave del proceso que llevaba Bruna padeciendo desde hacía cinco años:

—Es a ella a quien debes decirle la verdad. No a mí, no hace falta que me la cuentes, porque a mí me importa bien poco. Basta con que seas sincero con tu hija y no la hagas sentir como una mentirosa.

Jordi sabía a qué me estaba refiriendo. Esta era la razón.

—¿No lo ves?

Le miré a la cara confiando en obtener una respuesta. En cierto modo, era una buena noticia aquel supuesto descubrimiento que él debía confirmar. Siguió inmutable. Poniendo cara de Anibal Lecter. Daba miedo. Más adelante he llegado a descubrir que este tipo de

reacción pasivo-agresiva, tan propia del temperamento de Jordi, está considerada por los especialistas como un trastorno psicológico de abuso que pretende debilitar en el otro su paciencia y su salud mental. Y, de paso, en el caso de Jordi, la de su hija. No actuar, nunca, era su forma gélida de relacionarse conmigo y ahora había decidido utilizarla también con Bruna. Incapaz de comprometerse, de sentir culpa alguna.

Hoy sabemos más sobre los perversos narcisistas. En aquellos años, la gente se limitaba a calificar esa clase de personas de frías, falsarias, interesadas, silenciosas, raras, resentidas… O capaces de la tan repetida «crueldad mental», expresión empleada entonces por las estrellas de cine, que siempre me aturdía y se prestaba a confusión. De igual forma, el término manipulación, esa manera ruin de manejar al otro a tu capricho, se utilizaba mucho. A la mañana siguiente decidí contar a Bruna cómo había ido el no diálogo con su padre. «Se niega a decir nada —le confirmé—. Dejémoslo estar», le propuse. Bruna no estaba en absoluto dispuesta a seguir mi recomendación. Para ella se trataba de una lucha a vida o muerte a fin de descubrir la verdad, no tanto por los amoríos de su padre como por su necesidad de quitarse esa mancha de encima. Me dijo Bruna que iría a hablar con la sospechosa del despacho, y pensaba hacerlo esa misma tarde. Pensé para mí que ella lo negaría todo. Y así fue. Bruna la telefoneó, le pidió que bajara a la calle y se metieron las dos en un bar. No consiguió arrancarle una sola palabra con sentido.

Estaba claro que había llegado el momento de separarme de Jordi. Sobre todo por el daño que su reacción nos estaba ocasionando a mí y, especialmente, a Bruna. Era insoportable su carencia de emoción alguna. Además, seguía taxativo en no irse de casa. Decidí pedir visita con una psicóloga familiar a fin de que nos ayudara a encontrar la solución menos dolorosa para todos. Jordi aceptó con el «no puedo» acostumbrado. Decir «no puedo» tenía en realidad otro significado: no quiero hacerlo. Al igual que durante las dos decenas de años que vivimos juntos, decir sí para él significaba decir no. Una vez ya los tres frente a la psicóloga y viendo Bruna la imposibilidad de hallar alguna explicación por parte de su padre, en la tercera sesión se negó de forma rotunda a seguir con la terapia familiar. Renunció también él a continuar. A la siguiente sesión fui sola y recuerdo haberle comentando a la psicóloga una frase antigua de Jordi que definía nuestra relación íntima: él tenía sexo, pero nunca hacía el amor. Os ahorro toda esta etapa, que duró la mitad del año.

A estas alturas ya era capaz de ver al desnudo su personalidad negativa y vampírica. Era increíble que siguiera queriéndole. Una de las tipologías que determinan a esas personalidades se define, según supe, en su necesidad de que los que les rodean no obtengan lo que

quieren. Actúan como si estuvieran dando a los otros lo que necesitan, pero rara vez ceden o dan lo que se les pide. No se me ocurrió nunca que Jordi padeciera esta sintomatología, tan bien tipificada por los especialistas. En eso no me había servido de nada mi amistad con algunos psicoanalistas. Apenas se hablaba de maltrato psicológico. En muchas ocasiones tenía la certeza de que él disfrutaba haciéndome daño. Durante ese tiempo de dolor y embotamiento mental apenas podía pensar en nada positivo respecto a mí misma. Tampoco era capaz de proseguir con mi trabajo, en la escritura. Había terminado mi última novela, que ya estaba entregada al editor. La amenaza de Jordi seguía presente. «Si me dejas, dejarás de escribir».

Y de irse él de casa, nada de nada.

Con la connivencia de Bruna, le propuse a su padre un pacto. Aparcar de momento su relación con la colega durante ese verano. Jordi pareció acceder. ¿Una forma de pedir perdón sin pronunciar palabra? ¿O de negarse en absoluto a hacerlo? Y Jordi volvió a engañarnos. A primeros de septiembre estallé. Todo seguía igual.

—¡Se terminó! —le dije.

Me resulta imposible recordar esa escena «final». Algo importante debió de suceder para que accediera a irse. Estuvo fuera dos o tres semanas. Me hizo algunas llamadas, y en la última consiguió ablandarme. Nos vimos. Lloró. Me confesó que me quería. Sentí pena por él. Y algo de amor. Lo hicimos. Y volvió a casa. La mañana en la que entré en la habitación de Bruna para decirle «tu padre ha vuelto», no se me olvidará nunca. En un instante cambió, de la más plácida expresión a la del horror. Se le descompuso el rostro. Sus ojos dispararon miradas que hablaban de cómo se sentía: traición, abandono, engaño, rabia… Su madre y aliada la había abandonado. Ahora volvía a quedarse sola con «su mentira», la del descubrimiento que había hecho.

A finales de septiembre, Bruna seguía indignada con su padre, siempre pasivo-agresivo. Y defraudada en grado sumo porque no se había cumplido el pacto establecido. La situación familiar olía a drama griego. Laia, desde Londres, estaba al tanto de todo y hacía lo imposible por apoyarnos. Aguantaba por teléfono nuestros llantos y quejas, a menudo con nocturnidad. Pero una chispa hizo saltar la situación tensa en la que vivíamos. Eran las diez de la noche. Estábamos los tres en la sala de estar. Le dije a Jordi que ya no confiaba en él y que pusiera una fecha de la semana siguiente para irse de casa. Recordemos, una casa que estaba a mi nombre, en la que al principio yo vivía con mis dos hijas y en la que él se fue instalando casi sin permiso, con esa actitud de dueño y señor de un feudo conquistado a la chita callando. Jordi reaccionó con una agresividad ya conocida por mí y que dejó a Bruna conmocionada. No puedo

reproducir sus frases exactas, tendría que utilizar recursos novelescos, y no es el caso. Solo recuerdo parte de una de ellas:

—De aquí no me muevo hasta que venga mi abogado.

Esas palabras hicieron saltar a Bruna, que estaba sentada delante de nosotros dos. Lo hizo con una seguridad y una valentía inauditas:

—Mamá, que papá se vaya de casa ahora mismo.

Y lo hizo. Se fue a la mañana siguiente.

Lo que siguió no fue una temporada digamos que buena. Bruna y yo nos movíamos como supervivientes de un desastre natural que deja todo tipo de efectos directos: daños, lesiones y alteración del orden cotidiano. Jordi había encendido la alarma aquella noche cuando, estando los tres en casa, habló de tratar con su abogado. Aún no se me había ocurrido siquiera esa necesidad. Pero traté de protegerme en ese sentido. Me serví de la novela *Amor y guerra*, que había presentado al premio Ramon Llull de las Lletres Catalanes, que concede la editorial Planeta.

Se acercaba el día del fallo y había probabilidades de que el jurado elegido para ese año pudiera optar por mi novela, que era una de las finalistas. Jordi y yo seguíamos hablándonos por teléfono. Conocía de sobra su interés e ilusión, caso de ser la ganadora, por ir conmigo a Palma de Mallorca al día siguiente de que el jurado hubiera fallado el premio. Días antes llamé a Pilar Mañé, abogada, muy amiga y profesional reconocida. La misma Pilar que, más de treinta años atrás, nos había ayudado a Óscar y a mí a separarnos por la Iglesia, cuando todavía no existía el divorcio en España. Yo quería una separación inmediata, y lo único que pretendía era proteger a Bruna. Pensaba no pedir a su padre ningún tipo de compensación económica. Nada de nada. Al día siguiente recibí un *email* de la abogada con el texto sobre el mutuo acuerdo «de dejar de vivir como pareja» redactado en una sola página y preparado para la firma de Jordi y mía. Lo pasé a mi ordenador y llamé a Jordi para pedirle que hiciera el favor de firmarlo. «Sabes que nunca firmo nada», protestó, y colgamos.

Ya estábamos a finales de enero de 2011. Faltaban pocos días para que fallaran el premio Ramon Llull. La cosa quemaba.

—Jordi —le dije de sopetón—, si gano el premio y quieres ir conmigo a la entrega y la cena posterior, tienes que firmar este acuerdo.

Y lo hizo.

Yo no cumplí mi palabra. Creo que ha sido la única vez en veinte años con él que me salté un pacto a la torera.

Un detalle para mí muy significativo del acuerdo mutuo de separación era un punto en el que, de forma expresa por mi parte, yo dejaba a disposición de Jordi y sus hermanos la biblioteca de su padre,

el poeta Tomás Garcés. El texto del acuerdo firmado decía que esa biblioteca personal «se encuentra junto a la biblioteca de su propiedad en su domicilio de Barcelona y hace constar que mientras no se decida lo contrario, está dispuesta a cuidar de esta». Cuatro o cinco años más tarde Jordi y sus hermanos decidieron que la biblioteca Tomás Garcés debía ser conservada en la Biblioteca de Cataluña, lo que a todas luces solo podía tener alguna clase de sentido si esa biblioteca declaraba que iba a depositar el legado en un espacio, por reducido que fuera, donde mantenerla en su conjunto y bajo el nombre del poeta. Condición, sin embargo, que la Biblioteca de Cataluña no cumplía ni tenía intención alguna de cumplir, cosa que Jordi y yo sabíamos desde el fallecimiento de su padre, ya que fuimos los encargados de encontrar la solución idónea. Siguiendo su costumbre, en efecto, los libros que finalmente fueron entregados terminaron dispersados y olvidados en los numerosos agujeros negros de aquella institución.

12

CARENCIAS AFECTIVAS

Cuando estaba terminando de escribir *Amor y guerra*, Félix Riera, editor y director entonces de Edicions 62, perteneciente al grupo Planeta, durante un encuentro casual me dijo que estaba muy interesado en publicar mi libro. Edicions 62, fundada por Josep Maria Castellet, editaba en catalán, aunque tenía algún sello en castellano. De modo que le comenté de pasada que tenía la intención de publicar la novela en español y en catalán, pues muchos de los personajes se expresaban en este idioma. Ese fue el inicio del camino hacia «el gran premio literario» que Pilar, astróloga, me había pronosticado, ante mi incredulidad y asombro, para el siguiente año. Mi hija Laia se desplazó desde Londres para acompañarme a la entrega del premio, que concedía en persona el presidente balear, tras la presentación de la novela que hicieron los poetas y críticos Pere Gimferrer y el sabio Carlos Pujol. Se trataba de mi novela sobre la Guerra Civil que gira en torno a la figura de «mi pariente» Ramón Mercader, el asesino de Trotsky. No supe entonces que, sin ser consciente de ello, en realidad he escrito una tetralogía que tiene en común Barcelona como enlace histórico, desde el año 1936 hasta 2018. Me refiero a mis novelas, por ese orden: *Amor y guerra* (1936-1939), *El país del alma* (1940-1950), *La intimidad* (1952-1980), *El sanatorio* (1980-2018).

Precisamente en esos días, había quedado en reunirme en la librería Laie de Barcelona con Alex Susanna, director entonces del Institut Ramon Llull, para hablar de algo referido a mi novela premiada. Cuando entrábamos juntos en la librería no pudo dejar de ver en el escaparate situado justo a la derecha de la puerta un lugar especial y muy visible en donde el librero había colocado los títulos más vendidos de la semana en esa librería. El primero, el número uno, era nada menos que el libro de Ramón de España *El manicomio catalán*. Yo, con gran simpatía, le mostré a Alex el *best seller* del momento. El rostro de por sí amarillento del alto funcionario del catalanismo pasó de inmediato al color rojo de la cólera incontenible. Encendido, preguntó por Lluís Morral, el bueno de Lluís, director de esta y de las demás librerías de la cadena. Cuando el librero llegó apresurado, Alex Susanna alzó el brazo, señaló con el índice el libro de mi amigo y vino a decir algo así como: ¿qué hace esta cosa aquí? Estaba tan furioso que le costaba mascullar las palabras. Hasta que finalmente, con una voz atiplada y temblorosa, soltó un «¡sácalo!». Y se procedió al desahucio del libro. La escena, casi sin palabras, me recordaba muchas secuencias de *El gran dictador*, de Chaplin. Me reí

por dentro pensando en contárselo a Ramón de España. Lluís obedeció en el acto. Corrió el cristal del escaparate. Extrajo el libro objeto de tanta furia y se lo llevó, quién sabe dónde. Al rincón donde las víctimas purgamos nuestros pecados. Qué extraña porquería engendra el poder ejercido de modo autoritario. Lo siento por el otrora bueno de Alex, que años atrás promovió *urbi et orbe* la obra poética de mi suegro, Tomás Garcés. En efecto, dedicó varios años a editar su obra completa en la editorial Columna. Cuidó del poeta con dedicación personal, intelectual y lectora. Me pregunté entonces, y sigo preguntándome hoy en día, cuán afectado se sentiría tu abuelo, Bruna, el *avi* Tomás, viviendo las arbitrariedades y censuras que hoy tenemos que soportar. Él, que fue uno de los grandes poetas en lengua catalana, de un estilo comparable según algunos al de Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca. Y más afectado si cabe le veríamos si supiera que el reconocido xenófobo Quim Torra, durante una época presidente accidental de Cataluña, utilizó poemas de Tomás Garcés para felicitar la Navidad. ¡Vivir para ver!

En ese mismo año de 2011, me escribió mi editor sueco, Styrbjörn Gustaffson, para anunciarme que iba a viajar a Barcelona invitado por el Institut Ramon Llull, y que por supuesto le gustaría verme. Era verano. Quedé con él a las siete de la tarde para que viniera a casa, charlar un rato y salir luego a cenar. Pasé a buscarlo y nada más saludarme noté que estaba muy molesto, decepcionado. Llevaba una carpeta y me la exhibió de inmediato. Mientras me hablaba, enarbolaba la carpeta como si fuera el emblema del disgusto. Una vez en casa, me mostró lo que contenía. Tres hojas donde aparecían los nombres de unos doscientos autores catalanes que escriben en catalán. Por supuesto, estaban en la lista Josep Pla y Mercè Rodoreda.

—¿Los conoces? —me pregunta una vez he examinado la lista. Le respondo que, salvo unos cuantos, me cuesta reconocer quiénes son los otros. Me mira iracundo:

—¡Es que tú no estás! ¿Lo ves?

Está irritado. Por fin me cuenta, ahora con mucho detalle, cómo ha ido la reunión de la mañana. Había unas cincuenta personas, la mayoría de ellas editores extranjeros como él. Todos invitados por una institución como el Institut Ramon Llull que se ofrecía a costearles todos los gastos de traducción, edición y promoción de autores y libros escritos en catalán con una incomparable esplendidez.

—Lo más grave de todo ha sido —me dice con fastidio notorio— cuando, al repasar la lista, he visto que no estaba tu nombre. Así que he pedido la palabra y me he levantado para manifestar mi asombro y disgusto al comprobar que no habías sido incluida. ¿Cómo puede ser, les he dicho molesto, que la ganadora del premio Ramon Llull de este

año, el premio más importante de las letras catalanas, no estuviera en una larguísima lista de doscientos escritores en lengua catalana preparada ese mismo año y en donde figuraban los autores que ellos quieren promocionar?

Según siguió contándome, los anfitriones se miraban unos a otros sin que nadie supiera qué responder. Se alzó una voz de alguno de los bien pagados funcionarios, más cobarde que los demás, que permanecían en un mutismo que a mi editor sueco le parecía una descortesía imperdonable, y aquel que habló se atrevió a decirle que «investigaría» el caso.

Por dar un tono irónico al tema que tratábamos, le dije a Styrbjörn:

—¿Recuerdas lo que hacía la Unión Soviética con los escritores contrarios a los intereses del régimen?

Me miró con un gesto de complicidad. Yo sabía que él viajaba a menudo por países gobernados por sistemas autoritarios.

—Silenciarlos. Excluirlos —dijo.

Luego nos fuimos a cenar, a reír y a olvidar las penas con vino tinto. A la mañana siguiente llamé por teléfono a la agencia Balcells. La reunión convocada por el Institut Ramon Llull, por lo visto, se había celebrado allí. Hablé con una persona de la agencia (no con Carmen, que por supuesto se habría escandalizado al oír aquella historia) que parecía haber llevado el cotarro y le pregunté por el motivo de mi inexistencia en la famosa lista. No supo responderme. Quiero decir: ni siquiera trató de salir del aprieto. Esta fue una de las razones por las que me apresuré a cumplir con el supuesto deseo de Carmen, antes de que ella se fuera a uno de los cielos posibles. Pero de esto hablaré más adelante.

No eran buenos tiempos para mí. Me sentía sola y tenía la sensación física de que mi cuerpo estaba hecho un nudo. Era el dolor. Era el duelo por la separación de Jordi, que estaba en su momento más agudo. Y no se trataba de un sufrimiento por desamor. Se trataba de algo peor. Bruna, a su modo, también lo sentía. Creíamos que nos habíamos liberado de la fiera y, al mismo tiempo, seguíamos en la jaula. A ratos ella y yo nos peleábamos por cualquier nadería. Las horas de la tarde que siempre he dedicado a la escritura dejaron de servirme como cura espiritual, pues me era imposible ordenar la mente para escribir un libro. Mi cabeza no me valía ni para un artículo. Traté de ordenar un poco tanto dolor tomando notas en una libreta donde exponía por escrito mis demonios, sin pensar siquiera lo que escribía, tratando así de exorcizarlos. Me llegaban noticias de lo mal que hablaba Jordi de mí a los conocidos, a quienes mentía sobre los hechos para travestirlos en una historia en donde él quedaba bien y yo, como alimaña. En medios conservadores, por creativos que sean,

la mujer que tras dejar a su pareja de muchos años elige separarse y vivir sola es de inmediato culpabilizada. Se la trata como a una apestada. Se nos convierte en un peligro, un ser amenazador en un mundo hecho de parejas. Se alejan de la mujer sola. Por rencor. Por miedo. Piensan que, si hemos sido capaces de tomar una decisión tan drástica y de asumir tanto riesgo, y, por si no fuera bastante, hacerlo a una edad en la que lo social exige mantener cierto decoro marital, las que hemos sido capaces de abandonar al «perfecto caballero» es que somos problemáticas. Se supone que siempre hay solidaridad entre las mujeres en estos casos. Pues no, no se da siempre. Nunca la encontré en esta fase de mi vida. Amigos y conocidos nos ven como devoradoras de hombres, temen que nos apropiemos de sus maridos o parejas. Robar hombres es lo que menos me ha interesado en la vida. Así que me dejé llevar por la situación y me encerré en el cuarto oscuro. Apenas salía de allí. Las tardes y parte de las noches, esas horas que durante toda mi vida he dedicado a escribir y a leer, me quedaba enclaustrada ante cualquiera de las pantallas domésticas que me saliera al paso. Mi posición preferida y duradera era la decúbito supino, acostada boca arriba en un plano paralelo al suelo. Como quien dice: dispuesta a morir. Con ojos abiertos todavía para leer un poco. Y pensando en el placer que supondría leer un texto… buscando la inspiración. Algo que solemos hacer los escritores cuando nadie nos ve.

Aún pendía sobre mí la amenaza de Jordi: «Si me dejas, no escribirás más». Aviso que escondía una catástrofe. A estas alturas, asumo que sufro un trauma. Un daño emocional intenso motivado por una relación negativa que bloquea mi mente y me imposibilita vencerlo. Copio en mi libreta: «Se puede superar el dolor como para llevar una vida "normal". La herida, sin embargo, sigue sangrando por dentro. Parte del dolor termina desapareciendo con el tiempo, pero el paso del tiempo da lugar a otras formas de dolor. Es preciso sacarlo a la luz, poner orden en él, comprenderlo y aceptarlo. Levantar una nueva vida sobre el dolor».

Tampoco escribir a mano, tampoco los trazos de mis señas subversivas, me servían de abrigo. O eso pensaba. No era consciente aún de que el gesto mismo de ensuciar la página en blanco podía actuar como ejercicio de superación de mi experiencia límite. Identificarme con las víctimas, toda clase de víctimas, con otras formas de dolor, todo eso sentí y descubrí que, tal como leo ahora en mis apuntes de aquellos días interminables, parecía ser el camino que me permitiría liberarme del trauma.

Con intención expresa de buscar experiencias traumáticas similares, me detuve a leer textos sobre los veteranos de Vietnam, muchos de los cuales sufrieron insomnio y pensamientos suicidas

como consecuencia del trauma que supuso para ellos la guerra. De ahí pasé a introducirme, de nuevo, en el mundo aterrador de las víctimas del genocidio judío. Más adelante, me dediqué a ver películas o series de televisión como *Holocausto*, *Auschwitz*, *Shoah*, *Stauffenberg*, las más duras y extremas a la hora de documentar la barbarie nazi, que me acompañaban las tardes y parte de las noches. Nadie me había aconsejado tal cosa. Yo era libre de situar mi herida emocional en compañía o en el lugar en que más me conviniera. ¿Era una especie de sanación? No puedo afirmarlo. Tampoco recuerdo haberme detenido a pensar en el impulso psicológico que me llevó a esta devoción extraña. Sí sé que yo me sentía como una más de aquellas personas tratadas como insectos, lo que me permitía llorar largo y tendido sin problemas. En verdad se trataba de una escapatoria meditada. El cine ponía cuerpo al vacío del mío. Escritura en alta voz, diría mi admirado Roland Barthes. De manera esporádica la voz telefónica de un amigo caída en medio de aquella intemperie que era mi vida, me llegaba como un vapor lejano: «Tienes que estar contenta, mírate, lo tienes todo, libros, hijas, casa…». Salvo mis dos hijas, que eran los apéndices de mi dolor, nadie más se acercaba para verlo.

Fatigada ya de películas inhumanas, me decanté por buscar otras que tuvieran relación más directa con el problema. En este momento ignoto del proceso de recuperación, me seguía sintiendo mal, pero también más ligera y preparada para historias más próximas a mi propia realidad. Y comencé a ver por segunda vez, ahora siendo muy consciente de lo que estaba buscando, es decir, en posición de alerta, películas como *Psicosis*, *Eva al desnudo*, *Los pájaros*, *Thelma y Louise*, *Nueve semanas y media*… La lista de buenas películas sobre relaciones enfermizas y psicopatológicas es extensa. En muchos casos, los maltratadores son ellos. En otros, ellas. Me dedico a ver las secuencias que me interesan, aisladas del resto, como lo haría un montador de cine. Hacia atrás o hacia delante, para ver mejor. La visión como pasividad sin embargo activa. Y me veo a mí. Y lo veo también a él.

A estas alturas ya había dejado de creer en psiquiatras y afines. Una noche conté el número de expertos mentales que, sola o acompañada de mi ex, llegamos a consultar durante los veintidós años de nuestra vida en común. Nueve en total. Solo uno y medio de entre ellos fueron capaces de apreciar en él su tipo de personalidad, a pesar de que, por lo visto y leído, es muy común en la especie humana. Un tipo de seres hábiles para destruir sin armas.

¿Es posible huir sin sufrir? No, nunca. Mi estrategia de salvamento, en todo tipo de naufragios, eran «los pequeños exilios». Para protegerme del hermano mayor, mi padre y mis tíos tomaron la decisión de llevarme a vivir fuera de casa durante breves temporadas. Para apartarme del infierno. Mi libertad era intocable. Jordi lo sabía.

No tenía necesidad de defenderla. Estaba en mí y a él debió gustarle que yo fuera un espíritu tan libre. Aquella imagen mía de mujer independiente le venía bien. Durante nuestra vida en común perseveré con mis «pequeños desarraigos» o fugas necesarias. Salidas o invitaciones que permitían y facilitaban mi trabajo de escritora: conferencias, ferias de libros, presentaciones… En algún caso cabían también enamoramientos efímeros. Esporádicos respiros para alguien como yo, que amaba la literatura. El pasaporte a la libertad. También tenía mi propia isla en casa. Mis encierros para escribir, que él respetaba casi con veneración, fueron siempre mi territorio particular. Solo así pude soportar tantos años de desprecio, manipulación y control neurótico.

Perdí visión. Y la posibilidad de leer libros. Me operaron de cataratas en la clínica IMO, dirigida por el famoso doctor Corcóstegui. Y se equivocaron por completo, como días después reconoció el director de la clínica. Me asustaba la perspectiva de quedarme ciega. La oftalmóloga Luisa Olivella, a la que visité posteriormente por consejo de una amiga, captó al instante cuál era mi problema: sufro degeneración macular. Es una enfermedad sin tratamiento específico. Me hundí todavía más en la miseria. Visité de nuevo a Pilar, anciana astróloga del Ampurdán, con la que establecí una cierta amistad duradera. Visité Google a diario, necesitada de encontrar heroísmos vitales que me revelasen dónde estaba la puerta de salida. Recorrer la trayectoria de otros seres con síntomas parecidos a los míos solo me llevaba a ver más claro el anuncio de lo que estaba por venir. Busqué maneras de salvarme. Quise saber de mí como máquina de pensar. Así que me lancé a leer sobre el cerebro, buscando los rasgos excesivos de mis emociones. Los libros impresos, en aquel entonces, me estaban vedados. No así los formatos del libro electrónico. Veía mal. Desde que tuve el diagnóstico correcto, empecé a sobrellevarlo de otra manera. Más o menos bien. «Cada día veo mejor», llegué a decirle a la doctora Olivella. Insistí en que no necesitaba ya las gafas. Sin embargo, me compré una lupa. Me hundía paulatinamente en el fango.

Todavía paralizada, en estado catatónico, caí en la trampa de la estupidez en dos o tres ocasiones, y acepté volver a encontrarme con mi expareja. Aun sabiendo cómo era. Flotaba en mí cierto sentimiento de culpa. Lo había leído en otras mujeres que vivieron circunstancias parecidas. Una de ellas decía: «Ahora, lo que hago al aceptar verlo es desandar de nuevo algunos de los pasos avanzados». Pero decidí verle. Bruna no estaba muy de acuerdo: «¡Mamá! ¡Pero si te has sacado un peso de encima!». A pesar de sus reticencias, en el primer encuentro fui con nuestra hija Bruna que, no sin razón, decidió en cierto momento abandonar la mesa del almuerzo e irse. El segundo

encuentro fue una cena, los dos solos. El convocante se sintió vencedor y al terminar la cena propuso que le acompañase a su casa. No entendió mi negativa. Una frase suya de esa noche me quedó grabada en la memoria: «Yo me tiro a toda la que se me ponga por delante».

Coincidía este momento (cuando me estaba esforzando por evadirme de la caverna y trataba de pasar de capullo a oruga) con la aparición en Francia de mi novela *Amor y guerra*. El director de la editorial Robert Laffont, Leonello Brandolini, me invitó a pasar tres días en París para la promoción. Unas semanas antes Serge Raffy, periodista del *Nouvel Observateur*, había publicado una reseña muy notable y entusiasta de mi libro. Buenas perspectivas. París siempre ha sido mi casa. Raffy quiso conocerme y me invitó a un almuerzo donde surgió una afinidad radiante por ambas partes. Un más que amigo para siempre. Se trataba de mi primer viaje tras haberme separado de Jordi. Entrevistas aparte, me moví arriba y abajo en la que es mi otra ciudad: fui a librerías, al cine, caminé hasta el Marais, Saint Germain y más allá… Tanto como mis pies aguantasen. En esta fase aún cavernícola de mi vida postJordi, París supuso la ocasión de ver algo más de luz, y fue precisamente durante este viaje cuando surgió una posibilidad de amor o, al menos, un periodo de agitación y aventura con un hombre nuevo. Extranjero, en este caso.

Pero el trauma seguía activo. Y aunque lo empezaba a delimitar y a abrirme camino fuera de aquel pozo, coincidió con daños colaterales. (1) Mi economía familiar bailaba y se hundía en números rojos. Mi hija Laia se ofreció a dejarme bastante dinero. Más tarde se lo fui devolviendo hasta el último céntimo. (2) Los amigos justificaban su alejamiento de la cavernícola con una frase increíble: «Nosotros no salimos de casa. Nos aburrimos dentro». (3) Movida por *fake news*: se desató el furor de una parte de la población catalana a favor de la independencia. (4) Colmadas de buenas intenciones, mis hijas se desesperaban al comprobar mi sordera ante sus consejos: «Mira hacia delante, mamá. Lo tienes todo. Escribe. Diviértete. Ten confianza», decían. (5) Algunos conocidos miraban hacia otro lado para no ver a una mujer marcada, como yo. Según los expertos, hay dos tipos de reacción por parte de las víctimas de seres tóxicos: las que dejan deprimidas, completamente demolidas, trituradas, un poco a la manera del personaje de Blanche (Joan Crawford) en la película de Robert Aldrich *¿Qué pasó con Baby Jane?*; y las deprimidas que reaccionan de forma felizmente agresiva, como Baby Jane (Bette Davis) en esa misma película. Yo me veía perteneciendo a ambos grupos. (6) Una noche de este periodo cené mano a mano con Eduard Punset, el divulgador científico de cabello a lo Einstein. Durante la cena amistosa le confesé mi estado de «terrícola infeliz en el

invernadero». Y él me sugirió que me apartase de «la manada», de las personas que solíamos ver durante los años de convivencia con mi expareja. A los que él había convencido de mi culpa. Acepté el consejo de Punset al pie de la letra y comencé a practicarlo con la persona más inadecuada. Fue uno de los peores dislates de mi vida de mujer madura. Me despedí por carta de Carmen Balcells. Dije adiós a la agente literaria que había batallado por mí y conmigo tanto tiempo. Castigo y me castigo. (7) Pierdo el 20 por ciento de visión de mi ojo derecho y el 15 por ciento del izquierdo. Un golpe bajo a mi oficio de lectora. (8) Quién sabe si a manera de desagravio o por coherencia con mi realidad de apestada social, me cerré a toda comunicación con el exterior. Ni redes sociales ni nada. Dejé casi de responder correos u otros mensajes con la excusa de que «prefiero tocar y hablar». Lo que hice fue redoblar mi encierro. Me autoimpuse la negativa a participar en actividades lúdicas, no contestar al teléfono (de hecho, el mío fijo de casa sigue muerto), no enamorarme… Como si fuera fácil encontrar ese hechizo. Al fin y al cabo, el amor no existe, me confesé a mí misma.

El 8 de enero del año 2012, noche oscura de invierno en Barcelona, conducía de regreso a casa cuando conecté la radio del coche y surgió una voz que pronunció una frase que era a la vez una pregunta: «Cómo echar a los vampiros de tu vida». Quedé en suspenso. Seguro que el conductor del programa me está hablando a mí, pensé. Dos voces de mujer le acompañaban en el coloquio. Detuve el coche. Paré el motor y me quedé a la escucha. Están hablando de la parte más secreta de mi vida. De Jordi. De mi experiencia de pareja, que conocen como si tuvieran a mano mi colección de fotos más recóndita. Las voces hablan sobre el vampiro emocional, el individuo incapaz de sentir y reconocer cualquier sufrimiento moral. En primer lugar, elige a una víctima. En este caso, yo. Juegan a ser bondadosos y salvadores. La víctima elegida suele ser una persona independiente, competitiva, profesional y socialmente exitosa, apreciada. Para conquistarla utilizan todas las armas a su alcance: manipulación, adulación, engaño. Una vez seducida la persona que hayan elegido, su único objetivo consistirá en destruirla de todos los modos posibles. Begoña, una de las dos psicólogas que hablaba por la radio, dice: «Intentad hacerle admitir una evidencia incuestionable, flagrante, con pruebas intachables, y la negará con tal firmeza que tú misma [ya estaba convencida que se refería a mí] llegarás a dudar. Intentad oponeros a su punto de vista. Os culpabilizará de tal modo (eres una loca, pesada, celosa, insoportable, llorica) que llegarás a creértelo e imaginarás ser menos que nada».

Llamé a la emisora. Pedí hablar con la psicóloga, Begoña Odriozola. Dejé mi número. Pasados tres minutos, aún en el coche, me

llamó ella desde su teléfono personal. Al mediodía siguiente ya me encontraba sentada frente a Begoña en su despacho. Una mujer delgada, de unos cuarenta años, con muestras de seguridad y empatía. De mirada atenta, sonriente y cercana. Mi desconfianza al inicio de la sesión se debía a mi alto porcentaje de frustración después de todas las anteriores visitas a terapeutas. Begoña me hizo sentir cómoda, tranquila y confiada. Me contó que dedicaba unos horarios fijos cada semana a colaborar con la policía municipal. Acudía al instante cuando los agentes localizaban casos de maltrato, violación o similares en Barcelona. Comprobé que tenía experiencia en casos como el mío. Lo que me contó de esa colaboración generosa reforzó mi seguridad.

Durante las cinco primeras sesiones, una por semana, Begoña me fue preguntando sobre mi expareja y sobre mí. Mi dolor. Mi llanto. Sobre mujeres maltratadas. Sobre mis hijas. Por vez primera, sobre «el hermano mayor». Mis posibles pensamientos suicidas, sentimientos de acoso, mi caos mental. Y también acerca de lo que llamó o llamé «el laberinto del no»: no escribir, no pensar, no amar. Me habló de cómo procesar y desbloquear el trauma. Y de las pautas a seguir, y de mi vida después de La Máscara (Jordi). Begoña apuntó muy pronto que yo estaba sufriendo un trastorno por estrés postraumático:

—Este trauma tuyo es similar, salvando distancias, a otras reacciones que pueden manifestar supervivientes de un accidente grave, víctimas de una violación o maltrato, víctimas de incesto o testigos y partícipes de una guerra o masacre. El trauma, en estos casos, se convierte en un agujero negro en el que se conectan todas las sensaciones, como el agua de lluvia que desciende por el tejado para bajar por el canalón.

Pero lo peor del trastorno por estrés postraumático —y aquí se puso seria— consiste en que determinadas sensaciones o emociones vinculadas a experiencias traumáticas siguen repitiéndose, y a la vez van reactivando antiguos estados mentales basados en el trauma, que permanecen en el tiempo.

—¿Ni con el psicoanálisis desaparece? —pregunté.

Ella pareció darme parte de razón:

—No todas. Te propongo que pienses si querrías seguir una terapia novedosa y efectiva para pacientes con cuadros semejantes al tuyo. En España ya hay más de dos mil profesionales, psicólogos, neurólogos, psiquiatras…, que lo practican. En el mundo son más de cien mil.

La propuesta me inquietó e interesó lo suficiente como para arriesgarme. Soy carne de cañón para experimentos nuevos. Confié en Begoña.

Me explicó de qué se trataba. La técnica llamada de EMDR (*Eye Movement Desensitization and Reprocessing*), que se puede traducir

como «Desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares», se fundamenta en la teoría de que hay un componente fisiológico en cada dolencia. Se trataba del hallazgo hecho por una doctora norteamericana, Francine Shapiro, por puro azar o serendipia. Un día descubrió, caminando por el parque, que aquel paseo había reducido el dolor que sintió cuando, poco antes, le habían dado una noticia adversa para su salud. La doctora Shapiro repasó su itinerario a lo largo del parque y se dio cuenta de que sus ojos se habían estado moviendo rítmicamente de derecha a izquierda mientras iba siguiendo la caída de las hojas otoñales. Con aquel movimiento rítmico de los ojos a uno y otro lado del camino, logró entrar en el recuerdo causante de la patología que había quedado almacenada en las redes neuronales del cerebro.

La técnica consiste en producir conexiones entre los recuerdos traumáticos y recolocarlos de tal modo que, cuando el paciente evoque el recuerdo, este deje de ser perturbador, pierda la carga emocional dolorosa y se sitúe en un nivel más controlable.

En la primera sesión, Begoña me habló con su suavidad característica y me pidió que cerrase los ojos al tiempo que me colocaba unos cascos de audio. Escuché un sonido metálico bilateral y repetitivo cuyo volumen subía y bajaba. Me recordó al péndulo de un metrónomo. En esta primera sesión de EMDR, serían cinco en total, percibí que distintas imágenes y recuerdos del pasado reciente o lejano iban apareciendo a su aire sin que yo tuviera que hacer esfuerzo alguno. Venían y se iban. Un sorprendente viaje por el inconsciente. Mi mente flotaba a la deriva hasta encontrar y darme cuenta de lo que había aflorado. Escenas desagradables con mi ex. Me vi empujando la puerta de mi dormitorio para evitar su entrada. Me dolía el cuerpo. Lloré. La terapeuta me detuvo y me preguntó: «¿Quieres continuar?». Dije que sí. Al terminar, presumí que Begoña me preguntaría por mis asociaciones durante el proceso. No fue así. No era necesario que yo le explicara las imágenes y recuerdos que me habían convulsionado tanto.

Solo antes de despedirme tras la última sesión, me pidió que enumerase las visiones. Y me puse a ello:

— Veo a una niña encerrada en una habitación orinando encima de la ropa. Me ahogo. Lloro.
— Veo a otros que piensan por mí. Pienso que debo ser vidente. Lágrimas.
— Veo a una niña encogida sobre sí misma, sufriendo. Pienso: debo cambiar y nacer de nuevo.
— Aparecen algunas de las personas que se han portado bien conmigo. Todos muertos. Lloro.
— Veo al vampiro transformado en el Jim Carrey (actor que

detesto) de *La máscara*. La imagen me hace sonreír. (Es importante, dijo Begoña. Me siento bien, le dije).

— Veo que la falta de pulso en la escritura me ha convertido en figura de Edward Hopper. La mujer en la ventana. La autómata. ¿Qué está pintando el pintor en este cuadro? El tiempo que mi ex me ha robado.

— Recuerdo las muestras de desprecio de La Máscara (silencios, miradas, envidia, odio). Los intentos frustrados de mi ex para separarme de mis hijas. Me enfrento a él. Es una colilla que aplasto con el pie. Río.

— Veo mi pensamiento. Mi padre me toma de la mano. Siempre tuviste una cabeza fuera de serie. Te lo dije: elige a un hombre que te quiera y te haga feliz. Te lo mereces. Vuelvo a reír. Siento una paz extraordinaria. Mi ex ha quedado fuera de la conversación. Se ha ido.

— Veo la casa de Flaubert en Rouen y una inscripción grabada en piedra que dice: «Escribir me parece cada vez más imposible». (De hecho, le comento a Begoña algo sobre la novela contemporánea, la que me toca más profundamente: consiste en escribir sobre la imposibilidad de escribir). Vuelvo a reírme.

No lograba explicarme cómo había sido posible todo ese proceso extraño. ¿El efecto EMDR había funcionado? Sentimientos encontrados. De una parte, me gustaría seguir y, por otra, quería liberarme. Volver a la vida sin odio ni resentimiento. La liberación del trauma se expresaba en el alejamiento de la angustia emocional y en cierto bienestar antes impensable. La terapeuta había sido eficaz. Nos despedimos.

Repasé los hechos tal como los veía después de esa experiencia. Surgieron nuevos propósitos: apuntarme a un gimnasio, cuidar mi espalda, obligarme a cumplir un horario estricto de vida cotidiana, sentarme a mi mesa de trabajo todos los días, a la hora de siempre, y escribir, «aunque no escriba». Tratar de hallar alguna amiga o amigo con el que salir. Buscar/encontrar un amante que me guste. Seguir viajando a París de manera regular. Moverme para evitar no verme. Leer. Leer. Leer. La mejor noticia: para mi asombro, mi vista vuelve a ser capaz de leer libros en papel. También logro escribir sin gafas. Veo mejor que nunca. Me enamoro un poco de un amigo francés. Escritor, a su vez. Una ventaja de que viva tan lejos: el sentimiento se dilata en el tiempo y el tiempo dilatado de un amor no activo (estancado en la ausencia) también ayuda a distraer el peso de los días.

Para sobrevivir, las mujeres de mi generación tuvimos que borrar de nuestra historia personal casi todo lo que nos hería. Éramos valientes, sin saberlo. La presencia en nuestras vidas de hombres que

nos utilizaron, golpearon, humillaron. Los intentos de violación, en algún caso consumada, que tratamos también de pasar por alto. Abuso de poder diario en las calles, años y años, como el de los mal llamados piropos que, en su mayoría, eran acoso callejero, y casi siempre con tintes de feroz agresividad sexual.

Aunque ahora conozcamos ciertos perfiles de toxicidad, eso no basta para salvarse de su radio de acción. Los tienen clasificados. 1. El competidor celoso (provocador, maltratador verbal, «no sabes de qué hablas», invasivo, despectivo). 2. El volcán pasivo-agresivo (traidor, crítico, receloso, desconfiado, aburrido). 3. El sabelotodo arrogante (agresivo, usurpador, déspota intelectual, chulo, irritable). 4. El mentiroso seductor, manipulador e infiel (desconfías de ellos al principio, hasta que caes de cuatro patas. Te hace reír, habla bajo, seduce, te mira a los ojos incluso cuando miente, jamás se disculpa, es desconfiado porque él mismo no es digno de confianza. Vamos, que lo conozco bien, pues así fue mi penúltimo amante). 5. El congelador emocional o vampiro negro (negativo, hiriente, pasivo, aprovechado, con ganas de ser famoso, incapaz de ayudar, incapaz de reconocer errores, compite contigo, doble vida). Con un hombre de este currículum viví veinte años.

¿Y yo qué?, cabe preguntarse. Soy tantas cosas. Soy una multitud. Sin pensamiento no soy nada. Sin eros, tampoco. Soy las autoras y autores que admiro. Las escritoras damos miedo. ¿Por qué? Me encantaría saberlo. Es un problema de ellos, no nuestro. Tengo la suficiente humildad para admitir que el amor compartido es lo más gratificante en la vida y aceptar también que en más de un caso no he sabido consolidarlo. Seguramente porque el hombre moderno (puedo incluirme) vive sin ataduras. Como dice Zigmunt Bauman: «No sabemos qué hacer para tener las relaciones que deseamos y, lo que todavía es peor, no estamos seguros de qué tipo de relaciones deseamos…». ¿Qué ocurría antes? Antes, aparte del cuerpo reproductor femenino, que de por sí era un volcán en erupción, los distintos órganos de mi cuerpo iban cada uno por su lado. O se me hinchaba el vientre, o le daba por vomitar lo visto y lo no visto. La vagina ensangrentada parecía más bien un corazón ardiendo. Nuestro sexo, el de las mujeres, estaba hecho (qué gran error) para obedecer las órdenes del hombre ardiente o empalmado. O las de los dos a un tiempo. Yo lo prefería seducido. Así que mis ojos, piernas, boca, culo y brazos sabían menearse como esas figuras egipcias planas o en relieve de las tumbas y los templos de faraones, decididas en fila a extasiar al varón, recibiendo yo a cambio, en aquellos años que fueron largos, un uso poco o nada orgásmico de mi cuerpo. Ellos no estaban a la altura. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que aprendieron que el goce reside en producir placer y que el cuerpo de tu amante está para

comérselo a lengüetazos por entero. Los vídeos porno vinieron en nuestra ayuda. Y en la de ellos. Nada me pone más caliente que verte gemir de placer hasta no poder más, fueron las palabras de uno que creía saber amar. Pocas parejas resisten hoy en día. No todos somos capaces de mantener a flote ese barco. «Siempre eliges al hombre equivocado», me han dicho tras cada uno de mis fracasos. Lloro y grito, literalmente: me subo por las paredes y llamo a mi padre, que está en el cementerio. «¿Por qué yo?» se ha convertido en mi llamada de auxilio preferida.

13

CÓMO ESTAR SOLA, CÓMO NO ESTARLO

Me enfrentaba al gran problema: cómo estar sola, cómo no estarlo. Después de casi toda una vida viviendo en pareja o con mis hijas, me encontraba en una situación de ermitaña que por primera vez no había elegido. La soledad es el brasero de la vida de escritora. La he defendido a capa y espada hasta cumplir los cuarenta años. Con algún que otro amante esporádico, era la primera opción de vida de mis años jóvenes. Solía recluirme en mi vieja casa de la antigua rectoría de Cabanellas, en pleno campo del Alto Ampurdán, junto a mi hija pequeña Laia, y allí pasaba temporadas sin apenas hablar con ningún adulto. Me pasaba fines de semana enteros, y las vacaciones docentes, durmiendo con libros, soñando con la música de mi radiocasete, ópera a raudales, cavando el huerto de mi casa, adosado a las tumbas del pequeño cementerio, y mimando mis parterres de flores, escribiendo con la máquina de escribir verde de mi padre y departiendo con las docenas de golondrinas que anidaban bajo el alero de mi dormitorio.

Ahora era distinto. Mi hija Bruna ya se había ido. Y la encontraba a faltar. A ella le gusta decir, medio en broma, aunque retándome, que fui yo quien la echó de casa. Y no miente del todo. Habíamos pasado y casi superado las dos una época muy traumática, antes y durante mi separación de su padre. Ella tenía entonces veintidós años y estaba a punto de terminar sus estudios universitarios en periodismo, comunicación y cine. Nos sentíamos las dos muy próximas y, al mismo tiempo, teníamos momentos en que nos lanzábamos mutuamente cuchillos imaginarios. Cariños que matan. Así que, después de consultar como siempre a «mi consejo de sabios», invité a mi hija Bruna a irse de casa. Por su bien, dije. Y era verdad. Me miró con antipatía. Mamá, te odio, decían sus ojos. Traté de sonreír. Le sugerí que buscara un apartamento para compartir con un par de amigas. Le puse como ejemplo lo que hice yo en París…

—Ya lo sé —me respondió.

—Yo te ayudo. Podrás contar siempre conmigo. Mi casa sigue siendo la tuya. Tendrás tus llaves. Vienes cuando quieras. A comer…, a dormir…

Me desafió:

—¡Así que me echas de casa!

—Por supuesto que no, Bruna. Te abro una puerta a tu libertad.

Dicho y hecho. A los tres días había encontrado a dos amigas y un piso donde empezar a vivir su vida. Hubo en Bruna un antes y un después. En tres días era otra persona. Espléndida y feliz. Con su perra

Perla, que también se llevó. Y yo me quedé sola. Sabía muy bien a lo que me enfrentaba. Pero no se lo dije. Solo años después, con un trabajo que le entusiasma y un novio que adora, cuando por alguna razón, en broma y para molestarme, le sale lanzarme de nuevo este reproche, le sigo el juego y le digo: «Vuelve a casa».

Lo increíble es que, en el fondo, hablo en serio.

Mis hijas sabían que esa capa protectora con la que les cubrí también atesoró siempre un trampolín mágico hacia la independencia. Laia se fue yendo de a poco. A partir de los veinte años, y casi a punto de terminar su carrera, le eché una mano para que pudiera pagar el alquiler de su primer piso de emancipada, y muy pronto, ella sola consiguió a fuerza de voluntad, arrojo e inteligencia llegar a cumbres muy altas en su profesión.

Y regreso al año 2012, lleno de actividades, una etapa en la que, como noticia de mi liberación personal, solía presumir ante los amigos que ahora, en cualquier momento del día o de la noche, me bastaba con pillar mi bolsa o maleta, cerrar la puerta e irme de casa sin dar explicaciones a nadie. Y es, efectivamente, lo que hice. Viajar. Mi novela sobre Ramón y Caridad Mercader, gracias a su publicación en Francia, trajo cola y suerte benefactora.

En otra de mis visitas a París recibí un *email* de alguien que se presentaba como el único sobrino de Ramón Mercader, a la vez que único nieto de Caridad, su madre. Con curiosidad detectivesca, después de leer mi libro y las reseñas que habían salido en los medios franceses, el sobrino buscaba comprobar si era cierto mi supuesto parentesco con su tío Ramón, asesino de Trotsky. Motivado por cierto recelo, pretendía saber con todo detalle cuánto había de verdad en este vínculo. Incluso me envió un cuadro de la genealogía familiar. Se presentaba con el nombre de Jean Dudouyt.

El primer encuentro con Jean es en un pequeño restaurante, Les Éditeurs (el nombre influye), situado en el *carrefour* de l'Odeon. Jean no es de por sí persona extrovertida. Físicamente tampoco se parece a su tío. No es alto. Mide sus palabras y se encierra en sus silencios. Solo al cabo de un rato, cuando comenzamos a hablar de nuestros parientes comunes, en plan familiar y amistoso, podemos empezar a sonreír juntos. Por lo general mantiene un talante algo desconfiado, fácil de comprender por la lacra que ha marcado a su familia, de la que él, sin embargo, se siente orgulloso. Siempre ha luchado por liberar la malignidad que se ha atribuido a sus parientes, Ramón y Caridad. Me trae fotos y comparte unos primeros secretos conmigo. Por ejemplo, que fue criado por su abuela Caridad Mercader en París debido a que la actividad de sus padres, militantes del Partido Comunista francés, no les dejaba demasiado espacio para dedicarse a su único hijo. Me sorprende mucho cuando me cuenta que él, a los catorce años, aquel

mismo Jean sobrino y nieto de los ejecutores del asesinato de León Trotsky, ¡era trotskista! Nadie le había revelado aún el secreto familiar. Y lo descubrió cuando, al morir Caridad, cómplice del crimen, encontró bajo el colchón de su cama una gran foto de Stalin que Jean me trajo como recuerdo.

Una buena mañana de 2012 decidí ponerme a escribir con estilo rápido y conciso un amplio artículo titulado «Toda la verdad sobre el caso Mercader», en el que aparecen datos y nombres básicos y esenciales de la historia de Ramón (al que en un momento llamé «el James Bond del estalinismo») y de los movimientos de los agentes estalinistas. Envié el artículo a Mario Vargas Llosa y también a Matilde Sánchez, directora de la revista Ñ, del periódico argentino *Clarín*. A Mario le gustó y propuso ponerme en contacto con Enrique Krauze, director de la revista *Letras Libres*. Para cuando me contestaron afirmativamente diciendo que lo publicarían, ya se había adelantado Matilde, que lo sacó en su semanario Ñ. El artículo lleva colgado en internet desde hace diez años. Y, por lo que he ido leyendo y comprobando, ha servido para dar información a personas interesadas en escribir o leer sobre el tema.

Me ilusionó en este sentido participar en las primeras jornadas de literatura y espionaje en España tituladas «Letras y espías», organizadas por la cátedra de Servicios de Inteligencia de la Universidad Rey Juan Carlos. El escritor José Luis Caballero actuó de enlace. Y allí me fui, dispuesta a sobrevivir estando rodeada por muchos «agentes de inteligencia», nombre que se da ahora a los espías. A bodas me convidan, pensé yo, que en un tiempo fui lectora fiel de novelas de espionaje.

Otra carambola que se produjo durante mi nuevo periodo parisino fue que Jorge Edwards, entonces embajador de Chile en París, me hospedó en su casa de la embajada, de hermoso edificio, cuando yo lo creí conveniente. Compartíamos charla, a veces también amigos, y yo disponía de mi tiempo para mi vida parisina. No fue la única ciudad que visité a menudo en esta temporada. Viaje también a Nueva York y luego a Ciudad de México. Javier Rioyo, entonces director del Instituto Cervantes de la ciudad de los rascacielos, amigo que ya conocía desde la época de *La intimidad*, me pidió que fuera a presentar *Amor y guerra*. Claro que la culpa la tuvo Mercader. Nos conectaba su documental y mi libro sobre él. Al presentarme dijo, con su generosidad de siempre, que era la persona que sabía más verdades sobre Ramón y Caridad Mercader. Una mujer joven de entre el público se levantó para preguntarme si estaba interesada en conocer personalmente a la amiga neoyorquina de Sylvia Ageloff, la secretaria de Trotsky, a la que el triple agente Ramón había seducido en París, la hizo su prometida y la embaucó hasta conseguir que le abriese la

puerta que iba a permitirle matar al político. Le dije que nada me haría más ilusión. Y allá fuimos juntas al siguiente día.

No recuerdo si fue en este o en otro viaje cuando estuve en la Universidad de Princeton invitada por uno de sus profesores, Rubén Gallo, para hablar a estudiantes y docentes de mi novela sobre Mercader. A Rubén le fascinaba el personaje. Un rato en el que estuvimos conversando él y yo de los españoles exiliados en esa universidad americana, se me ocurrió si no debía intentar refugiarme allí. Rubén captó que la cosa iba medio en broma. Conocía muy bien, por mis artículos en contra del separatismo catalán, las ganas que tenía de huir de todo eso. ¿Estaba yo explorando de hecho nuevas opciones para mi nueva vida? La respuesta es más bien afirmativa. Y finalmente, algo parecido acabé haciendo.

Fue un enorme placer ir, con Rubén como cicerone, a la biblioteca de la Universidad de Princeton, en particular a la sección de los *literary archives*, en la que, a manera de mausoleo literario del siglo XX, se encuentran muy bien guardados y organizados los archivos personales, manuscritos y correspondencia privada de una lista larga de autores latinoamericanos. Entre ellos Donoso, Fuentes, Reinaldo Arenas, Mario Vargas, Ida Vitale, Monterroso… Rubén me presentó a la archivera de la sección y me dejó sola en aquel lugar sagrado.

Luz cenital. De recogimiento y reverencia. Libertad total de elegir cartas personales de los escritores elegidos sin ojos inquisidores vigilando. Una mesa entera para mí y mis antojos de lectora. Silencio sepulcral. Espacio agradable y cómodo. Decidí optar por la improvisación. Pedí en préstamo los archivos con la correspondencia de Octavio Paz. En cinco minutos tenía sobre la mesa dos o tres archivadores de cartón verde oscuro que contenían, en orden cronológico y colocadas en carpetas de color azul, las cartas que Elena Garro y Octavio Paz intercambiaron durante un largo tiempo, cargadas de amor y sabiduría.

Una de mis pasiones radica en curiosear la correspondencia íntima de escritores. Las cartas que pude tocar con mis manos en la luminosa sala de Princeton, aquellas hojas que pude leer en una ceremonia tan íntima como respetable, me mantuvieron feliz durante unas horas de mi último día en la universidad. De esta visita saqué un importante propósito. Decidí que, una vez de vuelta en mi casa de Barcelona, me dedicaría a organizar mi propio archivo, con toda la correspondencia y la obra literaria.

Ese mismo marzo de 2012, llegué a Ciudad de México para presentar la novela sobre los Mercader en el Museo Casa León Trotsky. La casa de Coyoacán donde el político y su esposa, Natalia Sedova, se refugiaron tras la sentencia de muerte dictada en persona por el propio Stalin. Como en otros lugares, al decir yo que el asesino era

pariente de la autora, se produjo un prolongado silencio en el que siempre me sentí examinada con menos curiosidad que desconfianza.

En esta ocasión me quedé dos semanas, al principio como huésped de la escritora Sandra Lorenzano y su pareja de entonces, Carmen López Portillo. Sandra y Néstor Braunstein habían colaborado en la organización del acto en Coyoacán, que fue un domingo, el 11 de marzo a las doce del mediodía. Era noche oscura del sábado cuando me encontré frente a la puerta de la casa de Sandra. Alguien debió abrirme, pero todo me pareció de lo más misterioso, como si se tratara de la visitante que llega a un castillo fantasmal e inhabitado. Por fortuna funcionaba el teléfono. Serían las diez de la noche cuando me llamó Mercedes, la Gaba. La madre naturaleza para mí. Voz querida. Y una estupenda amiga. Quería confirmarme que iría a la presentación acompañada de la periodista Fernanda Familiar.

—Te encantará esta mujer —dijo—. Luego almorzaremos con Gabo, en otra comida de su aniversario infinito.

Algo raro debió presentir Mercedes en mi tono de voz.

—¡Estás sola, entonces, y no sabes nada de tus anfitrionas! —concluyó impaciente Mercedes.

Le confirmé que era así. Mercedes era un salvoconducto, una balsa de salvamento y un helicóptero medicalizado, todo en una sola persona. Solucionaba cualquier problema y lo hacía muy bien y rápido. Se diría que era un alma gemela de Carmen Balcells, pero más entrañable y sincera.

—Te mando un coche ahora mismo, Nuria. Toma la maleta y ven a casa.

Lejos estaba de imaginar que vería a los Gabos cada día, en ocasiones en la comida y en la cena, durante toda la semana. A Carmen y Sandra las pude saludar cuando reaparecieron por la mañana, antes de que se fueran a caminar en chándal por alguna de las rutas dominicales. No pensaban ir a mi presentación, no recuerdo qué excusa me dieron. Era obvio que había un problema grave entre ellas. Luego, el acto tuvo lugar en la misma casa en la que Mercader asesinó a Trotsky. Fue mejor de lo que podía imaginarse y, nobleza obliga, me fui a almorzar con los amigos que presentaron el libro. Poco después del postre, me llevaron en coche a donde se celebraba el cumpleaños de Gabo. A estas alturas ya estaba acostumbrada a comer o cenar dos veces en el mismo día. Mercedes me había prevenido. «Te esperamos en el restaurante San Rafael, de la colonia San Ángel», al sur del D.F. mexicano y muy cerca de donde ellos vivían. Fernanda Familiar, otra maravillosa mujer, periodista reina de las ondas, insistió con otras palabras: «Celebramos el cumpleaños de Gabo. Y ni se le ocurra no aparecer. La matamos». Así que, gracias a la asombrosa libertad horaria de los latinoamericanos para todo cuanto tenga que

ver con reuniones festivas, llegué al restaurante en los postres y nos quedamos tres horas más en el reservado. Cantando y riendo.

Guardo fotos muy hermosas de aquel almuerzo sin parangón. Las tomó Fernanda. Y también vídeos que hice con el móvil. Copiando a la Gaba, cámara en ristre para conmemorar eventos llenos de cariño como el que estábamos viviendo. Debíamos de ser unas veinticinco personas en la mesa. Colombianos, mexicanos… Todos muy amigos de los Gabos. Y digo amigos muy amigos (no aprovechados), y lo digo literalmente. El cumpleaños de Gabo había sido el 6 de marzo y desde entonces lo celebraban a diario. Cuando la cantante mexicana Tania Libertad se levantó de la mesa para ponerse en pie al lado de Don Nobel (a él le divertía que lo llamaran así), y comenzó ella a cantar una ranchera, Gabo la acompañó, y siguieron ambos con boleros y más rancheras, todas las canciones que su amiga le iba proponiendo en voz baja, al oído del escritor.

En un determinado momento, se acercó el mesero a Mercedes: «De parte de la señora Margarita Zavala [primera dama y esposa del presidente de México, Felipe Calderón], que se encuentra almorzando ahorita en otra sala, dice que si no les importaría que se añadiera a la mesa a la hora del café para festejarlo también con don Gabo». La respuesta fue afirmativa y a los pocos minutos, Margarita, simpática y atenta, se sentó a la izquierda del escritor para seguir la fiesta con fotos, risas, mimos, vídeos, besos y más cantos incluidos.

Las comidas o cenas a las que acudí como una más de la familia siguieron todos los días de mi estancia en México. Gabo, que ya tenía noticia de la amenaza de la enfermedad, no asistía a ningún evento público. Pero soy testigo de que, en la intimidad, con amigos, siguió siendo el Gabo de siempre, más callado y disperso a ratos, y en otros nos sorprendía con el don de palabra tan prodigioso que le caracterizaba. Y como movida por la varita mágica de la locuacidad, en algún momento la voz del escritor se explaya lenta, sabia y seductora como el caudal de unas páginas suyas que aún no tiene quien le escriba. Pude comprobarlo.

La celebración tan prolongada del cumpleaños de Gabo por parte de los amigos por fin entendí que tenía una segunda intención, la de acompañar a Mercedes, que no se sintiera sola. Era una gran anfitriona. Su casa era perfecta. Toda blanca. Siempre llena de rosas, también blancas. Será mi último encuentro con Gabo; que moriría dos años más tarde. Aprendí de nuevo que lo importante de la vida es el cariño fiel de los amigos. Lo que da sentido a aquellas frases de la madurez exitosa de Gabo: «Yo vivo de mis amigos. Los necesito. Y reservo horas para ellos como si tuviera un turno con el dentista. Porque sin amigos, ya no queda nada más. Los llamo, los busco, y nos encontramos para la más formidable de las aventuras; hablar, hablar,

hablar…».

El amor a la literatura lo hizo escritor. El cariño a su familia y amigos, lo hizo grande. Como político fue, pienso yo, un ilusionista que creía en la bondad del mundo. Además de un excelente maquinador en la trastienda.

Sandra y Carmen organizaron en esos días una cena en su casa con amigas, todas mujeres, e invitó a los Fuentes. Carlos, como era de prever, disculpó su asistencia, pero Silvia sí vino. Fuimos cómplices y nos reímos mucho durante la cena. Al otro día, ocurrió algo muy desconcertante. Una impresión difusa que sentí estando con Carlos Fuentes en su casa. Los últimos quince años me había encontrado con ellos en múltiples ocasiones, en distintos países, incluso pasaron un fin de semana en mi casa del mar. En todos esos encuentros Carlos había mantenido su manera de ser habitual, una actitud intelectual y física siempre excelente. Nunca tendré suficientes palabras para agradecérselo. La noche del 14 de marzo, en su casa, me encontré con un Carlos distinto. De aspecto impecable, como siempre. Con traje oscuro y corbata. Pero ¿dónde estaba el Carlos de conversación ágil, clarividente, culta y evocadora, brillante orador en toda situación, bromista a menudo, amigo de sus amigos?

La impresión que tuve aquella noche fue de tristeza. Me pareció algo malhumorado. O afligido. Un estado anímico que jamás había encontrado en él. Siempre en plena forma física y mental. Lo había visto sobrellevar con entereza el fallecimiento de sus dos hijos. Primero el de Carlitos, a quien sus padres rindieron homenaje en una ceremonia en la que participamos algunos escritores. Después, su hija Natasha, que estuvo viviendo un tiempo en Barcelona. Finalmente, lo atribuí al cansancio. En realidad, esa velada fue nuestra despedida. A los dos meses exactos Carlos fallecía de forma repentina debido a una hemorragia interna.

Ese mismo año de 2012 mi vida social y amorosa dio un salto hacia un estado de placidez que yo había olvidado. Mi amigo, el periodista y escritor Serge Raffy, quería hacer una entrevista a Pilar Eyre tras leer su libro sobre la reina Sofía, la biografía más vendida aquel año. Los puse en contacto. Era verano y nos encontramos los tres en la Costa Brava, donde hizo la entrevista que iba a publicar en el *Nouvel Observateur*. Pilar nos recibió en su casa de Llafranc y a partir de ese momento nos hicimos amigas.

Me añadí a un grupo de mujeres, estupendas amigas de Pilar, entre las que se cuentan la abogada María Ángeles Santiveri, las periodistas Leonor Mayor y Silvia Taulés, María José Matamoros y otras más. Empecé a salir con ellas algunas noches por semana. Solíamos ir al restaurante mítico de Ignacio Ribó, La Vaquería. Extrañamente, yo no lo conocí hasta entonces. Lo digo porque era el

antro más singular, divertido, musical, amigable y propicio para arrancarse a bailar y entablar nuevas amistades. Lo frecuentaban parejas, algunos grupos, pero también hombres y mujeres sin acompañante. En cierto modo, recordaba a aquel Bocaccio de los ochenta por la libertad que nos ofrecía a unos y a otros de hacer amigos y movernos por las mesas y salir a bailotear sin apuro alguno. Lo que nos llegamos a reír y divertirnos los dos años siguientes merece un lugar en estas páginas, sobre todo porque Barcelona, a partir del momento en el que cerraron los buenos espacios nocturnos similares a La Vaquería, ha dejado de tener sitios donde verse con amigos y desconocidos, y alegrar el cuerpo. El populismo y el nacionalismo, como bien dice la jurista Teresa Freixes, nos ha puesto «cada vez más en manos del reduccionismo de campanario que nos acompaña desde hace décadas».

Fue allí donde conocí al que sería mi amante italiano, «el más atractivo de la fiesta», ocupando una mesa vecina a la nuestra. Un hombre rubio y alto aprovechó para acercarse. Me habló en el español/italiano que todas conocemos. Su rostro y presencia guardaban un parecido extraordinario con mi héroe de la preadolescencia, el actor norteamericano Troy Donahue (hoy desconocido para muchos), del que me enamoré a los doce años, cuando en un cine del barrio de Sarriá vi y levité con la película *Más allá del amor*.

Luigi y yo, en la noche de La Vaquería, bailamos muy juntos una parte de la noche, y en la otra parte nos hicimos amantes. Sin compromiso alguno: solo amarnos en la vida real, cuando terciara, y también en la distancia. Luigi estaba casado y de ningún modo quería yo, ni tampoco se planteaba él, ninguna separación conyugal. Si bien es cierto que sus ternezas y declaraciones de amor se sucedían lo necesario para mantenerme en vilo, aunque también consciente de los límites de aquella historia. Pero ya lo sabemos: no hay mejor medicina para una mujer en quiebra amatoria que un italiano. Y llegó Luigi.

Vivía en Turín. Era un vivales fino, guapo y seductor a rabiar que, como tantos casados, en su declaración hormonal llevan escrito: «Doble vida». Un hombre hecho para el amor con cartel «*The End*» incluido. Justo lo que yo necesitaba en aquel momento. Una inyección de placer emocional en el hemisferio derecho (vacacional) mientras que mi pequeño yo (hemisferio izquierdo) permanecía consciente de mi trabajo, mi próximo libro, mis escritos y mis inquietudes sentimentales. Mi cuerpo volvió a recuperar sus brotes verdes y a encontrar la satisfacción en grado sumo, sobre todo porque tuve todo aquello que mi ex me había escatimado durante años.

Capricornio de tierra firme, resistí todo el tiempo en mi cabina de escritura pensando en el siguiente libro. Veía con pena mi ciudad, mi

país. España. Cataluña. Leía toda la prensa a diario. Observaba la política. Escuchaba a líderes y presidentes exasperados que pretendían meternos en vereda, como al ganado. Con palo y perro labraban el camino equivocado que avanzaba hacia la independencia de Cataluña.

El detonante de un posible futuro que esperaba a los catalanes fue la manifestación que se celebró en Barcelona el día 11 de septiembre de 2012 bajo el lema «Cataluña, nuevo estado europeo», que para entenderlo sin fantasías significó el comienzo de la lucha de una minoría selecta de la burguesía catalana por la independencia de Cataluña. Aquella exhibición de fuerzas a favor del separatismo desencadenó en una manifestación de unas seiscientas mil personas, muchas apuntadas a la buena de Dios por ser ese el Día de Cataluña, que marcó un punto final y un después en la política catalana y española.

Me asusté. Aquel espectáculo de muchedumbre en procesión exaltada y reclamando libertad, aunque estuvieran viviendo en una democracia real, ejemplar y bien ganada como la que teníamos, recordaba viejos y muy malos tiempos. Aquellos de los desfiles franquistas, nacionalsocialistas, fascistas, cuyas imágenes nos venían a la cabeza a los testigos de aquel nuevo espectáculo de circo romano con cuadrigas incluidas.

Ese desventurado día fue una señal funesta para todos. Dividió a los ciudadanos catalanes en dos bandos: los supuestamente buenos (es decir, los nacionalistas populistas) y los malos, que seguíamos defendiendo los valores de la democracia y la Constitución española. Dicho rápido: era el anuncio previo de lo que llegaría años después. Ese 11 de septiembre de 2012, Artur Mas, presidente de la comunidad, se lanzó a la calle abriendo la manifestación que fue multitudinaria porque hubo dinero para que la Cataluña rural fuera a pasar el domingo a Barcelona, con comida y transporte gratis, y crear así el fenómeno de masas.

Artur Mas convocó elecciones catalanas para el 25 de noviembre creyendo que iba a ganarlas. Fui testigo presencial de cómo fue recibido el resultado electoral que seguimos en la gran pantalla del bar de Fede Sardà, hermano del televisivo Javier. Me había invitado Isona Passola, que me apreciaba mucho. En el grupo vi a unas cuantas figuras que en los siguientes años alzarían la voz en favor de la independencia. En menuda cueva me había metido. Charlé con mis vecinos de mesa. Pasaron los minutos frente al televisor donde estuvimos viendo, y yo advirtiendo en silencio, cómo Artur Mas y Convergencia i Unió iban perdiendo escaños. Ninguno de los presentes quería creer lo que indicaban los resultados. Nos levantamos Isona y yo e íbamos surfeando entre las mesas cuando, de sopetón, nos cayó encima una ola inmensa, la inefable e insufrible Pilar Rahola. No en la

tele, sino en carne y hueso. Vino derecha hacia mí, levantó el brazo y, señalándome con el dedo con ese tono irritante que caracteriza a la arpía, me mandó directa a la hoguera:

—¡Tú has votado a Ciudadanos! —dijo a voz en grito. Riendo, le mostré mi hombro a Isona diciendo:

—¿Llevo alguna etiqueta pegada?

Todo fue tan grotesco que no pude evitar reírme en su mismísima cara. Rahola, furibunda, miró a Isona con expresión acusadora. Isona, lúcida ella cuando quiere, saltó como una leona y la reprendió un rato:

—Pero ¡¿qué te has creído?! —le plantificó en la cara—. ¿Eres persona o demonio? —la desafió sin darle derecho a réplica. Luego llegaría la venganza.

A la mañana siguiente, estaba sentada tomándome un café y leyendo periódicos (costumbre que seguí durante años) cuando Maciá Alavedra, cliente habitual, se sentó a mi lado. Macià, amigo próximo del expresidente Jordi Pujol y en varios gobiernos autonómicos consejero de CIU, tendrá mucho que contar, pensé para mí. Siempre era amable y espontáneo. Así que fui directa:

—¿Qué tal anoche en el hotel Majestic?

—No te lo imaginas —dijo mientras empezaba a reír y a contarme la velada—. Pues mira: Artur Mas llorando en una de las salitas del hotel frente a Jordi Pujol, visiblemente preocupado por el pésimo resultado que su pupilo había obtenido en las elecciones. Entre lágrimas y penas, Artur le soltó al *expresident* su decisión de dimitir. Y pese a la mala cara que estaba poniendo Pujol —precisó Macià—, su sucesor, derrotado, insistía con empecinamiento en su idea. En estas, Pujol agarró de las solapas a Artur Mas y le zarandeó brutalmente mientras clamaba al cielo y le decía en tono amenazador: «Tú de aquí no te mueves. Y sigues de *president* del Gobierno, porque te lo digo yo». *Aixi que ja ho veus* —terminó Alavedra.

¿Qué hago con esta información suculenta?, me pregunté. Decidí contárselo a Pilar Eyre, que al día siguiente lo publicó en *El Mundo* a toda página. Sin nombrar la fuente. No quería poner al pobre Macià, que llevaba ya una pena grande en sus alforjas, en mal lugar entre sus correligionarios.

Es claro que ya entonces había miedo a hablar. Lo que se entiende por «espiral de silencio». No era mi caso. No obedezco esos dictados frente a conductas siniestras. Thomas Mann, después de recibir el premio Nobel, mantuvo silencio frente al nazismo y moderó su pluma porque, según él mismo dijo: «Mis libros, que hasta ahora podían ser leídos, serían prohibidos de inmediato». Finalmente se decidió a hablar en contra del régimen nazi, a instancias de sus dos hijos mayores, y tuvo que marcharse al exilio. Una vez afincado en

Estados Unidos, se hizo la siguiente consideración: «¿Qué será el día de mañana de esos intelectuales que han colaborado sin escrúpulos, mostrándose sumisos o entusiasmados?». Gran pregunta.

En Barcelona seguí con mi vida diaria de trabajo y lectura. Mis amoríos con el italiano ayudaron a que todo fuera más fácil. Querer y que te quieran es la mejor medicina. Hice nuevas amistades. Y seguimos con nuestras cenas semanales en La Vaquería. Una noche me encontré hablando de nuevo con Maurici Lucena, portavoz entonces del PSC, y con el periodista Joan Tapia, antiguo director de *La Vanguardia*, sobre el monotema independentista en Cataluña. Con ellos se podía conversar y me quejé del silencio que nos invadía. En un bando, los charlatanes, y en el otro, los callados. De pronto se me ocurrió proponer que organizáramos una tertulia política de unas ocho personas, de las nuestras, se entiende. «Una tertulia de resistencia —me divirtió decirles— que nos permita conversar entre nosotros». Se entusiasmaron con la idea. «Si os parece, yo me ocupo de llamar a Francesc de Carreras, amigo y persona emblemática en estas lides, y a Félix Riera», añadí. A Félix acababan de apartarlo de su cargo de director de Cataluña Radio. La tertulia mensual funcionó, sin fallar un solo día, incluidos los agostos, y terminó perdurando siete años. Se sumaron Santi Tarín, veterano periodista de *La Vanguardia*; Olga Tubau, reconocida abogada; Mario Romeo, abogado y *president* de Portes Obertes del Catalanisme; Andreu Rifé, músico, y en los últimos años se añadió el magistrado Carlos Ramos. El número idóneo para conversar sin trabas, discutir a veces, llevar a un invitado de vez en cuando y sentir, sobre todo, que estábamos menos solos.

Pero la gran noticia de mi vida en aquel momento fue que empecé a escribir la que sería mi siguiente novela, en la que una mujer en primera persona comienza describiendo una situación de país orwelliano muy parecida a la que los catalanes acabaríamos viviendo en los siguientes años. Otra novela premonitoria. Se titulará *El sanatorio* y terminará con la herida de Europa.

Usualmente, el lector entiende la obra como un ente separado del autor, un todo con vida propia. Cuando en verdad sucede lo contrario. Cada novela o tentativa de novela surge de un trecho del camino de la vida del escritor. Y, por distinta que sea esta de la historia que está narrando, ocupará de forma inevitable el lugar que le corresponde en la existencia del autor. Mis libros se combinan de forma espontánea con mi vida, y sin mi vida ni esta novela ni ninguna de las obras anteriores o futuras habrían existido jamás. Por eso me divierte escuchar preguntas de lectores sobre el grado de intimidad que ponemos en nuestros libros. De hecho, lo que más importa es comprender que lo más «biográfico» es el haber escrito este libro en concreto. Y no otro.

Además, el carácter abierto del género novelesco ofrece al autor una gran libertad a la hora de integrar personajes, introducir historias, entrecruzadas o subordinadas unas a otras, presentar hechos en un orden distinto a aquel en que se produjeron o incluir en el relato textos de distinta naturaleza: cartas, documentos administrativos, leyendas, poemas… Seguramente abundan personas que, como yo, nunca han querido ser otra. La mía es una obra literaria de identidad difusa.

En 2013 fui abuela por segunda vez. Laia dio a luz a Frida. El nombre fue sugerencia mía. Y debió de gustarles porque me hicieron caso. Mi hija parió por el mismo método y en el mismo lugar que dos semanas antes lo había hecho Kate Middleton, la mujer del príncipe Guillermo de Inglaterra. Y que pude ver con mis propios ojos. Un parto natural en el agua de la bañera, preparada al caso, en el hospital St. Mary de Londres. Cuenta Laia que el bebé salió nadando como un pez. Eso me lo perdí. Marcelo, su marido, me llamó sobre las diez de la noche para decirme que estaban ya en el hospital. Yo tomé el vuelo de las ocho y media de la mañana. Aún tuve tiempo de ver la habitación con la bañera en el centro. Y a mi hija, feliz, con mi nieta en brazos, y ella tan fresca y normal como si no la hubiera tenido. Pero allí estaba la niña. Me emocioné dos veces. A las tres horas del nacimiento los padres, como si estuvieran saliendo de un hotel o un concierto, vestidos y arreglados, se la llevaban a su casa.

En aquellos días pensé en mirar hacia otro lado. Otra ciudad. Otros ámbitos. Costaba vivir con normalidad en Cataluña. Amigos escritores como Félix de Azúa, Eduardo Mendoza, Xavier Pericay, Francesc de Carreras… habían puesto tierra por medio ante la presión independentista. Los escritores catalanes que escribimos sobre todo en castellano éramos calificados de fascistas.

Juan Goytisolo acabó renunciando a venir a Barcelona, ciudad a la que, como solía decirme, no le unía apenas nada. En otro tiempo venía, por lo menos, una vez al año. Recuerdo la noche en que recibí una llamada del político Ferran Mascarell para decirme que pensaban otorgar el premio Ciudad de Barcelona de aquel año a Juan. Me pidió que hablara yo con él y le preguntara si iba a aceptarlo. Ni hablar, vino a decirme y en tono avinagrado. «Diles que no y que gracias».

En una única ocasión, Juan publicó en *El País* un artículo crítico con el separatismo catalán. Y luego cerró la boca.

A comienzos de 2014 a mi hija Laia le ofrecieron trabajar en Nueva York o San Francisco. En la duda, eligieron ella y su marido Nueva York, donde Marcelo también encontró su lugar de trabajo. Se instalaron en un apartamento del Upper West Side junto con sus dos hijas. Decisión que me alegró sobremanera pues yo llevaba un tiempo pensando en la posibilidad de usar esa ciudad como mi nuevo

respiradero, donde además tenía amigos.

Unos días antes de volar a allí ocurrió una infortunada escena que debo referir aquí, no solo por el disgusto personal que me produjo, sino también por su relevancia en relación con la situación política en Cataluña por parte de sus dirigentes y devotos seguidores. Mi amigo y traductor Peter Bush, con el que durante muchos años compartí momentos felices de vida amistosa y literaria, me había invitado a cenar a su casa con su esposa de entonces, Maite Solana. De hecho, fui su madrina de boda. Charlando, surgió el tema de Cataluña.

La cena era de despedida. Tenían programado irse de Barcelona pocos días después e instalarse en Oxford. Otros que se van, pensé yo, creyendo que estaban hartos del sistema opresivo y la ausencia de trabajo en la ciudad. Cuando aquella noche di mi opinión, que ellos dos conocían de sobra, de repente fui calificada de nazi por Maite, que no paró de lanzarme lindezas de esa misma especie con su voz irritada y colérica. Más patético me pareció Peter que, ante los insultos de la esposa (de hecho, yo fui la celestina de esta pareja, y no sabéis cuánto me arrepiento), permaneció otorgando con su extraño silencio la bendición apostólica a los improperios de Maite. Acaso su miedo a hablar era debido a que temía ser víctima de la misma reprimenda. Yo permanecí en mi silla, educada y callada, como si nada ocurriera. Maite terminó levantándose de tan malos modos que tiró la silla contra la mesa; hecha una furia, tumbó otra silla al suelo mientras la hija pequeña de ambos persistía allí en medio del barullo, sin saber qué hacer, la pobrecita… Por respeto a Peter, no me rebajé a ponerme a su nivel. Estaba aquella escena tan fuera de lugar que me dieron ganas de reír a carcajadas. Peter intentó justificar tan desmedido comportamiento de su mujer declarando que ellos, la pareja, no eran nacionalistas, *of course*, sino independentistas. «Menudo camelo», dije en voz alta.

Creo que, con tono afable, le solté a Peter algo así:

—¡¿Cómo puedes pensar todo lo contrario de lo que has pensado siempre?! ¡El leal traductor de todo Juan Goytisolo y de una servidora! De Juan Goytisolo que, como apuntó Julio Ortega: «Es el intelectual que más intensamente ha tratado de actualizar la diversidad de la tradición española rescatándola del tradicionalismo y el conformismo». No lo entiendo.

Silencio largo. Peter suele rumiar sus respuestas.

—Bueno —dijo al fin—. Yo soy trotskista.

Como podéis imaginar, no seguí por este camino pues corría peligro de también ser llamada asesina, como mi pariente Ramón Mercader. Todo fue triste y deplorable. Sentía un profundo afecto por Peter. Me levanté antes de las once y me fui. En realidad, fui expulsada por mi anfitriona y por el silencio frágil de su marido. Hasta

siento pena por él y me asaltan ganas de telefonearle alguna vez. Lo más gracioso de todo es que, como adelanté al comienzo del relato de esta escena, dos meses después dejaron Barcelona para irse a vivir a Oxford. Justo cuando lo tenían todo a punto para entregarse a la lucha por la independencia del país, decidían abandonarlo.

Así pues, en la primavera 2014 estuve viviendo en Nueva York casi tres meses. Una tarde, cuando me había repantigado en mi cama después de caminar todo lo que requiere la ciudad de los rascacielos, llegó a mi ordenador un *email* de «alguien» del Institut Ramon Llull de Barcelona que me invitaba a participar en la Feria del Libro de Gotemburgo 2014, en la que, según me daban a entender, Cataluña era el país invitado (lo que resultó falso).

Esta invitación, enviada a trasmano, me olió a chamusquina. La experiencia de la Feria de Frankfurt, con la exclusión tácita y luego tramposa de los escritores catalanes que escribíamos en castellano, era una prueba irrefutable de que ahí había gato encerrado. Me costó dormirme. Por un lado, estaba escribiendo una novela sobre la claustrofobia y agotamiento de un país distópico sometido por un gobierno teledirigido por el dogmatismo nacionalista. Y por otro, acababa de comprometerme a lidiar con los nacionalistas de Cataluña en uno de sus eventos fulleros.

Escribí a Marika Gedin, mi traductora sueca, para darle la noticia de mi viaje a Suecia. Le dije que escribiría al Institut Ramon Llull para que la invitasen y que me alegraría mucho que me acompañase esos días. En otro *email* dirigido a la responsable de la promoción de la literatura catalana del *institut*, Misia Sert, a la que conocía bien por ser la hija de mis amigos María del Mar y Franki Sert, le facilité el contacto de Marika para que pudieran invitarla. La respuesta fue negativa. Me pareció insólito y grosero por parte del organismo público, pues Marika vivía en Estocolmo. A modo de justificación, Misia añadió como dato muy importante que invitaban a la feria únicamente a los autores. Solo por corrección acepté, dando como única respuesta el silencio.

Continué divirtiéndome en Nueva York. Mi amigo Alejandro Varderi, siempre atento, se las había ingeniado para que dos de sus amigos venezolano-neoyorkinos me dejasen su apartamento casualmente situado a tres paradas de metro de Laia. Fueron más de dos meses espléndidos, que disfruté intensamente y con una energía desbordante, debo admitirlo. Viví dejándome atrapar por la ciudad eléctrica que me lanzaba a la calle y a los eventos que me proponían los nuevos amigos neoyorquinos.

De vuelta a Barcelona, a comienzos del verano, no solo me dediqué a mi novela. En agosto decidí escribir un artículo para *El País*. En él mantenía un diálogo imaginario con George Orwell, con el autor

de *Homenaje a Cataluña* (libro talismán para los catalanes de siempre) y también de *Notas contra el nacionalismo* (los nacionalismos estalinistas y nazis de aquellos años y posteriores). Descubrí que en esas obras Orwell parecía radiografiar parte de las tribulaciones que sufríamos a diario los catalanes de hoy, tan posterior al tiempo en que Orwell las escribió. El título del artículo, «Querido Orwell» (2 de septiembre de 2014), me lo propuso el jefe de Opinión del diario. Sabíamos tanto él como yo que el artículo causaría cierto impacto. Que fue bastante más de lo que habíamos imaginado. El detonante de su escritura pudo ser cuando el 26 de julio de 2014 recibí un mensaje que informaba del escándalo sobre la fortuna sin declarar del *expresidente* Jordi Pujol.

Las primeras reacciones positivas al publicarlo me llegaron por *email* a través de mi web personal. Venían de toda España y la mayoría las escribían personas a quienes no conocía y a las que me gustaría agradecer desde aquí sus palabras de apoyo y solidaridad. La reacción más divertida, por lo inesperada, fue una columna de la «*capdavantera del poble català*» en *La Vanguardia*, la insolente Pilar Rahola. Célebre (e ignorada o vilipendiada ya por muchísimos) debido a sus escritos rebosantes de insultos. Acaso lo más barriobajero de su diatriba fue clamar al cielo por ese pecado e infamia que me llevaba a ser amiga de Isona Passola. Toma ya, pensé. Imposible ser más simplona. Hubo, eso sí, una firma valiente que me defendió sin miedo. Carmen Chacón, exministra socialista, harta «de los autoproclamados guardianes de la ortodoxia catalana», decidió dar la cara a mi favor en un artículo suyo en *La Vanguardia*. Otro motivo más para que me doliera mucho que Carmen se fuera tan pronto.

En mi correspondencia con Mario Vargas Llosa de esa época le comentaba lo abandonados que nos sentíamos los catalanes no independentistas. «Tienes razón», me respondió Mario, que procuró enviarme cartas breves, pero llenas de ánimo. Y fue uno de los primeros que me felicitaron por mi artículo «Querido Orwell». Me decía:

> De todas maneras, mucho me temo que esta operación que tienen en marcha CiU y Esquerra termine mal, con muchos heridos y contusos en el camino. Es increíble que se pueda haber llegado tan lejos en esta operación soberanista, y desde luego que los catalanes adversarios del independentismo tienen razón de sentirse abandonados por los gobiernos de España. Es increíble que hasta ahora no haya habido una gran movilización de solidaridad con quienes, como tú, están librando una valiente batalla por la sensatez y la libertad.

«Querido Orwell» fue luego publicado en periódicos de Francia, Alemania, Argentina y Suecia sin que yo, salvo en el caso de Suecia, hiciera contacto alguno con ellos. Así que mi viaje a Gotemburgo en septiembre tuvo un recibimiento más especial del esperado porque el periódico *Dagens Nyheter*, tres días antes de la feria del libro, sacó en

sus páginas mi artículo.

El día 24 de septiembre de 2014 me encontré en el aeropuerto de Barcelona con dos de los autores «estrella» que, no por casualidad, iban a sentarse a mi derecha y a mi izquierda en el evento del día siguiente en Gotemburgo. Mas, ay, no estaban solos. Un séquito lento y amplísimo los acompañaba. Poco a poco el gentío iba en aumento. Las agentes literarias, solas o junto a su autor, y el acompañamiento concerniente, el equipo de la organización presidido por sus directivos, y los editores-editoras respectivos, con comitiva multitudinaria de esposas, maridos, parejas, hijos y demás familia de los autores. ¿Y dónde está mi propia escolta cultural o familiar?, me pregunté cargada de razón, al ser la «escritora de mesa principal», por decirlo con las mismas palabras de la invitación que me formuló el *institut*. Y lo más grave fue cuando descubrí, en el mismo aeropuerto, que habían incorporado traductores a la expedición. Aquí sí que me enfadé de verdad. Conmigo misma, por burra y por crédula. Con la organización, por inmoral y traicionera, y particularmente también con Misia, por su negativa a invitar a mi traductora sueca. Allí mismo me acerqué a ella para pedirle explicaciones. Su rostro lo decía todo: «Mi no saber».

La segunda treta tenía bemoles. Al llegar al hotel de Gotemburgo, me entero de sopetón de que es Brasil, ojo, y no Cataluña, el país invitado principal a la feria del libro de este año. Debía de sentirme bien porque llegué a sentarme en la mesa de la recepción donde estaba Sánchez Piñol, uno de los «intelectuales del régimen» y autor de *Victus*, novela en la que cuenta, malamente, que en 1714, si los barceloneses quedaron sitiados fue por culpa de «los españoles».

Sentada yo a la mesa de «las supuestas víctimas de los españoles», apareció la presidenta de la feria, una mujer joven, atractiva, de gran simpatía, que conocí cuando estuve en la misma feria del año 2009. Me contó su estancia reciente en Barcelona. «¿Y cómo no me llamaste?», dije yo. Y así siguió una auténtica conversación entre amigas, en tono simpático y agradable. Ella se dirigía a mí y también al escritor que teníamos delante. El cual hacía como si no existiéramos. Era Sánchez Piñol, junto con otros que hablaban en catalán, el único idioma, para ellos, de los dos que se hablan oficialmente en la Cataluña de toda la vida, dando por hecho que una persona sueca que domina el español entenderá también, por supuesto, el catalán. Y si no, que se joda. Para mejorar la situación, que rayaba en la grosería, le dije por lo bajini a Piñol que por favor hablasen en castellano. Ni caso. Fuera o no fuese la presidenta de la Feria del Libro de Gotemburgo, la más significativa de Europa después de la de Frankfurt, a mis colegas del terruño se la traía floja.

A la mañana siguiente desayuné sola, tomando mi café como el

patito feo del cuento. Menos mal que esta tarde llegará Javier Cercas; al menos seremos dos a jugar en la misma línea defensiva, pensé equivocada. Antes del evento estelar del mediodía, yo tenía cita con sendos periodistas suecos que querían entrevistarme. La primera era una mujer joven y espabilada. Fue directa al grano. «¿Por qué es usted la única escritora catalana que permite que le hagamos preguntas sobre el problema independentista en Cataluña?». Por supuesto, ella también había leído el artículo del *Dagens Nyheter*. ¡Tate! Quedé alucinada. «Al parecer —siguió la periodista—, todos los escritores que le acompañan tienen prohibido hablar o contestar a preguntas sobre el *procés* independentista catalán, al igual que los mismos dirigentes que lo promueven».

Me reuní con mi editor, Styrbjörn, en el bar del hotel y conversamos sobre *El país del alma*, tercera novela publicada en Suecia, y sobre lo que me reservaba el destino en la mesa de debate, un asunto que se presumía complicado. Iba a ser un marrón estar rodeada de los dos espadas separatistas, que sin duda lanzarían sus argumentos catatónicos. Y enseguida fui al estrado para sentarme a la mesa rodeada de tan taimada compañía. En la sala, no muy grande y oscura, solo acerté a ver a las personas que estaban sentadas en las tres primeras filas. Y, oh milagro, todas eran adeptas a la cofradía que me acompañaba en la mesa.

Comenzó el autor de *Victus* (traducción: derrotado) a exponer el tema de su hazaña literaria. Solo en ese momento comprendí la astucia de Sánchez Piñol al poner un título en latín. El muy vivales había publicado la novela en dos lenguas. La suya y la que consideraba la del invasor. Viendo las caras de «espera y verás» que ponían los paisanos de las primeras filas, me dije a mí misma: Nuria, si solo habla de su libro, mejor te callas. Ahora bien, si se sale del guion, propio de una feria importante como esta, me lanzo a por él. No tardó en aparecer en boca del autor de *Victus* una referencia a El Álamo. Cuando de pronto soltó, como quién no quiere la cosa: «En Barcelona llevamos trescientos años viviendo en estado de sitio». Es decir, secuestrados, sitiados y reprimidos por las fuerzas armadas españolas sin derecho siquiera a decir esta boca es mía. Ahí sí. Levanté rápidamente la mano pidiendo mi derecho a intervenir. E intervine. El retén separata tembló. Sonreí a la audiencia, sueca en su mayoría. Y les interpelé:

—Ustedes, que han viajado a Barcelona, capital de cultura europea, la tercera ciudad más visitada de Europa, ¿creen de verdad que es una ciudad asediada, acorralada, hostigada desde hace trescientos años?

Hubo un murmullo de aprobación a mis palabras. Mi intérprete lo supo transmitir a la perfección. Así que, esta vez sin la menor

ironía, proseguí:

—Vivir en una ciudad sitiada es lo que ahora mismo sucede en Yarmouk, Siria, que está siendo atacada y cercada por las fuerzas del régimen islámico de Assad, y en donde la población judía se ha quedado sin agua, sin alimentos. [Pausa] Hay comparaciones odiosas —rematé.

Vi los rostros de las tres primeras filas, demudados y hostiles. Dos o tres hicieron un gesto como de «o te callas o te callo». Entonces se lanzó veloz al ataque el espada situado a mi derecha, Jaume Cabré, que verdaderamente cabreado dijo:

—¡Ustedes, ante lo que acaba de decir Nuria Amat, háganse los suecos!

Y no pude por más que, escuchándole, partirme de risa, por dentro y casi por fuera, imaginando lo que estarían pensando mis amigos suecos ante la actitud desatinada y grosera del aparente cabeza de lista para el próximo Nobel. Cabré, tardíamente, se dio cuenta de la torpeza que acababa de cometer en público, y tras ofender a los espectadores intentó arreglar lo irreparable:

—En España decimos «hacerse el sueco»…

Al terminar el acto, mi editor local, que había presenciado todo aquel espectáculo, me esperaba a la salida, junto a una mesa donde se exponían mis novelas publicadas en sueco por su sello, Tronan, al lado de los libros de mis camaradas de viaje y, oh sorpresa, ninguno de ellos traducido al sueco. Yo sabía demasiado bien que la condición *sine qua non* que impone el Institut Ramon Llull para sufragar generosamente los gastos que supone el viaje promocional de un escritor catalán al extranjero es que ese autor haya sido publicado antes en el idioma local del país que sea. Esa fue la explicación para que a mí me negaran la retribución de un viaje a Tokio invitada por el Instituto Cervantes. Pregunté a alguien del equipo organizador sobre el hecho insólito y contrario a sus propias normas. «¡Ah, no! Estás confundida —me respondió aquel caballero tan feliz de informarme—. Es que todos ya están contratados en sueco y aparecerán sus libros en los próximos meses».

Fue así como me enteré de que una de las ocupaciones principales del Institut Ramon Llull, financiado y dependiente del Gobierno autonómico de Cataluña, consiste en comprar a discreción toda la cadena editora y promotora nacional e internacional que haga falta para lograr que un libro prioritario de la causa separatista se publique en idiomas y países foráneos, más allá del interés literario o de público que pueda tener en cada uno de esos países.

A manera de despedida, la organización nos llevó a la alcaldía de Gotemburgo, muy cercana a la feria, donde nos esperaba un cóctel-cena. Nos dirigíamos caminando hacia allí por el centro del paseo, en

grupos de dos o tres, cuando en un momento dado vi que por la derecha se me acercaba Ulf Eriksson, escritor y crítico literario sueco, al que conocí cuando presenté *Reina de América*, novela que él había reseñado en un texto muy favorable en el *Dagens Nyheter*.

—Ah, estabas aquí —le dije sorprendida—. Y yo sin saberlo.

Me respondió que había aceptado la petición del *institut* para estar en una mesa con Javier Cercas. Le dije que yo no tenía ni idea. Ulf se extrañó mucho de que no le hubieran invitado a estar en una mesa conmigo. Ni programa me dieron, pensé. Y acto seguido, me hizo un resumen de la estrategia utilizada por el *institut*.

—Todos los catalanes tienen mesas propias en la feria, siempre con críticos literarios, uno para cada uno, y también con traductores y con periodistas.

Casi me saltaron las lágrimas, pero disimulé gracias a la rabia que me entra siempre que me hacen daño.

Hablábamos caminando despacio, mientras a poca distancia seguía su camino la *troupe* catalana.

—¿Sabes lo de los periodistas? Les han prohibido que pregunten a los catalanes invitados sobre el conflicto independentista que ha creado el Gobierno catalán.

—Lo sé, lo sé —me confirmó Ulf—. Me dijeron eso mismo y me pidieron que lo tuviese muy en cuenta en mi mesa con Cercas. Que no hiciera ninguna pregunta al respecto. ¡Y a esto le llaman democracia…!

Opté por reír. Ulf se detuvo en seco. Y dijo:

—¿Sabes una cosa? No me apetece nada ir al cóctel.

Llegué al ayuntamiento y viéndome de nuevo ante el plantel adversario, con Javier Cercas evitando saludarme, no fueran a castigarlo, me fui y regresé al hotel.

LA QUEMADURA DEL RECUERDO

Debería contar ahora una historia de amor. Incertidumbre lúcida. Una duración. Un deseo de amar y no amar. De aquello que duele y da placer. De huir y quedarme. De cuento momentáneo y real. Una historia afín a la escritura. Por lo demás, tengo un apellido que da energía a ese deseo. Poetas y novelistas, amantes al fin, «le otorgan vida a ese espacio con sus metáforas y subterfugios», escribe la poeta Anne Carson.

En los primeros días de septiembre, coincidiendo con la publicación del artículo «Querido Orwell» en *El País*, reapareció en mi web un *email* fechado en el abril anterior. Lo escribía alguien amable e ilusionado al descubrir que yo era la autora de un libro que él había leído treinta años atrás, *El ladrón de libros*. Agradecí su correo y él (llamémosle Tristán) respondió de inmediato con un *email* simpático en el que me proponía una cita.

Insistió en que yo debía ir calzada con zapato plano. Y tenía que ser a una hora, las seis de la tarde, que me conviene poco, porque esas son las horas que dedico a la escritura. Conseguí que retrasara el encuentro, pero solo media hora. Estaba aún escribiendo esa tarde de la cita cuando el conserje de casa me llamó para avisarme de que había un señor a la puerta, sentado en su coche y que le había dicho que estaba esperándome. Miré el reloj. Las cinco en punto.

La sorpresa que me había preparado se llamaba el parque del Laberinto de Horta. Le seguí el juego. Mi guía lo tenía todo bien dispuesto. Había estudiado a fondo vida y milagros de todas las grandes estatuas del parque, que me fue descubriendo durante el largo paseo. Lo que yo no sabía es que aquel lugar, cuando era privado, formó parte de su familia, de sus padres, abuelos y antepasados. Para aligerar su discurso me propuso que fuéramos a cenar juntos a La Vaquería. Y entonces, nos quitamos las máscaras. Me contó su vida amorosa. Tal vez fue debido al saludo que Ignacio Ribó, dueño del restaurante, me soltó mirándome y señalando a mi acompañante: «¿Qué haces con este bandarra?». Frase inmortal donde las haya. Él siguió como si tal cosa enumerando la larga lista de mujeres (algunas «profesionales del amor») que habían pasado por su vida y, como os podéis imaginar, a su lado el catálogo de Don Giovanni se quedaba corto. Tampoco se ahorró detalles de intimidad carnal con sus preferidas. Fue cuando me sucedió algo que jamás en mi vida me hubiera consentido, y que me ocurrió como única y última vez. Sentada frente a él en el restaurante, me quedé dormida.

Tristán es o era —los tiempos de los verbos suelen confundirse con él—, un hombre persistente. El más tenaz. Caprichoso casi siempre. Y educado. Muy galante en sus primeras citas. Te abría la puerta del coche. Detalle significativo. Cuando deja de hacerlo es porque sabe que ya eres suya, o que dejaste de serlo.

Cada día me citaba para la noche siguiente. Lo pasábamos bien juntos, nos gustaba bailar y reírnos de nosotros mismos. Yo me encontraba en una situación de tránsito. Tristán me daba ánimos. Ejercía el papel de amigo protector y bondadoso. En ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de acostarme con él, aun sabiendo que le gustaba mucho. Una semana más tarde yo volaba a Nueva York, donde me alojaría en casa de Laia y Marcelo hasta mediados de noviembre. Tristán, que mostraba hacia mí una amabilidad mayúscula, insistió en llevarme al aeropuerto y allí nos despedimos.

No me iba con las manos vacías. El amigo y periodista americano Alan Riding me puso en contacto con Sewell Chan, jefe de Internacional del *New York Times*, y antes de tomar ese vuelo ya le había remitido a Sewell un *email* diciéndole que íbamos a escribir un artículo colectivo, firmado por Cayetana Álvarez de Toledo, Mario Vargas Llosa y yo, a propósito del separatismo catalán como movimiento antidemocrático, y que se lo ofrecía para publicar en su periódico. Después de la respuesta positiva de Sewell, hablé por teléfono con Patricia Llosa y Cayetana. Respondieron afirmativamente. Íbamos a escribirlo. El artículo salió con el llamativo título «*A Threat to Spanish Democracy*» (Una amenaza para la democracia española).

De aquellas dos semanas largas de otoño en Nueva York me quedan muy buenos recuerdos. Alegría y risas y cariños en casa, con Laia y mis nietas. Las llamadas continuas de Tristán, que ya eran de hombre enamorado. Alexandra, de siete años, se divertía a mares con la situación en la que se encontraba su abuela.

Un nubarrón horrendo enturbió aquella atmósfera divertida del viaje. Al día siguiente de mi regreso a Barcelona, telefoneé a Laia. Ya sabía que su padre, junto a Jimena, su mujer, había volado desde Bogotá para alojarse unos días en casa de nuestra hija. Hicimos un *face time* para hablarnos y vernos todos juntos. Con Óscar estuve charlando unos minutos más, pero muy pronto me di cuenta de que algo raro pasaba con su voz. En un primer momento pareció como si estuviera achispado, cosa que no tenía ningún sentido siendo las cuatro de la tarde y cuando, por otro lado, ya apenas tomaba alcohol. Me despedí. Colgué. Y acto seguido volví a llamar a Laia por vía telefónica normal. Fui rápida y directa.

—Laia, ¿qué le pasa a tu padre? ¿Te has fijado en cómo habla?

Una de las cualidades de Óscar siempre fue la oratoria. Su dicción. Y aquella voz suya, tan seductora y natural. Y convincente.

—Sí, mamá, no es nada. Le he preguntado y dice que es algo muscular, un problemilla en la lengua.

Fui tajante.

—No, Laia. Hay algo más. Por favor, llévalo al médico. Mañana o cuanto antes. No te lo tomes a la ligera.

Eso hicieron. Fueron a un doctor, no recuerdo de qué especialidad, y les comentó algo así como que no tenía mucha importancia. Entre tanto, desde España me dispuse a hacer averiguaciones por mi cuenta.

Tristán había ido a buscarme al aeropuerto, pese a que era un vuelo que llegaba a las cinco de la mañana. Apareció con dos o tres ejemplares en papel del *New York Times* en los que aparecía nuestro artículo, uno de ellos para Mario y Patricia. Desayunamos juntos, me dejó en casa, dormí parte del día y enseguida reanudamos nuestras salidas diarias. Nocturnas. Porque ahora yo ya estaba muy decidida a avanzar con mi novela. Él marcaba los tiempos y yo me dejaba llevar por la música, la compañía y los cortejos.

Se iban a cumplir tres meses de vernos, y seguíamos saliendo como supuestos amantes platónicos. El último fin de semana de noviembre, mi amigo Luis Camós me había invitado a la fiesta que celebraba en su casa de Palamós. Le pregunté a Tristán si quería acompañarme. No lo dudó ni un segundo. Mi idea era ir antes a mi casa de la Costa Brava, pasar el día allí y regresar directamente a Barcelona cuando terminase el festejo. Y eso hicimos. Comimos cerca del mar bajo un cielo soleado y espectacular. Bebimos vino. Una botella de tinto para los dos. Adela, la dueña del restaurante, confundió a Tristán con el rey emérito de años atrás. Es cierto que guardan un ligero parecido físico. Lo que nos hizo reír a ambos. Y nos fuimos a casa con la idea de encender la chimenea y sestear cada uno en su cuarto antes de la fiesta nocturna. Juro que, por mi parte, no había segundas intenciones. Pero allí ocurrió. Él dice que fui yo. Y yo afirmo que fue él. Pero en una cosa coincidimos los dos: nos enamoramos. En mi caso, solo un poco, como suele pasar en quien espera del amor algo más que una jugada.

El siguiente fin de semana decidimos pasarlo en Madrid. Con la excusa de llevar el ejemplar en papel del *New York Times* a Patricia y Mario, cenaríamos con ellos, veríamos a otros amigos, o tal vez no, y pasearíamos y estaríamos juntos. Por el ordenador hice la reserva de dos habitaciones, próximas la una a la otra, en el hotel Velázquez. Y desde la primera noche la mía pasó a convertirse en dormitorio compartido, lo que permitió que el amor fuera creciendo en curva exponencial. Más dubitativo en mi caso por una razón aprendida y sabida de antiguo. Lo que me enamora de un hombre es el amor. Su amor. Dicho de otra forma: no me enamoro de quien antes no se

enamora de mí.

Los Vargas Llosa nos invitaron a cenar en Casa Lucio. Llegamos cuando ya estaban sentados en la mesa, en esa donde Lucio, el popular dueño del restaurante, había colocado un busto de la cara del escritor y que le reservaba a Mario siempre que iba a comer allí. Como yo estaba sentada frente a él, me recreé en ver esta réplica. A Tristán lo habían conocido en Menorca, así que el encuentro, sabiendo ellos que estábamos viviendo una historia de amor, transcurrió con una conversación animada no exenta de miradas pícaras.

Noté a Patricia muy callada, como si estuviera algo triste, cuando por lo general era el alma sensible y alegre de todos los encuentros. Dijo que se iba a Lima por un tiempo. Sentirla así de inquieta me produjo cierta desazón. No los volvería a ver hasta el siguiente mes de mayo, en 2015.

Tristán y yo éramos dos seres libres. Sin mochilas. Tristán es de temperamento alegre y cariñoso. Nos divertimos y reímos a carcajada limpia. Resultaba difícil sobrellevar la pasión amorosa que estábamos viviendo, en especial el arrojo con el que Tristán me mostraba segundo a segundo sus sentimientos, con un frente activo, por su lado, de algunos contrarios a nuestra relación. Valgan dos anécdotas de telenovela barata como botón de muestra. La primera vez que Tristán me llevó a comer a casa de una pareja de su grupo de amigos, estábamos sentados a una mesa para ocho cuando de repente la anfitriona se puso a hablar de la exmujer de Tristán en voz alta para subrayar mi condición de ilegítima. Es más, esa misma mujer, tiempo después, se lanzó a decirme con todas las letras que dejara de salir con él para que pudiera volver con su exmujer. Como si yo le hubiera robado el marido. En otra ocasión, un amigo también muy próximo y su pareja lo invitaron a cenar, pero a condición de que yo no fuera. ¿Por qué?, preguntó él. Porque no cabe en la mesa. Por el contrario, todos mis amigos estaban entusiasmados con nuestra historia, y más incluso lo estaban mis dos hijas. Laia me decía desde Nueva York: «¡Mamá, qué contentas estamos de verte feliz! Haz lo que quieras, gástate todo el dinero que te parezca, piensa en ti y disfruta con él».

Los hermanos de Tristán no mostraban el menor rechazo. Y sus hijos, el mayor en Marbella, casado y con hijas, y el menor viviendo entonces en México, no parecían, o eso me hizo creer él, estar a favor ni en contra de que su padre tuviera una pareja. Y si no fuera así, decidí no enterarme.

Mientras tanto, en mi propia familia soplaba un ciclón. No me quedé tranquila con las explicaciones que me dio Laia después de que Óscar fuera visitado por aquel primer médico neoyorquino. Y mucho menos cuando me contaron el diagnóstico del doctor que lo vio en Colombia a los pocos días de su regreso. Para informarme al respecto,

llamé por teléfono a María Ventós. Una de sus virtudes era la de estar dispuesta a asesorar a sus amistades y conocidos en todo lo relativo a la salud. Me consta que le hubiera gustado ejercer la carrera de medicina, pero por diversas razones no llegó a hacerlo. Respondió enseguida y me habló de una amiga suya de Valencia a cuyo marido le había sucedido algo parecido. La llamé por teléfono:

—Mi marido tuvo los mismos síntomas al principio. Una forma de hablar gangosa. A una edad parecida a la de tu exesposo [Óscar tenía entonces setenta y tres años]. A mi marido le diagnosticaron ELA (Esclerosis Lateral Amiotrófica). Y en su caso y circunstancias nos dijeron que las expectativas eran espantosas. Quienes padecen esta enfermedad van perdiendo la movilidad muscular. Se les paraliza lentamente el cuerpo.

Me recuerdo temblando mientras la escuchaba.

—¿Como la enfermedad que padece Stephen Hawking? —le pregunté. Me dijo que era exactamente esa.

—No pierden para nada la clarividencia —comentó para infundirme cierto ánimo—. Pero la edad en el caso de mi marido tuvo mucha importancia. A los pocos meses del diagnóstico, murió. Tu hija tendrá que saberlo para poder ayudarlo al máximo.

Medité un buen rato lo que debía hacer. De momento, no hablar todavía a Laia sobre la gravedad de la enfermedad que sufría probablemente su padre ni el tremendo final que quizás le esperaba.

Celebramos la Navidad en la casa de Barcelona, acudieron como cada año Laia y su marido con las nietas, y por supuesto Bruna. Tristán también vino a la comida y a la cena de la festividad. Días antes me había regalado un anillo precioso y, como quien no quiere la cosa, me lo puso en el dedo. Todos tratamos de que el ambiente fuera entrañable y alegre. Pero, como suele decirse, el mal estaba dentro. Óscar ya estaba al corriente de su enfermedad, acaso sin las trágicas expectativas, aunque su cuerpo había empezado a manifestar decaimiento e inmovilidad. Perdió el habla. Todo iba demasiado rápido. En febrero, Laia, Marcelo y las niñas fueron a visitarlo a Cartagena de Indias. Me enviaron fotos de todos juntos. La imagen de él resultaba muy dolorosa de ver. El cuerpo sentado en una silla, inerte, la cabeza algo ladeada. Una extraña quietud en el mirar, como barruntando neblinas. Sabíamos que su mente conservaría hasta el final la enorme inteligencia y memoria que siempre le habían caracterizado. No recuerdo si fue en esta ocasión o en otra de las visitas de Laia que, a petición de su padre, se ocupó ella de organizarle la biblioteca. Laia supo que eso anunciaba su pronta despedida, así como su deseo de que ella velara por la obra de su padre cuando este hubiera fallecido.

Empezaba la primavera y la enfermedad avanzaba si cabe más

rápido de lo que podíamos imaginar. Los viajes de nuestra hija a Colombia eran continuos. En un momento dado, empeoró y se decidió que Óscar ingresara en una clínica de Bogotá. Laia volvió de nuevo a Colombia para estar con su padre y lo mismo hicieron los hermanos de Óscar. Conservo una foto de todos ellos con Laia, que puso la mejor sonrisa que cabía en aquellos momentos críticos.

Recuerdo poco de mi vida durante los meses de noviembre a mayo. Tristán y yo seguíamos con nuestra historia y también tuvimos algunas discusiones que finalmente solucionábamos rápido, como simples peleas de novios. Me invitó unos días a la casa de Marbella que compartía con un amigo y aprovechó para presentarme a su familia de allá. La de su hermano y también la de su hijo primogénito. En apariencia todo iba sobre ruedas, pero con mis antenas premonitorias siempre capto esos momentos en los que mi cuerpo somatiza en señal de aviso. Ocurre cuando las cosas de la vida no fluyen como pudieran decir las apariencias. Tristán seguía mostrándose tierno, amable y muy enamorado, con un deseo grande de que conociera a los suyos. Pero algo chirriaba casi siempre en este aspecto. La sombra de la exmujer o de alguna aparición similar movía hilos en mi contra.

Yo vivía dividida en dos presencias. De nuevo Eros y Tánatos, nada menos, como tras la muerte de mi padre. Por un lado, la madre sufriendo por su hija y la grave enfermedad del padre de ella, y en tiempos marido y amigo querido. Y por otro, la amante esplendorosa de amor y sexualidad correspondidos. ¿Y dónde estaba entretanto la escritora? Viéndolas venir. Buscando y aprovechando los momentos para seguir con mi novela.

Estábamos a primeros de mayo y se precipitaron con mayor frecuencia los estadios más críticos en la salud de Óscar. Aun así, el 6 de mayo apareció en *El Tiempo*, como era costumbre, un artículo suyo escrito desde la UCI de la clínica de Bogotá. Se titulaba como una de mis obras: «El ladrón de libros». Óscar citó mi nombre como autora de aquel libro publicado veinte años atrás. Y aprovechó para dedicarme unas bellísimas palabras. Me envió él mismo el texto desde su correo y, muy conmovida, le respondí dándole las gracias además de mandándole todo mi cariño. Y añadí al final esta frase: «Lo más importante es que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites».

En mi cabeza pegaba a menudo el tun-tun vigilante que me recordaba que mi lugar, en aquellos momentos decisivos para Óscar, era estar al lado de mi hija. Le dije a Laia que, si me necesitaba, volaría inmediatamente hacia Colombia. Pero ambas coincidíamos también en especular que mi presencia no era conveniente, pues Óscar tenía una esposa que lo cuidaba. El 13 de mayo, miércoles, mi hija

tomaba un vuelo Nueva York-Bogotá para ir directamente a la clínica. Ese mismo día, a las siete de la tarde, sentada en la terraza de casa, recibí desde Bogotá una llamada de Mercedes, la Gaba, que, con voz muy alterada, me dio la noticia del fallecimiento de Óscar: «Recién lo han dicho en radio y televisión». Apenas me dio tiempo a responderle. Mercedes entendió que debía llamar de inmediato a mi hija. Marqué el número mientras seguía rogando a cielo y tierra encontrarla aún en el aeropuerto, porque era esencial que fuera yo misma quien le diera a mi hija, con mis palabras, la información más dolorosa que nunca me tocó dar. Bendito sea el teléfono móvil (como se verá cuando termine de contar la historia), que alcanzó a Laia en el aeropuerto neoyorquino. No puedo ni quiero utilizar las frases que intercambiamos. Mi hija, que de por sí tiene un temple envidiable para sortear adversidades, me hablaba desesperada. Nos transmitimos las dos mucho cariño, mucho amor, mucha esperanza. Lágrimas. Ella quería estar allí, junto a su padre, para despedirlo, para ayudarle al adiós final. Y acto seguido la Gaba me llama para decir: «Nuria, querida, si te cuento… Todo ha sido un bulo, la mentira de un periodista que, para hacerse de notar, ha inventado este cuento maquiavélico. Ya está desmentido». Cuelgo y por segundos alcanzo a dar de nuevo con Laia. Alguien la ha llamado antes de subir al avión para desmentir también la noticia. Nos serenamos mutuamente. La siento contenta. Y yo puedo respirar tranquila.

Mis conversaciones con Laia, una vez ella allí, seguían siendo continuas y casi telegráficas. Veía a su padre muy mal.

—¡Le cuesta respirar, mamá! —me decía angustiada.

—Habla con el doctor y pídele que por favor ayude a tu padre a irse en paz y sin dolor —le contesté—. ¿Estás con papá?

—Siempre. Día y noche. No me separo ni un minuto de él. Por la noche duermo en la silla. Me pide que esté a su lado. Y es lo que hago.

Al rato, llorosa, volvía a llamarme.

—Esta mañana el doctor le ha aumentado la morfina.

Otra llamada suya muy angustiada:

—Mamá, Jimena y sus padres han traído un notario a la UCI.

—¿Papá está consciente?

—Solo a ratos. Le aumentan la morfina. Parece que papá no quiere irse. Por favor, que no sufra —me insiste.

Por mi lado, hago dos llamadas pertinentes, una a la buena amiga de Valencia que vivió la misma situación con su marido y otra a un médico. Les cuento con detalle la situación. Los dos, sin conocerse, me dicen lo mismo: «Si tu hija está con él sin moverse día y noche, él se aferra a ella y le costará mucho dejarse ir».

Dejo pasar unos minutos y vuelvo a hablar con Laia.

—¿Sigues con tu padre?

—Claro, mamá.

—Podrías ir a dormir ni que sea esta noche al apartamento —le sugiero.

—No, mamá, prefiero quedarme.

Le subrayo que ella llegó el día 13 por la mañana a Bogotá y estamos a 16, sábado, y todavía no ha descansado, salvo las pocas horas de sueño en la silla. Le insisto en que tiene que irse al apartamento unas horas. El domingo 17, a las once de la mañana en España, Laia me llama por teléfono. Me dice desconsolada que su padre ha muerto.

—¡Y justo, mamá, durante las tres horas en las que me fui!

Se siente culpable.

—Laia, no te culpes. Al contrario, es lo que Óscar necesitaba. Tú has ayudado a tu padre a morir sin sufrimiento. En cuatro días no te has movido de su lado.

La tranquilizo. Lloramos las dos.

—Me voy a ocupar de que papá tenga el funeral que se merece —dice. Me pasa el teléfono. Hablo con Jimena un momento para darle el pésame. Las dos muy dispuestas a moverse para que su padre y marido tenga una entrañable y cálida despedida.

Y así fue. Tuvo un funeral muy emotivo, con las palabras de los amigos y la música colombiana pertinente cantada por algunos de ellos. Me envió por *email* los vídeos.

Me costó mucho este duelo. Si es que, en verdad, he logrado alguna vez superar los duelos más importantes en mi vida. En este caso se sumaban una cantidad de afectos larga en el tiempo y grandiosa en contenido. La importancia de Óscar en mi vida es indudable. Mi interlocutor literario durante años. El padre de mi hija mayor. El exmarido que siempre me demostró cariño. Y, luego, estaba la carta de despedida que me escribió desde la UCI, ocho días antes de su fallecimiento. Y que no puedo volver a leer sin emocionarme:

> Trato de no caer en la desesperanza, aunque sepa cuál es mi destino. Ya Laia lo sabe, no quiero sufrimiento innecesario ni sobrevivir por medios mecánicos. Deseo calidad de muerte. No quiero anticiparme a ese momento, pero tengo que estar preparado para asumirlo. Podría suceder algo milagroso. No lo descarto, que la enfermedad no avance. De todas maneras, las personas que amo me mantienen vivo con su amor y sus fuerzas.
>
> Si llegara a necesitar algo, te aviso. Sinceramente, mis pocos ahorros empiezan a reducirse. Laia lo sabe. Por ahora, vamos bien y sin problemas.
>
> Te deseo lo mejor en tu vida.
>
> Un beso, Óscar.

Había cosas que me escamaban de Tristán cuando le escuchaba hablar del amante de su exmujer, razón por la cual, contaba a todos, él se había separado de ella, cuando él mismo, por su parte, nunca dejó de coleccionar sus propias amantes e incluso compartir dos o más

a la vez. Me molestaba aún más el modo que tenía en ocasiones de referirse a varias de sus antiguas novias, aludiendo al aspecto físico. «La dejé porque una noche al verla me di cuenta de que era fea». De otra: «La dejé por gorda». A esas alturas ya no tenía caso abrirme la puerta del coche, pero seguía amándome como el ganador de un torneo que adora y piropea su triunfo. De vez en cuando provocaba cualquier pelea absurda. Alguna por celos imaginarios. «Soy muy celoso», llegó a decirme. «¿De los fantasmas?», le reprochaba yo. Ni se me ocurría serle infiel. No va en mi pedigrí emotivo. Me cansé de darle lecciones breves sobre el arte de amar en libertad, el sabio libro de Eric Fromm, o sacadas de cualquier librillo para principiantes.

Al poco de conocernos, me contó que en Marbella consultaba a una amiga psicóloga llamada Rosana. Comía o cenaba con ella en un restaurante y aprovechaban para llevar a cabo la consulta. «Muy poco ortodoxo», como me indicó el psicoanalista Néstor Braunstein, con quien yo cenaba a menudo, junto con su esposa, Tamara. «Y, sobre todo —me insistió Néstor—, porque ella, tal como me contaste, ha sido amante de Tristán».

Una noche me comentó que el mes de julio quería ir a México para ver a su hijo, que trabajaba en la costa pacífica. Estupendo, le dije. Yo podía ir a Nueva York, estar con mi hija y mis nietas, y luego pasar la última semana en México con él y regresar a Barcelona juntos. Estuvimos de acuerdo. Habíamos comentado que yo estaba pendiente de que Laia, por razones de trabajo, me confirmase una fecha antes de comprar el billete. Lo haría al día siguiente, y a continuación pagaría la reserva de mis vuelos y también él la del suyo de vuelta a Barcelona. Al día siguiente recibí un *email* diciéndome que tenía cerrado y comprado su billete de ida y vuelta a México. Me había dejado colgada.

Opté por contestar a su *email* con un solo arrebato, a tono con la canallada que acababa de hacerme. Puedo ser dura cuando me agreden, y en este caso lo fui, tan extensa en palabras como en reprimendas, que aquí condensaré lo justo. «Tristán, ¿con quién crees que hablas? ¿Con la vecina de enfrente o la amiga del todo a cien que corresponde a tu miseria amorosa?». Es el tipo de hombre que tiene su manual de seducción y engaño escrito de antemano. Nunca le escuché decir «lo siento». Lo suyo eran falsas ilusiones no cumplidas.

El mes de agosto alquilé por quince días una casa cerca del mar para pasar las vacaciones con Bruna y su pareja de entonces. Tristán iba a venir también. Mi hija Bruna, con muy buen criterio, decidió irse al cabo de una semana, y nosotros nos quedamos el resto del tiempo. Estando allí recibí un *email* importante. Con motivo de un homenaje a Óscar Collazos, Consuelo Gaitán, directora de la Biblioteca Nacional de Colombia, me invitaba a participar en una charla con otros amigos

y familiares de mi exmarido. Jimena, su viuda, me llamó para conversar a propósito del homenaje. Era un viaje que me daría la oportunidad de encontrarme también con mis nietas y sus padres en Bogotá, ver a los amigos de siempre y ayudar a planear alguna edición especial de los libros de Óscar.

Laia se sentía deudora de los deseos del padre escritor y desde el primer momento estuvo dispuesta a hacer todo lo posible para que su obra perdurase. Me comprometí con mi hija a auxiliarla en lo posible en esa idea suya. Por experiencia yo sabía que los meses inmediatos tras el fallecimiento de Óscar serían el mejor momento para conseguir que se reeditaran algunos de sus libros. Luego, todo se olvida. En julio, estando una noche cenando con el poeta Aurelio Major, entraron en el restaurante Juan Gabriel Vásquez con su esposa Mariana. Nada más vernos, el escritor y amigo colombiano se nos acercó para decirme cuánto sentía el fallecimiento de Óscar, y se puso a mi disposición para lo que fuera preciso. Se me ocurrió que publicar todos los relatos de Óscar en un solo volumen sería una buena idea. «¡Qué bueno! —dijo—. Y si quieren, yo les hago el prólogo».

Me puse en contacto con Gabriel Iriarte para quedar con él y Laia en Bogotá. Era, entonces, director editorial de Random House Colombia. «Pero claro que me gustaría que nos reuniéramos para ver qué se puede hacer con el conjunto de la obra de Óscar», respondió.

Entre tanto, se celebró el acto de homenaje a Óscar en la Biblioteca Nacional de Colombia, muy emotivo. Por la noche nos reunimos en el apartamento de Jimena y Óscar, donde estaban también los padres de ella, así como Alfonso, su hermano. Hasta aquí todo parecía ir bien. Me fui pronto para ver a mis amigos colombianos. Es cierto que Jimena no estuvo como en otras ocasiones conmigo, pero lo atribuí al momento doloroso que estaba pasando. Fue ella la que insistió para que yo viajase a Bogotá para hablar de Óscar. Supe que, después, cuando yo estaba ya de regreso a España, originó algún conflicto con Laia que afectó bastante a mi hija. «No me ha dado ni un cenicero de mi padre», me contó muy dolida. Pero sabía que en momentos así es mejor callar.

El 1 de septiembre empezaron las contradicciones de Jimena. Laia le había contado por correo el proyecto del editor Gabriel Iriarte de reeditar obras de Óscar, y ella pareció estar de acuerdo, le habló de contratos y añadió que el deseo de Óscar, tal y como reflejaba el testamento, era que los derechos de su obra fueran llevados por Poncho, el hermano de Óscar, Laia y ella misma. Sobre este punto le avisó de otro correo que ella había escrito a Gabriel Iriarte para el esclarecimiento del tema. Y supo de mi intermediación en el proyecto. En otro *email*, Jimena venía a decirle a Laia que por lo visto no había entendido lo que ella le decía, o quizás no se había explicado bien:

«Nuria no forma parte de esto y no debe tener conversación acerca de lo relacionado con la obra de Óscar Collazos».

Sobran comentarios. Aquí vi que este barco se hundía. Con todo, Laia escribió a Gabriel Iriarte la siguiente carta: «En los últimos días y tras tu correspondencia con mi madre, tengo la impresión de que ha habido un malentendido y, por el respeto y aprecio que te tengo, deseo aclararlo cuanto antes. Fui yo misma quien le pedí a mi madre que por favor, a través de sus amigos y colegas, no dudara en hablar sobre posibles proyectos que ayuden a mantener viva la obra de mi padre. Ella tiene un conocimiento que yo no tengo, y su perspectiva es para mí inestimable».

Ante la situación, Gabriel Iriarte decidió apartarse del proyecto. Ese barco se hundió y, con él, se perdió la mejor oportunidad de conmemorar a un reconocido escritor colombiano. En muchos casos, los agentes y algunos editores pueden solucionar ese anómalo «instinto de propiedad» que algunos seres tienen en relación con sus difuntos teóricamente queridos y añorados. En el caso de Óscar, que nunca tuvo ni quiso tener propiedad alguna, su patria eran los libros y su obra, en el sentido más amplio del término, era su vida. Lo que se hizo tras su fallecimiento en Bogotá fue, en cierta manera, y perdonadme, un doble golpe mortal.

Yo volvía a estar metida en la escritura de mi nueva novela, *El sanatorio*, alimentada de los hechos que estaban sucediendo a diario, aquí y en el mundo. Era el único libro mío que estaba siendo escrito «en tiempo real». En un mundo enfermo. Con un contenido opuesto a la sociedad perfecta donde todo funciona a las mil maravillas. Los escritores, tal vez no todos, en situaciones adversas solemos agitar el hacha de guerra en forma de libro. Mi actividad comprometida seguía en lo posible activa. En la tertulia que mantuvimos cada primer lunes de mes, con Carreras, Tapia, Lucena, Olga Tubau, Tarín, Romeo, Francesc de Carreras…, pasábamos horas compartiendo opiniones, pequeñas divergencias y silencios precisos, siempre unidos por la idea compartida que era la defensa de una Cataluña democrática y constitucionalista frente al independentismo. Francesc y yo éramos los abanderados de la idea de que sumaran esfuerzos socialistas y Ciudadanos, mientras que parte de los otros atacaban al presidente de este partido, Albert Rivera. Y cuando ya estaba el Gobierno central cerca de llegar a esta coalición, Rivera abandonó el proyecto político a la vez que ofendió el entusiasmo de sus votantes. No es de fiar, decía del presidente de Gobierno, Pedro Sánchez. El mundo parece haber olvidado que ser político exige un cincuenta por ciento de honestidad y otro cincuenta por ciento de entrega absoluta a los ciudadanos. Soy rápida a la hora de captar a un narcisista. El problema surge cuando me lo meto en mi casa y en mi cama. Nos pasa a muchos.

El 18 de octubre de 2015 se celebró en el teatro Victoria de Barcelona un acto organizado por Societat Civil Catalana (SCC) bajo el lema «La España que nos une». Semanas antes me había llamado Joaquim Coll, miembro de la junta, para pedirme que participara en este acto leyendo un texto preparado para la ocasión. Era muy difícil entonces encontrar en Cataluña a personas del mundo de la cultura que quisieran sumar su voz a un evento organizado por una asociación civil contraria al movimiento separatista catalán.

En el escenario, uno después de otro, además de Rafael Arenas, presidente entonces de la SCC, intervinimos Ignacio Martínez de Pisón, Juan Claudio de Ramón y yo misma. Me di cuenta a tiempo, cuando ya estaba junto al micrófono, de que mi intervención debía tener el tono vibrante de un mitin. Así que me disfracé de la política anarquista Federica Montseny y convertí mi discurso en un reclamo explosivo y persuasivo. Tristán, en esta ocasión, me acompañó al acto y estuvo sentado en las primeras filas.

Regresando al amor, nuestra historia parecía encarrilada, pese a que yo siempre vivía en un estado de inquietud que podía confundirse, en el mal sentido, con el amor que me daba y conseguía que yo sintiera por él. Cierta noche, estando los dos en un restaurante, cruzó junto a nuestra mesa un hombre atractivo y Tristán saltó a preguntarme si me había acostado con él o estaba pensando en hacerlo. Yo me reía por lo desatinado de su pregunta, que revelaba que tenía un problema. En otra ocasión saludé cariñosamente a un amigo de años y bastó eso para provocar en él un alud de recriminaciones absurdas. Traté de hacerle razonar sobre el motivo de ese lado suyo que no tenía sentido alguno. Me negaba a ser la víctima de una situación irracional, y acto seguido llegaba la amenaza de ruptura inmediata. Nuestra relación amorosa, que lo era, estaba repleta de pequeñas costuras debidas a las culpas, las mentiras y el miedo.

Desde hacía tiempo tenía en mente instalarme una temporada en Madrid. Con la idea de ir y venir a mi casa de Barcelona cada tres o cuatro semanas. De ese modo, estaría también más cerca de Málaga, donde Tristán también vivía. Digamos que él había descubierto hacía años que, aun siendo Barcelona su lugar de nacimiento y el de sus hijos, prefería residir en Marbella. Es cierto que también, como quien propone un viaje a la luna, me decía: «Vente a vivir a Marbella conmigo, o alquila una casa y vivamos juntos». La idea me atraía, pero la intuición, de la que suelo hacer gala, me aconsejaba: no te fíes.

Tristán es un manipulador manipulado. Tenía focos hipnóticos, muchos y demasiados, que teledirigían su voluntad y movimientos. Uno era Alfonso, su amigo de toda la vida, soltero, rico y especial. Pero también estaban sus hermanos, su ex, sus hijos, sus nietas, sus

amigos… y quienquiera que fuese. Siempre había alguien que requería su ayuda. Que él solía brindar casi de inmediato. Cualidad que me gustaba. Claro que, en ocasiones, y de un modo grosero, comprobé que, consentidos por Tristán, solían influir en nuestra relación sentimental. Ahora el foco se había concentrado en Ignacio, que vivía en Madrid y con quien Tristán aspiraba a hacer negocios en Marbella. Ignacio nos invitó a los dos y fui con él pensando aprovechar ese viaje para buscarme un lugar más o menos provisional donde pasar unos meses. Madrid podría ser nuestro punto de encuentro, además de aliviar el ánimo claustrofóbico que respiraba la Barcelona populista y podemita. El sábado, cuando estábamos desayunando los dos en un café del barrio de Chamberí que hay al pie de la casa de Ignacio, sonó mi móvil y surgió la voz inesperada y querida:

—¿Nuria? Soy Juan.

Feliz de escuchar a Goytisolo, pienso que me está llamando desde Marrakech.

—Estoy en Madrid —me explica. Suele ser tímido y seco. No le gusta el teléfono.

—Y yo también —le digo con entusiasmo. Mi sorpresa es mayúscula.

Juan era diligente. Especialmente con las personas que estimaba. Quería verme.

—¿Te va bien esta tarde a las seis en mi hotel? Estoy en el Gran Versalles.

Era donde siempre se hospeda y en alguna que otra ocasión nos habíamos encontrado allí. Al poco rato me llama mi amigo Fernando Merelo, preocupado por localizarme un alojamiento: «Tengo muy buenas noticias, te he encontrado un piso». Es el de un amigo de ambos, diplomático, que en esos momentos vive fuera. Además, le interesa que sea una persona conocida y que pueda cuidarlo. Me da las coordenadas y el teléfono de alguien que me lo enseñará. Voy a verlo. Ignacio y Tristán me acompañan. Se quedan extasiados. El piso está frente al Retiro, cerca de la estación de Atocha, los gastos son mínimos y confirmo de inmediato. Allí viviré, con idas y venidas, unos ocho meses largos.

A las seis de la tarde tengo mi cita con Juan Goytisolo. Cuando llego, le encuentro sentando en un sofá algo oculto del salón del *hall*. Nos saludamos con un beso. No sonríe. Me acerco más a él. Sé que en ocasiones le falla un oído. Hablamos. Me encuentro con otro Juan. Alicaído, triste, encorvado, con la voz tan apagada que me cuesta entender lo que dice. Siento escalofríos.

—¿Cómo estás?

—Mal. Mi vida ahora es una ruina.

Me impresiona la frase. Juan es rotundo cuando quiere que le

escuchen. Acerco mi mano a la suya.

—¿Estás enfermo? ¿Necesitas algo?

Dice que no con la cabeza. Ha destinado la cuantía del premio Cervantes a su tribu, a sus nietos, como sigue llamando a los niños que él ha criado y educado con mimo.

—Estoy tomando antidepresivos —me cuenta. Mueve los ojos y añade—: Son inútiles.

Frases que no recuerdo se entremezclan en una conversación que es más una confesión de culpas.

—No escribiré más —insiste. Sé que está diciendo la verdad. Con Juan no sirve de nada darle ánimos ni buenos deseos arrancados del rincón de los afectos—. Ya lo sabes. Libido y creación van juntos. Con esto he dicho todo.

Sus palabras acerca de su deterioro físico y anímico le inducen a decir pronto un adiós definitivo e inapelable.

—He preparado el momento de irme con dignidad —reconoce en susurros. Entiendo lo que quiere decirme. Antes de despedirnos, se levanta. Baja la frente. Nos damos un abrazo y un beso. Y en esa despedida rápida, vi su muerte.

En la calle caían lágrimas. Me escondí entre las sombras de los transeúntes. Tomé mi tiempo antes de llegar a casa. No me veía capaz de seguir una noche más allí con Tristán, que apenas me hablaba, que me castigaba por alguna razón ignota. Hice la maleta. Tristán me acompañó a la estación. En el tren a Barcelona seguí llorando. Por Tristán. Por mí, por ser tan imbécil de dejarme enredar en sus brazos. Una vez y otra vez más. Creedme.

Como ocurre con los perros que alguien pierde o abandona, basta un silbido del amo para que el desamparado vaya corriendo a hacerle fiestas, así volvió a pasar conmigo. El divorcio de Tristán, a instancias suyas, estaba en marcha. El asunto parecía ir rápido. Nada que objetar en este sentido. Pero yo presentía que estaba tramando algo. Por mi lado, como regalo de Navidad, tenía reservadas habitaciones en Andorra, en el mismo sitio donde estuvimos el año anterior, y en esta ocasión hice las reservas para poder ir a esquiar con mis hijas y nietas y, por supuesto, con Tristán. Hacia el 20 de diciembre, después de un almuerzo en su casa que sonaba a planificado, de buenas a primeras me dijo que no nos veríamos en Navidad, y ante mi pregunta, al oír que le decía si estaba de coña, el muy memo, mirando a la pared de enfrente, respondió: «Porque ya no te quiero».

Me levanté, fui hacia su dormitorio, cogí los ejemplares de mis libros que le había regalado, las fotos mías que acompañaban sus sueños, volví al pasillo, donde su masa corporal se mantenía vigilante, alcancé la puerta, la cerré de un portazo, y adiós muy buenas.

Mis hijas estaban al corriente de mi ruptura, aunque no conocían

los motivos, por la vergüenza que sentía de contarles la verdad. No siempre soy capaz de ocultar mis sentimientos. A escondidas, lloraba. Así me pilló Laia en el dormitorio del hotel de Andorra el día de nuestra llegada. Por suerte, dimos con un profesor de esquí argentino, muy simpático y de lo más encantador conmigo que nos acompañó en la nieve los cuatro días.

El mismo día de Nochebuena, Tristán me felicitó mediante un mensaje. Laia, que estaba a mi lado, dijo: «¡No contestes!». Él siguió enviando más y más mensajes. Cada vez más amorosos. Como antes las cartas, eran ahora esos mensajes los que movían el fuego del amor o el desamor. Mi respuesta era siempre seca y contundente: «No te creo». Son muchas las frases que tengo petrificadas en el WhatsApp… Y él insistía: «Eres el amor de mi vida… Nuria, si te digo que nunca he estado tan enamorado es verdad…». Y yo respondiendo: «Embaucador. Falso. ¿Y tú eras el que hablaba de moral a tus amigos cuando rompían con sus parejas? Jajaja». Pero Tristán se defendía: «La única mentira fue decirte que no te quería la última vez que nos vimos». Y yo, como una idiota enamorada, respondiendo de nuevo: «Te digo lo que hace una persona responsable que ama a su pareja. Habla con su amor de la situación que viven, buscan soluciones para poder compaginar vida, trabajo y relación, etc…».

Entre tanto hablaba por teléfono con una especie de amiga de Marbella, cursi como un ajo, llamada Teté, muy de un mundillo trepa de allí y conocida por su desprestigio como Madame Gigoló, según me comentaban voces. Desde que me la presentaron se entregó a mí como la misionera ideal de causas perdidas marbellíes. «Tú pide y te daré», era la frase falsa que tenía en boca en las contadas veces que la vi. Estaba rejuntada con un italiano, esbelto el mozo, alto, moreno y claramente *gigolo*, tal y como se comentaba en el ambiente donde se movía. Un día de otoño Tristán me había dicho por teléfono desde Marbella que la tal Teté, de la que él no se fiaba ni un pelo y evitaba que la viéramos, lo había llamado muy triste para pedirle que fuera con ella a tomar un café. En resumen, le comentó que pensaba dejar a su *gigolo* por alguna razón que nunca desveló, pero que consistía en cazar al próximo, que tenía ya en el punto de mira. Él la escuchó, es buen amigote, y me comentó que en la terraza del café unos ingleses pusieron música, y a Tristán le dio pena y la sacó a bailar un momento para distraerla.

La *exmadame* del *gigolo*, en otra llamada conmigo, me contó que la víspera del fin de año llamó a Tristán para que fuera a buscarla, porque, la pobre, no quería ir sola a la fiesta de unos amigos. Y porque no pudo encontrar otro *escort* a la vista. Debió de pensar: aquí tengo uno. Y, refiriéndose a su nuevo hombre de compañía y novio mío, empezó a decirme por teléfono que el pobre se pasó toda la noche

sentado y triste por mí. Y que se fue nada más terminar las campanadas. Advertí que esa huida por el foro de Tristán le dio rabia. En algún momento de esta conversación, le comenté que yo volvía a Madrid. La misionera de *gigolos* saltó con que ella tenía un piso en la capital y que iría enseguida a verme. Más pronto de lo que me esperaba, apareció la *madame gigolo* misionera, convertida esta vez en la rata turista del cuento que no halla su queso en la casa propia y lo busca en casa ajena. Estaba nerviosa la tía. Ni recuerdo a dónde quería llevarme en el taxi. Solo que estaba muy alterada y me metió en una tienda de Tiger a buscar cualquier tesoro de plástico. Durante todo aquel correteo absurdo, si yo le hablaba de Tristán, ella me cortaba enseguida, e incluso noté claramente que le molestaba. Está como un cencerro, pensé. De Tristán no habló bien, y menos cuando escuchó por encima alguna de las trastadas que le conté sobre él. Ella me insistía: «Déjalo, déjalo ya. No vale la pena. Ni se te ocurra volver con él». Esta lagartija, arribista y más falsa que mema, va detrás de Tristán, pensé para mí sonriendo. No iba mal encaminada. Pocos días después quiso autoinvitarse a mi reunión de recién llegada a la capital. A la que, por cierto, venía Tristán. ¿Una qué?, dije. Pues no.
La mesa de trabajo de mi apartamento en Madrid, situada bajo la ventana, daba a una de las puertas de entrada al Retiro. Instalé allí mi ordenador. Y me puse a trabajar en mi novela en marcha. La escritura fluía. Las frases, lentas y seguras. Francesc de Carreras, que leyó las primeras páginas, me escribió: «Es impresionante. El tono, el distanciamiento en que está escrito, la sensación kafkiana del sanatorio en el que estamos viviendo…».

En Madrid me resultó difícil encontrar amigos con los que mantener una relación realmente continua. Todo quedó en promesas incumplidas. Suerte de una amiga, Lola Ferreira, que me cuidaba a distancia y organizaba comidas de cuatro personas a las que me invitaba siempre. Así fue como conocí al periodista José Antonio Zarzalejos y volví a ver a Fernando Savater, dolorido entonces por su reciente duelo. En verdad, me sentía como si estuviese viviendo en un exilio no forzoso pero necesario. Estoy segura de que mi situación vivida esos meses de Madrid se aprecia en la novela. Y muy posible también que me favoreciese en la escritura.

Mi activismo político no estaba dormido. Y sí, tuve varias oportunidades por ese lado. Seguía al minuto por la prensa, redes y televisión todo cuanto sucedía en Cataluña y aprovechaba los encuentros ocasionales para contar o denunciar la gravedad de las estrategias sectarias y sus consecuencias reales que seguía aplicando el separatismo catalán. Era necesario que el Gobierno de España tomase las medidas pertinentes. Y debo admitir que la mayor sorpresa que me llevé durante mi temporada madrileña fue cierto desinterés por el

asunto. La respuesta que obtuve, salvo con algunos de los amigos escritores, era siempre la misma: «En Cataluña no pasará nada». No parecía que mi mensaje interesara a nadie. Debían de estar hartos, como yo misma, de los separatistas. Por desgracia, el tiempo me dio la razón.

Por otro lado, Tristán me hablaba a diario por teléfono y vino a verme unas cuatro o cinco veces desde Málaga. La ruptura de la Navidad quedó más o menos superada, hasta nuevo aviso. Volvió a su ternura habitual. En marzo de 2016 fui a su casa de Marbella a pasar la Semana Santa. No fue tan idílico como pensaba. Pero lo pasamos bien. Salvo el castigo que me impuso de no hacer el amor conmigo ni el Jueves ni el Viernes Santo… por aquello de seguir el ayuno y la abstinencia. No pude evitar una carcajada burlona.

Poco antes, el escritor y periodista Juancho Armas Marcelo me había llamado de parte de Mario Vargas Llosa para invitarme a la cena de celebración de su ochenta cumpleaños en el hotel Villa Magna de Madrid. Es cierto que, desde que había empezado su historia de amor con Isabel Preysler, a Mario era muy difícil verlo. Le pregunté a Tristán si quería venir conmigo. Dijo que no. Otra de sus sutilezas. Yo debía ir, y lo hacía encantada, a todas las cenas, comidas y reuniones de sus amistades y familia, pero él no iba a las que yo pudiese organizar. Otra sanción correctiva del gran jefe.

Como se supo, porque la prensa se hizo mucho eco del evento, la cena de aniversario de Mario fue espléndida. Una gran asistencia. La organización corrió a cargo de la Fundación Internacional por la Libertad y la Cátedra Mario Vargas Llosa. El aperitivo nos valió a todos para saludar a conocidos y darme la oportunidad de que me presentasen a un montón de distinguidos invitados que me iban saliendo al paso. Muy especialmente a Isabel Preysler, por supuesto. Intercambié algunas palabras con ella. Mario e Isabel no se separaron ni un momento. Y él estuvo especialmente cariñoso con todos nosotros. Abrazos por doquier. Se le veía muy feliz. Vinieron los políticos de España. Todo el escalafón. No faltó ni uno. Bueno, el podemita bolivariano ni estuvo ni se le echó en falta. Mi mesa estaba animada. Hubo muy buenos discursos después de la cena. Yo me llevé una gratísima sorpresa cuando habló Juancho Armas Marcelo, director de la Cátedra Vargas Llosa, y pude escuchar cómo mencionaba mi nombre al rememorar la vez que coincidimos, tres años antes de que Mario obtuviese el premio Nobel, en Estocolmo para hablar y acompañar al escritor peruano. Mario cerró el evento con palabras de agradecimiento, y en especial dedicó unas frases muy sentidas y oídas para Isabel. Allí pude ver, como espectadora, de qué modo tan peculiar las personas pueden reaccionar ante una declaración amorosa pública de un hombre a una mujer, en este caso de Mario a Isabel.

Percibí que emergía una especie de pudor soterrado entre muchos de los asistentes, mientras que en otros se advertía una reacción más bien incómoda o envidiosa. Fue cuando, en su discurso, Mario decidió declarar su pasión amorosa públicamente, y el Nobel enamorado dijo: «Mi felicidad tiene un nombre: Isabel Preysler». No pude menos que recordar en ese momento la tarde en la que Mario pronunció su discurso de recepción del premio Nobel, y al gran escritor (emocionado) se le quebró la voz y provocó las lágrimas de Patricia, su mujer, al decir: «El Perú es Patricia, la prima de nariz respingona y carácter indomable… Ella hace todo y todo lo hace bien». Si hay un escritor vivo que sabe de amor, ese es Mario.

Esos meses estaba en vena como escritora. Había dado con el final de mi novela. Escribí las últimas páginas de *El sanatorio* casi sin buscarlas. Siempre termino comprobando que las palabras y las frases acaban apareciendo solas, a condición de que lo que llevo escrito haya alcanzado el sentido y el tono narrativos que yo procuro. Digamos, y lo entenderán bien los del oficio, que las últimas treinta páginas me fueron llegando como las ovejas cuando regresan al redil. Por apostura literaria.

Muchos hombres engañan. Tristán era uno de ellos. Descubrí su método. Crear confusión con historias sobre asuntos de trabajo, por ejemplo, y acto seguido provocar pelea. En estos casos siempre había una mujer a la vista, en el felpudo de entrada, en la casa o en el catre. Los días de Semana Santa que pasé en Marbella habíamos quedado para cenar en un restaurante con la *madame gigoló*, que se presentó con un desconectado pretendiente al que ignoró toda la noche. Fue una de las cenas más fastidiosas que he padecido. Sus frases no llevaban a otra cosa que no fuera su clara intención de ir acercándose al asiento de Tristán hasta sentarse en sus piernas y abrazarlo con un «jajaja» que recordaba, en la peor de las copias, a la película *Escopeta nacional*.

Tristán volvió a practicar el arte de la desaparición en el peor momento. Ah, claro, es que llegaba un cambio de estación y con el verano las huríes marbellíes se emperifollaban para recibir al tonto de turno. Caí en depresión y fui a visitar a un psiquiatra experto en seres dañinos o tóxicos. La verdad es que el doctor Alfonso, así se llamaba, conocía de sobra lo que hacer para no dejarse timar por un perverso, y las pautas a seguir para olvidarse por completo de él. Me recetó antidepresivos. Elontril comprimidos a base de bupropión. Un específico suave que también se utilizaba para dejar de fumar y se vendía sin receta. Lo tomé durante casi un año. No duraron tanto mis sesiones. Fueron pocas. Solo acudí en situaciones extremas. Unas diez en total. También yo tenía sobrada experiencia y había leído todos los libros sobre el tema. Estuve tentada de escribir el mío sobre este

asunto, que lejos de ser particular lo sufrían millones de almas benditas. De hecho, escribí un libro breve en mi ordenador, por sacarme de encima los demonios. Ese libro sigue durmiente en la carpeta de «basura» de mi computadora. No porque el texto sea malo, sino porque me fastidia solo pensar en volver a divisarlo. Mi galán fue desapareciendo por el foro. También era experto en autoencubrimientos. El desafecto sin que se note. Y quede yo como un señor.

Seguía triste y deprimida. Había terminado la primera versión de la novela. Tocaba reescribirla. Lo hice con una extraña energía creativa. Sin prisas. Sin editor. Sin novio ni amante a la vista con el que pudiera liberarme de aquel sentimiento. Soy de las que suelen llorar por los rincones, como Gardel en el tango. Decidí dejar Madrid de un día a otro. Podría haber conservado el piso un tiempo más. Fui drástica. Hui de Madrid con la sensación de fracaso.

Coincidió mi regreso a Barcelona con la llamada por sorpresa del diplomático José María Ridao para avisarme de que Juan (Goytisolo) había sufrido una caída y se había roto el fémur. Sus amigos y padres de «los chicos» lo ingresaron en un hospital de Marrakech, poco recomendable desde todo punto de vista. Lo habían operado y Ridao no estaba seguro de que todo hubiera ido bien. ¿Qué hacemos? Resolvimos por teléfono que Barcelona parecía ser la mejor solución. Además, allí estaba Julia, su sobrina. Fueron dos o tres llamadas a lo largo del mes de mayo.

Hacia el día 20 tomé un vuelo a Turín, a donde iba invitada por la editora italiana de un libro mío que se iba a presentar en la feria del libro de ese año. Dio la coincidencia de que «mi amigo» italiano vivía en esa ciudad. En una ocasión se presentó en Barcelona sin avisar, con intención de estar conmigo unos días, pero evité el encuentro. Puse la excusa de un viaje. En verdad, estaba con Tristán y no me apetecía. Suelo ser fiel cuando amo y soy amada. Solo cuando atisbo o compruebo deslealtad por la otra parte, desaparezco y me alejo del foco de infección. Pronta y sin tregua. Dos días antes de subir al avión avisé de mi llegada a mi chico italiano. Nos vimos a las pocas horas en mi hotel y me acompañó también a la presentación del libro. Se mostró tierno y amoroso. El reencuentro alivió los efectos que me había producido la fuga del cantamañanas, como suelo llamarlo.

Un buen día, Félix Riera, editor y promotor cultural, me llamó interesado por la novela que estaba escribiendo y estar al tanto de si avanzaba. Le respondí que la tenía casi terminada, faltaban las correcciones finales. Siempre es así. Te ayuda sobremanera a mejorar el texto saber que hay un editor tras de ti esperándolo. «Quiero leerla —dijo Félix taxativo—. Envíamela hoy mismo». Pocos días después recibí una llamada suya. Le gustaba. Y mucho. Me invitó a comer en el

Igueldo y ya mismo, Félix es expeditivo, decidimos publicarla en su nuevo sello, ED. Una aventura. Me sentí contenta.

A todas estas, comienzos de verano, Tristán volvió a emerger y acepté verlo dos días seguidos: un día tomamos café a media tarde y otro, una copa antes de cenar. Sin venir a cuento, insistió varias veces en asegurar: «Siempre te he sido fiel». ¿A qué venía este anuncio no solicitado? Jamás se me ocurrió hacer este tipo de declaración a nadie. Ya veo (*excusatio non petita, accusatio manifesta*). Supuse que llevaba todo aquel tiempo al servicio de *madame gigolo*. La guinda fue al final del segundo encuentro, cuando me propuso que me fuera con él ese mismo fin de semana a Menorca. Me negué. Y hasta más ver.

Estábamos a primeros de junio y José María Ridao, que ejercía entonces un cargo diplomático en Francia, había conseguido encontrar un avión para traer a Juan a Barcelona. Le ingresaron en la clínica Platón y fui a verle por la mañana. Dudé de que fuera el lugar adecuado para su estado de salud. Allí llevaron a mi padre cuando sufrió un ictus, y de la clínica lo devolvieron a casa para morir. Larsen estaba con Juan. Le pregunté si deseaba salir a la calle. Y eso hizo durante un rato. Me encontré a un Juan abatido. La cabeza la tenía clara. La caída había afectado la movilidad de sus piernas. Pregunté qué tal estaba en esa clínica. Mal. Estaba harto y deprimido. No fue nunca, ni tampoco entonces, exigente en este sentido, pero entendí que no era el lugar adecuado. Se decidió llevarlo al hospital de Barcelona, en la Diagonal, cerca de mi casa. Estuve yendo casi diariamente a visitarlo. Larsen, que no se separaba de Juan, aprovechaba mi aparición para ir a comer y dar un paseo. Encontraba a un Juan más animado. En una ocasión le llevé rosas. Y estuvimos hablando otro buen rato. Me pasó un artículo y me pidió que lo escaneara y se lo enviase a la persona que iba a transcribirlo en un ordenador. Siempre escribía a mano. El artículo era para *El País*, donde mantenía una colaboración periódica. Poco después el periodista Francisco Peregil, corresponsal en Marruecos, desvelaría que el periódico le pasaba en esa época una mensualidad de tres mil euros. Así hasta su fallecimiento.

Pasaban los días, acaso cinco, y empezó a protestar. «Quiero irme a casa. Y estar con los nietos». Siempre adorable el tono que ponía cuando se refería a ellos. Rida, de veintitrés años, Yunes, también de veintitrés, y Jalid, de dieciocho. El primero es hijo de su gran amigo Abdelhadi, y los otros dos lo son de Abdelhaq, hermano de Abdelhadi. La famosa tribu que Juan cuidaba y necesitaba. No hubo día en que no me repitiera varias veces que quería volver a Marrakech. Transmití el mensaje a José María Ridao, que siempre estaba al cuidado de su amigo. Fue así como Juan logró volver a su casa. Y pudo morir allí como quería: con dignidad.

Me entregué por entero a mi libro. Pensaba dedicar julio y agosto a revisar y mejorar estilo. De nuevo, había alquilado una casita durante un mes, siempre distinta, cerca de la playa. Quería estar sola, aunque me encontrara algo hundida a ratos. Las horas que cada tarde dedicaba a pulir *El sanatorio* (Félix quería publicar la novela a comienzos de otoño) fueron la mejor medicina. Vi a algunos amigos. Los Bofill, siempre cariñosos conmigo. Eduardo y Francisco. Pedro y Xavi. Algún pretendiente caído del cielo. Mi hija Bruna vino unos días. Mis nietas, dos semanas, con su madre y su padre, Marcelo. En septiembre, Tamara y Néstor, el psicoanalista, me llamaron para ir a cenar con motivo de la visita a Barcelona de la editora mexicana Consuelo Sáizar. En esa cena nos hicimos amigas.

Lo cierto es que volví a recuperar el ánimo. No el bienestar o el estado de placidez que el desamor se ocupa de enturbiar demasiado tiempo. En el coche solía poner música elevada. Como dice mi primo Gay Mercader, es el mejor lugar donde escucharla. Y eso de cantar canciones de desamor con sublime arrojo con el fin de matar inquinas garantizo que funciona.

El sanatorio estaba, pues, en galeradas, elegida la foto de portada y preparados los textos de cubierta para el libro final. Su llegada a librerías se había retrasado y estaba prevista para mediados de noviembre. El sábado 12 de ese mes, a media página, en *El País* apareció una foto de la periodista Mercedes Milá, expresentadora hasta entonces del programa *Gran Hermano*, para, por lo visto, hablar de libros. Decía ella misma que cuando en su programa hablaba de un libro, se agotaba en poco tiempo. Al parecer, este poderío de los medios le daba crédito para opinar sobre literatura. Mercedes, ya apartada del programa en cuestión, se refería en la entrevista a sus lecturas del momento. Por ejemplo, dijo que estaba leyendo «*Patria*, de Fernando Aramburu. Lo recomiendo». Acto seguido, sin que viniera a cuento, se pronunciaba a propósito de su «última decepción». Y ahí, la amiga de años de «mi enamorado» Tristán, aprovechando que él y yo no estábamos juntos, soltó las siguientes perlas: «Lo siento porque es amiga mía [*sic*], pero empecé anoche el último libro de Nuria Amat, *El santuario* [*sic* también: ni siquiera recordaba el título], y me pareció demasiado previsible. Habrá gente que le fascinará, a mí no me llegó».

Recuerdo estar sentada en la mesa, frente a la página del diario en mi iPad, y no daba crédito a lo que estaba leyendo. La maldad no tenía límites para esta mujer excéntrica. Sabemos, en efecto, la repercusión buena o mala que una voz mediática, en el peor sentido de la palabra, puede tener sobre un libro. De hecho, y esto quedó registrado en mi WhatsApp, dediqué mi tiempo tratando de consolar a la Milá cuando los infortunios que sufrió en su programa de Telecinco, donde habían decidido prescindir de ella. Antes de su canallada en

contra mía, salió en televisión llorando a lágrima viva en un escenario de un *Gran Hermano* que ya no dirigía. Sentí lástima y le escribí un mensaje de ánimo: «Te mando este pensamiento robado después de verte en la tele: yo solo me entrego al fuego y desaparezco. Un beso». Su respuesta fue: «Qué belleza, Nuria [y tres signos de exclamación]. Gracias por este regalo precioso». Pero tres meses más tarde recibí de ella esta puñalada por la espalda. Mi buena fe me llevó a pensar que Tristán haría que su amiga de toda la vida se disculpase en el mismo medio. Le envié a mi expareja una imagen de esta gran putada que me había hecho su amiguísima. Respondió, el muy gracioso, que la opinión es libre. El maestro en lecciones de ética volvía a escurrir el bulto. No era tanto que temiese enfrentarse a la Milá, sino más bien aprovecharse de aquella cabronada para verme sufrir.

Es sabido que la periodista no pretende tener amigos, solo adictos a su causa. Decidí no comentar con nadie mi disgusto. Me limité a decírselo por teléfono a mi hija Laia. Le pareció repulsivo. Quedó más afectada ella que yo misma. No la saludes, me insistió, cuando al mes siguiente nos dimos de bruces con ella. Ignoro si tuvieron repercusión sus palabritas. Como decía Juan Goytisolo: «Nuria Amat es una autora a contracorriente».

Después de tres años supe, por el propio Tristán, que en casa de Mercedes Milá, estando con un grupo de amigas suyas, la cantante y actriz Ana Belén entre ellas, él la oyó decir: «En una entrevista que me hicieron en *El País* me comporté pésimo. Hablé mal de la novela de Nuria Amat cuando en realidad no la había leído».

Sí. Infame. Eso fue lo que dijo. Yo me quedé de piedra. Conseguí disimularlo. Nunca vale una disculpa privada por una afrenta pública. Y Mercedes no se disculpó en ningún medio, ni en *El País* ni en ningún otro. Donde habría debido hacerlo.

En contrapartida, la novela ha tenido muy buenos lectores. A los pocos días de este ataque me sucedería algo extraordinario. Yo solía asistir en Barcelona a la cena del premio Nadal. Durante el aperitivo que precede a la cena, los invitados aprovechan para saludarse e intercambiar cuatro palabras. Mientras charlaba con unos y otros, sin conversar realmente con ninguno, distinguí que un hombre monumental y, en el buen sentido de la palabra, sensible y desprendido, y me refiero al poeta y editor Pere Gimferrer, se dirigía directamente hacia mí, cosa inaudita en él, pues se pasaba la vida huyendo de todo ser viviente. A buen paso venía, y repitiendo mi nombre: Nuria, Nuria… Hasta que se plantó a mi lado. Se mostró agitadísimo, pensando ya en lo que había venido a decirme, y yo quedé en ascuas. Hasta que empecé a oírle decir, en catalán: «*He llegit el teu llibre, "El sanatorio" i m'ha entusiasmat. Quina novel.la extraordinaria…*». (Traducido: «He leído tu libro *El sanatorio* y me ha

entusiasmado. Qué novela extraordinaria…»). Mientras escuchaba a Pere experimenté un regusto que se inició en el estómago, pasó por la agitación del tórax y llegó a mi cabeza, que voló en éxtasis. Solo añadió que no sabía quién se la había dejado en el escritorio de la editorial. No va conmigo apremiar a escritores y críticos para que me dediquen elogios. Lo digo porque yo no se la envié. Además, no se trataba de una novela publicada por Planeta, donde Gimferrer reina sin corona desde siempre. Recuperada de la maravillosa impresión, quise tener más noticias sobre la lectura del gran poeta. Imposible. Varios secuaces se habían precipitado a su alrededor y trataban de conseguir su atención. Gimferrer, fiel siempre a sí mismo, salió huyendo, pero antes le dio tiempo a oírme decir: «Te llamaré». Ya escapando hacia otro lado, volvió la cabeza e hizo un ademán afirmativo.

Me sentí feliz. Me importaba un comino el amor de cualquier cantamañanas. En esta clase de trances vitales me acuerdo de los que se han ido, porque ya no puedo llamarlos ni contarles lo que me acaba de suceder. No veía el momento de contárselo a mi editor, Félix Riera. Me respondió que aprovechara la circunstancia y le pidiera a Gimferrer que escribiera todo eso. Le recordé que nunca he pedido nada así a nadie. Félix insistió. Poco tiempo después le telefoneé tal como habíamos quedado. Pere me dijo exaltado que había leído la novela una segunda vez. Y que se mantenía en su opinión: «Es una novela excelente». Enmudecí. Añadió además que me lo escribiría todo por carta. Lo siguiente que recuerdo es que, en efecto, llegó esa carta con sus palabras de elogio encendido. De las que el editor sacó un epígrafe que se puso en la faja de portada del libro.

15

EXPLORADORA, REVOLUCIONARIA Y AMANTE

En enero de 2017 tuvo lugar la presentación de mi novela *El sanatorio* en el hotel Alma de Barcelona. Hablaron del libro Francesc de Carreras y el periodista Lluís Amiguet. Tuvimos la gran sorpresa de que el aforo se llenó al completo, y fueron bastantes personas las que quedaron fuera. En febrero, Félix Riera y yo recalamos en Madrid para la presentación a prensa. Descubrimos que Leonor Mayor, de *La Vanguardia Digital,* había colgado en primera página: «La Generalitat cede su "embajada" en Madrid [en la sede del delegado del Gobierno catalán, en la calle de Alcalá] para la presentación de un libro contra la independencia. *El sanatorio*, la última novela de Nuria Amat, es también la primera obra de ficción sobre los movimientos identitarios y otras formas de populismo. […] En *El sanatorio,* Amat se muestra crítica con el Brexit, los populismos de izquierdas y de derechas que recorren Europa, y con el independentismo en Catalunya».

Veo aún la sonrisa de Lola Ferreira, que actuó como organizadora por parte de la editorial, moviendo sus soterrados hilos de satisfacción. Y debo significar la categoría de los presentadores: José Andrés Rojo, editor de Opinión en *El País*, y el periodista, escritor y colaborador de varios medios José Antonio Zarzalejos, quien tuvo la gentileza de comparar a mi favor mi novela con *Patria*, de Fernando Aramburu, que había salido casi a la par.

El que fue «enamorado en su día» no volvió a aparecer en meses. Ni ganas, le decía yo a mi neumático salvavidas. El mundo parecía protegerme, pues casi todo marzo lo pasé fuera de España. A principios de verano, estuve dos semanas largas viviendo en casa de mi hija Laia en Nueva York. Salí menos a la calle de lo que tenía por costumbre, me encontré con algunos amigos, disfruté de mi nieta Frida, de cuatro años entonces, viéndola trastear por el apartamento y mi dormitorio. Aproveché para leer mucho. Estaba prevista la presentación de *El sanatorio* en la ciudad neoyorkina en otoño. Mi amigo, el escritor y politólogo David Rieff, sería el presentador (tal como habíamos pactado nosotros dos de antemano) y el lugar elegido fue la American Society, en pleno Manhattan.

La segunda parte de este viaje me llevó a Ciudad de México. Meses antes, la suerte quiso que Consuelo Sáizar, en un almuerzo ocasional con Lidia Camacho, que era entonces la directora general del Instituto Nacional de Bellas Artes, comentase con ella que yo iba a hacer escala en México al regresar de mi estancia en Nueva York. Lidia le pidió que me preguntara si yo aceptaría una invitación al

Palacio de Bellas Artes, que en México es tanto como decir el olimpo de las letras. Encantada ante ese privilegio, a vuelta de *email* respondí que sí muy agradecida. Solo faltaba un presentador. Se me ocurrió que fuese la escritora Sabina Berman, autora de una novela inolvidable: *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo*. Fue una celebración de toda mi trayectoria literaria, y Sabina hizo de sabia e inteligente conductora. De vez en cuando interrumpía sus palabras para que una actriz leyera algunos de mis textos. Resultó hermoso y sugerente.

Y no puedo olvidar el día entero que pasé con esas queridas amigas que son Fernanda Familiar y Mercedes Barcha, la Gaba. Apodo en el que ella florecía. Por la tarde, Fernanda nos llevó a la Gaba y a mí a su casa para que pudiéramos entregarnos a la charla, la risa, la nostalgia y el chismorreo hasta que el tiempo aguantase. Le encantó a Mercedes que le hablase de Barcelona, de mis hijas, mis amigos y mis supuestos novios o pretendientes. Era su manera entrañable de mostrarme cariño y cuidado. ¿Y Barcelona…? «No la reconocerías», le dije a Mercedes, que siempre mantuvo recuerdos tiernos de la ciudad donde vivieron con sus hijos, compraron apartamento y a la que no dejaron de regresar tras su partida, al igual que hicieron Mario y Patricia.

Al siguiente día tenía en mi programa una cena de agasajo y homenaje que la periodista y empresaria Rossana Fuentes Berain me había preparado en su casa. Lugar simbólico, me describió Consuelo Sáizar, que durante la transición política de México había frecuentado gente significativa, desde Carlos Slim hasta García Márquez, pasando por una lista de parecido rango.

En casa de Rossana tanto el salón como el resto de la planta baja estaban al completo de mujeres inteligentes y poderosas. Líderes del pensamiento en el país. Algunas, como Denisse, Lidia, Consuelo, Julia, Sabina… eran ya amigas queridas. También fui conociendo a otras como Sari Bermúdez, exministra de Cultura y las Artes, la senadora María Elena Pérez-Jaén, la publicista Ana María Olabuenaga, considerada primordial en su campo (me entusiasma esta frase suya, y aunque sea buena, no siempre es cierta: «Detrás de una gran mujer hay otra gran mujer. Pídele ayuda. No te va a fallar»), la actriz y directora Patricia Reyes Spíndola, la historiadora Gabriela Cano… La noche fue expansiva, alegre y de una cordialidad para conmigo fuera de toda medida. Trato de citarlas a todas por su nombre. Sobre todo, por el impacto que este grupo de mexicanas representaba, todas brillantes en política, cultura y economía. No he visto ningún otro país en el que haya habido una generación tan singular de mujeres profesionales que hayan logrado, como ellas en México, liderar su país en lo cultural y alcanzar además semejantes cuotas de poder. Mujeres meritorias y valerosas. Que hicieron que me preguntase cómo un

fenómeno tan necesario e importante se había dado allí, en México, y no, por ejemplo, en España. ¿Será debido a cierto individualismo competitivo que entre nosotros aqueja a los grupos de mujeres profesionales?

Y esta reflexión, a su vez, me traslada a otro tema que entra de lleno en la actualidad. Visto lo que sucede en España y en el espacio político en general durante la pandemia de coronavirus. Me refiero a las muestras de la flagrante egolatría, deficiencia intelectual y desinterés humanitario de algunos gobernantes populistas varones (Donald Trump, Boris Johnson, Pedro Sánchez, Bolsonaro…) y de sus gregarios seguidores. Estas conductas tan ineptas están muy lejos de verse en algunos gobiernos dirigidos por mujeres ejemplares, que sí han mostrado auténtico liderazgo y efectiva prudencia y sabiduría, como Angela Merkel en Alemania; Jacinda Ardern, la primera ministra de Nueva Zelanda; la liberal Sophie Wilmès, que fue primera ministra de Bélgica; o la socialdemócrata primera ministra de Dinamarca Mette Frederiksen. La humanidad está condenada a desaparecer, dijo años antes García Márquez, y añadió: «Lo único nuevo que podría salvarla en el siglo XXI es que las mujeres asuman el mando».

Hubo otro descubrimiento durante mi último viaje a México. Fue la visita a la Ciudad de los Libros. Una biblioteca de bibliotecas creada por Consuelo Sáizar, entonces ministra de Cultura (Conaculta). Se le ocurrió la genial idea de reunir en una antigua fábrica de tabacos del D.F., un recinto de 40.000 metros cuadrados (que antes también había sido cuartel, hospital y cárcel militar) con jardines, patios, grandes pabellones, naves…, las bibliotecas personales de escritores mexicanos como García Terrés, Alí Chumacero, Carlos Monsiváis, José Luis Martínez y Antonio Castro Leal. En cada una de ellas están todos los ejemplares de los libros publicados por cada escritor, en la misma posición que en los estantes privados donde los había colocado cada uno, empleando también los mismos anaqueles y las mismas librerías, incluyendo en cada caso las primeras ediciones de sus autores más admirados, y, cómo no, las fotos, los recuerdos y demás objetos que esos escritores habían dispuesto en sus casas. Todo está organizado de tal modo que el visitante puede moverse por esas bibliotecas, sentarse a cualquiera de las mesas y tomar un libro y hojearlo o leerlo con la misma comodidad que lo haría en su propia casa, pero sabiendo que es como hacerlo en la que fue la vivienda de esos autores tan grandes.

Carmen Balcells quiso también convertir Barcelona en la ciudad que debía albergar el archivo y las bibliotecas de los grandes escritores latinoamericanos y españoles. E incluso de muchos autores del mundo entero. Movilizó a toda la política catalana y española para llevar a cabo su magnífico propósito. Quería transformar los antiguos cuarteles de Barcelona, empezando por el edificio del cuartel de

Pedralbes, en espacios adaptados para que pudieran albergar los archivos. La idea de Carmen habría logrado convertir nuestra ciudad en un referente cultural a escala global, con efectos comparables, en otro campo, a los que produjeron las olimpiadas.

Pero por mucho diálogo que quiso entablar con Ferran Mascarell, entonces consejero de Cultura, y con otras autoridades políticas catalanas, no hubo modo. El nacionalismo catalán (hispanofóbico y muy imbuido de separatismo) llevaba años con una tendencia a eliminar de Cataluña todo atisbo de literatura hispana y catalana escrita en español, como di cuenta en artículos míos escritos sobre el tema. Todo eran buenas palabras al principio. Así se lo contó Carmen Balcells a algunos íntimos con inesperada ingenuidad por su parte. Hasta que llegó a comprender que su sueño no tendría lugar. Y resolvió llevar a Madrid su archivo literario, correspondencia personal, así como los manuscritos y materiales de los autores más relevantes de la literatura española e hispanoamericana. Al fin, se los vendió al Ministerio de Cultura. Salvo los fondos que decidió donar a México, a la FIL de Guadalajara, en cuyo Centro Documental de Literatura Iberoamericana Carmen Balcells se puede consultar ahora un archivo histórico de sesenta años de gestión de trescientos escritores, entre ellos seis premios Nobel, además de libros, contratos, correspondencia y fotografías.

Regresé a Barcelona tras este viaje a Nueva York y México con fuerzas recuperadas y dispuesta a dar la batalla cultural y política. Estamos en plena primavera de 2017. A mi llegada, el conserje me entregó el típico carro de la compra negro lleno de enormes gladiolos blancos y un sobre entre las flores. Estas ya estaban mustias, pero no tanto como para no poder aprovechar algunas y ponerlas en un jarrón. El envío era de Tristán. En el sobre que acompañaba el regalo encontré una tarjeta grande con estas palabras: «Un beso, Tristán». Meses atrás me ocupé de que alguien llevase a su casa los regalos, en su mayor parte muchos libros suyos o sobre su familia y sus insignes antepasados, que me había ido dando mientras estuvimos juntos. Su ilusión era que quedaran en mi biblioteca, huella de su paso por mi vida. Ahora, su deseo y el mío habían perdido sentido. Conservaba, además, una carpeta donde había ido colocando las cartas poéticas que me escribía y los poemas de amor que me había dedicado. ¿Él era un poeta? Sí y no. El amor convierte a todo hombre en poeta, dice la sabiduría antigua. Esta carpeta no la incluí en el mismo saco del «rosario de mi madre» no solo porque eran míos, sino también porque, de habérselos devuelto, lo veía capaz de enviarlos a otras gacelas avejentadas. Tampoco incluí el anillo «de promesa de amor hasta que la muerte nos separe», por si llegase a perderse en el trayecto. Mi respuesta, por WhatsApp, fue lacónica: «Llegaron las flores y el beso de Judas». Le

dolió lo de traidor.
El domingo 4 de junio murió Juan Goytisolo en Marrakech. Desde que se fue de Barcelona, yo estaba al tanto de su salud, muy delicada debido al ictus cerebral que sufrió dos meses atrás, del que estaba informada gracias a las noticias que iba transmitiéndome José María Ridao, siempre pendiente de Juan cuando su rotura del fémur. Desde la clínica, Juan llamaba a José María para pedirle ayuda. Quería que convenciera a los médicos del hospital de Marrakech de que le dieran permiso para volver a casa. No quería gastar en clínicas, de ahí también que hubiera redactado un documento autorizando la eutanasia, con la única intención de dejar su dinero a sus tres ahijados.

Ese domingo por la tarde mi teléfono no paró de sonar. Primero fue Juan Cruz para darme la noticia y pedirme un texto necrológico para *El País*. Otros amigos llamaron para expresar sus condolencias. A media tarde, Xavi Ayén, de *La Vanguardia*, me pidió por favor unas palabras mías sobre Juan. A uno y otro les dije lo difícil que me resultaba escribir en un momento tan doloroso. Algo más tarde, me senté frente al ordenador y conseguí redactar algunas frases sobre Juan para *El País*. No me sentí nada satisfecha. Pero se las envié a Juan Cruz, que publicó ese texto, entre otros, al día siguiente. En momentos de dolor, la presión de un encargo inmediato es mala compañera de escritura. Para otros puede ser un incentivo. Xavi Ayén volvió a llamarme. Eran las ocho de la noche. «No te lo puedo asegurar», le dije. De pronto, llegó el instante inspirado, el milagro de la frase. Lágrimas para Juan vivo.
Siguiendo en el verano de 2017, en mis lecturas diarias de periódicos algunos de los titulares de prensa española decían: «Hemos sido sumamente torpes con Cataluña». «Puigdemont aboga por crear un ejército catalán». «La ley catalana de ruptura viola el Estatut y prefigura un régimen autoritario». «Volcado en su golpe contra la Constitución, el nacionalismo catalán ha cruzado una línea moral por la que perderá». «Los grandes de Europa alertan del peligro para la UE del secesionismo». «Parlament secuestrado». «Puigdemont, el loco». «La editorial Planeta se prepara para marcharse si Cataluña se independiza». «En pocos meses, cinco mil empresas catalanas, incluida la Caixa, sacaron sus sedes de Cataluña para instalarse en otro lugar de España».

La necesidad de manifestar la verdad me llevaba a hablar con periodistas extranjeros y a enviar *whatsapps* «en vivo y en directo» a periodistas catalanes amigos que participaban en tertulias donde se debatía en torno a las triquiñuelas separatistas. Lo hice varias veces con Josep Cuní, director del programa más visto en 8TV, con Álex Sàlmon, director de *El Mundo* en Cataluña, en alguna ocasión también

con Arcadi Espada, en la tertulia de Ana Rosa Quintana, y con Xavier Vidal-Folch, exdirector adjunto de *El País*… Y me respondían por el mismo método. Estaba fuera de toda lógica que en las cadenas de televisión de Madrid, donde todas las mañanas se celebraban dos tertulias políticas en las que se hablaba a diario del peligroso y falaz «*procés* catalán», tuviesen también como invitados a «opinadores» que eran verdaderos portavoces de los partidos políticos independentistas. En cambio, apenas solían invitar a los catalanes que sufríamos esa locura perversa, pese a que conocíamos de primera mano el problema, llevábamos tiempo soportando sus miserias y podíamos ir a delatar la cantidad enorme de engaños y noticias falsas con las que se estaba manipulando a millares de catalanes y a parte del extranjero.

En julio 2017 el monotema *procés* se caldeó al máximo con el anuncio del famoso referéndum de autodeterminación. Se mostraban convencidos de que dos días después de publicar los resultados del referéndum de pacotilla se proclamaría la independencia.

Y en el meollo de esta situación, todo el mundo callado.

Contaba yo con un buen compañero de fatigas, José Andrés Rojo, escritor, periodista de *El País* y nieto del célebre general Vicente Rojo. Era uno de los principales redactores de la sección de Opinión, y mi interlocutor cuando yo colaboraba en esas páginas. El 10 de julio empezamos a intercambiar mensajes. Digamos que me convertí en portavoz de las cuitas separatistas que nos sucedían a diario. Incluso la Universidad de Barcelona (por cierto, la mía) se plegó al separatismo sí o sí. Lo que significó que veinticuatro personas del consejo de gobierno condicionaron la voluntad de más de sesenta mil estudiantes y profesores. Como en los inicios del nacionalsocialismo.

Al siguiente día escuché en la tertulia política de Ana Rosa Quintana repetir la frase siguiente: «Todos los catalanes son independentistas». Me quedé atónita. Se me ocurrió una idea. Envié a Rojo este mensaje:

—Creer que todos los catalanes somos independentistas, además de incierto, es una barbaridad. Vamos, que no es verdad. [Y aquí va la idea]. *El País* debería preguntar opiniones sobre el dichoso *procés* y demás a los que estamos dentro.

—Lo propondré. Gracias por mantenerme al tanto —me respondió.

—Te puedo ayudar con nombres.

Voy a caballo ganador y escribo los siguientes: Teresa Freixes, Isabel Coixet, Francisco Rico, Eduardo Mendoza, Jorge Herralde, Juan Marsé, Beatriz de Moura, Joan Manuel Serrat, Javier Sardà…

Pasan unos días y recibo una llamada de Juan Cruz en la que me avisa que el periódico quiere «preguntar a varias figuras de la cultura catalana y conocer su opinión sobre el referéndum» y sobre otras

mañas del Gobierno independentista. Juan me propone tres o cuatro preguntas por teléfono. Le respondo que contestaré encantada, y si no le importa que lo haga por escrito. Curtida en estas lides, aprendí años atrás que, en temas relevantes, en situaciones en las que tienes que dar respuestas apresuradas, si quieres ser claro y exacto, y no tener interferencias, lo mejor es contestar por escrito.

Y el lunes 24 de julio de 2017 (no se me olvidará), al ir a comprar la prensa vi en portada de *El País* el siguiente titular: «Escritores y artistas catalanes rechazan el referéndum». Y en subtítulo: «Mendoza, Serrat, Coixet, Amat y otros artistas e intelectuales catalanes se pronuncian sobre el proceso secesionista». Juan Cruz, con muy buen criterio, añadió a la lista a Mario Gas, Lluís Pasqual, Joan Botella y Valentí Puig. El resultado que obtuvo el titular fue grande. Fue un antes y un después en el panorama catalán. En especial, porque desde esa fecha en adelante, con aquel plantel de figuras catalanas posicionándose en contra del separatismo, desapareció el miedo a hablar públicamente en Cataluña sobre el tema de marras. Los catalanes se atrevieron a pronunciarse y comenzaron a hablar y expresar lo mismo que decían en privado ahora en familia, en reuniones, en el trabajo. Por fin hablaban del infierno separatista.

El mes de agosto parecía que nos lo dejaban para descansar un rato. Aproveché para pasar unos días con mi familia y otros sola en el mar de la Costa Brava. Hasta que un mediodía, al terminar una comida con amigos cerca de Torroella de Montgrí y subir al coche para regresar a casa, debía de ser sobre las cuatro de la tarde, escuché por radio la noticia terrible del atentado en las Ramblas de Barcelona. Detuve el coche. Lo primero que hice fue llamar a Jordi, pues su despacho estaba en la Ramblas, justo enfrente de donde había ocurrido la tragedia, cuyo brutal resultado aún no se conocía. Me contestó que estaba fuera de la ciudad. Hablé también con Bruna. Y seguí a la escucha radiofónica de las muertes del trágico atentado, reivindicado por el estado islámico en Barcelona. Al llegar a casa, puse la televisión y quedé aturdida el resto del día y también al día siguiente viendo la catástrofe del atropello masivo ocasionado por la furgoneta conducida por un yihadista del comando terrorista. Por la noche se añadió el segundo atentado, en Cambrils, por parte de miembros del mismo grupo de Barcelona.

Lo que sucedió pasados dos días en el acto de homenaje a las víctimas fue vergonzoso. Los independentistas, con Carles Puigdemont a la cabeza, politizaron el acto. Avisaron de antemano de que el jefe del Estado, el rey Felipe VI, no estaba invitado, y solo querían que asistieran los representantes del Gobierno catalán porque «Cataluña es su casa». Se pudo constatar en las imágenes que transmitieron la tensión latente con la visita del rey Felipe VI y la de Mariano Rajoy,

presidente del Gobierno de España, al coincidir con el presidente catalán, Puigdemont, y la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, ambos con expresión huraña. Mientras tanto, entre la muchedumbre separatista se alzaban a mogollón banderas de ellos para reivindicar la famosa independencia. Xavier Vidal-Folch escribió una dura crítica contra los líderes «indepes» por servirse del atentado y de sus víctimas a favor de su movimiento: «Como si alguien hubiese identificado terrorismo con secesionismo. Infame fue que el consejero de Interior, Joaquim Forn, dividiese "por razas" a los fallecidos víctimas del atentado: dos personas catalanas y dos personas de nacionalidad española».

Para echar más leña al asunto, el pregón de las fiestas de Barcelona de ese año se lo había encargado el ayuntamiento a Marina Garcés, amiga de colegio de la alcaldesa Colau. Marina es la hija de la primera mujer de Jordi, el hombre al que amé, con el que viví veinte años y con quien tuvimos a nuestra hija Bruna. La Asociación de Víctimas del Terrorismo calificó de ruin y despreciable el pregón de la Mercé de aquel año por decir, textualmente: «Todos llevaremos una ausencia igualmente dolorosa: la de las personas que no volverán nunca más a Barcelona…Y junto con ellos, también, la de unos jóvenes de Ripoll (Lleida) que tampoco estarán y sobre los que siempre tendremos la duda de si realmente querían morir matando, como hicieron».

«¡Hombre, no! Esa duda no la tenemos», le respondió el escritor Ignacio Vidal-Folch en uno de sus artículos, que aprovechó para decir de ella que su discurso le había parecido «ramplón, pero ideal para filisteos». No vale cualquier cosa para llamar la atención. Me dolió que fuera ella.

Dura tirantez provocó en Barcelona la comitiva de políticos llegados de Madrid. Entre ellos estuvo Teresa Fernández de la Vega, y al encontrarme con ella el mes siguiente en Marrakech, a donde fui llamada a participar en un homenaje en memoria de Juan Goytisolo, me dijo: «Pasamos realmente miedo».

Mi ánimo en este viaje estaba bajo mínimos. Me hundí al pisar tierra y yendo camino del hotel. Era la primera vez que llegaba a Marrakech y no vería a Juan. En momentos de mala racha suelo agarrarme al salvavidas de un amigo cercano con el que charlar buscando alivio para la conmoción que me cruje por dentro. Esa vez pude compartir mi añoranza con Yolanda Soler, directora del Instituto de Cultura de Marrakech, muy amiga de Juan y estupenda persona que me recibió con los brazos abiertos. Fue mi faro durante esos días. Una vez en la habitación supe que regresaría a Barcelona lo antes posible. Yolanda me ayudó con los trámites. Lo que me llevó a pensar en otra de las peculiaridades que compartía con Juan: la rémora que

nos impulsa a acercarnos a mujeres fuertes, inteligentes y protectoras. Aline Schulman fue otra de ellas. Y la Gaba. Como lo fueron para Juan Susan Sontag y Barbara Probst Solomon. Sin olvidar a su esposa, la escritora Monique Lange.
Tenía viajes programados hasta final de año. Mi novela *El sanatorio* entraba de lleno en la historia de un país agredido por una epidemia política. Revisando mi correo de 2017, me impresiona comprobar envíos compartidos de artículos, noticias de amenazas, bulos… Y no digamos los *whatsapps*. En esos días, periodistas de diferentes países del mundo comenzaron a pedirme entrevistas por vía telefónica o *email*. Algunas las respondía entre un vuelo y otro. Para una escritora vocacional, tanto trasiego es peligroso. En este caso, yo también estaba defendiendo un libro. Los movimientos del independentismo catalanista indicaban que la catástrofe estaba cerca de estallar, como en efecto ocurriría el 27 de octubre, con la declaración unilateral de independencia en el Parlament. Tocaba sufrir aquí un remedo del terrible espectáculo de república bananera. Se trababa antes de montar un referéndum (ilegal) que se celebró el día 1 de octubre de 2017.

Entre tanto, Societat Civil Catalana (SCC), asociación esencial y exitosa enfrentada al movimiento separatista, estaba preparando en Barcelona su manifestación masiva contra la independencia y en defensa de la unidad de España para el domingo 8 de octubre. Su presidente de entonces, Mariano Gomá, me pidió colaboración y llevé a personas representativas de distintos ámbitos: Óscar Tusquets, Luis Goytisolo, Beatriz de Moura, Valerie Miles, Aurelio Major, Ignacio Gómez de Liaño… Aquel acontecimiento fue uno de los más grandes y emotivos que he podido vivir. Su fecha ha quedado registrada como celebración histórica. Barcelona salió a la calle. Desde más arriba de la Diagonal hasta más allá del mar todas las calles barcelonesas estaban ocupadas de manifestantes unidos por un solo grito: ¡España unida!

Ante nuestra sorpresa llegaron ciudadanos de todas las ciudades españolas a luchar contra lo que era un ataque sin precedentes en la historia de la democracia. Algunos habían venido del mismo Nueva York para unirse a nosotros. Comprobamos que había un millón de personas clamando de felicidad por saberse por primera vez acompañados, tras una dura travesía de abandono y soledad que había durado demasiados años.

La noche siguiente, primer lunes de octubre, como cada mes durante los últimos seis años, los participantes en la tertulia política volvimos a reunirnos. Francesc de Carreras era el único que no podría asistir ese día. Cuando llegué, con algunos minutos de retraso, estaban charlando de algo que no recuerdo. Parecían animados, así que respeté su conversación discretamente, hasta que entré mi cuña

diciendo que imaginaba que ya habían hablado del enorme éxito de la manifestación. Era la noticia principal en las portadas de los diarios, tanto en España como en el resto del mundo. Me miraron algo evasivos. «¿No fuisteis?», pregunté casi molesta. Joan Tapia, años atrás director de *La Vanguardia*, me miró de soslayo, como desentendiéndose del asunto. Y entre dientes dijo que, en efecto, solo se acercó un poco y vio, dijo, que todo eran banderas españolas.

—¡Qué dices! ¿No has visto las fotos? —respondí algo inquieta—. Un *totum revolutum* de banderas catalanas y españolas. Es más. Esta manifestación ha sido un antes y un después para el tema separatista. Hemos ganado, ¿no os dais cuenta?

Los tertulianos insistían en eso de que hubo demasiadas banderas españolas. ¿Era una excusa o lo pensaban realmente? Ninguno se había dignado a asistir. «¡Cuando, además, teníamos al insigne ministro socialista Pepe Borrell dando un fantástico discurso contra el separatismo!», les insistí. Traté de reprimirme un poco. Pero les recordé a todos un hecho:

—Esta tertulia tuvo una única razón de ser, como sabéis perfectamente. Hablar y debatir contra la trampa independentista. Reunirnos una vez al mes a modo de resistencia. Y cuando al fin, por primera vez, hemos vivido el mayor acontecimiento a nuestro favor, en defensa del propósito que nos ha unido durante años, cuando ha habido una manifestación gigantesca a favor de la democracia, ¿lo tomáis como una frivolidad?

Lo que siguió fue un silencio con medias sonrisas. Hasta que, de pronto, se me encendió la bombilla.

—Claro, ahora lo entiendo. Habéis seguido la consigna del Partido de los Socialistas de Cataluña. La de no definirse. Dar la razón a ambos bandos. Una actitud farisaica. Las manos blancas de Pilatos.

Me pareció un grave error, insistí, no participar en la manifestación porque esta era la consigna del PSC, que por lo visto era también nacionalista. Por suerte, Miquel Iceta, que fue primer secretario de ese partido, tiempo después cambió de idea y a partir de entonces se unió a las manifestaciones no independentistas de SCC.

No lo planificamos. Pero aquel día fue la última cena de la tertulia.

Juan Camilo Sierra, director de la Feria del Libro de Cali (Colombia), se puso en contacto conmigo por vía telefónica. Quería preguntarme si aceptaba ser la convidada especial en la Feria del Libro 2017, que se celebraba en octubre. Por teléfono Juan Camilo ya me pareció un hombre entregado a su trabajo y de un entusiasmo arrollador. Consuelo Sáizar me había hablado de su calidad profesional. En la misma llamada me ofreció publicar una nueva edición de dos libros míos, en coedición de las once universidades del Valle (Colombia).

Elegimos la novela *Reina de América* y mi biografía de Juan Rulfo. Hicieron dos ediciones espléndidas. El día 11 de octubre llegué a Cali, la ciudad donde Óscar pasó su adolescencia y terminó el bachillerato, y también el lugar donde vivía su familia y que visitamos juntos en nuestro viaje a América Latina. También a él querían hacerle un homenaje. Mi hija Laia, feliz como yo ante la nueva posibilidad de estar juntas en un acto dedicado a su padre, decidió acompañarme, lo que multiplicaba mi ilusión en el viaje. Con Darío Henao, compañero incondicional de Óscar, escritor, profesor y actualmente decano de Humanidades de la Universidad del Valle, habíamos planeado la posibilidad de que esa misma universidad reconociera la figura de su gran escritor y cediese un espacio para albergar la Biblioteca Óscar Collazos. «A mí me gustaría que mis libros y los de mi biblioteca los pudieran leer los jóvenes», le dijo Óscar a Darío pocos días antes de fallecer.

Todo estaba preparado, pero, como sucede a menudo en Colombia: aún no ha podido ser.

A los pocos días de mi regreso a Barcelona, el amigo y escritor italiano Maurizio Serra tuvo la amabilidad de ser mi interlocutor en la presentación de *El sanatorio* en la sede de la embajada española en Italia, ubicada en la *piazza* Borghese de Roma (el 26 de octubre de 2017). Ion de la Riva, agregado cultural de la embajada, me había incluido en su calendario de actividades literarias y artísticas («Remover Roma con Santiago») de ese año. El título de la charla a la que yo debía referirme era «*Il fantasma populista e nacionalista nelle democrazie occidentali*». El acto se celebró con una gran concurrencia y Maurizio estuvo excelente como introductor del evento. Puso énfasis en mi condición de intelectual. Y yo dije que, aunque fuese halagadora esa calificación, evitaba ponerme esta etiqueta, aun a sabiendas de que el estudio, la reflexión crítica y el intento de influir en la opinión pública son actividades necesarias y comunes en muchos novelistas y poetas.

En efecto, mis demonios contestatarios se han ido manifestando a lo largo de mi vida en artículos y cierta actividad política que vengo desarrollando en los años recientes. Y eso se debe a que nos enfrentamos a un poder que, en muchos países, se rige por los dictados de una sola voz, contraria al pluralismo, ajena a procedimientos democráticos y capaz de llegar a pactos parlamentarios con partidos quiméricos. El antiguo dictador se ha transformado hoy en una caricatura de político supuestamente democrático que miente a cara descubierta e incita a que sus votantes se truequen en informadores públicos. «Aquellos que se consideran expertos en un tema son invadidos por una avalancha de opinadores que se cuela por todos los resquicios», escribe el sociólogo Roger

Bartra. En esta selva, hasta el profesor de turno o el filósofo de pacotilla pueden llegar a alcanzar cargos públicos, como la vicepresidencia de un gobierno. Así ha sido en España con el mismo Pablo Iglesias que durante diez años asesoró a Hugo Chávez en el inicio de su mandato, aquel mismo Chávez que en una alocución pública en Venezuela llegó a decir (1999): «Nosotros vamos a proponer aquí una reforma constitucional, una transformación del sistema político para tener una democracia verdadera, mucho más auténtica». Y a los pocos meses, alentado, entre otros, por sus asesores comunistas Iglesias y Juan Carlos Monedero, se dispuso a liquidar un país instaurando un régimen de terror denominado Revolución Bolivariana.

Llegué a Roma el miércoles 25 de octubre. Y mi vuelo de regreso era el domingo. La presentación tuvo lugar la tarde del jueves 26. Unas fechas que me resultaron especialmente complicadas pues estaba a punto de llevarse a cabo la declaración unilateral de independencia de Cataluña. Así y todo, fui a Roma con mucha ilusión, animada por los amigos que encontraría y por esa maravillosa ciudad que te invita a eternizarte en ella, y al mismo tiempo con grande inquietud y la tensión correspondiente que me embargaba. Seguía al minuto en mi iPad la amenaza, ahora inmediata, del Gobierno catalán independentista de Puigdemont, dispuesto a todo, con golpe de Estado incluido, para separarse de España siguiendo los dictados amañados del Parlament de Cataluña. Me costaba hablar o pensar en otra cosa.

Supe que el viernes podía suceder algo importante y yo quería estar allí. Escribí un *whatsapp* al periodista José Andrés Rojo de *El País* preguntándole si les interesaba un artículo mío contando desde Roma «lo que está ocurriendo ahora en Cataluña», creo que le dije. De acuerdo, me contestó. «Me lo envías tan pronto puedas».

A las nueve de la mañana del jueves salí del hotel y caminé hasta la *piazza di* San Lorenzo in Lucina, un lugar recoleto en el que el sol otoñal me invitaba a sentarme frente a la ventana más alta del pequeño café. Saqué de mi bolsa las hojas Din A4 y un bolígrafo. Enfebrecida a la vez que serena, escribí a mano el borrador del artículo. El título me llegó solo: «Nada que celebrar. El daño está hecho». Emociones ambivalentes. Desaliento y profunda tristeza por la situación peligrosa que estábamos viviendo, a la vez que cierta paz por el trabajo realizado. Incluso aventuré en mi texto la posibilidad de una fuga de los «políticos separatistas responsables del delirio de imponernos una Cataluña independiente, que mientras anunciaban ocuparse de salvar al pueblo catalán, constituyendo un ejército y una hacienda propia, tienen preparado, por si acaso, un exilio belga o quién sabe si estoniano».

Y cuando Ignacio Torreblanca, entonces jefe de la sección de

Opinión de *El País*, me comentó que mi artículo iba a salir en los días próximos, me dio tiempo a añadir: «Fugado el dirigente Puigdemont, con su fanatismo imparable se ocupa ahora de intoxicar medios españoles e internacionales».

Lo recuerdo muy vivamente. El viernes 27 de octubre, día en el que el Parlament catalán llevaba a cabo la declaración unilateral de independencia, subí al avión que iba a tardar dos horas en llegar a Barcelona, el tiempo suficiente para pisar el suelo de un pequeño país independiente, declaraban los bárbaros, que había dejado de ser mío. No era miedo lo que sentía. Era un vacío grave. Abatimiento. Como si estuviera pegada a un paracaídas que planeaba en apuros. Parte del vuelo lo pasé hablando a ratos con una pareja que tenía al lado, desalentados como yo por la situación. Todos los pasajeros parecían que estuvieran sintiendo la misma incertidumbre soterrada.

Una vez en casa pudimos respirar tranquilos. Por suerte, como manifestó una persona del bando golpista, «solo se trataba de un farol». Ante la supuesta declaración de «la república catalana como Estado independiente y soberano», el Senado había aprobado suspender la autonomía y Mariano Rajoy, entonces presidente del Gobierno español, dio posteriormente orden de suspender la Generalitat.

Quedaba aún otro viaje de respuesta expresiva a la publicación de *El sanatorio*. Y en la que tenía puesta mucha ilusión, pues David Rieff iba a ser mi presentador el 30 de noviembre en los locales de la American Society de Nueva York. Otra gran oportunidad de encontrarme con personas estupendas y conocer a María Bassols, cuñada de los hermanos Tena, Agustín, María y Pilar, los tres escritores, con los que la vida me hizo coincidir por separado. Y, por último, era la oportunidad de reencontrarme con David, al que me une un cariño especial.

(Valga este paréntesis. Desde entonces y hasta el momento de comenzar este libro no escribí nada serio. O quién sabe si gérmenes de obras aún pendientes. Ejercicios o pruebas de lo que podría tal vez llegar un día a convertirse en novelas. Es cierto que tenía en la cabeza la idea de publicar un libro de memorias, una autobiografía sincera y sin trampas. Hay que tener arrestos para atreverse a desentrañar tu propia vida y la de otros, y hacerlo siendo fiel al voto de sinceridad que exigen estos ejercicios casi suicidas. Lo reconozco: sentía miedo. Me encerré en casa un fin de semana, tres días seguidos con sus noches, y me dispuse a escribir mi vida, a hacerlo durante los años, páginas o siglos que hicieran falta. Funcionó. Así fue como empecé escribiendo la primera línea de este libro. Y las siguientes. Una vez concluida la aventura de vértigo que suponía este reto, que me ha llevado tres años completos sentada en una ruleta de emociones, debo

reconocer también el goce que he sentido en momentos cumbres de estas páginas que tantas penas como alegrías me han dado).
Se había cumplido un año desde la desaparición de Tristán, pero aún seguía recibiendo algún que otro mensaje suyo que yo no contestaba, o bien le respondía con una diatriba en su contra. Me sentía respaldada por mis guardias de corps anímicos, el doctor Alfonso y la psicóloga Begoña Odriozola, que, en momentos distintos, cuidaron de amparar mi corazón vencido. En los primeros tiempos pensé que la actuación amorosa de Tristán obedecía a una inconsciencia innata. Pocos hombres hay tan divertidos y amorosos como él, y, al mismo tiempo, tan infieles y generadores de dolor.

Un amigo suyo me previno: «Tristán es un inmaduro». Uno de esos avisos que llegan a la víctima y producen el mismo efecto nulo que la amenaza de un asteroide que chocará contra la tierra dentro de cincuenta años. Son modos distintos de enmascarar un conflicto bastante común y relevante, como concluí al descubrir el verdadero problema de Tristán, llamado síndrome PN. Perverso narcisista. Lo cual le situaría en la categoría de Don Juan. Nada que ver con Jordi, mi ex, que pertenece a la categoría del narcisista de hielo. Tan opuestos que hasta llegaban a encontrarse en los extremos.

Mujeres desesperadas, poned atención a lo que os puede pasar si llegáis a intimar con un tipo de estas características. Sí, es de lo más simpático. Muy amigo de sus amigos. Muy entregado. Sabed, también, que en esta relación teóricamente feliz vuestra pareja tratará de hacer que os sintáis mal. Y ese es solo el primer síntoma de un gravísimo problema. «No sé por qué, pero no termino de dejarlo nunca, o bien huyo, pero vuelvo a aceptarlo cuando vuelve. ¿Por qué me quedo?». Es la pregunta del millón. Porque estás confusa. Porque te da pena la historia que te cuenta. Porque te sientes mal y sufres. El narcisista nos ha desconfigurado el cerebro.

Coincidiendo con estas fechas posruptura, Tristán se muestra más apasionado. Y cada día me quiere más, dice. «Saliendo hacia tu vida. Ganas de verte», me escribirá desde Marbella cuando, después de varios mensajes suyos sin respuesta por mi parte o contestando a malas, vino a Barcelona y volvimos a estar juntos. Besos y caricias son su cebo, su carnaza para que no huya. «La víctima de un narcisista vive una esquizofrenia, siempre en el filo, y solo una delgada línea separa lo que cree que está ocurriendo, lo que sabe que está ocurriendo y lo que espera que no esté ocurriendo».

De vez en cuando deja ir frases hirientes. A veces grita. Me humilla. Por otro lado, adora mi piel tan fina… Admira mi inteligencia, guapa, guapa y guapa, repite. ¿Estoy sometida a su influencia? Sin duda alguna. Me lanza frases hipnóticas y en los momentos más adecuados. Me intenta enamorar de nuevo con poemas

y dedicatorias. Ya no me tocan.

Yo amaba a Tristán como lo que era, porque me parecía claro que él me amaba por lo mismo. Un amor real, fuera de la literatura. Y a los casi setenta años que él tenía, ya tocaba que se tratase de un amor maduro que, a diferencia de aquellos amores jóvenes y novedosos, tiene como peculiaridad la ausencia de viejas ataduras, el buen humor entre los dos amantes, un entendimiento y complicidad sexual de altura y la posibilidad de una historia compartida. ¿Estaba él capacitado para entenderlo así?

Pese a saberlo casi todo de Tristán, volví con él. Y escribo sobre él. Nada es perfecto y nada termina. Se dice que escribir ayuda a exorcizar las penas que llevamos dentro. Pero no es útil en todos los casos. Tampoco en este. El doctor que lo sabe todo escribió una frase inmortal y auténtica: «No olvides que escribir sobre él es vivir con un cadáver».

Escribir es difícil. La vida de escritora es difícil. Tienes que desearlo más que cualquier cosa. Amar y escribir anidan en el mismo núcleo de mi naturaleza. La mejor prueba fueron mis hijas. Forman parte íntima de mi existencia de escritora. No tardé en averiguar que amor y literatura son elementos no siempre compatibles. Si hacemos una lista de las escritoras «bien casadas» de la historia de la literatura veremos que son bien pocas. Ganan los ejemplos de autoras reconocidas que, salvo en casos esporádicos como el de Leonard Woolf, lector y aliado tanto en la vida como en la enfermedad de Virginia, han escrito sus libros en soledad sentimental, por atareadas que fuesen sus vidas emotivas. Se me ocurre también el ejemplo de Iris Murdoch, casada con el crítico literario John Bayley. Una y otra con amoríos secretos. También vivieron con sus parejas respectivas, en un periodo de cincuenta años, Gertrude Stein y su amiga Alice B. Toklas, además de Marguerite Yourcenar, que estuvo acompañada y feliz con su amiga y traductora Grace Frick. Es fácil observar que, en estos casos y otros parecidos, las parejas de las escritoras, sean hombres o mujeres, son «amores colaboradores». La misma Yourcenar valoró en vida «la suerte de los machos» —de sus colegas, los escritores hombres—, de tener a su disposición «una mujer en la cocina y en la intendencia». Con Óscar, siendo él mismo escritor, logramos mientras vivimos juntos que la creatividad de cada cual no solo fluyera en la buena dirección, sino que mudara y prosperase especialmente durante la etapa apasionante que para los dos fue nuestra relación de pareja. En ocasiones contadas, más en su caso que en el mío, surgió algún punto de competición. Después, con Jordi, estuvimos siempre viviendo en mundos emocionales tan dispares que actuaban, solo en este caso para bien, como tabiques de defensa creadora. Con Tristán llegué a pensar seriamente que si el amor suyo era real, y por lo tanto responsable y

duradero como el mío, no me importaba poner en reserva mi actividad de escritora. Después de toda una vida dedicada a escribir, creí que lo merecía. Aun sabiendo que la literatura exige una entrega total. Y que depende de nosotros ser mejores escritores. Como depende de nosotros ser mejores personas, más inteligentes y más generosos de lo que somos.

A comienzos de 2018 Josep Ramon (Món) Bosch, fundador de Societat Civil Catalana, hombre en la sombra, rastreador de personas y agitador de grupos y movimientos de acción, se puso en contacto conmigo. De forma sibilina y eficaz, vino a decirme que me necesitaba. Meses atrás había hablado conmigo de la posibilidad de introducirme en la política activa. Me convocó a una cena privada que siguió al acto «Diálogos para la convivencia», celebrado en el Palacio de Congresos de Cataluña. En la cena en cuestión me situaron al lado de Manuel Valls, ex primer ministro de Francia entre 2014 y 2016. Estuvimos hablando mucho con quien estaba al otro lado de la mesa, Enric Millo, entonces delegado del Gobierno en Cataluña, durante la aplicación del decreto 155, y que nos atrapó por su valentía, sencillez y gran humanidad. Contó varias anécdotas ocurridas en su trabajo que nos dejaron realmente sorprendidos. Manuel Valls, en cambio, se explayó poco. Por otro lado, era uno de los políticos más cultivados del momento y, al parecer, más antinacionalista que casi nadie. Este fue mi primer contacto con él, sabedora ya, en mi caso, del objetivo al que estaba encomendada.

El 19 de marzo se celebró en Barcelona una nueva manifestación de Societat Civil Catalana, que llamaba a movilizarse bajo el lema «Paremos el golpe separatista», y en la que uno de los oradores fue Manuel Valls. Món me invitó a participar en primera fila, así que me presenté temprano cerca de la Estación de Francia, con una pulsera de identificación que me invitaba a situarme entre los políticos invitados. El azar quiso que durante el acto y la sesión fotográfica yo estuviera colocada entre dos presidentes antitéticos (y a mi entender de entonces, necesarios para sumar fuerzas): Albert Rivera, de Ciudadanos, a mi izquierda, y Miquel Iceta, del Partido de los Socialistas de Cataluña, a mi derecha. Organicé a mi modo todas las estrategias posibles, en medio de aquel gentío, para que los dos intercambiasen algo más que un saludo. Y eso que hubo momentos de risas abiertas y compartidas cuando la actriz Rosa María Sardà habló desde el escenario. Al día siguiente, la foto que publicaba *El País* mostró a los dos políticos en liza y yo en medio, como un sobre. Esa foto hizo que algunos pensaran que yo militaba en Ciudadanos, cuando en realidad me resisto a militar en partido alguno, no solo por la infección ególatra que padecen muchos dirigentes actuales, sino también porque sé que mi actividad política tiene mucho de actividad

cultural y puede realizarse mejor sin carné de afiliación.

Así fue como a primeros de abril, y gracias a un juego de hilos magnéticos maniobrados por Món Bosch, se resolvió de forma confidencial que Manuel Valls, catalán de nacimiento, francés de adopción, podía ser un buen candidato a la alcaldía de Barcelona. Y yo debía tener un papel en los manejos de este laberinto secreto. Me propuso Món, y acepté optimista, ser «la agente» que se encargaría de agitar voces catalanas proclives a creer en Valls. Dediqué meses a convocar personas notables de la cultura barcelonesa a distintas reuniones semiclandestinas donde mi tarea consistía en convencerles de que Manuel Valls era el mejor candidato a ser el alcalde de nuestra ciudad. Hice mis listas. Entre mayo, junio y julio programé cenas, en grupos de no más de ocho personas, elegidas con detenimiento. Escritores, directores de cine, músicos, arquitectos, académicos, editores… Casi todos a los que convoqué confirmaron su asistencia más por curiosidad de encontrarse con un catalán que había sido primer ministro de Francia que por convicción de votarlo. Entre ellos, participaron en una u otra cena Isabel Coixet, Jorge Herralde, Ricardo Bofill, Javier Cercas, Óscar Tusquets, Fermín Vázquez, Ramón de España, Javier Mariscal… En una entrevista en *El País*, el editor Jorge Herralde, al referirse de buenas maneras a ese encuentro-cena, tuvo la simpatía de llamarme «la *sherpa*» de Valls. La periodista Aurèlie Chamerois, corresponsal francesa en España, prefirió ponerme otro apodo: «La musa de Valls».

Mi trabajo parecía dar frutos. Al tiempo que fui descubriendo en la personalidad de Valls algunas maneras no siempre eficaces de acercarse a los ciudadanos: le reprochaban falta de empatía, si pretendía, como era el caso, convencer al electorado barcelonés. Valls se presentaba como única e inmejorable alternativa para sacar a los barceloneses del marasmo podemita de la alcaldesa Ada Colau. Por otro lado, un amigo francés, periodista y escritor, y amigo a su vez de François Hollande, expresidente de Francia, me habló no demasiado bien de Manuel Valls. «*Atention Nuria. C´est un patrice*» (atención Nuria, es un patricio), me dijo por teléfono. Ante las críticas negativas que yo escuchaba, persistía en mi convencimiento de que él era la oportunidad para acabar con el nacionalismo, una tendencia política que, como señalaba Mitterrand y subrayaba Valls, acaba siempre en una guerra.

En estas fechas, julio de 2018, recibí una llamada de la casa real en la que, de parte de su majestad el rey Felipe VI me invitaban a una cena de trabajo que tendría lugar el 26 del mismo mes en el Palacio Real, en ocasión de la visita a España del presidente de la república francesa, Emmanuel Macron. Supuse que el motivo de esta invitación era el hecho de que yo estuviese ayudando a Manuel Valls en el sector

cultural. Respondí agradecida que asistiría a la cena con mucho gusto. Colgué y llamé a Món, mi confidente y estratega. «¿Estará invitado Manuel?», pregunté. «Creo que no», respondió él. Llamé a Manuel. Pareció contento con la noticia. Me pidió que le diera al rey dos mensajes de su parte. Que le dijera que le gustaría tener un encuentro personal con él. Y otro recado que no recuerdo, o tal vez no es preciso recordar. Hablé luego con mi amigo diplomático Ion de la Riva:

—Ion, ¿puedes explicarme qué significa una «cena de trabajo» en el Palacio Real?

—Muy sencillo —me contestó—. No vendrá la reina Letizia ni la esposa del presidente del Gobierno. Sí estará el Gobierno en pleno. Debes ir vestida de traje normal. No de gala. Pocos invitados y muy contados.

Fui la primera en llegar. Últimas horas de la tarde. Un calor de caldera de Pedro Botero me aplastó durante los pasos fulminantes que di desde el taxi hasta la entrada del palacio. Nadie a la vista, salvo la persona de rigor que, con solemnidad aprendida, me pidió el primero de los tarjetones de invitada. Ni un alma en palacio, de modo que caminé de puntillas para evitar que sonaran mis tacones en el suelo de piedra, hasta que inicié mi subida por la gran escalinata alfombrada del palacio con la lentitud de novia tan incrédula como sorprendida. Apostados a mis dos lados, un escalón sí y otro no, y así hasta el infinito, permanecían en perfecto estado de revista los guardias de honor del cuerpo de Alabarderos vestidos como en las películas napoleónicas. Aquellas escaleras no tenían fin y mientras las subía a paso de nobleza de estirpe no podía más que pensar en un sueño imposible. ¡Por favor, que me vean mis amigos, mis novios, mis amantes, mi familia! Y este pensamiento hacía que mi sonrisa fuera si cabe más radiante y complaciente.

No fue esta la única gran impresión sentida. Hubo otras aún más sorprendentes si cabe. Superado el primer acto, me condujeron al salón de marquetería blanca y negra con espejos, el lugar que tanto me gustó en una anterior visita y al que yo llamo «el salón de los encuentros reales», pues es allí donde realeza e invitados pueden conversar sin problema. Éramos pocos y contados. Los ciclistas Perico Delgado y Miguel Induráin, la coreógrafa Blanca Li, los escritores Arturo Pérez Reverte y Luis García Montero, el diseñador Modesto Lomba y el pintor Eduardo Arroyo. Un pequeño contratiempo retrasó dos horas la llegada del presidente Emmanuel Macron. Casualidad que aprovechó el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, para acercarse, solo y con brazo apoyado en el pecho a lo Napoleón, a saludarnos uno por uno a los ocho invitados allí enclaustrados. No hubo vítores. Más arte y agrado demostramos cuando llegó el momento de los saludos a los nobles anfitriones. Aquello también me pilló de sorpresa, pues una

persona de protocolo se tomó la molestia de indicar a cada uno de los invitados cómo debíamos actuar en esta escena. Fui de las primeras. Yo tenía primero que subir los cuatro escalones de una gradería desde donde, cuando me llamaran por mi nombre, bajar y dirigirme al lugar en que el rey Felipe VI y su invitado, el presidente de Francia, esperaban los saludos. Se oyó un gong y acto seguido una voz resonante y grave pronunció mi nombre en alta voz y de esta guisa: «*Madame Nuria Amat, écrivain*!». En efecto, por extraño que pareciera, se trataba de mí y era yo quien se dirigía a los magníficos anfitriones allá apostados, al igual que muestran las películas de época, como María Antonieta o Anna Karenina en una de esas escenas en que los asistentes son anunciados a bombo y platillo a su llegada al salón de baile. Felipe VI me saludó con simpatía, como si me reconociera. Esa fue mi impresión. No así Macron, claro. Amable y correcto. A uno y otro respondí con una breve frase. Y de allí pasamos enseguida a la cena. No habría más de ocho mesas con ocho comensales en cada una. El servicio y la comida, impecables. Todo rápido, eficiente y casi invisible.

Discursos y cena pasaron en un plis plas. Y llegó el momento de levantarnos de la mesa para regresar al «salón de encuentros». Seguí con parte del Gobierno el breve trayecto al salón, donde estaban esperándonos el rey de España y el presidente de Francia. Y cuando recién ya estaba en el salón, se me cruzó un señor de aire animoso, cabello entrecano, estatura mediana que, como si me conociera de toda la vida, dijo con acento afrancesado: «Hola, Nuria. No sabes cuánto te admiramos por todo lo que escribes. Qué valentía en decir las cosas como son…». Ante tales palabras de un desconocido solo podía dar las gracias, con la mejor sonrisa, y poco más, pues tampoco él se me presentó. Alguien lo detuvo en el mismo instante que yo aproveché para dirigirme discretamente a otra persona con la que había hablado antes y preguntarle en voz baja: «¿Sabes quién es?». Me miró algo sorprendido por la pregunta: «El embajador de Francia». Aquí sí que me dije: todos saben quién soy y yo no conozco apenas a ninguno de ellos, salvo a los políticos habituales. Estaba claro que les habían pasado un dosier con la información necesaria. Lo que agradecí mucho. Son escasas las felicitaciones que recibe una. Así que, después de hablar con el rey, simpático y cercano en nuestro breve diálogo sobre Valls, de intercambiar a continuación unas palabras con Macron y departir unos minutos de forma casual con personas como Carlos Lesmes, presidente del Tribunal Supremo, que me pareció de una cordialidad magnífica, y con la ministra Margarita Robles, me fui con el coche de esta última y su escolta, que tuvo la amabilidad de dejarme en una parada de taxis próxima. Llegué al hotel con la sensación de trabajo realizado y también la satisfacción de haber

tenido cierto pequeño triunfo.

En estas tareas políticas estivales estábamos cuando, para atizar más el ambiente discrepante que vivíamos en Cataluña, las tropas antisistema iban incendiando parte del territorio catalán, azuzadas por la voz oficial del mismo presidente de la Generalitat, Quim Torra, que andaba diciéndoles: «*Apreteu!*», que en traducción sui géneris venía a decir: «Dadles caña con bombas incendiarias y estropicios miles».

Y Tristán estaba de nuevo aquí. Como ya adelanté, volvió a aparecer en mi vida en febrero de 2018, aunque omití explicar cómo y de qué modo. En esas fechas me envió un poema suyo por WhatsApp al que, buena o malamente, respondí, y nos enzarzamos por voz telefónica en un diálogo en el que él representó el papel de enamorado que invoca a su amada. «Siempre te he querido y el amor de mi vida siempre has sido tú, Nuria». Había dejado a la *madame gigolo* de turno, a la que, por otro lado, me precisó, «ya le dije que no la quería». Fueron sus armas que yo creí, de momento solo en parte. Tengo mi orgullo. Pero también mi punto débil. Además, estaba enfermo. Una dolencia de los pulmones. La enfermedad me lo acercaba de nuevo como si fuera yo la Virgen de Lourdes en carne viva. A los pocos días vino a Barcelona curado en parte y con el mismo ímpetu, o más diría yo. A partir de entonces estuvimos viéndonos casi a diario. Llamadas y mensajes de amor continuos. Volvía a quedarse en casa. Me instaba a asumir que a partir de ahora deberíamos vernos y estar juntos cada dos o tres semanas. Yendo yo a Marbella y él viniendo a Barcelona. Y eso hicimos. Volvimos a lo que nos gustaba. Hacer el amor. Bailar. Reír. Ser felices. Nos amábamos. «Me faltan treinta y cinco horas para verte, mi amor», me escribía cuando estaba muy próximo un viaje suyo o mío. Quería demostrarme su amor a lo grande. La pregunta que debí hacerme también entonces, pero que no me hice en ningún momento, era: ¿cuánto duraría el prodigio? Su intensidad amatoria no me permitía entrar en dudas. Su amor acrecentaba el mío.

La Semana Santa fue en abril y la pasamos juntos en mi casa del mar. También estuvieron mi hija Bruna y Gon, su pareja, hoy marido. Una mañana llamó a Tristán un amigo de Marbella para comentarle que su anterior acompañante estaba furiosa con él por haberla abandonado. Tristán se reía de la escena. Vimos a amigos míos, como Ricardo Bofill y Marta. Y suyos, como Carlos Arzola y Rosi Esteva, siempre devotos de nuestra historia. Casi más felices ellos de vernos juntos que nosotros de convivir de nuevo. Tristán necesitaba compartir su llegada a casa con amigos, hermanos y conocidos. Algo que reforzaba su amor por mí. Le ilusionaba invitar a sus hermanas y maridos a una cena en la casa del mar. Y así lo hicimos. En Marbella me paseó por delante de todas sus amistades, desde Gunilla von Bismark y Luis Ortiz hasta la escritora Viruca Yebra y su marido

Ricardo Bocanegra. La periodista Amparo de la Gama, amiga de Tristán, y ahora también mía, presentó mi novela *El sanatorio* en Sotogrande y en el hotel Villapadierna, donde nos acompañó un público entregado. Me hizo, además, una entrevista sobre mi novela para *El Confidencial* en la que hablaba de mí como amiga de Vargas Llosa y novia de Tristán. «Te has pasado», le dije con afecto.

En mayo y junio nos fuimos a su casita de Menorca. «La casa que tú me ayudaste a decorar», me dijo en un *whatsapp*. Me acercó a sus amigas Úrsula Mascaró, María José y Belén García, creadoras de la plataforma balear Mos Movem, cuyo lema es: «Hemos nacido para frenar el independentismo». Fantásticas mujeres, bravas y cercanas, que a su vez me invitaron a presentar *El sanatorio* en Mahón. Con público y rueda de prensa. Tanto amor me hacía levitar y envolverme en una burbuja de felicidad, claro que con tiempo acotado para ser efímera. ¿Pretendía Tristán hacerse el bueno? Y entonces, ¿yo era la mala?

Y precisamente estando en Menorca, por mera coincidencia en los tiempos, en pleno agosto, fue portada de la revista *Paris Match* la foto de Manuel Valls en el barco de Susana Gallardo, cuando se encontraban en plenos amoríos en la costa menorquina. Món había actuado de celestino, a su debido tiempo, con idea de encontrar una novia catalana para el futuro alcalde recién divorciado. La candidatura de Manuel tenía el problema añadido (aunque desde el punto de vista europeo fuese una ventaja) de que lo consideraban «el francés», por catalán que también fuera. La noticia de la rica heredera de unos grandes laboratorios con el ex primer ministro de Francia causó sensación. La fábula amorosa entre ellos dos había cuajado y parecía ir en serio. De regreso a Barcelona, me encontré con Món Bosch. Conversamos sobre la noticia amorosa. ¿Hasta qué punto era positivo o negativo para Valls como alcalde que se hiciera pública su historia de amor con Susana Gallardo? «Todo dependerá del modo en que sepan llevar esta relación», comenté con Món. Y añadí que en mi opinión debería mantener su historia con Susana sin publicidad alguna «hasta que hayamos ganado». A no ser que Manuel Valls tuviera más interés en Susana que en ser alcalde de Barcelona, dijimos también.

Al mismo tiempo, la prensa anunciaba el dinero que empresarios catalanes estaban dispuestos a donar para impulsar la candidatura de Valls, pero de todas esas supuestas donaciones, de momento, no había ni rastro. En un artículo anónimo, *El Nacional* publicó que una de las peticiones «del francés», por ejemplo, era pedir 20.000 euros netos mensuales para él, porque tenía que renunciar al sueldo de diputado francés. Y se le concedió, hasta que se celebrasen las elecciones municipales. Món Bosch, «el gran buscador de fondos», en vías de lograr una Cataluña democrática, plural y digna, se ocupó de

convencer al gran empresariado de Madrid y de Barcelona de participar en la financiación del candidato. Félix Revuelta, padrino, se podía decir, de Manuel Valls, dijo de él: «Le presenté a casi todo el Ibex 35, también a Felipe González, a José María Aznar…». Yo misma, quién lo iba a decir, le ayudé a conseguir más dinero para la campaña. Hoy me arrepiento. Estábamos entregados. Por si alguien tuviese dudas, mi trabajo de año y medio fue sin remuneración alguna. Cuando me preguntaban por qué dedicaba tanto esfuerzo a la campaña sin cobrar por mi trabajo, yo respondía: «Manuel Valls es nuestra única oportunidad de terminar con el movimiento populista en Barcelona».

La mañana que me reuní con él a la vuelta de Menorca me anunció cuál iba a ser la empresa que iba a ocuparse de llevar su campaña a la alcaldía. Me contó que se trataba de Xavier Roig y Asociados. Era cierto que su director había contribuido con éxito a la primera trayectoria de Pasqual Maragall, pero también lo era que, con la plataforma surgida de esa misma consultoría, la que se llamaba «Ciutadans pel canvi», fracasó con Maragall al poco de su aparición. Mal presagio, pensé, porque con Manuel Valls, según me dijo él, reproducían el mismo lema de campaña: «Ciutadans pel canvi». Asentí, pero no sin pensar que con este equipo sería difícil que pudiera llegar a ser alcalde de Barcelona. Ese día pude hablarle de las siguientes actividades que tenía en mente para llevar a cabo. Y antes de despedirnos Manuel me indicó que yo necesitaba un asistente. Me apuntó nombre y teléfono del responsable de su campaña, Guillermo Basso. «Le diré que te busque una persona. Y te llamará para verte».

Basso me llamó. Prefirió quedar en mi casa. Nada interesante que manifestar de nuestra conversación. Mantuvo la pose clásica de figura de escaparate. Fue como hablarle a un sordo del encanto de la música bailable. Por delicadeza, le mostré a vuela pluma una pequeña lista de ideas propias. Como si le hablara en chino. A propósito del asistente personal que Manuel Valls me había aconsejado tener, Basso como si oyera llover. Días después, fue un fiasco con repercusión negativa a nivel internacional lo ocurrido en el acto público del 26 de septiembre de 2018, día de la presentación de la candidatura de Manuel Valls bajo la dirección de Guillermo Basso. Cuidé de llegar una hora antes al Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. En lugar de en el anfiteatro, se les ocurrió elegir el espacio reducido del mirador y hubo más de un centenar de medios franceses y de otras partes de Europa que no pudieron acceder al edificio, lo que provocó mucho malestar entre los informadores, tal como yo misma pude advertir en directo, y un ambiente de frustración generalizada nada más comenzar la campaña.

Al cabo de un mes, me llamó la hermana de Basso para

preguntarme, con voz de quien busca todo a cambio de nada, si podía ayudarla en temas de cultura durante la campaña. Yo no las tenía todas conmigo. Claro, le dije, cuenta con ello. Acerté al preguntarle: «¿Es por el tema de la asistente que Manuel quería para ayudarme en mi trabajo sin remunerar?». «Ah, no, no —respondió ella muy cuca—. Es que, sabes, yo trabajaba en "no sé qué" de La Caixa y ahora me han propuesto trabajar aquí en cultura». Cobrando, claro. ¡Otra que se sumaba a muñir al banco de billetes de la vaca lechera! «Estupendo», le dije. Y me despedí deseándole mucha suerte. Y prefiero no entrar en detalles de los dos actos que organizó junto con los textos del programa cultural de la campaña de Valls. Daban pena, al punto que Manuel nos llamaba a mí y a Ramón de España para pedirnos que saliésemos frente a los medios a salvar la situación.

Avanzado el otoño me seguía preocupando mucho el progreso de la campaña que, desde mi punto de vista, no terminaba de funcionar. Pronto me di cuenta de que no era la única en pensarlo. Se me ocurrió reunirme con Daniel Fernández, editor y entonces presidente de los editores de España, para hablar sobre ello y buscar una solución posible. Hablé también con Francesc de Carreras (en aquellas fechas ya viviendo en Madrid) y con Higini Clotas, socialista y antiguo diputado del Parlament de Cataluña. Todos estuvieron de acuerdo con estos argumentos. Les propuse una comida con Valls para, entre los cuatro, tratar de convencerle de que debía cambiar de empresa. Preguntaron quién había aconsejado a Valls optar por ella. Me había llegado la noticia de que fue Miquel Iceta, en Menorca. No puedo asegurarlo. Si es cierto, dije medio en broma, debió de ser un consejo envenenado para que ganase el candidato para alcalde del PSC, Jaume Collboni.

Ahora tocaba organizar la presentación de su libro *Barcelona, vuelvo a casa*. Manuel me llamó para comentar ideas y le propuse una mesa con los escritores Mario Vargas Llosa, Pere Gimferrer y Javier Cercas en la que, a sugerencia suya, yo haría de moderadora. Al día siguiente me reuní con Basso y el periodista Albert Montagut, los mandamases de la campaña. Montagut aplaudió de inmediato mi idea. No así Basso, que, sin motivo alguno, se empeñó en que solo estuviera Vargas Llosa. Insistí en que se trataba de cautivar a los barceloneses, entrada libre en un espacio grande, etc. No hubo modo. ¿Motivos económicos u otros intereses oscuros? El resultado estuvo muy lejos de ser exitoso. Tibio y malogrado. Yo sufría por Mario, que sentado a mi lado durante la cena que siguió a la presentación del libro de Valls, me preguntó a su vez, de modo más bien confidencial: «¿Tú crees que va a ganar?». «Claro que sí, Mario», respondí. En cualquier otro momento le habría dicho: «No va bien. Tienes que ayudarnos, Mario». Pero fui perdiendo confianza sobre el resultado, aunque, al parecer, la

mayoría del equipo de la candidatura esperaba el triunfo.

Hablé con Manuel y se decidió una fecha para celebrar un encuentro con los tres jinetes del apocalipsis (yo sería la cuarta) en el que expondríamos a Valls que, si de verdad quería ganar, era necesario un cambio de empresa para llevar su campaña. Hablé con su asistente para anotar la fecha, dando por hecho que el almuerzo de trabajo sería en el reservado del restaurante Igueldo y que naturalmente iría a cargo del presupuesto de la campaña. «¡Ah, no! —respondió el jefe, el tal Basso—. Que cada uno pague lo suyo». Mostré mi negativa a Merçé, la asistente de Valls. Francesc venía de Madrid ex profeso. La comida era el menú del restaurante. Otra escenita de la colección de actuaciones mediocres que se hicieron habituales en la campaña. Me puse inflexible. Manuel hizo de anfitrión e invitaría. La conversación resultó agradable y poco más. Traté de poner «nuestro tema» sobre la mesa. ¿Algo estaba fallando? Tampoco era fácil comentar con Valls los errores de campaña y nuestras ideas al respecto. Nadie se atrevía. ¿Discreción? ¿Temor? Desconfianza, en verdad fue el motivo real además del distanciamiento, habitual en él, con los compañeros de mesa que Valls impuso en todo momento. Y la desilusión y el pesimismo compartidos entre los jinetes y posibles votantes.

Y cuando llegó la noche de las elecciones, Valls quedó en cuarta posición, muy lejos de los otros candidatos que disputaban la alcaldía. Asumió con estas palabras su derrota: «Hemos fracasado. He fracasado. Hemos perdido contra el nacionalismo y el populismo». El gran peligro estaba en que ganase, como ganó por votos, el independentista de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) Ernest Maragall, hermano de Pasqual y opuesto en todo al mejor alcalde que tuvo esta ciudad. Tan deprimida, empobrecida y maltrecha está ahora Barcelona que algún constitucionalista se pregunta si no hubiéramos salido mejor parados con un Maragall como alcalde.

Muy preocupada en aquellos días, yo hablaba en secreto y a diario por teléfono con Miquel Iceta a fin de evitar una alcaldía separatista de ERC. E Iceta se pronunció: «Haremos lo que haga falta para que Barcelona no tenga un alcalde independentista». Y colaboró para que Ada Colau renovase en la alcaldía con los votos del socialista Jaume Collboni y los de Barcelona pel canvi-Ciutadans, de Manuel Valls. Si bien, fue una puñalada trapera el hecho de que Manuel, pasado el día de la no victoria, no se dignara a reunir a los cuarenta colaboradores de su lista que trabajaron para él a destajo. Ni tan solo para ofrecer un café de agradecimiento. Si te he visto, no me acuerdo, fue su despedida. En esta ocasión no lo llamé para proponerle que cumpliera con esta exigencia de rigor. Como dicen los versados, métete en política y saldrás trasquilado.

16

¿QUÉ HAY DE NUEVO?

Volví a mi vida escrita, de la que tampoco me alejé durante la campaña de la alcaldía de Barcelona, y volví también con Tristán.

Ciertas páginas leídas tientan y confortan. Me servía de la lectura de grandes novelas para sobrellevar el duelo. En esa clase de situaciones, Marcel Proust es una mina: «Así como antes le decía a Albertine "no te quiero" para que ella me quisiera; cuando le decía: "Adiós para siempre" era por el imperioso deseo de que volviera a los ocho días; cuando le decía: "Me parece peligroso volver a verte", era porque quería volver a verla; y cuando le escribía: "Hiciste muy bien, seríamos desgraciados juntos", era porque vivir separado de ella me parecía peor que la muerte».

Pero en este segundo o tercer regreso (perdí la cuenta), Tristán llegó pletórico de amor. Lo programó de tal modo que no pasaran más de dos o tres semanas sin vernos. Ir yo o venir él. Había que tomarlo como un placer a la vez que un compromiso. Me avine a pensar que era la mejor manera de mantener una relación como la nuestra. Así pues, dejaba que Tristán tomase la iniciativa de nuestra relación. Lo que, por otro lado, me motivaba a amarlo más y mejor. La atracción mutua seguía *in crescendo*. Los dos sabíamos que, si hay amor de verdad, el sexo es glorioso. Había amor y había sexo.

Alucinado tal vez por tenerme de nuevo en sus brazos, incapaz de creer que fuera cierto, empezó a sorprenderme diciendo como si dudase: «Tú me utilizas, ¿no?». Tampoco me veía diciéndole que lo mío con él era puro amor. Se refería a que era posible que no le amara y que le «utilizara como amante». Ni yo misma lo sé. La verdad es que no me había pasado por la cabeza que pudiera ocurrir algo así. Esa pregunta repetida me llevó a pensar que tal vez fuese él quien me utilizaba.

Pasado el verano en que compartimos mi casa y la suya en Menorca, Tristán ingresó en el centro médico Las Dunas, donde por fin iba a hacer la necesaria cura de adelgazamiento. Estuvo allí un mes y medio y adelgazó veinte kilos. Sin salir del hotel, cumplía a rajatabla la terapia indicada por profesionales, ayudado además por el lugar en el que estaba situado el hotel, frente al mar de Alborán y en un espacio privilegiado. Fui dos fines semanas a verlo y lo pasamos como reyes. Prácticamente estábamos solos frente al mar, en la piscina, en el restaurante o en la cama.

En Barcelona, yo volvía a mi encierro de autora de este libro. ¿Qué sentía al escribirlo? Dependía del momento. Trabajar tu

memoria y al mismo tiempo escribirla no es siempre fácil. Lo principal es darse cuenta de que tirar del hilo del olvido ofrece la maravillosa sorpresa de descubrir recuerdos que están más allá de lo que ni tan solo has recordado. La escritura es una cueva de sorpresas, pues son las palabras, y la intención que las envuelve e impulsa, las que agitan la aparición de lo más inusitado. Por otro lado, tenía que documentarme y puntualizar alguna averiguación imprecisa. Escribir tu vida es un gran reto. Pocos se atreven. Ser novelista quizás ayuda a quien se lanza a contar su vida sin antifaz ni aprensiones. Y no todos llegan a conseguirlo. Lo decía de sí mismo el escritor y premio Nobel V. S. Naipaul: «Había aparcado el proyecto de escribir una autobiografía, algo que me parecía demasiado difícil de afrontar».

Me he sentido libre escribiendo. He tratado en lo posible de seguir el orden cronológico de los acontecimientos. He callado lo que no era realmente importante de la vida de los otros en relación a la mía. En momentos, he sentido lástima de mí misma. Como hija, como madre, como persona, como amante, como escritora, como amiga. ¿Hasta qué punto conviene entregar tu vida a un espejo donde se van a reflejar aciertos y desaciertos? ¿Por qué lo hago? ¿Por qué no hay nadie que pueda hacerlo por mí? Por necesidad personal y porque pienso que solamente los escritores más impresionables somos capaces de contar nuestras vidas. De ahí la gracia que recibimos al escribirlas. Y la pena que sentimos por el hecho de que tu interlocutor sea una página en blanco. He callado muy poco. En lugar de inventarme historias o de perfilar y retocar las que cuento, por respeto a mi deseo, me he limitado siempre a decir la verdad. Con todas las digresiones y divagaciones que el texto invita a permitirme.

Tristán permanecía al tanto de la marcha «secreta» de mi libro. Tengo por costumbre no hablar sobre lo que estoy escribiendo. Tenía motivos para estar recelosa, y llegué a pensar que su amor entregado de esta fase podía deberse a un temor, fundado, de aparecer en mi libro con un retrato que pudiera ser que a él no le gustara. Durante aquel año que siguió a las rupturas, y previo a ellas, se perdió en su avispero de infidelidades y necesité ayuda para superar el golpe. Y en esos momentos me resultó útil escribir muchas páginas, casi un libro, sobre este amante calavera. El manuscrito está en mi archivo de sepultados. También hice algo parecido cuando me separé de Jordi. No así con Óscar. No porque lo amase más que a los otros. ¿O tal ve sí? Cada hombre que he amado hizo de mí una mujer diferente.

«Soy celoso», me insistía él, como si quisiera decirme que me anduviera con cuidado. Los celos por amor suelen surgir en el vacío de lo desconocido, que admite las más variadas interpretaciones. Introducir la figura del rival podría ser una forma de provocar una inquietud estimulante. El celoso se sitúa en el espacio de la deslealtad

en el que teclea su vida. Vive en su utopía y, por lo tanto, muy lejos de mi realidad de mujer libre que tiene una pareja a la que es fiel. ¿Su vida, tan disipada en momentos de nuestra relación, le llevaba a suponer que yo hacía lo mismo? «Siempre te he sido fiel», proclamó y repitió sin venir a cuento a los tres años de estar juntos. Ya estaba preparando su fuga. Los celos de esta última etapa, aunque infundados, debían ser impetuosos, pues llamó por teléfono a una amiga mía, que le ayudó a divorciarse, con la excusa de que se había equivocado de número, y acto seguido se puso a preguntarle por mí y así confirmar que la noche anterior yo había estado con ella.

Llegó el verano de 2019 y, oh sorpresa, actuando en contra de lo que según él era su deseo, no programó conmigo las vacaciones para poder estar juntos mucho tiempo. Pero, eso sí, puso demasiado interés en saber el día exacto que estaría con mis hijas y nietas. Mi nueva amiga Viruca solía decir que algunos hombres de Marbella en verano desaparecían, se iban en plan de Rodríguez, para volver terminado el festejo corpóreo. Entrado el mes de julio conseguí de milagro reservar una habitación de hotel en Palamós y allá nos fuimos tres días. Muy pronto mi amante empezó a dar signos de estupidez. Recordad. Silencios atravesados. Simulación de algunos detalles bondadosos hacia mí que estaban muy fuera de lugar. De considerarme guapa, inteligente, sexi y divertida pasó, de repente y sin venir a cuento, a gritarme que era «una mujer insoportable», sencillamente porque me negué a aparcar mi coche en un sitio donde seguro que se lo llevaba la grúa. Otro ardid suyo era castigar sin sexo durante el fin de semana playero. Ahora que lo escribo me río de mí misma. ¡Qué estupidez!

Después de aquel fin de semana en Palamós puse punto final a mi historia con Tristán. La explicación que él daba a los amigos cuando le preguntaban por mí se limitaba a decir: «Nuria me ha dejado». Yo seguía preguntándome si era racional que alguien que a los setenta y pico años asegura y proclama que ha encontrado el amor de su vida haga tantas idioteces para conseguir que no sea posible disfrutarlo.

Traté de no guardarle rencor. Mi forma de ser me invita a desaparecer cuando conviene. De forma categórica, lo reconozco. Me aparto de quien me hiere. Pero puedo ser también compasiva en el perdón. Odio y resentimiento perjudican más a quien los siente que al que los recibe. Hay una escena en la película *La mujer de al lado*, de Truffaut, en la que la protagonista, ingresada en una clínica por depresión grave debida a su pasión de amor, le dice a su antagonista y culpable de su intento de suicidio: «Solo escucho canciones de amor que, por tontas que sean, son también las más verdaderas». También eso hice yo. El resto del verano me recuerdo conduciendo mi coche y cantando a voz en grito el repertorio más contagioso de canciones de desamor.

En los diversos entreactos de nuestra historia, me surgieron tres acompañantes que podían o no coincidir en el tiempo. Todos extranjeros. Hombres de buena planta y conversación atrayente. Un militar francés ya retirado cuya actividad profesional estaba relacionada con asuntos especiales. Otro fue un escritor colombiano, excomandante de las FARC colombianas, después de los acuerdos de paz, cuando aquel movimiento guerrillero se había transformado en un partido político. En las primeras salidas con él hablábamos por los codos. Le invité a contarme casi toda su vida como comandante de las guerrillas cuando aún se combatía, cuando los intentos de pacificación fracasaban y reinaba la violencia suprema. Estuvo preso diez años, circunstancia que le dio la oportunidad de entregarse a la lectura y la escritura. Y el tercero en discordia fue, o sigue siendo, el amante italiano, casado e infiel, y, por lo tanto, esporádico. Algo que me beneficiaba.

El principio del otoño de 2019 fue bastante agitado. Requerida por Pilar Calderón, entonces cónsul de Colombia en Barcelona, y el periodista Xavi Ayén, participé en un homenaje a Gabriel García Márquez. Me sorprendió encontrar la sala grande del Caixa Forum de Barcelona llena al completo. Después, en la cena de participantes y organizadores, tuve la suerte de estar sentada entre Luis Goytisolo y Jaime Abelló, director de la Fundación García Márquez en Cartagena de Indias, lo que facilitó una charla muy entretenida. Dos meses después viajé a la hermosa isla canaria de La Palma para participar en el Segundo Festival Hispanoamericano de Escritores, promovido por Mario Vargas Llosa.

El 27 de octubre de 2019 me subieron a la tribuna del Paseo de Gracia y hablé al final de la manifestación organizada por SCC bajo el lema: «Por la convivencia, por la democracia, por Cataluña: stop *procés*». De nuevo, todos los partidos constitucionalistas participaron en ella. Y dado que ya estaban próximas las elecciones generales en España, apenas a quince días vista, la consigna de los organizadores era dar protagonismo solo a Societat Civil Catalana y evitar que hablaran los políticos de rigor, si bien casi todos vinieron para apoyarla desde las primeras filas. Ese día en concreto, después de comer con unos amigos que fueron a la manifestación, llegué a casa y mi ánimo era algo tenebroso. ¿Cuándo Cataluña volverá a tener la riqueza cultural y la modernidad de medios que siempre la ha caracterizado? ¿Cuándo Barcelona volverá a recuperar su emblema de tercera ciudad más bella y visitada de Europa? ¿En qué momento se derribarán las fronteras divisorias entre los catalanes y también con el resto de los españoles?

Y después de Navidad reapareció Tristán en un almuerzo del que él estaba al corriente de que yo asistiría. Y yo no tenía ni idea de su

reaparición. «Te llamaré cuando vuelva a Barcelona», me dijo entre otras galanterías. El día de mi cumpleaños por la mañana recibí este mensaje suyo: «En esta fecha, te deseo que cumplas más años y sigas siendo atractiva, inteligente, con clase, con fuerza de voluntad, pensadora, humanista, divertida, familiar, escritora y bailonga… ¡Guapa, guapa y guapa! Nuria, muchas felicidades». Se lo agradecí con un toque de humor frívolo. Me contestó con un mensaje de voz: «Nuria, me ha alegrado mucho que sepas que te quiero».

Nos vimos y estuvimos juntos una semana justo antes de que el virus COVID-19 fuera noticia y del correspondiente confinamiento de toda la población. El país se transformó en un territorio de enfermos graves, menos graves y fallecidos a causa del virus mortal.

Lo demás fue miedo, soledad y silencio.

Entre marzo y abril de 2020, cuando escribo estas líneas, la noticia de que España suma más muertes que en la guerra civil española confirma el estado de guerra vírica que sentí durante los primeros tiempos del encierro. Y, casualmente, coincide en fechas con el punto y final de este libro y de una vida que empieza a ser otra. Durante las dos primeras semanas de confinamiento, tuve un parón de escritura de este manuscrito que ya estaba llegando a su conclusión lógica y temporal. También dejé de escribir correos electrónicos y mensajes de texto. Estaba sola. Me alimentaba de llamadas telefónicas de familiares y amigos (estas últimas, cada día más esporádicas), de películas y de libros. Un agotamiento físico me impedía mover las piernas, caminaba como la sombra de un fantasma. Sufría escalofríos. Dolor de garganta. Me puse el termómetro varias veces. Supuse que tenía el COVID. ¿Quién de los confinados no ha creído ser uno de los contagiados? Llamé por teléfono a la neumóloga Isabel Blanco y le comenté los síntomas. «No te muevas de casa durante una semana, toma vitamina C, paracetamol y me avisas si tienes fiebre». Lo cumplí con rigor.

Superada, en parte, esta fase del miedo, porque el peligro de ser contagiado sigue ahí, vuelvo de nuevo a estas páginas y descubro que precisamente durante las horas diarias en las que reescribo y corrijo el texto es cuando consigo eludir mi yo y olvidar casi por completo la pandemia. Entretanto, voy sabiendo de amigos y conocidos que sufren la enfermedad. Les hablo o les escribo mensajes. Por suerte, la están superando. No todos. Por supuesto, no hay funeral. Ni tanatorio. Prohibido salir de casa. Peligro de contacto. Imagino muertes de seres queridos. Mi propia muerte. Sola. Sufro de insomnio. He colgado en la puerta cuatro números de teléfono fundamentales a los que llamar en caso de sentir que ha llegado mi último minuto. Esto me da vida. He tachado el nombre de Tristán, que vive en Barcelona como si no estuviera. Una vez a la semana salgo a la calle en coche a comprar

alimentos o productos de farmacia. Los pájaros nunca han sido tan cantores como este año. Nadie camina por la calle, Barcelona está caída, o acaso lo simula. La terrible verdad esconde la gran mentira. Estamos en un mundo nuevo. Sobrecogedor. Un museo de fantasmas.

Lloro un promedio de una hora al día. A veces dos. Cotidianamente veo cuerpos en la pantalla que se manifiestan como salvadores omnipotentes y fatuos. Apago el televisor. Artilugio monotemático dispuesto a envenenar el ánimo.

Cómo odio jugar a las plantas, a las flores y a los pájaros de mi terraza si no escribo. Cómo odio a los amigos que no llaman siquiera por teléfono. El único amigo que de verdad se ha mostrado preocupado por mi vida personal es Ricardo Bofill. Los domingos al mediodía me llama y conversamos un rato largo. «Me voy a ocupar de buscarte un novio. Que te quiera y te haga feliz. Un tipo a tu altura. Te lo mereces», dice y repite. Hoy que ya se fue, el artista que tanto amó, creó y desafió la vida para dejarnos en un duelo eterno. Y con su adiós esas hermosas palabras de consuelo que acaba de enviarme su hijo Pablo: «Papá te quería, Nuria. Como a muy pocas personas. Eres mi familia».

La voz humana del teléfono sigue siendo aire que respira vida. He vuelto a ser la perturbada Anna Magnani que, desesperada y temblorosa, está hablando sola al auricular, exigiendo con su voz la respuesta de un invisible amado.

Amigos pueden sentirse en su anillo familiar. Los que se aman y los que se odian. Viven sus celdas maritales. En pesebres navideños. En pandemia, los que se quieren se quieren más. Los que no, se divorcian o se matan. Lo veo en sus cuerpos. Me pregunto si seguimos siendo humanos. Cuerpos mudos. De tanto no hablar me falla el habla. La escritura sigue en marcha. Sí. Es saludable recurrir a Barthes: «Escribir es un abrazo, un ser abrazado, cada idea es una idea extendiéndose». Yo elegí en la vida que una mujer se convirtiera lentamente en escritora y nunca dejara de serlo. Aunque no escriba.

Como pájaro a su nido, regreso a mi nido-libro. El final ya está dado. El libro terminado. Un presente inesperado, ausente. ¡De qué, si no, saldrán estas letras del hoy! O las anteriores del pasado. Flecos de toda historia vivida. En una esquina, cerca de casa, descubro a una pareja dándose un abrazo largo y fuerte de pie junto al coche. Como nos abrazábamos en la calle los enamorados de antes. Veo sus mejillas enteras, sus ojos de emoción, sus bocas dando besos sin máscaras de beneficencia. Por primera vez hoy, en los cuatro meses de pandemia. Se acarician. Se abrazan. Los cuerpos juntos vuelven a tener sentido mientras que otros, cerrados en su casa con el cuerpo del marido, de la amante, del hijo o del abuelo, resultan demasiado presentes. Y se gritan. En ocasiones, se matan.

A las nueve de la mañana del día 15 de mayo, en pleno confinamiento, él me llamó por teléfono. No respondí. Acto seguido envió este mensaje: «Nuria, te pedí unos días de prudencia y reflexión. Prudencia en las palabras y aceptar cómo somos. Reflexión sobre a dónde queremos ir. Tenemos nuestros bagajes y debemos aceptarlos. Por lo que fuere».

«Bla, Bla, Bla». Narcisistas encubiertos donde menos lo esperas, respondí. Algo así se preguntaba Diane Lockhart, protagonista de la aclamada serie *The Good Fight*: «¿Qué les pasa a los hombres hoy? ¿Dónde están los hombres auténticos? ¿Por qué tenemos ahora estos seres retorcidos, enamorados de sí mismos y de un egocentrismo exagerado?».

Llegó el verano. Y con el calor, una incierta y menor virulencia del virus. Desde las alturas llegó también el permiso para despedir, de momento, el encierro. Recobrar la libertad era otra historia. El agresor invisible mantiene en tensión a su víctima. En estado de estrés permanente. El virus continuará activo, infectando. Yo sigo aislada entre mis cuatro paredes. Enfrente de esta mesa, sentada en la cama, delante de una pantalla. Y, casi siempre, en un libro. Un libro con forma de amante en mis manos. No es del todo bueno leer mucho cuando uno está escribiendo mucho.

Mi libro tiene que detenerse aquí. Lo manda el reloj de la escritura. Hoy es futuro. Un futuro incierto que hoy se termina en hoy. Hoy no entra en esta historia del pasado. Cuando se ama la vida, se ama el pasado porque es el presente tal y como ha sobrevivido en la memoria humana. Este libro trata de un amor por la vida. Y la vida está mucho más en el pasado que en el presente. En la novela de unas memorias que no dejan de ser un desafío a la muerte.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2022
ISBN: 978-84-1384-354-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.